

Biografía por: JEAN LEFLON

San Eugenio de Mazenod

Obispo de Marsella

FUNDADOR DE LOS MISIONEROS
OBLATOS DE MARIA INMACULADA
(1782 - 1861)



Misioneros Oblatos

PRESENTACIÓN

La biografía de San Eugenio de Mazenod por Jean Leflon es fundamental para conocer a nuestro Santo Fundador, pero muy extensa. Hemos pensado que tal vez un resumen podría ser útil para los oblatos de habla hispana.

El resumen conserva la estructura de la obra: tres partes y su misma división en capítulos. El texto es de Leflon, conservando lo que nos parece esencial para la presentación de la figura de Mons. de Mazenod.

Sólo pretendemos proporcionar un instrumento de trabajo para que los de habla hispana, conociéndole mejor amen más a nuestro Santo Fundador San Eugenio de Mazenod.

P. Félix Erviti, O.M.I.

P. Pablo Fernández, O.M.I.

JEAN LEFLON

BIOGRAFÍA DE

SAN EUGENIO DE MAZENOD

OBISPO DE MARSELLA

FUNDADOR DE LOS MISIONEROS OBLATOS

DE MARIA INMACULADA

(1782 - 1861)

JEAN LEFLON

SAN EUGENIO DE MAZENOD

OBISPO DE MARSELLA

**FUNDADOR DE LOS MISIONEROS OBLATOS DE MARIA
INMACULADA**

(1782 - 1861)

TOMO I

LAS ETAPAS DE UNA VOCACIÓN

1782 - 1814

Capítulo I

EL MEDIO PROVENZAL Y FAMILIAR

1.- Los orígenes de Eugenio de Mazenod.

"Carlos-José-Eugenio de Mazenod, hijo de D. Carlos-Antonio de Mazenod, Presidente del Tribunal de Cuentas, Ayudas y Finanzas de esta región de Provenza y de Da. María Rosa-Eugenia de Joannis, su esposa, nacido ayer, ha sido bautizado hoy, dos del mes de agosto de 1782, por mí párroco firmante. Ha sido padrino José-Tomas de Joannis, Profesor real de medicina, abuelo suyo materno, y ha sido madrina Da. Eugenia-Francisca Dantoine, esposa de D. Agustín Francisco de l'Evêque, Presidente honorario de dicho Tribunal.

"(Firmas) : Mazenod hijo, Joannis, Dantoine Venel de Levesque, Deperier, el clérigo de Mazenod, Ravanas el párroco."

Todas las firmas de este acta bautismal son de la misma Provenza a la que pertenecen; el padre el padrino, la madrina, un amigo, el tío canónigo y el cura de la parroquia.

Eugenio de Mazenod nació, según la carne, en su capital y, según el espíritu, en la iglesia de Aix, consagrada a su patrona, santa María Magdalena. De Provenza tendrá la sangre generosa y caliente, la viveza de espíritu y de carácter, el ánimo brillante y fogoso, la imaginación creadora, el ardor un tanto batallador, la palabra abundante, fácil, colorista y cantarina, el corazón sensible y ardiente, la fe sencilla y expresiva, la facultad de intuir. Si no se quiere falsear su fisionomía natural y sobrenatural es preciso "dejarle el acento, el modo y el sabor de su tierra".

Pero, aunque el temperamento local presente el mismo carácter genérico en toda Provenza, no deja de singularizarse según las regiones, el terruño y el medio ambiente. Zonas altas y zonas bajas, ciudades y campos, clases sociales, funciones y profesiones lo especifican con una variedad a veces tan cortante, que los menos avisados jamás confundirán a un marsellés de la Canebière (Paseo de Marsella) con un aixino del noble Paseo Mirabeau.

Ahora bien, Eugenio era un aixino de ese noble Paseo que más tarde habrá de llevar el nombre del tribuno revolucionario, y no un marsellés de la Canebière.

Nació en la ciudad por excelencia de los parlamentarios reales, en el nuevo y suntuoso barrio de los aristócratas, de un Presidente del Tribunal de Cuentas, Ayudas y Finanzas, Carlos-Antonio de Mazenod, señor de San Lorenzo.

El medio ambiente de la aristocracia, tan caracterizado y tan peculiar, no podía por menos de ejercer una fuerte influencia sobre sus concepciones familiares y sociales. En las calles rodeadas de hoteles construidos a gusto de los letrados sobre el Paseo recto y majestuoso como un desfile del Cuerpo Judicial, en los salones de maderas blancas y oro donde se daban fastuosas recepciones a las gentes de su mundo, sus huéspedes seguirán respirando la atmósfera del Palacio de Justicia. Esta los impregnaba a fondo. Muy penetrados del espíritu parlamentario, los Mazonod se mantienen firmemente anclados en las tradiciones heredadas de su raza en lo político y en lo religioso, lejos de participar indistinta, ciega y pasivamente de los principios, doctrinas, opiniones, pretensiones de la casta dominante y dominadora a la que se sumaron, supieron guardar siempre su independencia y, en contra de los abusos de sus iguales, defendieron obstinadamente los derechos y la autoridad de la Iglesia y del Rey.

2.- Matrimonio de Carlos Antonio con María Rosa Joannis.

Carlos Antonio fue alumno de los Jesuitas en el colegio Borbón de Aix. Acabadas las humanidades en 1761, comenzó inmediatamente sus estudios de derecho en la facultad de Aix, donde sacó el bachillerato y luego la Licencia "in utroque" en junio de 1763 y 1764. Esta formación jurídica se completó en la escuela de su padre que le permitió beneficiarse de su experiencia e iniciarse en las triquiñuelas de Palacio. Sólo faltaba buscarle un cargo. Sus buenas relaciones en Provenza y en la Cortes, permitieron asegurar para su hijo, el 10 de enero de 1771, una presidencia en el Tribunal de Cuentas, Ayudas y Finanzas de Aix. El nuevo titular no tenía la edad requerida; además, los reglamentos le prohibían sentarse en la misma Sala al lado del presidente, su padre; pero una dispensa de Luis XV hizo desaparecer ese doble impedimento.

Una situación tan espléndida, invitaba a Carlos Antonio a buscar un matrimonio ventajoso.

Fija entonces su atención en una joven que tenía dos ventajas sobre él : la frescura de sus 18 años y la riqueza de su patrimonio. María Rosa Joannis, en cambio, estaba en inferioridad por nacimiento. Su padre José Tomás era médico y profesor de la Facultad de Aix.

La situación financiera de los Mazonod y de los Joannis estaba en proporción inversa a su condición social. Los primeros debían mantener su rango, y los emolumentos de su cargo presidencial no correspondían a los gastos suntuosos exigidos por su noble rango. Los segundos podían permitirse una vida más modesta con una profesión plebeya que les aseguraba jugosas ganancias.

La joven novia recibió para su matrimonio 120.000 libras : 8.000 de ellas como equipo de novia, 8.000 en diamantes, 22.000 en capital sobre los Estados del país de Provenza y 82.000 en dinero contante. Lo que aportaba a su vez el presidente Carlos Antonio era, en comparación, de poca monta; todo se reducía a los emolumentos de su cargo, o sea a 2.000 libras anuales y a una pensión de 1.000 libras que su padre prometió pagar anualmente a su nuera "para sus gastos". Además éste constituía a Carlos Antonio heredero universal de todos sus bienes y lo nombraba como su procurador general e irrevocable, la Srta. Joannis conservaba la propiedad personal de su dote.

No faltan contrastes entre los novios. Su edad 18 y 33 años, casi se doblaba. También sus nombres evocaban encantos diferentes. El de Carlos Antonio suena a majestuoso y grave; el de María Rosa, claro, ligero, cristalino, sonaba armonioso, lleno de frescor y de fluidez. El presidente tenía buen aspecto; su función y su costumbre le imponían un estilo solemne : frente amplia bajo su peluca, mirada fija y segura, nariz aguda, labios fuertes levantados a la derecha como muestra de orgullo, cara redonda y llena como la de un hombre consciente de su poder y de sus fuerzas, toga de blanco armiño finamente enroscada al cuello y cayendo sobre el hombro izquierdo para descolgarse solemne sobre los pliegues de la ropa encarnada. Todo un conjunto impregnado de fuerza y dignidad.

En María Rosa, al contrario, la cara es ovalada, se alargan los labios delgados, la nariz se afila y redondea; bajo las cejas muy arqueadas se abren dos ojos grandes, cuya pupila ardiente y negra llena toda la órbita; su pelo natural se levanta en triple piso en aparente fantasía sobre una frente luminosa; la mirada profunda parece perdida en el sueño y en el vacío; los rasgos son algo tirantes y como inquietos. No falta el encanto, pero se adivina una tensión.

Únicamente ponen una nota de agilidad graciosa en ese cuadro seductor y misterioso la elegancia y la firmeza de sus manos que juegan con un ramo de rosas.

Ambos novios tienen viva inteligencia, pero la cultura es muy desigual. La Srta. Joannis, como las jóvenes de su época, sólo había hecho estudios elementales en el convento Lambesc. Carlos Antonio, humanista y jurista completo, poseía profundos conocimientos y tenía sentido y gusto para las formas literarias. Le debemos toda una serie de obras preciosas que quedaron inéditas e inutilizadas sobre la historia de los Estados y de los Tribunales de Provenza. No nos imaginamos a su joven esposa deleitándose con la lectura de tan graves y doctos trabajos.

Los esposos Mazenod casados el 3 de febrero de 1778, gustaron los últimos encantos de una sociedad en declive.

La unión se reveló feliz al principio; tendrán que venir a enturbiar la armonía de los cónyuges, la Revolución, la separación, el destierro, los reveses financieros del Presidente, desposeído de su cargo, emigrado sin recursos y las mala salud de su mujer que se volvió impresionable, tornadiza y nerviosa.

Estos elementos del medio local y familiar permiten descubrir los lejanos y múltiples elementos que constituyen la herencia de Eugenio y reconstruir la atmósfera que respiró en su infancia. Colocado en su marco se ilumina la fisionomía de Eugenio, se explican los contrastes de su rico y fogoso temperamento y el carácter de su vida espiritual. Dios, en efecto, adapta siempre sus dones sobrenaturales a los dones naturales que concede a cada uno. Así se personaliza la misma santidad y la gracia reviste todas las formas de un pluralismo que no es la menor riqueza de la Iglesia. A pesar de la dura disciplina que se impondrá para canalizar todos sus esfuerzos interiores, Mons, de Mazenod seguirá siendo, toda su vida, un verdadero hijo de Provenza y de un parlamentario de Aix.

Capítulo II

LA PRE - REVOLUCION EN PROVENZA.

1 .- La primera educación de Eugenio en el palacio del Paseo.

La crisis revolucionaria marcó a Eugenio de Mazenod tanto como sus orígenes provenzales y familiares. Iniciada en Aix, donde se anuncia y estalla la tormenta de 1789, continuada en Italia, donde los ejércitos republicanos le perseguían de refugio en refugio, su educación sufrió las consecuencias de las condiciones turbias, inestables y precarias en las que pasó su infancia, su adolescencia y su juventud.

El destierro fue su escuela. Regresará de él hecho un hombre, con la experiencia fructífera que proporciona una estancia prolongada en tierra extranjera, y con cierto endurecimiento de ideas y de carácter que explican personalmente sus sufrimientos morales y socialmente el clima de la emigración.

Sus ocho primeros años le habían enraizado demasiado profundamente en el suelo natal para que el trasplante no fuera doloroso. ¡Muchos lazos le unían a cosas y a lugares!

Sus ojos se habían abierto en el palacio Mazenod, austero por fuera, pero adornado por dentro. Sus primeros pasos midieron, titubeando, los grandes espacios de los amplios salones bajo la mirada inquieta y atenta de su madre y de su vieja criada Nanon. Esta casa que los suyos abandonaron para siempre en 1790, quedará como símbolo amado y doloroso de su hogar, disperso por la tormenta revolucionaria y de su existencia rota en flor.

Paseado por Nanon en su coche de niño y llevado en la carroza paterna, Eugenio descubrió poco a poco los encantos de Aix y de Provenza que una afinidad natural le permitía saborear especialmente. Había dos mundos en Aix : la ciudad antigua, rica en historia y en monumentos antiguos, y la ciudad rica de los magistrados en la que se escondía, bajo las severas fachadas, la frivolidad de la época. En cuanto a Provenza, abundan igualmente los contrastes con su variedad infinita de paisajes, de planos y de colores. En ella todo cantaba vida : el sol, los pájaros, las cigarras, hasta la lengua armoniosa y cálida hablada por gentes de vistosas vestiduras, de mímica expresiva y de gestos animados.

Esta lengua que más tarde le servirá para ser el apóstol del pueblo, la aprendió el futuro misionero en las rodillas de su abuelo Joannis y de la "gorda" Nanon. Le gustaban las llenas sonoridades, el ritmo tan musical, la poesía flexible, las energías apasionadas.

Por medio de ella sintonizaba más íntimamente con su Provenza porque era la sicología local la que revelaba las infinitas resonancias de un dialecto hecho a su imagen. Alegre con un fondo de melancolía, brillante y con un fondo de seriedad, ostentosa, incluso violenta y truculenta y con un fondo de dulzura y delicadeza, se ajustaba al vaivén de una región en la que el sol rivalizaba con el mistral, quemando unas veces, otras acariciando, cuándo secando las colinas pedregosas y cuándo llenando de flores las praderas.

El alma provenzal de Eugenio se desarrollaba insensiblemente y con su propio estilo a través de esta lengua en la que había buscado su expresión y que tan perfectamente la reflejaba. Se trataba de un idioma en el sentido pleno de la palabra. Precisamente porque llevaba hasta en sus últimos elementos la hechura sabrosa de una tierra particularista en extremo, ese idioma imprimió más fuertemente su sello original sobre un espíritu joven, maleable y dispuesto naturalmente a recogerlo.

El niño era precoz, despierto, muy personal, de espontaneidad y vivacidad típicamente meridionales. Se reflejaba a los cuatro años en el teatro de Aix, por se vehemente indignación cuando hay uno que mete mucho ruido en el patio de butacas. Puesto en pie, todo lo alto que puede, junto a la barandilla de su palco, el hijo del presidente increpa al organizador del jaleo : "¡Tout are se descendi!", ("Si voy yo allí!"). El culpable, sorprendido por el reto que le lanzaba un crío, tuvo en cuenta una intimidación tan imperiosa. Este estreno en el mundo prometía.

Y hasta prometía demasiado para el gusto de su familia que estaba preocupada por esos aires imperiosos y por esas salidas violentas. El presidente deseaba que, sin perder tiempo, su hijo aprendiera a dominar una naturaleza demasiado parecida a la suya, porque Carlos Antonio era consciente que hacía sufrir a las personas que más amaba con su carácter autoritario e irascible, lamentando él, como el que más, los disgustos que causaba. La señora de Mazenod, impresionable y soñadora, estaba harta de aquel torbellino. También la gorda Nanon hubiera preferido las lágrimas a esas cóleras terribles y a esa tozudez obstinada. En cambio el abuelo Joannis, como buen provenzal que conocía su raza, defendía a su "picho", diciendo : "Aqueo picho es nat ama caractero, leissali dire : Vuoli, Eco vau mieu que de ploura; a de caractero, me fai plaisi" ("Este pequeño ha nacido con carácter; dejazle decir : quiero. Eso vale más que los lloros. Tiene genio; me gusta").

El "picho" no sólo tenía carácter; manifestaba también, prematuramente, la generosidad de su corazón. Como el tonel de las Danaidas, pero por razones mucho más edificantes, su hucha siempre estaba vacía. Tan pronto se la llenaban, la vaciaba Eugenio para dar su contenido a sus amigos, los pobres. Daba a los mendigos el pan de su merienda, bien untado de mantequilla y de mermelada. Un día lo vieron entrar con los harapos de un pequeño carbonero. Más generoso que san Martín, no sólo le había dado la mitad de su manto, sino que lo había cedido todo : la chaqueta, el pantalón y los zapatos. Nanon levantó los brazos al cielo. La señora de Mazenod le recordó su dignidad parlamentaria : "¿No eres el hijo del presidente? El hijo de un presidente ¿no debe vestir mejor que el hijo de un carbonero?". La respuesta salió tan rápida como el cambio de trajes : "¡Muy bien!; pues seré un presidente carbonero".

2.- Entre la agitación política.

El Presidente Carlos Antonio tuvo un papel relevante tanto en la Revolución Aristocrática y Parlamentaria de octubre de 1788, en Aix, como en los Estados de Provenza y la Elección de Diputados de Provenza a los Estados Generales.

En la Revolución Aristocrática, el Sr. de Mazenod luchó por su clase con todas sus fuerzas, no sólo para salvar los derechos comunes de sus iguales, sino también los derechos locales de los feudales.

Cuando se convocaron los Estados de Provenza, en 1789, para el 25 de enero, sin reducción de los diputados de la nobleza, triunfaban por anticipado el Sr. de Mazenod y los suyos. Pero el Tercer Estado protestó contra la composición de la Asamblea y dirigido por Mirabeau logró el apoyo del pueblo y ante la agitación que conmovió la Provenza, Luis XVI anuló los derechos feudales de Provenza y ordenó que la elección de Diputados a los Estados Generales se hiciera en Provenza como en todo el Reino. Los nobles feudales protestaron y presentaron informes redactados por el Sr. de Mazenod, que fue con ellos a París para presentar sus reclamaciones. No fueron recibidos por el Rey como lo esperaban y la Cámara de la Nobleza donde fueron para reclamar la convalidación de sus poderes y entregar sus memorias no quiso saber nada. La Delegación de la que formaba parte el Sr. de Mazenod fue definitivamente eliminada. Así el Sr. de Mazenod perdía la batalla que pretendía ganar. No fue por falta de valor, había faltado por completo en aquellas circunstancias, el sentido político y la destreza en la maniobra. Al entrar en la batalla con su armadura de jurista, tan rígida como la justicia, cometió el error de llevar a los debates prerevolucionarios sus hábitos de enredos procesales, su altiva seguridad de especialista. Encerrado en la mentalidad de su casta aristocrática, de su rango parlamentario, de su provincia, no supo extender su mirada a las dimensiones de un mundo que desbordaba el suyo y a los problemas nuevos que hacían estallar sus cuadros anacrónicos, olvidó que el tiempo hace su obra de muerte y de vida, que lo absoluto de los principios debe aplicarse a realidades movilizadas y cambiantes y pretendió contra viento y marea, mantener íntegramente la herencia y las instituciones del pasado. Actitud que el presidente creyó debía adoptar y que mantuvo durante la Revolución y el Imperio. Esa actitud influyó en la psicología de su hijo, y se comprende mejor que a Eugenio le haya costado trabajo desprenderse de todos esos complejos familiares y sociales que aumentaban sus impresiones de infancia y de la primera educación. Por otra parte se pueden valorar mejor los esfuerzos encomiables de la inteligencia y de la virtud para librarse lenta y progresivamente.

Serán precisos los años, duras experiencias y un verdadero desasimiento para que el Obispo de Marsella, aviejado y casi roto, se ilumine, se adapte y se tranquilice. También los hombres de Dios tienen que cubrir sus etapas, sobre todo cuando la Providencia los coloca entre dos mundos. No es rebajarlos, sino al contrario, señalar su punto de partida. Su punto de llegada, a la luz del atardecer, aparecerá así más luminoso.

3.- Eugenio pensionista en el Colegio Borbón.

Con su temperamento tan vivo y su espíritu tan despierto, Eugenio no podía por menos de sentir profundamente las primeras sacudidas de la Revolución en Provenza. El niño no podía comprender la naturaleza y menos el peligro de la crisis abierta en 1787, pero percibía las impresiones reveladoras de un malestar.

Antes de salir de Aix para París el Sr. de Mazonod dejó a su hijo como pensionista en el colegio Borbón. El niño sucedía en las mismas salas, sobre los mismos bancos a su padre, a sus tíos, antiguos alumnos de la casa. Pero si el marco era el mismo, la dirección, el espíritu y los programas no coincidían en absoluto. Los doctrinarios, con unos principios teológicos, políticos, sociales y pedagógicos, muy diferentes, habían sustituido a los jesuitas, suprimidos por Clemente XIV y despojados de sus bienes. Abiertos a las novedades, favorables a las reformas, liberales, eran la representación de su tiempo.

Ese modernismo no podía tener la aprobación unánime de la sociedad de Aix y con libertad de elección, Carlos Antonio de Mazonod no les hubiera demostrado su preferencia, pero Aix solamente tenía ese colegio de los doctrinarios. Puesto que la juventud de Eugenio no permitía dejarle como pensionista en una ciudad vecina, tuvo que tragarse aquel monopolio de hecho.

El Sr. de Mazonod se resignó de muy mala gana porque la insuficiencia de los cuadros comprometía la buena marcha de la casa. Los doctrinarios contrataban como profesores a otros colegas, a simples sacerdotes y también a seglares.

Si la cosa no era el ideal, sin embargo su marcha era bastante normal para que Eugenio se aprovechara de condiciones favorables durante el último trimestre de su primer año escolar. Por haber ingresado en Pascua, el niño no podía compararse a sus compañeros, más avanzados, ni pasar a la cabeza. Por eso sólo recibe un simple premio de memoria en la evaluación del 12 de agosto.

No sospechaban sus padres que la Revolución cortaría sus estudios en el colegio Borbón de Aix y que su formación intelectual continuaría a la buena de Dios por los caminos de un largo y doloroso destierro.

Capítulo III

EMIGRACION.

1 .- Salida al destierro de Carlos Antonio de Mazonod.

El 18 de octubre de 1790, fiesta de san Lucas, comenzó el curso sin otro incidente que un conflicto en el ayuntamiento de Aix, porque el P. Sicard, en su fervor cívico, había invitado a la ceremonia de apertura a las autoridades superiores al mismo tiempo que a las locales.

Acontecimientos bastante más serios comprometían infinitamente más la tranquilidad pública. El Parlamento de Aix, suprimido como todos los demás, antes de disolverse protestó, pero dada la personalidad del orador que se encargó de presentarlas, dado su contexto de indicios precursores, parecieron el preludio y la señal de una contrarrevolución inminente.

El hotel de los Mazonod está lejos de los centros donde se reúnen los patriotas, pero cerca del café Guión, donde se reúne el club de los "Amigos del orden". El domingo, día 12, mientras están reunidos allí unos oficiales y magistrados, desfilan por el Paseo los "Hermanos anti-políticos". Los oficiales salen a la puerta, quieren desarmarlos, hay tiros, detenciones de oficiales y heridos.

Se adivina la impresión de los Mazonod vecinos inmediatos del café donde se desarrolla la batalla. La Guardia nacional restablece la calma en el Paseo. Pero durante la noche se enteran que una pandilla enviada por el abate Rive se encamina a la Mignarde para detener a Pascalis, que otras quieren apoderarse de un aristócrata, el Sr. de la Roquette, e invaden varios hoteles.

Todo hace sospechar que quieren detener al Sr. de Mazonod. No sólo tiene en su contra el título de noble, sino que ha defendido constantemente la causa aristócrata; se conoce su reconciliación sonada con Pascalis, sus frecuentes visitas a la Mignarde; su participación en conciliábulos sospechosos... Amos y criados están vigilantes.

Un problema angustioso se plantea entonces al Sr. de Mazonod. ¿Abandonará el campo poniéndose a salvo? Al fin se decidirá. ¿Cuándo? ¿Dónde? Misterio. No pueden determinarse con certeza ni la fecha de su salida ni el itinerario. El hecho es que no compareció el 26 de enero ante el Tribunal del distrito para responder a los cargos que se le imputan.

Un testigo afirma haberle visto en traje de caza, lejos de Aix.

La separación en semejante coyuntura era conmovedora y dramática para los Mazenod. Nadie pensaba que el destierro de Carlos Antonio iba a durar 26 años, que no volvería jamás a su hotel y que su familia se dispersaría definitivamente.

Más valía, por otra parte, que la precipitación de la salida impidiera pensar demasiado en el futuro. Era necesario sacar lo más rápidamente posible al Sr. de Mazenod del peligro inminente. Sólo eso contaba de momento.

Cuando se supo que estaba lejos, respiraron. Pero ¡cuanta incertidumbre y cuántas angustias, mientras tanto!

Volvió la agitación el día 14, cuelgan a Pascalis y a unos cuantos más los anti-políticos del abate Rive que siguen buscándolo.

2.- Salida de Eugenio de Mazenod para Niza.

Con una tranquilidad relativa Eugenio reanuda sus estudios interrumpidos por el drama y las emociones de diciembre, en enero de 1791. Pero, unas semanas más tarde los va a interrumpir de pronto. Su tío Carlos Eugenio, caballero y capitán de navío, llega a Aix en febrero y viene a buscar al niño para llevarlo a Niza : tal es la voluntad de su padre.

Se adivina, que esa decisión tan inesperada sorprendió y conmovió a todos los suyos. Se reúnen en consejo. Salen los reparos : juventud de Eugenio, su salud. ¿Se impone esa salida de modo tan urgente?

El presidente se creyó en el deber de preservar a su hijo de una matanza de Inocentes, proyectada por los patriotas. ¿Influyeron otras razones de tipo religioso? Se puede creer, porque los doctrinarios habían prestado el juramento constitucional el 30 de enero de 1791, dejaban su iglesia de san Juan Bautista para ceremonias oficiales.

Se le planteaba al Sr. de Mázenod un problema de conciencia. Había dejado a su hijo en el colegio cuando su desacuerdo con los doctrinarios se reducía a lo político y a lo social; ¿podía seguir allí su hijo cuando el rector y los profesores habían caído en el cisma? Sus principios religiosos, su apego a la Iglesia y sus tradiciones de familia no dejaban lugar a dudas. Un deber estricto le obligaba a sacar a su hijo de la nefasta influencia de educadores que no obedecían a su arzobispo y a la ortodoxia.

Toda la familia aprobaría la retirada del joven.

Parece que si intervinieron en el caso los motivos religiosos, estos no fueron determinantes. El Señor de Mazenod se asustó a distancia del peligro en que veía la vida de su hijo y la señora de Mazenod, los abuelos, el tío y toda la familia, aunque menos asustados, no las tenían todas consigo.

Después de aquel consejo y decididos a poner en práctica las órdenes recibidas por medio del caballero, avisaron a Eugenio que saldría, al día siguiente, hacía Niza para reunirse con su padre, recomendándole el secreto más riguroso, porque había que tener cuidado con los revolucionarios y tomar todas las precauciones. Por lo tanto no podía despedirse de nadie, ni siquiera de sus mejores amigos.

El niño dio su palabra, palabra de los Mazenod, y se comprometió a guardar la más estricta discreción, pero pidió, por favor, ir a dar un abrazo a los Revest, a los que quería muchísimo. ¡Que confiaran en él! ¡Sabría callarse!

Pero es menos fácil dominar el afecto que la lengua; lo que ésta ocultaba, lo descubriría el otro. ¡Eugenio tiene el corazón tan triste, está tan emocionado...!

Se le saltan las lágrimas. De pronto toma una decisión : cortar por lo sano. Se despide bruscamente, retirándose con un simple y breve : Buenas tardes, que escondía un adiós desgarrador.

Al día siguiente, al enterarse de la marcha, la familia Revest admiró el valor excepcional que había revelado en circunstancias tan dramáticas y dolorosas, un niño de ocho años.

3.- Estancia en Niza

Solamente tenemos informes incompletos de la estancia de Eugenio en Niza. Aunque las "Memorias" del Obispo de Marsella dicen que la estancia duró cinco meses, sólo dan una fecha equivocada de llegada y otra aproximada de salida, y se limitan a colocar en el intervalo la llegada desde Aix de la señora de Mazenod, de la señora Joannis, de la señora Dedons de Pierrefeu y de Emilio Dedons de Pierrefeu, es decir: de su madre, abuela, tío y primo.

No es nada extraño que, de esos lejanos recuerdos, se borre la cronología y predominen las impresiones : su embeleso ante la magnífica bahía que admiraba, bajo el sol, desde su residencia, la casa Sauvaigne, que da sobre el bello paseo al lado del mar; su dificultad para traducir en una lengua extranjera los textos latinos en la escuela que frecuentaba en Niza; su recurso a los serviciales transeúntes a los que preguntaba palabras y giros italianos, situándose a la entrada de la casa para hacer sus deberes; la inmensa alegría sentida cuando volvió a encontrar a su madre y a su abuela, a la que dice, quería tanto como a su madre. Todo eso se quedaba en sus ojos y en su corazón.

La señora de Joannis, a los cuatro meses, regresó a Aix, llamada por su marido.

Los Mazenod creían al principio que el destierro duraría poco porque esperaban que los excesos de los Jacobinos acelerarían el triunfo de los monárquicos. Pero pasaban los meses sin que se viera la eficacia de la política de los peores y tuvieron que renunciar a las ilusiones de un próximo retorno a Francia. El presidente buscó el medio de asegurar la educación de Eugenio en mejores condiciones que en Niza y se dirigió al colegio de nobles de Turín.

¿Cómo entró en relación con ese centro donde se formaba la aristocracia piamontesa? ¿Gracias a qué protección logró una plaza para su hijo, con la aprobación exigida del rey? Lo ignoramos. Es posible que la red que unía a todos los emigrados y contra-revolucionarios interviniera para prestarle ayuda. Muy probablemente, con su consejo y ayuda encamina a Eugenio hacía la capital de entonces, Turín, para confiárselo al colegio real de la villa, estrictamente reservado para los hijos de la nobleza auténtica.

4.- El Colegio Real de Nobles de Turín.

El colegio real de Nobles de Turín le ofrece todas las garantías. Justamente acaba de tomarlo bajo su protección Victor Manuel III para restaurar en él el trabajo, el buen orden y la disciplina. Lo dirigen los Barnabitas con fama de hombres de ciencia, muy iniciados en los métodos modernos, muy atentos al movimiento de las ideas.

El superior de la casa es el R.P. Leopoldo Scati, notable por su valor humano y religioso, su sentido práctico, su autoridad paternal y firme y su experiencia.

La formación que se da es de signo aristocrático, con una serie de disposiciones que tienden a hacer de esa educación una educación de clase. No se limitan a enseñarles en las clases de gramática y humanidades, el latín, el griego, el italiano, la filosofía, la historia, la geografía; reciben además lecciones de escritura, dibujo, arquitectura, música, esgrima, danza y equitación.

Así mismo hay disposiciones, que se refieren al estilo que exige el nacimiento de los alumnos y al papel social que les aguarda según los conceptos y las tradiciones de su medio.

Semejante educación tenía que afianzar a Eugenio en la mentalidad aristocrática que ya tenía de su familia y de su primera formación. El niño desterrado se volvía a encontrar en su mundo fuera de Francia, un mundo de privilegios que esperaba vivir más que la Revolución y vencerla. Recibía una impronta específica del antiguo régimen y se preparaba a proseguir, una vez llegado el día siempre esperado de las restauraciones, el papel de sus antepasados, no menos apegados a los derechos de su clase y de su provincia, que a la causa de la monarquía borbónica y legítima.

Pero, aunque el P. Scati debía respetar el estilo aristocrático de un colegio reservado a personas de calidad, como era profundamente religioso buscó ante todo, la formación religiosa, se esforzaba en favorecer el fervor de sus alumnos y su acción personal los llevaba a la virtud.

Se adivina cuánto ganó Eugenio al contacto con ese religioso tan estimado. Por otra parte, manifestaba una viva piedad que se afianzó y desarrolló con su primera comunión, hecha el 5 de abril de 1792, jueves santo, y su confirmación, recibida en día de la Santísima Trinidad, a sus diez años.

Si los doctrinarios de Aix no marcaron su alma, demasiado joven, en circunstancias tan turbias, los barnabitas y sobre todo su superior pusieron en él una primera señal bastante clara y profunda para hacer posible su vuelo espiritual de Venecia, su trabajosa fidelidad de Nápoles y de Palermo y la crisis febril que siguió al regresar a Francia, con la progresiva evolución que iba a hacer, de un aristócrata cristiano, un sacerdote totalmente entregado al servicio del pueblo pobre, de los humildes y de los desheredados.

El fervor sería engañoso si no descansara sobre la práctica de los deberes de estado, por eso el P. Scati quería que sus alumnos fuesen trabajadores. Para facilitar el trabajo se preocupó por restaurar la disciplina.

Eugenio de Mazenod sacó provecho de esas reformas que sus buenos ejemplos contribuyeron a facilitar. Sabemos que ocupó constantemente el primer puesto en su clase, lo cual tenía su mérito, porque asistía a una enseñanza impartida en italiano y se encontraba por lo tanto, en condiciones de inferioridad frente a sus compañeros, infinitamente más ágiles en el manejo de la lengua materna.

Pero ese hijo de parlamentario debía a su nobleza de capa un ardor para el trabajo intelectual, un espíritu de aplicación y de método y una sensibilidad que no siempre caracterizaban a los de la nobleza de espada, más brillante, más superficial, más mundana y que tenía algo de artista. El sentido del deber profundo en él, mantenía su esfuerzo; tal vez también, cierto orgullo nacional le estimulase en las competiciones escolares defendiendo el honor del espíritu francés. Así se corregía la gran desventaja que hubiera desalentado a un temperamento menos resuelto.

Su regularidad desmentía la fama de indisciplinados que tenían sus compatriotas franceses. Sus maestros lo presentaban como modelo y su confianza le valía a ese niño de diez años la responsabilidad de la "camarata" que compartía con otros diez compañeros.

Eugenio de Mazonod que tenía ya un temperamento de jefe, supo mantener en ella un orden tan perfecto, que el P. Scati la escogió para que el duque de Berry la visitara, como la mejor arreglada, cuando hizo acto de presencia en el colegio de los Nobles de Turín. El príncipe se mostró muy halagado por el honor que significaba para Francia pero, al parecer, no le gustó tanto que el Sr. de Mazonod, más joven y simple caballero, ganase en altura a un auténtico Borbón, su hijo mayor, que le llevaba cuatro años. Su sorpresa y decepción quedaron en evidencia por una exclamación que se le escapó a su espontaneidad juvenil. Sicilia volvería a unir pronto en una intimidad mayor a esos dos jóvenes en los paseos y en los baños que tendrían para Eugenio consecuencias más desgraciadas, sin disminuir, sin embargo, su afecto al futuro heredero del trono, marcado ya por la desgracia.

El joven escolar del colegio de Nobles no había venido a Turín solamente para proseguir sus estudios en un medio selecto; sus padres le habían enviado a esa ciudad para que le operara el primer cirujano del rey, el doctor Pinchinati, de un lobanillo en el ojo izquierdo que le desfiguraba mucho. Los señores de Mazonod iban a trasladarse desde Niza para asistir a su hijo en esa penosa intervención, el día señalado para ello.

Eugenio, por delicadeza, quiso evitarles una emoción tan penosa. Pidió insistentemente al P. Scati que se adelantara la extirpación del lobanillo para que todo estuviera terminado cuando llegaran sus padres. El P. Scati impresionado por un detalle tan tierno, accedió con agrado. Pero en el último momento le faltó valor al paciente. Cuando vio desplegar en el despacho del rector lancetas, bisturís, tijeras torcidas y pinzas, le falló el ánimo y el operador tuvo que marcharse con su instrumental. Era explicable dada la edad del niño y los métodos de la época, pero duró poco esa debilidad. En su habitación, Eugenio, confuso, comprendió que había contado demasiado con su energía natural y, poniéndose de rodillas, pidió a Dios la fortaleza que necesitaba. Dueño de su terror por la fuerza de la gracia, corrió a la habitación del P. Scati para que volviera el cirujano. Este, desplegó de nuevo su instrumental y se puso al trabajo inmediatamente.

Nada de anestesia. Eugenio dejó que cortara en carne viva viendo y oyéndolo todo, sintiendo las repetidas incisiones que magullaban su carne y lo llenaban de sangre, mientras el doctor hacía su trabajo con vigor y precaución para extirpar completamente todas las materias grasas de aquel tumor antiestético y peligroso. A pesar del carácter primitivo y bárbaro de una operación que duró diez minutos, el niño ni gritó ni dejó escapar una queja pudiendo el cirujano operar con facilidad, admirado del valor extraordinario que facilitaba su delicado trabajo. Cuando llegaron el Sr. y la Sra. de Mazonod, esperados para aquella tarde, todo había concluido. Lo que hicieron fue alegrarse del feliz resultado de una operación realizada en condiciones físicas y morales del todo favorables. La delicadeza de Eugenio les había evitado la emoción y la pena de verle sufrir.

El niño se repuso tan rápidamente que el 30 de junio siguiente pudo recibir con sus compañeros de colegio el Sacramento de la Confirmación de manos del Cardenal Arzobispo Costa, en la fiesta de la Trinidad.

5.- Los Mazenod se establecen en el Piamonte.

El Sr. y la Sra. de Mazenod encontraron en Turín al caballero Vernegues, enviado a Aix para la sublevación de Provenza, que les proporcionó la valiosa protección de las condesas de Provenza y de Artois, muy queridas del rey de Piamonte, su padre.. Gracias a esas relaciones el Sr. de Mazenod se gana la amistad del conde Graneri, primer ministro del rey, que le logra "el permiso para establecerse, con su familia, en cualquier lugar que eligiera de los estados de Su Majestad".

La Sra. de Mazenod se empeñó en volver a Niza, pero ante la invasión revolucionaria, tuvieron que salir con lo puesto y se establecieron en un pueblo a cinco millas de Turín y luego volvieron a Turín.

Allí se unieron a los Mazenod otros dos miembros de la familia : Carlos Augusto Andrés, vicario general de Marsella y Fortunato, vicario general de Aix, que huían de la persecución

Capítulo IV

LA EMIGRACION A VENECIA

1 .- El viaje Turín - Venecia.

Después de dos años, en abril de 1794, los Mazonod decidieron abandonar Turín, donde ya no se sentían seguros. Granieri les aconsejó Venecia y les proporcionaron pasaportes para esa ciudad. Carlos Antonio, comenzó a organizar el viaje, como medio más barato eligió alquilar una barcaza, cuyos gastos compartió con otros emigrados.

No le faltaba atractivo a ese viaje, escribe el obispo en sus "Memorias". A medio día se detenían en algún "lugar delicioso"; por la tarde la barca hacía escala en alguna ciudad. El convoy se dividió en ruta y el presidente y su familia cambiaron de barca para entrar en los Estados de Venecia.

Venecia estaba en fiestas, invadida de extranjeros para asistir a las bodas "del Dux, representante de la República con el mar", quince días de diversión loca. Resultó imposible encontrar un alojamiento. Por fortuna un estafador al que habían recogido encontró dos habitaciones, donde aguantaron hasta que se decongestionó la ciudad y el Sr. de Mazonod buscó un "bello alojamiento" en la calle San Apolinar, frente a la casa de los Zinelli.

2 .- Los peligros de Venecia y la influencia providencial de Don Bartolo sobre Eugenio.

"¡Qué lugar tan licencioso la Venecia de entonces! No vienen aquí más que para divertirse"., escribirá más tarde Mons. de Mazonod. Ese carnaval universalmente famoso duraba seis meses con interrupciones y reanudaciones. En esa atmósfera de fiestas todo contribuía a excitar y a debilitar: el lujo,, las iluminaciones, los romances sentimentales, la música, las calles rebosantes de gente.

Nunca se respira en vano un aire de voluptuosidad. El peligro era mayor para Eugenio porque llegaba a esa edad insegura en la que los ojos se abren a la vida, en la que el hombre se despierta en el adolescente. Todo contribuía, además, a deprimirlo : el destierro, la penuria de su familia y las preocupaciones que afectaban a los suyos.

¿En qué ocupar tantas horas vacías y monótonas?. No podían buscarle maestros, no había libros en casa. El colegial en vacaciones se veía expuesto al aburrimiento y a soñar y ¿cómo no? a sentir la atracción de la Venecia alegre y viva que ofrecía distracciones y placeres fáciles.

A falta de sus padres que no veían los peligros que corría ese niño desorientado, intervino un hombre, Mons. Milesi. Adivinó el malestar de ese joven que todas las mañanas iba a San Silvestre a ayudar a misa a su anciano tío y trató de poner remedio a su ociosidad peligrosa y a su aislamiento moral. Se le ocurrió encomendar a Eugenio a un sacerdote de su parroquia, Don Bartolo Zinelli, para que le ayudara a continuar sus estudios y fuera su ángel tutelar.

No podía ponerlo en mejores manos. Se trataba de un sacerdote joven todavía, culto, santo y sacrificado, hijo de ricos comerciantes.

El adolescente descubría así otra Venecia menos conocida que la primera, ya que el bien siempre hace menos ruido que el mal. "En medio de esta locura, escribe Mons. de Mazonod, se encontraban familias que no estaban contagiadas. Señalo como prueba la familia Zinelli, pero eran poco numerosas. En ella persistían las tradiciones de la verdadera piedad y de la antigua sencillez de costumbres; el amor al estudio y al trabajo, la caridad benévola y la dulce cortesía. En esa atmósfera he vivido cuatro años de mi vida, de los doce a los dieciséis".

Don Bartolo aceptó con generosidad la misión apostólica y caritativa que le confiaba su párroco; éste se alegraba de su celo y, tal vez, adivinaba la ocasión de orientar todo un destino. El señor y la señora de Mazonod, puestos al tanto, dieron su aprobación con agradecimiento. Faltaba que el interesado se prestara a una solución ya ultimada. En lugar de imponerle algo por la vía de la autoridad, se juzgó más oportuno que decidiera él mismo. Mons. Milesi y el sacerdote Zinelli se arreglaron para introducirlo, como quien no quiere la cosa, en el domicilio del maestro, combinando un encuentro aparentemente fortuito, pero hábilmente calculado. "He aquí cómo les inspiró el golpe su caritativo corazón", relata más tarde Mons. de Mazonod congratulándose de haber caído tan fácilmente en la trampa. Muy del lugar, muy característico de los modales afables y cautivadores de Don Bartolo, el relato merece citarse íntegramente.

"Jugaba yo un día en la ventana que está enfrente de la familia Zinelli. Apareció en la suya Don Bartolo y, dirigiéndose a mí me dijo :

- Eugenio, ¿no te da pena perder el tiempo jugueteando ahí en la ventana?

- Bueno, Señor, sí que me da pena; pero ¿qué voy a hacer? Usted sabe que soy extranjero y no tengo ni un solo libro a mi disposición.

A eso quería llegar.

- Eso no importa, hijito. Aquí estoy yo, precisamente en la biblioteca en la que hay muchos libros en latín, en italiano y hasta en francés que pueden interesarte.

- ¡Qué más quiero yo!, le contesté.

Inmediatamente, Don Bartolo quita la barra que sujetaba las contraventanas y colocando encima un libro, me lo pasó a través de la estrecha calle que nos separaba. Terminé pronto el libro, porque siempre leía con avidez, y el día siguiente mi padre me aconsejó que fuera a devolver el libro y a dar las gracias a Don Bartolo. Todo eso estaba previsto.

Don Bartolo me recibió con la mayor bondad; me enseñó su biblioteca y de allí pasé al despacho donde estudiaba con su hermano, D. Pedro, que sólo era diácono.

- Todos nuestros libros están a tu disposición. me dijo Don Bartolo.

Luego añadió :

- Aquí estudiamos mi hermano y yo. Esa otra habitación la ocupó otro hermano nuestro hasta que Dios lo llamó. Si te gusta quedarte en ella, no tienes más que decirlo. De mil amores te ayudaremos a continuar los estudios que seguramente no habrás terminado.

Puede uno imaginarse mi sorpresa y mi alegría.

- Señor, me quedaré encantado; mi padre consentirá gustoso.

- Pues ya está; vente desde mañana y comenzamos".

Tal como estaba previsto, Eugenio fue a casa de sus maestros al día siguiente; en lo sucesivo, a lo largo de tres años, fue pasando los días en su compañía, con la regularidad de un convento. La mañana entera la dedicaban al trabajo. Después de la comida, "paseo para visitar alguna iglesia" en la que Don Bartolo y su discípulo se detenían para rezar. Al volver a casa de los Zinelli, nueva sesión de estudio. Por la noche, "honesto recreo" en el salón con los amigos de sus huéspedes. Se marchaban estos, pero el joven caballero se quedaba y se ponía a cenar. Todo concluía con el rezo del rosario y la oración "según la santa costumbre del país, tan bueno entonces". Cuando el futuro obispo de Marsella volvía a su casa, "hacía tiempo que todos estaban acostados", porque en Venecia "donde se hace de la noche día", la cena no terminaba antes de las once y media. Así que sólo veía a los suyos durante la comida y, aún los jueves y domingos tenía que quedarse en casa de los Zinelli que lo habían adoptado y lo trataban casi como a un hijo.

Nada mejor para los estudios y la educación de Eugenio. Con la perspectiva del tiempo y las lecciones de la experiencia, el obispo de Marsella, medirá mejor que nadie su alcance duradero y profundo. No cesará de repetir : Lo que soy se lo debo a Don Bartolo, "un verdadero santo canonizable".

En efecto, le preservó de las desviaciones que tantos otros han llorado porque no encontraron la misma ayuda. Aquella protección fue para él un inapreciable favor en una ciudad tan corrompida como Venecia, con un temperamento que le llevaba a los extremos y en plena crisis de la adolescencia.

El sacerdote Zinelli dio a su protegido bases sólidas y firmes sobre las cuales se apoyará desde ahora y en el futuro su resistencia y se levantará una vida cristiana abierta y auténtica. "Época decisiva para mí, escribe Mons. de Mazenod, en la que se pusieron en mi alma, preparada por su mano experta y por la gracia del Espíritu Santo del que era instrumento, los fundamentos de la religión y de la piedad sobre los que la misericordia de Dios construyó el edificio de mi vida espiritual. Fue en la escuela de este santo sacerdote donde aprendí a despreciar las vanidades del mundo y a gustar las cosas de Dios".

Esa época decisiva que hubiera podido llevarle a perder sus costumbres, fue para él un período de ardoroso y alegre fervor. Don Bartolo le había puesto un reglamento de corte ignaciano que el niño se proponía guardar durante toda su vida "con la gracia de Dios", porque "una vida cristiana no es aquella en la que se hace el bien como por casualidad y capricho, sino aquella en la que se obra el bien según un método, una regla, una vida dirigida en todo por los principios de la religión y de la piedad cristiana".

La "Memorias" del obispo de Marsella atestiguan con qué fidelidad se conformó Eugenio al programa trazado por su maestro : "Me confesaba todos los sábados, comulgaba los domingos. Las únicas distracciones que me concedía durante el tiempo de mis estudios eran la lectura de libros buenos y la oración. Oía y ayudaba a misa todos los días y también rezaba diariamente el Oficio de la santísima Virgen. De mis lecturas piadosas había sacado un cierto atractivo por la mortificación y, siendo un niño, me había comprometido a ayunar los viernes y tres días a la semana durante la cuaresma. Mis padres no reparaban en eso. Con

frecuencia ponía palos debajo de las sábanas de mi cama y los sábados, para estar más seguro de despertarme de madrugada y pasar más tiempo en la iglesia, dormía en el suelo sin más que una manta. Mi salud no acusaba nada en absoluto y seguí ese régimen mientras estuve en Venecia".

Ese empuje espiritual, el trato con un sacerdote tan santo como Don Bartolo y, tal vez también, las invitaciones de éste, despertaron entonces en el adolescente el deseo del sacerdocio : "De entonces arranca mi vocación al estado eclesiástico".

Esa vocación pronto va a tener un largo eclipse. Pero entonces su fresca luminosa entusiasmaba a Eugenio que no dudaba del llamamiento divino y se mostraba firmemente resuelto a seguirlo. Su familia, que al fin supo sus intenciones, no tomó en serio lo que juzgaba un entusiasmo pasajero. Su tío, el vicario general de Marsella, quiso someterlo a una prueba :

- Eugenio, ¿es cierto, me dijo todo serio, que quieres entrar en el estado eclesiástico?

- Pues sí, tío, le contesté sin dudar.

- Pero, hijo mío, ¿cómo vas a hacer eso? ¿No te das cuenta de que eres el único brote de nuestra familia y que de ese modo, se extinguirá?

Sorprendido al oír tal reflexión en labios de un hombre tan venerable, le dije rápidamente :

- ¡Y qué, tío! ¿No sería un gran honor para nuestra familia terminar con un sacerdote?

Mi tío estaba bromeando. Maravillado al oír una respuesta así, en un niño de trece años, me abrazó y me bendijo".

Esta vocación sacerdotal por poco se hace religiosa. Sobrino de un ex-jesuita, Don Bartolo que deseaba, igual que su hermano participar en la restauración de la Compañía, buscaba también ardientemente despertar idéntica vocación en su discípulo. Las "Cartas edificantes sobre las misiones extranjeras, escritas por misioneros de la Compañía de Jesús" que leía Eugenio "con avidez" lo invitaban a unirse a los hijos de San Ignacio dedicados a la evangelización de China y del Japón. Sabemos, por Mons. Jeancard, su confidente con el tiempo, que sintió "un gran deseo de consagrarse algún día a la conversión de los infieles"; el mismo escribe el 2 de octubre de 1855 al P. Tamburini : "Tenía doce años cuando Dios hizo nacer en mi corazón los primeros y eficaces deseos de dedicarme a las Misiones". ¿Podemos ver en esos "primeros y muy eficaces deseos" el origen de sus futuras empresas? No nos atrevemos a afirmarlo. Sin embargo parece que, como atestiguan sus confesiones, si la influencia de su maestro se hubiese prolongado, le hubiera convencido para ingresar con él en la Sociedad fundada por Nicolás Paccanari : "Ciertamente, escribe, si nos hubiéramos quedado un año más en Venecia, hubiese seguido a mi santo director y a su hermano, ya sacerdote, en la congregación religiosa que eligieron y en la que ambos han muerto en el ejercicio de un celo heroico" Pero la salida de su familia para Nápoles y Sicilia cambió de dirección al futuro fundador de los Oblatos. Dios tenía otros designios sobre él.

Al menos, quedó muy adicto a la Compañía. Formado espiritualmente según sus métodos por el sacerdote Zinelli y por su confesor jesuita, el P. Zauli al que iba a ver cada semana al otro extremo de la ciudad, estaba empapado en sus doctrinas teológicas. Don Bartolo había llevado muy lejos la instrucción religiosa de su querido alumno. "¡Cuántas veces hemos oído a Eugenio, ya sacerdote, que a este santo maestro le debía los sólidos principios que había adquirido en esa materia" (P. Rey).

Fácilmente se adivina de qué principios se trata, dada la escuela a la que pertenecía su maestro. De esa época procede ciertamente, la aversión del Obispo de Marsella al jansenismo, testimoniada en la confesión de fe que quiso escribir al comienzo de la obra "Eraste o el amigo de la Juventud", de Filassier, que le habían dado y que juzgó sospechosa : "Creo firmemente cuanto la Iglesia me manda creer y detesto los errores jansenistas y otros que están contenidos en este libro; no presto la mínima adhesión a las máximas contrarias a la enseñanza de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, que es una e indivisible y que lo será hasta el fin del mundo".

Categorico en el fondo, tajante en la forma, esta declaración es típicamente de Mazenod.

Don Bartolo había formado a Eugenio a su imagen y había marcado tan profundamente a su alumno que las crisis posteriores no podrán borrar la señal. El recuerdo de Don Bartolo servirá a Eugenio para despertar las fervientes disposiciones de su juventud veneciana. A pesar de las apariencias, los gérmenes puestos en su alma sólo dormirán; se mantenían demasiado vivos para que, después de las horas de oscuridad y de confusión, no volvieran a reanimarse con el sople de la gracia.

Por eso , cuando fue promovido Obispo de Icosia, el fundador de los Oblatos deseará ser consagrado en la iglesia de San Silvestre de Roma, donde descansaba, bajo el altar del Santísimo, su maestro "muerto en olor de santidad".

3 .- Separaciones y lutos.

La dedicación afectuosa del maestro Zinelli, que fue providencial en los comienzos para facilitar a Eugenio su aclimatación en aquel medio ambiente tan peligroso, se reveló indispensable, más tarde, porque, sin los Zinelli, se hubiese encontrado esta vez más solo a medida que crecía.

Primeramente, en 1795, llega la salida para Francia de la señora de Mazenod y de la pequeña Ninette, reduciéndose el círculo familiar a su padre, a sus tíos y a su abuelo.

Ese sacrificio se imponía para salvar los bienes de la familia, porque la señora de Mazenod se hallaba habilitada para recuperar su fortuna personal, retirando su parte de la herencia de su suegro el presidente.

Una carta enviada a su hijo el 1 de noviembre, desde Lausana, expresa a la vez su propósito y su tristeza. Escribe : "Me alejo de ti, mi enternecedor y querido hijo, con profundo dolor y gran pena. Abraza amorosamente a tu padre, por mí; dile lo apenada que estoy por hallarme lejos de él. Mi querido Zezé (diminutivo familiar del apellido), ten la seguridad de que hago un gran sacrificio. ¡Si tuviera suerte en lo que voy a emprender! Adiós, mi tierno y querido hijo; te abrazo llorando y soy la más cariñosa de las madres".

Un luto vino a sumarse a los anteriores en noviembre de 1795. El 23 de ese mes terminaba su santa vida el tío abuelo Carlos Augusto Andrés, "el vicario general del célebre Belsunce, el venerable amigo de Mons. Belloy y su gran vicario". La delicadeza de Mons. Milesi se manifestó una vez más : ordenó unos funerales magníficos, y quiso que ese sacerdote francés, desterrado por su fe, descansara en la iglesia de San Silvestre, "donde celebraba todos los días el santo sacrificio".

La partida de la Sra. de Mazonod y de Ninette y la muerte del tío, dejaban a Eugenio sólo con su padre y sus dos tíos Carlos Eugenio y Fortunato. Los tres le querían mucho, pero Fortunato, que en Aix era apreciado por las religiosas por su piedad y prudencia, no poseía en el mismo grado los dones que exige el trato con los chicos. En cuanto al presidente y al capitán de navío del rey, no tenían tiempo ni libertad para ocuparse de la educación e instrucción del adolescente. El negocio que habían emprendido los acaparaba y se veían obligados a confiarlo totalmente a los hermanos Zinelli.

4 .- Los negocios comerciales del Sr. de Mazonod.

¿Por qué decidió el Sr. de Mazonod lanzarse a los negocios?

Arruinado por la Revolución, privado de la pensión que cobraba del Piamonte y que le permitía hacer frente a las necesidades de su familia, tuvo que procurarse recursos y se decidió por el comercio.

La primera sociedad comercial en la que entra el Sr. de Mazonod es de compra y venta de cuadros, piedras, grabados y diamantes, luego monedas. Logran algunos beneficios. La detención de un miembro de la sociedad, motivó la liquidación del primer consorcio.

Le sucede un segundo : artículos de lencería y vestidos, artículos muy buscados por los elegantes de Venecia y muy fáciles de despachar. Al principio todo va bien. Pero el correo funciona mal, el bloqueo inglés dificulta las llegadas de Francia, las aduanas se hacen más severas, la pluralidad de intermediarios complica el tránsito de los paquetes y aumenta los riesgos, el avance de los patriotas en Piamonte detiene el comercio. Hay que liquidar. El presidente se embolsó unas 4.800 libras de beneficio.

Por iniciativa de la señora de Mazonod y de Fortunato surgió otra sociedad en octubre de 1795. Se trata de comerciar toda clase de géneros : telas de seda, bordados, linos, cintas, medias de seda, telas de algodón, etc.

La nueva sociedad tiene al principio cuatro miembros: Baron, d'Arlatan y los hermanos Bloquetti, es decir, el presidente y caballero Mazonod.

El aprovisionamiento viene de Lausana y de Lyon. Los paquetes de mercancías pasarán por Suiza, llegarán a Bérgamo y un tal Zanchi los encamina a su destino definitivo. Llegados a la entrada de la albufera había que introducirlos en Venecia burlando la vigilancia de los aduaneros. Se encargan de esa operación el Sr. de Mazonod y su hermano. Es la más peligrosa. El presidente se hace contrabandista y corredor de ventas, ya que como extranjero no puede montar una tienda, tiene que buscar clientes para colocar las mercancías.

Pero Venecia perdió hace tiempo su poder comercial y ahora está sufriendo la repercusión económica de los acontecimientos políticos y militares. La nobleza, generalmente arruinada, que vive por encima de sus medios, y el pueblo, acostumbrado a una vida fácil, no compran más que a crédito por falta de dinero.

So pena de perder toda la clientela, los Mazenod se ven cada vez más obligados a las ventas a plazos, de acuerdo con Baron y para recuperar fondos, acuden a un tal Vizian. le entregan los "pagheró a chi presenteró". Al principio cumplió bien, pero poco a poco les engañó. Estafó unas 19.347 libras.

La actuación de ese estafador veneciano comprometió gravemente un negocio en plena prosperidad. El déficit creado no se cubrirá nunca. Llegó el desacuerdo entre los asociados. La necesidad de vender al contado disminuyó la salida de las mercancías. La conquista de la Serenísima por Bonaparte terminó por abocar a los Bloquetti a una situación desesperada.

5.- La caída de Venecia.

"Al avanzar los franceses sobre Venecia, se pensó en escapar", escribe en sus "Memorias" el obispo de Marsella.

Muchos emigrados huyeron a toda prisa, el Sr. de Mazenod decidió quedarse, el honor y la probidad le obligaron a correr todos los riesgos para tratar de garantizar los intereses de sus asociados. Su salida significaría la pérdida total de las mercancías todavía sin vender y sin pagar, y de todos los créditos que había que cobrar para amortizar el pasivo; la quiebra sería irremediable; permanecerá allí para salvar lo que pueda del capital común.

Eugenio fue testigo de la caída de Venecia que le produjo una impresión decepcionante. El peligro se acerca en marzo de 1797, Bonaparte invade el territorio de la Serenísima y provoca contra ella insurrecciones en Bérgamo y en Brescia, la atemoriza, se sublevan los "Patriotas" venecianos y capitula el Dux asustado.

Ante esta noticia se alegran las agrupaciones revolucionarias, pero el pueblo se indigna y al grito de: "¡Viva San Marcos! ¡Muerte a los jacobinos!", recorren las calles, saquean un almacén, insultan y hay algunos heridos.

Pero llegan las tropas de Bonaparte y se restablece la tranquilidad. Los Mazenod acuden a la protección de los soldados de la república, ante los cuales había huido de refugio en refugio desde Niza. Los altos jefes les muestran una benevolencia que los sorprende y encanta. A pesar de su buena reputación terminarán siendo sospechosos. La indignación de los venecianos contra los franceses hacía muy crítica la situación de los emigrados. Los Mazenod aunque muy comprometidos por las excelentes relaciones con los soldados y los generales republicanos, y más aún por la espectacular visita del almirante Brueys a su amigo el capitán de navío, de momento no están en peligro. La presencia de las tropas de Bonaparte garantizaba su seguridad. "Si estas parten, escribe Carlos Antonio, sería tan imprudente como temerario quedarse; en último análisis no saldremos hasta el último momento".

Poniéndose en lo peor, la prudencia los invitaba a buscarse un refugio para ellos y para los géneros que tendrían que renunciar a vender, en el lugar.

El Sr. de Mazonod se pregunta dónde evacuar su depósito : ¿A Nápoles? ¿a Marsella? ¿a Bolonia?. Toda elección supone riesgos, había que escoger una ciudad que les proporcionara salidas; el presidente elige Francfort. Desgraciadamente le niegan los pasaportes para Alemania. Se deciden entonces por Nápoles y logran el pasaporte.

El presidente Carlos Antonio, el caballero Carlos Eugenio y Eugenio salieron de Venecia el 11 de noviembre.

A Eugenio le esperaban, una cuarta y una quinta etapa de destierro, infinitamente más difíciles porque no estaba preparado. Sin duda las iniciaba preservado providencialmente, provisto de bases y sólidos principios y quedará agradecido a Don Bartolo toda su vida. Pero la presencia y el apoyo de su maestro hubieran sido indispensables para completar su obra en ese joven de 16 años que sale a la aventura, después de haber padecido una inevitable tensión por tener que arreglárselas él solo.

Por eso comprendemos que Eugenio, - tal vez tenía un presentimiento - se separara de Don Bartolo "con verdadero dolor".

Capítulo V

LA EMIGRACION A NÁPOLES

1.- El viaje de Venecia a Nápoles.

Los Mazonod decidieron ir a Nápoles viajando por mar hasta Manfredonia para llegar a la capital de las Dos Sicilias "atravesando Italia, desde el espolón hasta esta ciudad".

"Nos quedaba poco dinero de los diamantes que mi buena madre nos había dejado, dice en sus "Memorias" el Obispo de Marsella,. Hubo de pensar en el medio de transporte más económico; el viaje por tierra hubiera sido caro : no quedaba otra salida que hacer el viaje por mar".

La misma falta de dinero que imponía un itinerario más complicado, más arriesgado, más largo y más lento, impone, igualmente la elección del barco, "una mala "manzera", llamada así porque se utilizaba para el transporte de bueyes ("mansí") de Istria y de Dalmacia a Venecia, "horroroso barco" que los nobles pasajeros se resignaron a tomar a falta de algo mejor, por su reducido precio.

Pronto se dieron cuenta de que esa travesía barata correría muchas "vicisitudes" : largo estacionamiento en el puerto de embarque de Chioggia, vientos contrarios, tempestades, contratiempo en Rovigno, con escala prolongada.

Se enfadan el presidente y su hermano con él capitán que a pesar de los vientos favorable no sale. Se hacen a la mar rumbo a Zara, los vientos contrarios empujan el barco hacía el norte, 48 horas de escala en Pola. La "manzera" pudo por fin llegar al golfo del que había sido rechazada por dos veces. Navegan por el canal bordeado de islas. La estrechez del canal obliga a pararse con frecuencia. Nada interrumpía el aburrimiento de esa travesía "fastidiosa".

Por fin la "manzera" llegó al puerto de Zara 43 días después de la salida de Venecia; los viajeros aún estaban a mitad de su camino.

La última etapa les proporcionó otras emociones. Ahora navegaban por mar abierto y el viento los empujaba tan de prisa que en dos días llegaron al puerto de Manfredonia. Menos mal que los corsarios argelinos que infestaban el Adriático despreciaron esa "mala e innoble" barcaza.

Una vez llegados a Manfredonia, después de haber dado gracias a Dios se disponían a tomar tierra, pero surgió un nuevo obstáculo. "El Sr. Gobernador no quería que bajásemos, escribe el Obispo de Marsella. Mi padre aceleró el trámite y bajamos, puede decirse, a pesar del gobernador. Nos quedamos ocho días en esa triste ciudad, Eran las fiestas de Navidad. Recuerdo que después de la misa de Gallo, dieron a besar a todos un pequeño Niño Jesús; lo besé como los demás, no digo que con más devoción, pero sí con más respeto, porque era un verdadero alboroto".

Después de haber venerado al "bambino" de Manfredonia y de haberse permitido reflexiones poco reverentes sobre los Canónigos de esa ciudad, Eugenio se encaminó con su padre y su tío hacia la capital de las Dos Sicilias por Foggia, Ariano y Avellino.

Los tres llegaron a Nápoles "la tarde del 1 de enero de 1798. "Habíamos salido de Venecia el 11 de noviembre, escribe Mons. de Mazonod. Terminamos un viaje de 51 días... Nuestra entrada por la puerta Capuana no fue nada triunfal; íbamos apilados en un coche miserable que no debió llamar la atención de los transeúntes y, al azar llegamos a un hotel : era el hotel "Sombreo Rojo".

2.- Los amigos de la familia.

Ese sombrero "no era el sombrero de un cardenal", ni el hotel era un palacio. El Sr. de Mazonod se había refugiado, por economía, en una pensión menos brillante que su rótulo. Ese lugar sin confort y de una limpieza dudosa no daba muchos ánimos. Para colmo de males, su mal estado de salud obligó al presidente a guardar cama durante una semana. Encerrado

con su padre y con su tío durante días interminables y vacíos, Eugenio saboreó por anticipado lo que le reservaba la capital de las Dos Sicilias. Bajo el sol hermoso de Nápoles iba a conocer las horas más oscuras y aburridas de su destierro.

Al retirar el correo de la estafeta había, junto a cartas recientes, otras que estaban fechadas hacía meses y esperaban en Nápoles desde su embarque en Chioggia. Así se enteraron de la salida de Marsella y llegada a Florencia de Fortunato, expulsado de nuevo de Francia.

Desgraciadamente, en todo ese correo en el que abundaban los testimonios de amistad y las buenas noticias sobre el canónigo sacristán del Salvador, no se hacía la menor mención de la señora de Mazonod. No había carta suya. El Sr. de Mazonod sentía un silencio que agravaba para él y para Eugenio la prueba de una interminable separación.

La llegada de Fortunato a Nápoles en febrero de 1798, no podía compensar la ausencia, cada vez más sentida, de la Sra. de Mazonod y de la pequeña Ninette. Las noticias traídas por Fortunato, viejas ya de meses, no podían satisfacer ni al presidente ni a su hijo. El Sr. de Mazonod seguía triste e inquieto, a pesar de su fe en la Providencia.

Esperaba seguir en Nápoles con su negocio para cumplir con sus obligaciones ante la sociedad Tourret-Baron-La Roche- Bloquetti y procurarse, personalmente algunos fondos. Pero todo fue de mal en peor.

El Sr. de Mazenod había sacrificado sus noches, en favor de la sociedad, para meter las mercancías prohibidas ante las narices de la policía y de los aduaneros; había sacrificado sus días para venderlas y su dignidad aristocrática y parlamentaria para ofrecer esos artículos a domicilio; había corrido los mayores riesgos para salvar su remanente, que era la garantía del déficit, permaneciendo en Venecia, la Venecia revolucionaria, sin otro resultado que arruinarse más. Quedaba a salvo su profunda honradez que fue para él, a la vez, un apoyo en la lucha y un tormento en el fracaso. Escribía a Tourret : "Se lo digo con franqueza : el dolor que siento es tan fuerte que ha alterado mucho mi salud. Lo que nos sostiene es, de una parte la información que siempre os hemos dado de nuestra impotencia y, de otra parte, la confianza que tenemos en la bondad del Señor. No, ese buen Señor no abandonará a gentes que han puesto su confianza en su Providencia. Antes de nuestra muerte nos procurará, no el modo de hacernos ricos (nuestra ambición no es mucha y tampoco la merecemos), sino el modo de pagarle nuestra deuda. Es nuestro deseo más ardiente y esperamos que se cumpla. Por lo demás, que aquellos que se han apoderado de nuestros bienes gocen de ellos; no les deseamos ningún mal; no los envidiamos. Ningún sentimiento de odio ni de venganza tiene cabida en nuestro corazón. Adoramos los decretos de la Providencia y nos sometemos a su voluntad".

Así se expresa ese hombre de honor, ese cristiano.

El Sr. de Mazenod acudió al jefe de los conspiradores monárquicos a D'Antraigues, muy seguro de su ayuda porque tenía en su activo algunos servicios personales prestados a su amigo y a su "adorable" esposa, y su defensa contra todos aquellos que le acusan de traición.

Le escribe el 9 de enero de 1798 : " Sus bondades para conmigo, me animan a exponerle con franqueza mi situación. He renunciado para siempre a mi patria. Allí no tengo nada; todos mis bienes han sido vendidos y dispersados; ninguna esperanza de sacar ni un céntimo. Mi familia se compone de cuatro personas : mis dos hermanos (el que había estado esperando acaba de llegar de Florencia y espero que venga a unirse a mí), mi hijo y yo. Reuniendo cuanto tenemos y adoptando la más estrecha y rígida economía, nos queda bastante para alimentarnos parcamente de aquí a julio; pasado ese mes, en agosto, nos encontraremos, sin duda, sin recurso alguno. La miseria y la indigencia más absolutas son nuestra única perspectiva".

De su amigo sólo quiere una cosa : "que por sus conocidos y por su crédito me obtenga en cualquier rincón de la tierra - todos los países menos el nuestro-, me dan lo mismo. algún destino, ocupación que pueda impedir que muramos de hambre y nos ofrezca la subsistencia más mediocre".

D'Antraigues se declara dispuesto a ayudarle, pero descarta Austria y Rusia y le insinúa que en Nápoles se vuelva hacia la reina Carolina y hacia los Talleyrand, fieles como él al conspirador monárquico.

La reina María Carolina tenía un buen corazón, que la llevaba a aliviar las miserias. Su fe cristiana buscaba, con las limosnas, el rescate de una conducta poco en armonía con la moral evangélica. Pero ¿cómo llegar a ella? Los Talleyrand, que gozan de los favores y confianza de esta se desentienden. Acude a D'Antraigues que escribe una carta a la reina que logró el efecto buscado. María Carolina concederá, para lo sucesivo, al presidente algunas ayudas que, sin cubrir todas sus necesidades, al menos, remediarán su penuria.

Desgraciadamente, aunque la situación de los cuatro desterrados iba mejorando, gracias a María Carolina, bajo el aspecto material, la actitud adoptada entonces por la señora de Mazenod afectaba, en cambio, a la moral del presidente y de Eugenio. Sobre todo una postdata, escrita con tinta invisible más molesta y más rígida les afectó muchísimo : "Me comunicaste que tus recursos pronto estarían agotados. Tengo todavía tu carta sobre la mesa. En consecuencia, me ofrezco a enviarte 600 libras, si me das las facilidades que son necesarias para cobrarlas. Y como esa suma no es suficiente para alimentar a cuatro personas durante un año, te pedí que tus hermanos se arreglen por su cuenta. Parece que no has querido entender lo que te dije. Te lo repito hoy; puedes disponer de esta suma cada año cuando lo juzgues oportuno. Es ridículo decir que prefieres tender la mano antes que depender de mí".

Muy emocionado, a pesar de las apariencias, el Sr. de Mazenod quedó molesto por no encontrar en su mujer mayor compasión afectuosa; esperaba de ella, más que un socorro financiero, un movimiento del corazón.

La sequedad con que María Rosa había propuesto su pensión de 600 libras y la negativa opuesta por Carlos Antonio a unas ofertas que le proporcionaban más decepción sentimental que ayuda pecuniaria, agravaban aún más la falta de entendimiento, como resultado de un conflicto de intereses.

No sería ésa la prueba menos dura para el presidente y para su hijo. El hermoso cielo de Nápoles había brillado un instante para cubrirse luego de nubes más sombrías y más pesadas.

3. - Ociosidad y aburrimiento de Eugenio en Nápoles.

Se comprende que en esas condiciones materiales y morales, el futuro Obispo de Marsella haya guardado un recuerdo muy malo de una estancia tan deprimente en la capital de las Dos Sicilias. "Un año abrumador, de la monotonía más triste", escribe. En mayo y gracias al tío de D'Arlatan, el marqués de Sabran, los Mazenod habían conseguido en Santa María in Pórtico un alojamiento menos precario que las dos habitaciones poco limpias del Sombrero Rojo; pero las costumbres sedentarias del presidente, del caballero y del canónigo los encerraban allí a lo largo de los días y, como estos no querían salir, Eugenio, "solo en una ciudad como Nápoles", se veía obligado a su triste compañía como única distracción.

Sus "Memorias" nos descubren lo que fueron entonces la ociosidad y el aburrimiento : "No tenía ya a mis buenos amigos los Zinelli, ya no tenía una ocupación fija ni relaciones a la medida de mis gustos y de mi inclinación. Puedo decir que perdí el tiempo. ¿Fue culpa mía? Creo que no. Estudié alemán durante tres meses. En tan poco tiempo había hecho tan grandes progresos en esa lengua tan difícil que mi maestro me aseguraba que la dominaría pronto, pero cayó enfermo, murió y con él se fue mi ciencia. Era un suboficial al servicio del rey de Nápoles. Sin duda se contentaba con poco. La miseria de la emigración impidió a mi padre buscarme otro maestro, Tuve que llenarme de paciencia. Toda mi vida he lamentado no haber podido desarrollar la facilidad que tenía entonces para aprender las lenguas y hablarlas bien. Me hubiera servido en mi ministerio, ¡Qué triste existencia para un joven de 16 años, no tener nada que hacer, no saber en qué ocuparse, no conocer a nadie, no poder ver nada más que la iglesia a la que iba para ayudar a misa a mi tío!".

Eugenio salía muy poco, a no ser para ir por las tardes con los suyos, a casa del barón de Talleyrand, "donde se reunían algunos conocidos de ese antiguo embajador; todo el recreo para mí, que no jugaba al wist, como mi padre, consistía en charlar un poco y escuchar a los demás"

¿De qué se hablaba en ese círculo? De muchas cosas, sin duda alguna, pero sobre todo de política. Una tarde, un canónigo de París, respecto al Papa, hizo un comentario sobre la debilidad deplorable de sus recursos militares. Si se hubiera reducido todo a esa constatación evidente, Eugenio hubiera unido su pesar a los de tan venerable, científica y discreta persona. Pero como dicho canónigo añadió irreverentemente y con cierta ironía: "En lugar de tantos triduos, el Sumo Pontífice haría mejor en ocuparse de mejorar sus tropas", me creí obligado a responder, cuenta el Obispo de Marsella, a esas palabras tan poco convenientes... Yo era el más joven de la reunión y, si hubiese tenido en cuenta los usos del mundo, me hubiese callado, desaprobando en silencio la reflexión del canónigo. Pero viendo que, en vez de desaprobando esas palabras que encontraba indignas, varios de las que las oyeron se sonrieron y parecían aprobarlas, no pude dominarme y, sin hacer caso del respeto humano, levanté la voz para desaprobando unas reflexiones tan fuera de lugar. Mi respuesta debió ser oportuna porque, al día siguiente el conde de Chatellus, caballero de honor de la Sra. Victoria de Francia, que estaba presente, le contó el hecho a la Sra. Victoria de Francia, en Caserta, elogiando al joven Mazonod que había hablado mejor que el viejo canónigo y, cortésmente, lo había puesto en su sitio".

El discípulo de Don Bartolo no admitía que se dudara de la eficacia de los triduos, ni que se bromeará de los soldados del Papa.

¿Intervino también Eugenio para apoyar la entrada en la guerra de los soldados de Carolina? Lo ignoramos. Pero sus recuerdos nos hacen entrever que participaba activamente en las discusiones. "Aunque muy joven, escribe el Obispo de Marsella, tenía la talla y los modales de un hombre de veinte años, y la costumbre de vivir con hombres sensatos me había dado cierto aplomo y una rectitud de juicio algo precoz".

Esa rectitud le parecía aún más indiscutible en política porque sus opiniones tajantes concordaban exactamente con la opinión de sus nobles interlocutores, todos tenidos por "sensatos". No tenía temperamento para recrearse en mediocridades.

Los Mazonod se inclinaban por una guerra que al liberar Roma y a los Estados Pontificios, serviría simultáneamente a la causa del trono y del altar, íntimamente unidas. Sin embargo, aún deseando la derrota de los revolucionarios, por una rara contradicción, sentían una gran pena al enterarse del desastre de Abukir. Sobre todo el tío caballero no quería creerlo.

Todo se daba la mano para que el año que Eugenio pasó en Nápoles fuera verdaderamente desastroso, Después de los peligros de la seductora y encantadora Venecia, conocía otros peligros igualmente terribles: el desánimo y el abatimiento que aflojan la voluntad rompiendo sus resortes.

Pero el sello que Don Bartolo le había marcado, conservaba toda su viveza y, por otra parte, su maestro velaba para mantenerlo exactamente en la línea que le había trazado: "Espero que Dios que te ha dado sentimientos tan profundos de piedad, los conserve y aumente en ti, le escribía el 24 de enero de 1798. La virtud en los jóvenes es una planta que, por no haber echado raíces profundas, se seca y muere fácilmente. Por eso es necesario rodearla de defensas, regarla y alimentarla bien".

Con esa finalidad le resumía sus recomendaciones en cuatro puntos:

"Ten cuidado con las amistades mundanas; busca una buena amistad, una casa verdaderamente cristiana en sus principios y en su conducta, donde puedas encontrar una diversión honesta y buenos ejemplos. Esta es mi primera recomendación.

"Aquí tienes otra : Elige un buen confesor que quiera a los jóvenes y conozca sus necesidades; vete a él con frecuencia y ponte de acuerdo con él para la práctica de los sacramentos.

"Tercer aviso : Antes hacías diariamente meditación y lectura espiritual. Estaría bien seguir, por lo menos, con uno de esos ejercicios.

"Cuarto aviso : Evita las malas compañías, las compañías mundanas. Evita la ociosidad, porque tienes mucho talento y ¿quién sabe lo que Dios te va a exigir? Estás en la edad en la que hay que pensar en la elección de un género de vida. Habla con Dios sobre ese punto importante y luego, cueste lo que cueste, continúa tus estudios.

"Al leer estas recomendaciones sé que no vas a decir : Don Bartolo me cree todavía bajo su férula, sino que verás en ello una prueba de que te guardo siempre el mismo afecto".

Todos estos consejos eran en sí excelentes, pero Don Bartolo, que tenía una vida estable, no se daba cuenta de que Eugenio se encontraba en unas condiciones muy diferentes a las de Venecia. El peligro para su discípulo venía menos de las malas compañías del mundo que del medio triste en que estaba confinado. Nápoles no le ofrecía más que el círculo de los Talleyrand, para reemplazar a la casa de los Zinelli; allí su monarquismo y sus prejuicios aristocráticos van a adquirir una fuerte intransigencia, y su espíritu, una precoz madurez; sin embargo, su vida cristiana no sacaba el mismo provecho de esas reuniones diarias. En cuanto a consagrar sus largas, vacías y desocupadas horas al trabajo intelectual, el joven caballero lo deseaba con toda su alma, pero, ¿cómo conseguir la calma y el aislamiento necesario en la precaria instalación de un alojamiento donde estaban todos los suyos? Además le faltaban los recursos, los libros y los maestros.

Por lo menos conservó sus hábitos de piedad. Don Zinelli le recomendaba : "Acuérdate siempre de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo, del mes de mayo, de los seis domingos de San Luis Gonzaga. Frecuenta los sacramentos, practica la oración y la lectura espiritual y sé fiel a todos los deberes de cristiano".

¿Cumplió totalmente este programa? Lo ignoramos; pero él mismo nos dice que ayudaba a misa a su tío cada mañana, que comulgaba todos los domingos y se confesaba semanalmente con un clérigo regular de Santa María in Pórtico, Esta fidelidad valía mucho y Don Bartolo se alegraba : "Me das un gran consuelo, escribe el 12 de marzo de 1798, con las confidencias que me haces. Confío que Aquel que te ha dado sentimientos tan cristianos, te los conservará : "Qui incipit ipse perficiet". Pero quisiera saber que juntas el estudio y la piedad. Es muy difícil, me dices. Te contesto : es de suma importancia, y es preciso vencer los obstáculos a cualquier precio".

A pesar de su insistencia sobre este último punto, no lograría Don Bartolo lo que consideraba esencial. En realidad no le faltaba buena voluntad al discípulo, que sufría mucho por su inactividad, pero los obstáculos eran bastante más insuperables de lo que pensaba su maestro. Tampoco acertó Don Bartolo en su propósito de despertar una vocación religiosa parecida a la suya : "Estoy seguro que cuando Dios acabe con la tempestad actual, resucitarán mis queridos jesuitas, porque creo en la resurrección de los muertos y porque tengo razones para esperar esto. Entonces reclutaremos jóvenes y tú, querido, eres joven y debes pensar en la elección de estado. Haz acopio de ciencia y de piedad. ¿Sabemos, acaso, lo que Dios quiere de ti?".

Contrariamente a los deseos de Don Bartolo, Dios elegirá para Eugenio un camino muy distinto.

4.- La invasión de Nápoles y salida de los Mazonod.

La estancia de los Mazonod en Nápoles terminó en condiciones dramáticas, con un embarque en plena tempestad, bajo la doble amenaza de los ejércitos franceses que avanzaban hacia la ciudad y de los "lazzaroni" sublevados.

La victoria de Aboukir había reanimado los ardores belicosos de María Carolina. Se decidió a comenzar las hostilidades.

En un comienzo hubo éxitos fáciles porque los franceses se batieron en retirada, pero reorganizadas las tropas lanzaron un potente contraataque, los napolitanos se desbandaron. Los vencedores vuelven a tomar Roma que habían liberado los napolitanos, e invaden el territorio de las Dos Sicilias y marchan sobre la capital.

En la corte reina el pánico, renuncian a la lucha y deciden huir en los navíos de Nelson. Pero los "lazzaroni" quieren defender la ciudad, se lanzan a la caza de franceses y extranjeros.

Cuenta en sus "Memorias" el Obispo de Marsella : "Me encontré de pronto en medio de ese tumulto. Mi padre avisado por la reina de la salida precipitada de la corte, que huía ante el ejército francés, cuya entrada en Nápoles era inevitable, pensó también en la retirada. La reina siempre llena de bondad para con mi familia, había reservado

plazas para nosotros en uno de los barcos de transporte; pero mi padre juzgó que nos convenía más aprovechar el ofrecimiento del conde de Puysegur, camarada de mi tío, que mandaba el barco almirante portugués y había venido con Nelson a la rada de Nápoles. Ese buen amigo nos había propuesto embarcar cuando nos viésemos obligados a huir ante el terrible enemigo".

"Había llegado el momento y él envió a sus marineros con un carro de mano; era, precisamente, la madrugada del 21 de diciembre. Amaneció antes de que si hicieran los paquetes y fuesen colocados en el carro nuestros baúles. Como era natural, me encargaron que acompañara a nuestras cosas, y entonces fue cuando, sin pensarlo, al pasar, yendo al puerto, cerca de la plaza del palacio y a lo largo del teatro de San Carlos y el castillo, me vi cercado por todas partes de bandas que afluían por todas las calles que dan al palacio. No había medio de volverse atrás; tuve que armarme de valor para no correr la suerte de otros emigrados franceses que, como yo, llevaban sus efectos al puerto, donde se proponían embarcar. Atrapados y apaleados por el pueblo tuvieron que abandonar sus carros en la calle e ingresar en el cuerpo de guardia que les sirvió de cárcel durante todo el día. Con más suerte que ellos, gracias a los marineros portugueses que me acompañaban y a la ocurrencia de pronunciar en voz alta la frase "Almirante portugués", escapé del peligro".

"Pero al llegar al puerto, no nos permitieron acercarnos al mar. La canoa del almirante, en la que debían ser dejados nuestros efectos, no estaba allí. El tumulto crecía por momentos. A lo lejos vi sables desenvainados. Tal vez fue entonces cuando el cónsul de Rusia recibió una puñalada y cuando fue asesinado un correo del gabinete real. El peligro aumentaba. Me guardé bien de responder a las injurias y al insulto de jacobino que salía de la boca de aquel pueblo enfurecido, a no ser con las palabras mágicas : "Almirante portugués". Me impuse con ellas y me dejaron retroceder hasta la puerta del Arsenal. Encontré mi salvación al ver la puerta, aunque cerrada. Me acerqué audazmente al centinela y le ordené que me dejara entrar para salvar los efectos que tenía que llevar al barco del almirante portugués. Mi decisión intimidó al buen soldado, al que hice responsable de la pérdida de dichos efectos, y me dejó pasar. Nada más entrar en el Arsenal, acudió el oficial de guardia para pedir cuentas de aquella flagrante violación de la consigna, pero le hice comprender la cosa con suavidad. Veía, además la canoa del almirante que recogió nuestros efectos y, por ello mismo, comprobó que no le había engañado y se tranquilizó del todo. Fui yo quién les informó a bordo de lo que pasaba en la ciudad".

"En ese largo intervalo del motín, un amigo de mis padres fue a casa para informar sobre los acontecimientos. En su relato, seguramente exagerado, contó que, en lo más álgido de la confusión, un joven que acompañaba un carro con efectos había sido asesinado. Fue un momento terrible para mi padre y mis tíos; no dudaron que aquel joven tenía que ser yo. Afortunadamente llegué en esos momentos, una vez cumplida mi misión en el Arsenal.

" Mi presencia calmó la inquietud de mi familia, y mi tío el sacerdote me recordó que estaba a tiempo para oír misa en la iglesia vecina, y fui inmediatamente para cumplir el precepto del día y para dar gracias a Dios por haberme librado de los peligros que acababa de correr. Era la fiesta de Santo Tomás Apóstol, 21 de diciembre de 1798. En ese mismo día, trece años más tarde, tuve el insigne honor de recibir el sacerdocio en Amiens"

" El motín se había calmado y una especie de estupor había sucedido a la efervescencia de la mañana. Hacia las ocho de la tarde nos enteramos de que la corte se había embarcado. El Sr. Puysegúr nos dijo que vendría a recogernos por la noche y así lo hizo, como buen camarada de mi tío. Estaba la canoa en el muelle y subimos a ella para llegar al barco del almirante que mandaba el Sr. Puysegúr. Nos cedió su camarote y el marqués de Nizza nos trató, lo mismo que al numeroso grupo que se había refugiado a bordo, con la magnificencia de un auténtico gran señor".

" Nuestro barco portugués había recibido orden de salir más tarde de Nápoles. Aguantamos la tempestad en la rada, nosotros perdimos un ancla, otro barco portugués perdió tres y un bergantín fue lanzado a tierra. Por eso juzgamos lo que debieron sufrir los que estaban en alta mar. Nuestra espera fue más larga de lo esperado".

En efecto, el almirante esperaba un momento de calma para desplegar las velas, con la esperanza de que el temporal cesara antes de la llegada de las tropas republicanas y permaneció en la rada ocho largos días.

Eugenio aprovechó esa larga espera para bajar a Nápoles con Nanon, arreglar algunos asuntos y vender los efectos que su familia había dejado. Una nota del barón de Talleyrand le avisó con toda urgencia, en plena noche, que la escuadra se hacía a la vela inmediatamente. Volver al barco con el mar alborotado y en plena noche, tenía un gran peligro. El joven no dudó un momento en subir a Nanon a la canoa que le había enviado el amigo de su tío y se pusieron en camino. A bordo reinaba el pánico. Los marineros sacaban sus rosarios. La vieja sirvienta se cubría la cabeza con el delantal para no ver las olas. El conserva su sangre fría y vacía el agua que llena la barca, animando intrépidamente a la tripulación. Por fin, con los mayores esfuerzos, llegan al barco almirante que, agitado por la tempestad, a cada momento amenazaba hundir a la frágil barca que intentaba arrimarse. Eugenio salta con destreza y vigor sobre la banda que rodeaba al barco y logra mantenerse sobre el reborde, a pesar de la violencia del balanceo. La gorda Nanon no podía permitirse semejante ejercicio de agilidad; hubo que izarla con poleas, más muerta que viva.

El 13 de enero de 1799 abandonó Nápoles la escuadra portuguesa. Así terminaba para Eugenio de Mazonod la cuarta etapa de su destierro que le dejó el más triste recuerdo.

Capítulo VI

LA ESTANCIA EN PALERMO

1.- Los primeros meses de vida siciliana.

Los Mazonod llegaron a Palermo el 6 de enero de 1799 por la tarde, "con un tiempo en calma y sin el menor percance, contentos de haber escapado de tantos peligros". Pero su alegría duró poco: el rey Fernando IV había ordenado al capitán-comandante del puerto que impidiera el desembarco de los "franceses que se encontraban a bordo del barco portugués". Gracias a la intervención de María Carolina, quedaron exentos de la regla, y los cuatro quedaron autorizados para permanecer en Palermo.

"En esta capital de Sicilia, escribe el Obispo de Marsella, no había ni un solo hotel y los extranjeros que llegaban al mismo se encontraban, literalmente, en la calle. Nosotros, por fortuna, encontramos a un amigo que había llegado antes y que ya tenía alojamiento. Nos cedió su habitación en la que colocamos, en el suelo, nuestros colchones, muy satisfechos de estar bajo techo".

Los Mazonod trataron de encontrar algo mejor que esa solución de emergencia. Nuevamente Carolina los sacó de apuro. "La reina, apenas llegados, escribe el Obispo de Marsella, tuvo la bondad de preguntar por nosotros. Al saber que nuestras reservas se estaban agotando, envió 25 onzas a mi tío, rogándole que celebrara una misa por sus intenciones. Era un modo delicado de cubrir las primeras necesidades que teníamos". Las 25 onzas permitieron a Fortunato y a sus hermanos alquilar un "alojamiento en el barrio de honrados curtidores". La casa era modesta, pero esas "buenas gentes" colmaron a Eugenio y a los suyos "de atenciones".

Al principio, a juzgar por las "Memorias" del Obispo de Marsella, las relaciones de los cuatro desterrados en Sicilia se limitaban a dos familias francesas, los Chastellux y los Talleyrand y a una noble familia siciliana, la de los duques de Cannizzaro. El conde de Chastellux, agente de Luis XVIII en Nápoles, había fijado su domicilio en Palermo. Una gran intimidad unió pronto a Eugenio con el hijo mayor, César de Chastellux. "El compartir los mismos principios religiosos y la conducta regular que observaba fueron los lazos de nuestra amistad que nunca desapareció", escribirá el Obispo de Marsella.

Los dos jóvenes hicieron juntos, en 1799, un viaje arqueológico, poético y poco confortable a las ruinas de Segesta, que cuenta con gracejo Mons. de Mazonod en sus "Memorias".

2.- Eugenio de Mazonod adoptado por los Cannizzaro.

La amistad con los Chastellux había permitido a Eugenio descubrir los esplendores del arte griego y los aspectos tan variados del campo siciliano. La amistad con los Cannizzaro lo acercó a la vida aristocrática de Palermo proporcionándole ricas ventajas materiales y morales que ofrecieron al joven caballero una existencia a la vez agradable y provechosa. "La Providencia que siempre me ha protegido desde la más tierna infancia, escribe el Obispo de Marsella, me abrió las puertas de una familia siciliana que, desde el primer momento me admitió como hijo de la casa, Es la familia del duque de Cannizzaro. Su mujer, princesa de Lardería, se diría una santa. Ambos me tomaron gran afecto y vieron el cielo abierto por poder dar a sus dos hijos, que eran casi de mi edad, un compañero que pudiera ser su amigo y que les diera ejemplo de buena conducta, cosa rara, especie de fenómeno en un país como el suyo. Desde entonces hasta mi regreso a Francia, formé parte de la familia : siempre tuve reservado un plato en la mesa; iba con ellos al campo, a su hermosa casa y todo estaba a mi disposición, lo mismo que a disposición de sus propios hijos que se sentían hermanos míos. Y. en cuanto al afecto, lo eran en realidad; su madre, que decía que le había llegado un tercer hijo, me había ganado de tal modo por su bondad que, ciertamente, sus hijos no la querían más que yo".

Los Cannizzaro pusieron a Eugenio en contacto "con lo más granado de la sociedad" de sus parientes y amistades.

De este modo, en Sicilia había encontrado Eugenio, lo mismo que en Venecia, su segundo hogar. Pero ¡qué diferencia con el de los Zinelli! Aquí un ambiente esencialmente aristocrático. El primero era muy cerrado y austero; el segundo llevaba un gran tren de vida y participaba de la vida mundana de una nobleza local, tan disoluta que el Obispo de Marsella escribe en sus "Memorias" : Mucho se podrá decir sobre las costumbres depravadas de la alta sociedad de Palermo. No hablaré de ello".

Después de tres años del invernadero veneciano y del año de aburrimiento mortal en Nápoles, ese brusco cambio de vida tenía sus peligros. A falta de Don Bartolo, al que llamaba "su santo maestro", el joven tuvo que adaptarse a la que pronto llamará "su santa madre", la princesa de Lardería. Tratado por ella como un tercer hijo, Eugenio sentía una responsabilidad moral para con sus dos hermanos Miguel y Francisco; al constituirse en mentor de ellos y al protegerlos, se protegió a sí mismo. Así encontraba al lado del peligro, el apoyo necesario en los que lo habían adoptado. Por otro lado, el capellán no podía darle ni luces ni ánimo : "¡El muy tonto, escribe, apenas sabe leer!".

Por las cartas que Eugenio escribió desde los "Colli" a su padre y a sus tíos, tenemos cantidad de detalles sobre los meses que pasó, durante este período, en el castillo de Cannizzaro, situado a unos kilómetros de Palermo, en las estribaciones de la montaña. El joven no es insensible al confort de que disfruta : una cama excelente, una habitación encantadora, escritorio, un ayuda de cámara, comida excelente y abundante, tanto que el presidente le aconseja : "No te dejes llevar demasiado de tu apetito, para no exponerte a tener que limpiar el estómago con purgas que siempre son desagradables; para ello harías bien en practicar la recomendación de un médico que decía que, para tener buena salud, había que levantarse de la mesa con ganas de comer".

Para reforzar esos consejos, el presidente describe minuciosamente el efecto de las purgas tomadas por "tus señores tíos, la tarde del domingo anterior. "Mejor es no tener que recurrir a parecidos remedios que los tuvo en vilo toda la noche, mientras su hermano, sin poder dormir, tenía que taparse constantemente la nariz".

A las buenas comidas de los "Colli" se añaden las suntuosas recepciones que daban los Cannizzaro. Así va de fiesta en fiesta y de mundanería en mundanería.

En ese ambiente aristocrático el espíritu de casta cobra en él nueva fuerza : le preocupa su blasón, se deja adjudicar la calidad de conde. para hacer mejor papel entre los príncipes y los duques de Palermo.

Ahora bien, un conde debe distinguirse en los juegos en los que brilla la nobleza. Primero la caza : el preceptor de los hijos de Cannizzaro, se encarga de enseñarle a manejar la escopeta. Los ejercicios de equitación completan esa formación. Finalmente, el nuevo conde desea iniciarse en los juegos de sociedad, y se queja a su padre, que no le haya enseñado, le contesta : "Si bien recuerdo, intenté enseñarte algunos juegos en Venecia. Tengo idea de que después de algunas lecciones te aburrirte. Estoy dispuesto a enseñarte los juegos de envite que quieras conocer, pero no te vayas a creer, como te ocurre a veces, que desde el principio ya sabes tanto como el maestro".

Eugenio siempre quería ir demasiado de prisa y se mostraba demasiado seguro de sí mismo.

3.- El duque de Berry en Palermo.

Mientras la amistad con los Cannizzaro lo asociaba a la vida de la alta sociedad siciliana, la de los Vintimille proporcionaba al joven conde, en junio-septiembre de 1800, relaciones frecuentes y hasta cordiales con el futuro heredero de la Casa de Francia. En casa de los Vintimille, escribe, "estaba como en mi propia casa...A esa íntima relación con los Vintimille debo el honor y el placer de haber pasado con el desafortunado duque de Berry, casi todas las tardes, durante su estancia en Palermo, en una especie de familiaridad, respetuosa por mi parte. El príncipe, para descansar de los protocolos del día, venía todas las tardes a casa de la princesa de Vintimille a tomar el té. Era el único admitido en esa sociedad selecta... Había venido a Palermo para pedir la mano de una de las princesas hijas del rey de Nápoles".

Los paseos del joven duque y del joven conde se amenizaban a veces con baños, en los días calurosos del verano siciliano. Es de suponer que el segundo fuera menos experto en el deporte náutico que en el hípico, a juzgar por la desgraciada zambullida que causó un grave accidente : "La mañana del 7 de julio, yendo a la "Arenella" para pasar el día en el castillo del príncipe de Vintimille encontré al príncipe que se dirigía al mar donde le esperaba su barca. Me insistió que le acompañara para nadar juntos.

Al llegar al mar se tiró al agua antes que yo. Yo salté después, pero, o bien porque resbaló mi pie, o bien por otra torpeza cualquiera, caí de barriga, en lugar de romper el agua, como debe hacerse.

El hecho es que me disloqué un hombro sin darme cuenta. Ciertamente sentía un fuerte dolor que me impedía utilizar mi brazo para nadar, pero lo atribuía a un fuerte calambre.

Me di cuenta al llegar a la cueva a la que nos dirigiáramos; al salir del agua el príncipe me gritó : "Te has dislocado el hombro". Recuerdo que sonreí al ver ese miembro dislocado. El esfuerzo que debí hacer, sin duda había agravado la luxación : mi brazo estaba al revés. Me vistieron con todas las precauciones. Se contentaron con cubrir la parte herida, y la barca del príncipe me llevó hasta la puerta de la ciudad, llamada de la Marina, donde subí a un coche para ir, no a mi casa, porque mi padre y mis tíos se hubiesen asustado demasiado viéndome en ese estado, sino a mi casa y adopción, la de los Cannizzaro, y allí me aplicaron inmediatamente todos los socorros.

"No pasé aviso a los míos hasta que terminó la dolorosa y larga operación que tuvieron que hacer para volver a su sitio el miembro dislocado. Habían llamado al primer cirujano de la ciudad. Después de un trabajo de cerca de media hora, que le hacía sudar la gota gorda y que yo acusaba, porque hubiera gritado si soy un poco más débil, el hábil cirujano había llevado el miembro dislocado hasta la cavidad donde tenía que encajar; pero confesó que no tenía fuerzas suficientes para terminar él solo la operación. Llamaron inmediatamente a un joven aprendiz del hospital vecino. Estaba bien elegido. Era un coloso. De un golpe con su enorme mano metió el hueso en su cavidad y desapareció el dolor. Me cuidaron y, durante algún tiempo, llevé mi brazo en cabestrillo, lo cual no ha impedido que me haya resentido a lo largo de más de treinta años, cuando mi brazo se cansaba por algo".

En septiembre, el duque de Berry, decepcionado por el fracaso de sus proyectos matrimoniales, abandonaba Palermo y Sicilia.

Las relaciones con el presunto heredero del trono de Francia y las atenciones amistosas del joven príncipe, habían enardecido todavía más a Eugenio en favor de la causa monárquica encarnada en el duque. Sin embargo, esta causa estaba por entonces muy comprometida. Las esperanzas que pronosticaban en 1799 la descomposición del Directorio y los éxitos de los aliados, se habían desvanecido una vez más.

La victoria de Marengo, a la vez que afianzaba, en el interior, el poder de Bonaparte, en el exterior deshacía la coalición.

Carolina que salió para Viena, siguió prestando sus ayudas delicadas a Carlos Antonio, así se comprende que, por agradecimiento hacía la bienhechora de su familia, Mons. de Mazonod, al relatar más tarde sus recuerdos de Nápoles y de Palermo, guarde silencio total sobre los desórdenes de la corte.

Eugenio de Mazonod estuvo en contacto con esa corte especialmente con ocasión de las fiestas de Santa Rosalía, que describe prolijamente en sus "Memorias".

4.- Eugenio suple las deficiencias de su formación clásica.

Educado por maestros imbuidos en espíritu clásico, en ciudades italianas, con un padre y unos tíos que saben de literatura, no se comprende que Eugenio no haya entrado en contacto con la riqueza de la poesía y de la prosa francesas, que a sus 19 años un Corneille, un Racine sean unos desconocidos para él.

Por fortuna, la duquesa de Cannizzaro ayudará a su hijo adoptivo a tomar conciencia de esa grave laguna que éste, muy seguro de sí mismo, ni sospechaba siquiera. Mientras acompañaba a su segunda madre, Eugenio no sólo jugaba al tute, único juego de sociedad que le era familiar; también leía y recitaba a Racine.

Ante su padre que le pondera los méritos de Corneille, él prefiere a Racine, le gusta mucho. Sus apreciaciones, acreditan una gran vivacidad de espíritu, pero también una falta total de disciplina intelectual. Trabaja como autodidacta, le faltó un buen maestro que le obligara a poner en orden sus ideas y a respetar las reglas de la composición.

El Sr. de Mazonod trató de formarlo en el arte epistolar. Eugenio escribe un poco a la buena todo cuanto se le ocurre, con una originalidad pintoresca y natural. El presidente le corrige sus faltas de ortografía, la impropiedad de sus términos, la dureza de sus expresiones, impropias de su buen corazón, sus divisiones tajantes, la nitidez de las afirmaciones categóricas.

Eugenio, todo él una pieza, con su ímpetu heredado de los Joannis, muy duchos en negocios gustaba más de la acción que de las cosas del espíritu. Es más jefe que pensador, tiene todas las cualidades de un líder y de un realizador, más tarde destacará en el gobierno, la administración y la organización.

Su estilo, menos preocupado de los matices, de la variedad, de la finura, llevará el marchamo vigoroso de su decisión neta y de energía intrépida. El Obispo de Marsella no llenará nunca las lagunas de sus primeros estudios. Le faltará un no sé qué de armonioso, de acabado que da una sólida cultura. Sus deficiencias intelectuales son comunes al clero de su época que, al perder toda influencia en el campo científico, comprometerá un magnífico encauzamiento religioso.

En Sicilia, Eugenio no sólo intenta paliar las insuficiencias notorias de su formación literaria; también se inicia en la historia y la emprende resueltamente con dos grandes obras : "Lecciones de la Historia o Cartas de un padre a su hijo sobre personajes importantes de la Historia Universal", por el sacerdote Gerard, once volúmenes; Charles Rollin "Historia antigua", doce volúmenes. Era un alarde de fuerza, pero se cansó pronto.

Aunque la formación intelectual que Eugenio recibió en Italia tuviera las lagunas anteriormente señaladas, por otra parte le había permitido aprender y conocer a fondo la armoniosa lengua de ese país. "Sin prevenciones, escribe su padre a Ninette, puedo asegurarte que habla y escribe el italiano con más elegancia y pureza que la mayor parte de los italianos. Lo domina mejor, sin comparación, que su lengua materna".

Por eso, dado su dominio en la materia, en 1801, le encargaron que revise el texto de una obra traducida del francés al italiano por un sabio del país : "Lo hace admirablemente", asegura el presidente. Era un tratado en tres volúmenes sobre "La autoridad de las dos potencias".

En Palermo, Eugenio seguirá trabajando, a pesar de su vida mundana. Aunque su vida intelectual, por falta de método y de guía llegue a un nivel insuficiente para completar lo que siempre le va a faltar, por otra parte, su vida moral sale robustecida por el esfuerzo que se impone.

Don Bartolo, con el que mantiene relaciones epistolares hasta abril de 1802, insiste, con razón, para que se imponga esta disciplina salvadora: "¿Estudias?", son las preguntas que le hace con insistencia algo inquieta, El seguir esos consejos, a pesar de las fiestas y de las distracciones de su vida en Sicilia, tenía su mérito; en este punto Eugenio se mantuvo fiel a las lecciones de su venerado maestro.

5.- La vida espiritual de Eugenio en Palermo.

¿Fue Eugenio fiel al programa espiritual que Don Bartolo le proponía : "Nada contra Dios, nada sin Dios"? El Sr. de Mazenod señala con frecuencia los defectos del carácter de su hijo; su aparente frialdad, su excesiva seguridad, la dureza de sus modales, la manera de darse tono ante las jóvenes Magrat que le habían ofendido tontamente, sus prontos, y sobre todo. sus arrebatos.

"Te recomiendo... mucha dulzura y afabilidad, escribe al huésped de los Colli; no te ocultó que el incidente que tuvo lugar el día de mi última visita y del que no he hablado aquí con nadie, me ha preocupado un poco, Sin duda tenías razón en el fondo; pero no es eso. Hay que atenerse a las formas debidas y no me gustaron las que empleaste en esa ocasión. Lo hiciste en tono muy brusco; arrojaste los guantes, y de muy mal humor, sobre la mesa. Así no se puede obrar, amigo mío. No te lo digo como reproche, sino porque debo enseñarte cómo debes portarte en el mundo. así que corrige esos arranques de fogosidad o de amor propio y, si reflexionas sobre ese pequeño incidente del otro día, estarás de acuerdo en que debiste tener mayor dulzura, A esto te estimularé siempre, como el amigo más entrañable".

También Ninette se permite leer la cartilla a su hermano con delicadeza: "Por lo que tú y tu amigo contáis sobre el modo de pasar el tiempo. me parece, querido, que te diviertes demasiado.

"¿No crees que llevas una vida demasiado disipada? Antes eras muy piadoso; no querías dar la mano a las señoras, a no ser a las ancianas. Si has perdido esos buenos principios debería darte algún consejo a ti que das tantos a los demás; y podría sentirme orgullosa. Tal vez no sea el último que tenga que darte, aunque ya me estoy oliendo que te molesta mi atrevimiento. No sigo, para asegurarte que nada podrá alterar la buena amistad que debe reinar entre nosotros; y para que no tengas que devolver consejo por consejo, me pongo de puntillas para llegar hasta tu boca y tapártela con una caricia muy fuerte".

Ninette podía estar tranquila y también Don Bartolo. Eugenio, en Sicilia se abstuvo de imitar los malos ejemplos de la aristocracia local. Mocitas y mujeres jóvenes requebraron sin éxito a ese condesito tan distinguido y bien plantado, En sus relaciones con lo que él llamará más tarde "las personas del sexo", recordando "las costumbres depravadas de la alta sociedad de Palermo", sus "Memorias"añaden : "No hablaré de ello. Sólo quiero resaltar la infinita bondad de Dios que, por su poderosa gracia me preservó constantemente en medio de los mayores peligros, inspirándome no sólo que me alejase, sino también una especie de horror hacia toda clase de disipación que me hubiera llevado a los extravíos que lamentaba, asqueado, en los demás. Gracias a Dios, mi delicadeza en esta materia era extrema".

¿Practicaba con la misma fidelidad el segundo punto del programa que le señalaba Don Bartolo : "Nada sin Dios"? Algunos pasajes de las "Memorias" del Obispo de Marsella permiten asegurarlo, por lo menos en ciertos períodos de su existencia en Sicilia y en algunas circunstancias :

"No tomaba parte en esas diversiones, al contrario, ¡cosa extraña!, cuando me encuentro en medio de ese jolgorio, del ruido de los instrumentos y de esa alegría tan mundana, mi corazón se encoge, la tristeza se apodera de mí y busco un lugar apartado donde, separado de todo ese mundo que me parece loco, me entrego a pensamientos serios, hasta melancólicos, y me entran ganas de llorar. Varias veces me han sorprendido en esa actitud personas conocidas que querían sacarme de ella, sin poder comprenderlo. Es que no estaba en mi elemento. Me hallaba en el mundo como a la fuerza. Eso no tenía atractivo para mí. Condenaba esa disipación que estaba viendo; repugnaba a todos los sentimientos de mi alma que aspiraba a una alegría muy distinta. Cuanto mayor era la jarana de los demás, más fuerte era el contraste violento que dominaba todos mis afectos. Esta es la explicación que me doy a mi mismo de ese extraño fenómeno".

En 1800 o en 1801, por las fiestas de Santa Rosalía y en las veladas aristocráticas, Eugenio sentía una necesidad más viva de Dios.

Fue de veras, en Palermo "lo que había sido en Nápoles y en Venecia? A juzgar por las cartas de Don Bartolo, parece que, por lo menos, hasta mayo de 1802, se puede decir que sí. "Tu carta me produce el más grato consuelo, le contesta su antiguo maestro el 29 de noviembre de 1801, al mostrarme la bondad tan grande de tu corazón y tu perseverancia en esos sentimientos de fe y de piedad que Dios te inspira".

Esta bondad de corazón pudo desarrollarse muy particularmente con la influencia de la duquesa de Cannizzaro : "Era la madre de los pobres y de los afligidos, escribe el presidente... Mi hijo era el confidente de sus proyectos, el cooperador y distribuidor de todas esas buenas obras".

El ejemplo de esta segunda madre, la experiencia de las miserias que aliviaba en su nombre, alertaron oportunamente a Eugenio contra la tentación del despilfarro que estaba a la orden del día en el terreno en que él se movía.

El joven conde no se limitaba a repartir con tacto y alegría las generosidades de su segunda madre, sino que prodigaba también a los enfermos los cuidados más delicados y más abnegados.

Sabemos, en concreto, que una de las señoritas de Puget, que habitaban en la misma casa que su padre y sus tíos, murió en sus brazos. Había un grave peligro de contagio, porque se trataba de tisis; pero nada detenía el celo y la valentía del caritativo enfermero.

En mayo de 1802 esa gran bondad de corazón, que llenaba de consuelo a Don Bartolo, va a servir para que Eugenio sienta mayor pena ante la prueba que va a experimentar con la muerte de su segunda madre.

"Es imposible, escribe el presidente a su mujer contarte, todos los detalles que en esta dolorosa circunstancia han servido para aumentar la estima y la amistad general de todo Palermo hacia mi hijo. Basta que sepas que su conducta ha sido admirable. Sigue siendo el hijo y el amigo de esa familia; el padre y los hijos han querido que lleve luto con ellos y como ellos. Con ellos ha ido al campo donde han querido estar a solas con nosotros".

El 9 de mayo, Fortunato, que llegó a los Colli para curar algunos achaques molestos, coincidía con los elogios de su hermano : "Dicho sea sin halago, pero es imposible obrar con más prudencia y sabiduría de la que ha tenido en las circunstancias tristes y penosas que lo rodean".

¿Hasta qué punto se sintió afectado y conmovido por ese luto el joven conde?

Sus cartas desgarradoras ayudan a conocerlo : "Es una llaga que no se cerrará nunca. No he podido pegar el ojo en toda la noche; nunca lloraré bastante a tan buena madre". Así escribe el 2 de mayo a su padre. Al día siguiente añade : "Nada me resulta agradable, como no sea hablar de ese ser querido, cuya pérdida es la desgracia de mi vida, a esa madre que, por decirlo así, no conocí más que después que la perdí. Cada paso que doy me la recuerda. Unas veces la veo paseando o llamándome para salir de paseo; otras, la veo a mi lado escuchando atentamente la lectura que yo le hacía. No me es posible expresar la intensidad de mi dolor que parece renovarse y multiplicarse a cada paso que doy".

Para mitigar sus insomnios, Eugenio se sumerge en "Las noches" de Young, "hombre admirable y sobre todo el mejor y más complaciente que tengo en este momento. Expresa todos mis sentimientos y me encanta que cien años antes que yo, haya pensado igual que yo pienso. Es sublime. Lo leo con atención y con gusto".

Lo normal hubiera sido que el discípulo de Don Bartolo solicitara fuera de Young el ánimo que necesitaba. Pues bien, en su correspondencia de esta época no aparece ninguna reflexión cristiana. Sin embargo, el Sr. de Mazonod le recuerda los grandes principios de la fe : "Mientras das libre curso a tus lágrimas, encerrándote en tu dolor, debes tener en cuenta los poderosos motivos que tienes para aliviarlo. Nacen no sólo de tus sentimientos religiosos, sino también de la ternura que sentías hacia la respetable difunta. Has podido conocer mejor que nadie, sus virtudes; sabes la vida santa y cristiana que llevaba... De suerte que, querido hijo mío, no dudes de que goza en este momento de la recompensa de sus virtudes y de la inefable presencia de su Creador, y que es totalmente feliz. La amabas. Deseabas su felicidad. Pues bien, ella goza de lo que no se le puede quitar ya, de lo que debemos anhelar todos y esperar de la bondad infinita de Nuestro Señor. Esta consideración debe ser muy fuerte y, me atrevo a decir, muy consoladora para nosotros que, gracias a Dios, tenemos principios inalterables de religión".

El Sr. de Mazonod hubiese preferido que Eugenio se apoyara en esta "consideración muy fuerte y muy consoladora en lugar de acudir a Young.

La salud del conde queda sacudida por el golpe que le ha roto el corazón. Lo moral queda afectado tanto como lo físico y la vida espiritual disminuye, se entibia. Después de la muerte de la princesa, "al no tener ante los ojos las virtudes de esa mujer eminente, con la que hablaba de temas religiosos y cuyos consejos maternos lo mantenían en el fervor, descuidó, sino sus principales deberes, por lo menos esas prácticas regulares que son como el baluarte del alma y la salvaguarda de la santidad"; así escribe el P. Rey.

Eugenio tenía "por confesor a Mons. Bonnaro, filipense distinguido por sus virtudes y su nacimiento, y frecuentaba la casa de la Olivella en la que había conocido a varios filipenses que lo querían y lo proponían a los demás como modelo; pero también él notaba que había perdido mucho del fervor anterior".

Con esto se preparaba, o tal vez comenzaba ya, la crisis moral y religiosa que, en sus notas íntimas, el sacerdote de Mazonod confesará más tarde con insistencia y dolor.

6.- El regreso de Eugenio de Mazenod a Francia.

En las naturalezas ardientes la tristeza suele ser el peligro más temible y fatal. Los resortes íntimos se aflojan o se rompen, el espíritu se turba, el hastío invade la misma oración y se corre el riesgo de creerla ineficaz. Eugenio se descuidó en practicar el "Nada sin Dios" justo en el momento en que necesitaba más gracias para mantenerse fiel al "Nada contra Dios".

Durante los últimos meses que pasó en Sicilia, la inconsolable pena que le causó la muerte de la duquesa, se agrava con otra que le afecta más todavía. Para obedecer a los requerimientos de la señora de Mazenod, el joven conde debe volver a Francia y volver solo, abandonando en Palermo al presidente y a sus dos hermanos, juzgados los tres indeseables, por la ciudadana Bonnet y sus hijas, asesoradas por Roze-Joannis. El regreso, que le reúne con su madre, significó la ruptura del hogar.

Después del golpe de estado de brumario, la señora de Mazenod espera poder repatriar a su marido y a sus cuñados, igual que a su hijo. La repatriación de Eugenio la considera indispensable.

En noviembre de 1800 empieza a cambiar el tono. Para con Eugenio se muestra absolutamente imperativa, para con su marido y sus cuñados sus cartas manifiestan cierto desapego. No están comprendidos en el decreto y será necesario esperar. Se impacienta porque Eugenio no ha emprendido todavía la marcha. Se calma algo al recibir detalles de la vida de Eugenio en Palermo, pero sigue distanciada y fría con su marido y sus cuñados. Algunas cartas sin sentimiento, sin afecto, demasiado oficiales revelan cierto antagonismo y tal vez la mano del primo Roze-Joannis.

En junio de 1802, se llega por fin a una decisión : María Rosa, en mayo, precisó formalmente sus intenciones. A causa de las deudas de su padre, muerto insolvente, Carlos Antonio no deberá entrar con el caballero, hasta que los hijos se hayan situado. Fortunato debe acompañar a Eugenio. Para éste hay un proyecto a la vista : se trata de una joven que tiene 25.000 libras de renta, tiene un rostro agradable, un "cuerpo bien hecho y "un carácter sumamente dulce y afable".

Cuando hayan casado a Eugenio y luego a Ninette y estén a salvo los intereses materiales, el presidente Carlos Antonio y su hermano Eugenio podrán pensar en volver a Francia para retirarse a su tierra de San Lorenzo y librarse de todos sus acreedores.

Se trata de una separación manifestada claramente al presidente por su mujer, ya que ésta no deja a su marido "casi ninguna esperanza de verla, lo mismo que a su hija, hasta el valle de Josafat".

Entre el clan Mazenod de los tres hermanos y el clan Joannis de las tres señoras, dirigidas por Roze, el antagonismo se hace irremediable. Este segundo quiere rescatar a Eugenio al que juzga muy apegado a su padre y a sus tíos; además, una preocupación excesiva por los bienes materiales lo ha llevado a "embrollar" todos los asuntos para colocar toda su fortuna en manos de la señora de Mazenod y de sus hijos, despojando a Carlos Antonio, al caballero y a Fortunato.

Ahora bien, Eugenio no ignora nada de esa crisis familiar. El Sr. de Mazenod se lo ha contado todo a su hijo, "cuya prudencia se ha adelantado a los años y cuyos sentimientos son nuestro único consuelo".

Este tenía demasiado corazón para no sufrir cruelmente. Dividido entre la alegría de encontrar a su madre y a Ninette y la tristeza de abandonar a su padre y a sus tíos, el joven conde de halla desgarrado en lo más íntimo de su ser. El afecto que le tienen ambas partes, separa a los suyos, en lugar de acercarlos, y se pregunta cómo salir del dilema, porque el amor tiene matices que no entran en medidas. Frente a un padre y a una madre, el amor no puede ser idéntico, aunque sea igual.

Después del golpe de estado de brumario, se decide Eugenio a hacer las gestiones necesarias para lograr el pasaporte : el 12 de agosto de 1802, suscribe su acto de sumisión, promete "ser fiel al gobierno establecido por la Constitución, etc. Todo eso lo hace con repugnancia, que incrementa el Concordato firmado por el Papa, que el Eugenio de esa época que se ceñía a puntos de vista más terrenales y que estaba completamente desorientado no veía bien.

En agosto, el día 17, a Eugenio se le declaró una grave enfermedad; se trataba "de una fiebre intestinal biliar, continua y en aumento", que lo dejó esquelético, deshecho. Al cabo de doce días, a duras penas podía ir hasta la iglesia para oír misa. En octubre, por fin, restablecido, el convaleciente se embarca para Marsella en el barco del capitán Reinier.

La separación fue desgarradora : "La salida de mi hijo tuvo lugar el 11 de este mes. Nos ha dado tantas señales de apego, de sentimiento y de ternura que nuestros corazones han quedado conmovidos y rotos; hemos tenido que hacernos fuertes para disimular nuestra emoción y animarle a él". Así escribía el 19 de octubre el Sr. de Mazonod al baron de Talleyrand.

El presidente y sus hermanos acompañaron a Eugenio hasta el puerto, disimulando sus lágrimas, y durante mucho tiempo siguieron con la vista al barco que lo llevaba a Francia. Luego, inclinados, en silencio, caídos los hombros, volvieron los tres a la casa que les parecía "un desierto", para seguir, sin él un destierro más doloroso y más pesado que nunca.

Capítulo VII

SOMBRAS Y LUCES DE PROVENZA

1.- El regreso a Francia

Eugenio de Mazonod regresa a su patria después de once años de destierro y siete sin ver a su madre y a su hermana.

Mientras el capitán Reinier abandona el puerto de Palermo y pone la proa a alta mar, la despedida era tan cruel que no piensa, ni por un momento, en las alegrías del regreso. Las lágrimas de su padre y de sus tíos y sus propias lágrimas le impiden ver la sonrisa de los que le esperan en las costas de Francia. Todo lo llena el presente con la sensación de una ruptura definitiva y brutal; el futuro se diluye en sus ojos llenos de lágrimas.

Provenza, país de contrastes, tiene sus luces y sus sombras y, hasta que llegue a descubrirlas y meterse en ellas, deberá ir a tientas. Es un período de crisis, pero también de maduración dolorosa que después de tenerle desazonado bastante tiempo, provocará un resurgir benéfico que orientará toda su vida.

Para comenzar, la travesía fue, material y moralmente, molesta. La primera noche se le hizo interminable. Pasó frío, un "frío de perros" y, para calentarse, tuvo que echarse a las espaldas una manta, y aguantar el insólito atavío que podría sorprender a la tripulación en un hombre de su condición social. Pasa también hambre porque le han servido un "bodrio": una sopa y un trozo de mala carne cocida; y nada más. Sufre sobre todo, en su corazón por haber dejado al presidente y a sus dos tíos. No hay nada que pueda apagar su pena ni detener sus lágrimas.

"Intenté distraerme, escribo a la una de la madrugada, pero no pude. Mi padrecito querido, mis tíos adorados: ¡qué vacío el de no estar ya más con vosotros! Tened la seguridad de que me estoy recriminando todos los pequeños disgustos que os he dado. Nunca merecisteis que os diera el menor disgusto. Pero bien sabéis que mi corazón nunca os ha fallado. Os tengo presentes a todos. ¡Qué desgraciado soy! Mis lágrimas mojan el papel y me impiden escribir... Os doy un abrazo pero, desgraciadamente, sólo con el espíritu".

Al no poder dormir se pone nervioso, porque se da cuenta de que el capitán Reinier no navega como quisiera; el barco se dirige a Cefalú porque tiene que cargar allí, y los vientos no favorecen la llegada. No le agrada mucho la ciudad, pero si la recepción del delegado de justicia, esta vez el viajero no se quedó con hambre como en el barco.

Cuando el barco reanudó la marcha a vela, de nuevo tuvo que aguantar el ayuno, arrepintiéndose no haber aceptado las provisiones que le ofrecieron en Palermo.

Para colmo de males, el sábado 16, entre Sicilia y Cerdeña se desató una terrible tempestad sobre el navío y durante cuatro horas estuvieron en grave peligro. Por fin el viento tomó una dirección fija y cesó el peligro.

El resto de la travesía fue relativamente tranquila. El barco llegó el 20 a la altura de la isla de Elba, y el 24, después de 13 días de penosa navegación, Eugenio de Mazenod desembarca en el puerto de Marsella. Su destierro había durado 11 años.

En el muelle le aguardaba una gran decepción. Nadie le esperaba. En vano busca a su madre entre la gente, a su abuela, a su tía que se decían tan impacientes de su regreso.

Se encuentra solo en la tierra de los suyos, como un extranjero, con una sensación dolorosa de vacío y desamparo.

¡Qué contraste con su salida de Palermo, cuando su padre, sus tíos, etc, lo habían rodeado hasta el último momento con su presencia y su cálido cariño! La ausencia y el silencio de su familia de Aix era algo tan doloroso como inexplicable. En vez de la suspirada alegría, su vuelta a Provenza le brindaba la triste sorpresa de un corazón cruelmente encogido.

Por fortuna, el presidente había tenido la feliz precaución de orientar a su hijo hacia un representante de la casa Bouge, relacionado con Palermo y con el caballero, por asuntos de negocios. Después de presentarse en el ayuntamiento para entregar su pasaporte, Eugenio fue a casa del Sr. Reboul para saber si la señora de Mazenod le esperaba en Marsella, Este le contestó que no sabía, pero que lo llevaría a casa de la Sra. Estieu que lo recibiría con los brazos abiertos. Así fue y allí todo se explica y se esclarece, por lo menos parcialmente. Eugenio encuentra una cartita de la Sra. de Mazenod que le dice todo cuanto tiene que hacer. La Sra. Estieu piensa que debe estar al llegar y que se hospedaría en su casa, con Eugenio. Por la noche escribe a su madre.

Se supone la emoción con que esperó la respuesta de su madre y la llegada de ésta. Pasaron cuatro días. La Sra. de Mazenod ni escribe ni viene. El 9 de enero, Eugenio escribe a su padre : "Llego a Marsella convencido de encontrar a alguien de la familia. No aparece nadie. Nadie me habla de ella. Escribo : no hay respuesta. Paso cuatro días en Marsella resolviendo asuntos. No recibo cartas. Como puedes imaginarte, estaba muy disgustado. Suponía sin embargo, que las cartas que me hubieran escrito, se habrían perdido, puesto que las mías las habían recibido y las habrían contestado. Pero la respuesta no llegó".

En última instancia, después de tener arreglados sus papeles, después de cumplir los encargos de Carlos Antonio para sus amigos y conocidos, Eugenio se decidió a ir a Aix el 28, sin tener la seguridad de encontrar allí a su madre. Aunque, para no causar tristeza a su padre, suavizó su decepción; podemos adivinar que su pena no sólo fue grande sino realmente, desgarradora. Una serie de falsas maniobras y de contratiempos desagradables descartaban, más tarde, la interpretación benévola que sugerían de momento, el silencio y la pasividad de la señora de Mazenod. El misterio desdichado de esa acogida decepcionante proyectó una sombra sobre la llegada de Eugenio a tierras de Francia. Ese primer desengaño presagiaba otros que entristecerían, cada vez más, su regreso.

2.- Transferencia de los bienes familiares.

Para comenzar, le fue imposible quedarse en Aix. Para librarlo del servicio militar, sin gravar demasiado el presupuesto familiar, la señora de Mazonod le empuja a que se inscriba en San Lorenzo, donde sería más fácil buscarle un sustituto barato.

Después de una estancia de 15 días en la casa de su abuela en San Julian, acompañado de Roze sale para San Lorenzo. Una vez inscrito en la lista de los ciudadanos de ese ayuntamiento y provisto de un pasaporte, entregado por el alcalde, que lo autoriza a ir a Aix, el ciudadano Mazonod, hijo, pudo volver a Aix antes de Navidad.

En junio de 1803, debe salir de nuevo, porque se hace en Aix el reclutamiento de su quinta y las autoridades municipales, que lo creen domiciliado en casa de su madre, quieren, a toda costa, que se sortee en la ciudad. Regresa, pues, a San Lorenzo, para dar a entender que está domiciliado en ese pueblo.

Esta estratagema le permitió librarse del servicio militar con menos gastos. "Sólo me va costar unos 100 escudos", escribe a su padre. Economía sustancial, pero ese destierro en San Lorenzo va a prolongarse cinco meses interminables y desmoralizadores.

¡Qué contraste la estancia en la finca de San Lorenzo con los meses que pasó en los Colli de Palermo! Aquí no tiene amistades, ni libros y se aburre, como nunca se había aburrido.

En lugar de aclimatarse, Eugenio se hunde cada vez más: "Non ne posso piu, carissimo papa; son morto di noia e di melancolia" confiesa a su padre el 21 de septiembre de 1803. Llevo en este lugar tres meses bien contados, aburrido como una ostra, hastiado del país y de sus habitantes, deseando volver, sin poder hacerlo y. lo que es peor, sin saber cuando va a terminar mi destierro". A la Sra. de Mazonod que se desentiende de aquel aislamiento, le escribe un mes después: "Si hubiera sabido que, al volver a Francia, tenía que venir y quedarme solo en la montaña, bien seguro que no me hubiera movido de donde estaba, porque lo que principalmente me decidió, fue el deseo que tenía de vivir a tu lado y contigo".

Por fin a primeros de diciembre, con sus papeles en regla, después de haber encontrado un sustituto por cien escudos, con un certificado del prefecto, acreditando que estaba dispensado del reclutamiento, vuelve a Aix, sin pérdida de tiempo.

Los cinco meses pasados en San Lorenzo le han puesto al día sobre el estado de la hacienda familiar. Además tuvo la oportunidad de conocer el estilo y la mentalidad de los colonos, de los arrendatarios, de los campesinos que impedían la revalorización de la propiedad.

Pero en lugar de impresionar a la población, su aire de aristócrata le indispuso con ella. Además ignoraba que las tierras y los edificios, transformados en bienes nacionales, al ponerlos en venta en julio de 1796, habían sido comprados por la abuela Joannis-Bonet en 17.000 francos, ya no pertenecían a los Mazonod.

Así mismo su madre pudo recuperar parte de la herencia de su difunto suegro por 98.000 libras correspondientes al valor de su dote; la casa del Cours y las cuatro propiedades de San Lorenzo (unas 307 hectáreas). De este modo, todas las propiedades del Sr. de Mazonod, pasaban a nombre de la presidenta. Por eso Eugenio podía escribir a su padre: "Ya no tienes nada".

A Carlos Antonio le quedaba, sin embargo, el derecho exclusivo de administrar la fortuna de su mujer. Esta tropezaba con "las mayores dificultades tanto para gestionar sus asuntos como para recibir las rentas", sin una delegación indispensable. Había una solución : divorciarse, para lograr su autonomía jurídica, apoyándose en la ley del 20 de septiembre de 1792 que admitía, como causa de divorcio, la emigración de uno de los cónyuges.

Así las cosas, el 25 de abril de 1802, María Rosa Eugenia se presenta en el ayuntamiento de Aix con cuatro testigos y "pide en alta voz la disolución de su matrimonio" que logra inmediatamente. Se trataba, evidentemente, de un divorcio puramente legal que, a sus ojos, no implica en absoluto la ruptura del contrato religioso.

El Sr. de Mazenod cargaba en todo y para todo con las deudas, porque se le había endosado generosamente todo el pasivo de su padre Carlos Alejandro, o sea unas 165.000 libras y su propio pasivo o sea otras 118.000 libras, un total de 283.000 libras. Los acreedores, que ya no podían reclamar nada de su mujer divorciada, no tenían más recurso que ante él y contra él.

De este modo, lo esencial del patrimonio familiar, se encontraba a salvo. Eugenio y su hermana no se quedaban en la calle : heredarían de su madre, en lugar de su padre. Para ellos, naturalmente, el resultado era lo mismo. Con todo, moralmente, esa transferencia de propiedad que acumulaba todo el activo en la presidenta, no podía por menos de parecerles contraproducente. La situación termina rompiendo el hogar y enfrentando mucho más a los dos clanes : los Mazenod y los Joannis.

3.- Un hogar roto.

Se da por descontado que no podía afearse a los Joannis los subterfugios jurídicos que utilizaron para arrebatar a las leyes, que confiscaban los bienes de los emigrados, la fortuna inmobiliaria de los Mazenod. El Sr. de Mazenod y su hijo tuvieron que reconocerlo.

Pero sólo un perfecto entendimiento entre los esposos y las familias respectivas hubieran podido, en un clima de confianza y de afecto, remediar los inconvenientes que una operación tan bien llevada ocasionaba a Carlos Antonio, puesto que quedaba arruinado y legalmente despojado de sus derechos maritales. Ya no tenía nada y ya no era nada. Ahora bien, en lugar de discurrir un medio para hacerle ver todo lo contrario, no se tuvo ningún miramiento. Todas las ocasiones parecieron buenas para recordarle que él no contaba para nada. Y algo más grave todavía : su mujer, asesorada por los suyos, se prestaba al juego de convencer al pobre desterrado de su nada.

Era la conclusión de lo que el presidente llamaba "un sistema" inaugurado al principio de su matrimonio y que aprovechando su ruina, se había llevado a la perfección.

El mismo "sistema" se aplicaba a su cuñado Dedons de Pierrefeu, con los mismos resultados y por las mismas razones. La Sra. Joannis, suegra particularmente celosa, temía que sus hijas amaran a sus maridos más que a ella y, para conjurar ese peligro, trabajaba para tenerlas subyugadas a las dos, con la ayuda de su sobrino Roze que aplicaba el principio "Divide et impera" para dominar a todo el clan.

Cuando la señora de Mazonod sucumbe ante esa funesta influencia, Carlos Antonio no la reconoce. Mientras era "un angel" en Turin y Venecia, " una vez en Aix la cambiaron como quisieron", constata amargamente su marido.

Eugenio, con su regreso a Francia, esperaba unir a sus padres, puesto que en el fondo seguían queriéndose, y bastaría suprimir los obstáculos materiales y morales que se oponían al regreso de su padre y de sus tíos. Poner a todos en regla con los decretos consulares hubiera sido fácil, porque las medidas legalizadoras decretadas por Bonaparte, permitían a los emigrados lograr su amnistía. La herencia del otro tío segundo, Carlos Andrés, canónigo y vicario general de Marsella que Eugenio intenta recuperar, podría bastar para los gastos del viaje y para situarse en Francia. Quedaba lo más delicado : disipar el malestar familiar que se oponía a la reunión de los esposos. Desgraciadamente, la señora de Mazonod apenas cooperó en los arreglos deseados por su hijo; y todavía menos los Joannis.

Con el pretexto de que su salud exigía un viaje de recuperación, en mayo de 1803 salió para las islas Británicas con su primo Roze-Joannis, que iba a Londres en viaje de negocios. La ruptura de la paz de Amiens les impidió llegar a esa ciudad. Ambos prolongaron su estancia en París, luego en Vichy, y volvieron a Aix a los tres meses.

El presidente no comprende esto, su hijo para disipar sus dudas que le inspiraba el apego de la señora de Mazonod a su primo, hace de este último un retrato poco halagüeño. El Sr. de Mazonod prefirió reducir esta "calaverada" a una simple incongruencia de su mujer y hablar de "caprichos".

Pero se negó a aceptar las condiciones que ella ponía para regresar. A finales de 1805, una carta categórica y oportuna confesaba a Eugenio las razones principales que obligaban a su padre a prolongar su destierro : " De diez consideraciones a cual más fuertes me bastará citarte una sola y es que tu madre no quiere junto a ella ni a sus cuñados ni a su marido. Nos ha revelado con demasiada claridad sus intenciones para que podamos dudarlo. Según eso, para ir a cumplir la formalidad exigida de ponernos en Aix bajo la vigilancia del subprefecto, tendríamos que alojarnos en casa de los amigos o alquilar una casa particular, lo que , a la vez sería un disgusto para ti y para nosotros, y un motivo de escándalo para la gente. A ninguno de los tres nos hace gracia todo esto, pero tu madre, en un tiempo en que temía que regresáramos, nos escribió en términos claros que no admitiría a tus tíos en su casa, aunque pagaran una pensión; y que a mí me acogería con la condición de que me confinara en San Lorenzo, mientras ella se quedaba en Aix".

Puestas así las cosas, Eugenio tiene que renunciar "sine die" a reconstruir su hogar. Y, por supuesto, sufre tanto más cuanto que su medio familiar, mayoritariamente Joannis, no logra integrarlo. Allí las señoras lo acaparan todo. A Eugenio se le quiere mucho, es verdad, pero de un modo distinto al de su padre y sus tíos, infinitamente más abiertos, más sosegados y más liberales.

Es un afecto absorbente, pródigo en recomendaciones y consejos, quisquilloso en sus peticiones y sus órdenes, autócrata y algo mezquino.. No tenía en cuenta la sicología masculina y la de una personalidad ya definida, y ata desafortunadamente al joven, acostumbrado a cierta independencia y le priva de toda iniciativa.

Esas torpezas inconscientes y bastante frecuentes se agravan con una intención secreta que, fatalmente, se traiciona: a la profunda influencia que ejercían sobre él su padre y sus tíos y que le ofrecía confianza, quieren imponerle otra para enderezar su educación anterior que le dejaba demasiada libertad y le daba, además de ideas elevadas, el gusto por la vida fácil, el lujo, el gasto y la vanidad. Se pretende, ni más ni menos, someterlo al ritmo, a la medida, a la mentalidad de la familia materna, y hacer, por su bien, de ese Mazenod, demasiado Mazenod, un verdadero Joannis.

Sin embargo, para evitar al Sr. de Mazenod una pena mayor, Eugenio se ha propuesto no confesar ese desgarramiento interior a su padre. Hasta septiembre de 1805, el joven logra mantener su doloroso secreto. Entonces, bajo el mazazo de una tensión más fuerte, según su propia expresión, explota porque, durante su estancia en París, la señora de Mazenod ha susurrado a su marido el temor de que su hijo no quiera volver a Aix, y esa suposición lo indigna.

Después de haber tranquilizado al presidente sobre las intenciones que le atribuye, añade : "¿Es posible que nadie me conozca? ¿Se concibe que mi madre no sepa apreciarme? Sí, tengo el orgullo de decirlo, o más bien me obliga a hacerlo. Es verdad que me saca de quicio cuando la oigo gritar antes de que la toquen. Le haría falta (y acabarán por hacerme suficientemente malo para deseárselo), le haría falta un hijo como veo que hay muchos. Entonces tendría de qué quejarse. ¿Tendré que ser yo quien haga mi propio elogio o tal vez mi apología? Es una desgracia que mi familia no comparta la opinión que tiene de mí el público y que me merezco. ¡Seamos razonables! Si el cumplimiento de todos los deberes, si el alejamiento de todas las distracciones si, en fin, la compostura en todas las ocasiones pueden ser un título a favor, ¿qué más se quiere?... Mi madre puede dar gracias a Dios de que mis principios sean tan sólidos como para que no pueda jamás apartarme de ellos. Y que dé gracias también porque si mi buena conducta no fuera más que un producto de cálculo, no hubiese resistido a la satisfacción de hacerle ver a ella misma la diferencia entre este hijo que ahora soy y el hijo que me hubiera obligado a ser. Puede estar tranquila sobre este punto. No pongo en duda que mi madre me ama mucho y con ello no hace más que cumplir el deber que le impone la naturaleza y al mismo tiempo el agradecimiento, ya que no es posible tener para con una madre sentimientos más tiernos que los que siento por ella. Y, tal vez, es lo que se pone en duda, porque este amor no excluye a otros. Y me explico sobre esto : se pretende que sólo ame a mi madre; porque, como además amo a otros, se imaginan, en mi familia se entiende, que la amo con menos fuerza; y un individuo de la familia (se trata evidentemente del tío Roze) se atrevió a echármelo en cara.

"Tengo que salir en defensa de mi madre, porque no me ha dado jamás motivo para sospechar que pueda tener semejante idea. También es cierto que no experimento la menor satisfacción; lejos de halagar mi amor propio, me dan a entender de vez en cuando, que no tendré voz en el cotarro hasta la muerte de la que manda y, por cierto, no es pequeño sacrificio y disgusto oír decir a mi madre: "Harás lo que quieras cuando me muera"...

"Mamá tiene, ciertamente buenas intenciones, pero hace mal queriendo aplicar una regla general a un caso particular que merece excepción. Quiere hacerme ver que dependo de ella y que así debo reconocerlo. Los que me conocéis un poco, ¿creéis que es necesario esa precaución? ¿Creéis, incluso, que es prudente emplear ese método? Sinceramente, si mi corazón fuera menos bueno, si no calculara antes todo el placer o la tristeza que puede sentir mi familia ante la determinación que podría tomar... ¿Piensan que no puedo hacerme independiente en nada de tiempo? ¡Ay Dios mío! Tengo que repetirlo:

¡qué poco se ne conoce! presumen de armas que no me costaría nada desafiar, cuando su seguridad reside en mi propio corazón".

Como decía el Sr, Presidente a su hijo, Eugenio estaba experimentando "las salpicaduras del sistema pernicioso" que siempre le había afectado al presidente. "Durante mucho tiempo he estado revuelto por todo esto, escribe a su hijo, pero he terminado por no sentirme afectado, porque estoy convencido de que todas estas expresiones salían, no de su corazón que es bueno, sino de su espíritu que es débil, algo apocado, muy fascinado y desconfiado... Haz como yo... Acepta el temporal como viene y a las gentes como son. No te preocupes de nada y vete siempre a tu aire, porque ya sabes que, aunque tu madre falla en las maneras, tiene buen fondo y te ama y es incapaz de hacerte daño alguno".

¡Que Eugenio se resigne a esta situación lo mismo que su padre! Ahí está : que el joven caballero no se resigna porque se aburre soberanamente en casa de la señora Joannis, en ese ambiente estrecho que lo ahoga literalmente. Se oye "hablar de negocios, de procesos, de ajuares casi de la mañana a la noche", escribía su hermana en 1801, antes del regreso de Eugenio. "Eso me divierte poco, añadía Ninette, pero es una necesidad; cada cual habla de lo que le preocupa". El se ponía nervioso al ver que los intereses y lo material acaparaban el espíritu y la conversación de todos los suyos. Sus amistades sicilianas, sus tíos y su padre, tan culto, le habían abierto otros horizontes.

¡ Si, al menos, se beneficiara de la tranquilidad que da generalmente un vida quieta y recogida ! Pero en esa atmósfera encerrada y aburrida, la tensión aumenta.

La señora de Mazenod, enferma e impresionable, se agita, explota o se deprime. "Sufro mucho cuando la veo en ese estado", confiesa su hijo. Se diría que tiene un humor amargo, porque cuando toma baños se encuentra mejor. Lo que le perjudica también mucho es su extrema sensibilidad; la menor cosa la inquieta y cualquier inquietud la perjudica. Corre, va, viene, sube, baja, como si tuviera quince años; quiere hacerlo todo y luego termina agotada y sufre. Al día siguiente está bien y se va a la quinta, al cercado, a la bodega, al granero. De veras. A veces es imposible no reírse de ella. Todos la aconsejan; le dicen que se cuide, que se deje ayudar, que no se agite; escucha a todos y aprueba cuanto le dicen, pero a la primera ocasión se olvida de sus propósitos. Por la noche, cuando se retira a su habitación, la acompaña y paso un rato con ella para hacerla reír. Es. añade, la mejor persona que conozco, de una bondad y de una sencillez admirables, pero hay que evitarle los momentos de inquietud, porque entonces regaña y se enfada por nada ". (Carta de Eugenio a su padre del 16 de febrero de 1803).

Más nerviosa aún que su hermana, la Señora Dedons de Pierrefeu, repite para nada sus crisis de nervios, gritos, alaridos, toda clase de extravagancias. Eugenio hace lo posible para que su padre crea que esas "locuras", le hacen gracia, pero termina por hartarse, no se acostumbra al régimen que tiene que soportar.

Está decepcionado de su ambiente familiar y lo está también de la sociedad de Aix, seria, afectada. Se reúne con amigos para cantar y bailar; pero después de haber bailado con las jóvenes de su condición que prodigaban las más cautivadoras sonrisas al apuesto caballero, Eugenio se cansa de esas vanidades que le revelan la mezquindad, los cálculos, las envidias, las pequeñeces humanas.

En lugar del alivio que pensó encontrar, aquella agitación le deja una impresión deprimente de vacío, de melancolía. En medio de la noble sociedad local, el noble caballero se siente desamparado, más aún que en el desierto de la finca paterna. Llega a huir de lo que buscaba, para quedarse apartado y encerrarse en sí mismo. "Me estoy haciendo misántropo, escribe al presidente, y puedo decir, con verdad, que nada me distrae, Tengo una fuerte carga de asco hacia este país. "Questo paese non mi conviene".

4.- Proyectos de matrimonio y de asentamiento en Sicilia.

Para escapar de la atmósfera de los Joannis, que se le hace intolerable, para librarse de la "noía" que no remedia la encantadora ciudad de Aix, Eugenio va a intentar situarse por su cuenta. Se le presenta una primera oportunidad, la que desea su madre : un matrimonio de interés que le permita vivir noblemente con las rentas de una dote cuantiosa.

En esta coyuntura, nuestro noble caballero no tenía otro noble ideal que ofrecer su bello aspecto y su haber a cambio de monedas contantes y sonantes. Para Eugenio como para ellos lo que cuenta, ante todo es el dinero. "Yo quiero una mujer muy rica, "richissima e buona", escribe a su padre, el 10 de mayo de 1804. Las cualidades morales quedan relegadas a segundo término, lo positivo es la riqueza, el afecto ni se menciona.

Un año más tarde resumía todas sus ideas sobre la vida conyugal de este modo : "Veo que no me casaré nunca, porque las rentas en este país no son bastante elevadas y no puedo ni debo hacer esa locura a no ser con una mujer que levante mis negocios".

Sin embargo tuvo dos ocasiones. Antes de su regreso de Sicilia su madre le había proporcionado un partido "más rico de lo que cabría esperar" y además "un rostro agradable y un cuerpo bien formado. "Iba a arreglarse en serio este asunto, escribe al padre desde Aix, el 12 de febrero de 1803, cuando la señorita Jauffret murió de tisis". "Esto fracasó, no pensemos más en ello".

La señora de Mazonod y el tío Roze siguen buscando y en enero de 1805, se perfila un segundo proyecto Pero "en cuanto mi madre conoció la cuantía de la dote (60.000 francos), escribe al presidente, conociendo mis intenciones hizo saber que yo sólo tenía 22 años y muy poca voluntad de casarme por el momento, que por otra parte iba a emprender un viaje; que pensaran en otro. No le nombraron para nada a los parientes de la señorita... Juzga si esto es una ganga : ¡40.000 francos para mí, que valgo 150.000! Y el medio caballero, ¿crees que encaja con mis ideas? Si no se presentan otras ofertas mejores, mucho me temo que voy a morir doncel; perdón por la palabra".

Y ya estamos muy lejos de las explicaciones piadosas que atribuyen su reserva ante las mujeres a una vocación sacerdotal, fielmente guardada en el secreto de su corazón. En realidad, con esa vocación que se despertó en él diez años antes, bajo la influencia de D. Bartolo, Eugenio no sueña ya; sus tejemanejes matrimoniales, que inspira y dirige únicamente el interés, bastarían para probarlo. Su intento de trasladarse a Sicilia nos da una prueba más, por el fin que persigue y, sobre todo, por la mentalidad que demuestra.

En septiembre de 1804, bajo la envoltura de un lenguaje convencional, Eugenio propone a su padre el plan concebido por su amigo Zezoti para crearse una brillante situación en Sicilia. "Ese joven veneciano al que tanto quieres y por el que yo me intereso", no es otro que él mismo. Dado su carácter y dada la situación política, encuentra cerrado todo futuro en su patria. Zezoti, en efecto, "ha recibido de la naturaleza un alma grande y sentimientos elevados. Inflexible, sobre todo, en cuanto se refiere a su honor, preferiría morir mil veces antes de cometer una bajeza... y aquí no podrá triunfar sin hacerse despreciable a sus propios ojos... Por otra parte, dado el desapego que tiene a su patria, el universo entero puede servirle de teatro, con tal de que sirviendo a la sociedad, pueda seguir su camino.... Ha llegado a poner los ojos en los estados en los que su padre está desde hace siete años. Ahí es donde desearía establecerse... Mientras tanto hará cuanto pueda por lograrlo".

El crédito que tenían en la corte de Nápoles los Talleyrand y sus amigos de Sicilia, podrían facilitarle el grado de teniente o de capitán en la guardia palatina.

Una vez adquirido ese puesto "esencial", las señoras Zezoti no podrán retenerlo. Supuesta su aprobación, cuando la madre de Zezoti haya visto la solidez de la empresa, no será difícil convencerla para que haga con él lo que hubiera hecho si se hubiera casado, es decir, adjudicarle la tierra de San Ariosto".

La venta de esa tierra permitiría al teniente Zezoti, comprar una hermosa propiedad en Sicilia. Y así, disponiendo de un grado y de un feudo éste formaría parte integrante de las fuerzas sicilianas, y entonces podría sentirse feliz.

La ilusión de ver a su hijo, no impide al Sr. de Mazenod presentar algunas dificultades al plan maravilloso de Zezoti. "Desde luego que en Sicilia todo podría arreglarse y una vez nacionalizado, nada impediría aspirar a los honores y a la adquisición de feudos". Pero de parte "de las señoras Zezoti, Carlos Antonio presiente una oposición casi insuperable : jamás consentirán ni ella ni su madre que ese hijo venga a situarse al lado de su padre, ni consentirán en adjudicarle todo o parte de sus bienes. Zezoti no debe hacerse ilusiones sobre eso".

Era importante que Eugenio no dejara traslucir nada de sus intenciones reales y hablara de un simple viaje que le permitiera volver a verse con su padre y sus tíos.

Eugenio reconoció la prudencia de las indicaciones que le daba el presidente y prometió seguir fielmente sus consejos. Además antes de alertar a las damas, Zeloti, debería sacar el pasaporte, sin el cual todo se vendría abajo.

Pero un viaje a Viena (Paris) le da esperanzas de vencer esa dificultad, acudiendo a la ayuda de protectores. Su tía tiene que ir a la capital y pide a Eugenio que la acompañe, encargándose ella de los gastos del transporte.

Zezoti no podía desear una ocasión más providencial.

5.- Viaje a París.

La señora Dedons de Pierrefeu, su hijo y Eugenio hicieron el viaje a París por etapas, cómodamente. En París se dedicaron a buscar un centro que ofreciera garantías; al cabo de un mes de búsqueda encontraron una casa "gobernada y dirigida por varios sacerdotes de la Congregación de San Sulpicio".

Al mismo tiempo que intenta encontrar lugar para su primo, Eugenio se dedica a sus propios asuntos : tiene que sacar el pasaporte y para eso hacen falta ayudas.

Tanto los Talleyrand como el cardenal Belloy lo acogen bien pero no le pueden prestar ninguna ayuda.

Portalís, que lo recibió frecuentemente y lo sentó a su mesa se mostró de lo más agradable, le ofreció un puesto en la administración, le aseguró que se ocuparía de su tío Fortunato buscándole la colocación que le corresponde; en cuanto a su padre sería más difícil, se le podría buscar algo en París. Eugenio se calla, ocultando sus reacciones, no acepta ninguna de las propuestas que le hace Portalís, antes de hablar con su padre, tiene que consultarlo y para eso necesita un pasaporte para ir a Palermo. Portalís se encarga de intervenir directamente ante el Ministro de Policía; éste, Fouché que se la tiene guardada, le contestó "que le estaba totalmente prohibido concederlo". "Ahí tienes, escribe Eugenio a su padre, un viaje que parecía seguro y que fracasa, y se retrasa hasta no sé cuando. Todos esos bellos proyectos quedan en suspenso porque falta media hoja de papel".

Eugenio cada día se siente menos en su sitio y se desespera de ver cómo van pasando los años más bellos de su juventud en negra ociosidad. Todos sus intentos han fracasado. ¿Tendrá que consumirse definitivamente en casa de su abuela?

6.- La crisis interior.

Esta larga y dura prueba se recrudece con una crisis interior que afecta a su vida religiosa. Las dos están íntimamente unidas; no sólo hay entre ellas coincidencia, sino interpenetración. La primera favorece a la segunda con su tristeza, aburrimiento y desgana que amenaza siempre con paralizar o entumecer las almas; la otra hace que la primera sea más dolorosa y peligrosa por falta de ayuda sobrenatural.

De esa crisis interior Eugenio, en sus notas de retiro, destaca la duración: "varios años", escribe, pero sin precisar más las fechas del comienzo y del fin.

Si logramos, determinar el final, fijando en el Viernes Santo de 1807 su "conversión definitiva", para el comienzo tenemos que contentarnos con aproximaciones dudosas, tal vez remonta a los últimos meses pasados en Sicilia. Sería, pues, hacía 1803 cuando empieza de verdad el drama de conciencia que alcanzará toda su fuerza hacia 1805 y 1806.

Evidentemente la fe de Eugenio quedó a salvo en esta crisis. Conserva la misma intransigencia dogmática y la armadura intelectual que le habían dado los Zinelli. De ahí sus continuos forcejeos con Roze-Joannis, jansenista convencido y obstinado.; de ahí también los estudios personales a los que se dedicó el campeón de la ortodoxia para luchar con ventaja, porque el adversario era de talla.

Estos estudios se centran en la doctrina de la gracia y en las controversias relativas a las decisiones romanas. El, con la Tradición, se agarra al antiguo principio: "Ubi Petrus, ibi Ecclesia"

Del mismo modo, para defender la divinidad y los títulos de la Iglesia, utiliza los argumentos clásicos, lo cual no le impide reconocer una relativa eficacia a la nueva apologética de Chateaubriand. Reconoce que el método apologético de Chateaubriand, perfectamente adaptado al público y al fin que se proponía, es eficaz y beneficioso.

A esos estudios atribuye él el haberse librado de la fascinación del jansenismo y haber guardado intacta su fidelidad a la Iglesia y a Pedro. Tampoco la filosofía del siglo pudo mancillar su "credo".

También su comportamiento moral es irreprochable. La señora de Mazenod se queja a veces de su carácter entero y de sus gustos caseros, pero encomia, abiertamente su conducta.

Durante las temporadas que pasa Eugenio en el feudo paterno, no hay nada que temer : "Tienes que creer, escribe a su padre, que ni siquiera he intentado saber si "la piel áspera de estas chicas" podría arañar. Por cierto que no tiene ningún mérito, porque las ninfas aldeanas se perfuman hoy con estiércol y su piel está impreñada de una triple capa de esa maloliente esencia".

Las ninfas de Aix, sin el perfume, no son más atrayentes para él. Le causan tanta repugnancia como sus "sucios adoradores". Supo ser, por lo tanto, tan prudente y moderado en la capital, en medio de los placeres y de la disipación, como en el último rincón de la provincia.

Las notas de su retiro de ordenación, en 1811, nos ofrecen la misma seguridad porque el futuro sacerdote, al meditar sobre la parábola del hijo pródigo, confiesa haber dilapidado su patrimonio y añade inmediatamente: "no con las hijas de Babilonia, ya que el Señor, por su inconcebible bondad, me ha preservado siempre de esta clase de mancha".

Estos datos, aunque sean ciertos y preciosos, sólo tienen un carácter negativo. En contraposición a los textos que excluyen esta doble debilidad, los que más nos iluminan se remontan a una época posterior, se trata de meditaciones hechas en retiros. Estos son los textos esenciales :

Retiro de ingreso en el seminario (1808) : "...Debo humillarme profundamente ante las iniquidades que debieron cerrarme para siempre la puerta del santuario... traeré a mi mente todos los excesos de mi vida... Después de reconocer que he traicionado, vendido, abandonado, crucificado al Justo, no seré tan enemigo de mí mismo como para huir de su santa presencia. Quiero agarrarme a la esperanza... de que Nuestro Señor Jesucristo me ha devuelto su gracia ratificando la sentencia de absolución que se me dio cuando... confesé los extravíos de toda mi vida..."

Retiro de sacerdocio (1811): "¿Quién soy yo, miserable pecador para querer amar la pureza y la santidad misma? Ya lo sé: a la vista de mis iniquidades pasadas he hecho una elección equivocada. Me he entregado al demonio y a sus obras perversas. Ese es el señor al que he servido; ese es al que he amado. Por lo tanto soy un pecador; lo sé, un grande, un grandísimo pecador... Con mis crímenes deshice la serie de proyectos que habías hecho sobre mí; y mi alma... te despreció..., se apartó de ti y se metió en un sucio cenegal de donde nunca hubiera podido salir si, en el colmo de todas tus misericordias para conmigo, no hubieras obrado milagros por mí... Y tú, Majestad infinita, ofendida, ultrajada por este gusano infecto, por este revoltijo de podredumbre..., en lugar de fulminarme y de precipitarme en el fondo del abismo del infierno, esperas mi penitencia..., me estrechas contra tu seno que desgarras con una rabia frenética...

"Bien convencido estoy de que no te he amado. Y ¿qué es lo que he amado en tu lugar? Al demonio. Sí, es el demonio el que ha sido mi dios; ante él he prostituido todo mi ser... Me he entregado al demonio para ser su esclavo. Y a semejante monstruo lo has admitido en tu santuario... Dios me ha aguantado; siempre fiel a sí mismo, me abría su corazón amoroso.

Y el monstruo que yo era, en lugar de darse prisa para acabar con todos mis crímenes, lo desgarraba cruelmente...

"Fácil me ha sido ver que he abusado toda mi vida de las criaturas, por lo menos hasta el momento de mi conversión. Lejos de respetar su destino, he puesto en ellas mi último fin... El pensamiento que me es más frecuente es que soy el mayor pecador que conozco. No es una hipérbole; lo constato fácilmente con el recuerdo de mis muchos pecados y por el abuso de tantas gracias..."

Como el hijo pródigo "dejé la casa paterna después de haber abrumado a mi padre con toda clase de amarguras cuando aún estaba dentro. He dilapidado mi patrimonio, no con las hijas de Babilonia, porque el Señor, en su inconcebible bondad, siempre me preservó de esa clase de mancha; pero sí en las tiendas de los pecadores, donde fijé mi morada al salir de la casa de mi padre.... ¿Alguna vez me vino el pensamiento de volver a mi Padre?... ¡No! Tuvo que venir El a arrancarme..., a sacarme del cenagal en que me había metido y de donde no podía salir por mí mismo... Bendita sea por siempre, oh Dios mío, la dulce violencia que empleaste para sacarme!... Sin ese golpe maestro, aún viviría encenegado en mi cloaca o tal vez hubiera perecido..."

Retiro de 1814 . Meditación sobre el fin del estado eclesiástico :
 "...¡Sacerdote yo! Y que he sido durante tanto tiempo, durante varios años, a sabiendas, voluntariamente y obstinadamente, esclavo del demonio, enemigo de Dios, yo, ministro de ese mismo Dios...! ¡Yo sacerdote!... ¿No fui yo quien vivió en pecado mortal, quien se mantuvo en ese estado horroroso sin pensar salir de él..? Y ¿durante cuánto tiempo?"

Meditación sobre el "Reinado de Jesucristo" : "He sido llamado a combatir bajo la bandera del gran Rey a sus enemigos que también lo son míos. Quedé alistado en mi nacimiento con la fecha de mi bautismo... pero en cuanto llegué al uso de razón, seducido por el enemigo, me pasé a sus filas. No tardé en caer de mi engaño, pero mi permanencia entre los rebeldes me acostumbra a la rebeldía y me aficionó a la independencia, tanto que, aunque viviera en el mismo campo del rey y aunque me diera de comer, mantenía complicidades culpables con el enemigo.

"Esta infidelidad me llevó, en breve, a una abierta deserción, y de nuevo abandoné las banderas de mi Príncipe para combatir en las filas enemigas. Me significué demasiado; poco faltó para que rivalizara con los más diestros. Excepto una, todas las maniobras me resultaban familiares, y aquella misma para la que, gracias a Dios, había conservado una especie de repugnancia, sin duda la hubiese adquirido también si, el Señor, que ya tenía sus proyectos sobre mí, no me hubiese preservado de esta última desgracia.

"Este Príncipe poderoso me espiaba para salvarme; me sorprendió en el momento menos pensado, y amarrándome con los lazos de su amor más que con los de su justicia, me reincorporó a su campo. Yo me había escapado una vez más; ¡tan ciego e insensato era! ¡Pero esta vez fue para siempre, sí, para siempre, para siempre!"

Estos textos antes de tomarlos al pie de la letra hay que examinarlos dos veces. En primer lugar, esas meditaciones no tienen la precisión de un examen de conciencia, redactado con vistas a una confesión. Eugenio no emplea en eso el lenguaje de la teología moral; interpretar sus expresiones con el rigor de esa teología nos expondría a exagerar e ir más allá de su contenido.

Lo que sí emplea es el lenguaje de una espiritualidad clásica en el seminario, la de la escuela francesa que recalca las miserias del hombre sin Dios, para que resalte la grandeza del hombre con Dios.

Impresionado por su vocabulario, para él bastante nuevo, el joven alumno de San Sulpicio, usa y abusa de él con el espíritu, un tanto escolar, de un novicio que repite al pie de la letra una lección bien aprendida, sin captar más que el sentido literal.

El temperamento radical de Eugenio, su amor a las afirmaciones tajantes y su ardor juvenil se prestaban a las exageraciones verbales. Ninguna expresión le parece demasiado fuerte para señalar la antítesis entre la "casa celestial" y el "cenagal" de iniquidad en el que creía haberse sumergido; entre "habitar entre los santos" y morar "en las tiendas de los pecadores". Esta revelación de una vida totalmente nueva, que cambia sustancialmente sus puntos de vista, tiene que influir en los juicios que emite sobre su pasado. Los retiros de ordenación no le sacuden menos y acusan cierta tensión, porque la cercanía del sacerdocio aviva en él el sentimiento de su profunda indignidad.

Finalmente, la delicadeza de su alma, el rigorismo que impera entonces en la moral, su rigorismo personal, debido a la influencia jansenista de los Joannis, pudieron exagerar la gravedad material de sus faltas. Sabemos que considera pecado mortal el baile y la asistencia al teatro. Ahora bien, en Aix, el caballero de Mazenod iba a los bailes y a las representaciones dadas por la alta sociedad. Más tarde, estas mundanerías le parecieron monstruosas. ¿Podemos asegurar que, entonces, las juzgaba así y que para emplear el lenguaje técnico de los teólogos, las catalogaba, sin más, como ocasiones de pecado prohibidas "sub gravi"?

La infidelidad a su vocación no le inspiraba pesares menos serios, porque una doctrina, bastante divulgada entonces, obligaba en conciencia y bajo pena de pecado grave, a obedecer al llamamiento de Dios. Por haber abandonado durante años el camino del santuario elegido por él en Venecia, Eugenio se aplicaba rigurosamente la palabra del Evangelio : "El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios". Si, en vísperas de entrar en el seminario, alegaba ante su madre "los designios de Dios a los que estamos obligados a obedecer so pena de condenación" su fervor de ejercitante en San Sulpicio le obligaba a volver sobre esa tesis rigorista y sobre su propia culpabilidad.

Solamente Dios puede medir exactamente las responsabilidades humanas con toda comprensión y justicia.

Es cierto que la vida cristiana de Eugenio sufrió un relajamiento indiscutible y que, sin exageración, ha podido hablar de tibieza. La práctica exterior de la religión, sin duda, se mantiene muy regular; sin embargo, sacudido por la tristeza y el hastío, desarraigado, cansado de mundanerías vacías y más preocupado de lo temporal que de lo espiritual, Eugenio de Mazenod había perdido el gusto por la oración y se había apartado de Cristo.

Está llegando el momento en que éste lo va a recuperar para siempre. Entonces las luces brotarán tan vivas y tan penetrantes que, por fin, se disiparán todas las sombras, como se disipan las brumas de invierno cuando aparece el sol de primavera.

7.- La conversión.

Eugenio de Mazenod, que durante sus retiros vuelve a la carga sobre sus faltas, aparece muy cauto en lo que llama su conversión. Así lo quería la espiritualidad de la época, que infiel a la Escuela francesa, olvidaba que la

liberación del pecado no es más que el medio para acceder a la vida sobrenatural. Se intenta, sobre todo, arrebatarse las almas al demonio inspirando horror al mal y temor a la condenación eterna. Revelar a las almas el misterio inefable de la unión con Dios para atraerlas y elevarlas hasta Él, parece secundario.

Con esto se explica que el joven caballero nos dé pocos datos positivos sobre su retorno a Dios. Reconoce haber salido del "cenagal" y de la "cloaca" donde estaba metido, pero no dice nada de la vida sobrenatural que renace y se desarrolla en él. Reconoce también que ha salido de la tibieza, pero no nos permite conocer la característica de su fervor nuevo. Por él, sólo sabemos que el despertar de su vocación fue el origen de todo lo demás y que lo fue suscitando poco a poco.

Por una carta escrita a su madre en abril de 1809, sabemos que ese despertar comenzó a finales de 1806; por otra carta del mismo año, sabemos que "empujado más vivamente que nunca por la gracia, se va a entregar por entero al servicio de Dios". Eugenio comenzó a dejar "el estado de tibieza" e intentó "con un fervor mayor merecer nuevas gracias del Señor"

En el retiro de 1814, en la segunda meditación "sobre los motivos que nos obligan a tender a nuestro fin último", habla, por fin, de sus prolongados esfuerzos por volver a encontrar lo que había perdido. "He buscado la felicidad fuera de Dios y demasiado tiempo para desgracia mía. ¿Cuántas veces, en mi vida pasada, mi corazón desgarrado, atormentado, se lanzaba hacia su Dios del que se había apartado? ¿Puedo olvidar aquellas lágrimas amargas que la visión de la Cruz hizo brotar de mis ojos, un Viernes Santo? ¡Ay! Arrancaban del corazón, fue imposible contenerlas; eran demasiado abundantes para que pudiera ocultarlas a los que como yo, asistían a aquella ceremonia emocionante. Estaba en pecado mortal, y eso era precisamente lo que provocaba mi dolor. Entonces, y en alguna otra ocasión, pude medir la diferencia. Nunca mi alma quedó tan satisfecha; nunca jamás sintió tanta dicha. Es que en medio de ese torrente de lágrimas, a pesar de mi dolor, o mejor, a través de mi dolor, mi alma se lanzaba hacia su fin último, hacia Dios, hacia su único bien, cuya pérdida sentía profundamente. ¿Para qué decir más? ¿Podré expresar algún día lo que sentí entonces? El recuerdo solo me llena el corazón de un dulce regocijo".

Esta meditación alude a frecuentes arrebatos, todos venturosos en distinta medida. El del Viernes Santo, evocado con particular emoción, no difiere de los otros más que por su mayor intensidad y su carácter más sensible.

La conversión de Eugenio no tuvo la misma rapidez ni el mismo carácter dramático que la de un San Pablo y de San Agustín. Llegó lentamente y silenciosamente; conoció sus más y sus menos, sus pasos adelante y sus pasos atrás; él dirá "infidelidades".

Menos súbito, fue, por otra parte, menos radical de lo que al principio creía Eugenio de Mazenod. Por supuesto que en adelante va a evitar las faltas que califica de pecados mortales; pero quedaba mucho trabajo por hacer hasta transformar su mentalidad profundamente empapada de orgullo y de prejuicios aristocráticos. El espíritu de casta se introduce hasta en su misma vocación.

Después de haber enumerado los motivos sobrenaturales que le empujan a ser sacerdote : voluntad de Dios, salvación de las almas y falta de clero, añade él, algo infatuado con su nacimiento : "también el pensar que la Iglesia no encontraba ministros más que en las clases inferiores... proporcionaba nuevo vigor a una cierta grandeza instintiva de mi alma".

Su resolución todavía no era definitiva. Aunque el deseo del sacerdocio se reanima y se aviva progresivamente, le quedan sin embargo incertidumbres, dudas y vacilaciones. Escribirá en 1808 : "Desde entonces, Señor, eres testigo de que mis ojos miraban hacia el santuario de tu Hijo y, si no me atrevía a reconocerlo como lo que iba a ser un día mi porción, suspiraba a la espera de ese día feliz en que quisieras que tu siervo escuchara tu voz".

A su madre que temía que aquello no fuera más que un arrebatado pasajero, le dice en marzo de 1809 : "Así estuve rumiando cerca de un año los proyectos que la Providencia me inspiraba".

Después de esos largos meses de reflexión, en los que el joven caballero aumentaba su fervor para lograr la plena luz, llegó el momento en que se imponía una determinación.

Antes de ultimar su elección, Eugenio fue a París "a consultar con uno de los mejores directores que existían en el mundo" : el sulpiciano Duclaux. Y además fue expresamente a Marsella para "descubrir todo su interior a un santo y experimentado sacerdote", el veterano jesuita Magy. "Varias conferencias de varias horas con ese ángel de paz " y un carteo frecuente llegaron a esta respuesta categórica : "Dado este conjunto de circunstancias, son inútiles los razonamientos y las nuevas búsquedas : tu vocación es tan luminosa como un pleno mediodía en un día de los más bellos. La verdad que te ha atrapado, no te la han descubierto los sentidos, que se oponen. Es un rayo de luz del cielo".

A raíz de esto, escribirá Eugenio : "No me es posible dudar de que Dios me quería en el estado eclesiástico por el que me hacía sentir un atractivo especial, a pesar de las circunstancias y, tal vez, a causa de las mismas". Esta certeza lo condujo a la decisión con alegría y con paz.

8.- La obra de las cárceles.

¿Tiene relación esta evolución espiritual con el papel transitorio, pero muy activo, que desarrolla entonces el joven caballero en la Obra de las cárceles de Aix? Tal vez. En todo caso, la coincidencia hay que apuntarla.

Constituida en 1698 la Cofradía de los penitentes blancos, tenía por finalidad asegurar a los detenidos la asistencia espiritual y material que necesitaban. Reorganizada en 1803, después de muchas vicisitudes, el alcalde de Fortis decidió nombrar seis nuevos rectores : "Demazenot hijo, Tassy, Decanis, Vial, Dol y Barneoud.

Elegido el 30 de diciembre de 1806, "Demazenot hijo", asumió inmediatamente las funciones de semanero y, en calidad de tal, presentó el 6 de enero de 1807, un informe que revela sus modos y que, por lo visto, sorprendió bastante a sus colegas, acostumbrados a un estilo menos enérgico y menos decidido. El joven comisario denuncia los abusos del panadero, sobre los que se venía haciendo la vista gorda.

Primer abuso : vigilar para que "no meta a escondidas pan de mala calidad, abuso que se descubrió el primer día que él entró en funciones y que, al llamar la atención al panadero, éste prometió hacerlo mejor en adelante y, en efecto, el pan ha sido excelente el resto de la semana".

Segundo abuso: dicho panadero presenta al final de cada trimestre la lista de las raciones, pero no se comprueba la exactitud de esas listas, es necesario que justifique sus cuentas, hecha la confrontación de los bonos con el estadillo".

Eugenio denuncia luego "la lamentable situación de los prisioneros de paso, y particularmente de los reclutas, llevados de brigada en brigada hasta sus cuerpos".

Por último, preocupado por asegurar a los detenidos asistencia espiritual, que es uno de los fines de la Obra, el semanero observa "que existe en las cárceles una negligencia inexcusable, por no decir una lamentable irreligión".

La administración aprobó tres de las propuestas y también decidió que se cursara una petición al alcalde para hacer "una colecta en las casas de la ciudad en favor de los prisioneros indigentes, y que parte se destinara a crear un depósito de calzado, trajes, etc... que se repartiría según las necesidades de los presos".

Sobre el último punto los rectores se mostraron mucho más reservados. Después de haber juzgado "que la irreligión que afecta a algunos prisioneros es lamentable y que los medios coercitivos no se permiten, y que convenía incrementar el celo para exhortar a los detenidos a cumplir un deber tan necesario e indispensable en su situación", se decretó que el comisario de semana exhortara a todos los prisioneros a cumplir sus deberes de cristianos, asistiendo a los cultos sagrados.

Eugenio de Mazonod insatisfecho con la marcha de la obra, presentó su dimisión invocando asuntos familiares.

Esta experiencia a Eugenio le fue muy útil porque descubrió miserias materiales y morales que no sospechaba.

¿Le inspiró también el deseo de consagrarse a los pobres desheredados? Ningún documento lo afirma. Pero bien puede suponerse que los sufrimientos de los prisioneros espolearon su generosidad en el momento en que Dios le pedía el sacrificio de todas las ambiciones terrenas, y que más tarde, su recuerdo contribuyó, en parte a orientar su vocación hacia los ministerios más humildes.

Por lo demás, esta vocación se iluminaba y se purificaba cada vez más, durante sus años de seminario. La vida cristiana que se había despertado con ella, avanzará por el mismo camino y al mismo paso.

Capítulo VIII

EL SEMINARIO DE SAN SULPICIO
LA FORMACION ESPIRITUAL Y DOCTRINAL

1.- La Señora de Mazenod y la vocación de su hijo.

La señora de Mazenod no sospechaba ni remotamente que su hijo llegara a tomar semejante decisión. Todos sus proyectos se encaminaban a situar a Eugenio y a su hermana. El primero único heredero del apellido se casaría para asegurar la continuidad de la familia y para rehacer la situación familiar a expensas de la fortuna de su mujer.

La sorpresa de la señora de Mazenod fue grande, y de su decepción, no digamos, cuando se enteró de que su primogénito entraba en el seminario. Había que prepararla y eso nadie podía hacerlo mejor que su querido primo Roze Joannis y su hermana Ninette. Después, él, desde San Julien, donde residía en casa de su abuela, el 29 de junio escribe a su madre : "Mi querida mamá : Antes de darte a conocer los designios que la misericordia del Señor tiene sobre mí, he suplicado a mi tío que hable contigo para que pongas las cosas en su lugar exacto, y para que tu ternura, que conozco bien, no se alarme sin motivo. Por mucho cuidado que se ponga en explicar por escrito una idea, es difícil que se puedan adivinar todos los reparos y hasta las diversas maneras de entender una cosa. Por eso encomendé a mi tío, que está capacitado para comprender los designios del Señor, al que tenemos que obedecer bajo pena de condenación, que contestará a los reparos que pudieras ponerle; en una palabra que te expusiera mis razones y te inclinara a apoyar un proyecto que, ciertamente, viene de Dios, puesto que ha pasado por todas las garantías que él exige en toda inspiración que parece extraordinaria y que está sancionada por todas las personas que, para mí, son sus representantes.

"Ahora me falta, mi buena y querida mamá, tranquilizarte sobre lo que puede parecer más duro a la naturaleza. Dios no impone aquí sacrificios por encima de nuestras fuerzas; no se trata de separaciones desgarradoras, de alejamientos sin retorno. No, Dios lo sabe. Lo que quiere de mí es que renuncie a un mundo en el que es casi imposible salvarse, dada la apostasía reinante y que me entregue más especialmente a su servicio con el fin de reavivar la fe que se extingue entre los pobres. En una palabra, que me disponga a cumplir toda orden que quiera darme para su gloria y para la salvación de las almas que ha rescatado con su preciosa sangre.

"Por lo que te estoy diciendo ya ves, mi querida mamá, que todas estas cosas se pueden realizar en nuestro mismo país y que, lejos de renunciar a mi familia, espero permanecer mucho más unido que si quedando en el mundo, me situara, me casara, tuviera un hogar y unos hijos y todas esas cosas que, lejos de estrechar los lazos que nos unen, podrían aflojarlos. Al menos es seguro que todo ese nuevo amor, que sería del mismo orden que el que te profeso, es decir igualmente exigido por la naturaleza, no haría más que dañar el único amor que quiero reservarte.

"No creo que des mucha importancia al hecho de ver perpetuar mi apellido en este valle de lágrimas. Esa vanidad anidó en mi corazón hace algún tiempo y a punto estuvo de hacerme perder las gracias que el Señor me reservaba. En este momento no veo y tampoco tú verás otra razón que la de tener grabados nuestros nombres en el libro de la vida.

"¿De qué se trata, entonces, o qué es lo que tenemos que ofrecer al Señor? Una ausencia de algunos meses; es decir, que suframos por Dios y por cumplir su santa voluntad, el mismo dolor que nos causan mil circunstancias siempre nuevas y año tras año, sin el menor fruto para nuestras almas.

"No me extiendes más sobre el tema; hablaremos más despacio en Aix...

"Adiós, madre mía, te amo y te abrazo con toda mi alma, y también a Eugenia".

El regreso casi inmediato de su hijo, ahorró a la señora de Mazonod la respuesta. Sabemos que la abuela Joannis apoyó discretamente a Eugenio escribiendo, con profundo espíritu cristiano y mucha cordura, a la presidenta en julio de 1808.

La señora de Mazonod no se opuso a la voluntad de Dios. Se resignó a que su hijo ingresara en San Sulpicio porque creía que iba a ser una simple prueba y un ensayo. Tendrá que pasar tiempo para que la presidenta acepte una vocación que le caía de sorpresa, desbaratando todos sus proyectos maternos y que, todavía en 1809, seguía obstinada "en considerar como una desgracia".

Respeto a Carlos Antonio, la interrupción del correo y los obstáculos creados por la guerra a las comunicaciones con Sicilia, impidieron ponerle en antecedentes. Se enteró de la decisión de Eugenio en 1810, después de la ordenación de subdiácono, por la indiscreción de Alejandro Amyot.

2.- San Sulpicio, un nuevo medio social.

El seminario de San Sulpicio que recibe a Eugenio de Mazonod el 12 de octubre de 1808, no era el primitivo, que había sido confiscado por la Revolución y destruido. El Sr. Emery, en 1803 compró el antiguo inmueble de la Instrucción cristiana en la calle Pot-de-Fer.

Ese local, de dimensiones muy modestas, bastaba para la comunidad reducida y unificada en su organización. Ya no había apartijos en razón del nacimiento o de la fortuna. Se juntaron a los hijos de los grandes señores con los de la clase media. San Sulpicio cobija a 49 candidatos en 1804, 57 en 1805, de 23 diócesis diferentes. En el año 1810 hay un progreso sensible con 100 seminaristas, 16 de los cuales son de París.

Estas vocaciones son verdaderas vocaciones, inspiradas únicamente en motivos sobrenaturales y enteramente desinteresadas: el sacerdocio ya no ofrece prebendas y sólo promete un intenso apostolado en la contradicción y la pobreza.

Los alumnos de San Sulpicio, estaban más dispuestos a recoger, gustar y vivir las enseñanzas de sus maestros sobre la dignidad, las responsabilidades y las exigencias del sacerdocio. Partiendo de Berulle, Condren y Olier fueron repitiendo a sus discípulos que no se ingresa en las órdenes para ser servido sino para servir, que no se hace uno sacerdote para buscar beneficios, sino para dar gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo y para dedicarse al ministerio de las almas, a la conversión de los pecadores, como Cristo, mediante la renuncia, la pobreza y la humildad.

La omunidad agrupaba gente selecta que únicamente buscaba el darse.

Además el conjunto se caracterizaba por su madurez. Los seminaristas de menos de 20 años eran un excepción; la mayoría tenía 23, 26, algunos 28, 32, 33, 35, 39, hasta 40 y 42 años. No se trataba de jóvenes recién salidos del colegio, sino de jóvenes que, por edad y por las pruebas de la Revolución eran más reflexivos.

Eugenio de Mazenod tenía entonces 26 años cumplidos e impresionaba por su actitud resuelta, su estatura y su prestancia. El retrato que tenemos de él, de esa época, es una prueba de su distinción, de su elegancia y más aún de su energía : largos cabellos muy estirados, peinados a lo Tito paralela o horizontalmente de cada lado de la cabeza; patillas espesas, escalonadas, al mismo estilo, con idéntico arte y aspecto de negligencia altiva, encuadran el rostro que respira energía; la frente desaparece parcialmente bajo un amasijo de mechones peinados hacia la izquierda en un desorden buscado; la nariz sobresale netamente sobre una depresión que la proyecta; los labios parecen preparados para pronunciar una vibrante alocución; entre las puntas del cuello que están por encima de una chorrera finamente plegada, aparece un mentón extremadamente voluntarioso; el amplio cuello del chaqué, que sube mucho, y la solapa abombada que se cruza sobre el pecho, perfeccionan el tono aristocrático del conjunto.

Se aprecia, sin embargo, una expresión de tristeza en este joven bien nacido, que sabe quién es y lo que vale y no parece dudar de sus medios; el sufrimiento ya lo ha marcado.

El retrato moral que Eugenio hace de sí mismo al ingresar en el seminario para orientar a su director espiritual, el Sr, Duclaux, confirma y completa los datos del retrato realizado en 1805 por Gilles Chretien :

"Soy de un carácter vivo e impetuoso. Mis deseos son siempre vehementes; me molesta el menor retraso... Me revelo contra los obstáculos que impiden la ejecución y nada me arredra para superar las dificultades más serias. Inflexible en mis decisiones y en mis sentimientos, me sublevo ante la mera apariencia de que me lleven la contraria; si se ratifican y no estoy firmemente convencido de que se oponen a mi voluntad para mayor bien, salto y mi mente halla entonces nuevos resortes que yo mismo desconocía; es decir, que adquiero en un instante una especial locuacidad para expresar mis ideas, que llegan en tromba, mientras que, habitualmente, tengo que buscarlas y expresarlas con lentitud. Experimento esa misma facilidad cuando me afecta algo vivamente y desearía que los demás participaran de mis sentimientos. Por un contraste raro, si, en lugar de oponerse, se doblan, quedo desarmado..."

"Siempre he tenido una franqueza muy abierta que me ha impulsado a rechazar toda clase de cumplidos halagadores que intentaran empañar en lo más mínimo mi sinceridad..."

"La experiencia me ha demostrado que raramente me equivoco en los juicios que formulo; por eso necesito estar muy en guardia para no emitirlos sin necesidad...

"Es difícil creer que, a pesar de un carácter como el que acabo de describir, sea el mío un corazón sensible; pues lo es, hasta el exceso... Es idólatra de la familia. Me dejaría cortar en pedazos por algunos miembros de mi familia, y esto lo extiendo bastante lejos, porque daría mi vida, sin dudar, por mi padre, mi madre, mi abuela, mi hermana y los dos hermanos de mi padre. Amo, en general con apasionamiento a todos aquellos de quienes me creo amado; pero también exijo que me quieran con apasionamiento. De este modo la gratitud es un reflejo más de la efervescencia de mi corazón. Ese sentimiento es tan exquisito en mí, que no me ha defraudado nunca. He suspirado siempre por un amigo, pero nunca lo he encontrado, al menos tal como lo deseaba; es verdad que soy difícil porque, como estoy dispuesto a dar mucho, exijo también mucho...

"Nada carnal se mezcla en estos anhelos que surgen de la parte más noble de mi corazón. Tan cierto es esto, que siempre me he negado a cualquier amistad con las mujeres, porque esa clase de relación entre diferente sexo, más es cosa de los sentidos que del corazón. La categoría de la persona no influye para nada en el sentimiento que me lleva a amar al que me quiere de verdad. La prueba está en que me siento encariñado de un modo increíble con criados que me son fieles de verdad: me cuesta separarme de ellos; siento un desgarrar al despedirlos; me intereso por su bienestar y no omito nada para procurárselo. Y eso, no por magnanimidad ni grandeza de alma, que por ese motivo sólo actúo con los indiferentes, sino por sentimiento, por ternura y, tengo que decirlo, por amistad..."

Eugenio de Mazenod conocía perfectamente sus cualidades naturales y los defectos, que son siempre el reverso de estas. Sabía por donde encaminar sus esfuerzos para corregirse de los segundos y desarrollar las primeras. Pero como ocurre frecuentemente, no tenía tanta conciencia de lo que hoy día llamamos mentalidad de clase, y por eso no le preocupaba librarse de ella.

Esta mentalidad no implica sólo cierto número de hábitos mentales, de juicios de valor prefabricados, sino también reacciones y comportamientos espontáneos. Muchos permanecen enteramente cautivos de comportamientos colectivos por falta de conocimiento.

Ahora bien, aunque por su conversión de 1807, Eugenio de Mazenod había salido de la tibieza y del pecado, sin embargo no había roto con el sistema ideológico propio de los emigrantes. ¿De qué extrañarse, dados sus orígenes, su educación, las relaciones con altos personajes en el destierro y el círculo cerrado en el que vivía en Aix?

Incluso en temas eclesiásticos el joven caballero seguía afecto al orden antiguo. Desde que regresó a Provenza no para de lamentarse de que Fortunato, por su ausencia, haya perdido la ocasión de ser promovido a canónigo o vicario general por el Sr. de Cicé, y durante mucho tiempo mantuvo la idea de promover al más joven de los Mazenod que, por su categoría tenía derecho a la mitra. ¡Y qué indignación la suya al ver que los nobles sillones del coro del Salvador estuvieran indignamente ocupados por simples "patanes"!

En algo sin embargo, comienza Eugenio a soltar ataduras. Hace años, en Palermo, arremetió contra un canónigo siciliano que se atrevió a aprobar el pacto firmado por Pio VII con Bonaparte. Ahora se enfrenta con su tío que rechaza ese tratado. Una cosa es adherirse al régimen imperial y otra aceptar el concordato.

Fiel a la monarquía, considera a Bonaparte un usurpador pero como hijo de la Iglesia, da preferencia al bien de la religión y a la obediencia a la Santa Sede. Un conocimiento más exacto de la situación y de los principios de su ultramontanismo han hendido el bloque de las concepciones prefabricadas que traía del destierro :

Escribe el joven caballero : "Hay dos modos de opinar, uno en lo político y otro en lo religioso. Cada cual es libre para pensar sobre el primero y hasta puede callarse cuando no piensa como los demás, que es lo que hago yo. Pero no así en cuanto a lo segundo. Si eres católico, no te está permitido escoger o seguir tu inclinación. Necesariamente has de acatar las decisiones de aquel que ha sido puesto para enseñar; y si hay divisiones, el partido que no está con Pedro, se equivoca. Tal es mi modo de pensar invariable. No cambiaría aunque saliese de ese tribunal cualquier decisión que fuese contraria a mis puntos de vista. ¡Y qué menos! Si estoy palpando que todo cuanto se hizo, ha sido para bien y está produciendo el bien! Créeme que desde lejos, no se ven las cosas tan nítidas como de cerca. El mal era muy grande y las desgracias hubiesen sido irreparables si el jefe de la Iglesia no se hubiese lanzado a hacer grandes sacrificios. Vale más perder una pierna que la cabeza y la vida; y te puedo asegurar que existe una equivalencia exacta entre mi comparación y la realidad. Estando así las cosas, es deber de cada uno y mayor deber en un eclesiástico, ayudar con todas sus fuerzas a apoyar las decisiones del Sumo Pontífice.

"¿Cuál fué su objetivo? Conservar la fe en Francia. ¿Y cómo iban a realizarse sus esperanzas si los obispos y sacerdotes se hubiesen obstinado en exigir lo que no se podía lograr? Yo no voy a dictaminar ahora si los obispos que no han presentado su dimisión han hecho bien o mal. Pero diré, sin temor a equivocarme que, si sus colegas hubiesen hecho como ellos, la incredulidad y el cisma más horroroso se hubieran apoderado de Francia; el resultado hubiese sido el olvido general de todos los principios, porque el lobo no tiene el mismo cuidado del rebaño que el pastor; y por otra parte ya sabemos qué enseñan los cismáticos y cómo se acomodan a no escuchar la poca moral que hubieran podido enseñar al pueblo. De cuanto acabo de decir se sigue que, en diez años, no hubiera quedado en Francia ni idea de la religión. No forzaré más este razonamiento que no tiene réplica".

Eugenio no comprende que Fortunato rechace el episcopado. Hay que responder a las buenas disposiciones del gobierno. Las dificultades mismas de la tarea, en vez de asustar a su tío le prohíben quedar al margen :

"¿En qué quedamos? Cuando uno está revestido de Jesucristo, ¿puede temer algo? ¿no debe esperar en aquel que nos da la fuerza? Repasemos las obligaciones que nos impone nuestro carácter de cristianos y de sacerdotes. Después examinemos nuestra conciencia, para saber si no nos afea nuestra excesiva modestia que pudiera degenerar en pusilaminidad".

La oposición entre el tío y el sobrino, hasta entonces perfectamente unidos en el respeto a los mismos valores, realza más la clara evolución de éste último, que coloca ya primero lo espiritual sobre todas las preferencias políticas y nobiliarias,

La gracia de Dios y San Sulpicio se encargarán de continuar y completar la obra.

3.- Por el camino del despojo.

Nos gustaría conocer concretamente cómo fué la evolución religiosa que Eugenio experimentó en el seminario y cuánto se debe a la acción del Espíritu Santo, cuánto a sus maestros, cuánto al ambiente y cuánto a su esfuerzo personal.

Pero los caminos de lo sobrenatural nos ocultan siempre parte de su misterio. Los apuntes que se conservan y las cartas que Eugenio de Mazenod escribió por esta época no nos dan luz suficiente, y corremos el riesgo de falsificar las perspectivas porque existen lagunas, se aprecian exageraciones y un verbalismo bastante común en los novicios. Hay que contar con un temperamento y una personalidad muy fuertes y con unas reacciones muy vivas. Por lo menos, se puede trazar un esquema del trabajo interior que se realiza en su alma y señalar ciertas etapas de su itinerario espiritual.

Eugenio de Mazenod no es un especulativo; durante toda su vida será un realizador. La metafísica beruliana lo desborda por completo; no irá por la doctrina a la práctica, al contrario, será la práctica la que le abra a la doctrina. El progreso en una ascesis, exigida por sus experiencias anteriores y las nuevas luces, lo llevará poco a poco a ahondar en los principios esenciales que le enseñan sus maestros y a definir el ideal de perfección que se exige al sacerdote, unido a Jesucristo, sacerdote, apóstol y víctima.

Todo comienza en el primer choque sufrido al ingresar en el seminario, en el retiro inicial. En contraste con su nuevo ambiente, que le parece celestial, toma conciencia más exacta y más lúcida que nunca de sus pecados y de su indignidad. Igualmente, por contraste con el clero tal como cree conocerlo y que juzga mediocre y tibio, descubre lo que puede y debe ser la santidad sacerdotal. Para ponerse a la altura, cree que debe enderezar su mala naturaleza a la que no perdona el haberlo llevado anteriormente al mal, y teme que algún día resurja su poderío. También quiere imitar los modelos que tiene a la vista.

Por eso sus primeros propósitos insisten sobre la penitencia, la expiación de las faltas y el remedio para sus miserias. La mortificación aparece como su preocupación primera, e inicia el nuevo régimen duro que mantendrá toda su vida: "Sin duda me convendría, escribe en octubre de 1808, imitar a esos afortunados santos penitentes que maceraban su carne en la medida en que anteriormente la halagaron. Tan culpable y más culpable aún que ellos, por haberlos imitado y superado en sus extravíos, tendría que seguir su ejemplo, empleando los mismos medios para apaciguar la ira de Dios y dar satisfacción a su justicia".

"Así me lo propongo hasta que una permanencia más larga en el seminario, me descubra algún modo de mortificar este cuerpo que gime en secreto por el señorío que el alma ha recuperado sobre él: por la mañana, nada más que el eclesiástico encargado de despertarme haya salido de mi cuarto, saltaré de la cama, para no empezar el día con un acto de pereza, acariciando, como quien dice, las sábanas.

"Durante la oración estaré de rodillas durante la media hora aunque esa postura sea incómoda para mí. Si me apeteciera sentarme, no me daré ese gusto hasta que los demás se pongan de pie.

"En las comidas nunca repetiré del mismo plato, aunque las raciones sean pequeñas; en ese caso, muy raro, lo supliré con un trozo más de pan. El viernes,

por ser para mí día de ayuno, no iré a desayunar. Pero como el orden de la casa no permite que me ausente de la cena y, contra mi costumbre en tiempo de ayuno, me veré obligado a tomar algo, reduciré la comida para que mi cuerpo sienta el castigo a que lo someto".

Durante el seminario, Eugenio aumentará el número y el rigor de sus ayunos, cuya lista y menú el mismo elige:

"1) - Todos los ayunos prescritos por la Iglesia. Esos días haré una sola comida y, a no ser por una necesidad apremiante, no comeré nada por la tarde; eso debe entenderse sólo para días aislados, como Témperas o vigiliias, porque durante la cuaresma, podré tomar la colación pánica (sic), excepto el viernes santo.

2) - Ayunaré todos los viernes del año. Suavizo de momento este ayuno y me permito un trozo de pan y una pera o manzana o un racimito de uvas, o cualquier otra fruta fresca o seca, pero quede claro que debo contentarme con una de esas cosas.

3) - La víspera de ciertas fiestas de devoción o ciertos días particulares, mi ayuno será como el del viernes que acabo de señalar".

4) - Ayunará la víspera de las fiestas de los Apóstoles, de la Santísima Virgen y también de sus santos preferidos. Así se llega a un total imponente de 120 días de ayuno al año, o sea el doble de lo que impone la Iglesia.

Además añadirá prácticas de mortificación corporal : levantarse a las 4, una hora antes que la comunidad, y prescindir del fuego, si su director no le obliga a calentar algo su cuarto, helado, lo que se dice : "Estoy forrado como un turco, escribe a su madre en diciembre de 1808, porque hiela como para romper piedras. Aquí me tienes ante el fuego; los directores me han dicho que lo encienda, y ya ves, por mi letra, que tengo las manos heladas. A pesar del fuego el agua de la palangana está completamente helada en mi cuarto que es menos frío que el de los demás, por estar encima de la cocina. Ayer teníamos 10 grados".

Por esto se observa que su fuego no tiene nada de ardiente.

Al rigor creciente de esta dura ascesis corresponde una libertad de espíritu que la vivifica. A los motivos primeros que lo llevan a la penitencia : expiación de sus faltas, dominio del cuerpo, se añaden otros más teocéntricos y más apostólicos : reparación de las ofensas hechas a Dios por los pecadores y conversión de estos.

La práctica de la penitencia conduce a la pobreza. A Eugenio le gustaba el adorno, echaba de menos su casa señorial; el lujo de sus vestidos, de su ajuar, de sus joyas preocupaban a su madre. Pues bien, desde que ingresa en el seminario, Eugenio renuncia por mortificación, a esas peligrosas vanidades y, desde el primer retiro, formula los siguientes propósitos : "Para castigarme por las comodidades que he disfrutado en el mundo con tanta facilidad y por esa especie de apego que tenía a ciertas vanidades, seré pobre en mi celda y sencillo por fuera... Me arreglaré yo solo, barreré mi cuarto, etc..."

Viviendo la pobreza en su celda que debe amueblar por su cuenta, se contenta con un mínimo estricto : "una cama plegable, un colchón, una almohada, una cómoda, un escritorio reducido, cuatro sillas de paja, y sanseacabó. Por eso "no quiero volver a mi hermosa habitación de Aix que ya no va con mis gustos y con la sencillez que espero profesar durante toda mi vida". Trata de reducir los gastos : "Tanto para vivir de una manera más a tono con la pobreza evangélica, como para disminuir los gastos que te ocasiono, escribe a su madre, no he querido criados para arreglar mi habitación".

También por pobreza, el futuro sacerdote de Jesucristo será sencillo en su exterior : sotana corriente, faja de lana, pelo liso, tal es y tal será siempre el modo de vestir del sacerdote Mazonod".

¿Le ofrecen un reloj? Sólo le importa que sea bueno; "me tiene sin cuidado la moda". En cuanto a la cadena de oro que desean añadir, la rechaza como "un trasto inútil; normalmente no se lleva esta clase de adorno más que para que los demás la vean...; una cinta sirve exactamente igual. Cuando estaba en el mundo ansiaba una cadena de oro; hoy me estorbaría. Porque es necesario que los gustos de un eclesiástico sean diferentes de los de un hombre de mundo; sobre este particular Dios me ha ayudado con su gracia".

Además, ¿qué pintaba una cadena de oro sobre el "burdo paño" de sus vestidos y sobre esos "pantalones arrugados que tienen ya tres años bien cumplidos"?

Eugenio lleva el desprendimiento hasta hacerse indiferente a los bienes de la familia que en otro tiempo tanto le interesaban. ¡Fuera esas riquezas que eran testigos de sus títulos y de su linaje!

La señora de Mazonod llega a no reconocer a su hijo de lo cambiado que está.

Esta ascesis exterior, aunque necesaria, sigue siendo un simple medio; lo esencial está en llegar a la mortificación interior, a la abnegación del espíritu. Eugenio se esforzará por dominar su carácter "orgullosa, indomable, absoluto". "Daré gracias a Dios porque, habiendo estado en el mundo acostumbrado a recibir aplausos, mimado, festejado y considerado por todos los que me trataban... daré gracias a Dios, digo, por encontrarme aquí mezclado con personas más virtuosas que yo, que pudieran llamar la atención; y aunque no fueran más importantes que yo, me encantaría esa igualdad que me deja a mí en el olvido...

"Me alegraré, sobre todo, de que, habiendo gozado en el mundo de una fama de ingenio y de culto, pierda aquí esa ventaja, al entregarme a un estudio que, espero, me sea muy provechoso, pero en el que no me será posible brillar por no tener o por tener poca costumbre de hablar latín y por no estar hecho a la forma escolástica en mis estudios, y por tener demasiada edad para que se pueda cambiar el molde. Esta humillación me vendrá muy bien, porque no es el amor propio lo que está más muerto en mí".

Eugenio no se contentará con desaparecer en esa igualdad en la que se eclipsan todos sus méritos. Se sentirá el más indigno de todos a causa de sus "iniquidades".

Su programa inicial no queda en letra muerta. Desde 1809 constatamos que, en la práctica, ese clérigo noble no piensa más que en servir a la Iglesia en el último puesto y quiere entregarse al ministerio más humilde.

Está loco de contento porque le han confiado en la parroquia de San Sulpicio, el grupo de catecismo menos brillante y más difícil, dadas "las malas disposiciones de aquellos que lo componen : son los más pobres de la parroquia, los hijos de los taberneros, o sea, gente con piojos. Se pensó que tal vez yo pudiera dar vida a este cuerpo agonizante; se me dijo que era un primer paso para mí, pero no me preocupa y me encuentro muy a gusto entre estos pobres piojosos; intentaré ganármelos. Mañana hacemos la presentación y, Dios mediante, seremos buenos amigos".

A medida que el joven clérigo provenzal se despojaba de sus tendencias personales y de su mentalidad aristocrática, su vocación se iba esclareciendo y purificando.

Su vida religiosa va orientándose hacia la perfección sacerdotal a través de la renuncia tan querida para el Sr. Olier, porque, si el simple cristiano debe "vaciar de sí", con mayor razón el sacerdote : "No debe existir el "yo" en un sacerdote, porque el yo de los sacerdotes debe convertirse en Jesucristo, que les hace decir en el altar "esto es mi cuerpo", como si el cuerpo de Jesucristo fuera el cuerpo del sacerdote". ; así escribía en el "Tratado sobre las Ordenes Sagradas" el fundador de San Sulpicio.

4.- Los directores de San Sulpicio y sus alumnos.

Al renunciar a su yo con todo lo que implicaba en lo individual y en lo sociológico, Eugenio de Mazenod se preparaba, mediante la ascesis, a asimilar mejor la enseñanza espiritual del seminario y a entrar en comunicación más estrecha con su nuevo medio ambiente.

Entre sus maestros hubo dos que influyeron mucho en él : el Sr. Emery y el Sr. Duclaux.

El primero no era su director, sin embargo, por lo que escribe el mismo Obispo de Marsella, en 1842, al Sr. Faillon podemos apreciar la influencia que ejerció en su juventud clerical el superior general de la Compañía de San Sulpicio: "Pasé todo mi seminario con él y siempre tuvo para conmigo un afecto muy especial. Tenía 25 años cuando ingresé

en el seminario y el Sr. Emery me trató siempre como a un hombre serio. Tenía fácil entrada con él y pude apreciar en esa intimidad no sólo la amabilidad de su espíritu, sino también su profunda sabiduría, su habilidad, sus virtudes sacerdotales y, sobre todo, su amor a la Iglesia tan cruelmente perseguida en esa época.

"Cada día le hacía una visita, aunque fuera de un momento. Me recibía con gusto y, tal vez era el único a quien consentía que le hablara de su salud que cuidaba muy poco. Ultimamente se le había formado una úlcera en una pierna... Consecuente con la deferencia que quería demostrarme, consintió que curara la pierna enferma. Yo cuidaba a ese buen anciano correspondiendo a la libertad que me daba para acercarme a él y para hablarle francamente como un hijo a su padre".

Como buen juez de valores, el superior general tenía una confianza plena en el que llamaba familiarmente Mazenod. No sólo verá en él a un cómplice muy seguro para defender la causa de Pio VII cautivo, y de los cardenales negros perseguidos, sino que le confiará los secretos de su vida espiritual, haciéndole confidente de sus propósitos de retiro, que Eugenio transcribirá de su puño y letra.

Positivo y realista, y hasta innovador audaz cuando se trataba de seguir la evolución histórica, el Sr. Emery no duda en separar la religión de la monarquía y en reconocer al gobierno salido de la Revolución.

En materia de formación eclesiástica, por el contrario, lejos de ensayar métodos nuevos mantiene íntegramente los antiguos. Como en la edad de oro, "el fin primero y último del seminario no es otro que una vida profunda en Dios a través de Cristo Jesús".

El superior general no perdía ocasión alguna para presentar ante Eugenio de Mazenod la más sana doctrina sobre el sacerdocio, tal como la había recibido de sus venerados predecesores.

Sus conversaciones privadas completaban las enseñanzas de las lecturas espirituales que daba varias veces por semana. ¡Y qué autoridad daba a sus lecciones el ejemplo personal de aquel a quien admiraba el mismo Napoleón!

Eugenio reconoce el valor excepcional de aquel al que miró siempre como su padre : "Su gran piedad, su profundo saber, su acabada experiencia habían hecho de ese venerable anciano el oráculo de la Iglesia de Francia. Inmune ante cualquier interés, sólo tenía en cuenta el bien".

El Sr. Duclaux no tenía la talla, el relieve, la fuerte personalidad del Sr. Emery, pero su vida interior muy profunda, su experiencia, su moderación, su equilibrio y su permanente serenidad, hacían de él un maestro en la dirección de los seminaristas y de los sacerdotes.

Hasta por su contraste con el temperamento de Eugenio, esas cualidades y esas virtudes le hacían especialmente apto para conducirlo. Poseía un alma suficientemente elevada para no cortar su ímpetu generoso, y su ponderación era muy necesaria para frenar los impulsos del joven provenzal, demasiado propenso a seguir el primer empuje de su naturaleza ardiente... El director se hacía valer dominando a ese pura sangre, unas veces frenando y otras aguantando su ritmo. Es verdad que su dirigido le facilitaba la tarea.

En primer lugar, por su abnegación: "Para reducir cada vez más este amor propio, leemos en los propósitos de retiro de 1808, no perderé ocasión de mortificarme, por eso no sólo debo alegrarme de haberme dado a conocer a mi director tal como soy y hasta como he sido, dispuesto a hacer todas las confesiones...no digo necesarias sino simplemente útiles".

A esa total apertura de corazón correspondía una obediencia también total. Eugenio somete a su santo director sus propósitos, sus decisiones, sus proyectos, sus puntos de vista. Los consejos que recibe son para él expresión de la voluntad divina. El Sr. Duclaux, en efecto, insinúa discretamente; no impone ni manda; sus pareceres se exponen en tono suave, respondiendo a su modo de ser y este modo de ser encaja perfectamente con el de su discípulo, a quien unos modales imperativos y tajantes podrían exasperar. Una confianza recíproca irá transformando en amistad y hasta en intimidad las relaciones espirituales que se mantendrán cuando el sacerdote de Mazenod regrese a Aix.

Los otros directores con los que comparte su vida serán para él simples profesores; pero su regularidad, su espíritu de oración, sus virtudes, su rigor sacerdotal tendrán para él mucho más valor que su ciencia, muy desigual.

Mientras evoca el recuerdo de sus maestros treinta años más tarde, les rendirá este magnífico homenaje, cuando escribe al Sr. Faillon : "Mientras viva daré gracias a Dios por haberme concedido la gracia de pasar varios años bajo su dirección y, ¿por qué no decirlo?, en amistad con hombres como los señores Emery, Duclaux, Montagne y, aunque viva todavía, déjeme añadir también a Garnier. Creo que por ellos me ha llegado la tradición de los más hermosos tiempos y de los más santos personajes de la Iglesia, como también el ejemplo de todas las virtudes sacerdotales... Sería un crimen dejar morir el recuerdo de su santidad con la generación contemporánea de estos hombres de Dios".

Tratando con sus condiscípulos, Eugenio ganó mucho espiritual y humanamente. El origen de estos era variadísimo, unos 20 alumnos de París el resto procedía de las regiones más diversas de Francia y del extranjero.

Idéntica diversidad se da en cuanto a clases sociales y mentalidades, pero no se formaban grupos; los Sulpicianos exigían la fusión y ellos mismos daban ejemplo mezclándose indistintamente con los grupos en los recreos y paseos. El futuro Obispo de Marsella quedó impresionado desde el principio de esa "igualdad".

Ese ambiente contribuye a su formación, y en ese clima de amistad y de confianza Eugenio se abre. Sus metas, algo limitadas por la herencia, por su educación y su particularismo nobiliario y provenzal, se ensanchan; aprende a conocer y a comprender otras mentalidades, constata la ignorancia de muchas cosas, con frecuencia debe confesarse inferior, y con eso se libera del complejo de superioridad que le hace orgulloso, dominante, tajante. Toda su vida religiosa salió ganando con la santa emulación que llevaba a todos sus compañeros a rivalizar en perfección y en generosidad.

Eugenio de Mazenod se sentía a gusto, en perfecta armonía con sus maestros y sus condiscípulos, y como llevado por una corriente de fervor que empujaba a todos a seguir las huellas de Cristo, sacerdote y salvador, viviendo en intimidad con El.

5.- La vida interior de Eugenio de Mazenod.

"Vivir enteramente para Dios en Cristo Jesús", tal es el objetivo esencial de la formación sulpiciana. La ascesis y el desprendimiento preparan para esta meta; la atmósfera del seminario predispone; sólo la oración conduce hasta ella. Por eso, el Sr. Emery que, ante la escasez de clero, reduce los estudios, siente la necesidad de recuperar la hora entera dedicada tradicionalmente a ese ejercicio capital.

Eugenio de Mazenod seguirá fiel, durante toda su vida a la hora de oración sulpiciana que incluirá en la Regla de los Oblatos, trasladando a la tarde parte de ella.

Respecto al método, primero siguió por su cuenta y luego transmitió a sus religiosos el que se hizo clásico y que se atribuía al Sr. Tronson : preparación; cuerpo de la oración en tres puntos : adoración, comunión, cooperación; y finalmente la conclusión.

Su iniciador en la materia fué el Sr. Duclaux, que lo había codificado todo en un pequeño tratado. Le enseñó además a manejar ese mecanismo, esperando que el Espíritu imprimiera a todos esos actos en serie su propio movimiento.

El método, le proporcionó un contacto más íntimo con Cristo Sacerdote y sobre todo, unas luces sumamente vivaces que le causaron extrañeza y entusiasmo. A medida que avanzaba en las órdenes, el cerco divino se acentuaba.

Su vocación aparecía tan clara que el Sr. Duclaux le autorizó para que recibiera la tonsura tres meses después de haber ingresado en el seminario. Sin previo aviso a su madre el joven de Mazenod pidió las dimisorias al arzobispo de Aix.

La presidenta sorprendida y dolorida, le escribe : "¿Cómo es posible esto, querido hijo mío? Apenas hace cuatro días que estás en el seminario, me prometiste que en dos años no te comprometerías, ¿y ahora cambias de opinión sin decir nada? ... ¿Por qué tanta prisa? ... Me sorprende que los superiores no

controlen el arrebató de los jóvenes... Vivo con una inquietud horrorosa, aunque no se lo digo a nadie, Hazme el favor de no comprometerte todavía, y no hagas nada sin advertirme antes".

La señora de Mazenod cada vez se resignaba menos a la vocación de su hijo y no renunciaba a situarlo en el mundo, como acababa de hacer con su hija, casada con el conde Armando de Boisgelin.

Sus lamentos y sus reparos no hicieron vacilar lo más mínimo la determinación de Eugenio. Vistió la sotana y recibió la tonsura el 17 de diciembre de 1808. Al día siguiente, para tranquilizar y convencer a su madre, que se echaba atrás ante el sacrificio, le revelaba las gracias con las que Dios había recompensado su propio renunciamento :

"...Espero que te unas a toda la Iglesia para pedir a Dios que le dé ministros idóneos para su servicio en estos tiempos calamitosos. Si juzgo por los consuelos que el Señor me ha dado en este feliz momento en el que lo he escogido como herencia mía, tengo que creer que las oraciones de los buenos cristianos han sido muy fervorosas".

Seis meses después, el 27 de mayo de 1809, Eugenio de Mazenod recibía del cardenal Fesch las 4 órdenes menores, llamadas así, escribe él, "no porque la Iglesia las crea poca cosa, sino por su relación con las órdenes sagradas llamadas mayores, porque a los ojos de la fe ¡qué grande es la dignidad de la que voy a quedar revestido, aunque sea tan indigno!". Escribe a su madre : "Hay que confesar que experimento una confianza que me sorprende; como esa confianza no se apoya en mis propias fuerzas y únicamente está fundada en los méritos y en la misericordia de nuestro Salvador, nada puede alterarla. Se diría que sólo pienso en mis pecados para repararlos entregándome por completo al servicio de aquel al que ofendí tanto y que me ha amado más todavía".

Esta vez, en el joven minorista, el contacto más íntimo con Cristo se había traducido en una impresión de fuerza suave menos vibrante que para la tonsura; la gracia cobraba más vigor y más profundidad.

El subdiaconado, que consagra su donación definitiva el 23 de diciembre de 1809, señala una nueva etapa de su intimidad con Dios y, bajo su pluma, se descubren palabras que parecen muy características de un estado de oración infinitamente más elevado que sus meditaciones según el método del Sr. Duclaux. Escribe a su madre el 6 de enero de 1810 :

"¡... Día feliz. mil millones de veces feliz ése en el que tuve la inefable dicha de trocar una mísera libertad, de la que tantas veces abusé, por la dulce y preciosa esclavitud que hace dueño y poseedor de todos los tesoros que desconocen los seguidores del mundo y sus vanidades!

..."Querer ahora expresarte la alegría que el Señor ha derramado en mi alma, en este día dichoso, sería cosa imposible. La dicha que se siente en ese instante es inefable y no hay que creer que pueda ser, tal vez, porque las huellas que quedan son leves y poco profundas. ¡Seguro que no! Ese estado en que te coloca la gracia de la ordenación es estable y permanente, habitual en el alma pero, como es todo divino, las palabras no pueden expresarlo. Es una plenitud espiritual, son elevaciones hacia Dios, son deleites que empapan el alma. ¿Cómo te lo diré? una vez más : es una gran dicha que puede sentirse muy vivamente, pero que uno no puede explicarse a sí mismo, y menos todavía puede explicar a los demás. Después de esto, que vengan a hablarme de la belleza del sacrificio, etc.. etc..".

Seis meses después, el 16 de junio de 1810, Eugenio accede al diaconado. Una carta enviada a su madre el día de Pentecostés, declara con cuanto fervor se prepara "a recibir el Espíritu Santo que me será dado por la imposición de las manos...".

Eugenio de Mazenod no tiene tiempo de extenderse en las alegrías y las gracias de esta ordenación, en la carta enviada a su madre el 19 de junio de 1810 : "No te diré ni palabra, escribe, porque si me meto en un tema que llena mi corazón no sé acabar".

Quedaba una última etapa : la que le acercaba al "muy santo y muy imponente sacerdocio". Eugenio de Mazenod, primero, había deseado acortar los plazos canónicos : "una vez que sea subdiácono, espero, Dios mediante, que pronto seré sacerdote; todo me invita y me lleva a pedir dispensa de los intersticios". Así escribía a su madre el 28 de febrero de 1809.

Pero en 1810 se declara decidido a dejar pasar un año entre las dos últimas ordenaciones.

Dos motivos le impulsaban a esperar. Primero, la necesidad de una preparación más completa: "Cuanto más me acerco a esa fecha, más quisiera retrasarla, no porque no la desee - es el centro de todos mis deseos -, sino porque cuanto más cerca está ese haz luminoso, mejor veo,, a la luz de sus rayos, la desproporción que existe y la deformidad de quien debe ser revestido".

Preocupado por perfeccionar su preparación personal, Eugenio quiere, además completar su formación teológica, "para poder cumplir con fruto todos los compromisos" que impone el servicio del altar.

"La ciencia eclesiástica abarca tantas cosas que no hay que imaginarse que se puede adquirir a la carrera o, como quien dice al vuelo.

"¿Quién podrá responder a las dudas que surgen a cada momento, si no es un sacerdote que esté colocado para ser visto desde más lejos que los demás y al que otros sacerdotes necesiten, tal vez acudir algún día? Esa formación reforzada es necesaria e indispensable para que pueda ejercer con fruto el ministerio... Estando como está la gente tan propensa a despreciar nuestra Religión, no se puede consentir que demos motivos fundados para la calumnia con nuestra ignorancia...

"La sola sospecha de que pueda carecer de parte de la ciencia que los fieles y los sacerdotes mismos puedan esperar de un hombre que ha recibido una educación y que, por su posición, tiene medios para adquirirla, ¿no neutralizaría por completo el poco bien que espero pueda hacer?" (Carta a su madre del 14 de abril 1810).

Por otra parte, la señora de Mazenod, sentía ahora prisa de que su hijo recibiera el sacerdocio. Roze-Joannis compartía si no inspiraba las opiniones de su prima e intentaron gestiones ante Mons. Cicé.

Eugenio no quiso ceder y un año más tarde mantenía todavía su decisión en los términos más categóricos :

"No quiero entrar en la lucha más que cuando esté moralmente seguro de no comprometer el honor de la Religión que me va a ser confiado. Los primeros pasos que dé serán decisivos; todas las miradas estarán sobre mí.

"De ahora en adelante mi persona, mi honor y mi reputación estarán tan unidos a la Religión de la que soy ministro, aunque indigno, que debo ser cauto.

Basta con esto, mi querida madre, para hacerte comprender lo importante que es que siga el plan que me he trazado que, por cierto, está aprobado por aquellos que, por su experiencia y su santidad, pueden comprender mis razones.

"Me siento tan convencido de esto en mi conciencia, que me vería obligado incluso a enfrentarme con la voluntad de mi arzobispo, si fuese contraria a estos propósitos".

Así pues, Eugenio de Mazenod terminará en San Sulpicio el ciclo de sus estudios que, por necesidades de la época, se habían reducido a dos o tres años.

6.- La enseñanza teológica en San Sulpicio.

¿Con qué espíritu comenzó sus estudios teológicos? ¿Cuales fueron sus objetivos, su contenido y su valor?

Que la preparación intelectual del futuro sacerdote, después del Concordato y de los comienzos del siglo XIX, haya tenido grandes deficiencias, todo el mundo está de acuerdo en reconocerlo.

En París antes de la Revolución los directores de San Sulpicio eran exclusivamente directores, sus alumnos de filosofía y teología tenían como maestros a los "señores de la Sorbona". Suprimidas las Facultades de Teología por la Revolución, los Sulpicianos aseguraron los cursos de filosofía y de teología dentro de la casa.

En dos o tres años. sin duda que no se podía estudiar a fondo el conjunto de la teología, había que elegir y es significativo que eligió la Apologética y los cursos del Sr Boyer

Lo mismo que la Apologética, la moral prevalecía sobre el dogma, se sacrificaba a la defensa de la fe la profundidad de sus riquezas y a la defensa de las buenas costumbres el valor de los principios sobrenaturales vitales que deben inspirarlas. La práctica se separaba de la doctrina y triunfaba el moralismo, había un exceso de juridicismo, un recurso demasiado frecuente a la ley natural, con una perspectiva de freno y de castigo. Ese moralismo se agrava con el rigorismo, aunque los maestros de San Sulpicio son hostiles al jansenismo, no admiten el probabilismo, ni el equiprobabilismo, todos profesan el probabiliorismo que decide en favor de la ley, a no ser que motivos contrarios se opongan a los derechos de ésta.

De historia no se habla. La patrística tampoco figura en el programa y los alumnos no conocen de los Padres griegos y latinos más que algunos textos.

El derecho canónico se reduce a las censuras.

En cuanto a la Sagrada Escritura las notas de Eugenio no nos dan una idea. El Sr. Garnier, según Renan "el hombre más enterado de Francia en exégesis bíblica", fué profesor de hebreo de Eugenio

Para las clases, los señores de San Sulpicio emplean un método al que Eugenio se acomoda. El manual es la base. Generalmente los profesores lo comentan, lo completan o lo corrigen. A veces prescinden de él y dan un curso personal.

La enseñanza se da en francés; el Sr. Boyer intentó hablar latín pero pronto tuvo que renunciar, tal vez por los estudios más bien elementales de algunos oyentes.

Los comentarios de Bailly o los cursos personales no se dictan; se nota por los apuntes de Eugenio, a veces muy incompletos, otras veces aliñados con reflexiones o con dibujos marginales. "Todo esto me aburre", escribe en el tratado de los Contratos, con ocasión de las disposiciones jurídicas que se refieren a los testamentos; en los sacramentos, la discusión sobre la eficacia le parece una cuestión "inutilísima e insoluble"; escribe su nombre en hebreo sobre la pasta de sus cuadernos; sus armas figuran adornando el austero tratado de Leyes.

Eugenio en su cuarto, redacta un resumen y, para ciertos tratados que le interesan más o que le parecen más importantes, pone en limpio sus apuntes. Cuida especialmente el cuaderno sobre la penitencia; hasta parece que el clérigo provenzal haya copiado pura y simplemente, las notas mismas de su maestro, porque se trata de un curso en buen latín. Está claro que Eugenio no busca la ciencia por la ciencia. Más inclinado a la acción que a la especulación, quiere adquirir el caudal necesario para su futuro ministerio entre los humildes y los pobres. Debemos reconocer que se aplica sin mucho entusiasmo, pero muy concienzudamente.

La enseñanza que recibía respondía a sus preocupaciones esenciales y en ningún otro lugar hubiera encontrado algo mejor.

7.- Asociaciones de piedad y de celo.

Para promover en todo el seminario el espíritu de fervor, de regularidad y de trabajo, el Sr. Emery y el Sr. Duclaux buscaban la colaboración de algunos alumnos que les ofrecían más confianza o que tenían mayor ascendiente. Estos ayudaban a los superiores con un apostolado que tonificaba su vida espiritual y, al mismo tiempo, ejercía sobre la comunidad una benéfica influencia. Para fijar su acción personal, el superior y el director los agrupaban en asociaciones que ellos controlaban hábilmente.

La primera, muy numerosa, tenía existencia oficial : era la Congregación fundada por el Padre jesuita Delpuits "para resucitar una institución que había producido muchos frutos en los colegios de la Compañía" y se proponía fomentar "la práctica de la piedad y de las obras de caridad cristiana", en sus miembros, consagrados a la santísima Virgen.

El Sr. Emery autorizó la existencia de un grupo misionero que formó con algunos condiscípulos el futuro obispo de Nancy, fundador de la Santa Infancia. El oratorio de las Misiones Extranjeras, donde se reunía la Congregación, ¿le revelaría que los objetivos de ésta no debían limitarse a la reconquista en tierra católica, sino extenderse a la conquista de tierras paganas?

Forbin-Janson no hablaba más que de misiones y misiones de China : "Su palabra fácil y ardiente, cuenta el P. Delvaux encendía a sus oyentes en el fuego que le consumía a él mismo y en las reuniones en la capilla de Ntra. Sra. de Todas las Gracias les inspiraba ardientes y grandes deseos de servir a Dios y en particular de las misiones extranjeras y de China.

El grupo misionero actuaba a plena luz. Nadie ignoraba su existencia y se sabía qué seminaristas lo formaban.

No ocurrió lo mismo con otra asociación muy limitada y secreta que tendrá entre sus miembros a Eugenio de Mazenod quien será su director.

Se trata de una asociación de piedad, formada en el seminario de San Sulpicio de París el 9 de octubre de 1801.

"El fin principal de esta asociación es formar en el seminario un grupo de eclesiásticos muy piadosos, que sean perfectos observantes de la Regla y que por sus ejemplos, consejos y oraciones contribuyan a mantener un alto fervor en la comunidad".

En los primeros años se dedicó principalmente a la santificación de sus miembros. A partir de 1808 parece que la A.A, a impulsos del Sr. Duclaux, se ha de mover más a actuar entre los que habían llegado nuevos y entre aquellos de virtud débil y apocada que necesitaban apoyo y estímulo.

Se ve fácilmente por qué en adelante, la A.A de San Sulpicio insiste tanto en la acción que los miembros deben intensificar dentro del seminario. Este es víctima de la lucha entre Napoleón y Pio VII. Por haber defendido valientemente los derechos del Papa, en junio de 1810, el Sr. Emery recibió la orden de abandonar la casa con todos sus directores.

La obra estaba seriamente comprometida. Entre los alumnos existía confusión e inquietud. ¿Qué sería de esos jóvenes, cuando cayeran en otras manos? Se explican por lo tanto que, para no perder la comunidad y para mantener las tradiciones cuando se fueran los directores, el Sr. Emery invitara a la asociación a renovar el celo por mantener el espíritu de la Compañía.

Y precisamente, en este momento de crisis, en diciembre de 1810, es cuando Eugenio de Mazenod ingresa en la A.A, con el príncipe polaco Szadurski, ambos miembros de la congregación. Ambos son elegidos el 7 de diciembre de 1810 y el 21 quedan recibidos. Los dos hacen el acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Se ve que el Sr. Duclaux se sirvió de su influencia para meter en la A.A., al hijo espiritual en el que tenía mayor confianza. Sabía que era muy generoso, valiente, fervoroso, muy seguro y lleno de dinamismo, y contaba con él para imprimir a todo el grupo un impulso vigoroso. No le fallaron los cálculos.

De hecho, un mes después, en la sesión del 22 de enero de 1811, "el Sr. de Mazenod manifestó a los miembros de la asamblea que faltaban de celo en la asociación por mantener el fervor en el seminario, que se contentaban con ver los abusos, sin tomar medidas para remediarlos, Los miembros de la asamblea reconocieron la verdad de su apreciación y se propusieron meterse cuanto pudieran entre los recién llegados al seminario para fomentar la piedad en el seminario y corregir en ellos el estilo colegial y cierta disipación que suelen traer del mundo. Además acordaron reunirse en parejas para dominar más fácilmente la conversación y hacer más eficaz la medida anterior".

A partir de primeros de octubre de 1811 es cuando Eugenio comienza a dirigir la A.A. en calidad de secretario. Al terminar el retiro con que comienza el curso, los directores recibieron la notificación del Ministerio de Cultos para abandonar la casa.... Inspirado por el Sr. Duclaux, Eugenio, en la sesión del 21 de octubre que él preside, invita a la asamblea a tomar decisiones relacionadas con la situación.

"La asamblea. leemos en el acta redactada por él, no ha creído oportuno ocuparse hoy de la corrección fraterna. Ha juzgado que lo urgente era tratar de los medios para restablecer cuanto antes y del modo más eficaz, el espíritu primitivo de la asociación que se ha debilitado insensiblemente, desde hace algunos años. Habiendo reflexionado sobre las críticas circunstancias en que se halla el seminario en vísperas de verse privado de la ayuda de los santos ejemplos de sus respetables y queridos directores, la asamblea no podía ocultar

que, de algún modo, sería responsable del relajamiento que pudiera introducirse en el seminario si no se hiciera un sumo esfuerzo para ejercer esa fuerte y secreta influencia que la antigüedad y la fama de regularidad de los miembros que la componen, les dan en la comunidad". Y la asamblea toma una serie de resoluciones de cuya ejecución encarga al Sr. de Mazenod.

Este en las diversas asambleas que se suceden propone una serie de artículos encaminados al perfeccionamiento de sus miembros y a la acción más eficaz que han de ejercer en el seminario, para calmar los espíritus y para que los estudios y la piedad sufran lo menos posible con la pérdida de tan excelentes guías obligados a abandonar el seminario.

Eugenio de Mazenod al principio del año siguiente debería salir de la A.A. porque acababa de ser ordenado sacerdote y luego fue nombrado director en San Sulpicio. Como sus compañeros en la asociación Tharin, Teyssyre, Gosselin que, con él asumieron la dirección de sus maestros expulsados, quedará sin embargo, unido a ella para mantener en el seminario las tradiciones de la Compañía disuelta y llevar, más enérgicamente que nunca, el buen combate contra el cesarismo napoleónico.

San Sulpicio había sido golpeado por su fidelidad a la Iglesia romana. Eugenio de Mazenod, íntimamente asociado a la resistencia del Sr. Emery, en este punto como en otros, continuará su obra, sirviendo a la causa de Pio VII cautivo y de los cardenales desterrados.

Capítulo IX

EL SEMINARIO DE SAN SULPICIO AL SERVICIO
DEL PAPA Y DE LOS CARDENALES ROMANOS

1.- San Sulpicio, centro de resistencia al cesaro-papismo.

La acción secreta de la A.A. y de las sociedades análogas no intentaba sólo la santificación de las personas; se lanza también hacia fuera y se hace militante para defender los derechos de la Iglesia.

Esa red misteriosa que actuó durante la Revolución, ampliada, en 1808, se pone al servicio de Pio VII. Desde el arresto del Santo Padre, Eugenio de Mazenod interviene en esa campaña clandestina que la policía imperial no puede controlar. Sin embargo no es la A.A., la que lo lleva a la lucha; es el Sr. Emery en persona quien se lo pide, tanta es la confianza que tiene en su celo, en su valentía y en su discreción.

El Sr. Emery llega a ser en París el jefe de la resistencia, y el seminario de San Sulpicio, en el que se enseñan doctrinas galicanas, toma una actitud tan neta en favor de la autoridad papal que encantó y desconcertó a los cardenales romanos.

Eugenio de Mazenod hizo de enlace discreto y eficaz entre el Sr. Emery y los cardenales deportados.. Tenía toda la confianza del superior y, a pesar de sus divergencias doctrinales en materia de galicanismo, de hecho, ambos están de acuerdo en defender los derechos del Papa, puestos en duda por el Emperador. En cuanto a los purpurados, todo se une para acreditar ente ellos a ese hijo de la nobleza que ama su lengua y la habla, ama a su tierra natal, sabe utilizar la psicología italiana y profesa un ultramontanismo resuelto y militante. Familiarizado con los medios peninsulares y con los medios parisienses, para comprender y hacerse comprender, Eugenio no tiene las dificultades que sí tienen otros sacerdotes franceses poco abiertos a la mentalidad transalpina.

Aquel año 1809, la Sra. de Mazenod no había querido que su hijo fuera a pasar las vacaciones de verano en Aix. Siempre opuesta a la vocación de su hijo no quería que apareciera en sotana en Aix, porque esperaba verle abandonar pronto el estado eclesiástico. Se quedó pues en París, y los dos meses de vacaciones los pasó en la casa de campo del seminario con el superior general de San Sulpicio y el Sr, Duclaux.

En el despacho secreto de la correspondencia necesitaban ayuda, el Sr. Emery acudió a su querido Mazenod que entró así en relaciones muy estrechas con todos los grupos que participaban en la resistencia secreta en unión con el Sr. Emery.

Por caminos misteriosos, el superior general recibió la bula por la que Pío VII excomulgaba a Napoleón, había que mandar el texto a Bretaña. Escribía Juan María Lamennais al Sr. Faillon el 22 de mayo de 1846 : "Comprometió al abate de Mazenod para que hiciera una copia y nos encargó a mi santo amigo Bruté y a mí que la trajéramos a nuestra provincia y la difundiéramos. El Sr. Bruté la escondió en el hueco del sombrero y, llegados a Vitré, hicimos lo que el venerable superior y padre nos había encomendado".

Terminadas las vacaciones Eugenio sigue trabajando en el "scriptorium" del seminario. Los días libres, el superior general reúne en su cuarto a sus hombres de confianza y, mientras sus colegas van de paseo a Issy, estos reproducen, bajo su dirección, los documentos que les presenta. "A pesar del peligro que se corría y de la tristeza de las circunstancias, a esta oficina de correspondencia no le faltaba alegría. A las cuatro, el superior general manda traer galletas, chocolate, bebidas; descansamos, nos reponemos y volvemos al trabajo; por la tarde ya está preparado el correo comprometedor".

A ese "scriptorium" llega toda una red a través de la cual Eugenio entra en contacto con diversas asociaciones secretas que trabajan con la congregación.

Pero el movimiento de resistencia que el Sr. Emery quería solamente religioso, se desviará hacia la política : mientras defendían el altar, los Caballeros de la Fe trabajaban por hundir el Imperio y reponer en el trono a la dinastía legítima de los Borbones.

Aunque más tarde Eugenio de Mazenod, como el conjunto del clero alto y bajo, simpatizara con ese sistema, en 1810-1811 se mantuvo fielmente en la línea de conducta trazada por su padre.

Opuesto a las usurpaciones del poder temporal, leal con el régimen, "el pequeño sacerdote" al que admiraba y temía el gran Emperador, encontró en el joven clérigo provenzal su hombre de confianza, el más abnegado, el más valiente, el más seguro de sus colaboradores.

2.- San Sulpicio y los Cardenales Romanos.

El nuevo César no se contentaba con deportar al Sumo Pontífice con la intención secreta de asentarlo en la capital de su imperio, decide también el traslado de todo el Sacro Colegio a París. El traslado se hizo progresivamente.

En noviembre Eugenio de Mazenod se pone en relación con los príncipes de la Iglesia que van llegando los primeros. "Hace ya varios días que salgo por la mañana, después de la clase, para ver a algunos Eminentísimos dignos de conocerse", escribe a su madre. Se adivina, que no hace esas visitas por sí mismo y por su cuenta, porque esas salidas anormales y frecuentes exigen permiso del superior. Debemos suponer que va a casa de dichos Eminentísimos, enviado por el Sr. Emery en persona para recoger sus opiniones y para entregarles los comunicados del superior general.

La situación, en efecto, se agrava. Separado de sus consejeros, privado de su libertad, Pío VII se niega a aceptar a los obispos nombrados por Napoleón para las 17 sedes vacantes.

Napoleón que quiere doblegar a "ese viejo imbécil" busca apoyo y luces entre sus obispos y clero, y convoca el 16 de noviembre, un comité eclesiástico, del que forma parte el Sr. Emery, para resolver el problema que provocan sus desavenencias con la Santa Sede.

El Sr. Emery que "sabía tras de qué se andaba", busca en los cosejeros del Papa las luces que tanto necesitaba, pero la prudencia le impedía tener contactos directos y frecuentes con los Purpurados. La coincidencia de fechas invita a pensar que en este caso, Eugenio de Mazenod le sirvió de intermediario.

Al reunir a los Príncipes de la Iglesia en su capital, Napoleón esperaba ganárselos para su causa y así obligar a Pio VII a una componenda. Algunos respondieron a sus esperanzas, eran partidarios de la "conciliazione". Pero la mayoría forma una piña en torno a la pequeña corte pontificia que delibera tras el Panteón en el domicilio del cardenal di Pietro. Porque Pio VII ha delegado sus poderes en esa Eminencia, cuya firmeza e intrepidez conoce. Está alojado con su secretario Fontana, en el colegio irlandés que, durante la Revolución, era centro de una A.A. muy activa.

Eugenio parece estar en relación habitual con di Pietro, a juzgar por el relato siguiente : "Un día Napoleón sintió contra ese cardenal tal inquina que el responsable del colegio, asustado, corrió a avisar al prelado que su presencia podía comprometer a toda la obra y que tenía que abandonar el lugar en 24 horas. El clérigo de Mazenod, más tarde obispo de Marsella, entraba en aquel instante en el cuarto del cardenal. Este, estaba al pie del crucifijo, rezando con fervor : "Pido fuerzas a Dios para aguantar lo que me envía", dice el prelado al joven clérigo, y le cuenta cómo en ese momento se encuentra sin alojamiento y sin recursos económicos. El Sr. de Mazenod lo tranquiliza y, sin perder tiempo, le habla de la señora Soyercourt, convertida en providencia visible para los grandes infortunios. Luego lo deja y, a toda prisa, va a las carmelitas a informar a la Madre Camila de la situación angustiosa, declarándole lo que había prometido al cardenal. Esta le agradece que se haya acordado de ella y le encarga que avise inmediatamente su Eminencia que se le recibirá en los edificios externos del convento, con la satisfacción de acoger en sus muros a un Príncipe de la Iglesia. Dos días después, el cardenal di Pietro, con su secretario y dos criados, estaba instalado en las carmelitas, en un aposento que la Rev. Madre Camila había amueblado para recibirlo". (de la Rev. Madre Camila del Niño Jesús, en el mundo Soyercourt).

Más tarde Eugenio de Mazenod no se contenta con dar alojamiento al cardenal di Pietro. Cuando en 1810, Napoleón destierra por las provincias a los 13 cardenales negros que se habían negado a asistir a su boda con María Luisa, Eugenio colabora activamente para ayudarlos, su nombre figura entre los que recogen donativos para la "Caja de los Confesores de la Fe", y los hacen llegar a las Eminencias, con el mayor secreto.

Ningún documento nos permite detallar el papel que jugó en esta obra colectiva el futuro Obispo de Marsella; su modestia nos ha ocultado sus proezas. Sólo una carta, muy posterior, al cardenal Gousset nos da alguna idea de aquellas relaciones tan frecuentes y tan íntimas con las Eminencias, y de su audacia para visitarlos cada día despistando a los sabuesos de Fouché : "Era todavía diácono y joven sacerdote cuando me fue posible, a pesar de la vigilancia más activa y de una policía suspicaz, dedicarme diariamente a servir a los cardenales romanos, llevados entonces a París y perseguidos poco después por su fidelidad a la Santa Sede. Los peligros que corría continuamente eran compensados en mi alma por la dicha de sentirme útil sirviendo a esos ilustres desterrados y por llenarme cada vez más de su espíritu".

Los ilustres desterrados, los cardenales negros especialmente, se mostraron agradecidos a Eugenio por la abnegación con que les había atendido durante la prueba, a pesar del peligro.

Más tarde podrá contar con ellos, igual que ellos entonces contaban con él. Muy bien visto en el Quirinal, el fundador de los Oblatos, el obispo de Icosia, el obispo de Marsella, gozará en Roma de una confianza total y de la más alta protección.

Los servicios prestados en circunstancias sumamente críticas y la fama de su ultramontanismo militante, harán de él una "persona gratissima" muy aceptada y acogida siempre muy favorablemente. Por eso su obra será favorecida.

3.- Supresión de la Compañía de San Sulpicio.

Tres días después de haberse ensañado con las Eminencias que no asistieron a su boda con María Luisa, reivindicando así los derechos exclusivos del Papa a juzgar sobre la validez del matrimonio de los príncipes, el emperador la emprendió con el Sr. Emery y los Sulpicianos. Aunque nunca pudo sorprender en falta al hábil superior, Napoleón sospechaba que trabajaba activamente a favor de Pio VII y de los Purpurados intransigentes. Por eso ordenó el 13 de junio que el seminario de San Sulpicio "cambie totalmente de mano y de naturaleza... que no se dé ningún cargo a los sulpicianos y que el Sr. Emery cese inmediatamente en cualquier función".

Ese decreto les fue comunicado a los interesados por los vicarios generales de París, el 16 de junio, después de la ordenación, en la que Eugenio de Mazenod había recibido el diaconado. Por una carta en la que puede expresarse libremente porque la recibirá su madre "en propias manos" a través de la señora Simon, cuñada de un joven sacerdote, conocemos la reacción tan viva del nuevo diácono :

"El Emperador después de encarcelar al Papa y desterrar a los cardenales, dispersándolos de dos en dos por las diferentes ciudades del imperio; después de haberlos despojado de sus insignias cardenalicias y de haber confiscado todos sus bienes, se ha metido con la congregación de San Sulpicio, célebre siempre por su apego a la Santa Iglesia Católica romana y a la sana doctrina...

"El emperador había nombrado al Sr. Emery miembro del comité de obispos, llamados para decidir sobre varios asuntos propuestos por su Majestad, y el Sr. Emery, que siempre ha obrado en conciencia en todas las acciones de su vida, tuvo el valor de combatir todas las pretensiones irracionales, por no decir heterodoxas, del gobierno francés, a propósito de sus desavenencias con el Papa y sobre otros asuntos de la religión.

"Este santo varón, equiparable a lo más noble que nos ofrece la Antigüedad cristiana, preveía que su persona, por el bien que hace, podría y sería (sic) aniquilada, pero subordinándolo todo al primer deber de todos, que es el de no traicionar su conciencia, se mantuvo siempre en la defensa de los principios que, evidentemente, lo comprometían. Desde entonces su caída fué jurada, y el miércoles pasado estalló la bomba, y el emperador, por un decreto, ordenó que el seminario de San Sulpicio cambiara de naturaleza y de manos; que el Sr. Emery y los demás directores cesaran en 24 horas; que ningún sulpiciano podía tener un cargo en la nueva organización del seminario, etc, etc...

"Los vicarios generales, no sabiendo cómo reemplazar en tan poco tiempo a nuestros respetables Padres, han pedido unos días más. A duras penas el cardenal Fesch ha logrado esos días. El Sr. Emery ya se marchó, otros se disponen a hacerlo enseguida. La desolación se ha apoderado del seminario y todos los católicos de París están profundamente consternados. Es el golpe más duro que se puede dar a la religión. Los proyectos del gobierno están a la vista; se destruye a los sulpicianos porque son adictos, como cualquier católico debe serlo, de corazón y de alma a la Santa Sede, a la Santa Iglesia romana, madre y maestra de todas las Iglesias.

"Nuestro buen superior se despidió ayer de la comunidad reunida. ¿Quién puede expresar el dolor de la separación? Las lágrimas que brotaban de sus ojos reflejaban lo que pasaba en el fondo de su corazón, a pesar de la calma y la serenidad que reinaban en su rostro; y los sollozos de sus numerosos hijos (somos un centenar) impedían oír todas las palabras que cada uno de nosotros hubiera deseado gravar en su corazón con letras de fuego. Nunca jamás se borrará de mi memoria esa escena, la más emotiva que he visto en mi vida. Todos los corazones hubieran deseado responder a esa despedida, comparable a la que hizo san Pablo a los fieles de Efeso, pero nadie levantaba la voz. "Oh. Padre nuestro querido, exclamé con el acento de dolor que sentía, no deje a sus hijos sin darles su bendición". Al oír estas palabras aumentaron los sollozos y todos, espontáneamente, nos arrodillamos a sus pies. Conmovido él hasta el fondo de su corazón y llorando, dijo: "¿Lo queréis?", como si su humildad se lo impidiera. Extendió entonces sus manos hacia el crucifijo que está al fondo de la sala y, con los ojos fijos sobre nuestro Salvador que le daba toda su fuerza, pidió para nosotros la bendición que nos dió luego en su nombre. Me pareció que esa escena valía por toda una comida, ya que la posterior presencia de la comunidad en el refectorio fue una pura formalidad". (Carta de Eugenio a su madre, 19 de junio de 1810).

Después que marchó el Sr. Emery a Issy, los directores lograron un aplazamiento porque los vicarios de París pidieron que se les concediera "el tiempo absolutamente necesario para reemplazar a los sulpicianos por otros sacerdotes que reúnan el talento para enseñar y el gusto por la vida seria y metódica de un seminario, a los que podamos confiar prudente, útil y honrosamente el seminario de la capital, centro de jóvenes alumnos de talento de todas las diócesis". El ministro de culto accedió a esas buenas razones.

Se determinó que los directores y seminaristas no fueran de vacaciones a la casa de campo donde residía el superior general, sino que quedarán en el seminario de París.

Una estancia en la capital, durante los grandes calores, no se presentaba nada agradable. Por eso, como la mayoría de sus compañeros, Eugenio de Mazenod prefirió ir con su familia a la que no había visto desde hacía dos años. La familia no podía oponerse al retorno con los reparos de antes, ya que el subdiaconado y el diaconado lo ponían definitivamente al servicio de la Iglesia.

Pocos informes tenemos de las cortas semanas que pasó entre los suyos. Solamente sabemos que fue festejado por su madre, su hermana, su cuñado y hasta por Roze-Joannis; que recibió de parte de sus paisanos "todos los testimonios de amistad y de afecto"; que habló varias veces con quien el Sr. Duclaux llamaba "su tan piadoso arzobispo"; que sintió mucho la muerte de Mons Ciccé y que mantuvo contacto con su director que le daba noticias prudentemente consoladoras sobre la situación del seminario.

4.- La muerte del Sr. Emery.

Al volver a San Sulpicio para comenzar el curso en octubre de 1810, Eugenio de Mazenod tuvo la alegría de ver de nuevo allí a sus maestros, porque los vicarios generales de París no se daban ninguna prisa en poner sustitutos, y el gobierno hacía la vista gorda.

El Sr. Duclaux hacía de superior; sus compañeros Montaigne, Boyer y Garnier llevaban la dirección espiritual y los cursos. Sólo el Sr. Emery había dejado oficialmente la casa; pero, de hecho, al vivir en un piso cercano de la calle Vaugirard, pasaba los días en el seminario del que seguía siendo "el jefe y el alma". Eugenio siguió yendo a verle y trabajando con él, igual que antes; por eso vivió muy de cerca las últimas luchas del valiente anciano hasta el agotamiento de sus fuerzas.

El año escolar 1810-1811 fue muy dramático. Apenas terminado el retiro, se enteran el 14 de octubre, de que el emperador ha nombrado arzobispo de París al cardenal Maury. La promoción de una persona tan discutible a la primera sede de Francia agrava el problema provocado por la negativa del Papa a conceder las bulas a los elegidos por Napoleón. Los canónigos de Notre Dame, ante las intimidaciones de su majestad, acceden a delegar en el cardenal los poderes capitulares; pero Astros no pierde ocasión de recordarle que no es canónicamente arzobispo. Eso provoca en la recepción del 1 de enero, una escena violenta de Napoleón; más tarde una investigación descubre en su casa, en el fondo de un sombrero, una carta de Pio VII, enviada por caminos misteriosos, que condenaba formalmente la intrusión de su Eminencia. Encierran a Astros en Vincennes y reina el terror en el mundo eclesiástico. "Se dice que han arrestado al cardenal di Pietro, escribe Emery a Bausset el 12 de enero de 1811. Un prelado, di Gregorio y el P. Fontana están también detenidos. La Sra. Soyecourt, la carmelita, está en la Prefectura de la Policía".

En lugar de arreglar la crisis esas medidas violentas aumentan la tensión. Napoleón que está metido en un callejón sin salida, para quedar airoso, convoca un segundo comité eclesiástico que debe apuntar el medio de suplir el defecto de institución canónica. Como en 1809, agrega a los cardenales y obispos a un "tal Emery" "que por su exquisita conciencia podría ser preocupante, pero al que el emperador, a pesar de la independencia de la que ha dado tantas pruebas, esperaba ganar a la causa".

El Sr. Emery apareció en este segundo comité tan firme y resuelto como en el primero; sobre todo se declaró muy opuesto a la reunión de un concilio que proyectaba el emperador para oponer al Papa a los que él llamaba "mis obispos". Ese concilio se convirtió en la pesadilla del Sr. Emery porque no confiaba mucho en la energía de los prelados; por eso incrementó su actividad para iluminarlos y fortalecerlos; su oficina secreta multiplicaba la copia de cartas y documentos que les enviaba.

Testigo de estos excesos de trabajo que lo mataron, Eugenio escribirá luego a su madre el 2 de mayo de 1811 : "Acostumbrado a tener buena salud durante 79 años, abusaba de sus fuerzas, y desde las 4 de la mañana hasta las 8 de la noche, se entregaba de lleno a las ocupaciones más duras, sin querer darse el menor descanso ni la menor mitigación".

Y más aún que el ingente trabajo, agotaron al intrépido anciano la preocupación que le causaba la dramática situación.

El Sr. Emery gastará hasta el final sus fuerzas defendiendo la autoridad del Papa. El 17 de marzo de 1811 en la famosa reunión de las Tullerías hará frente al Emperador durante dos horas, con tal maestría y coraje que causó la admiración de todos, pero que lo dejó completamente extenuado.

En efecto un mes más tarde, el 16 de abril, caía enfermo. En carta al Sr. Faillon, del 29 de agosto de 1842, el Obispo de Marsella cuenta todas las incidencias con todo detalle. Murió el 28 de abril, segundo domingo de Pascua. Dice el Obispo : "Creo haber sido uno de los que convencieron al Sr. Duclaux para que mandara conservar su corazón". Después de unos funerales solemnes en la capilla del seminario, lo enterraron en la casa de campo de Issy.

5.- El concilio imperial de 1811.

El episcopado estaba amenazado de extinción en Francia, en Italia y en Alemania. El emperador quería corregir "un estado de cosas tan contrario al bien de la religión, a los principios de la iglesia galicana y a los intereses del Estado", por eso convocó el 25 de abril de 1811 a todos los obispos de Francia y de Italia. Su intención no era consultar a los preladados, sino imponerles su propia solución y apoyarse en ellos para lograr la capitulación de Pío VII.

Eugenio de Mazenod participó en este concilio como maestro de ceremonias, ya que su conocimiento y competencia en liturgia, su espíritu de organización, su dominio del italiano hacían de él el indicado para estas funciones que cumplió con otros seminaristas de San Sulpicio, bajo la alta dirección de 3 maestros de ceremonias oficiales, miembros de la Gran Capellanía.

De hecho, parece que Eugenio no intervino más que en la sesión inaugural, el 16 de junio, en Notre Dame, porque los obispos demostraron tal decisión que Napoleón, furioso, el 10 de julio decretaba la disolución de esa asamblea muy poco dócil y no hubo más sesión plenaria que la de apertura.

Al colocar a los preladados en el coro de la basílica, tuvo la alegría de encontrarse con su antiguo párroco de San Silvestre de Venecia, Mons. Milesi que era obispo de Vigevano. Escribe en sus "Memorias": "Ese buen obispo no cabía de gozo al encontrar a su hijo adoptivo, diácono, de 28 años y, sin reparar en el lugar ni en las circunstancias, se me echó al cuello y me abrazó cordialmente. Tan emocionado estaba yo como él y los demás se preguntaban qué pasaba. ¡Oh, si lo hubiesen comprendido, más de uno hubiera unido sus lágrimas a las nuestras!..."

Si el joven diácono compartía los temores del Sr. Emery, aquel día pudo tranquilizarse al oír el valiente discurso de Mons. de Boulogne y la profesión de fe pronunciada con voz fuerte por el cardenal Fesch y a continuación por todos los preladados : "Reconozco a la Santa Sede y a la Iglesia católica apostólica y romana como Madre y Maestra de todas las Iglesias. Prometo y juro verdadera obediencia al Sumo Pontífice de Roma, sucesor de san Pedro, príncipe de los Apóstoles y Vicario de Jesucristo". "Esta fórmula, repetida 95 veces, era una manifestación y la multitud que asistía quedó sobrecogida".

Las congregaciones particulares se hacían a puerta cerrada, en los salones del arzobispado. Pero, aunque fueran secretas, se sabía con mayor o menor exactitud la resistencia que encontraban los teólogos del emperador. Sobre los debates, Eugenio de Mazenod manejó documentos muy importantes. Tal vez

los copió él mismo en la oficina de correspondencia del seminario para difundirlos por medio de sus amigos de la Congregación de la A.A., y de los Caballeros de la Fe. Desgraciadamente la parte de sus "Memorias" referente a esa época de su vida desapareció por completo. Hubiese permitido transformar en certeza esas conjeturas verosímiles. Es de lamentar la pérdida de una fuente tan esencial para su biografía y hasta para la historia en general.

El celo desarrollado por Eugenio de Mazenod durante toda esa crisis preocupaba a la familia. Esta sin duda ignoraba hasta qué punto se exponía el joven diácono porque Eugenio guardaba escrupulosamente el silencio riguroso y secreto que encubría su actividad clandestina. Se conocían sus relaciones con las Eminencias. Roze-Joannis hubiese admitido que su sobrino luchara "conforme a la ciencia y a la verdad". Pero completamente "enjesuitado mantiene los antiguos principios corregidos y aumentados por la enseñanza sulpiciano, lo que le puede llevar muy lejos". Ahora bien, añade Roze, "vale más no saber nada que saberlo mal e ignorar los principios verdaderos".

Por no conocer esos principios verdaderos, Eugenio se entusiasma, sin reparo alguno, con la causa de Pio VII, la defiende con todas sus fuerzas.

Los augurios sombríos y pesimistas de su primo Roze-Joannis, que anunciaba la Venganza y la Justicia de Dios no le impresionan. Pero si impresionan a la Sra. de Mazenod. Le parece mal escogido el momento para recibir el sacerdocio, cuando amenaza la persecución; intenta, igual que para la tonsura y el subdiaconado lograr una demora.

El joven diácono se niega a aceptar esas razones. "Los motivos que te impulsan a desear un retraso, escribe, no se pueden tener en cuenta. Ya sabes lo que dice san Pablo de los cristianos y de sí mismo : que no han recibido un espíritu de temor, sino que al recibir el diaconado, el Espíritu Santo se nos ha dado "ad robur", es decir, para armarnos contra toda clase de temor y de debilidad. Es un licor fortalecedor que se derramó en ese momento en nuestras almas y, a no ser que nosotros nos opongamos con nuestros pecados, producirá su efecto, porque no en vano el Espíritu Santo bajó sobre nosotros". Y añadirá el 31 de mayo de 1811 : "¿Se puede creer de buena fe que cuando entré en el estado eclesiástico no había previsto lo que pasa?".

Sin embargo, Eugenio de Mazenod retrasará su ordenación sacerdotal. Pero no por miedo. Al contrario, escribe : "las circunstancias, lejos de acobardarme, me estimulan y, ciertamente me habrían determinado a cambiar de propósito y no diferir más la recepción del sacerdocio que me permitirá ser útil a la Iglesia, si no me hubiera convencido, por otra parte, de que sería mejor retrasarlo". Tampoco es el sentimiento de su indignidad lo que produce el retraso a pesar de la insistencia de los directores de San Sulpicio. "Para no ser sacerdote en la pasada Trinidad ¡cuánto no tuve que luchar!", le dice a su abuela el 24 de julio de 1811. "Por suerte para mí ha habido una razón ante la que se han estrellado todos los argumentos; por dignidad personal, no hubiera podido resistirme cuando la obediencia me mandaba avanzar".

Eugenio no podía decir por carta la verdadera razón que había convencido a sus maestros. No quería que lo ordenara el cardenal Maury, arzobispo intruso de París, condenado por el Papa. Todas las insistencias fracasaron ante su inquebrantable propósito.

Eugenio de Mazenod, simple diácono, comenzará en octubre de 1811 un cuarto año de seminario para completar sus estudios y su formación sacerdotal.

6.- La salida de los Sulpicianos.

A esos motivos no tardó en añadirse otro. Al tener una ocasión, el 14 de octubre, de enviar una carta por el P. Charles, Eugenio aprovecha esa seguridad para "hablar más claro y abiertamente" de la orden imperial notificada a sus maestros unos días antes: "Nuestros directores han sido expulsados definitivamente del seminario y obligados a retirarse a sus casas. Marcharán cargados de méritos ante Dios y llevándose todo nuestro dolor. El testimonio que les tributaremos eternamente será que nunca han dejado de ser para nosotros ejemplo y modelo de todas las virtudes cristianas y eclesiásticas. Marchan y eso me obliga a quedarme. No podría dejar el seminario sin muy graves inconvenientes. Mi ejemplo arrastraría a otros a hacer lo mismo y, en este momento, el gobierno tiene puestos ahí los ojos para ver qué se hace de nuestra casa y, en cierto modo, es, tal vez, lo que más observan. Mi salida sería un escándalo que no pasaría inadvertido.

"Por otra parte el bien de la casa y de la Iglesia exige que me quede. Así que me quedaré porque todo me obliga a quedarme : la gloria de Dios, el bien de la Iglesia, la edificación del prójimo y mi propia conveniencia.

"La naturaleza humana lo sentirá porque veo que esta decisión te va a causar alguna tristeza, mi querida mamá, y eso es lo único que me cuesta superar. Sólo me afecta tu pena, porque la bondad de Dios me concede la gracia de sentir personalmente muy poco los propios sacrificios. Pero ¿queremos ganar el cielo sin que nos cueste nada? ¡No! Pongamos, entonces, todas esas contradicciones a los pies de la cruz de nuestro buen Jesús. Ofrezcámosle varias veces cada día todo lo que hacemos para agradarle y sigamos en paz después de eso".

Eugenio de Mazenod no hacía más que aplicar por su cuenta la consigna dada por el Sr. Duclaux a los miembros de la A.A. : con su ejemplo, sus consejos, su insistencia, mantener en la casa a los alumnos afectados de cierto pánico. Como secretario de la asociación debe aparecer el más fiel de todos. Además, sus maestros cuentan de modo especial, con él. Ellos van dejando el seminario poco a poco y a medida que se van se nombra un reemplazante; Eugenio, aunque solamente diácono, es nombrado director y maestro de ceremonias. Siendo todos los nombrados de la A.A. se descubre que la finalidad de esos nombramientos es el de mantener el espíritu de San Sulpicio valiéndose de los que ofrecen confianza a sus maestros y que están preparados para ese cometido.

Igual que para la salida del Sr. Emery, Eugenio fue el encargado de dar el adiós a los directores, en nombre de la comunidad :

"Queridos maestros : Llévense, al menos la seguridad de que el recuerdo de sus buenas obras no se borrará de nuestros corazones. ¡Si pudiéramos enseñárselos por dentro!... Leerían el propósito firme y constante de cada uno de seguir santamente las normas que nos han trazado. Con la garantía de nuestra palabra, les aseguramos nuestro amor y agradecimiento que debemos por tantos títulos; les aseguramos que en adelante, como en el pasado, reinarán aquí la paz, la unión y la concordia; que todos nos esforzaremos para que no decaiga el fervor que su presencia mantenía entre nosotros; y que, si la debilidad humana trata de llevarnos a la pereza, nos animaremos mutuamente con todos los recuerdos que

nos dejan; que nuestra conducta, finalmente, demostrará ante todo el mundo que los directores de San Sulpicio no han inspirado nunca a sus alumnos otros sentimientos que los de la piedad más delicada, ni otros principios que los de la más completa sumisión a los poderes, ni otra doctrina, en una palabra, que la de la Iglesia".

Para Eugenio fue un gran honor el que se le juzgara digno de recoger la sucesión de sus maestros en circunstancias tan críticas. Eugenio vió ese nombramiento inesperado como manifestación de la voluntad divina. Acepta sin dudar la misión que se le confía y, por lo tanto, renuncia a sus proyectos para aceptar los designios de la Providencia. En lugar de retrasar su ordenación, el joven diácono se decidió a recibir cuanto antes el sacerdocio, porque lo exige su cargo de director. Para eso busca inmediatamente un obispo en total comunión de ideas con las suyas.

De este modo concluyó, antes de lo pensado, su formación sacerdotal y teológica. Y de este modo orientó su vida de un modo totalmente imprevisto : en lugar de dedicar a los pequeños y a los pobres las primicias de su ministerio, Eugenio de Mazenod mantendrá en San Sulpicio la gran tradición de su padre, el Sr Emery.

Capítulo X

ORDENACION SACERDOTAL Y PRIMEROS AÑOS DE APOSTOLADO

1.- El Sacerdocio.

Como seminarista incardinado a la diócesis de Aix, Eugenio de Mazenod, sin llamar la atención, hubiera podido recurrir para su ordenación, a un consagrante que no fuera el cardenal Maury. Como director del seminario, que dependía del arzobispo de París, para evitar un escándalo, tuvo que tomar algunas precauciones.

Su Eminencia no hubiera tolerado que el maestro de ceremonias se San Sulpicio excluyera, por las buenas, su ilegítimo ministerio y el emperador no hubiera consentido que se hiciera a su elegido semejante afrenta.

La habilidad y la amistad de Mons. Demandolx, obispo de Amiens, lograron salvar las apariencias, dando plena satisfacción al joven diácono, que por nada del mundo quería recibir el sacerdocio a través de un intruso.

El Sr. de Demandolx, provenzal estaba relacionado con los de Mazenod. Esas viejas relaciones explican el interés del prelado por su compatriota, al que vió frecuentemente durante el concilio nacional de 1811. Eugenio, por otra parte, se quedó más tranquilo cuando vió la actitud valiente de Demandolx que defendió enérgicamente en la asamblea los derechos del Papa en materia de investidura espiritual. ¿Confió Eugenio a ese prelado el motivo por el cual difería su ordenación? ¿Le expuso personalmente el deseo de que lo ordenara? ¿Encargó a sus amigos Sambucy, Janson y Szadurski, que viajaban a Amiens, que pidieran ese favor en su nombre?

El caso es que el 25 de noviembre de 1811 el Sr. Demandolx enviaba a Eugenio de Mazenod la siguiente invitación "evidentemente arreglada" entre ellos para encubrir, bajo un pretexto tan honesto, su propósito de evitar "la imposición de manos del arzobispo nombrado de París" :

"Seguro que no has olvidado, mi querido Eugenio que, en mi última estancia en París, tuviste la amabilidad de prometerme que vendrías a pasar conmigo unos días en Amiens. Sin embargo han terminado tus vacaciones y no te he visto, aunque en septiembre, si bien recuerdo, pudiste aprovechar el regreso del Sr. Sambucy que vino acompañado del Sr. Janson y de un joven seminarista polaco. Pues bien, ya sabes que no me doy por vencido y que tienes una buena ocasión para reparar la falta : ya que piensas ordenarte sacerdote en las próximas Navidades, podrías venir aquí para que yo te consagrara. Tal vez mi sugerencia te parezca indiscreta por hacerte viajar en pleno invierno, pero creo que me debes

ese favor, no sólo por los antiguos vínculos con tu familia, sino por la amistad que te ofrecí desde el momento en que tuve la dicha de conocerte. ¡No! No te imaginas la satisfacción que sentiría imponiéndote las manos y siendo el instrumento que Dios va a utilizar para darte el espíritu sacerdotal. Por eso te ruego que vengas, si te es posible y si tienes las dimisorias que te permitan acudir al obispo que quieras".

Esta fina diplomacia borraba todas las dificultades... Eugenio aceptó inmediatamente la invitación de Mons. de Demandolx y, para prepararse a la ordenación, fue a Issy, a comienzos de adviento para hacer con el Sr. Duclaux, un retiro que terminaría en el seminario de Amiens.

"Por fin, escribe encabezando sus apuntes de entonces, el Señor accede a mis deseos proporcionándome la ocasión de hacer un retiro como siempre había deseado. Todos los que he hecho hasta ahora no me han dejado satisfecho. Deseaba este momento que la misericordia de Dios me conceda, en este momento decisivo de mi vida, cuando me dispongo a recibir, en breve, el sublime y temible sacerdocio de Jesucristo.

"Dios quiera que aproveche esta gracia de predilección que recibo y que la aproveche para purificar mi alma y vaciar enteramente mi corazón de las criaturas, para que el Espíritu Santo no encuentre obstáculos a su acción divina y descansa en mí con toda su plenitud, llenándome de amor a Jesucristo mi Salvador, de tal modo que no viva, que no respire más que para El, que me consuma en su amor, sirviéndole y dando a conocer su bondad, y lo insensatos que son los hombres que buscan en otra parte el descanso que su corazón sólo podrá encontrar en El...

"¡Oh Salvador mío, oh Padre mío, oh Amor mío, haz que te ame! Dame tu amor".

De este retiro que "debe vaciarlo de las criaturas" para mejor introducirlo en la caridad divina, sólo tenemos la primera parte; apuntes muy extensos de una serie de meditaciones, siguiendo al P. Judde, sobre el pecado, el fin del hombre, etc. Toda la segunda parte se reduce a un breve resumen : "Después de esas meditaciones sobre la vida purgativa y los santos propósitos que la gracia me ha inspirado, me he dedicado a ver en Nuestro Señor Jesucristo, amable modelo al que debo y quiero conformarme con su gracia. Lo he considerado como mi Redentor, mi Jefe, mi Rey, mi Maestro, mi Modelo y mi Juez".

Por lo que escribe Eugenio de Mazenod al Sr. Duclaux la tarde de su ordenación, podemos adivinar las luces que sacó de esas meditaciones más contemplativas : "Desde los días que han precedido a la ordenación me parece que conozco mejor a Nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué sería si lo conociera tal cual es?".

La gracia del sacerdocio hará más entrañable y más expresiva todavía esa experiencia y esa intimidad con Cristo Sacerdote :

"¡Oh querido Padre mío, dice al Sr. Duclaux, sólo hay un amor en mi corazón. Le escribo en un momento en que rebose de gozo, por emplear una expresión que el Apóstol debió usar en un momento parecido al que estoy viviendo. Si el dolor de mis pecados, que me acompaña siempre, sigue todavía, es porque el amor le ha dado otro carácter. ¿Cómo es posible que te haya ofendido a Ti que, en estos momentos, apareces lleno de encantos? ¿Será verdad que un corazón que te ama tanto como el mío pueda entristecerte lo más mínimo? Dos ríos de lágrimas corren en paz y dulzura y mi alma está en un arrobamiento que no puede expresar, como tampoco las otras cosas que pasan

en mí... No sé lo que es, no sé cómo es, pero lo que veo claramente es que merezco el infierno si ofendo a Dios con propósito deliberado, aunque sea lo más venialmente posible.

"¡Soy sacerdote! ... ¡Hace falta serlo para saber lo que es! Sólo ese pensamiento provoca en mí arrebatos de amor y de agradecimiento, y si pienso en el pecador que soy, el amor aumenta.

"Iam non dicam vos servos, etc... Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis... Quid retribuam Domino etc...". Son otras tantas flechas de fuego que enardecen este corazón tan frío hasta hoy".

Eugenio llega hasta preguntarse cómo podrá "celebrar la santa misa" el día de Navidad, puesto que su ordenación "le ha puesto en ese estado". "Se darán cuenta de lo que el Señor está haciendo en el interior de mi alma, es lo único que me apena. He llegado hasta desear, y no me atrevo a decir que lo he pedido, no estar conmovido tan sensiblemente y durante tanto tiempo".

Con más brevedad, pero con la misma emoción, el joven sacerdote escribía a su madre el 21 de diciembre : "Querida y buena mamá : Se ha realizado el milagro : tu Eugenio es sacerdote de Jesucristo. Todo lo dice esa palabra que lo abarca todo. Con el más profundo anonadamiento, con la frente pegada al polvo, te anuncio esta maravilla tan grande, realizada en un pecador tan grande como yo. Querida mamá, no tengo fuerzas para decirte más. ¡Son tan preciosos los momentos en el estado en que me ha dejado la gracia de un sacramento tan grande!... Debo seguir en el más completo recogimiento para saborear la felicidad y el consuelo que Dios me hace gustar... ¿Qué te voy a decir? Las lágrimas brotan, o mejor dicho, corren; tendrían que ser inagotables porque tienen su fuente en el amor más puro y son expresión del agradecimiento más justo, sentimiento que llevaré a la venturosa eternidad".

Siguiendo la costumbre de la época, el sacerdote de Mazenod, después de su ordenación, pasó varios días en retiro para "prepararse a celebrar los divinos misterios la noche deliciosa en que nuestro adorado Salvador nació en un establo".

El día de Navidad celebró las tres misas en la capilla de las damas del Sagrado Corazón de Amiens, por las siguientes intenciones : "Primera misa de la noche da Navidad : por mí, para obtener el perdón de mis pecados, el amor de Dios por encima de todo y la caridad más plena con el prójimo; un gran dolor por haber ofendido a un Dios tan bueno y tan amable; la gracia de reparar mis faltas con una vida dedicada total y únicamente al servicio de Dios y a la salvación de las almas; el espíritu de Jesucristo, la perseverancia final y hasta el martirio, o por lo menos, la muerte sirviendo a los apestados, o cualquier clase de muerte por la gloria de Dios o la salvación de las almas...

Segunda misa : en sufragio del alma de mi queridísima abuela (la señora Joannis, fallecida unos meses antes). Tercera misa de Navidad : por mi padre, mi madre, mi hermana, mis dos tíos, mi sobrina, mi cuñado, mi primo y todos los demás parientes "in globo"; por todas las necesidades espirituales y temporales, pero sobre todo, por su conversión o perseverancia final".

Al Sr. de Demandolx le impresionó tanto el fervor del joven sacerdote que, para asegurar su carrera según la costumbre del Antiguo Régimen, le ofreció hacerle vicario general. "Me ayudarás, le dijo, a administrar esta diócesis extensa; tendrás libertad para crear obras, para dedicarte a la predicación... El peso de los años comienza a sentirse; tendrás en mí a un padre y a un amigo, y me cerrarás los ojos ... y Dios te hará mi sucesor en la sede episcopal de Amiens".

Muy conmovido por los sentimientos del prelado que le hacía una propuesta tan halagüeña, Eugenio se excusó, alegando su edad y su inexperiencia que no le permitían "pasar de los bancos del seminario al cargo y a la dignidad de un vicario general".

Invocó, además su compromiso con San Sulpicio. El obispo de Amiens creyó que no debía insistir. En realidad, el sacerdote de Mazenod quería ser fiel a su compromiso de no aceptar ninguna dignidad, para consagrarse únicamente al ministerio de los pequeños y de los pobres.

Sin embargo, antes de comenzar esa humilde vocación, debía entregarse a la misión que le habían encomendado sus maestros de la compañía, por sugerencia del Sr. Duclaux. El nuevo sacerdote orientó los últimos días de retiro al ideal de perfección que debería vivir para la formación y edificación de los clérigos jóvenes.

"Para ayudar a mantener en la casa el espíritu de piedad que habían procurado crear, con su cuidado nuestros Padres, procuraré renovarme, con la ayuda de Dios, en el espíritu sacerdotal, y comenzaré por convencerme de que el sacerdocio es un estado de perfección que exige de los que tienen la dicha de estar revestidos de él, una fidelidad escrupulosa a los menores impulsos del Espíritu Santo, un horror extremo al pecado, por pequeño que pudiera aparecer, una pureza de intención y de corazón, no buscando en todo más que a Dios, su gloria, la salvación de las almas y nuestro progreso en el camino de la perfección.

"No descuidaré ningún medio que nos sugieren los directores de la vida espiritual para lograr ese fin, único fin al que debo aspirar. Para ello haré el propósito más firme de cumplir todos mis deberes, ante todo de sacerdote, y después de director, ya que debo cumplir esa misión"

2.- Director en el seminario de San Sulpicio.

Eugenio de Mazenod asumió esas funciones el 1 de enero. Después de su ordenación, al haber dejado el seminario los últimos miembros de la Compañía, regresó de Amiens para completar el nuevo cuerpo profesoral, formado por sus amigos Tharin, Teyserre y Gosselin.

La situación era delicada para los nuevos jóvenes directores. La confianza depositada en ellos por el Sr. Duclaux los hacía sospechosos al cardenal Maury, que despectivamente los llamaba "los ayudantes sulpicianos", pero que también pretendía afirmar su autoridad en la casa y dirigir a su modo la formación de los alumnos.

Tuvo la ridícula idea de cambiar la segunda media hora de meditación por una clase de caligrafía. Corrieron libelos manuscritos ridiculizando la idea y denunciando la invalidez de sus poderes. Se hizo más odioso por pedir ayuda a la policía y proponer fueran enviados al seminario provocadores para descubrir a los alumnos que criticaban su autoridad.

Los agentes provocadores, mandados por el arzobispo de París no lograron descubrir a los jefes de la oposición, porque los miembros de la A.A. tomaron todas las precauciones para encubrir con un impenetrable secreto la acción, dirigida ocultamente por los directores.

En la asamblea del 15 de enero de 1812, Eugenio es reemplazado como secretario por el Sr. Janson, y se eligen dos nuevos miembros para llenar los vacíos producidos por la salida de los directores Tharin, Teyseyre y Mazenod.

El 22, hay una sesión extraordinaria, en la que se asigna a cada miembro un número de personas a las que debe vigilar.

El 31 de enero, recepción de los nuevos miembros, y se pide se extreme la prudencia. Se sienten vigilados.

Durante las vacaciones la asociación continuará su actividad, el 13 de agosto, el Sr. Janson repartió entre sus compañeros a los seminaristas de los que deberían encargarse secretamente durante su estancia en Issy.

En el acta del 4 de septiembre leemos : "La asamblea se ha reunido en el cuarto del Sr. de Mazenod quien, aunque sacerdote desde hace tiempo, ha querido estar con nosotros".

A ese proceder de vigilancia, que había tomado una forma muy discutible, Eugenio de Mazenod añadía su acción personal. Los alumnos que lo tomaron por director tuvieron el privilegio de recibir, con sus absoluciones, la gracia aún fresca de su sacerdocio y de recoger de sus conversaciones amistosas, sus impresiones más recientes. Se dedicó a su formación con su ardor atrayente, su firmeza y su abnegación.

Su ministerio se extendió del seminario mayor al menor, abierto recientemente por el cardenal. La casa tenía un centenar de alumnos "pertenecientes casi todos a familias muy modestas". Uno de ellos, el sacerdote Martin de Noirlieu, ha recordado a Mons. de Mazenod del que había sido primer penitente en el seminario menor : el agradecimiento y el afecto que guardarán hacia su padre sus hijos espirituales de entonces lo atestiguan las cartas conservadas por el obispo de Marsella.

De este modo colaboró para salvar a San Sulpicio. El año escolar, a pesar de las dificultades habidas, terminó satisfactoriamente.

Aunque su ministerio era fecundo, Eugenio de Mazenod pronto pensó en dejarlo. El 6 de mayo de 1812 anuncia su próximo regreso a Mons. Jauffret, arzobispo de Aix. Sin embargo terminó el año en San Sulpicio y pasó las vacaciones con sus alumnos en la casa de campo de Issy. Liberado de toda obligación, al comenzar el curso el 12 de octubre, el director dimisionario podía ya volver a Provenza. Hacia el 23 de octubre salió para Aix en un coche comprado de ocasión que le permitía celebrar cómodamente la misa todos los días durante el viaje, y que esperaba revender después o cederlo a su primo Dedons de Pierrefeu, casado recientemente con la Srta. Amelia de Demandolx. Gracias a esa salida se libró de una pesquisa de la policía en el seminario, los agentes no encontraron motivo alguno para perseguirlo.

Aunque estaba tranquilo, respecto al seminario, por las cartas que recibía de Lacombe y de Tharin, añoraba, sin embargo las funciones que ejercía en él a título provisional y que tuvieron que ser muy comprometidas a causa de la crisis política que se había agravado.

De este modo, los mismos acontecimientos lo afianzaban en el camino por el que, misteriosa y progresivamente, la Providencia había dirigido su sacerdocio y que él aceptaba generosamente al precio de cualquier renuncia.

3.- Un programa de vida apostólica y sacerdotal.

El sacerdote de Mazonod volvía a Aix con el firme propósito de dedicarse exclusivamente "al servicio de los pobres y de la infancia". Su espíritu apostólico, su voluntad de total desprendimiento lo llevaban a buscar los ministerios más humildes. El Sr. Duclaux había reconocido el carácter sobrenatural de esa inclinación. Así pues, no entraría en la administración episcopal ni en el cabildo metropolitano, como sus tíos. No ceñiría su acción al marco de una parroquia concordataria que le parecía demasiado estrecho e inadecuado para la conquista, pero conservaría su independencia para dedicarse a lo que llamaríamos hoy las obras.

Quedaba por saber si las autoridades de su diócesis, en la que había tantas parroquias vacantes, no intentarían utilizarlo para llenar huecos. De todas partes llegaban al obispado peticiones y reclamaciones, y la escasez, cada vez más grave, no permitía dejar a nadie sin cargo oficial.

Eugenio se atrajo a sus planteamientos a Mons. Jauffret. Idéntica comprensión halló en los vicarios generales Guigou y Beylot. Su deseo de trabajar con los más pobres en sí era totalmente loable. y ¿cómo no rendirse ante el parecer del Sr. Duclaux que lo aprobaba?

El antiguo director del seminario de San Sulpicio volvía a Provenza con un programa de vida personal tan concreto como su programa de apostolado.

El 22 de abril escribió a su madre : "Ya te anuncié anteriormente mis intenciones que no son más que el resultado de las obligaciones que me imponen los deberes de mi estado. Los sacerdotes de hoy no son como los de antes; somos sacerdotes sólo para la Iglesia y por consiguiente, todos nuestros instantes le pertenecen. Por eso, todo el tiempo que no se dedique a la oración, al estudio y al ejercicio del sagrado ministerio, se le roba a Aquel a cuyo servicio nos hemos consagrado totalmente, sabiendo bien todo el alcance de las obligaciones que nos imponíamos. Por eso no tienes que imaginarte que, cuando regrese, me dedique a hacer o a recibir visitas o a cumplir lo que el mundo llama cortesías, etc,etc... De eso nada en absoluto; todo mi plan de vida está previsto con antelación y nada me hará cambiar, porque hago los propósitos después de madura reflexión ante Dios, después de haber experimentado su bondad. Así que, lo dicho.

"Me pueden llamar inculto y hasta grosero, si quieren; me da igual, con tal de ser un buen sacerdote. Los ejemplos de otros que me pueden sacar a cuento no me apartarán de mi resolución; me afirmarán más. Mi conciencia y Dios, esos son mis jueces y la norma de mi conducta".

Su primera idea fue vivir en El Enclos. casa de campo de los Joannis; allí correría con el cuidado de la casa un Hermano trapense, perteneciente, sin duda al monasterio del abad de Lestrange, disuelto por Napoleon, por su fidelidad a Roma. Pero, fuera por reducir gastos o fuera por complacer a su madre, se resignó a quedar en la calle Papassaudi con el Hermano Mauro.

La señora de Mazenod debe aceptar que su hijo, "obligado a tender a la perfección", lleve en su casa una vida totalmente ajustada a su ideal. Para que todos sus días estén "lentos ante el Señor", durante un retiro en el seminario mayor de Aix se traza el reglamento siguiente : levantarse hacia las 4,30. De 5 a 6 una hora de meditación, comenzando por la oración vocal sacada de las obras del Sr. Olier, y una breve lectura de la Sagrada Escritura. A las 6 misa y acción de gracias; a continuación rezo de prima, del Martirologio, media hora de lectura de la Sagrada Escritura hasta el desayuno y estudio. Antes del desayuno, tercia; después del desayuno sexta y estudio de teología. A las 2 nona; a las 4,30 p.m. vísperas y examen particular; a las 5 comida; a las 7 completas y visita al Santísimo. Hasta las 9, lectura amena e instructiva, seguida de maitines y laudes. A las 9, media hora de lectura espiritual en familia y oración de la noche. A las 10 acostarse. Puede verse hasta qué punto, excepto algunas horas de recreo y de descanso necesario, todos sus momentos pertenecían al Señor.

El Sr. Duclaux aprobó, sin modificaciones, este programa tan lleno y tan austero : "Me encanta lo que me dices de tu modo de vivir, escribe a su querido y más que querido amigo; no cambies ni una coma, si no es por necesidad. Así deben hacer todos los sacerdotes que desean merecer la confianza de los pueblos. Que no nos vean más que en nuestras funciones y que se convenzan de que, para nosotros el estudio y la oración llenan todo nuestro tiempo y entonces todos los sacerdotes tendrán la consideración debida a su carácter. Da gracias a Dios por el buen efecto que produce tu modo de vivir; te atraerá muchas gracias y te dará una gran autoridad para hablar y para enseñar. Si el demonio quisiera aprovechar para inspirarte pensamientos de amor propio, desprecia esas sugerencias y humíllate tú mismo, en la misma medida en que vaya viendo que hablan mejor de ti".

4.- La santificación del clero y la evangelización de los pobres.

El Sr. Duclaux estaba también encantado de la influencia que ejercía en el clero local su hijo espiritual.

En el seminario de Aix, a principios de 1813, el joven sacerdote creó una A.A.. El mismo, en una carta a su amigo Forbin-Janson, cuenta las dificultades iniciales y los buenos resultados de la obra debida a su celo : "Te envío, le escribe, el reglamento que ha dado tan buenos resultados en nuestro seminario. Verás que está calcado en el nuestro. Lo he metido todo. Me pareció útil añadir algo más y la experiencia me ha dado la razón.. No hay nada más consolador que la marcha de esta casa desde su benéfica fundación. Era opinión de todos que había caído en un relajamiento alarmante. No contra las buenas costumbres, pero la piedad y sobre todo el espíritu de piedad, al parecer, habían sido desterrados de la casa con aquellos que habían querido infundirlos. Desde que se creó la asociación, todo ha cambiado. Al principio se burlaban de los convertidos. Repito que no había nada contra las costumbres; todo el mal consistía en una disipación extrema, un olvido absoluto de todas las reglas, ningún espíritu de piedad. No pudo pasar inadvertida esa puntualidad, ese recogimiento, esa exactitud en las cosas más pequeñas, ese renovado fervor, esa mayor frecuencia de sacramentos, etc... A los que buscaban esa perfección se los llamaba "los místicos", pensando que durarían poco. Pero pronto arrastrados por su perseverancia, por sus buenos ejemplos y, sin duda, por sus oraciones, se han acercado a ellos para ver quién los imitaba mejor. Valía la pena recorrer cien leguas para asistir a los recreos de esos queridos hijos que parecían ángeles.

"No se habla más que de Dios, se cantan cánticos en grupos de 25 o de 30. Los días de paseo son una especie de retiro; aprovechan la libertad que se les da para reunirse por grupos, para hacer lecturas piadosas, rezar el oficio de la Santísima Virgen, que no es obligatorio; en una palabra, dedican casi todo el día a la piedad. Lloro de alegría.

"Habría que ver cómo se desarrollan las reuniones, la humildad y la caridad con que se acusan y se reprenden, el celo que tienen para corregirse y ayudarse a ser mejores, los sentimientos de agradecimiento que tienen todos al Señor por haberles procurado un medio de salvación tan eficaz. Te diré, en fin, que nunca salgo de esas reuniones sin haberme contagiado yo mismo del deseo de perfeccionarme, viendo el ejemplo de estos ángeles que me tienen embelesado".

Eugenio de Mazenod no se contenta con renovar el fervor y la regularidad en el seminario de Aix que andaba algo a la deriva desde la expulsión de los sulpicianos. Tan preocupado de la santificación del clero local como de la formación de los clérigos se une "a unos cuantos sacerdotes para tener juntos conferencias y conversaciones sobre los deberes del sacerdocio". El Sr. Duclaux le felicita con calor : "Toma la vida de san Vicente de Paúl, le dice, lee el artículo de las conferencias de san Lázaro que se reunían los martes; la primera fue sobre el espíritu eclesiástico. Prestarás a la villa de Aix el mejor servicio si logras establecer esas conferencias".

Al prudente sulpiciano le alegraban más esas iniciativas porque su querido discípulo seguía fielmente los consejos recibidos anteriormente : "Sólo quiero recordarte lo que te vengo diciendo tantas veces, porque tu ejemplo causará un fuerte impacto sobre todos los sacerdotes y fieles piadosos de tu diócesis. Date a conocer no como un reformador, sino como un sacerdote muy fiel y muy celoso de todas las normas de la disciplina eclesiástica. No mires ni a derecha ni a izquierda, sino que se vea a Dios y a su religión en todos tus actos. Es increíble el arrastre que tiene una conducta santa cuando va acompañada de los encantos de la virtud, la confianza y la estima. Mantiene a los fuertes, levanta a los débiles, condena a los malos y alegra a los que tienen temor y amor de Dios".

Después de unos meses de recogimiento y de trabajo, Eugenio de Mazenod empezó sus predicaciones en Aix.

Se supone la curiosidad de la gente de su mundo que esperaba su primer sermón. Todos se imaginaban que el noble hijo del Presidente del Tribunal de Cuentas de Provenza haría su presentación en uno de los púlpitos más distinguidos de la ciudad y que emplearía un género de elocuencia a tono con la calidad del auditorio.

Al saber que el joven sacerdote durante la cuaresma y cada domingo, a las seis de la mañana, en la iglesia de la Magdalena, iba a dar charlas familiares en lengua provenzal para los obreros, los criados y los pobres, la alta sociedad no ocultó su sorpresa, su desilusión y hasta su indignación. Catequizar a las clases inferiores y catequizarlas en dialecto, ¿no era una degradación auténtica para un sacerdote noble? El no lo juzgaba tal. A su regreso a Francia, "como simple laico, había quedado muy impresionado ante el estado de abandono en el que se hallaban las pobres gentes del pueblo". La mayoría no frecuentaban la iglesia y los que asistían a los oficios sacaban poco de los sermones clásicos, mal adaptados a su nivel intelectual, a su mentalidad y a su modo de vida. De ahí, la profunda ignorancia religiosa que favorecía la descristianización. Tal situación exigía un remedio; más que nunca el "evangelizare pauperibus" se imponía.

Sin preocuparse de elocuencia ni de éxitos mundanos, Eugenio de Mazenod va a dedicarse a esos desheredados y se dirigirá a ellos en su lengua, de un modo directo, para revelarles el mensaje de su Maestro Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando subió al púlpito, el primer domingo de cuaresma, a las seis, la iglesia de la Magdalena estaba llena.. No tenemos el texto de su primera intervención, porque Eugenio de Mazenod que, como buen meridional, confiaba en la improvisación, se limitaba a escribir sobre un papel algunas notas y dejaba a la inspiración el desarrollo de los temas, brevemente esbozados y largamente meditados. Sin embargo el esquema que nos queda es suficiente para caracterizar el género que adopta desde el principio de su carrera oratoria.

Vale la pena citar el exordio : "Durante este santo tiempo habrá muchas conferencias para los ricos y para aquellos que han recibido educación, etc... ¿Y no habrá nada para los pobres y los ignorantes? La caridad del pastor de esta parroquia ha estado en todo... ¡Qué crimen si no se aprovechara!..."

"Tenemos que enseñar el Evangelio a todos los hombres y tenemos que enseñarlo de modo que lo comprendan. Los pobres parcela preciosa de la familia cristiana, no pueden quedar abandonados en su ignorancia. Nuestro divino Salvador los estimaba tanto que se encargaba él mismo de instruirlos; y dió, como prueba de que su misión era divina, que los pobres recibían enseñanza : "Pauperes evangelizantur"..."

"Nos ponemos al alcance del ignorante más sencillo. Como un padre de familia reuniremos a nuestros hijos para descubrirles un tesoro, etc... Los de nuestros días tal vez se rían del interés que tenemos por vuestra salvación, por sacar vuestra alma del naufragio..."

Después de haber expuesto su objetivo y su método, el predicador arrancaba con su tema : probar a su humilde auditorio la gradeza sobrenatural de su condición, oponiendo a las sentencias del mundo que la desconoce, la doctrina del catolicismo que la enaltece. Nada más adaptado a la situación, a las preocupaciones de los que le escuchan; nada más propio para atraerlos a Cristo, el único capaz de darles lo que les niegan los poderosos de aquí abajo :

"Obreros, exclamó, ¿quiénes sois vosotros según el mundo? Una clase de gente dedicada a pasar su vida en el ejercicio penoso de un trabajo oscuro que os coloca en situación de dependencia y os somete a los caprichos de todos aquellos para los que trabajáis.

"Criados, ¿qué sois para el mundo? Una clase de gente esclava de quienes os pagan, expuestos al desprecio, a la injusticia, incluso con frecuencia a los malos tratos de amos exigentes, brutales a veces, que creen comprar el derecho a ser injustos con vosotros por el mísero salario que os dan.

"Y vosotros, labradores : ¿qué sois para el mundo? Por muy útiles que sean vuestros trabajos, os tasan sólo por la fuerza de vuestros brazos; y si tienen en cuenta vuestros sudores, bien a pesar suyo, es sólo porque riegan la tierra y la hacen fecunda.

"¿Qué será de vosotros pobres mendigos, obligados por la injusticia de los hombres o por el rigor de la fortuna a solicitar vuestra mezquina subsistencia, a mendigar, molestando, el pan que necesitáis para mantener vuestra existencia? El mundo os mira como el desecho de la sociedad, insoportable para sus ojos que vuelve a otra parte para no tener que apiadarse de vuestra situación que no quiere aliviar.

"Ahí tenéis lo que piensa el mundo. ¡Ahí tenéis lo que sois a sus ojos! Y sin embargo, a él le habéis escogido como amo. Y ante él estáis rindiendo homenaje hasta hoy. ¿Qué podéis esperar? El insulto y el desprecio".

Para oponer a ese desprecio del mundo las enseñanzas de la Iglesia, el predicador dirigía a sus oyentes esta conmovedora invitación : "Venid ahora a aprender de nosotros lo que sois a los ojos de la fe. Pobres de Jesucristo, afligidos, desgraciados, enfermos, cubiertos de llagas, etc..., vosotros todos, agobiados por la miseria, hermanos míos, mis queridos hermanos, mis respetables hermanos, escuchadme.

"Sois los hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los coherederos de su reino eterno, la parcela escogida de su herencia. Como dice san Padro, sois la nación santa, sois reyes, sois sacerdotes, sois, en cierta manera, dioses : "Dii estis et filii Excelsi omnes".

En el fondo era recoger el famoso sermón de Bossuet sobre "La eminente dignidad de los Pobres en la Iglesia de Dios". No se trata, por lo tanto, de corregir ahora la mentalidad de los ricos aristócratas, falseada por las máximas del mundo; al contrario, se trata de recristianizar a esa gente humilde para infundir confianza, esperanza y fuerza en Jesucristo. Para este auditorio, tan diferente de su medio social, el noble predicador había sabido emplear, desde el primer momento, el lenguaje apropiado. Su celo eminentemente sacerdotal, su inteligencia concreta e inclinada, sobre todo, a lo práctico, su ardiente caridad, daban a su palabra un movimiento, un calor, un mordiente que le valieron un éxito muy grande.

La concurrencia fue tal que, el cuarto domingo, el sacerdote de Mazonod se creyó obligado a dar las gracias a sus respetables hermanos, los pobres, que habían acudido en masa a escucharle :

"...Pusimos toda nuestra confianza en el Señor, y nuestra esperanza no ha quedado defraudada, ya que la experiencia nos demuestra que la palabra sagrada que os ha llegado a través de nuestro ministerio ha sido acogida con avidez. ¡Bendito sea Dios, hermanos míos!; la alegría que siento es tan grande que no puedo menos de manifestároslo... Llamado por mi vocación a ser el servidor y el sacerdote de los pobres, a cuyo servicio desearía poder dedicar mi vida entera, no puedo quedar impasible, viendo el interés de los pobres por oír mi voz".

Los felices resultados de esa cuaresma popular y matinal, acabaron con la prevenciones malévolas, y los espíritus refinados de los salones de Aix tuvieron que desistir de sus críticas. El mismo Roze-Joannis, de acuerdo, por una vez, con su "sobrino" en materia religiosa, no pudo callar la satisfacción que sentía, "al enterarse de los efecto admirables de celo que produce el Espíritu de Dios que te anima".

Al bendecir su primer ministerio, Dios premiaba la generosidad de su despojo y lo confirmaba en su vocación apostólica.

Hasta la causa provenzal triunfaba. Esa hermana mayor de la lengua italiana, calificada desdeñosamente por la nobleza de dialecto ("patois"), y a la que los revolucionarios quisieron suprimir, como contraria a la unidad nacional, quedaba rehabilitada por el magnífico uso que sabía hacer de ella. Más tarde, los poetas provenzales, agradecidos, rendirán el homenaje merecido al sacerdote

hidalgo que plantó cara a todos los prejuicios para reintegrarla al púlpito, y utilizar, en servicio de Cristo, la dulzura sonora de sus cálidas armonías.

5.- La obra de la juventud cristiana y de las cárceles.

No sólo el pueblo padecía una grave ignorancia religiosa; la juventud crecía también sin educación cristiana en las escuelas y en los colegios sometidos al monopolio universitario. Y era evidente que la preservación y la formación de esa juventud era capital para el futuro del país. Animado por el éxito de su cuaresma, Eugenio de Mazenod se decidió a crear en Aix una congregación que asegurara la perseverancia de los jóvenes, iluminando su fe.

Semejante iniciativa tenía sus peligros. Napoleón, hostil por principio a toda asociación, prohibía lo que llamaba "coaliciones" de trabajadores bajo las penas más severas y, además prohibió en 1809, cualquier forma de agrupación religiosa, sospechosa para él de apoyar la resistencia romana.

Al intentar contravenir los decretos imperiales, el predicador de la Magdalena corría un riesgo enorme, porque la policía lo tenía fichado políticamente.

"La empresa es difícil, confiesa, no lo ignoro. Y no está exenta de peligros, ya que me propongo, nada menos que oponerme cuanto pueda a los aviesos intentos de un Gobierno receloso que persigue y destruye todo cuanto no se le somete. Pero nada temo, porque pongo mi confianza en Dios y sólo busco su gloria y la salvación de las almas que ha rescatado por su Hijo Nuestro Señor Jesucristo a quien pertenece todo honor y gloria y poder por los siglos de los siglos".

Eugenio de Mazenod no quiere quedarse pasivo ante los peligros que corrían los jóvenes alumnos de los centros escolares imperiales, en los que se fomenta la impiedad, se toleran las malas costumbres y el materialismo.

Frente a esos males. Eugenio de Mazenod se levanta :

"Aunque sea perseguido, aunque fracase en la santa empresa de poner un dique a ese torrente de iniquidad, por lo menos, no tendré remordimientos de no haberlo intentado. Pero ¿qué medios se podrán utilizar para triunfar en esa empresa tan grande? Los mismos exactamente que emplea la persona del seductor. Cree que no se puede llegar a corromper a Francia sin corromper la juventud; hacia ella encamina todos sus esfuerzos. ¡De acuerdo! Yo también orientaré mi trabajo hacia la juventud e intentaré preservarla de las amenazas que la rodean y que, en parte, ya siente, inspirando cuanto antes el amor a la virtud, el respeto a la religión, el gusto por la piedad y el horror al vicio".

Para ello Eugenio de Mazenod funda en Aix una congregación. Por prudencia, la obra no lleva ese nombre proscrito; se llama simplemente "Santa Asociación de la Juventud cristiana". Además, no la inscriben con ese nombre oficial, y su actividad se camufla con la apariencia de un simple patronato. En la primera reunión, que agrupa a los siete primeros miembros, alumnos todos de colegio, se ponen de acuerdo, "dadas las circunstancias del momento para reducir las prácticas religiosas que tratarán de simular con apariencias de juego". Se tienen las primeras reuniones en el Pabellón del Niño; más tarde se reunirán durante las vacaciones en los patios del Seminario Mayor, hasta que las señoritas Mille ofrecen, para los juegos, el patio jardín de su casa, a las puertas de la ciudad, e incluso la misma casa para cuando el tiempo sea malo.

Gracias a esas precauciones diplomáticas, la Santa Asociación de la juventud cristiana no llamó la atención de la policía imperial y pudo seguir sus proyectos hasta la caída de Napoleón. En realidad se trataba de una asociación enteramente religiosa que tenía la finalidad de formar "un grupo de jóvenes muy piadosos". Aunque el grupo no podía adoptar la organización y las reglas de la congregación, sin embargo se inspiraba en su espíritu; lo prueba el primer reglamento que redactó Eugenio de Mazenod esperando los días mejores que permitieran modelar la obra conforme a la del P. Delpuits.

Al comienzo, el número de miembros sólo llegaba a veinte porque tuvo que eliminar a algunos por haberse metido en el rebaño algunas ovejas sarnosas. El efectivo total no llegó a los 100 hasta la Restauración. Cada reunión consta de una plática, el rezo de un misterio del rosario y, por las tardes Eugenio de Mazenod les dedica todo su tiempo; los jóvenes lo rodean con un ardor muy meridional. "En cuanto aparece, reza un documento de la época, todos corren junto a él; uno lo agarra del cuello, otro de la cintura; éste le besa la mano, aquel la sotana; por su parte, él los acaricia, los quiere como un padre a sus hijos...; el hijo del zapatero es recibido en su casa tan cordial y fraternalmente como el hijo de un consejero del tribunal".

No tardó en sumarse al anterior un nuevo apostolado : el de los prisioneros. Como antiguo administrador de la Obra de las cárceles de Aix, el sacerdote de Mazenod se hace capellán voluntario de las prisiones de Aix y de los prisioneros que no tienen ayuda religiosa. Los visita casi a diario, se esfuerza por instruirlos, animarlos y convertirlos. Aunque el resultado no siempre correspondió al esfuerzo de su celo, por lo menos tuvo la alegría de atraer a Dios a una mujer desgraciada, condenada a la pena capital y llamada "la Germana".

6.- El regreso del Papa y de los cardenales.

Mientras Eugenio de Mazenod se entregaba al ministerio de la juventud y de los presos, la estrella de Napoleón declinaba abiertamente. Al volver de Moscú había intentado enderezar la situación interior concertando con Pío VII un nuevo Concordato que atraería a los católicos a su causa, al mismo tiempo que apoyaba todas sus pretensiones imperiales.

Se rumoreaba que el Papa se establecería en Avignon. Nada de todo eso. El Papa no había firmado un nuevo Concordato, sino un proyecto, que con mala fe daba como definitivo el gobierno.

Ante el avance de los Aliados no logró Napoleón restablecer su situación militar, y le obligó a llevar hacia el Mediodía a Pío VII y a los cardenales romanos. El 7 de febrero llegaba el Papa a las cercanías de Aix, órdenes severas mandaban que no se cruzara la ciudad, por temor a las aclamaciones. Pero la gente de Aix salió a las afueras para ver al Papa, uno de los primeros Eugenio de Mazenod, que agarrado a la puerta del coche lo acompañó un buen trecho. El entusiasmo era indescriptible; "en todas partes se le ha tratado como a un santo", escribía Eugenio a Forbin-Janson.

Al día siguiente de pasar el Sumo Pontífice por Aix, llegó el cardenal Dugnani camino de Brignoles. Eugenio de Mazenod, lo recibió, lo presentó a su madre y se puso a su entera disposición para darle lo que necesitaba. El Purpurado le agradeció desde Brignoles su ofrecimiento: "Reciba mi agradecimiento y tenga la seguridad de que aprovecharé su ofrecimiento tan servicial, cada vez que lo necesite. Ahora no me falta nada... Se habrá enterado de lo que se hizo en Niza por Su Santidad durante todo el día que pasó allí; los detalles son muy consoladores... Contento de haber conocido a su señora madre, déle muchas saludos de mi parte, y reciba mi mayor aprecio y afecto, etc..."

No fue el único Príncipe de la Iglesia y refugiado en el Mediodía al que ofreció ayuda la abnegación de Eugenio. El 17 de abril de 1813, el cardenal Luis Ruffo le escribe desde Grasse, donde tenía su residencia : "Las primeras líneas de su carta que me anuncian que ha sufrido una grave enfermedad, me han entristecido mucho, porque desde que le conocí y hablé con usted, le profesé la estima y afecto que se merecen sus bellas cualidades... Ya que su convalecencia va progresando, doy gracias a Dios que le ha devuelto la salud. Tal vez faltaran algunas perlas en su corona."

El cardenal agradece luego a su corresponsal las disposiciones generosas que le ha manifestado y añade : "Espero recuperar cualquier día de estos la libertad plena para seguir mi viaje. La Providencia me ayudará entonces, como me ayudó en el pasado. Le ruego no se despoje demasiado, ni se quede en la pobreza por causa mía".

El cardenal Mattei, refugiado en Alés, no pasó por Aix hasta mediados de mayo. Aunque toda su correspondencia con Eugenio se ha perdido desgraciadamente, sabemos, por lo menos, que estaba muy agradecido al joven sacerdote por su incansable y valiente abnegación. El Sr. Duclaux escribía a su dirigido el 23 de febrero de 1813 : "He tenido el honor y la dicha de ver varias veces al cardenal Mattei; me ha preguntado mucho por tí y me ha encargado repetidas veces que te envíe saludos".

7.- El capellán voluntario de los presos austriacos.

La invasión no sólo obligó a Napoleón a trasladar a Provenza al Papa y al Sacro Colegio, para quitar a los aliados el honor de liberarlos. Le obligaba también a concentrar en el Mediodía a los prisioneros de guerra austriacos. Aix recibió unos dos mil.

El tifus hizo su aparición en el cuartel en el que estaban amontonados y la muerte va cobrándose muchas víctimas. Varios médicos y el capellán sucumben ante la enfermedad contraída en su cabecera. Nada más saberlo, Eugenio de Mazenod se ofrece a la administración para ocupar el sitio del compañero, y con un desprecio total del peligro, atiende cuidadosamente a los infelices heridos por el contagio : los consuela, los prepara para comparecer ante Dios y les administra los últimos sacramentos.

Pero pronto cae enfermo él mismo. En lugar de suspender inmediatamente su actividad, para detener lo que se llamó, desde el principio, "el mal de las cárceles", el intrépido apóstol rehúsa los cuidados. Consumido por la fiebre, sacudido por los escalofríos, sigue asistiendo a los austriacos. El 6 de marzo preside un consejo de la Asociación de la Juventud. El 10 no pudiendo ya más tiene que acostarse. A pesar de su fuerte constitución y a pesar del tratamiento enérgico de los doctores, su estado se agrava tanto que el 14, pide el viático y la unción de enfermos.

La consternación cunde entre sus queridos hijos de la Asociación de la Juventud que quieren testimoniarle su afecto filial. Escribe su director el 6 de marzo de 1814 en el Diario de Deliberaciones : "En el momento en que logré me llevaran los sacramentos... lo supieron en el colegio. Inmediatamente todos los congregantes pidieron espontáneamente dejar las clases y se fueron rápidamente a la iglesia de San Juan, desde donde iban a llevarme el santo Viático. Se les entregaron velas; el rector y el vice-rector llevaban los faroles y, a la salida del cortejo, se colocaron de dos en dos, justo antes de los sacerdotes. Toda la ciudad me ha repetido que se leía en sus caras lo que pasaba en sus corazones en aquel momento en que temían perder al mejor y más querido de sus amigos.

"Atribuyo a su recogimiento y al espectáculo estremecedor que daban de piedad para con Dios y de afecto hacía mí y al interés de mis conciudadanos, la extraordinaria concurrencia que asistió a la administración del sacramento.

"El estado en que me vieron y la dificultad que tuve para decir unas palabras antes de recibir el cuerpo de Cristo, les causó gran dolor. Y aún les impresionó más mi situación, porque, en las pocas palabras que pude decir, me interesé por ellos. Pero su alarma llegó al colmo cuando supieron que había perdido el conocimiento, dos o tres horas después de recibir los sacramentos. Entonces fue cuando demostraron esos sentimientos de fe y de confianza que, pido a Dios les conserve siempre. No se contentaron con ir varias veces al día a mi puerta para recibir noticias que, cada vez, eran más alarmantes; comprendieron que había que pedir a Dios lo que los hombres no esparaban ya lograr con su arte. Se dirigieron al Supremo Moderador de todas las cosas y, apoyándose en la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María, del insigne San José y de otros santos a los que tenían mayor devoción, comenzaron esas oraciones que, unidas a las otras que tuvieron la caridad de hacer por mí, me arrancaron de los brazos de la muerte que ya me tenía entre sus presas.

"¿Cómo no iba a conmoverse la bondad de Dios ante el fervor, la confianza, la perseverancia con que esos jóvenes rogaban al Señor que les devolviera a su padre? Todos los que estaban presentes lloraban y no podían menos de unirse a ellos en ese ejercicio de caridad y de piedad verdaderamente filial.

"Y ¿cómo no destacar una circunstancia que aumenta el mérito de su obra? Estábamos en el mes de marzo, en la época en que el rigor del frío se hace sentir más. ¡Queridos hijos! ¡Cómo me gustaría que pudiéseris leer en mi corazón, mientras escribo estas líneas! ¡Qué delicia! Para que la obra de misericordia que deseaban hacer por mí, no perjudicara en nada a sus estudios, madrugaban e iban al amanecer, a pesar del frío, a la iglesia en la que asistían diariamente al sacrificio ofrecido por sus intenciones, a cargo de sus ahorrillos destinados a sus pequeños vicios. Por la tarde, al salir de clase, se reunían de nuevo en la iglesia de la Magdalena para hacer, en común,, novenas que, de alguna manera se hicieron públicas.

"Por fin, al haberme curado el Señor por los ruegos de esta querida juventud, fui inmediatamente en persona a dar gracias a Dios al pie de esos mismos altares donde se había orado por mí con tanto fervor.

"El 3 de mayo, día de la Invención de la Santa Cruz, convoqué a todos los congregantes en la iglesia de la Magdalena para asistir a una misa que decía por ellos en el altar de la Cruz. (Decía la santa misa en casa desde el 10 de abril).

Antes de comenzar el sacrificio, les dirigí algunas palabras que dictó mi corazón y que comprendió el suyo; así nos preparamos a cumplir lo más santamente que pudimos, durante los santos misterios, los deberes de amor y de

agradecimiento para con Dios, Padre de misericordia que nunca se queda sordo ante la oración de los que ponen en El su confianza : "non est oblitus clamorem pauperum".

¡Coincidencia! El mismo día en que, en Aix, la Asociación de la Juventud Cristiana festejaba la recuperación de su fundador, el rey Luis XVIII, elevado al trono de sus antepasados, hacía su entrada solemne en su querida ciudad de París.

La Restauración no sólo colmaba los deseos de Eugenio de Mazenod, siempre fiel a su rey y cada vez más hostil a Napoleón, perseguidor del Papa y de la Iglesia. Era también en su vida, el fin de una etapa de preparación.

Por caminos nuevos y muy diversos y, aparentemente, poco directos, Dios lo había conducido al lugar donde le estaba esperando. No nos es posible comprender ni juzgar rectamente al hombre y a su obra, si no se tienen en cuenta , y muy cuidadosamente, lo que debe a su Provenza ardiente y generosa; a la ciudad de Aix, tan característica hasta en su arquitectura; a la combativa gravedad parlamentaria; al drama de la Revolución que vivió de niño; a las pruebas de su destierro, en tierras de Italia; a su vuelta a una Francia transformada; a su crisis religiosa personal; a la crisis religiosa de su tiempo que, bajo la dirección del Sr. Emery, lo incorporó a las luchas de la iglesia galicana por la libertad de Pio VII y los derechos de la Iglesia romana.

Desde su cuna pertenecía a la historia, feliz y temible privilegio que le supuso, - así es la ley -, fecundas experiencias adquiridas a costa de desgarramientos y dolores. Inmerso, por este hecho, en el drama de su tiempo, se encontraba, como todos sus contemporáneos, a caballo sobre dos épocas que se disputaban su inteligencia, su espíritu y su corazón.

Necesitará tiempo, muchos esfuerzos, algunos pasos en falso para que, a fuerza de un sentido eminentemente sacerdotal, se eleve por encima de los cuerpos y los espíritus y, por eso mismo, se supere a sí mismo en la "grandeza de la sabiduría, que es vana si no viene de Dios" (Pascal).

INDICE

CAPÍTULO I.- EL MEDIO PROVENZAL Y FAMILIAR	1
CAPÍTULO II.- LA PRE-REVOLUCION EN PROVENZA	4
CAPÍTULO III.- LA EMIGRACION	8
CAPÍTULO IV.- LA EMIGRACION A VENECIA	14
CAPÍTULO V.- LA EMIGRACION A NAPOLES	22
CAPÍTULO VI.- LA ESTANCIA EN PALERMO.	31
CAPÍTULO VII.- SOMBRAS Y LUCES DE PROVENZA	41
CAPÍTULO VIII.- EL SEMINARIO DE SAN SULPICIO. FORMACION ESPIRITUAL Y DOCTRINAL	57
CAPÍTULO IX.- EL SEMINARIO DE SAN SULPICIO AL SERVICIO DEL PAPA Y DE LOS CARDENALES ROMANOS	74
CAPÍTULO X.- ORDENACION SACERDOTAL Y PRIMEROS AÑOS DE APOSTOLADO	84

JEAN LEFLON

SAN EUGENIO DE MAZENOD

OBISPO DE MARSELLA

FUNDADOR DE LOS MISIONEROS OBLATOS DE MARIA
INMACULADA

(1782 - 1861)

TOMO II

MISIONES DE PROVENZA

RESTAURACIÓN DE LA DIÓCESIS DE MARSELLA

1814 - 1837

Capítulo I

LA PRIMERA Y SEGUNDA RESTAURACION EN PROVENZA

1.- Eugenio de Mazenod y la restauración de los derechos espirituales de la Iglesia en Aix.

Como hijo de su tierra, Eugenio de Mazenod sintió entre 1814 y 1815 las mismas reacciones que sus paisanos: enérgicas a veces y siempre caracterizadas por una hostilidad implacable contra el régimen napoleónico.

Desde el principio, el joven sacerdote estuvo apartado de toda política y se mantuvo en su terreno sacerdotal. Dejó a otros los debates temporales y, en aquel momento de "regeneración general", se dedicó únicamente a un trabajo de regeneración espiritual para reparar los daños de Napoleón en lo religioso.

En primer lugar el restablecimiento de los derechos de la Santa Sede, violados por el cesarismo imperial.

Había que restaurarlos inmediatamente en Aix y, para ello, condenar los errores y debilidades de quienes los habían ignorado o traicionado. Eugenio de Mazenod arremete contra el obispo Jauffret impuesto a la diócesis ilegítimamente, y contra sus partidarios.

El 14 o el 15 de abril se abrió un gran debate en el seno del Cabildo a propósito de la delegación de jurisdicción canónica. Después de muchas discusiones animado por el ejemplo del Cabildo parisiense que había retirado su delegación al cardenal Maury, el Cabildo del Salvador hizo otro tanto con respecto a Mons. Jauffret, y "ponían sencillamente en su puesto a los vicarios capitulares designados por ellos en 1810".

Ahora bien, al intervenir de modo tan activo para preconizar la solución más ajustada y legal, Eugenio de Mazenod trabajaba, de rechazo, por eliminar, juntamente con Jauffret, a los vicarios generales Florens y Boulart, elegidos por dicho prelado, y se mostraba partidario de Guigou contra Florens; el primero ultramontano, antirevolucionario, antibonapartista; el segundo galicano y adicto a Napoleón; estaban apoyados por clanes rivales. Defender la tesis canónica significaba excluir a Florens y pronunciarse abiertamente en favor de Guigou.

Florens tenía buena memoria y la oposición tenaz que más tarde encontrará el apóstol de la juventud y Fundador de los Oblatos, lo pondrán de manifiesto.

El obispo Jauffret renuncia a la administración de la diócesis de Aix, pero exige que se repongan a Florens y Boulart.

Se discute mucho en Aix y harto de tanta polémica, Eugenio de Mazenod intenta tapan la boca a sus contradictores, provocando una decisión romana "sobre los atentados contra la disciplina de la Iglesia y los derechos de la Santa Sede, invocando supuestas libertades".

Escribe en estos términos a su amigo Janson que se halla en Roma: "Recalca todas estas cosas a los cardenales... Mételes en la cabeza que es el momento óptimo para asentar los verdaderos principios. La Iglesia no necesita una aristocracia episcopal, ni tampoco una democracia presbiteral. ¡Que todo quede sometido al Jefe designado por Nuestro Señor Jesucristo!

"Las contemplaciones debilitan la disciplina. Se esconden en el silencio cuando tenían que hablar. Que se desmantelen, si no se les puede destruir de golpe, las mal llamadas libertades. Son escondrijos peligrosos... con tales escondrijos se termina por no ser católico más que de nombre, usando muchas veces un lenguaje heterodoxo. La gente de esta ralea se viste de todos los colores".

Su vehemencia provenzal no admite las medias tintas. Evidentemente, la fiebre del país se había apoderado de él.

2.- Recupera la Iglesia la libertad de acción apostólica. Realizaciones y proyectos de Eugenio de Mazenod.

La caída de Napoleón permite a la Iglesia recuperar los derechos espirituales sobre jurisdicción papal, episcopal y capitular, y quita las trabas puestas a su acción apostólica.

Eugenio de Mazenod juzgó providencial una liberación exigida por la situación religiosa, y que dejaba expeditos los caminos que él ya hacía tiempo deseaba recorrer con inquietud de conquista. Leemos en sus "Memorias" : "El reinado de Bonaparte, perseguidor de la Iglesia, neutralizaba todos los esfuerzos que se intentaban. Los sacerdotes jóvenes, mis compañeros, pocos pero celosos, vieron yugulados sus proyectos, lo mismo que yo los míos, por ese tirano...

"Cayó el Imperio (1814), y la Iglesia salió de su horrenda crisis, al volver nuestros príncipes legítimos. Entonces pude abrigar la esperanza de poder realizar, en favor de los franceses, algunos proyectos que habían anidado en mi corazón durante mi formación clerical y los tres primeros años de mi sacerdocio".

Esos proyectos se resumían en dos palabras : "Evangelizare pauperibus". Después de la Revolución y del Imperio era más importante conquistar y recuperar para el Evangelio las almas abandonadas que cuidar la fe y las prácticas religiosas de los fieles. Había que emprender la recristianización del país con medios apropiados.

Desde su regreso a Aix, Eugenio de Mazenod había trabajado en esa línea y con ese espíritu. La predicación en provenzal a sus "hermanos los pobres" y a la gente del pueblo hacía aumentar el auditorio de la Magdalena.

La Asociación de la Juventud cristiana ofrecía educación religiosa a los adolescentes abandonados. Llegaba a los ambientes a los que generalmente no llegaba entonces el clero parroquial y trataba de reconstruir sobre bases auténticas una nueva sociedad, preparándoles para la gran tarea que les reservaba el futuro.

Se trataba sólo de un comienzo, pero ya reflejaba la orientación tomada. Con la caída de Bonaparte, la Asociación crece con rapidez, puede ahora ostentar su verdadero carácter y llamarse "Congregación de la Juventud

Cristiana", puede perfeccionar su organización y proclamar su fin principal: "formar en la ciudad un grupo muy piadoso de jóvenes que, con su ejemplo, consejos y oraciones, contrarresten la licencia y la apostasía general que hace cada día tan rápidos y asombrosos progresos, al mismo tiempo que trabajan seriamente en su propia santificación".

Para dar mayor vigor a ese cuerpo y empapararlo de un profundo espíritu cristiano, se amplía la Regla que constará de 544 artículos, distribuidos en 14 capítulos. El refuerzo de las estructuras y la cohesión del conjunto asegurará "en el mundo y en la Congregación" la fidelidad a los deberes especificados en 65 artículos

Los primeros se refieren a la vida personal del congregante : para defender la fe y la virtud, deberán evitar las malas compañías, teatros, bailes, etc. La observancia fiel del reglamento de la Congregación protegerá su vida espiritual y les facilitará las gracias necesarias.

A todos esos deberes de vida religiosa personal hay que sumar los que tienen que cumplir en la Congregación.

Ese inacabable reglamento nos ha de parecer rígido, desproporcionado y sobrecargado, si no tenemos en cuenta el ambiente de la época. Ciertamente Eugenio, recién salido del seminario, no tenía la experiencia que le hubiera permitido hacer retoques deseables. Muchas veces se inspiraba en la letra y en los métodos traídos de San Sulpicio.

Sobriedad, concisión y medida no son virtudes de la juventud. El celo abrasador de Eugenio de Mazenod, su modo de escribir rápido y sin corregir, le hacían farragoso. Pero tenía a su favor el arranque de los comienzos, un ardor muy meridional, un dinamismo natural y sobrenatural que vigorizaba esa serie de 544 artículos e infundía una vida intensa en un cuerpo tan austero y pesado. Era especialista en animar su obra y en crear una atmósfera de alegría en la que crecían los espíritus. El director los cautivaba. Todos lo querían y experimentaban su influencia.

"Para afianzar más el bien que se hace en esta Congregación tan próspera", Eugenio de Mazenod intenta "obtener del Sumo Pontífice indulgencias, aprobaciones y estímulos. Janson es el encargado de presentar su petición. La Santa Sede que, posiblemente, juzgaba excesivas sus peticiones, accedió a medias, lo que decepcionó algo a Eugenio.

Pero semejante decepción no le enfrió . Al contrario, aspira con mayor fuerza, a ensanchar su apostolado. Sobre la urgencia de una acción de conjunto, sus puntos de vista no concuerdan con los de Janson. "Disentíamos en algo esencial. Su celo le llevaba a dedicarse a los infieles, mientras yo me fijaba en los cristianos degenerados".

Consultado Pío VII, zanjó la cuestión de modo categórico : "Su proyecto es bueno, no cabe duda, decía a Janson en una audiencia en Roma, cuando se ofrece para evangelizar a China, pero es más conveniente ayudar a los pueblos que nos rodean, "maxime autem ad domesticos fidei". En Francia, sobre todo, se necesitan misiones para el pueblo y ejercicios para el clero".

Más tarde escribirá el Obispo de Marsella : "Mi amigo me comunicó inmediatamente esta respuesta del Papa que coincidía plenamente con mis ideas y sancionaba todos mis proyectos. Al mismo tiempo me dijo que la decisión de la Iglesia señalaba un camino, y que debería dedicarme inmediatamente a formar un grupo de misioneros para la evangelización de los pueblos. Me apremiaba a unirme a él para comenzar la obra que tanto me gustaba. Apuesto que estaba seguro de que yo me pondría inmediatamente a su disposición. Las cosas rodaron de otra manera".

Resuelto a cumplir la voluntad de Dios, aunque tuviese que "ir mañana a la luna", Eugenio de Mazenod confiesa, en primer lugar, que desconoce cuál es esa voluntad. Duda y vacila entre dos alternativas.

Por una parte le atrae una Orden religiosa para vivir en soledad y en oración, porque su ministerio, demasiado recargado, hace peligrar la normalidad de su vida religiosa: "Siempre todo para los demás y nada para uno mismo".

Por otra parte, "las necesidades apremiantes" de esos pobres pecadores le retienen. ¿Cómo va a abandonar a esas almas que confían en él? ¿Cómo va a renunciar a la obra de regeneración general que exige "el horroroso estado en que se hallan sumidos los pueblos?".

Al fin las exigencias del apostolado prevalecen sobre la atracción del claustro. Su vocación personal no ofrece dudas. Dios lo quiere misionero. ¿Se incorporará a la sociedad que funda Janson para toda Francia?. Eugenio piensa que no. Le ilusiona crear en su diócesis una comunidad distinta que responda a la situación muy particular que vive su Provenza.

El ponderado Sr. Duclaux, que desconfiaba un poco de Janson y de su excesiva actividad, aconseja a Eugenio un "statu quo" sensato y prudente: "la obra del Sr. Janson en sí es excelente y adecuada para hacer mucho bien. Si te sientes atraído, me parece bien que te asocies cuando esté formada y compuesta de gente competente, y eso aún no está logrado. Mientras tanto, sigue con las obras buenas que has emprendido, cuidando de esa Congregación de jóvenes que tienes fundada y que diriges. Y en tiempos libres da misiones" (carta 1 dic. 1814).

El vicario general Guigou se pronunció en el mismo sentido y "hasta disuadió" al joven sacerdote de cambiar de orientación. "Era mi superior inmediato, escribirá el Obispo de Marsella, y acepté su decisión que era para mí la voz de Dios".

Eugenio de Mazenod decidió no salir de las provincias meridionales, donde su ministerio podía ser más efectivo que en otro lugar. Nunca se retractará de esa decisión tan firme y tan definitiva.

La forma que va a tomar el ministerio de las misiones también aparece firme en su espíritu. Así empieza a clarificarse una vocación que se especializa según va creciendo. Con todo la luz se limita al orden de los fines; el de los medios queda todavía envuelto en sombras.

El tiempo, la experiencia, la reflexión y la gracia serán los que marquen definitivamente el futuro.

3.- Los cien días en Provenza.

Eugenio de Mazenod se preparaba para dar una misión en Grans, cuando se enteró del desembarco del Emperador en el golfo Juan. La conmoción es general. Eugenio se indigna ante la actitud de la gente: traiciones, engaños, pero no obstante proclama: "Mi confianza en la Providencia es ilimitada".

En el Mediodía se organiza la resistencia. Escribe a su padre: "He escrito al duque de Angulema ofreciéndole mis servicios en el ejército. Aún no he recibido respuesta. Tal vez no la reciba nunca. Pero cumpliría con este deber como un acto de adhesión. Ya que no puedo servir al rey con la espada, le serviré con todos los medios que me ofrece mi ministerio... En un mes serán derrotados nuestros enemigos, que lo son del honor, del bien público y de la religión".

El regreso del Emperador despertó "las antiguas pasiones revolucionarias" y se comprende que Eugenio de Mazenod, portavoz del clero y de la aristocracia

en Aix, identificara a los enemigos del rey con los enemigos del bien público y de la religión.

En Aix la oposición, después de cierto desconcierto, se endurece, "le sobran agallas" para animar a la gente, reprueba la actitud de "nuestros magistrados y algunos sacerdotes, como Florens y Castellau que para conservar sus puestos en Palacio o en la Universidad, han cometido la infamia de prestar juramento de fidelidad al Usurpador, juramento que se negaron a prestar simples empleados", escribe a su padre.

Eugenio de Mazenod protestará "con fuerza contra los cobardes", especialmente los profesores de la Facultad de Teología, capitaneados por Florens, el rival de Guigou. De este modo se agudiza la rivalidad entre los dos clanes, lo que supuso para los maestros de la Facultad una cierta marginación y para el Fundador de los Misioneros de Provenza una implacable enemistad.

4.- El terror blanco.

En la declaración de Cambrai del 28 de junio, el rey prometió el perdón a los "franceses engañados" pero no a los "instigadores y autores de ese enredo terrible". Estos serían entregados al rigor de las leyes por las dos cámaras "reunidas urgentemente".

Los provenzales no esperaron a que llegara la represión legal, demasiado lenta y suave a su modo de ver y se dedicaron inmediatamente a ejercer una justicia más rigurosa y expeditiva. Había que machacarlos inexorablemente para impedir que volvieran a sus fechorías.

Eugenio de Mazenod, monárquico convencido y resistente declarado durante los Cien Días, no tenía más remedio que compartir la mentalidad colectiva de su medio ambiente y de su Provenza efervescente. Los Cien Días le parecen un mal saludable porque prueban la necesidad de purificar el reino y pone en la mano el remedio. Por eso aprueba la justicia expeditiva, porque la justicia legal le parecía demasiado lenta para castigar a los grandes responsables.

Su padre, con fina prudencia, le ponía en guardia contra la intransigencia de los ultras y le invitaba a reflexionar, deseaba calmar la manifiesta excitación de su hijo, que su juventud ardiente, su fogosidad natural, la atmósfera febril de Provenza lanzaban al rigorismo.

Capítulo II

FUNDACION DE LOS MISIONEROS DE PROVENZA. OPOSICION LOCAL.

1.- Creación de las Misiones de Provenza.

"Ya no podrás llamarme "culo de plomo", escribía Eugenio el 23 de octubre de 1815 al impetuoso Forbin-Janson.

Hablaba así Eugenio después de tomar la decisión de fundar una Obra Misionera en Provenza. Su amigo estaba impaciente por que le veía titubear.

Y seguía Eugenio : "Ahora te pregunto y me pregunto a mí mismo cómo yo, que hasta hace un momento no fui capaz de resolver este asunto, de pronto me encuentro con que he puesto en marcha esta máquina; y estoy resuelto a sacrificar el descanso y exponer mi fortuna para hacer una fundación que, por supuesto, apreciaba; pero viéndome, al mismo tiempo, envuelto en una lucha con otros puntos de vista diametralmente opuestos. Es un enigma para mí. Es la segunda vez en mi vida que tomo una decisión muy seria como impulsado por una sacudida extraña.

"Cuando pienso en ello, me convengo de que Dios quiere acabar con mis dudas de este modo. Me tiene hasta el cogote".

Igual que la vocación sacerdotal, su vocación misionera era fruto de una moción poderosa de la gracia. Después de penosas vacilaciones, de pronto llegaba la luz. Un impulso sobrenatural lo arrastraba. Todo era poco para superar sus dudas personales y sortear los obstáculos que se amontonaban en su camino.

Las primeras dificultades radican en los Vicarios Generales "tan asustados... viéndose privados de unas personas necesarias en la diócesis". Esas dificultades amainaron pronto dado el giro que imprimió Eugenio de Mazenod. "La idea de que los misioneros que quiero reunir no saldrán de la diócesis, les da tanta tranquilidad, escribe a Janson, que se han declarado protectores de nuestra obra. Esto me satisface mucho porque no todos los sacerdotes opinan lo mismo".

Por sólido que fuera el apoyo de Guigou y de Beylot, no pasaba de ser apoyo moral. Ambos cargan sobre el Fundador la tarea de buscar colaboradores, recursos y locales necesarios. La búsqueda de la futura comunidad le costó más de un desengaño. Icard, el codajutor de Lambesc, ofrece espontáneamente su colaboración y se encarga de seleccionar, enumerando a unos cuantos sacerdotes muy idóneos, especialmente Tempier, Mye y Deblieu.

Eugenio, por su parte, multiplica los contactos y la correspondencia para despertar vocaciones como la suya. A pesar de sus esfuerzos los resultados no son nada brillantes.

"Los candidatos son pocos e inseguros, escribe a Janson; aquel en el que más confiaba, se queda adormecido por el cotorreo de las devotas de su parroquia. Cree que va a hacer mucho bien en su agujero... ¿Qué vas a esperar de un sacerdote que te da palabra del modo más radical y cordial y luego se echa atrás porque su madre, de la que ha vivido separado diez años, no puede vivir sin él; que se sentiría homicida si no le diera el consuelo de comer con ella, y otras tonterías por el estilo? Los Vicarios Generales responden al argumento con estas palabras : "El Sr. de Mazonod lo va a sentir mucho; entiéndase con él". Lo que debieron hacer fue acabar con esa blandura que sólo lleva a embarcarse por cuenta propia".

Por otra parte qué garantías le ofrecen Mye e Icard?

El primero "que tiene una facilidad extraordinaria para anunciar al pueblo la palabra de Dios, se compromete a medias con la obra porque está convencido de que ya hace bastante trabajando en sus desplazamientos de pueblo en pueblo".

El segundo, "demasiado inquieto, se desespera ante la parsomonía de los demás y amenaza con abandonarme si no se deciden pronto".

Por fin Tempier, "que es un angel que parece haber sido creado para sembrar felicidad en una comunidad, no obtiene permiso para dejar la parroquia, aunque asegura que no aguanta más y que sólo quiere trabajar en las misiones, etc...

Por eso, "lleno de preocupaciones y de penalidades", el Fundador confiesa a Janson : "Lucho a disgusto, y me mantengo en medio de este aperreo por las miras sobrenaturales que me animan, pero que no me impiden sentir todo el peso de mi situación; situación que se agrava porque no me acompaña ni el gusto ni el atractivo que, dentro de mí, son totalmente contrarios al género de vida que llevo. Estos son los mimbres que Dios pone en mi mano para una empresa tan difícil".

La situación mejoró de golpe. El ardiente Icard renuncia a desengancharse; Mye a cabalgar por su cuenta; Deblieu da una respuesta firme, y Tempier llega a Aix el 27 de diciembre para unirse a Eugenio de Mazonod. Tenía tanto interés en ganarse al coadjutor de Arlés que su primera oferta, el 9 de octubre, tenía todas las trazas de una intimación imperativa:

"Mi querido amigo : Lea esta carta ante su crucifijo, con ánimo de escuchar solamente a Dios y a cuanto su gloria y la salvación de las almas exijan de un sacerdote como Vd. Imponga silencio a la codicia, al amor de los gustos y comodidades; tenga en cuenta la situación de los habitantes del campo, el estado de la religión entre ellos, la apostasía que cada vez se propaga más y causa estragos horribles. Examine la insignificancia de los medios con los que se está conteniendo, hasta el presente, ese diluvio de males; consulte con su corazón lo que deberá hacer para remediar esos desastres y, luego, conteste a mi carta.

"Pues bien, amigo, le digo, sin entrar en mayores detalles, que es necesario para la empresa que el Señor nos ha inspirado. El Jefe de la Iglesia está convencido de que, en la situación penosa en que está Francia, solamente las misiones pueden devolver al pueblo la fe que ha perdido. El clero sano de varias diócesis se reúne para apoyar los proyectos del Pastor supremo. Convencidos de que el empleo de ese remedio es una necesidad indispensable en nuestra región y llenos de confianza en la bondad de la Providencia, hemos puesto los cimientos de una obra que proporcionará asiduamente fervorosos misioneros a las zonas rurales...

"Si como espero quiere ser de los nuestros, no se encontrará en un país desconocido; tendrá cuatro compañeros. De momento no somos más. Es que queremos escoger a unos hombres que tengan voluntad y temple para seguir las huellas de los apóstoles. Es importante poner cimientos sólidos; es necesario, porque sé que es capaz de abrazar una regla de vida ejemplar y de perseverar en ella".

Para lograr un sustituto, "tendremos que emplear alguna táctica con los Vicarios Generales que han escrito a París para que lo sepan los periódicos... Contésteme cuanto antes afirmativamente y me quedará en paz".

Eugenio sin duda por distracción, no firmó la carta. Tempier, que no conocía la letra y estaba mosca ante el tono brusco y fogoso, sospechaba que la llamada anónima y apasionada podría ser una tomadura de pelo. Tranquilizado 15 días después por su amigo el sacerdote Gaudin, profesor del seminario y amigo también del Fundador de las Misiones de Provenza, el coadjutor de Arlés contesta inmediatamente con una aceptación formal :

"Comparto plenamente sus ideas, mi querido compañero, y, lejos de esperar nuevos requerimientos para ingresar en esa santa obra tan conforme a mis deseos, le confieso que de haber conocido antes su proyecto, me hubiese adelantado a rogarle que me recibiera en su Sociedad. Tengo que agradecerle, por tanto, que me haya juzgado digno de trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Es verdad que no me veo con el don de la palabra tan necesario a un misionero, pero "alius quidem sic, alius vero sic "(I Cor. 7,7). Lo que no haga con grandes discursos, lo haré en la catequesis, en las conferencias, en el tribunal de la penitencia y en todos los demás medios que puedan instaurar el reino de Jesucristo en las almas. Para mi no hay nada que sea bajo ni pesado... Comprendo, además, lo que busca por encima de todo, al escoger a sus colaboradores. Quiere unos sacerdotes que no sigan una rutina y el camino trillado que decía el P. Charles, que estén dispuestos a seguir las huellas de los apóstoles, a trabajar por la salvación de las almas, sin esperar más premio aquí en la tierra que muchas penas y fatigas. Por la gracia de Dios yo siento en mí ese deseo, y si no lo tengo, bien que ansío tenerlo, y con Vd, todo será más fácil. Así que cuente por entero conmigo".

Una adhesión tan inmediata y tan plena llenó de alegría a Eugenio de Mazenod. Pero los Vicarios Generales, no tenían ninguna prisa. Mazenod y Tempier no admitían demoras. El segundo tomó la decisión de salir para Aix al día siguiente de Navidad, resuelto a no volver a Arlés y a mantener toda la firmeza que fuera necesaria para obligar a los Vicarios Generales "a dejarme ingresar en la obra de las Misiones", escribe el 20 de diciembre de 1815.

El coadjutor de Arlés, conforme a lo convenido, llegó a Aix el 27 de diciembre. Eugenio de Mazenod, que lo esperaba en la parada, lo acompañó inmediatamente al arzobispado, donde "gracias a las precauciones tomadas, a la admiración que sentían por nuestro venerado Padre y, por encima de todo, gracias a la bondad de Dios que tenía designios misericordiosos sobre mí, la acogida de los Srs. Vicarios fué buena. No hubo ni una sola palabra de censura. Y aquí estamos tan contentos y felices que no cabe más". Así escribía en sus Memorias el P. Tempier. Guigou y Baylot se habían dejado ganar.

Al mismo tiempo que trabajaba en la construcción de su futura comunidad, Eugenio de Mazenod se apresura a buscar un alojamiento. Su primera intención fue el monasterio de los Mínimos. Se lo birlaron.

El Fundador recurre entonces al único "local que queda en la ciudad para establecer allí una comunidad : el antiguo convento de las Carmelitas, que tiene al lado una iglesia preciosa. "Mis gestiones tuvieron un éxito inesperado; en una

sola entrevista quedó el asunto liquidado y me encontré propietario de la mayor parte".

Por 16.000 francos, la propietaria, la señora Gontier que lo había adquirido en 1810 para poner una pensión, se lo cedía, conservando el usufruto de casi todo el inmueble durante 7 años. Claro que de momento Eugenio, sólo dispone de algunas dependencias, del coro de las religiosas, del emparrado que cae al mediodía y también del corredor que servía para pasar bajo el emparrado. Al menos estaba garantizado el futuro.

Espera, además, recuperar la iglesia que le es totalmente indispensable para sus obras, y que seguía en propiedad de la familia Domaines. El inquilino consintió a la primera en la cesión del arriendo. Faltaba adecentar el edificio, muy deteriorado, porque había sido templo para el culto de la Razón, almacén para todos los volatineros y cuartel para los soldados de la nación.

El presupuesto de las reparaciones urgentes sube a 1.700 francos. "¿Puedo cargar yo con ese gasto tan enorme, sin saber si el edificio va a quedar para nosotros?" escribía Eugenio. Guigou le apunta una posible solución : pedir al gobierno la iglesia "para utilizarla en beneficio del público" , y cederla luego a los misioneros. Con esta salida se podrán emprender los trabajos indispensables.

2.- Organización primitiva.

Los primeros que entraron en la casa de las carmelitas fueron los jóvenes de la Congregación de la Juventud, el 21 de noviembre de 1815.

Eugenio deseaba entrar cuanto antes con sus misioneros en la parte del convento que podía utilizar. Diversas razones retrasan la llegada; además había que hacer algunas reparaciones. Así que sigue residiendo en casa de su madre. El P. Tempier se hospeda en casa de unos parientes.

El 25 de enero de 1816, fiesta de la Conversión de San Pablo, ambos con Icard probablemente, se instalan en su "humilde casa" sin esperar más a Mye y Deblieu, con los que se unirán definitivamente en febrero. Ese mismo día el Fundador dirige a los Vicarios Generales Capitulares de Aix una petición de autorización para la nueva comunidad. en ella se determinan el fin que se proponen y los principales puntos del reglamento.

El fin es doble : dedicarse a las misiones para recristianizar "pequeñas ciudades y pueblos de Provenza que han perdido la fe casi por completo porque las ayudas ordinarias del ministerio parroquial no bastan para sacar del embrutecimiento a esos pueblos perdidos. Y además proporcionar a sus miembros el modo de practicar las virtudes religiosas, esperando encontrar en la comunidad de los Misioneros casi las mismas ventajas que en el estado religioso que desearían abrazar.

Formarán una comunidad regular de misioneros, a fin de ser útiles a la diócesis, al mismo tiempo que van a trabajar en su propia santificación con la oración, el estudio y la predicación.

Es calificada de regular, porque tiene una organización y un reglamento, pero sigue siendo secular porque los miembros no han hecho votos. Los miembros se comprometen a vivir obedeciendo al superior y observando los estatutos y reglamentos.

La Sociedad gozaría de los privilegios de las "antiguas congregaciones religiosas". La casa "quedará exenta de la jurisdicción del párroco... y dependerá

sólo del Ordinario". "La iglesia de los misioneros estará igualmente bajo la jurisdicción y vigilancia inmediata del Ordinario".

Este programa contenía en germen la futura obra de Eugenio de Mazenod.

Ateniéndonos a sus "Memorias", no podemos dudar que él aspiraba a la vida religiosa, que desde el principio apuntaba a formar un instituto regular en el sentido canónico de la palabra. "Ya dije que mi intención, al dedicarme al ministerio de las misiones para trabajar principalmente en la formación y en la conversión de las almas más abandonadas, fué imitar el ejemplo de los Apóstoles en su vida de dedicación y de abnegación. Estaba convencido de que, para lograr los mismos resultados en nuestra predicación, teníamos que seguir sus huellas y practicar, hasta donde pudiéramos, las mismas virtudes. Por eso consideraba los consejos evangélicos a los que habían sido tan fieles, indispensables para nosotros, para que nuestras palabras no fueran, como lo tengo bien comprobado, lo que fueron las de otros heraldos de las mismas verdades, o sea, un bronce que suena y sonido de tímbalos sonoros.

"Mi idea fija fué siempre que nuestra pequeña familia se consagrara a Dios y al servicio de la Iglesia con votos religiosos. La dificultad era lograr que mis primeros compañeros saboreasen esa doctrina algo dura para principiantes, sobre todo en un momento en que se había perdido el rastro de esa tradición por culpa de la Revolución que había dispersado, por no decir destruido a las Ordenes religiosas".

Eugenio de Mazenod va colocando, con vistas al futuro, sus piedras sillares : obediencia a un superior, observancia de los estatutos y reglamentos. De la pobreza no se habla y hasta se juzgó oportuno suprimir un artículo que figuraba en el proyecto primitivo, que exigía una cierta puesta en común de los recursos. El tema de la castidad se le pasaba por alto, ya que era exigencia del carácter sacerdotal de los misioneros.

Así que inicialmente se trataba de una Sociedad de misioneros seculares y de una sociedad meramente diocesana; además Eugenio quiere que su obra se centre en Provenza, porque está destinada a la predicación en provenzal. Progresivamente se dilatarán las perspectivas.

Dice Mons. Jeancard : "En un principio el Fundador de los Oblatos desconocía el alcance de su misión. No presentó un extenso proyecto realizado a priori en todas sus partes. El proyecto del que fué obrero tenía más altura que una simple programación humana; venía inspirado y de algún modo revelado a medida que las circunstancias abrían nuevos horizontes a su celo. El Señor que lo guiaba, no le dejaba ver más que aquello que debía hacer según las exigencias del momento, y premiaba su ardiente amor a la Iglesia y su abnegación por la salvación de las almas señalándole paso a paso el espacio que tenía que recorrer. Así fué avanzando hasta completar la obra que le había correspondido realizar. Avanzaba bajo el impulso y dirección de la Providencia por caminos desconocidos o conocidos a medias, hasta alcanzar la meta querida por lo Alto".

Todo comenzó de un modo modesto y pobre. Aquella Sociedad de Misioneros de Provenza, autorizada el 29 de enero de 1816 por los vicarios generales, al principio sólo cuenta con cinco miembros, Era un efectivo escaso y logrado con mucho esfuerzo. Sin embargo eran demasiados para el poco espacio que tienen en las carmelitas. Dado que la señora Gontier se había reservado la mayor parte del edificio para su pensionado "nos tenía secuestrados y encogidos en las habitaciones cedidas". Así lo cuenta el Obispo de Marsella: "Para llegar a las habitaciones del piso superior, donde ahora está la biblioteca, había que pasar por una escalerita que comunica con la salida. Trabajo nos costaba encontrar

sitio. Dos misioneros dormían en una pieza, la futura biblioteca, y yo dormía en el reducido pasillo que da acceso a ella. Y como al principio no teníamos muchos muebles, colocábamos una lámpara en el dintel de la puerta de comunicación y así nos servía a los tres al tiempo de desvestirnos y acostarnos. El comedor, supuestamente provisional, estuvo mucho tiempo mal amueblado. Colocábamos una tabla encima de dos barricas que hacían de patas de esa mesa improvisada. La chimenea en la que hervía nuestro puchero daba tanto humo que empañaba el día en el interior de la raposera donde comíamos con bastante apetito la pobre ración que nos alcanzaba a cada uno. Todo ello iba más de acuerdo con las disposiciones que Dios había infundido en nuestros corazones que las suculentas comidas que mi madre quería ofrecernos en su casa".

El fervor de los comienzos aceptaba gozosamente una pobreza tan radical. Escribe Mons. de Mazenod : "No decayó nada nuestra alegría. Al contrario, como ese modo de vivir contrastaba tan al vivo con el que habíamos dejado poco antes, a cada trique reíamos a placer".

Una vez formada la comunidad se procedió, conforme a los estatutos, a la elección del Superior. "A pesar de las razones que alegó para declinar el cargo, escribe el P. Tempier, fué elegido el Fundador de modo unánime y espontáneo".

Luego iniciaron un retiro de diez días para prepararse, con el silencio y la oración a lanzarse a las misiones diocesanas que habrían de comenzar, con la de Grans, el 11 de febrero.

Mientras el P. de Mazenod, con Mye, Icard y Deblieu, evangelizaba en la alcaldía de su tío Roze-Joannis, Tempier se quedaba en Aix para guardar la casa y mantener el culto de la capilla, en el coro de las carmelitas. Pero la afluencia fue tal que forzaron el arreglo de la iglesia. Los misioneros hicieron los oficios de Samana Santa.

Aquella primera Semana Santa, pasada en el antiguo convento de las carmelitas, significará para él una etapa en el avance de sus proyectos. Ya que no se pudo lograr que todos sus primeros compañeros aceptaran unirse con votos, decidió no esperarlos y contar sólo con Tempier "encantado" de una propuesta "que respondía a sus propios pensamientos".

"El Jueves Santo (11 de abril de 1816), leemos en sus "Memorias", metidos los dos bajo el andamiaje del hermoso monumento que habíamos hecho en el altar mayor de la iglesia de la Misión, en la noche de ese santo día, hicimos los votos con un gozo indecible. Saboreamos nuestra dicha durante toda la noche, en presencia de Nuestro Señor, al pie del trono magnífico en que lo habíamos colocado para la misa de presantificados del día siguiente; y pedimos a ese divino Maestro que, si su voluntad era bendecir nuestra obra, hiciera comprender a nuestros compañeros actuales y a los futuros, lo que vale esta oblación de nosotros mismos cuando se le quiere servir sin reservas y consagrar la vida a propagar su Evangelio y a convertir almas".

Dice el P. Rambert : "Elegido, a pesar suyo, superior de la reducida comunidad y obligado a mandar a los demás, sintió necesidad de obedecer también él y de rebajarse ante sus hermanos. Encontró el modo de conciliar los deberes de su cargo y las aspiraciones de su humildad, haciendo voto de obediencia particular al P. Tempier".

A esa observación hay que añadir que esa total sumisión a un inferior tan prudente moderó con mucho acierto los ardores meridionales y los arranques, a veces imprudentes, del Fundador.

Poco después el P. Tempier tuvo que imponerle un descanso absoluto en el campo porque su actividad devoradora, sus sermones, sus ayunos y

penitencias le habían dejado tan extenuado que escupió sangre y corría peligro su vida.

Mientras tanto la Sociedad de los Misioneros de Provenza va mejorando su instalación y perfeccionando la organización primitiva. El 13 de mayo, la Sra. Gontier cedió al P. de Mazenod toda la casa de las carmelitas, previa indemnización en dinero, porque el pensionado iba mal. Ese espacio vital permite al superior recibir postulantes.

La Regla tímidamente esbozada en la solicitud enviada a Guigou, se va precisando y completando. Sabemos que el Fundador no estaba contento con el texto primitivo y que encargó al P. Tempier preparara otro : "Ocúpese de nuestros estatutos, le escribía... Dedique diariamente dos horas a ese trabajo. Lea de nuevo a San Felipe Neri y la petición que enviamos a los vicarios generales".

Así se iba perfilando la evolución que, poco a poco, irá transformando a la Sociedad de Misioneros de Provenza, en una congregación regular.

3.- Roces y polémicas

El P. de Mazenod sobresalía entre todo el clero de Aix : por su cuna; por el ministerio entre los humildes elegido por él que lo dejaba al margen de los cuadros diocesanos, en una situación aparte, en cierto modo privilegiada; por el estilo de la nueva generación sacerdotal, endurecida y curtida por la larga resistencia a la Revolución, generación que tenía prisa por llevar a cabo una revolución religiosa mediante una acción enérgica.

Se tenía que enfrentar con los sacerdotes envejecidos que formaban casi todo el cuerpo eclesiástico concordatario y que conservaban el sello del Siglo XVIII, muy cultivado, pero esceptico y blandujo. Para contrarrestar todos esos contrastes, se necesitaba diplomacia, experiencia y un conocimiento del ambiente que el P. de Mazenod estaba lejos de poseer. Por eso surgieron muchos roces que provocaron una incomprensión recíproca y dejaron al descubierto unas susceptibilidades demasiado humanas.

Esta situación delicada se envenenó y se agrió a causa de las divisiones del clero de Aix.

Mientras Guigou, Delga y los sulpicianos aglutinan a los sacerdotes simpatizantes con los Borbones, Florens y su clan se escudan en los antiguos constitucionales y en los sacerdotes favorables al Emperador. El P. de Mazenod defendía con ardor a Guigou, su patrocinador, lo que le valió la enemiga del clan Florens.

Criticaban las misiones; la Congregación encuentra una hostilidad sistemática a causa de su carácter extra parroquial. Los párrocos de Aix le acusan de apartar a los jóvenes de sus pastores para someterlos a un director sin título canónico . ¿No intenta el P. de Mazenod organizar en su iglesia una primera comunión general para garantizar el recogimiento de los niños que no se lograba en las ceremonias parroquiales? ¡Y el Sr. Guigou lo aprueba! Los párrocos se sienten ofendidos

Para mayor desgracia es nombrado párroco de San Juan de Malta, Cristino, antiguo profesor del niño Eugenio en el colegio Borbón de Aix.

Muy soliviantado de por sí, se ve azuzado en algunas tertulias aristocráticas en las que muy nobles damas fomentan animosidad contra el Director de la Congregación, ese "parroco universal", que se rebaja predicando en dialecto, de celo intempestivo y enredador que no hace más que sembrar cizaña entre el clero.

Esa animosidad se hace patente cuando la confirmación en la catedral, en la que su intemperancia quedó en muy mal lugar, y la renovará con esa ceremonia de la primera comunión que se celebrará en la iglesia de la Misión, donde se puede garantizar el recogimiento, porque el interés espiritual debe pasar por encima de todo. Guigou aprueba la iniciativa, pero los párrocos exigen que se respetaran sus derechos y se acordó entonces que el P. de Mazenod solicitara de cada uno la necesaria autorización. El Superior escribió a todos una carta individual en términos sumamente correctos.

La respuesta que recibió, colectiva y un tanto fuerte, contenía unas advertencias que le parecieron hirientes, y como su derecho le parecía firme, ya que la iglesia de las carmelitas gozaba de exención, contestó para que no se intrepretara mal su silencio, con una carta en la que la indignación de los primeros momentos y su fogosidad provenzal le hicieron, tal vez, faltar a la moderación y poner en manos de sus rivales un arma que iban a volver contra él.

"Señores. les dice, tuve que leer dos veces las firmas de la carta que me han escrito, para convencerme de que los párrocos y rectores de la ciudad de Aix fueran capaces de contestar tan mal a una delicadeza que quise tener con ellos.

"Tenían que haber pensado, señores, que en las cartas atentas, llenas de miramientos que les escribí, no les pedía una gracia personal, y que nada me obligaba a hacer una petición que no me afectaba para nada; que, por lo tanto, era sumamente ridículo arrogarse el derecho de darme, en esta ocasión, una lección tan desatinada en la forma como poco seria en el fondo. Hubiese sido mucho más conveniente el haberme agradecido el trabajo que supone el cuidar una parte preciosa de su grey a la que no podía llegar su báculo y que, gracias a mis cuidados, ha entrado en el redil y en él se mantiene con la ayuda de la gracia.

"A ustedes les correspondía decir si querían o no conceder el permiso que les pedía en nombre de los chicos a los que atiendo. Y no hacía flata más. Todo lo que han añadido, sólo puede entenderse como una injuria personal que tan desatinado era hacerla por su parte, como soportarla por la mía sin manifestarles toda mi indignación... Tengo el honor de ser su considerado y muy humilde siervo".

En efecto, envían a los vicarios generales la respuesta del Superior, contrastándola con la suya, tan "honesto" y que respiraba seriedad y caridad. Y añaden: "Nunca hemos visto con tanta amargura a un neófito en el sacerdocio y hasta en la clerecía que trate con tan poca consideración a pastores encorvados por el peso de los años y de la carga pastoral en la que algunos llevan cerca de medio siglo y otros quince años por lo menos; un clérigo tan poco formado que desconoce los derechos de la jerarquía y transforma en un simple acto de cortesía una gestión que era un deber riguroso y que Vds habían ordenado como obligación indispensable; un catequista que para sacar adelante sus proyectos, no tiene difamar a sus alumnos, presentándolos como ovejas descarriadas tras de las cuales ha tenido que correr mucho para devolverlas al redil, pero un redil particular, cuando tiene el deber de no separarlas del gran rebaño de Jesucristo confiado a nuestro cuidado y nuestra custodia".

En consecuencia, los párrocos de Aix exigían "la debida reparación por la injuria hecha en dicha carta... al orden jerárquico de los párrocos y a sus personas".

Al dirigirse en corporación a los vicarios generales, los señores Honorat, Combe, Isnardon, Abel y Cristino, intentaban colocar en situación embarazosa a Guigou quien, imponiéndose a sus colegas más o menos hostiles al P. de Mazenod, le había apoyado hasta entonces.

La situación difícil en que le pone su ardoroso protegido, parece que esta vez, va a desarmar su obstinada benevolencia, Ahora no puede darle la razón sin

ser desautorizado por el Consejo, y tampoco puede abandonar su causa sin desautorizarse a sí mismo.

El Fundador, en este trance, no se hace ninguna ilusión : "Si Guigou se ablanda, todo se acabó". Entonces ve hasta qué punto la existencia de su obra, tan frágil y combatida, depende de las autoridades diocesanas, y qué pequeño es el apoyo que puede esperar de ellas.

Aunque Guigou no se ablande en esa crisis, su reinado se termina y nada le garantiza que el nuevo arzobispo, cuyo nombramiento se espera, otorgue "sus favores" a los Misioneros de Provenza. "El viento y la marea son contrarios : Si nos faltan las ayudas, la casa se derrumba".

Es necesario buscar otro refugio. Con su habitual espíritu de decisión, el P. de Mazonod se dirige al gobierno real para obtener una autorización oficial que otorgue a su Instituto título y garantía legal. Era tanta la urgencia, que renuncia a presidir, el 13 de julio, la famosa primera comunión de sus congregantes, motivo de tanto lío. El día 9 sale para París.

Con el fin de despistar, porque hay que adelantarse a las denuncias y maniobras del clero de Aix, da a su madre la consigna de contestar a las preguntas indiscretas, que su hijo salió por asuntos familiares y que estará pendiente de ellos hasta el invierno.

En realidad, a la vez que defiende como puede los intereses de su padre y de su tío, el Superior saca el partido que puede de su viaje.

El peligro que corre su fundación es lo que "le obliga" a ir de repente a la capital. Se trata de defender allí su obra "atacada por ojeriza"; se trata de asegurar el futuro.

Capítulo III

LA SOCIEDAD DE LOS MISIONEROS DE PROVENZA EN PELIGRO

ESTANCIA Y GESTIONES DEL P. DE MAZENOD EN PARIS

1.- Primera solución de arreglo: nombramiento de Fortunato de Mazenod para la sede de Marsella.

En realidad el P. de Mazenod no había esperado al conflicto de 1817 para solicitar la autorización oficial de los Misioneros de Provenza. La primera petición se hizo el 31 de agosto de 1816; el vicario capitular Guigou, se ofreció a llevarla él mismo al ministerio, alegando en su apoyo los brillantes resultados logrados por el celo apostólico del Superior y de sus compañeros.

En aquel momento las circunstancias parecían favorables. El P. de Mazenod esperaba conseguirlo con rapidez, gracias a los apoyos personales con que contaba. Además la Dirección de Cultos había respondido en términos alentadores, y el prefecto Villeneuve-Bargemon, encargado de la investigación, había dictaminado la permanencia de una institución que produce "un cambio notable entre los habitantes y... logra ya resultados tan excelentes".

De pronto todo cambió: Luis XVIII quiere introducir las libertades galicanas en el concordato, pero Pio VII se niega a ratificar el acuerdo. En tales circunstancias el ministro no cree oportuno plantear el problema de las Ordenes Religiosas. Al Fundador le ofrecen dos alternativas : o fusionarse con un instituto similar ya aprobado, o bien contenerlo y dejar para mejor ocasión la firma de la ordenanza real indispensable.

El Fundador mantiene la autonomía de su obra, quiere que su Congregación conserve su propia personalidad. Luego hay que intentar el reconocimiento legal.

Llegado a París el 17 de julio, es recibido amablemente por el ministro Lainé. Buenas palabras, pero no habrá aprobación del gobierno, "la autorización solicitada no puede concederse, pero hasta que llegue ese momento, que no puede estar lejos, puede seguir con sus queridos cooperadores las actividades que ha comenzado tan felizmente". Era conceder la prórroga del permiso provisional solicitado por el P. de Mazenod. Era un éxito parcial, porque probaba que las maniobras, las cartas colectivas, los anónimos recibidos, de lo que le puso al corriente confidencialmente el propio ministro, habían surtido el efecto contrario. Se vieron prácticamente desautorizados.

Aunque ese éxito muy relativo, hinchado y pregonado por el Fundador, permitía salvar la fachada, el problema permanecía intacto.

El Superior, que se da perfecta cuenta de ello, no se desanima e inmediatamente proyecta una solución como alternativa que diera a su comunidad la seguridad apetecida : Era la elevación al episcopado de su tío Fortunato.

La verdad es que ya hacía tiempo que deseaba ver a Fortunato rigiendo una diócesis. A partir de 1814 toma la iniciativa, hace gestiones ante el Capellán mayor, Sr, Talleyrand, le parecía que los sacrificios que había hecho por la causa monárquica merecían una justa compensación y sus largos servicios, una equitativa recompensa.

Fortunato reunía las condiciones requeridas para entrar en la nueva jerarquía que apoyaba al trono en el altar y que, según la fórmula, prepararía al rey súbditos obedientes y sumisos. De este modo se creía asegurar el reinado de la Iglesia con el reinado del monarca de derecho divino. Escribía a Forbin-Janson : "Pocos son los sacerdotes capaces de hacer tanto bien como él... El bien lo hará. Esto es lo que deseo principalmente; las otras consideraciones que me han impulsado a pedirte que te intereses por él, no me habrían hecho escribir una sólo línea, ni dar un paso, si no estuviera seguro de lo demás".

Esas miras se sobrenaturalizaban todavía más cuando el Fundador de los Misioneros de Provenza, considera esa obra a la que da su preferencia y a la que todo lo subordina, porque ninguna le parece más eficaz para volver a Dios a sus compatriotas. Para velar por ella y por su crecimiento y para defenderse de sus adversarios es por lo que el P. de Mazenod quiere ir a París y no para abogar por su padre y sus tíos. Su intervención personal va a ser indispensable para el éxito de sus peticiones.

Son los intereses de su Sociedad los que privan en todas sus primeras gestiones en París. Renuncia a poner en movimiento en favor de su tío sus buenas relaciones que, casi seguro, se prestarían a concederle una sede. Dada la situación crítica de su Congregación naciente, se ratifica en el propósito, tomado en San Sulpicio, de renunciar a los cargos eclesiásticos para entregarse en exclusiva, a la evangelización de los pobres.

No quiso preentarse ante el señor duque de Berry "que me conocía muy bien"; por idéntica razón y a pesar de su amistad con los sobrinos del cardenal Talleyrand, compañeros de destierro en Nápoles y Palermo no apareció por la casa del Capellán Mayor que tenía las llaves de los beneficios. Fué el príncipe de la Iglesia quien, al enterarse de su estancia en París "deseó verlo". No era posible rechazar su invitación porque convidaba al P. de Mazenod a una velada en la que "sólo participarían los miembros de la familia y los íntimos". Muy impresionado por el valor sacerdotal del Superior y conquistado por las simpatías que le prodigaban los suyos. el "anciano cardenal... fue muy amable y prestó una acogida que se las prometía muy felices". Así que el futuro se presentaba "con los colores más vivos para una ambición deseosa de obtener un favor. El camino estaba abierto para escalar los mayores honores"

El P. de Mazenod destrozó todos los proyectos del Sr. de Talleyrand y rechazó todas las otras propuestas que no conocemos al detalle. Sólo piensa en entrevistarse con el Ministro de Cultos, Lainé, para obtener la autorización de su Congregación.

El fracaso de esta gestión le obligó a modificar sus proyectos para asegurar, por otros medios, la consolidación de su fundación. Ahora coloca en primer plano la candidatura episcopal de su tío, porque cree el Superior que ampara los otros intereses. Por eso las cartas del Fundador indican que, desde principios de agosto, se esfuerza por garantizar a la sociedad de los Misioneros de Provenza, la protección de Fortunato, instalado en una sede del Mediodía. Por

desgracia, esta segunda solución, a pesar de sus gestiones, parece condenada a la misma suerte que la primera.

Cuando el P. de Mazenod intervino en favor de su tío, todo estaba ya solucionado : las listas de los nombramientos para cubrir, cuanto antes, las diócesis conservadas o restablecidas, estaban hechas y entregadas para la firma del rey. El Superior se muestra muy decepcionado y anuncia a su madre que su tío "no podrá ser nada". "Se ha perdido la ocasión ya está todo hecho.. Se ha perdido la ocasión para siempre. Hace falta virtud para consolarse".

El 21 de agosto, el P. de Mazenod considera el asunto definitivamente perdido, y en cambio el 22, una carta escrita bajo la impresión de una sorpresa agradable, anuncia al P. Tempier una sorprendente y brusca intervención divina:

"Todo esto es un enigma para ti. No es el momento de dar explicaciones. No tardaré en asociarte a mi agradecimiento, y más cuando me siento incapaz de pagar solo todo cuanto debo a ese buen Maestro que lo dispone todo "suaviter et fortiter". Basta que lo quiera y hasta los reyes tienen que obedecer. ¡Es sorprendente, es asombroso! No puedo decir más; únicamente que la comunidad rece por mis intenciones".

¿En qué consiste esa gracia "maravillosa e inesperada" que de modo "verdaderamente inconcebible" y "por caminos en que nunca se hubiera podido pensar" lo atribuía todo a los designios de Dios que impone a los reyes su voluntad?

El 22 de agosto el P. de Mazenod se presenta en casa del Sr. de Latil, primer capellán del conde de Artois, obispo de Chartres, al que no conocía. Acude a ese personaje para "defender su obra atacada por la malevolencia, para hacer valer los derechos de la piedad y de la justicia".

Después de informar al prelado de las dificultades que encontraba en el ministerio la aprobación de los Misioneros de Provenza, ¿sacaría el Fundador la conversación sobre el venerable Fortunato, como único medio de remediar el fracaso sufrido ante Lainé? El capellán del obispo, que formaba parte de la comisión encargada del proceso informativo para la preconización de los nuevos titulares, tomó al vuelo la ocasión de proveer a una vacante inesperada: el sacerdote Besson, de Lyon, acababa de notificar su negativa y había que reemplazarlo.

Latil se decidió a presentar ante el Capellán Mayor, del que dependían los nombramientos, a Fortunato de Mazenod que venía como anillo al dedo para llenar el vacío, y pidió a su visitante los informes precisos para establecer los títulos del canónigo. El sobrino que, por si acaso, tenía preparada la hoja de servicios de su tío, dejó encima de la mesa del obispo de Chartres, el documento que los enumeraba. Recibió tales seguridades, que no dudó ni un solo momento del resultado.

Al día siguiente, 23, el cardenal de Talleyrand acoge muy favorablemente la propuesta que afecta a un amigo de su hermano, antiguo embajador en Nápoles, y de sus sobrinos. Faltaba la aprobación del rey. A finales de agosto todo estaba en regla.

Eugenio anunciaba a su padre y a sus tíos la noticia fresquita y feliz :

"Queridísimos amigos míos : Abro otra vez la carta que no pudo salir ayer. Es para deciros, pero en riguroso secreto, que el rey acaba de nombrar a mi tío Carlos Fortunato para el obispado de Marsella.

"Estoy todavía emocionado de agradecimiento a Dios. Sin que mi tío lo haya deseado, ni pensado siquiera, el Señor le da el obispado más apetecido de toda Francia, bien por su posición, bien por sus recursos, bien por el espíritu

cabal de sus habitantes, o bien por el clero excelente que tiene... Nadie sabe aún nada en París. Es la Providencia la que lo ha hecho todo : "digitus Dei est hic".

"¡Qué bien inmenso vamos a hacer! Provenza va a quedar regenerada. Un solo espíritu unirá a todos los obispos de la provincia : los conozco a todos. La obra que Dios me ha confiado consolida su existencia de modo sorprendente; preparo para el obispo de Marsella una escuadra selecta. Veremos de nuevo días hermosos para la Iglesia. Y ya está bien ... No hay que presentar ni la menor resistencia. La voluntad de Dios es manifiesta y su bondad no le va en zaga".

El 6 de septiembre siguiente el P. de Mazenod enviaba a Palermo otra carta sumamente larga para desarrollar las razones que obligaban a Fortunato a aceptar Marsella y que nos permite ver, entre otros motivos "secundarios", cuál es el motivo esencial que debe provocar la decisión :

"Pienso que mi tío... tomará como un llamamiento de la Providencia, un nombramiento en el que ni él ni los suyos han participado para nada y que de tal modo ha preparado la Providencia, el Señor de los corazones y de los acontecimientos, que sirve precisamente para consolidar, o mejor dicho, para salvar la obra a la que Dios vincula la salvación de Francia... El Señor protector declarado de nuestra gran obra de formación y de conversión de los pobres aldeanos, en el momento en que busco un apoyo en la tierra, elige con su misma mano el instrumento más adecuado para sostenerla. Y precisamente en la provincia donde va a ejercerse nuestro alto ministerio, porque no hace falta que os señale lo que significará para esa obra que el tío de su jefe sea el obispo de una de las principales diócesis en las que ejerce su saludable influencia. A poco que se examine la acción de la Providencia, ¡cuántas reflexiones podrían hacerse sobre este tema!".

A tantas "razones irrefutables que ha alegado", Fortunato debe "someterse y sacrificarse", "so pena de pecado sí, de pecado, lo digo seriamente, y paso por un buen teólogo".

Antes de llegar esa carta para vencer la resistencia de su tío, ya él había tomado una determinación : sus directores de Palermo le ordenaban aceptar.

El 9 de octubre escribe el nuevo prelado : "Bien, mi querido sobrino, ya está todo hecho. Puesto que no hay más remedio, obedeceré, pero poniéndome primero en manos de la divina Providencia a la que pido que tenga piedad de mi extrema miseria... Me someto , pero temblando".

2.- Segunda solución : recurso a Mons. Bausset.

A pesar de lo que se decía y se escribía en Provenza, el nombramiento no era oficial.

El Capellán Mayor había "presentado" al antiguo vicario general de Aix para que Luis XVIII lo aprobara; sin embargo, para terminar, hacía falta remitir al presidente del consejo, Richelieu, una ordenanza redactada por la Capellanía Mayor; luego tenía que ir al rey para que éste la firmara; y por último, se precisaba el refrendo del ministro del Interior.

El Superior de los Misioneros no ignoraba el procedimiento a seguir y tampoco dudaba del éxito final, dadas las seguridades del Sr. Latil. Pero a finales de septiembre todo vuelve a ser discutido.

El concordato de 1817 tropieza con una fuerte oposición; el ministro pone sumo empeño en mantener una sede por departamento. Marsella corría el peligro de quedar excluida por tratarse de una diócesis pequeña y estar cercana a Aix. Por eso mismo Richelieu deja en suspenso el nombramiento de Fortunato.

Y así quedaba en entredicho todo el plan soñado para asegurar el futuro de los Misioneros de Provenza. El Fundador de momento pierde el apoyo de Fortunato, y tal vez para siempre. Se impone la necesidad de acudir al prelado que podría ser su protector. Cuando se entera que ha regresado a París, interrumpe el retiro y va a casa del arzobispo.

La acogida del prelado superó todas las esperanzas de su visitante. Le dijo que proyectaba varios cambios y le ofreció nombrarle vicario general; así que no sólo se decantaba en su favor, sino que le proporcionaba el medio de defender él mismo a los misioneros de Provenza, con una jurisdicción y con un título oficial.

Pero al poco tiempo, Mons Bausset cambia de opinión. El P. de Mazenod lo intuye "por su conducta posterior" y sospecha "que en el intervalo nuestros enemigos han movido todos los resortes para indisponer al prelado. De cinco a seis veces que fuí a verlo, sólo le vi una. Es verdad que fuimos juntos a Issy, pero ni el menor gesto de confianza, ni una palabra sobre la diócesis, ni sobre proyectos. Saqué la conclusión de que le estorbo, después de haberme ofrecido tanto, porque no se atreve a enfrentarse con los obstáculos que le han presentado. Ya ves dónde estamos, mi querido amigo. Voy a esperar un poco todavía y, si sigue actuando así, probablemente me decidiré a pedirle explicaciones". (carta al P. Tempier del 9 de octubre 1817).

Esa explicación fué enormemente dolorosa. Como ocurre con frecuencia entre gente indecisa y tímida, el arzobispo, sintiéndose acorralado, se puso tieso con una franqueza brusca y torpe. No contento con justificar su cambio a causa de las quejas del clero y la oposición provocada contra los Misioneros de Provenza, dió al Superior una ocasión de ejercitar la humildad y la prudencia. Escribe al P. Tempier : "He precisado una gracia muy especial para no romper abierta y violentamente con el prelado que se ha dejado influir y ha cerrado los ojos a todas las pasiones de los hombres que nos ponen trabas y nos persiguen desde hace tiempo. Tal vez es el mayor sacrificio que he hecho de mi amor propio. Mientras estaba hablando con el prelado, veinte veces tuve la tentación de levantarme... Pero la misión, la Congregación y todas esas almas que todavía esperan su salvación de nuestro ministerio, me frenaban, me clavaban en esa dura cruz que la naturaleza a duras penas puede aguantar... Me ha quitado la razón en toda la línea y se la ha dado a los párrocos... Si yo exponía al prelado mi sorpresa por ser tan mal recompensado por mi abnegación sin límites, Monseñor me objetaba con pasajes de la Escritura para probarme que sólo debía esperar la recompensa eterna; que tenía que decir sinceramente con el profeta : "Elegi abjectus esse in domo Dei"; que tenía que protegerme contra el orgullo farisaico que anda buscando los saludos en las plazas públicas y ocupar el primer puesto y adornarse con bellas estolas; que era libre de hacerme o no vicario general...

"De todo ello sólo encuentro razonable esta afirmación, pero era una verdadera discusión sin fundamento, ya que no fui yo quien le dijo que me hiciera su vicario general, puesto que había sido él mismo y si yo no había rehusado, fue porque creí que el título sería beneficioso para que se respetara más nuestra obra...

"Nos hemos despedido como buenos amigos, o sea que me ha abrazado dos o tres veces, como si las heridas que rompen el corazón pudieran cerrarse pasando la esponja por la cara".

Este nuevo fracaso, sumado a los anteriores, afectó profundamente al P. de Mazenod. Al Fundador le costó mucho dominar la violencia de sus primeras reacciones. Sigue escribiendo al P. Tempier: "Os ruego, mis queridos amigos, que

consultéis delante de Dios, lo que debemos hacer. Rechazad cuanto huela a humano; que no cuenten más que Dios, la Iglesia y las almas que hay que salvar. Haré lo que decidáis. Estoy dispuesto a beber el cáliz hasta las heces. El primer impulso de la naturaleza fue dejar plantado al arzobispo pero, con la ayuda de Dios, haré exactamente lo contrario. Mi conciencia me dicta que no me tenga en cuenta a mí mismo en todo cuanto debo realizar... Dios será nuestro juez, y no temo apelar ante su tribunal contra las injusticias de los hombres. Tan puras son mis intenciones y tan rectos mis propósitos...

"Evidentemente la parte mala de la naturaleza que supe vencer, hubiera saltado de gozo en esta ocasión si, con tono altivo y proporcionado a las ofensas que aguanto, hubiera dicho al Sr, Arzobispo que no quiero nada con su diócesis... ¡Pero Dios me pediría cuenta! No lo haré, a no ser que vosotros no estéis de acuerdo; pero en este caso lo haré obligado. No seré responsable delante de Dios ¡Aquí estamos enfrentados a las cosas y a los hombres! Contestadme".

La respuesta fue digna del P. Tempier : "Nuestro querido Superior, hay que confesar que Dios nos trata con mucha bondad ya que nos da participación en los dones que ha dado a su propio Hijo. Permita que no nos separemos de Vd., aunque parezca que esas humillaciones son personales... Dios quiera que la Providencia nos trate siempre así y, sobre todo, que correspondamos! Nuestra pobre familia tan humillada, tan despreciada, pronto llegará a ser santa; y entonces, ¡qué cosecha!... Me perdonará mi simpleza al repetirle lo que sabe mejor que yo y, sobre todo, lo que sabe practicar mejor aún. ¿Cómo no íbamos a seguir su ejemplo?".

Su viaje, sin embargo, no logró el objetivo que se proponía. Llovían decepciones sobre decepciones. ¿Esperaba el P. de Mazenod contra toda esperanza? ¿Alargó su estancia para seguir de cerca la evolución de la crisis provocada por la oposición al concordato? En todo caso, no salió hasta el 24 de noviembre, después de haber recibido la aceptación de Fortunato, y después de haberse enterado, el 22, de que el acuerdo firmado con la Santa Sede sería sometido a la aprobación de las Cámaras.

3.- Regresan a Francia Fortunato y sus hermanos.

Faltaba anunciar a su tío la "situación falsa" en que le dejaba el tejemaneje que retuvo su nombramiento, y darle las instrucciones oportunas. El Fundador redacta unas cuantas cartas que Bouge le entregará cuando llegue a Marsella. No debe detenerse en la ciudad, sino marchar inmediatamente para Aix donde su sobrino le ha preparado "una habitación conveniente" en la casa de los misioneros.

El 27 de diciembre los tres hermanos desembarcaron en Marsella. Por las cartas que le habían entregado y luego directamente por el P. de Mazenod que fué a abrazar a su padre y a sus tíos, Fortunato pudo comprender la situación que le esperaba.. La sorpresa fué grande, porque se vió rodeado de atenciones y tratado como si ya fuese, efectivamente el sucesor de San Lázaro.

Mientras el presidente y el caballero se quedaban en Marsella, Fortunato siguiendo las indicaciones de su sobrino salió para Aix el 3 de enero de 1818. Encontró la casa casi vacía, porque aquel día comenzaba en el Var, la misión de Pujet, y el P. de Mazenod en persona había ido para inaugurar los actos, anteponiendo, una vez más, sus deberes apostólicos a sus afectos familiares. El obispo electo de Marsella se alojaba en una habitación a tono con su dignidad. Recibe muchas visitas desde que apunta el día hasta las 9 de la noche.

Fortunato confiesa que está "cada vez más maravillado de este centro fundado por Eugenio. Es realmente admirable y no ceso de dar gracias a Dios... El bien que ha hecho y que hace diariamente con sus dignos compañeros, es incalculable".

De este modo, el antiguo vicario general de Aix, constataba el efecto moral producido en Aix por su nombramiento episcopal que agrandaba mucho más la autoridad del P. de Mazenod ante los amigos de su obra, y desarmaba a sus enemigos. El viaje a París, por lo menos, había logrado ese resultado de sorpresa y de prestigio que valdría al Superior, con adhesiones un tanto forzadas, una seguridad relativa.

Podía entregarse, de lleno y con espíritu tranquilo a su apostolado de las misiones.

Capítulo IV

LAS MISIONES DE PROVENZA

1.- Misiones de Provenza y Misiones de la Restauración.

Las misiones predicadas por el P. de Mazenod y sus colaboradores de 1816 a 1823 se insertan dentro del movimiento general creado por el esfuerzo apostólico en Francia, a partir de 1815. Se trataba de conquistar para la Iglesia a una sociedad apartada de ella por la Revolución.

Nunca se había llevado esa obra de un modo tan sistemático y con tanta actividad.

Para el P. de Mazenod, la evangelización de las comarcas abandonadas es el objetivo principal de su obra y responde mejor tanto a sus gustos como a sus medios. La mayoría de ellos rehuyen los centros urbanos y, sobre todo el público burgués. Su formación intelectual y teológica, más bien superficial, no se lo permite. Su género, su estilo, hasta su dialecto que menejan, con frecuencia, mejor que el francés, los acercan más al sencillo pueblo provenzal en el que se encuentran más a gusto.

El P. de Mazenod, por su cultura y su educación, era una excepción entre ellos.

Por eso, de las 40 misiones predicadas desde 1816 a 1823, treinta se dan en los pueblos, 8 en la Bocas del Ródano, 6 en el Var, 3 en los Alpes Bajos y 13 en los Alpes Altos.

2.- El método misionero del P. de Mazenod.

El método seguido aparece a la vez tradicional y novedoso. Adopta los cuadros y los procedimientos usados en los siglos XVII y XVIII, y los acomoda a las condiciones del lugar y del ambiente social.

Aunque era intuitivo y espontáneo, poseía el arte de la renovación y el sentido de la adaptación. Ocurre con su acción apostólica como con su elocuencia, que no cabe en los marcos rígidos del sermón clásico, ni en las formas de un texto aprendido de memoria. En lugar de encerrarse en un texto fijo, cambia de táctica, según las circunstancias, teniendo en cuenta las necesidades y las posibilidades.

Por eso el Superior es especialista en lanzar la misión desde el primer momento, midiendo con un vistazo los recursos y asperezas del terreno. De este modo logra reanimarla cuando flaquea, haciéndose de nuevo con la población

para remediar la cortedad de algún compañero. Para ello introduce, si se da el caso, innovaciones oportunas, infiltradas cuidadosamente. Por eso, a veces, suprime ejercicios previstos que figuraban en el programa.

Las grandes líneas del genuino método de ese misionero provenzal, pueden centrarse en las siguientes :

Ante todo buscaba mantener contactos personales con todos los habitantes. Por eso, desde que llegan los Padres, empiezan sus visitas a domicilio, sin saltar ninguna casa. Esas visitas no son nada divertidas, pero son muy importantes porque acercan la misión al pueblo. Esas visitas son una innovación. Después de la Revolución que apartó al clero de una parte de la población, el Fundador juzgó que esas relaciones de hombre a hombre se imponían para preparar y completar los actos oficiales.

Para lograr que ese contacto fuera más íntimo y estrecho, el P. de Mazonod llega a identificarse con los que evangeliza, cargando sobre él todas sus faltas y encargándose de su expiación. Con ese fin da a la procesión de penitencia, tradicional en Provenza hasta 1789, un carácter que no tenía antes.

En su "Diario" de la misión de Marignane, donde esa procesión adoptó una forma nueva, escribe : "Se trataba de advertir que los misioneros, que habían venido a compartir de algún modo su suerte con el pueblo de Marignane, querían integrarse en la procesión de penitencia que se iba a hacer para atraer sobre ellos y sobre el pueblo la misericordia de Dios que tanto necesitaban. Para obtener ese favor de Dios, el Superior, máximo responsable de la misión, se ofreció ese día como víctima de la justicia de Dios".

El Superior sube al púlpito "para preparar los espíritus y disponerlos a considerar lo que se iba a hacer con los sentimientos que exigían las circunstancias".

Acabado el discurso y dadas las explicaciones, el P. de Mazonod se quita la sobrepelliz, "símbolo de inocencia, ya que ahora representaba a los pecadores", baja del púlpito, se arrodilla al pie del altar, "recibe de manos del párroco, una gruesa cuerda" que anuda al cuello, se quita los zapatos y calcetines, carga con la cruz de los Penitentes y en "ese estado" se pone a la cabeza de la procesión mientras el pueblo y el clero cantan alternando el "Parce Domine" y un versículo del "Miserere".

La procesión recorrió las calles del pueblo llenas de agua, de barro, de basura.

Al regresar a la iglesia, el Superior entrega la cruz al acólito, se tiende al pie del altar, rostro en tierra, sigue en esa actitud de oración por la conversión del pueblo y no se levanta hasta después de la bendición, para retirarse a la sacristía.

Esta audaz iniciativa no sólo produjo "una explosión de sentimientos cuyo recuerdo difícilmente se borrará de la memoria de los que fueron testigos", sino que produjo efectos maravillosos y atrajo gracias tan abundantes que el Superior recurrió a ese medio en los casos en que había que dar un aldabonazo "para remover las conciencias adormecidas en algún lugar que no era religioso".

Inmediatamente después de la procesión se tenía una reunión especial para jóvenes. El Fundador la consideraba como uno de los "actos y ejercicios más importantes de la Misión". Se trataba de llegar al convencimiento para que renunciaran a los bailes y al paseo con chicas, batalla extremadamente difícil de ganar en Provenza, dada su "pasión desenfrenada" por los bailes. Había que aprovechar el efecto que produjo en esas almas emotivas, la ceremonia de expiación. "La experiencia nos ha demostrado que era el mejor, y tal vez, el único medio de superar el prejuicio, estimulado por tantas pasiones".

Evidentemente se dan resistencias y negativas. En ningún lugar se observaron perfectamente los compromisos, a pesar de la apertura de locales donde los congregantes podrán reunirse para hablar y divertirse honestamente.

El afán de adaptarse al ambiente rural de Provenza y a la situación religiosa del país, llevan al P. de Mazenod a introducir ciertas modificaciones en el método entonces corriente.

Hay que destacar que su esfuerzo principal se centra en la predicación, porque cuenta, ante todo, con la palabra de Dios para iluminar y convertir. Las visitas por las casas, las exhortaciones del confesionario, no hacen más que completar la fuerza de la palabra dirigida a toda la parroquia. Las fiestas que atraen, excitan la imaginación y animan la sensibilidad, son para él medios secundarios.

Durante la misión abundan las procesiones : una la de apertura, en la que toda la población, con el párroco a la cabeza, recibe a los misioneros a la entrada del lugar; otra se hacía para la plantación de la cruz; otras tres durante la predicación : la de la penitencia, la de reparación del Smo.Sacramento, y la procesión al cementerio, el tercer lunes, después del oficio de Difuntos, con predicación al aire libre. Todas esas ceremonias se realizan con cantos que dirigía un coro, mientras toda la concurrencia repetía el estribillo.

Los temas tratados en la iglesia mañana y tarde, siguen el plan tradicional.

Los sermones de la tarde presentan las grandes verdades : salvación, pecado mortal, juicio, infierno, purgatorio, plazo de conversión, cielo, etc.

Los de la mañana son doctrinales : mandamientos de Dios, de la Iglesia, sacramentos, credo.

Al Fundador le parece mejor insistir sobre las verdades que hay que creer, los deberes que se deben practicar y los medios para santificarse, ordinariamente elimina las discusiones doctrinales o apologéticas.

Lo mismo que la elección de los temas, el género oratorio responde a las exigencias del ambiente popular y rural.

Dice el P. de Mazenod en las Constituciones : "Sería ir contra el espíritu de nuestra Regla, si se cuidan más de la elegancia del estilo que de la solidez de la doctrina. Bastantes predicadores quieren lucir la elevación de su elocuencia y sorprender con el esplendor de su dicción bien estudiada. Debemos seguir otro camino... Mirar únicamente a la formación de los pueblos; tener en cuenta, en nuestro auditorio, la necesidad del mayor número..., no contentarnos con romper el pan de la palabra, sino masticarla; proceder de tal modo que, a la salida de nuestros sermones, no tengan la tentación de admirar tontamente lo que no han entendido, sino que marchen edificados, conmovidos, instruidos, capaces de repetir en el seno de la familia lo que han aprendido de nuestros labios" (Constituciones de 1818).

El Superior sobresalía en este arte porque lo despreciaba. Su espíritu sobrenatural no le permitía buscar otra cosa que la salvación de las almas. No se puede lograr "ese fin tan deseable, escribe, más que olvidándose totalmente de uno mismo, renunciando a su propia gloria, despreciando en el fondo de su corazón los vanos aplausos de los hombres". La palabra humana debe ser un simple instrumento al servicio de Dios y vale lo que vale el espíritu interior que la anima.

Sus dones naturales le permiten una auténtica elocuencia. "Como orador nato, el P. de Mazenod no puede contentarse con recitar un discurso bien

compuesto que entorpecería su acción y la privaría de sus recursos. Esto no quiere decir que su predicación no estuviera preparada; al contrario, los esquemas que nos quedan prueban que sobre cada asunto acumula documentos, ordena materiales, hasta redactar ciertos pasajes con sumo cuidado. Pero una vez en el púlpito se olvida de sus papeles para entrar de un modo más directo en comunicación con el auditorio. Según vea las disposiciones y reacciones de éste, modifica el plan, suprime y añade, rehaciendo, como quien dice, el fondo y la forma en una superación constante.

"Su talento nunca estaba en mayor altura que cuando tenía que resolver una dificultad surgida de repente. Cuanto más repentina era una improvisación, más afortunada resultaba; cuanto más fuerte el choque, más seguro el éxito". Así escribía un buen juez, antiguo decano del Colegio de Abogados de Aix, Tavernier.

Todo se daba la mano para impresionar : su gran estatura, su talante distinguido, el fuego y profundidad de sus ojos negros, la sonoridad de su voz, unas veces acariciadora y suave, otras trepidante como las trompetas del juicio final. Utilizaba sus registros con una variedad sosegada y unos contrastes sorprendentes. Y finalmente, la lengua provenzal, que manejaba excelentemente, le ofrecía todo el concurso de sus imágenes coloristas, de sus largos períodos y de sus armonías cantarinas.

De ahí su dominio sobre los recursos más variados que siempre lograban cautivar y aprisionar.

Siempre supo hacerse oír de los sabios, los grandes, los pequeños, los ignorantes, los niños que permanecían inmóviles, silenciosos y encantados.

"Su palabra era querida, buscada, aplaudida y ha quedado, entre nuestros improvisadores de Provenza, como el prototipo más elevado, más completo, más puro que jamás haya aparecido en nuestros púlpitos cristianos". (Tavernier : Recuerdos de Mons. de Mazonod).

Los que no poseen ese mismo don, no podrán sin imprudencia, prescindir del método indispensable a los talentos modestos.

La Regla de los Oblatos, que codifica una costumbre ya existente, prohíbe al Superior que autorice a subir al púlpito "sin haber escrito, previamente, y aprendido de memoria los sermones que deben pronunciar".

El Superior, aunque le cueste un gran esfuerzo, cree que debe practicar él mismo ese género difícil de manejar. Cuando no puede predicar los sermones, se reserva los "avisos" que son indispensables y hacen mucho bien.

3.- Vida de los misioneros.

El P. de Mazonod para arrastrar a las masas, confiaba en el ejemplo, los sacrificios y la santidad, mucho más que en los métodos apostólicos. Así nos explicamos las normas austeras del "reglamento especial para las misiones".

Los Padres preparan siempre su salida con un día de retiro. "Antes de abandonar la casa entrarán en la iglesia con atuendo de viaje, es decir, con sotana, un bastón en la mano y el breviario bajo el brazo". Se arrodillan alrededor del altar, salmodian el "Itinerario de los clérigos", reciben la bendición del Santísimo y el mandato de misión del Superior, después de besar el suelo, se ponen en camino "en la paz del Señor... Cuando el pueblo al que tienen que ir no está demasiado lejos, harán el viaje a pie para imitar y honrar

los viajes y fatigas de Nuestro Señor y de los Apóstoles, cuando recorrían caseríos y pueblos para anunciar el Reino de Dios". Cuando se autorizó, para las grandes distancias, el uso de los medios de transporte, el Fundador, por espíritu de pobreza y de mortificación, se pegaba a veces unas caminatas que alarmaban a su tío Fortunato : "Cuando volvió de Gap, de un trayecto de 30 leguas, ¡y qué leguas!, hizo 22 a pie con sus compañeros... Querer darle consejos sobre eso, es perder inútilmente el tiempo. Te aconsejo que no le digas nada en tus cartas, contentándote con encomendarle a Dios para que le conserve y le ayude a modificar la rigidez de su carácter, llevado siempre a los extremos". (Carta de Fortunato al Presidente).

Al llegar a su destino, después de la recepción solemne del párroco y feligreses que habían ido a su encuentro con la cruz alzada, los Padres sin descansar nada, comenzaban inmediatamente su trabajo y habrían la misión.

Por espacio de tres semanas, el día comienza, para ellos a las 4 de mañana, con media hora de oración, la misa, el sermón y los avisos de la mañana, el Oficio Divino, recitado de rodillas ante el Santísimo. Toda la mañana deben pasarla en la iglesia y de allí nadie puede salir sin permiso de Superior. A las 11,45 examen particular. A las 12 comida. Después visita de enfermos y confesiones. Por la tarde a las 8, segundo sermón, oración de la tarde. A las 10 cena. A las 11, acostarse.

Los misioneros han de comer juntos, sin aceptar invitaciones de la gente y sin admitir extraños a su mesa, a no ser, de vez en cuando al párroco. "La comida será siempre frugal. Al preparar su comida, nunca tendrán más carne que de la carnicería. No consentirán que aparezca sobre la mesa, caza, volátiles, pescado, demasiado caro y raro, dulces, confituras finas y otros alimentos delicados que no convienen a hombres apostólicos que deben contentarse con el menú corriente del país. De ordinario tendrán dos platos de cocido, sopa, productos lácteos y postre".

En cuaresma se reducía ese régimen austero, porque se ayunaba rigurosamente a pesar del trabajo sobrehumano. Como botón de muestra, estos son los alimentos que tomaba el P. de Mazenod de acuerdo con su confesor, y siempre que el médico lo aprobara con una decisión formal : "Pregunta de mi parte al doctor si juzga que puedo comer por la noche una sopa de arroz o de sémola con leche de almendra y con una naranja, por haber dado las misiones de Chateau-Gombert y de Brignoles que me han cansado un poco y por tener que predicar en Saint-Chamas, dos veces casi todos los días con bastante energía. Si piensa que es suficiente la sopa, prescindiré de la naranja que tomaba con gusto porque me refrescaba la sangre que está a veces algo alterada. Además cualquier otra cosa me daría asco, después de esa sopa que siempre repugna a mi gusto. Por la mañana sólo tomo dos o tres cucharadas de agua caliente azucarada, antes de subir al púlpito. Por la tarde como el sermón es más largo y más animado, tomo un poco de vino caliente con azúcar, porque tengo comprobado que esa bebida, que significa para mí una gran penitencia, me fortalece enormemente el pecho y la voz. El sábado ayuno en regla, porque no predico por la tarde y además, al día siguiente, tomo, después de la misa, una taza de chocolate".

Agotado por los sermones y las confesiones que, a veces, se prolongan durante 24 horas en iglesias heladas, el P. de Mazenod se imagina que descansará mejor durmiendo sobre las tablas de su cama, por eso retira inmediatamente el colchón y el jergón. A pesar del frío y de los consejos de Fortunato, no se le pudo convencer para que se abrigara, y se negó en redondo a que se metiera en su saco de dormir un chaleco de punto, totalmente nuevo, para reemplazar al que lleva... tan gastado y tan malo que nadie se atrevería a dárselo

a un mendigo. "Para algunas cosas, añade su tío, es un cabezota, y lo peor es que no cambiará nunca. Por eso me resigno, y para no impacientarme inútilmente, ya no le llevo la contra en nada, y me contento con encomendarlo a Dios".

Tampoco lograrán que cambie de zapatos, que están de pena. Para señalarlo en la procesión la gente dice : "Es aquel que va enseñando los zancajos".

Por obediencia acepta alguna mitigación en su régimen alimenticio, y por obediencia también acatará las normas de Guigou que le prescribían limitar sus giras apostólicas, tenidas por excesivas por el prudente Fortunato.

Como dice el canónigo Sevrin, se necesitaba mucha imaginación y escasísima buena fe en la prensa liberal, para presentar a los misioneros "llevando una buena vida y dándose opíparos banquetes".

4 .- La Misión de Marsella.

Hubo misiones en Marsella y en Aix en 1820. Allí estuvieron el P. de Mazenod y sus compañeros con el método, la preocupación, el celo y el espíritu de penitencia que los caracterizaba. Fueron misiones generales predicadas simultáneamente en todas las parroquias de las dos ciudades y dadas conjuntamente por los Misioneros de Francia y por los Misioneros de Provenza. Plantean problemas de organización y de colaboración, de suyo delicados y nada fáciles.

Se necesitaba flexibilidad para distribuir del mejor modo posible un personal tan diverso, negociando con los párrocos que a veces eran exclusivistas. Algunos tenían preferencias por los misioneros de París, por su estilo más cultivado y una reconocida reputación.

Otros párrocos se niegan a conceder a los Misioneros de Provenza, que están desbordados, los confesores de refuerzo que habían venido de toda la diócesis; el Arzobispo por exceso de diplomacia no atiende las justas reclamaciones del Fundador.

Se tropieza con un obstáculo que debió haberse previsto : el insuficiente número de parroquias para una ciudad que cuenta con 109.000 habitantes; sus 11 iglesias no bastan para absorber a la masa que se apretuja en ellas. Se producen desórdenes y gritos para ocupar un sitio.

Los Misioneros de Provenza a los que se les habían encomendado tres parroquias populares, San Lorenzo, los Carmelitas y San Victor, tampoco podían evitar el barullo, porque acudían de otras parroquias para oír los sermones en provenzal. Hablaban a un auditorio más homogéneo que sus colegas parisienses.

El P. de Mazenod destaca por su inventiva. No contento con dar dos sermones al día en los Carmelitas y en San Lorenzo, comienza a dar catequesis a 50 pobres pescadores de casi 60 años y que no habían hecho la primera comunión. Además, en San Ferreol, dirige con el Sr. Janson el retiro a los cargadores del puerto, con tal éxito que dicen los anales de la misión de Marsella que era una maravilla la devoción de esos "modernos Goliat".

El crédito que tenía el Superior ante esos "modernos Golita" dio facilidades para una intervención eficaz e impedir represalias sangrientas, al llegar la noticia del asesinato del duque de Berry. En los barrios populares, de un monarquismo muy exaltado y de pasiones violentas, se podía temer los peores excesos contra los antiguos revolucionarios y los burgueses liberales. La primera reacción fue "vengar en sus personas al príncipe que lloramos".

El P. de Mazenod intervino en nombre de la religión para evitar el peligro. Mientras condenaba el crimen que sumía a Francia en luto, habló de paz y de mansedumbre evangélica en San Lorenzo y en los Carmelitas y después del acto de la tarde, habló con los grupos que se formaban en la calle, logró calmar las pasiones terribles que bullían en el seno de las masas populares, dispuestas a lanzarse furiosamente contra la ciudad. Unos días después los hombres de los Carmelitas y de San Lorenzo confesaban que sólo él los había frenado. La opinión pública atribuyó a la influencia de los Padres el mantenimiento de la tranquilidad en esas críticas circunstancias. Ese resultado bastaría por sí solo para probar el éxito de sus sermones y el beneficio de su influencia. La misión de Marsella fue un éxito.

En un principio, atrapados por la concurrencia, los misioneros lograron encauzar más o menos bien a base de improvisaciones : desdoblan los actos, multiplican los retiros, dedican conferencias especiales a los militares de la guarnición, a los penitentes de todo nombre, a los enfermos de los hospitales, a los cargadores, a los detenidos en las cárceles. Y sobre todo organizan manifestaciones al aire libre en las que reúnen masas enormes : procesión de Nuestra Señora de la Guardia el 2 de febrero que cubrió toda la colina de marseleses y la de la Cruz, llevada en triunfo por la Canebiere y la dársena, con discurso de circunstancia a cargo del P. de Mazenod que hizo llorar a todos los asistentes y llenó de admiración al Arzobispo de Aix.

La despedida de los Misioneros de Provenza y de Francia fue de las más emocionantes. Ambas Sociedades hicieron la obra de Dios y gozaron de gran popularidad, pero no se ganaron los mismos ambientes. Los Misioneros de Provenza se llevaron el clamor de los barrios populares y los otros el de los barrios aristocráticos y burgueses.

Observando las normas convenidas en el trabajo, hubo entre ellos una unión perfecta, gracias a la amistad de sus jefes, Janson y Mazenod. Pero desgraciadamente y, a pesar suyo, la erección del Calvario y las otras obras creadas para asegurar la perseverancia de "aquellos que han aprovechado la misión" y el apasionamiento de la buena sociedad por los parsienses, fueron causa de divisiones lamentables.

5.- La Misión de Aix en 1820.

En Aix, ciudad aristocrática, intelectual y encerrada en sí misma, la misión no podía tener el mismo carácter que la de Marsella, ciudad comercial, bullisiosa y en pleno desarrollo.

El P. de Mazenod se encontraba allí como en su propia casa, apoyado por sus obras y por fervientes simpatías, pero también combatido por una camarilla de salón y por parte del clero.. Los párrocos, tal vez con la excepción de uno, el del Espíritu Santo, recién llegado, prefieren a los Misioneros de París y no quieren que el Superior pise sus iglesias por temor a que creciera demasiado el ascendente entre los fieles y los arrastrara a la capilla de las carmelitas.

Para colmo de desdichas en lugar de nombrar jefe de la misión al Sr. Janson, como en Marsella, con quien podía entenderse, nombraron al Sr. Desmares, un rigorista que pronto perdió su autoridad y hasta su crédito. El P. de Mazenod no podía tampoco contar con el Sr. Arzobispo que navegaba entre dos aguas y no deseaba tomar partido entre el P. de Mazenod y los párrocos de Aix.

Llegados los Misioneros de Francia se hizo un reparto muy hábil. Los Misioneros de Provenza se quedaban en la catedral, por cierto la iglesia de mayor importancia, y parroquia netamente popular. Se les confió además San Juan del Arrabal. Finalmente se decidió que la capilla de las carmelitas también tuviera su misión y que el jefe de los Misioneros de Paris, Desmares, y el P. de Mazenod se repartieran la predicación.

Los actos comenzaron con una magnífica procesión. Escribe Fortunato al Presidente : "Tu hijo hizo ayer la apertura de la misión en dos iglesias, la del Salvador y la del Arrabal. Ambas estaban de bote en bote y reinaba allí el mayor silencio. Habló como un ángel".

Algunos incidentes provocados por los Sres. Desmares y Guyon el comienzo de la misión no impiden que la misión produzca unos frutos que Fortunato califica de prodigiosos. Sin callar los méritos de los parisienses, el canónigo se recrea, naturalmente, en los éxitos, debidos principalmente, después de Dios, "al celo, al talento y a las virtudes de tu hijo, cuyo nombre no puede pronunciarse sin emoción". Así escribía el 3 de abril al presidente.

Y sigue : "La iglesia del Salvador siempre está llena; reina allí un silencio perfecto, incluso antes de los ejercicios. Cada vez que habla hace sollozar a todo el auditorio. Sobre todo estuvo arrollador el día de la reparación y no dudo que también lo estará el jueves, día de la renovación de las promesas. Su existencia es un verdadero milagro. Dios lo sostiene para que obre prodigios increíbles en las tres iglesias que están a su cargo, aunque sólo predique en provenzal. Dudo que ocurra lo mismo en otras iglesias, a pesar de la elocuencia de los de Paris que no llega a los corazones como la de tu hijo. Sus éxitos son tan prodigiosos que nos espera un trabajo de lo más consolador para varios meses".

La capilla y la casa de la misión están literalmente invadidas de penitentes. Escribe Fortunato el 20 de marzo : "Creo que los párrocos que le rechazaron en sus iglesias, están arrepentidos. al ver cuánto bien se hace en El Salvador y en el Arrabal. El pueblo asiste en masa tanto por la mañana como por la tarde, lo mismo a los sermones que al confesionario. No se ve la misma concurrencia en otras parroquias".

El arzobispo estaba entusiasmado, y sin consultar con el Cabildo, le dió autorización para retirar los tabiques, puertas y rejas que separan el coro de la nave principal, para colocar allí a los hombres que no saben donde ponerse.

Por desgracia, los canónigos, muy descontentos ante la invasión de su coro por simples laicos y más aún por haber quitado, sin su autorización, las rejas que garantizaban el recogimiento de su oración, iniciaron unas represalias mezquinas y odiosas y, en todo caso, ridículas, que culminaron en la clausura de la misión provenzal : para reivindicar públicamente sus derechos y afirmar su autoridad ignorada, prohibieron que hablara el Superior de los Misioneros de Provenza. La catedral estaba repleta de hombres y mujeres que habían asistido a la procesión del Calvario y esperaban el sermón final del P. de Mazenod. Pero en lugar del orador, aparece en el púlpito el párroco y ante la estupefacción general anuncia que han terminado los actos y no hay predicación, y que se vayan marchando. Los asistentes protestan con energía, unos hombres salen, corren al palacio episcopal y quieren romper los cristales a pedradas o derribar las puertas. Por fortuna, en ese momento llega el P. de Mazenod que intenta salvar la situación. se lleva la gente a la iglesia de la Misión y desde lo alto de la escalinata les habla, restablece la calma y logra vayan a sus casas.

Avisado el Arzobispo, que estaba en Tolón, acude inmediatamente y para complacer a los fieles y reparar la ofensa hecha al P. de Mazenod, decidió hacer

una nueva procesión al Calvario el domingo siguiente y que la cerrara el P. de Mazenod con el sermón anunciado el domingo anterior.

El 7 de mayo, se celebró la procesión, y el Fundador subió al púlpito para pronunciar el discurso que había escrito y aprendido de memoria. De pronto le falló completamente esta, se puso de rodillas, invocó al Espíritu Santo y se lanzó a una improvisación que le hizo dueño de la situación. Aquel día se superó, logró decirlo todo con un tacto, una precisión y una emoción que anulaba todas las dificultades y acercaba las almas. Este discurso causó viva impresión en los oyentes, el Sr. Arzobispo quedó muy conmovido y quiso que el P. de Mazenod bendijera al pueblo.

Así gracias a la rehabilitación magistral realizada por el P. de Mazenod, la misión de Aix, comprometida algún momento "por una medida tan injusta como intempestiva", concluyó "en la paz de Dios".

6 .- Dificultades y actitudes opuestas.

En contraposición con los procedimientos del Cabildo y párrocos de Aix, los párrocos de los pueblos piden la ayuda de los misioneros y expresan con entusiasmo su agradecimiento.

No deja sin embargo de haber dificultades, pero no son de tipo personal : no había coincidencia en los principios y la solución a los problemas de conciencia no iba de acuerdo. El P. de Mazenod, como reacción contra el jansenismo y sus secuelas de rigorismo extremo, adoptó la teología moral de San Alfonso de Liguori.

El clero no se contenta con discutir a los misioneros acusándoles de laxismo, sino que llega a entorpecer su ministerio. En la diócesis de Digne, con Mons. Miollis, no les daban la autorización para absolver a los bebedores, bailadores y bailarinas, habitudinarios, usureros y feligreses infieles al deber pascual, etc.

En la solución de los problemas de justicia planteados por la venta de los bienes nacionales y las deudas contraídas durante la Revolución, se les acusaba de excesiva severidad.

Estas divergencias de opinión y de práctica que creaban tirantez entre los misioneros de Provenza y el clero secular eran entonces corrientes en las misiones predicadas en esa época, en Francia. Se trataba de una cuestión tan compleja como delicada y no faltaban razones serias para apoyar la tesis y la antítesis. En la solución, los teólogos franceses aparecían titubeantes y en completo desacuerdo.

También las autoridades civiles causaron dificultades : Chevalier, prefecto del Var, después de lamentar los "sermones ridículos e insolentes de los Sres. Maunier y Deblieu, acusa al Superior y a sus compañeros de trastornar el país y el ministro Lainé suspende la misión. Una carta enérgica del vicario capitular en la que acusa a Chevalier de haber dado una versión inexacta de las cosas, acaba el asunto.

Los liberales tanto en Marsella como en otros sitios ponen dificultades a las misiones : panfletos, artículos en los periódicos, denuncias al ministro del Interior, etc.

El 14 de febrero de 1820, fecha del asesinato del duque de Berry, señala un viraje en la historia de las misiones en Provenza, los mismos prefectos que

antes las querían suprimir no ponen ahora ningún obstáculo sino que piden se autoricen las ceremonias externas.

7.- Un balance

El éxito de las misioneras de Provenza fue desigual. Algunas fracasaron en parte o del todo como la de Rognac, mientras en Barjols y Marignane, la asistencia, casi masiva despertó el entusiasmo.

Como acuden de otros pueblos no se puede conocer el tanto por ciento de hombres y mujeres que se acercan a los sacramentos, en general es muy elevado.

Para las confesiones hay que tener en cuenta la costumbre que pedía que se presentaran por lo menos 4 veces, antes de recibir la absolución; el P. de Mazenod, tan opuesto a todo lo que olera a jansenismo, mantenía esa práctica. Pensaba que no basta con ayudar a uno a examinar su conciencia y moverle a la conversión. Se precisa, sobre todo, instruirlos, "supliendo con los consejos particulares que se dan, la falta de formación". Por eso, según su propia expresión, el Fundador confesaba sin que contara el tiempo, sin comer y sin dormir, para no dejar plantados a los pobres penitentes. Aunque incompletos todos estos datos manifiestan una clara vuelta a la práctica sacramental.

En Grans, escribe Mons. de Mazenod en su "Diario" : "Los habitantes, encantados de su vuelta sincera a la religión, comunicaron a los carreteros de Salon que tendrían que ir por otra carretera si no renunciaban a las blasfemias; y se cuidaron mucho de hacerlo. Una pobre mujer de Saint-Chamas que vendía pescado, recibió una sonora bofetada de una mujer de Grans por haberse atrevido a decir una palabra injuriosa contra Dios. Un hombre que se había confesado y que, como los demás, había prometido no volver a blasfemar, vino un día a verme tan confuso que daba pena. Le digo : "¿Qué te pasa, amigo mío, para estar tan triste?

- ¡Ay!, Padre mío, me contestó en provenzal, "m'en a esquia un". Se refería a una blasfemia que se le había escapado sin querer. Y añadía :

- "Pero me he dado una buena paliza.

Después de haber castigado a su burro terco que no aguantaba ancas y había tirado la carga, se había propinado a sí mismo unos buenos latigazos.

- Fue, me decía, para castigarme y ser más cauto la próxima vez".

Entonces como hoy, los efectos de la misión no son eternos. "La perseverancia dependía de circunstancias muy varias en cada parroquia... del trabajo profundo realizado en las almas, de la buena organización y de la actividad de las obras, del celo firme y prudente del clero local".

El P. de Mazenod, que no lo ignoraba, se preocupaba, ante todo de instruir y convencer; como él decía, de moldear a los penitentes en el confesionario. Agrupaba a los mejores elementos en congregaciones de hombres, de mujeres, de jóvenes, las únicas asociaciones que conoció su época; y por fin, al cabo de algunos meses, organizaba la segunda vuelta por los lugares de la misión.

Para sus compañeros y para él la preocupación era "asegurarse si las impresiones recibidas y los propósitos hechos no habían sufrido algún deterioro; si los convertidos perseveraban; si se había cumplido con Pascua; si se celebraba el domingo; si el baile y el bar habían recuperado su clientela; si seguía reinando

la paz y la unión; y finalmente, el punto capital, si las asociaciones de piedad o de caridad seguían su ritmo regular y fervoroso".

A pesar del aflojamiento que era de esperar, el movimiento lanzado por el P. de Mazenod y por sus compañeros de Provenza, sigue apareciendo poderoso y religiosamente, muy eficaz.

El movimiento de las misiones se había demostrado fecundo y hay que reconocer con justicia, el heroico esfuerzo de aquellos que entonces, quisieron recristianizar Francia y que parcialmente, reanimaron la fe en ella.

Capítulo V

ETAPAS DECISIVAS PARA LA EXPANSION Y AFIANZAMIENTO DE LOS MISIONEROS DE PROVENZA

- 1 .- Una opción que compromete el futuro: la fundación de Ntra. Sra. de Laus.

Desde que se fundó, en enero de 1816, la Sociedad de Misioneros de Provenza, sus efectivos habían aumentado poco. En julio de 1818 contaba con seis sacerdotes y once novicios o escolásticos.

El P. de Mazonod, al principio, no tenía intención de fundar una congregación ni comprometer a sus colaboradores con votos de religión. Pero al cabo de dos años una oferta inesperada le obliga a modificar su plan inicial para responder a una situación completamente diferente.

En nombre de Mons. Miollis, el vicario general de Digne, Sr. Arbaud le ofrece el cargo de guardianes del santuario de Ntra. Sra. de Laus, atendido antes de la Revolución, por los Padres Custodios y, a partir de 1802, por sacerdotes de la diócesis. En 1816, gracias a una suscripción del clero, el abate Peix, párroco de Gap, había restaurado el convento unido a la iglesia, y el obispo quería instalar allí una comunidad estable para recuperar su destino primitivo. El Sr. Peix le recomendó a los Misioneros de Provenza que tenían el mismo fin que los Misioneros Custodios, suprimidos en 1790, y tenían a su favor el éxito de su predicación. El prelado sólo pide dos sacerdotes a los que no les faltarán los medios de subsistencia, durante el invierno misionarán, en verano atenderán a las peregrinaciones.

El Fundador valora inmediatamente las consecuencias que tiene para su obra la decisión que hay que tomar : en lugar de una casa, dos; para conservar la unidad había que transformar la asociación en congregación, introducir los votos, quedaba pues en entredicho el proyecto primitivo.

Proponer unos votos era modificar totalmente las condiciones en las que habían basado su colaboración. ¿Aceptarían?. Se comprende la perplejidad del Fundador. Fundar en Laus era correr el grave riesgo de verse absorbidos por una diócesis lejana, ¿no perdería también a sus colaboradores si contra su intención formal cambiaba su naturaleza? Si se negaba a hacer los votos una fuerte minoría, el remedio buscado contra el mal futuro provocaría una crisis inmediata. ¿No sería preferible, en este caso, ir a lo más seguro, y recordar que lo mejor es, a veces enemigo de lo bueno, y asentar sólidamente la Asociación en Aix en lugar de ir más lejos, y dejar al tiempo el cuidado de preparar los espíritus para

unos compromisos que, ahora, resultaba prematuro proponer y, a fortiori, imponer?

"No hay que saltar sobre la Providencia", repetía el prudente y lento Vicente de Paúl. Pero tampoco hay que perder la ocasión de secundar sus designios. Después de reflexionar y de rezar, el Fundador, al principio muy indeciso, se convenció de que la carta del Vicario General llegaba en el momento oportuno para decidirle a terminar con las treguas aconsejadas, hasta entonces por la prudencia. Dios lo invitaba a ir adelante. En el fondo es lo que deseaba, sin atreverse por sí mismo a tomar una determinación tan grave.

El P. de Mazenod, con todo su aplomo externo y su talante tajante, y sus modos de botafuego, es, por naturaleza, indeciso, opuesto a las maniobras y tan difícil para arrancar, que su amigo Janson, le llama abiertamente "culo de plomo".

Sin embargo cuando actúa como superior y más tarde, cuando actúa como obispo, su seguridad es imperturbable; su ímpetu irresistible y su audacia se enfrenta a los mayores obstáculos. Esa contradicción aparente se explica por el profundo sentido sobrenatural que tiene de su misión apostólica. Cuando esta lo exige, no hay nada que lo detenga, porque cuenta con la Providencia que le guía para suplir la falta de medios y lograr el fin que le señala la voluntad de Dios. Más de una vez sin tener los hombres ni los recursos necesarios, sabrá tomar en el momento oportuno, decisiones e iniciativas extraordinarias y audaces. Justo es reconocer que el método le resulta y que de modo increíble, el éxito fue su aliado para premiar la difícil "violencia" que se había impuesto. El 25 de agosto de 1835, escribía Mons. de Mazenod al P. Tempier : "Dicen que soy emprendedor por carácter y que necesito la acción y el movimiento. Es todo lo contrario. Si he obrado y me he movido mucho y emprendido cosas difíciles y las he llevado a buen puerto, ha sido por obligación y porque me era imposible negarme a cierta evidencia que me señalaba que ésa era la voluntad de la Providencia. Por mi propio carácter siempre he sentido una gran aversión a cualquier asunto. No concibo cómo se puede dar un paso ni moverse lo más mínimo por ambición" (cita del P. Rambert).

Al Fundador no le gustaban nada los regímenes democráticos y tanto por principio como por tendencia personal, optaba por la autoridad. De tener libertad de movimiento hubiese procedido por la vía de autoridad; pero en las condiciones en las que se iniciaba una partida tan difícil como decisiva, abusar de la fuerza suponía demasiado riesgo. Era preferible, con la apariencia de una consulta, inducirlos a decidirse por sí mismos : "Sentí la obligación, dice en sus "memorias", de convocar un consejo extraordinario con todos los que componían entonces mi pequeña sociedad, incluyendo a los jóvenes que todavía no habían recibido Ordenes sagradas. Era para hacerles comprender que al ser llamados a otra diócesis para hacer allí una nueva fundación, era necesario ensanchar el reglamento que nos regía e intentar hacer unas constituciones más amplias, establecer unos lazos más estrechos, asentar una jerarquía, en una palabra, coordinar todas las cosas de modo que hubiera una sola voluntad y un mismo espíritu de acción. Todos estuvieron de acuerdo y me rogaron que me dedicara en serio e inmediatamente a redactar la constitución y la regla que deberíamos adoptar".

Para disponer, en caso necesario, de un apoyo complementario, el Fundador había ampliado el consejo dando entrada, al lado de los cinco sacerdotes, a los cuatro hermanos escolásticos incorporados a los Misioneros de Provenza y ganados todos para sus proyectos. El resultado de la consulta superó todas las esperanzas, puesto que hubo unanimidad en los sufragios. Sin embargo, esa unanimidad descansaba sobre un equívoco porque, aunque todos

estaban de acuerdo para aprobar en bloque la propuesta del Superior, no todos se dan cuenta de su alcance real.

Se había hablado de establecer "lazos más estrechos", pero el P. de Mazenod no precisó sus intenciones sobre el particular; no habló de votos, pero dijo menos, dejando entender más. ¿Creyó oportuno proceder en dos tiempos para superar mejor las resistencias que se podían esperar?

Después de haber logrado lo más fácil, o sea, la autorización para abrir Laus y para redactar la "constitución y la regla" que iban a adoptar, ¿esperaba, a tenor de los últimos estatutos, introducir sin demasiados sobresaltos los firmes compromisos anunciados de forma equivalente? Tal vez.

De momento, el P. de Mazenod se dió toda la prisa que pudo para aplicar las decisiones tomadas sin ninguna ambigüedad y, provisto de una firma en blanco, cumple con diligencia, la doble misión que le habían confiado.

El 24 de agosto el Superior notifica al vicario general Arbaud la aceptación, en perincipio. Un viaje inmediato a Digne para la ordenación sacerdotal de un hermano escolástico, le permite ultimar los detalles que exige la fundación de Laus.

El 1 de septiembre sale para San Lorenzo de Verdon para trabajar "en soledad en la obra" que le han encargado : la adaptación de la regla, que en 1816 preveía una sola comunidad diocesana, a la extensión de la pequeña sociedad.

2.- La primera redacción de las Reglas.

Todo se desarrolló a paso acelerado :

El 1 de septiembre a las 11, acompañado de Moreau y de Suzanne tomó el coche de Riez. En Alemania esperaban a los viajeros unos caballos enviados por la señora de Mazenod para llevarlos a San Lorenzo. El 16, el Fundador deja en San Lorenzo a su madre y a Suzanne, que regresan a Aix el 19, y él sale para Digne con Moreau que va a recibir por las témporas, la ordenación sacerdotal.

Han bastado apenas trece días para redactar "los principales artículos de la nueva Regla". Sin duda dedicó esos trece días casi por completo al trabajo. "Fuera del tiempo de reunión para los ejercicios hechos en común, dice Jeancard, el P. de Mazenod estaba continuamente en su habitación... sentado o de rodillas ante su mesa en la que estaba colocada, mirando hacia él, su cruz de misionero".

A pesar de esa aplicación constante, hay que reconocer que, en un tiempo tan corto, no hubiera podido improvisar las 55 cuartillas de un texto tan capital, sin una maduración previa. Mientras evoca a Moisés, "subido al monte Sinaí para recibir las órdenes de Dios", el mismo Jeancard reconoce que el Superior "había meditado durante mucho tiempo su plan y... previs los principales detalles".

Ese plan que data de 1815, se había ido precisando y simplificando sobre la marcha. En un principio se señalaba que la Regla extraería sus elementos "de los Institutos de San Ignacio, de San Carlos para los Oblatos, de San Felipe Neri, de San Vicente de Paúl y del beato Ligorio. En 1818 todo o casi todo se reduce a las constituciones dadas por Ligorio a los Padres Redentoristas. La confrontación de los textos revela, en efecto, que, en su conjunto, el P. de Mazenod las adopta y, con frecuencia, se limita a traducirlas palabra por palabra.

Provoca esa preferencia, la perfecta coincidencia entre los fines que Ligorio asigna a su obra, y los que se propone el Superior de los Misioneros de Provenza, con medios idénticos.. Ninguna congregación se acerca tanto a su

propio ideal; las constituciones de los redentoristas parecían encajar cada vez mejor en su pequeña asociación diocesana. En lugar de pretender innovar nada, era mejor atenerse sencillamente a esa Regla acreditada por la autoridad del nuevo beato y que se adaptaba tan perfectamente al doble objetivo al que apuntaba la comunidad de Aix : la evangelización del campo y la santificación de sus miembros.

El P. de Mazenod introduce algunas modificaciones y algunos complementos porque la Revolución francesa, había realizado su "obra de iniquidad" y "para remediar todos esos males y corregir todos esos desórdenes", hay que extender la acción del Instituto y suplir "la falta de tantas hermosas instituciones, que dejan un vacío horroroso, reavivando la piedad y el fervor de las Ordenes religiosas destruidas" y reformar el clero.

También hay que ensanchar los métodos apostólicos y sumar a las misiones la dirección de la juventud, el servicio a las prisiones, el ministerio de los moribundos y de las almas más abandonadas; actividades todas que se inspiran en su experiencia personal.

Lo mismo que la primera parte, referente a los fines del Instituto, la segunda sigue, paso a paso, la regla de los redentoristas. Pero también aquí el P. de Mazenod tiene en cuenta las circunstancias : en lugar de imponer los cuatro votos de pobreza, castidad, obediencia y perseverancia renuncia provisionalmente al voto de pobreza. Escribe : "Razones circunstanciales nos han apartado, de momento, de ese pensamiento. Dejamos a los Capítulos generales que sigan perfeccionando ese punto de nuestra Regla, cuando juzguen ante Dios que ha llegado el momento de hacerlo. Mientras tanto intentaremos, sin comprometernos todavía con el voto, adquirir el espíritu de esa preciosa virtud, amarla y practicarla de tal modo que los más clarividentes no puedan equivocarse. Entonces todo será común en la sociedad y nadie tendrá nada propio".

Esas razones de circunstancia que el Fundador no ha detallado, enden unas de las disposiciones de sus colaboradores y otras de la legislación civil y canónica de la época.

El Fundador toma de San Alfonso, un voto adicional para hacer más indisolubles los lazos que unen a los Misioneros de Provenza a su Instituto. "Además de los votos de los que hemos hablado, estipula en el párrafo IV de la segunda parte, los miembros de la sociedad harán voto de perseverancia. Por ese voto se obligan a vivir hasta la muerte en la Sociedad, y a no pedir dispensa más que al Sumo Pontífice o al Superior General".

Era cerrar el paso al recurso ante los obispos para librarse de los compromisos contraídos. Con esto se garantizaba la estabilidad reservada hasta entonces a los votos solemnes en la legislación eclesiástica.

Al final de la segunda parte trata de las demás observancias : caridad, humildad, espíritu de recogimiento, frecuencia de los sacramentos, etc. En estas cosas unas veces copiaba y otras completaba el texto de S. Ligorio.

La última parte se refiere toda ella al gobierno de la Sociedad. Sigue exactamente el modelo de los redentoristas : gobierno esencialmente monárquico, en el que la elección sólo se aplica para designar al Superior general, a sus asistentes y al procurador general. La autoridad absoluta del Superior General no tiene más contrapeso que el Capítulo General.

Así pues el parentesco de las Reglas de los dos Institutos es estrechísimo; evidentemente, el conjunto carece de originalidad y, por estar redactado con demasiada prisa, necesitará retoques para llegar a la Regla definitiva.

A pesar de ese parentesco la personalidad del P. de Mazenod era suficientemente fuerte para dar a su obra un rasgo tan característico que a nadie se le ocurre hoy día confundir a un Oblato con un Redentorista. Ambos tienen su estilo propio, aunque practiquen las mismas normas.

3.- El primer Capítulo General. Las Constituciones y los votos.

El 16 de septiembre, una vez concluida la redacción de las Reglas, el P. de Mazenod salió para Digne. Llegó el 17. El 18 firma el convenio con la administración episcopal. El 19 Moreau recibe el sacerdocio de manos de Mons. Miollis; el 20, después de la primera misa del neo-sacerdote, recibe una escritura firmada por los vicarios generales Chavert y Arbaud que regula, en lo espiritual, los compromisos recíprocos de la diócesis y de los Misioneros de Provenza. El 21, un documento firmado por el Sr. Peix, asegura al P. de Mazenod, durante 29 años, el disfrute de la casa y de los bienes de Laus. Ese mismo día, con Moreau y con Tempier que se ha unido a él en Digne, sale el Superior para Gap. Llega el 22 por la tarde y allí pasa el 23 para saludar al prefecto de los Altos Alpes, "que podía haber obstaculizado su trabajo", pero quedó muy satisfecho de él. El 24 visita a Laus. El 25 emprende el regreso que contrasta, por su lentitud, con el otro viaje relámpago.

Veintidos leguas, hechas a pie y ¡por qué caminos! por espíritu de pobreza, retrasaron a los tres compañeros que llegaron a Aix el 30 de septiembre. Moreau y Tempier llegan agotados; hay que pensar que el Fundador era más resistente que sus dos compañeros más jóvenes ya que, para descansar, se puso inmediatamente a trabajar. "No he podido verlo a solas ni siquiera un minuto, escribe Fortunato al presidente. Todos se lo han acaparado desde que llegó hasta que se fue a dormir". Pasó el día siguiente confesando novicios y congregantes.

Hasta entonces todo se había desarrollado sin contratiempos, conforme al plan trazado, pero quedaba lo más difícil: la aceptación de la Regla y, sobre todo de los votos, por los Misioneros de Provenza. Para ir sobre seguro, aprovechó el retiro del 24 al 31, porque nada había mejor, que favoreciera la adhesión a su ideal, que el recogimiento y la gracia de los santos ejercicios.

Mientras tanto disponía de algunas semanas para preparar los espíritus y, tal vez, para asegurar las ayudas necesarias para neutralizar a los que se niegan y arrastrar a los vacilantes.

Cuando el 24 de octubre, el Superior dió lectura a las Constituciones, redactadas por él en San Lorenzo, los seis sacerdotes de la Sociedad, Tempier, Mye, Deblieu, Mannier y Aubert aceptan sin dificultad la primera parte que se refiere a los fines del Instituto, mediante algunos retoques que acepta el P. de Mazenod.

Pero la segunda parte que trata de los votos, encuentra una oposición que parece invencible; únicamente Tempier y Moreau aprueban los compromisos que propone el Fundador. Los otros cuatro forman bloque para rechazarlos. Cuando entraron en el monasterio de las carmelitas, no habían pensado abrazar la vida religiosa ni atarse definitivamente, sino conservar entera libertad "para quedarse o

retirarse cuando les pareciera". Lo convenido entonces era una simple asociación de sacerdotes seculares que vivían en común para dedicarse a las misiones. Ahora se trataba de otra cosa. Se había abusado de su buena fe.

La situación es sumamente grave. Si los cuatro Padres se obstinan, el Superior deberá renunciar a Laus, rompiendo los compromisos hechos con Mons. Miollis. Todo se vendría abajo de golpe.

En ese momento crítico, el P. de Mazenod no duda. Puesto que no puede convencer a los reacios que se niegan a rendirse ante sus argumentos y a sus ruegos, se decide a jugar fuerte. Con el pretexto de dar a conocer las Constituciones a los tres escolásticos con órdenes menores, ya agregados a los Misioneros de Provenza, llama al consejo a los Hermanos Dupuy, Courtés y Suzanne, a los que el Fundador había ganado entera y fervorosamente para su programa de vida religiosa. Ninguno de ellos defraudó su esperanza. Después de haber oído "la lectura de las Reglas, prometieron unánimemente someterse a ella y aseguraron, como ya lo habían hecho en particular al Superior General, que estaban dispuestos a hacer los votos perpetuos". Así consta en el acta oficial.

Como afirma Suzanne, ¿quería dar a conocer con eso el P. de Mazenod que esos compromisos "no parecieran tan terribles a los otros miembros de la Sociedad" y así arrastrar a la adhesión general? En todo caso el intento no dió resultado, ya que para cambiar la mayoría el Superior dió voto deliberativo a los tres Hermanos escolásticos. Gracias a ese refuerzo, por 6 votos contra 4, los artículos contestados pasaron por los pelos.

Pudo temerse que esa intervención discutible creara un enojoso malestar entre el Fundador y los sacerdotes puestos en minoría por los escolásticos. De hecho, todo se arregló bien. La elección para los cargos prescritos por los estatutos, confirmó acto seguido que, a pesar de las diferencias pasajeras, la unidad y la caridad quedaban a salvo.

La asamblea, ya constituida en Sociedad y "reunida en capítulo general, conforme a las reglas que acababan de ser aceptadas", ruega "unanimemente al P. de Mazenod que siga ejerciendo el cargo de Superior General... Después para testimoniar al P. Deblieu el afecto que todos le profesaban, a pesar de su negativa a comprometerse con los votos, se le nombró, casi por unanimidad, primer asistente y admonitor del Superior General. El P. Mannier fue nombrado segundo asistente y secretario general; el P. Tempier tercer asistente; el P. Mye cuarto asistente, y el Hermano Courtés, procurador general.

Así se demostraba a los que rechazaban, que seguían siendo dignos de la confianza de todos. Ellos tenían que mostrarse sensibles a una atención tan delicada.

El Superior General predicó las charlas del retiro y sus llamadas al sacrificio total estremecieron y conmovieron, tanto que Mannier y Mye se deciden a seguir a la mayoría y emiten sus votos perpetuos. Aubert pide que se le permita seguir con sus votos temporales y Deblieu pide un año de plazo para reflexionar. En 1819 hará su oblación como los demás.

El P. de Mazenod podía estar satisfecho con una conclusión tan feliz. el 1 de noviembre de 1818, después de haber obtenido de Guigou los poderes necesarios, pronunciaba sus votos de castidad, obediencia y perseverancia, en presencia de Mons. Fortunato, y recibía, en la misma misa, los compromisos de Mannier, Mye, Tempier, Moreau y de los Hermanos escolásticos Dupuy, Courtés y Suzanne. el 13 de noviembre, el mismo vicario general, por una segunda ordenanza confirmaba la autorización provisional del 29 de enero de 1816. La Sociedad de los Misioneros de Provenza estaba definitivamente fundada.

4 .- Tercera fundación en el Calvario de Marsella.

Cuatro meses bastaron en 1818 para concertar con Mons. Miollis la primera fundación de Laus. En cambio, tendrán que pasar doce meses de negociaciones laboriosas para que, en 1821, llegue la segunda fundación en Marsella. El asentamiento de los Misioneros de Provenza en la ciudad tropezó con un sinfín de dificultades : discrepancias con los Misioneros de Francia, división del clero y de los fieles, y actitud ambigua del arzobispo de Aix, Mons. Bausset. También se interfiere la oposición local por cuestiones personales y por el espíritu de clan. Los ardores del temperamento meridional se dan cita para apasionarlo todo y enredarlo.

La discrepancia que enfrentó al P. de Mazenod con los Misioneros de Francia se explica por la divergencia de sus planteamientos. Los del P. de Mazenod se inspiraban en su preocupación esencial por evangelizar el pueblo sencillo de las ciudades y poblados provenzales. Los Misioneros de Francia, por el contrario se situaban en el plano nacional, se dedicaban, sobre todo, a las parroquias urbanas y practicaban un género de elocuencia más elevado.

En Marsella esos planteamientos divergentes no se daban en abstracto. Durante la misión de 1820, ya se reparten desigualmente el favor del clero y de los fieles, las parroquias burguesas son para "los de París" y sus sermones se atraen a numerosos admiradores y admiradoras. La Sra. Emerigon destaca entre las más entusiastas de las Señores, y el Sr. Damico, un vicario de San Martín, entre de los más fervorosos del clero.

El P. de Mazenod y sus compañeros, a los que reservan los barrios populares, pasan por oradores de segunda categoría porque predicán en provenzal.

Los partidarios de los Misioneros de Francia, no solo asumen la defensa, sino que organizan campañas para atraerlos a Marsella, una colecta para comprar una casa, hasta al Arzobispo le saca 1.000 francos el Sr. Damico.

Al P. Rauzun le gustaría una fundación en Marsella, pero todo ese movimiento le desborda y le pone en una situación delicada, porque le presentaban el hecho consumado sin haberse puesto de acuerdo con Mons. Bausset. el P. de Mazenod y el clero local.

Ahora bien, el Sr. Arzobispo duda. El P. de Mazenod es claro, escribe al Arzobispo : "Mi opinión, como la de los hombres ponderados de la diócesis es contraria a los proyectos del S. Rauzun". Los párrocos de Marsella se pronunciaron en contra de la fundación en la ciudad.

Por último el Sr. Arzobispo autoriza a los Misioneros de Francia para que se instalen en Marsella.

En esto la Obra de la Providencia buscaba capellanes para la educación cristiana, moral y profesional de los huérfanos.

El 5 de febrero de 1821, en reunión de consejo, el Sr Dugas, muy afecto al P. de Mazenod, propuso a sus colegas llamar a este y a sus compañeros, que tanto éxito habían tenido entre la juventud de Aix. Después de muchas reuniones y la oposición de algunos acuerdan llamar a los Misioneros de Provenza.

El 20 de abril, el Fundador acepta la oferta de los directores de la Obra y consiente en "establecer una casa de nuestra Sociedad bajo el techo que sirve de asilo a los niños de la Providencia para que puedan encargarse de la dirección espiritual. Mons. Bausset aprobó una fundación cuya iniciativa correspondía exclusivamente al consejo de la Providencia.

Quince días después con unas prisas que sorprendieron al P. de Mazenod, Mons Bausset le ordenaba que fuera inmediatamente a Marsella para tomar posesión del Calvario, levantado en recuerdo de la misión de 1820.

El Fundador vacila y pone en duda el mensaje que recibe. Va al arzobispado. En efecto Monseñor le apremia, le suplica.

- "Obedeceré si es necesario, pero presiento que va a ser en detrimento de mi comunidad".

Le ruegan que se explique y declara con toda franqueza que todo le hace temer que el Sr. Rauzan, cuando llegue a Marsella, cambiará los espíritus a su favor y que a él y a sus compañeros sólo les quedará la pena y la confusión. Monseñor protesta y declara que no habrá jamás otros misioneros en el Calvario que aquellos que se han sacrificado constantemente por el bien de la diócesis. El Sr. Guigou le dará una carta para el vicario general de Marsella.

¿Por qué tardó tanto el Sr. Guigou en escribir aquella carta, él tan rápido y tan decidido?. El P. Mazenod, que quedó intrigado, nunca pudo saberlo.

Con la carta oficial el P. de Mazenod salió aquel mismo día, con el Hno. Suzanne, al que siguieron, poco después, los PP. Mannier y Moreau, porque la fundación del Calvario tenía que hacerse al día siguiente, domingo 6 de mayo.

Así se hizo, pero el domingo siguiente, 13 de mayo, se hizo una segunda toma de posesión en la Obra de la Providencia, que aseguraba el alojamiento de la comunidad.

Esta carrera "in extremis" impuesta al Fundador, ciertamente carecía de elegancia y contrastaba con las demoras y tergiversaciones anteriores, para no dar la impresión de una jugarreta bien hecha. Toda esa falsa habilidad y tantas torpezas y procedimientos dudosos, complicarán la solución de un asunto en sí espinoso.

5.- Nombramiento del canónigo Fortunato para la sede de Marsella.

La enredosa política religiosa de la restauración dejó en suspenso la restauración de la diócesis de Marsella. Todos lo pedían. En mayo de 1821 el gobierno presentó al Parlamento un proyecto de ley que fijaba la nueva circunscripción y regulaba su funcionamiento. El 21 de agosto de 1831 el presidente del consejo anuncia que Marsella es una de las sedes que se han de conservar.

Una vez tenida la certeza de que Marsella recuperaría su obispo, se planteaba otro problema : la designación del titular. Para el Fundador, esta elección afectaba el futuro de su Sociedad. Discutida como estaba en Aix, no podía contar con el arzobispo Mons. Bausset, inseguro y vacilante. En la Baja Provenza le hacía falta un protector. Si Fortunato no era nombrado, su Obra estaría en gran peligro, por falta del apoyo indispensable.

Pero lo que el P. de Mazenod esperaba de su tío, eso mismo servía a los marseleses amigos de los Misioneros de Francia, para rechazar al ex-canónigo. Temían que, con daño para ellos, asentados ya en la ciudad, favoreciese a los Misioneros provenzales del Calvario y de la Providencia.

La Sra. Emerigon y Damico se pusieron en movimiento para desprestigiar a ese anciano decrepito que sería un simple muñeco cuyas cuerdas manejaría el sobrino. Se intriga para promover la candidatura de Forbin-Janson; hasta se envían peticiones en favor de éste.

¿Hasta qué punto se mezclaron en todas estas maniobras los Parisinos asentados en la ciudad? Lo que escribe en su "Diario" Mons. de Mazonod, las duras acusaciones que les lanzó Mons. Fortunato, en vísperas de su consagración, no permiten eximirlos de culpa.

El Sr. Rauzun sale correctamente de la situación, no así el Superior de los Misioneros de Francia y algunos de sus compañeros de Marsella que no tuvieron la prudencia necesaria y se dejaron arrastrar por el ardor partisano de sus patrocinadores.

El Fundador no era hombre para capitular sin resistencia. Lejos de enfriar su ardor, las contrariedades lo estimulaban

En un principio, para apoyar a Fortunato pensó ir a París. Después de reflexionar, le pareció mejor acudir a intermediarios. No tuvo éxito. Sin embargo se seguía trabajando

El P. Dupuy que le trasmite las noticias de Marsella le escribe : "Ayer tarde fui a ver a Mons. el Arzobispo de Aix para rogarle que autentificara la reliquia de la verdadera Cruz que tenemos en el Calvario. Me encontraba solo con él y con el sacerdote Autheman... Después de los cumplidos de rigor de una y otra parte, Monseñor se volvió hacia mí, con aspecto satisfecho, y me dice :

- Nada hay tan cierto como el nombramiento del Sr. de Mazonod para el obispado de Marsella.

- La carta del Sr. de Panisse, le dije, no deja duda alguna.

- Pero, además de esa carta, acabo de recibir otra que me dice que el Sr. de Panisse hizo cuanto pudo para que se le nombrara. Sin embargo la noticia, aunque cierta, no es oficial".

La comunicación oficial la recibió Fortunato el domingo 19 de enero.

El buen canónigo, revestido ya de la capa, iba a oficiar en vísperas cuando le entregaron un pliego con el sello de la Capellanía Mayor. Con gran calma, sin abrirlo, lo metió en el bolsillo y fue tranquilamente a comenzar el oficio. "Sabíamos la existencia de ese despacho, cuenta Mons. Jeancard, y naturalmente todos deseábamos conocer su contenido. Sin embargo, hasta después de vísperas y del sermón predicado por el P. Courtés y de la bendición del Santísimo, el prelado no rompió el sello", y leyó su nombramiento oficial para el obispado de Marsella... "Al recién nombrado se le notó una leve emoción y fue inmediatamente, sin hacer caso de nuestras felicitaciones, al pie del altar donde pasó un rato de rodillas ante el Santísimo. Aquello ponía fin, para él y para toda la Congregación, a una incertidumbre sumamente preocupante... La buena noticia se extendió pronto por la ciudad y produjo satisfacción general; estábamos de fiesta".

Menos general, pero más explosiva que en la seria ciudad de Aix, esa alegría se manifestó en Marsella entre los amigos del P. de Mazonod, con demostraciones clamorosas. "Jubilo indecible", escribe el P. Dupuy.

El Superior General, que conoció la noticia el mismo día 19 por un correo especial, manifestó más discretamente su gran alegría. Interrumpió la misión que había iniciado y regresó a Aix inmediatamente, porque el príncipe de Croy convocaba urgentemente a París al obispo de Marsella para las informaciones canónicas.

El 9 de febrero, Mons. Fortunato y el P. de Mazonod regresaban de la capital. Tanto para uno como para otro se abría, en su existencia, un nuevo período. Más íntimamente asociados que nunca, van a trabajar juntos en la misma

obra, en una diócesis en plena evolución demográfica, económica, social y religiosa.

Como lo tenía previsto el Fundador, la presencia de su tío en la sede de San Lázaro aseguraría para siempre a la Sociedad de los Misioneros de Provenza, todavía pequeña y mal consolidada, no sólo unas bases sólidas, sino bases de lanzamiento.

Capítulo VI

UNA TAREA COMPLEJA Y DIFÍCIL

LA RESTAURACION DE LA DIOCESIS DE MARSELLA

1.- Consagración episcopal de Mons. Fortunato.

A pesar de sus 73 años y la fatiga de un viaje nocturno, Mons. Fortunato de Mazenod llegó a la capital, tan fresco y orondo, el sábado 15 de febrero, a las 8 de la mañana, que en cuanto se instaló en el seminario de las Misiones Extranjeras, comenzó sus visitas oficiales con el Superior de los Misioneros de Provenza. Los dos fueron primero a la Capellanía Mayor y después a la Nunciatura. Mons. Macchi recibió inmediatamente al prelado. De su entrevista sólo se nos refiere las demostraciones de amistad que prodigó Su Excelencia al obispo de Marsella "hasta estrecharlo entre sus brazos". Los "Recuerdos" de Jeancard manifiestan que, en lugar de efusiones, el Capellán Mayor experimentó una gran sorpresa al encontrar tan ágil y tan lleno de vigor a un elegido del que le habían hablado en muy diversa forma. Después de felicitar por su "vejez lozana" al sucesor de San Lázaro, Mons. Croy añadió : "De no haber creído que estaba agotado por la edad, no le hubiésemos dejado a su sobrino. Lo hubiéramos llamado al mismo tiempo que Vd. para ocupar una sede episcopal. Pero lo que no se hizo puede hacerse todavía".

-Es imposible, contestó el obispo nombrado. Necesito a mi sobrino. Debe quedar conmigo.

El P. de Mazenod por su cuenta rechazó no menos categóricamente las proposiciones del cardenal, apoyando su negativa en una razón adicional : los intereses vitales de su obra naciente, las Misiones de Provenza.

El Capellán Mayor no se dió por vencido y unos días después volvió a la carga ofreciendo Chalons-sur-Marne al Fundador. Por segunda vez tío y sobrino estuvieron irreductibles. El príncipe de Croy se avino a ceder provisionalmente: "Bueno, Monseñor, ya que quiere tan radicalmente que el Sr. sacerdote quede con Vd., se lo dejo, pero sepa que sólo se lo presto".

El 25 y 26 tuvieron, en la Nunciatura, las informaciones canónicas. En el tiempo libre que les dejaban esas gestiones y visitas, el Superior se dedicó a preparar la capilla, el vestuario, la platería del prelado. Por desgracia escaseaban los recursos. Mons. Fortunato y él se vieron obligados "en las grandes ocasiones" a pedir prestados sombreros a las Misiones Extranjeras. El ecónomo prestó el suyo al prelado y, para Eugenio, sacó uno de "su almacén". Aparte de lo

indispensable para la consagración, se contentaron con ver mucho, examinar mucho y no hacer ningún trato. Para eso hubo que esperar el pago de los 10.000 francos asignados por el rey para la capilla de los obispos y 1.200 francos prometidos por "gracia especial" para gastos de viaje.

Todas esas preocupaciones materiales agotan al P. de Mazenod que escribe a su madre : "Hace falta paciencia, a mí sobre todo, que odio a París sin poder hacerme al género de vida que tengo que adoptar. Es el mayor sacrificio que puedo hacer por mi tío y la mayor prueba que le puedo dar de mi afecto. Dios quiera que antes de dos meses podamos salir de esta tierra".

Sí, sí, esos dos meses se prolongaron hasta finales de junio, porque los Breves de Roma no llegaron hasta mitad de junio y se necesitaban dos semanas para hacer su inscripción en el Consejo de Estado y su aprobación por el rey.

Mons. Fortunato también encuentra largo el tiempo, echando en falta su ministerio en Aix que le llenaba de consuelo. Pero aguanta, mucho mejor que el Superior de los Misioneros de Provenza, el régimen alimenticio de las Misiones Extranjeras, donde el ecónomo es más generoso prestando sus sombreros que preparando el menú. "Ya terminó la cuaresma, escribe el obispo de Marsella el 31 de marzo, y doy gracias a Dios por mi sobrino, que ya no podía soportar los horribles guisos de nuestro figonero. Ver un mal pescado nadando en una inmensa salsa de mantequilla rancia le repugnaba tanto que le quitaba el apetito. Sin una taza grande de café que le servían diariamente y en la que mojaba mucho pan, se hubiera levantado de la mesa casi en ayunas.

Yo, dotado de buen estómago y acostumbrado en la emigración a pasar las de caín, no he perdido ni un bocado de nuestras insípidas comidas. Por eso he pasado toda la cuaresma sin la menor molestia y, hasta sin probar por la mañana ni una gota de café". En este caso, el más resistente no era el joven, que no había recibido el mismo entrenamiento que su tío en Sicilia, pasando las de Caín.

Es de suponer que en abril, reconfortado con los ágapes pascuales, en los que el ecónomo se mostraba a la altura de las solemnidades litúrgicas, el P. de Mazenod recuperara algunas fuerzas, porque logró arreglar un asunto que afectaba gravemente a la restauración de la diócesis de Marsella. Para facilitar las cosas, el municipio había ofrecido la ayuda financiera de 150.000 francos con la cláusula restrictiva de que ese compromiso no valdría si el obispado no quedaba restaurado en 1822. Ahora bien, como el gobierno lo habían retrasado hasta enero de 1823, quedaban en paz. Intervino el P. de Mazenod ante los diputados del departamento de las Bocas del Ródano. Arguye: "La sede de Marsella fue erigida en 1822 y, puesto que el obispo fue llamado a tomar posesión al mismo tiempo que los otros obispos, el espíritu de la deliberación se ha cumplido. El retraso fué debido a causa de las formas exigidas por la Santa Sede. Por consiguiente, el gobierno tiene derecho a pedir que la ciudad cumpla su palabra". Esta argumentación convenció al consejo municipal.

El Fundador presenta también recurso para obtener del ministro la restitución del obispado, para solicitar del Consejo general un complemento de sueldo para los vicarios generales y los canónigos.

Queda un asunto mucho más delicado, y éste lo asume personalmente Mons. Fortunato : es el de los Misioneros de Francia, asentados en Marsella. Como obispo, quiere ser el único juez y tomar toda la responsabilidad, dejando fuera de las negociaciones y de las medidas que se tomen, a su sobrino, que es parte en el conflicto.

El nuevo prelado al que Damico y la Sra. Emerigon presentaban decrepito e incapaz de tomar una decisión, quiere probar con sus actos que sabe decidir y

decidir con firmeza. La causa que defiende es, para él, la de su autoridad y es también la causa de su diócesis. Los ataques dirigidos contra él, son ataques a la jerarquía que representa. Los ataques dirigidos contra los Misioneros de Provenza van más allá, hasta crear entre el clero y los fieles una división contraria al bien de las almas.

El obispo de Marsella antes de romper, intentó primero un arreglo amistoso con el P. Rauzan, que tardó dos meses en darle la enhorabuena. El Superior de los Misioneros de Francia, en Marsella, el P. Rodet, esperaba la preconización de Mons. Fortunato para dirigirle una carta "insignificante".

Cuando fue a verle el P. Rauzan, el prelado se explicó "abierto y enérgicamente". Después de hacerle las advertencias adecuadas, el obispo concluyó expresando el deseo de ver salir de Marsella a los Misioneros de Francia ya que su presencia atizaba una oposición.

Después de su consagración para evitar cualquier escándalo acordaron, con la intervención de Juan María de La Mennais, que la comunidad de Marsella quedará disuelta. Únicamente permanecerá el Superior, sin tener ningún ministerio. Esa medida evitaría la molesta expulsión de los Misioneros de Francia y acabaría con las actividades que se prestaban a provocar conflictos.

Por desgracia, apenas concluyó ese acuerdo, Mons. Fortunato recibió de Marsella copia de una solicitud que iba buscando firmas por la ciudad y que ofendía a su persona y rebajaba su autoridad. El prelado acudió nuevamente a Juan María de La Mennais, muy descontento del cariz que tomaban las cosas, y le rogó que hiciera saber al Sr. Rauzan su voluntad formal : éste debía retirar cuanto antes a todos sus misioneros de Marsella, incluido el Superior, porque la salida de éste se imponía, ya que lejos de calmarlos, había animado a sus partidarios.

Después , para notificar al Sr. Rodet directamente la medida que le afectaba y las graves razones que la motivaban, el obispo de Marsella afila su mejor pluma y escribe una larga carta, que empieza así : "Ya estaba nombrado para el obispado de Marsella cuando personas muy conocidas, que actúan habitualmente bajo su dependencia y cuyas insensatas gestiones no podía ignorar, iban de puerta en puerta pidiendo firmas en contra de los derechos que me pertenecían por mi nombramiento. Esa odiosa maniobra, unida a los medios empleados cuando deseaba entrar en mi diócesis a mis espaldas y contra mi voluntad, verdadera o falsamente presumida, y unida a las palabras que dijo sobre el particular, a los sentimientos que expresó y, en una palabra, unidas al conjunto de su conducta para conmigo, me ha inspirado, señor, total desconfianza de su Sociedad que ha revelado distanciamiento y tengo que decirlo, hasta desprecio a mi persona"

Y después de enumerar los diversos cargos que le imputa, concluye : "Ya he dicho bastante para que comprenda que no me sería posible aprobar su fundación en mi diócesis porque no es útil y porque es nociva en el sentido que acabo de explicarle. Lleve a otra parte talentos y virtudes que, gustosamente reconozco en Vds. y que, sin duda, producirán abundantes frutos sin ninguna mezcla de amargura para los pastores, si tienen más cuidado que han tenido conmigo, respetando su carácter y disimulando sus achaques".

Aunque tiene el máximo interés para excluir a su sobrino de toda participación en el arreglo de ese lamentable conflicto, Mons. Fortunato quiere incorporarlo íntimamente a la administración de su diócesis. El mismo día de su consagración, el 6 de julio, lo nombra vicario general. El 8 llega el turno a Tempier y a Bonnefoy, rector de San Teodoro. Esta triple promoción no podía apaciguar al

clan de los Misioneros de Francia ni gustar al clero de Marsella al que no se le concedía más que un puesto, el último y, además con el título de vicario general honorario.

Seguro de estar bien respaldado, convencido de que el Sr. Rodet y sus compañeros habrían obedecido inmediatamente a sus órdenes terminantes y positivas, Mons. de Mazenod salió de París el 31 de julio.

Grande fue su sorpresa al llegar a Aix, el 6 de agosto y enterarse de que los Misioneros de Francia seguían allí. Y fue mayor todavía su indignación cuando la Sra. Emerigon y varias otras patrocinadoras vinieron a conminarle, con amenazas, que retirara sus órdenes anteriores y dejara en la ciudad episcopal a los señores de París, tan queridos de la población. El prelado les contestó secamente que, durante su episcopado, "no se vería a la diócesis de Marsella manipulada por hembras, y que no estaba el horno para tratar los asuntos eclesiásticos con intervención de mujeres".

Inmediatamente escribió a sus vicarios generales :

"He sabido, Señores, con la mayor sorpresa, que los Srs. Misioneros de Francia no se han retirado todavía de mi diócesis, a pesar de que el Sr. Rauzan, al que comuniqué mis intenciones, prometió conformarse pronta y puntualmente... Os ordeno, pues, que significuéis a esos Señores que, desde el día de mi toma de posesión, su capilla queda y estará cerrada al culto; les permitiréis solamente celebrar los santos Misterios al día siguiente, a puerta cerrada, para consumir las santas hostias consagradas..."

Al día siguiente, 10 de agosto, vestido de morado, Mons. Fortunato de Mazenod, subía a una carroza para hacer la entrada en su ciudad episcopal y tomar solemnemente posesión de su sede.

2.- Entronización de Mons. Fortunato en Marsella.

La recepción se hizo con toda la pompa oficial. No faltó nada. Ni la presencia de las autoridades y cuerpos constituidos, ni los honores militares, ni los discursos, ni la música. Una procesión interminable en la que figuraban las congregaciones, las asociaciones piadosas, los Penitentes, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los seminarios, el clero de la diócesis, los párrocos de la ciudad revestidos de capa, llevaban al prelado, bajo palio desde la puerta de Aix a la Mayor, por calles llenas de una masa entusiasta.

Pero, mientras se desarrollaban en la catedral las ceremonias de la entronización, corrió el rumor de que Mons. Fortunato había puesto en entredicho a los Misioneros de Francia; el entredicho que se limitaba a la capilla se extendía indebidamente a la persona de los Misioneros.

Las cabezas de los partidarios de los Srs. de París se recalentaron, y el 11, 12 y 17 hubo intentos de manifestaciones por grupitos con gritos de "¡Vivan los Misioneros de Francia! ¡Abajo el obispo!"; carteles en las calles próximas al obispado y hasta en la puerta de la catedral, con este texto : "Casa en venta; Mazenod a la horca". El 21 "circula un pequeño impreso que contiene el anuncio de una novena y una oración para pedir a Dios que los Misioneros de Francia se queden en Marsella"

Aparecen de nuevo las peticiones y denuncias: al ministro del Interior, al Gran Capellán, al Nuncio, son contra el obispo, pero también contra el vicario general P. de Mazenod, a quién culpan de todo.

Mons. Fortunato sale al paso de esas insidias en cartas al Gran Capellán y al Nuncio, poniendo las cosas en su sitio. Y muy pronto todo ese alboroto se acabó.

Sin embargo aunque los partidarios de los Misioneros de Francia renuncian en adelante a las manifestaciones ruidosas, no por eso abandonan la guerra. Mons. Fortunato de Mazenod goza del afecto general, pero no ocurre lo mismo con su sobrino. Escribe en su "Diario" el 31 de marzo de 1839 : "Fui recibido como un extranjero invasor".

No se discutía al tío, sino a su primer vicario general, traído de fuera y sospechoso de monopolizar el gobierno de la diócesis, en provecho de su congregación. En general se atribuía al segundo, a pesar de las denegaciones del primero, el entredicho lanzado a la capilla de los Misioneros de Francia. Eso proyectaba una sombra sobre el comienzo de un episcopado, a pesar de que tal episcopado se decía restaurador, y no acababa con la oposición de una parte de la alta sociedad marsellesa que estorbará, mucho tiempo, la acción pastoral de los Mazenod.

3.- Primeras medidas de organización diocesana.

La diócesis contaba 60 parroquias, y Mons. Fortunato dispone en sus comienzos de 171 sacerdotes, que suponen 832 habitantes por sacerdote. Insuficiencia numérica que se agrava si se tiene en cuenta la media de edad. La mitad de sus miembros, 85 pasan de sesenta años. Las Ordenes religiosas de hombres, suprimidas por la revolución, no se han recuperado en la diócesis.

Hay dos monasterios de contemplativas : las capuchinas con 29 profesas y las clarisas con 22.

Las comunidades de vida activa son 9 con un total de 163 religiosas.

En 1823, sobre la practica religiosa en el conjunto de la diócesis, no hay dato alguno.

Acapara toda la atención de Mons. Fortunato y de la administración diocesana la creación de una primera organización.

En abril de 1823, el Superior de los Oblatos expone a su amigo Felix Albertas el orden que Mons. Fortunato piensa seguir para reconstruir los cuadros esenciales. En París mismo formó su curia episcopal y su Cabildo; pero no proveerá las jerarquias vacantes "hasta que esté en el lugar y pueda examinar los asuntos por sí mismo". El Fundador en la misma carta, se encarga de formular los principios que van a dictar la elección de los titulares.

En primer lugar no constituye ningún título "el venir recomendado". "Un obispo que tenga el espíritu de Dios no busca la aprobación de las camarillas que pronto se arrogarían el derecho a gobernar la diócesis, como se permiten ya censurar los presuntos actos de su administración. Desprecia olímpicamente sus ladridos y, como sólo mira a Dios, hará el bien como lo crea porque, sólo a él toca gobernar su iglesia, por derecho divino, "posuit Episcopos regere Ecclesiam Dei". Mons. Fortunato de Mazenod se sentía jefe y regirá su diócesis con autoridad.

En segundo lugar, "se cree obligado a perdonar a sus enemigos, quiere hasta olvidar sus malos procedimientos, no hacer caso ni de sus palabras ni de las repulsas, bastante imprudentes, manifestadas en un tiempo en el que no se creía en el "Aparecido". Sigue escribiendo el P. de Mazenod : "El prelado no cree

que tenga que recompensarlos a costa de los que esperaron contra toda esperanza. Ha tenido en cuenta, igual que yo, la hermosa máxima de ese príncipe que debe servir de norma a todo hombre sensato : "Se rodea uno de los amigos y luego tiende la mano a los enemigos". Es lo que quiere hacer. La cosa es tan razonable y tan justa que le basta con el testimonio de su conciencia".

Así se explica la decisión del obispo de no mantener en funciones al Sr. Vigne, vicario general de Mons. Bausset para el distrito de Marsella. Mons. Fortunato prefirió formar su curia con hombres que habían esperado contra toda esperanza : su sobrino, arcediano de Santa Maria la Mayor, Tempier, arcediano de S. Victor, Bonnefoy, arcediano de S. Martin y Ricaud, arcediano de Ntra. Sra. de Accoules. Faltaba por organizar el servicio de oficinas. El obispo se contentó con su secretario Marco Aurelio Giustiniani, joven sacerdote, ordenado en diciembre.

La resurrección del venerable Cabildo de S. Lázaro, preparado durante su estancia en París, tropezará con mayores dificultades que la organización de la administración diocesana.

"Una de mis primeras preocupaciones al llegar a mi diócesis, escribía Mons. Fortunato al ministro del Interior el 1 de diciembre de 1823, fue la de tenerlo todo dispuesto para la pronta creación del Cabildo. Ese cuerpo venerable que es depositario de la jurisdicción episcopal en caso de vacante de la sede, era prudente proveerlo, dada mi edad".

Por eso, sin esperar a que La Mayor tuviera el mobiliario necesario, instaló el 19 de octubre a sus canónigos nombrados el 11 de agosto, "en un coro insuficiente, de un modo poco conveniente, sobre bancos, como simples seminaristas".

Respecto a las parroquias y anejos, la administración va a dejar pasar el tiempo, el prelado se limita a proveer los puestos vacantes y, para los demás mantiene el "statu quo" hasta una información más completa. Renuncia pues, provisionalmente a modificar la distribución del clero parroquial y mantiene en su lugar a los titulares.

Mons. de Mazenod piensa inmediatamente en la promoción y formación de los futuros sacerdotes que reforzarán y rejuvenecerán los cuadros insuficientes y envejecidos.

La diócesis tenía ya un seminario menor, obra del Sr. Ripert y dirigido por sacerdotes pertenecientes a la Sociedad del Sagrado Corazón, que tenía 150 alumnos. Pero a pesar de su título era en realidad un colegio. En 1823, según la terminología en uso, sobre 150 alumnos, había 120 laicos y sólo 24 eclesiásticos. A estos últimos había que añadir unos 40 estudiantes de Humanidades en las escuelas presbiteriales. Sin embargo el reclutamiento era insuficiente.

Mons. de Mazenod se resigna a seguir con el sistema por las mismas razones que lo habían impuesto. Deja también la dirección del seminario-colegio a los sacerdotes del Buen Pastor. Sin embargo había que encontrar un nuevo superior para reemplazar al Sr. Rupert, agotado por la edad y los trabajos. Todo se arregló satisfactoriamente porque el obispo nombró al abate Gaire, profesor entonces en el colegio Luis el Grande en París. La elección fue acertada y dió buenos resultados.

Aunque el seminario menor respondía a medias a su cometido, por lo menos ya funcionaba. Pero había que crear el seminario mayor : buscar un inmueble, mobiliario, una biblioteca, fondos y un cuerpo profesoral. Al no poder recuperar el edificio del antiguo seminario mayor, tuvo que contentarse con una

instalación pobre. Mientras esperaba el inmueble y unas becas para ayudar a los alumnos incapaces de pagar una pensión, Mons. de Mazenod acudió al clero. Canónigos, párrocos y rectores quedaron invitados a suscribir el compromiso de pagar una suma determinada en tres plazos consecutivos.

Así pudo comprar Mons. de Mazenod las dos casas de la calle Roja donde vivía la comunidad desde el 9 de diciembre de 1823. El confort era mínimo. La situación fue mejorando a medida que el gobierno fue entregando los fondos necesarios para la morada del obispo, alojado en una casita, y para la construcción del seminario mayor. Entonces se pudo arreglar y construir; se pudo hasta adquirir una casa de campo para los seminaristas y sacerdotes jóvenes.

También fue difícil encontrar los profesores necesarios, deseaban sacerdotes dedicados a la formación del clero, como los del Sagrado Corazón; pero tuvieron que contentarse con una solución improvisada y provisional, acudiendo a los hermanos Maurel. El mayor fue nombrado superior y encargado del curso de moral; el menor enseñó dogma y recibió el título de director. El Sr. Berenger, entonces diácono, fue nombrado profesor de filosofía y ecónomo en funciones. El personal era lo más reducido posible. Asentar el seminario sobre bases definitivas, tropezará con muy serias dificultades.

Esta era la situación de la diócesis de Marsella en agosto de 1823, cuando el prelado tomó posesión de su sede. Sus medidas se encaminaron a solucionar lo más urgente.

Mons. Fortunato y el P. de Mazenod su "alter ego", y futuro sucesor, tuvieron que arremeter con un trabajo duro y complejo porque no se trataba sólo de restaurar. Con escasos medios, había que adaptar los cuadros institucionales a las dimensiones de una ciudad en pleno desarrollo y dar a estos el personal eclesiástico necesario.

Capítulo VII

LA APROBACION ROMANA

1.- Un malestar interior.

La presencia de Mons. Fortunato de Mazenod en la sede de S. Lázaro parecía asegurar el futuro de los Misioneros de Provenza, al garantizarles un apoyo episcopal absolutamente indispensable. Pero lo que debió servir de salvación, ofreciendo protección contra ataques externos, estuvo a punto de disolver a la pequeña sociedad en la que se desarrolló una crisis interior. El peligro más serio vino de donde menos lo esperaba el P. de Mazenod. Sus colaboradores tienen la impresión de que su Superior se dedica de un modo desigual a Marsella y a ellos.

Sin embargo la realidad es totalmente diferente, tan diferente que los marseleses lo acusarán pronto, y con la misma falsedad, de sacrificar la diócesis a su Congregación y de colonizarla en provecho de los Oblatos. La prolongación de su estancia en París, del 15 de febrero al 31 de julio de 1623, desorienta a los pobres Misioneros de Provenza, subyugados por su poderosa personalidad y acostumbrados a seguir a su jefe dócilmente.

Pero al regresar de París el 6 de agosto, en lugar de quedarse en Aix, vuelve a marchar el 10 de agosto con su tío y se queda en Marsella donde lo acaparan sus deberes de arcediano. Tempier, arcediano también, deja definitivamente la casa madre. Se produce la inevitable inquietud. Entonces mismo aparecen los primeros síntomas de la crisis que explotará en octubre.

"El alejamiento impuesto por las funciones de vicario general a los dos primeros miembros de la sociedad", sostén de todo el conjunto, sacude la cohesión de la pequeña sociedad y provoca, además, "un espíritu de oposición contra esas dignidades eclesiásticas. Se llega, incluso, a desnaturalizar las intenciones más rectas, más puras y más generosas. Se critica abiertamente a los PP. de Mazenod y Tempier por haber aceptado su nueva situación; se les acusa de haber abandonado a sus hermanos, de haber comprometido el futuro de la Congregación; de haberla pospuesto a los intereses de una sola diócesis. Incluso se llega a acusarlos de haber cedido por cálculos de ambición personal".

Fácilmente se adivina el malestar causado por ese concierto de críticas. El prestigio del Superior, que hasta entonces apuntalaba con su autoridad una obra mal asentada aún, se encuentra gravemente comprometido. La vocación se tambalea en los súbditos insuficientemente consolidados. ¿Para qué seguir por un camino del que se aparta el propio Fundador? ¿Por qué practicar una renuncia que él impone y que no practica?

Para cortar la marea, el P. de Mazenod, se creyó obligado a emplear el método enérgico que, hasta entonces, le había resultado bien. Por mediación del P. Maunier lanzó una intimación categórica: "Qui vult discedere, discedat" (El que quiera irse, que se vaya). En sus cálculos esa intimación, más que una conminación, era un reto a los profesos: ¿Cómo iban a poder marcharse éstos si se habían comprometido con el voto de perseverancia hasta la muerte, reservando al Papa o al Superior General la dispensa de este compromiso perpetuo? Y si todos permanecían fieles, ¡qué lección para los escolásticos y novicios que dudaban!

Al principio pareció que la conminación del P. de Mazenod había producido el fruto esperado. Pero aunque nadie tomó al Fundador por la palabra, la fermentación siguió y algunas semanas después, le dejaron dos de sus primeros compañeros, Deblieu y Maunier, segundo asistente.

Los dos se habían opuesto enérgicamente durante el Capítulo de 1818 a los compromisos que el P. de Mazenod deseaba introducir, en contra de la opinión de la mayoría. Después de "muchos titubeos, incertidumbres y repugnancias mal disimuladas", Maunier los había aceptado; Deblieu, esperaría hasta 1820.

Deseoso de liberarse, ¿provocó Maunier la intervención del obispo de Frejus, el Sr. Richery, sonsacando al prelado si pensaba reclamarle, ya que esta posibilidad le disuadiría de renovar los votos en Todos los Santos? Los documentos no permiten contestar con certeza.

Consta, sin embargo, que una vez que se puso en marcha el asunto del valor de los compromisos contraídos por los Misioneros de Provenza, el obispo de Frejus y sus consejeros se pronunciaron formalmente: "El consejo ha decidido unánimemente que sus pretendidos votos eran nulos". Canónicamente la comunidad no constituye una asociación religiosa; ni la regla, ni los votos hechos en 1818 fueron aprobados por la autoridad competente; los votos son puros votos privados, como todos los emitidos en esa época en la que el derecho canónico sólo reconoce como votos religiosos, los votos solemnes.; la dispensa de votos depende, por consiguiente del obispo, al que han prometido obediencia los sacerdotes seculares.

La decisión jurídica del Consejo episcopal dejaba en peligro a toda la obra, porque la desautorizaba, legitimaba y hasta daba ánimo a las defecciones. La crisis interior corría peligro de agravarse y entrar en conflicto con todo el episcopado del Mediodía.

Mons. Bausset no tardó en imitar a su sufragáneo y anunció a la Misión la intención de reclamar todos los súbditos que le debían obediencia. ¿Sería la desbandada y el comienzo del fin?

El Fundador en una carta larga dirigida al P. Courtés expone los argumentos: reivindica para su Sociedad las reglas canónicas que rigen a las congregaciones religiosas, existe "de facto" una autorización y unos precedentes históricos. "El Sr. arzobispo, escribe, no ignoraba que hacíamos votos. Ahora bien, ¿no daba una aprobación al servirse de nosotros, como lo ha hecho?". Los derechos legítimos de los obispos no se violan con este voto en absoluto: "La promesa de obediencia hecha a un obispo no es un obstáculo para tender a la perfección, cuyo camino está abierto al sacerdote y al simple fiel". Por último reservar al Sumo Pontífice la dispensa del voto de obediencia y de perseverancia "no perjudica en nada a la jurisdicción episcopal; es el súbdito el que se compromete voluntaria y libremente a no recurrir a ella".

Para completar el efecto de estos razonamientos con una intervención personal, el P. de Mazenod esperó al final del retiro de octubre en Aix. Entonces fue a la casa-madre. El primer viernes de noviembre prescribió un día de ayuno riguroso a pan y agua. Por la tarde ante la comunidad reunida en la sala de ejercicios, después de una conmovedora plática sobre los peligros que corría "la sociedad salida de su corazón", como tiempo atrás en las misiones, "se ofreció como víctima para calmar la cólera del cielo" y, apagadas las luces, "se dió una flagelación sangrienta, en medio de las lágrimas y sollozos de todos... Esa escena que recuerda las más conmovedoras que se encuentran en la vida de los Santos Fundadores de Ordenes, reafirmó la vocación en aquellos que estaban turbados por la defección de algunos compañeros. Todos sintieron aumentar su ternura hacia él y, para consolarlo por la traición de los falsos hermanos, se comprometieron a no poner tasa a su abnegación. El fervor supliría al número".

Faltaba convencer al arzobispo de Aix y al obispo de Frejus. La carta que dirigió al Sr. Richery no tuvo "éxito completo": el prelado no quiere causar daño a la Misión de Provenza, ofrece garantías para el futuro, pero mantiene la reclamación de Deblieu y de Maunier. "no le privaré de aquellos súbditos míos que tiene todavía y que desean perseverar.

Con el Sr. Bausset el arreglo resultó más feliz. El P. Courtés se entrevistó con él, por encargo del Fundador. La entrevista duró dos horas y media.

Mons. Bausset exigía que los "misioneros que pertenecían a su diócesis no renovaran los votos y sancionaba su voluntad tan fuertemente expresada, con una amenaza de expulsión". Es más, había incluido una acusación en regla contra el Fundador en la notificación de estas decisiones, porque en carta que escribe éste al P. Courtés dice: "He encontrado tantas facilidades en mi corazón para perdonar al prelado las calumnias de las que me parece que es un simple eco, que se diría se está hablando de un personaje imaginario. Gracias a Dios es imaginario ese personaje que el Sr. arzobispo piensa que soy yo. Me faltaba esa prueba. Un hipócrita, un miserable, un sepulcro blanqueado etc... ¡Dios mío! ¡Cuántas gracias tendría que darte si hubieses permitido que se añadiera que estoy poseído del demonio! Ese parecido con mi Maestro me hubiera dado mayores esperanzas de recompensa".

Las disposiciones sobrenaturales del Superior, que acepta pasar por todo para salvar a su Instituto, la inseguridad del prelado, que obedecía a impulsos contradictorios y seguidos, permitieron, el 8 de noviembre, aflojar esa dolorosa situación. La conversación terminó "con satisfacción de ambos interlocutores". Otra visita en diciembre del P. de Mazenod a petición del obispo, aceleró aun más la evolución de éste. "Suplicó al Superior que lo olvidara todo, escribe el P. Courtés a Suzanne. Lo colmó de atenciones". Es más, el Sr. Bousset que unas semanas antes amenazaba con la expulsión de todos los Misioneros de Provenza, se retractó, sin miramiento alguno y pidió la ayuda de uno de ellos como capellán del hospital de Aix.

Para contrarrestar la decisión del obispo de Frejus, el Fundador deseaba oponer otra que saliera de Mons. Fortunato. Pero éste creyó que no debía comprometerse y dejar que Roma solucionara el problema.

De este modo se caminaba hacia una petición formal de aprobación de la Santa Sede que cortara de raíz todas las discusiones y garantizara a la Congregación, reconocida por el Papa, ante cualquier intervención episcopal abusiva

Esa crisis dolorosa y penosa terminará, finalmente con este resultado tan venturoso como providencial.

2.- Hacia la aprobación Romana.

Tendrán que pasar dos años para que llegue el final feliz que tropezaba con muchas dificultades : la reticencia de Roma que, desde 1800, no había aprobado ninguna Congregación de Francia; oposición de los obispos del Mediodía, ansiosos de mantener sus derechos; galicanismo del gobierno real, no menos hostil que Napoleón a la fundación de Ordenes de hombres.

Pero tanto la voluntad de consolidar la Obra de los Misioneros como el desarrollo y la evolución de ésta, obligaban a iniciar, ante las Congregaciones pontificias y el Papa, las gestiones necesarias.

Las nuevas fundaciones modifican el carácter de la Sociedad, que, en su origen, fue solamente diocesana. La fundación de Laus, en los Altos Alpes obligó al P. de Mazenod a imponer una Regla y unos votos, para mantener la cohesión del conjunto. Pero ahora después de la fundación de Marsella en 1821, se abre una tercera casa en Nimes en 1825, y está en proyecto otra más en Niza. La Congregación rebasa cada vez más los límites de Aix y de Provenza. Por consiguiente, el título primitivo ya no corresponde a la realidad; se renuncia a él y, en mayo de 1825, se adopta otro : el de Oblatos de San Carlos, en honor de S. Carlos, patrono de la familia de los Mazenod.

Esta primera extensión geográfica, que ya presagia las siguientes, coincide con el progreso en el reclutamiento. Mejora en cantidad y sobre todo en calidad. Con un personal más rico en número y en valor se podían tener mayores perspectivas que con el reducido efectivo inicial.

Finalmente, al clarificarse la situación, se recupera la paz y la unión. Pero queda por resolver un problema : el P. de Mazenod tenía conciencia de que sus funciones de vicario general le hacían estar en falso; era foco de malestar. La crisis de 1823 había eliminado a los que fomentaban el mal espíritu, calificando la dignidad de arcediano como contraria a la humildad religiosa y perjudicial para los Misioneros de Provenza.

Ante Dios y ante los hombres, sus hermanos, el Fundador podía probar que era injusta la censura de los díscolos. Varias veces había rechazado el honor de vicario general y hasta del episcopado para responder a su vocación y pertenecer enteramente a su Obra. Ahora, pensaba, ¿no hubiera sido mejor consultar a sus colaboradores, antes de ceder a los ruegos de su tío? Reconoció lealmente su error y se dispuso a repararlo con una humildad muy meritoria, sometiéndose al juicio de los misioneros que le seguían fieles.

El 21 de septiembre de 1824, en la casa-madre de Aix, reunió el Capítulo General y, después de un día de penitencia y de oración, le pidió que se pronunciara en la siguiente pregunta : ¿Es oportuno o inoportuno, para el bien de la Sociedad, que el Superior General y el P. Tempier sigan cumpliendo, ante Mons. de Mazenod, obispo de Marsella, las funciones de vicarios generales?

Cada uno debía pronunciarse libremente, en conciencia, con voto secreto.

El resultado de los votos evidenció la unanimidad, afortunadamente recuperada en la Congregación. Todos los capitulares, sin excepción, "espontánea y unánimemente" aprobaron el proceder del Fundador y proclamaban la conformidad de ideas y de sentimientos entre el Padre y los miembros de la familia.

Se acabó la crisis interior y la falsa situación que la había provocado. Para hacer frente a la oposición exterior y para salir del período de ensayo por el que pasa siempre una Orden religiosa que se funda, había que darle a la Congregación unas bases canónicas, a tono con su actividad y su reclutamiento que ya eran interdiocesanos. Eso suponía el recurso a Roma.

El P. de Mazenod decidió acudir a la Santa Sede después de un año de vacilaciones interminables. Que un hombre, tan rápido para cortar por lo sano y arremeter contra todos los obstáculos, haya vacilado y dudado tanto tiempo, nos lo explica Jeancard, testigo y confidente de sus perplejidades : "Se decía a sí mismo lo que le oí susurrar algunas veces : que no tenía talla para ser reconocido por la Iglesia como fundador de una orden religiosa; que sería presunción por su parte ir a pedir al Sumo Pontífice ese título, o por lo menos, un acto que implicara el título; que la obra comenzada era sólo un esbozo débil que no merecía tan alta aprobación y que nunca podía figurar entre unas instituciones que tenían como padres a grandes hombres ilustres en la historia y unos grandes santos colocados en los altares... Por otra parte temía que, si no lograba nada con sus gestiones ante la Santa Sede, ese fracaso, que todos llegarían a conocer, iba a suponer un descrédito para la Congregación, Si sólo obtenía unas palabras de elogio y de ánimo, como parecía probable, la elevación de la Congregación al rango de las sociedades religiosas reconocidas y admitidas por la Iglesia, sería prejuzgada de un modo que sería nocivo para las esperanzas del futuro, retrasando indefinidamente la realización".

Siendo ya muy poderosas y contando con la recomendación de los Rvdos. Padres Jesuitas, las Damas del Sagrado Corazón habían tenido que contentarse con un simple Breve laudatorio. ¿Cabía aspirar a algo mejor, cuando se trataba de un puñado de pobres misioneros, sin grandes protectores?

Los cardenales negros y los hombres de curia, ayudados durante su destierro por Eugenio de Mazenod, habían muerto la mayoría. Lamentablemente le faltaba, sobre todo, Mattei. Los supervivientes "podían conservar algunos débiles recuerdos de los servicios que había prestado al Sacro Colegio, en esas circunstancias críticas. pero no eran los mismos con los que había tenido relaciones especiales y que gustosos, se hubieran interesado por él, por agradecimiento".

Era imposible, por último, contar con el único prelado romano que conocía al Fundador, Mons. Isoard, decano de la Rota, que podría ejercer gran influencia, pero por modestia se mantenía al margen, saboreando y observando "en todos sus actos las sabias lentitudes que son tradicionales en la corte de Roma".

Con miras a la gestión que se resignaba a hacer y arriesgar ante la Santa Sede, el Superior General trabaja para poner a punto las Reglas redactadas en 1818, aprovechando la experiencia adquirida. En enero de 1825 el P. Courtés comenzó la traducción al latín, que continuó el P. Albini. Todo estaba muy a punto, cuando el 9 de mayo el P. de Mazenod va a París, con el obispo de Marsella, para la consagración de Carlos X.

Mons. Fortunato y su vicario general se quedaron en la capital mucho más tiempo de lo que pensaban al principio. Una dolorosa prueba de familia obliga a Mons. de Mazenod y a su sobrino a retrasar la salida : la hija mayor de Ninette, Carolina, agoniza lentamente, consumida por la fiebre. El 25 de junio, la niña a la que el anciano obispo había dado la primera comunión y administrado la confirmación, entrega su alma a Dios. Después de haber depositado "los restos de esta amable, inocente y pura criatura" en el Calvario de Monte Valeriano, el

obispo de Marsella y su vicario general tienen que dedicar otras tres semanas para recorrer los ministerios en los que duermen algunos asuntos de interés capital para la diócesis. Por fin, el 17 de julio, después de saludar en Saint Cloud al rey, al Delfín y a la Delfina, Mons. Fortunato y su sobrino emprendieron el 22, el camino de regreso. El 31 ambos llegaban a Marsella.

Entonces se plantea de nuevo el tema de la salida para Roma del Superior General. Tuvieron que pasar otros tres meses para decidirse a recurrir a la Santa Sede. Asediado por sus dudas, el P. de Mazenod a punto estuvo de renunciar al viaje; pero los ruegos de sus misioneros, la insistencia y recomendación del P. Albini, sobre todo, le convencieron para iniciar una gestión que se le presentaba arriesgada y costosa. Refiere Jeancard que, entre Albini y él, hubo "conversaciones, cuyos detalles desconozco, pero que fueron decisivas en el ánimo del Fundador... Le oí decir varias veces : el P. Albini terminó diciendo :

-¡Vaya, Padre mío, vaya!

Y, al decirlo, me empujaba con sus dos manos por la espalda.

Esa insistencia del P. Albini, que se manifestaba hasta con un empujón físico porque las formas de respeto dejaban paso a un sentimiento sobrenatural, produjo en la mente del Superior general un efecto tan grande que vió en ello como una indicación de lo alto. A causa de esas palabras, acompañadas de un gesto tan expresivo por parte de quien era tenido por santo, tomó una resolución definitiva".

El 30 de octubre, el P. de Mazenod salió en dirección a Italia, por amor a la Sociedad, pero a regañadientes.

3.- Aprobación romana

El 26 de noviembre el P. de Mazenod llegó a Roma y fue a residir con los PP. Paules, en San Silvestre, cerca del Quirinal. Su primera visita aquel mismo día, fue a Mons Isoard, decano de la Rota, que se ofreció para acompañarlo en la visita a los cardenales. Pero "el remolonear del excelente monseñor" obliga al Superior General, después de perder varios días, a no esperar a su introductor. Intenta ganar protectores que le preparen el camino hacia el Papa y a la Congregación de los Regulares.

Comienza por el cardenal vicario Zurla, "que me ha recibido con mucha bondad y firmado el "celebret".

Acogida más callurosa y espontánea del cardenal de Gregorio, que le recuerda de París.

El cardenal de la Somaglia, al que ayudó en París, no le recuerda; concluye el Fundador : "El cardenal ha sido amable, pero mi mente ha pensado que yo sería un loco si hiciera el bien para merecer entre los hombres. Sólo Dios sabe tener en cuenta lo que hacemos por él".

Sobre las visitas a los demás príncipes de la Iglesia, nada nos dice, sin duda pueden resumirse, como la del cardenal Guerrieri, en la siguiente fórmula : "Me recibió como estoy acostumbrado a ser recibido en todas partes".

El Fundador no limita sus gestiones a los miembros del Sacro Colegio; frecuenta también las antecámaras de los prelados : Mons. Marchetti, arzobispo de Ancira, especialista en las controversias con los galicanos, "cuya opinión me gusta"; Mons. Caprano, secretario de la Propaganda, que le promete ayuda;

Mons. Conti, "al que había conocido en París, cuando era capellán del cardenal Despuig", y que después, fue con Mons. de la Genga, hoy día Papa", y era su confesor durante su estancia en Francia; Mons. Mazio, auditor del Santo Oficio, que lo recibió "con los brazos abiertos", y le dió "mil muestras de interés" y le ofreció sus servicios.

Estos personajes, por títulos diversos, le darán un apoyo eficaz a lo largo de las negociaciones. Dos de ellos le ayudarán especialmente para obtener, desde la primera audiencia, la gran benevolencia de León XII : Mons. Caprano "había hablado de mí al Papa", escribe en su "Diario", el 20 de diciembre. El Santo Padre "había tenido la bondad de responder a Mons. Mazio, que le había referido cosas halagadoras de mí, que había dicho al cardenal Secretario de Estado que me vería con sumo gusto en cuanto pidiera audiencia".

Ahora bien, pasaban los días y, a pesar de las palabras prometedoras del Sumo Pontífice, el Maestro de Cámara no daba señales de vida. El P. de Mazenod decidió presentarse sin tarjeta, aunque tuviera que esperar mucho tiempo. "Cuando vi a Mons. Barberini, no me sorprendió su descuido. Es una nulidad, más de lo que se puede pensar. Lo cual no impide que sea un buen sacerdote. Le dije, por las buenas que, al ver que me había olvidado y que no podía retrasar más la visita a Su Santidad, sin caer en falta, había venido sin más; le rogaba que advertiera al Santo Padre que estaba en su antecámara nada más que hubieran pasado los ministros". Este requerimiento resultó de maravilla, porque después que recibió a los ministros, con gran sorpresa "del R.P. General de los dominicos, que estaba seguro de que su turno estaría antes que el mío, el Santo Padre me llamó; obedecí sin hacerme rogar".

La audiencia duró más de media hora con gran sentimiento del Padre dominico que no había comido, igual que yo, que estaba en ayunas. El Papa tuvo una bondad indecible; habló mucho tiempo y me escuchaba con mucha atención cuando hablaba yo".

El P. de Mazenod entregó al Sumo Pontífice una memoria para obtener la aprobación de su Congregación. Después de dejar al Superior que expusiera el motivo de su viaje y el bien realizado por sus misioneros, León XII, con mucha delicadeza y bondad, dió a entender a su visitante que le parecía demasiado impaciente y demasiado seguro de tener una aceptación total, que habría que aguantar demoras, plegarse a las reglas tradicionales y, sobre todo, no contar con lo que no concede la Santa Sede : "Ya sabe cuales son las costumbres... Hoy se hace como se hizo hace cien años... El Secretario de la Congregación hará un informe del asunto; elegiré a un cardenal para que lo examine; éste presentará un informe a la Congregación; cada cardenal dará su voto, etc..." Al final, el P. de Mazenod no podía esperar más que un Breve laudatorio. "La cantidad de peticiones de ese estilo que nos llegan, sobre todo, de Francia, obligan a adoptar un modo particular de aprobación que consiste en alabar y animar, sin aprobar nada formalmente".

La perspectiva de prolongar su estancia en Roma, y la necesidad de seguir los trámites, le hacían poca gracia a Mons. de Mazenod. Se decidió a intentar que quitaran la restricción que se podría aplicar a su Instituto porque la juzgaba enormemente dañosa. La bondad del Santo Padre le animó a exponer que, en la situación en que se encontraba, no aprobar a su Instituto, significaría destruirlo porque los obispos franceses, que le ponían dificultades, se sentirían más fuertes y triunfantes ante el fracaso del Superior General en Roma.

León XII no contestó a esta instancia, pero el argumento, como se verá, le había hecho mella. La delicadeza del Papa se manifestó animando al P. de Mazenod e indicándole el camino a seguir : "Vaya a ver al Sr. arcipreste Adinolfi,

prosecretario de la Congregación de los Obispos y Regulares; y como temía que no retuviera el nombre, el Santo Padre tuvo la bondad de tomar un trozo de papel de su mesa; se adelantó y me entregó la pluma para que lo escribiera". Así lo cuenta en su "Diario" el Superior.

Por último León XII respondió afirmativa y categóricamente a las preguntas siguientes :

- ¿Aprueba Su Santidad que sigamos viviendo según las Reglas aprobadas por los obispos y cuya aprobación he presentado a Su Santidad?

- ¿Ve bien Su Santidad que hagamos votos de pobreza y obediencia y un cuarto voto de perseverancia, cuya dispensa quede reservada al Superior General y al Sumo Pontífice?

- ¿Aprueba Su Santidad que siga de Superior General de los Misioneros, tal como ellos me han nombrado? Sobre esta petición, el Papa no se pronunció.

- ¿Aprueba que adoptemos el nombre de Oblatos de la Santísima Virgen María, en lugar de Oblatos de San Carlos?. El Santo Padre contestó solamente : "Lo solucionará en el trabajo con el Sr. Adinolfi".

Después de recibir la bendición apostólica, el Fundador se retiró con el corazón rebotante de consuelo y de alegría, "dando gracias a Dios y a la Virgen, a los Angeles y a los Santos, y hasta a las benditas almas del Purgatorio, por las que había celebrado la misa aquel día".

Al día siguiente el P. de Mazenod fue a ver al Sr. Adinolfi que lo recibió durante largo tiempo, aunque era la hora de comer. Una vez escuchó a su visitante y repasó por encima su memoria y las Reglas de los Oblatos, Adinolfi comenzó dando ánimos : "no le prometo que no haga por aquí o por allá alguna crítica, o sea dijo corrigiéndose, algunas observaciones; pero hojeando, veo que es cosa buena". El resto de la conversación, que contrastaba con ese preámbulo animador, pero que estaba en la línea de las declaraciones del Papa, dejó al Fundador en "una gran confusión". Se podía esperar a lo sumo, un "laudanda", después del informe y los votos de los cardenales. Esa era la costumbre adoptada... y esas serían las conclusiones.

La primera reacción del Superior General, muy contrariado, fue la de recoger sus documentos y renunciar a una empresa que iba a exigir mucho tiempo, sin tener asegurada la aprobación formal, que era fundamentalmente, lo que quería obtener. El respeto al Papa que le había dado personalmente esa dirección y su confianza en la divina Providencia "que lo había protegido de un modo tan evidente hasta entonces", lo frenaron. "Dejo el asunto en sus manos, dijo al arcipreste. Solo pido que se cumplan los designios de Dios". En esto Adinolfi lo cita para el sábado por la mañana. al día siguiente de la audiencia, viernes por la tarde.

El sábado por la mañana, día 24, el Superior General fue a ver al prosecretario de la Congregación de Obispos y Regulares, muy intrigado por conocer el resultado de la audiencia pontificia.

Experto en el manejo de sus asuntos, Adinolfi no comunicó al principio la conclusión que iba a ser para su visitante plenamente satisfactoria, y comenzó a leer su informe que anunciaba el "laudanda" pura y simplemente. Después de esa entrada en materia que no podía agrandar al Fundador, el arcipreste hizo una pausa para dar mayor color a la sorpresa del desenlace :

- Sí, propuse un "laudanda" puro y simple. Pero no ha sido ese el parecer del Santo Padre.

- ¡No!, dijo el Pontífice. Esta Sociedad me gusta. Conozco el bien que está haciendo... Quiero favorecerla. Elija un cardenal de los más benévolo de la Congregación para que sea ponente de esta causa. Véale de mi parte y dígame que mi intención es que no sólo se alaben estas Reglas, sino que se las apruebe"

El P. de Mazenod lloró de alegría y "corrió a rezar un "Te Deum" en la iglesia donde reposa el cuerpo de San José de Calasanz, para dar gracias a Nuestro Señor y pedirle que completara su obra".

Aunque la decisión categórica de León XII aseguraba el éxito final del asunto, la conclusión podía retrasarse a causa de las formalidades que llevarían mucho tiempo.

Cuando el cardenal Pedicini, elegido como ponente, haya leído las Reglas "y terminado su informe, tendrá que pasárselas al cardenal Fesch quien las pasara al cardenal Haefelin, y éste al cardenal Bertazzoli. Irá pasando por los cardenales Pallotta y Turiozzi, hasta llegar al cardenal Pacca quien lo devolverá al cardenal Pedicini. El cardenal Pedicini hablará con el Papa y después se reunirá la Congregación y decidirá. ¿Que me dices de este proceso?, pregunta el P. de Mazenod al P. Tempier. Podría seguirse un camino más corto, pero así es. Calcula ahora, a 15 días por cabeza, hasta cuando estaré aquí. Como para desesperarse. Empujaré lo que pueda, pero la cosa no será fácil".

Animado por su primer éxito, el P. de Mazenod intenta una simplificación del procedimiento y el 7 de enero de 1826, ruega al cardenal Pacca, ganado por completo para su causa, que intervenga ante el Santo Padre para que, en lugar de pasar este asunto por tantas manos, "que me retendrían aquí más de lo que el bien de la diócesis y de la familia lo permiten", se le confíe a una Congregación reducida de cardenales.

Una maniobra tramada por algunos obispos de Francia, en lugar de entorpecer la petición, ayuda a que el Papa y la Curia sean más favorables todavía.

Porque Mons. Arbaud y más tarde Mons. Bausset y Mons. Miollis, que habían dado su aprobación al Fundador cuando salió para Roma, se creen obligados a exponer al Santo Padre que, pensándolo bien, los estatutos de los Oblatos, examinados por ellos muy de prisa por falta de tiempo, les parecen inadmisibles, ya que contienen varias disposiciones contrarias a los derechos de los obispos y a las leyes civiles de Francia. Que no se podía admitir, "sin arruinar toda la institución canónica" un voto de perseverancia, cuya dispensa no dependiera del ordinario, despreciando la promesa de obediencia hecha a este último por el neosacerdote el día de su ordenación; tampoco se podía admitir que el Superior de los Oblatos tuviera poder para retener o rechazar a sus religiosos, cuando el obispo no podía reclamar, si tenía necesidad, a unos misioneros muy útiles y tenía que aceptar a súbditos excluidos como indeseables o malos.

A causa de esta apelación a la legislación del reino, esa petición de los preladados significaba una amenaza bastante más peligrosa : la posible intervención de Carlos X, metiéndose a defender, por vía diplomática, con la jurisdicción de los obispos, los principios galicanos. De hecho el ministro de Asuntos Exteriores no se movió.

La gestión de los tres preladados se quedó sin apoyo. Además, sus cartas llegaron después que León XII se había pronunciado a favor de la aprobación de los Oblatos de María Inmaculada; pero produjeron su efecto, aunque fue totalmente opuesto a lo que buscaban sus autores. Los principios galicanos en que se inspiraban se volvieron contra ellos y la causa del P. de Mazenod ganó puntos.

Mons. Marchetti tranquilizó inmediatamente al Superior General, muy molesto "por la miserable salida" del obispo de Gap y de sus colegas cuando declaraban que aquello "no tenía ni pies ni cabeza y que era completamente anticanónico". El cardenal Pedicini ahorró al Superior el trabajo de contestarlos y se encargó de la refutación "con las mismas palabras de nuestro libro". Las cartas de los preladados le valieron al postulante una protección suplementaria y de peso en la persona del cardenal Castiglione, el futuro Pío VIII. Por su parte León XII anunció "una desaprobación formal". "De este modo, escribe Jeancard, se produjo un mayor interés en Roma por afirmar la autoridad de la Santa Sede, con un acto auténtico".

El cardenal Pacca no tuvo ninguna dificultad para lograr, el 18 de enero de 1826, que el Papa accediera a simplificar las formalidades habituales: en lugar de someter la Regla de los Oblatos al interminable examen de 8 cardenales " que formaban la Congregación de Obispos y Regulares, Pacca reunirá en su casa una pequeña Congregación de 3 cardenales, con el cardenal Pedicini, el cardenal Pallotta, arzobispo secretario de la Congregación. Esos tres consultores y él darían su juicio y se dirigirían directamente al Santo Padre. De este modo, a pesar de la lentitud del cardenal Pacca, el asunto no se retrasaría mucho.

Y sin embargo se retrasó más de lo que pensaba el Fundador. El Papa recomendó al cardenal presidente "que me despachara", pero éste "no se daba mayor prisa", escribe algo impaciente el P. de Mazenod, al cabo de 10 días. La fecha del 2 de febrero y, sobre todo los días de carnaval, detienen el asunto. Por fin el 15 de febrero se reunió la pequeña Congregación en casa del cardenal Pacca, mientras el Superior General, en oración, esperaba el decreto en la iglesia vecina de los Campitelli. Tenía motivos para esperar que fuera favorable. Y así fue. La Congregación se pronunció por la aprobación de las Reglas, previos algunos retoques de poca monta.

Algunos de estos retoques los pedía la comisión misma, otros quedaron sometidos al examen de Mons. Marchetti y del Fundador. Este trabajó muchas horas durante aquella tarde y al día siguiente con el arcipreste de Ancira para tenerlo todo a punto. El día 16 todo estaba concluido. El 17, León XII aprueba y confirma la decisión de la Congregación.

Pasa otro mes, porque hay que copiar y comparar el texto primitivo y redactar el Breve pontificio, "detenido por la pachorra de Mons. Capaccini que no se mueve por nada; su modo de trabajar será el punto negro de mi cuadro de Roma", escribe el P. de Mazenod. El Breve, hasta el 21 de marzo, no se presentará a la firma del Papa.

El Superior General no puede retirar la aprobación oficial hasta el 19 de abril porque las fiestas pascuales y después una enfermedad han impedido ver a Mons. Capaccini. Mientras tanto, León XII, a petición de Pacca, había eximido al Fundador del impuesto de Cancillería "que hubiese llegado a 47 piastras". Sin embargo tuvo que entregar "9 para pequeños gastos de los Señores funcionarios y algunas propinas".

Esa espera permitió al Superior general asistir a los oficios de la Semana Santa y Resurrección, lo que describe por extenso y con entusiasmo en su Diario; también le permite hacer algunas visitas de despedida y de agradecimiento y revisar el texto de las "Memorias" redactadas por el cardenal Pacca que lo trataba con tanta confianza.

4.- Regreso a Marsella del P. de Mazonod.

Después de una audiencia de despedida para expresar su gratitud al Santo Padre y excusarse por ser "indiscreto por última vez", ya que le soltó uno tras otro sus "16 artículos de peticiones", concedidas graciosamente, el P. de Mazonod salió el 4 de mayo camino de Francia.

La acogida que le tributaron los Oblatos fue de lo más efusivo. El Capítulo General, reunido el 10 de julio en Marsella, tres días después de su llegada, resultó un acuerdo unánime. Con alegría, todos los Padres acataron las decisiones de Roma y luego, antes de separarse el 13, con la bendición de Mons. Fortunato, "conmovido profundamente", renovaron los votos a continuación del Fundador, en la forma aprobada por el Santo Padre.

Había culminado una etapa decisiva. En adelante, asegurado el futuro y respaldado por la autoridad de la Santa Sede, el P. de Mazonod podrá, sin contestación adversa, llevar a cabo su doble papel : Superior General de los Oblatos de María Inmaculada y la administración de la diócesis de Marsella.

Capítulo VIII

LA CRISIS LIBERAL Y EL FIN DE LA MONARQUIA LEGITIMA.

1.- La crisis liberal.

Los liberales denuncian "las pretensiones excesivas y los abusos de poder del clero, los errores de un régimen que ponía la religión al servicio de la política y la política al servicio de la religión", "agitan el fantasma de una dominación clerical", que oprimiría las conciencias y la inteligencia de los franceses.

En Marsella progresan los liberales entre abogados, procuradores, médicos y la juventud

2.- Las ordenanzas y sus repercusiones.

Unas ordenanzas, en el campo escolar ponen en tela de juicio las posiciones conquistadas por el clero a partir de 1814.

Desde el principio Mons. Fortunato opone una resistencia intransigente a las medidas del gobierno, bien secundado por su sobrino, que no sólo inspira a su tío sino que actúa brillantemente en defensa de los suyos como el P. André que defiende ante el prefecto, en Aix.

La firmeza de Mons. de Mazenod que a veces en las formas, rebasa la medida, logró moderarse para avenirse a las directivas de Roma y concordar con la acción del episcopado, en su conjunto.

Se trataba de una batalla general y no quería obtener ventajas locales a costa de una causa que interesaba a toda la Iglesia de Francia.

Cuando el gobierno prohibió la publicación de la encíclica de Pio VIII sobre los errores modernos y la indiferencia religiosa, protestó sobre ese grave atentado contra los derechos de la Santa Sede y se solidarizó con Pio VIII.

3.- Conquista de Argel y la Revolución de 1830.

En Marsella aprueban con entusiasmo la acción militar decidida por el gobierno de Carlos X. El Obispo participa de ese entusiasmo.

El P. de Mazenod piensa en el horizonte que se abre a su celo y al celo misionero de sus hijos con la penetración francesa en el continente africano. Los Oblatos piden con entusiasmo "el insigne favor de cruzar el mar y poder

acompañar a aquellos de nuestros Padres que son los primeros que van a tener la dicha de llevar la luz del Evangelio a esos infelices pueblos".

La alegría duró poco, el 31 de julio, el duque de Orleans, pretendiente a la corona acepta ser lugarteniente del reino. Hasta el 3 de agosto no se enteraron en Marsella de que París se había sublevado y que la revolución había triunfado completamente.

Para el P. de Mazenod, herido en su cariño a la monarquía legítima, y más aún a la religión católica, cuya existencia creía que iba unida indisolublemente al trono de los Borbones, esa revolución inesperada significó una etapa decisiva.

En plena madurez y con una salud muy delicada, necesitará años de tanteo dificultoso, hasta que llegue la hora en la que sepa dissociar las dos causas. Por su herencia, por su educación de emigrado, por su pasado aristocrático, por su temperamento fuerte, por su espíritu absolutista, por el sentir generalizado del clero de Francia, no acertaba a separar la religión y el trono.

Los comienzos de Luis Felipe no le ayudaron nada a rectificar sus convicciones más arraigadas y profundas. De todos los desprendimientos que Dios le tenía reservados, éste no fue el menos duro.

Capítulo IX

CONSECUENCIAS RELIGIOSAS DE LA REVOLUCION DE 1830

EN MARSELLA.

1 .- Primeras reacciones del P. de Mazenod después de la Revolución de julio.

Cuando triunfó la revolución, el P. de Mazenod estaba en Friburgo. Después se dijo "que había emigrado y que iba a sublevar a las potencias extranjeras". Esa acusación tan ridícula como injusta bastaba para probar la mala fe de sus enemigos que se valían de las acusaciones más absurdas para acusarle de carlismo agresivo. En realidad, cuando salió para Suiza el 8 de julio, nada presagiaba una revolución tan inmediata, sobre todo en Marsella donde los monárquicos y los liberales compartían la euforia general que siguió a la campaña de Argel.

De hecho, el P. de Mazenod se alejaba de Marsella únicamente por razones de salud y escogía Suiza por razones de familia. Su grave enfermedad de 1829 exigía una larga convalecencia. Pero le cansa la inactividad y le parece que cuidarse es regalarse a sí mismo, cuando hay tanto trabajo. Por otra parte, para aligerar "su débil armadura", el Fundador se impone mortificaciones habituales. Por eso, en junio después de la gira pastoral y después de un retiro predicado a las cinco cofradías de penitentes que había en la ciudad de Marsella, cayó en un estado tal de agotamiento que obligó al P. Tempier, muy preocupado a intervenir: "Mi queridísimo Padre, estoy tan apenado que no puedo más... En mi condición de hijo, de amigo, de antiguo compañero de armas, y en mi calidad de admonitor y hasta de director y confesor, hice cuanto pude para que se decidiera a no ayunar. Dios sabe cuanta razón tenía. Pero todas mis advertencias y ruegos no han servido para nada. Hoy me entero de que, después de dos días de ayuno, y después de tener que sentarse ayer para poder terminar la misa, hoy fiesta de la Santísima Trinidad tiene que decir dos misas, una de ellas cantada a las 10. Eso atenta contra la prudencia más de lo que cabe decir. No tengo palabras para calificar ese derroche contra su salud. Si después de esto no saco nada de Vd. para que cuide su salud diré a los asistentes de la Sociedad que, puesto que yo no logro nada, que lo intenten ellos. Me duele, mi queridísimo Padre, tener que hablarle así; le pido perdón, pero creo que estoy cumpliendo un deber".

Esta imperiosa monición, pudo ser suficiente. Pero, "ad abundantiam juris", el P. Tempier ordena una consulta médica, y la Facultad prescribe un cambio de aires. En Marsella no se puede esperar que el P. de Mazenod descanse; es

necesario que se marche, y bastante lejos. Se organiza un viaje para sacarlo de sus ocupaciones habituales y de dé tranquilidad. Se trataba de un interés de familia.

El Superior sale para Suiza, lugar ideal. En Friburgo irá a ver a su sobrino, Luis de Boisgelin, confiado por él al colegio de los jesuitas, después del tema de las Ordenanzas que habían excluido a los Padres del seminario de Aix. Le acompañan su madre y su hermana para cuidarlo. Al pasar por Laus hace la visita canónica a la casa. Al cruzar Saboya y a su regreso por Turin, examina los proyectos de fundación, en Chambéry y en Niza. Esa temporada de descanso forzoso ofrecía las condiciones necesarias para restablecer "su débil armadura". Para los suyos, para la Congregación de los Oblatos era de una utilidad indiscutible.

El P. de Mazenod estaba tan ajeno a la emigración y a promover intrigas en Coblenza que, al tener la primera noticia de la revolución, quiso volver a Provenza. Escribía el 4 de agosto a Tempier : "Si pensáis que debo regresar a Marsella, me lo dices. Mi mal no es de los que pueden curarse con un cambio de aires; ayer ni corazón se cansó bastante, pero estoy bien". Por dos veces en ocho días insiste el Fundador, el 9 y 13 de agosto, en términos cada vez más exigentes.

El Superior General, durante las primeras semanas, tiene las mismas consignas para todos : resistir. Quedarse en su puesto por encima de todo. Felicita a Guibert que le escribió el 6 : "resistiremos hasta el final" y a Tempier, que adopta como lema : "prudencia y moderación, pero vigilancia, fuerza y valor". En cambio, el Fundador regaña duramente a los Padres de Nimes que tuvieron la debilidad de huir : "No concibo cómo dejó su puesto el capellán de la cárcel. ¿No tenía enfermos que cuidar? No cumplió con su obligación en esta ocasión. Yo me hubiese quedado a su lado. Esa noble actitud hubiera sido digna de su valor y de su ministerio, todo caridad".

Recomienda ser fieles a la Regla y a la oración : "En nombre de Dios, que todos esos rumores no dañen la regularidad de nuestros escolásticos. Que no se ocupen de los acontecimientos más que lo necesario para no ser extraños a lo que pasa; pero que la piedad y todas las santas prácticas no sufran lo más mínimo. Al contrario, que incrementen todos el fervor y la entrega a sus deberes".

Mantener firmemente el estudio: "La ciencia es una condición indispensable para ser útiles en cualquier sitio". Dos días después, recomienda a Courtés la fidelidad al deber; ha de cuidar que cada uno lo cumpla puntualmente, cueste lo que cueste.

Pero en esta ocasión el P. de Mazenod que anteriormente insistía en volver a su puesto, concluye con una frase que anuncia un cambio de orientación : "Nuestra vocación es hacer el bien a todo el mundo. Cuando ya no podemos hacerlo en un sitio, lo haremos en otro".

Hasta entonces parece que el Fundador no había juzgado del todo indispensable buscar para los novicios y escolásticos un refugio en el extranjero. Ahora cree que es importante tenerlo y cuanto antes : "La Providencia nos llevará luego según sus adorables designios". Su decisión está tomada : "Lo que hay que hacer es comprar una casa de campo o un viejo castillo que no sea caro".

Cuatro días después, el P. de Mazenod, que sigue en Friburgo proyecta que su tío salga también para el extranjero. Una carta de Tempier le da noticias alarmantes sobre la salud del anciano obispo : "Sepa que todos estos cambios

han abatido a nuestro prelado. Se le ve muy cambiado; a los 82 años no se aguantan esos golpes tan fuertes".

Profundamente afectado por la caída de los Borbones, Mons. Fortunato se ve obligado a tomar oficialmente partido frente al nuevo régimen. Las autoridades le invitan a cantar el 15 de agosto el "Domine salvum fac" y tiene que decidirse. El Consejo general reunido en el obispado, decide obedecer, mediante una solución que permite salir del dilema : la oración por el rey se limitaría al canto del "Exaudiat" sin mencionar el nombre del rey.

En Friburgo, el P. de Mazenod recibe noticias alarmantes : obispados y conventos saqueados, cruces derribadas, etc. El rey tolera todos esos excesos, como dando a entender que los aprueba. En realidad Luis Felipe lamentaba "in petto" esa ola anticlerical, pero desbordado dejaba correr las cosas a la espera del momento en que su autoridad pudiera implantar una política más favorable a la Iglesia. Tendrán que pasar seis años para llegar a eso.

El P. de Mazenod, predisposto contra Luis Felipe por su tradición familiar, por su ultramonarquismo, etc, no podía más que afirmarse en el rechazo. Lo que le contaron los prelados llegados a Friburgo huyendo, lo confirman en su actitud.

2.-El reconocimiento de la monarquía de julio.

Entre todas las decisiones, las más serias, molestas y apremiantes eran las que afectaban al reconocimiento del gobierno y a la licitud del juramento exigido a los franceses.

Sobre el primer punto, el único que exigían oficialmente las autoridades, Mons. de Mazenod no quería pronunciarse, sin conocer antes la decisión de los obispos y del Papa. De ahí su negativa a rogar por Luis Felipe, y a izar la bandera tricolor. El prelado quedó catalogado como antinacional y enemigo del régimen. Malevolamente las autoridades confirmaron esa versión ante el gobierno, con informes muy severos contra el obispo de Marsella.

Mons. Fortunato acudió a Roma para saber la conducta que había de seguir y recibió las mismas consignas que el arzobispo de París : el Papa autorizaba el canto del "Domine salvum fac regem; permitía también que se prestara el juramento exigido a los funcionarios.

Las consignas romanas ofrecieron al P. de Mazenod magnífica ocasión para practicar, a costa de un gran sacrificio, su obediencia a la Santa Sede, porque sigue desconfiando ya que ni una sola carta del ministerio de Asuntos eclesiásticos deja de avasallar a la Iglesia.

Escribe al P. Tempier : "No es deshonra cambiar de opinión cuando el Jefe de la Iglesia da sus normas... El Papa, doctor de la Iglesia ha hablado. Es suficiente para nuestra conciencia".

La decisión del Papa exigía obediencia, aunque tuviera que renunciar a su juicio personal y destruir las opiniones dadas con anterioridad. El Superior de los Oblatos practica y prescribe la sumisión.

Recomienda, sin embargo, que no se exageren las consignas de la Santa Sede y se cambie en orden positiva una simple autorización que deja a la conciencia y a la generosidad de cada uno el cuidado de elegir libremente.

3 .- La polémica del "Domine salvum fac regem" y estancia de Mons. Fortunato en Niza.

Antes de recibir respuesta a su consulta del 6 de septiembre, Mons. Fortunato encargó a sus vicarios generales Tempier y Fleyol que comunicaran a los párrocos de Marsella la fórmula de oración que podían utilizar y de acuerdo con las pautas de su sobrino, el prelado se limita a permitir las oraciones públicas por el nuevo rey de los franceses. Todo se reducía a dejar hacer.

Es fácil comprender las cautelas del prelado. Demasiado comprometido por sus antecedentes, no podía cantar con entusiasmo y júbilo la palinodia sin faltar a la dignidad y sin correr el riesgo del descrédito. Por otra parte trata con delicadeza a sus fieles y a su clero que, en su mayoría, seguían partidarios de la legitimidad.

Bien pensado este reconocimiento indirecto, pero oficial, debió permitir un respiro con las autoridades locales y el gobierno de París. Por desgracia, un conjunto de circunstancias enojosas no permitieron disipar la mutua desconfianza que imponía, en Marsella, unas relaciones tirantes entre el obispo y los representantes de la monarquía orleanista.

Reprochan al obispo su retraso. La circular se publicaba tres meses después de la revolución. No aceptan las razones del prelado, de haber esperado hasta la decisión de Roma.

Una serie de incidentes envenena el asunto y quieren imponer una fórmula nueva, el mando militar quiere que se toque la "Marsellesa" en la misa, etc.

Todo eso cansa al obispo, cuya salud se debilita, necesita un descanso y cede a las insistencias de cuantos lo rodean, solicita el pasaporte el 7 de septiembre y sale para Niza el 21 acompañado del P. Dupuy.

Esa salida, es malevolamente interpretada por las autoridades, "se había exiliado voluntariamente a fines de agosto ... espera en Niza el regreso de Carlos X ". Como medida temporal le suspenden hasta nueva orden la entrega del mandato necesario para que ese prelado perciba su paga.

Para embrollarlo todavía más, la fórmula de oración de Mons. Fortunato no satisface ni al general, ni al prefecto, porque el rey no es nombrado más que en la oración, y su piedad exigía que lo fuese también en el "Domine salvum fac regem". Mons. de Mazenod no quiere repetir el "Philippum" porque es superfluo. Sobre eso se organiza la batalla que durará cinco años, a pesar de las advertencias del nuevo ministro de Cultos que aconseja a las autoridades paciencia para la tranquilidad pública. Diversos incidentes, promovidos por alborotadores en las iglesias, especialmente el de San Teodoro, enardecen los ánimos. El alcalde ha sermoneado a los alborotadores, cuando según el prefecto Thomas debía de haber sermoneado a los sacerdotes que "en el interior de edificios dedicados al ejercicio de una religión", se permiten "unos actos o palabras que atentan contra los derechos del gobierno, contra la autoridad de las leyes y contra el honor de los ciudadanos".

4 .- El prefecto Thomas.

El prefecto de las Bocas del Ródano, Thomas, no se caracterizaba ni por su apertura de espíritu, ni por su flexibilidad, ni por su habilidad. Tenía una estrecha visión de la prefectura.

Su preocupación esencial, es ante todo, combatir a los enemigos del régimen : "sacerdotes, republicanos y Carlistas" para servir al partido del equilibrio. De ahí su red de observadores que vigilan el obispado y el seminario. El interés y la ambición mueven con demasiada frecuencia a este funcionario, honrado por otra parte.

Su manera de ser, su carácter, su incomprensión total de las cosas religiosas fomentan y agravan los malentendidos con Mons. Fortunato y con el P. de Mazenod, a los que suponía inducidos únicamente por preocupaciones partidistas, como lo estaba él. Dadas sus prevenciones, su ignorancia de los asuntos eclesiásticos y su falta de apertura, el prefecto interpretaba en sentido opuesto sus palabras, sus acciones, sus gestos y sus actitudes menos sospechosas.

Y llega lo más grave. Con pruebas en la mano, Mons. de Mazenod llegará a convencerse de la deslealtad del prefecto.

El "astuto bajo alpino" no jugaba limpio. Prodigaba las palabras hermosas y los cumplidos lisonjeros al vicario general de Marsella que lo visitaba corrientemente para solucionar, del mejor modo, las cuestiones religiosas. Thomas le aseguraba que no había escrito nada contra él, y no perdía la ocasión para alabarle "altamente, como hombre de espíritu y de sentido".

Pero cuando en 1835, el P. Guibert negociaba con el régimen de Luis Felipe la reconciliación de su Superior, descubrió la verdad. En el ministerio de Cultos, el Sr. Schmit, puso ante los ojos del futuro cardenal los informes de Thomas que motivaban la desconfianza del gobierno. Por eso Guibert pudo defender con entero conocimiento a Mons. de Mazenod y pasarle la información. El 17 de agosto escribía a Tempier : "Todas las acusaciones dirigidas contra nuestro amigo vienen de la prefectura".

Esta revelación sorprendió e indignó al obispo de Icosia que, en su rectitud natural, se había dejado engañar por las declaraciones del "astuto bajo-alpino". En agosto de 1835 escribía : "Si han salido de la prefectura las atroces calumnias que tanto han irritado al gobierno contra mí, puedo asegurar la bellaquería infame de ese hombre que ha traicionado a su conciencia, acusándome después de asegurarme a mí y a mis amigos, que era totalmente ajeno a todos los manejos que la maldad había tramado contra mí".

Cuando Thomas afirmaba que nunca había denunciado formalmente al P. de Mazenod ante el gobierno, se agarraba a la letra de sus informes. Sus modos consistían en proceder habitualmente con insinuaciones, evitando los juicios categóricos y, sobre todo, los juicios personales. Sin hacerlos suyos, el prefecto recoge con satisfacción y con abundancia todo cuanto se dice desfavorable al obispo de Marsella y a su sobrino, vicario general. Es maestro en relacionar muy inocentemente los hechos, en agrupar los detalles, en sugerir comprobaciones y en calcular los enfoques. Sin formular la menor conclusión, sus relatos se dedican constantemente a crear suspicacias. El método de Thomas, ciñéndose a un procedimiento de tendencias, había sido eficaz.

Durante cinco años, logró convencer a los gobiernos sucesivos de que, lo mismo que su tío y que Tempier, el P. de Mazenod, ultramontano y ultramonárquico, era enemigo implacable del régimen de julio y utilizaba la religión para restaurar a Carlos X. Sonará la hora en la que la desgracia del prefecto, abandonado por su amigo Thiers y desacreditado por sus procedimientos viles, ponga fin a los equívocos mantenidos cuidadosamente por él.

Pero desde 1830 a 1835, su comportamiento creará al obispo de Marsella y a su sobrino una situación falsa y penosa.

5.- Roces y concesiones mutuas entre las autoridades religiosas y civiles de Marsella.

Vuelve el prefecto Thomas sobre los incidentes de San Teodoro, quiere que se repartan las responsabilidades, y el alcalde Rostand publica un manifiesto que invita "a todos los ministros de culto y a todos los habitantes a abstenerse de actos reprobables y culpables aquí consignados".

Tempier y Flayol, encargados de la diócesis en ausencia del obispo y del P. de Mazenod, responden con una carta abierta que también difunden por la prensa. La respuesta mordaz refuta las alegaciones del alcalde

El P. de Mazenod de acuerdo en cuanto al fondo, hubiese deseado una forma más suave y que no se publicara en los periódicos. No será el único caso en que el Superior general actúe como moderador. En adelante, más de una vez, tanto en la administración de la diócesis como en las relaciones con las autoridades civiles, se le verá aconsejar unas formas y unas decisiones menos tajantes a su anciano tío o a Tempier.

Pero se muestra tan decidido a resistir y a contener, que el viejo Mons. Fortunato, lleno de alegría, le escribirá en un arranque de entusiasmo : "Ahí reconozco mi sangre".

El entusiasmo del obispo obedecía al ardor intransigente de su fogoso sobrino que pensaba, aunque fuera con peligro de su vida, impedir la destrucción o el traslado de la cruz de misión levantada en Marsella en 1820. Contra esas cruces se había desatado el furor de los liberales.

El gobierno de Luis Felipe había invitado a los obispos a guardar en las iglesias los calvarios provocadores. Algunos prelados hicieron caso; el P. de Mazenod no pensaba prestarse a lo que llama "una especie de apostasía"

El prefecto, el alcalde y el procurador del rey intentaron convencer a Tempier y a Flayol que se mostraron irreductibles; hasta el mismo prefecto se convenció que era mejor dejar al tiempo y a la ilustración el cuidado de mejorar el espíritu público. Una vez desaparecidos los prejuicios, no habría inconveniente en quitar las cruces.

En lo que sí se mostraron concludores los vicarios generales fue en la supresión de la misa de media noche de Navidad, porque las autoridades civiles temían desórdenes.

A comienzos de 1831 volvía, por fin, el Superior a Marsella, pero sin su tío que se quedaba por razones de salud en Niza. Desde entonces tomará la dirección de la diócesis.

Por espíritu de apaciguamiento se suprimio en la catedral y en las iglesias parroquiales el culto del 21 de enero. Así mismo el P. de Mazenod se prestó a quitar de las iglesias y de los ornamentos la flor de lis que Luis Felipe habia suprimido "del sello de Francia y de su escudo".

Dos meses más tarde regresaba Mons. Fortunato de Niza para presidir, en presencia de todas las autoridades marselesas, la misa celebrada en la catedral por el rey; hasta honró a Luis Felipe con una bendición del Santísimo que siguió a la misa solemne.

Era de esperar que el prefecto Thomas apreciara los méritos y el alcance del esfuerzo realizado por el anciano obispo. Su actitud merecía el respeto y, normalmente debía ayudar al acercamiento.

Pero Thomas, en un informe inexacto y pérfido al ministro de Cultos, con una mezquindad odiosa, destacó algunos detalles, deformó los hechos y hasta

sacó partido contra Mons. de Mazenod por su presencia en el acto, que significaba tantas cosas.

Este informe valió a Mons. de Mazenod una severa llamada al orden del ministro de Cultos. El prelado contestó por extenso y con bastante dureza : "No esperaba en absoluto las advertencias de Su Excelencia sobre la participación del clero de mi diócesis en la fiesta del rey. Al contrario, creía que, al hablarme de ello, me expesaría su satisfacción. A pesar de todo le doy las gracias, ya que es evidente que fué inducido al error por unos informes falsos que, por cierto, no faltan en estos tiempos que corren". Y punto por punto rectifica y refuta las falsedades del informe.

Si Mons. de Mazenod careció, a veces, de la necesaria comprensión política, justo es reconocer que, en este caso, jugó el más hermoso papel.

Desgraciadamente, en lugar de incrementar la feliz tranquilidad anteriormente señalada, las ceremonias religiosas de San Felipe, por culpa del prefecto, provocaron una nueva tensión. A partir de esa fecha, la situación seguirá enconándose.

6.- Graves incidentes antireligiosos en Marsella en julio y agosto de 1931.

En julio llegan las elecciones legislativas que encienden las pasiones políticas. Hay desórdenes, bandas de patriotas asaltaron las casas de los monárquicos y fueron al palacio episcopal y al seminario menor gritando : "¡Abajo los carlistas!".

El general Delort, deforma los hechos y en lugar de echar la culpa a los verdaderos culpables, atribuye toda la responsabilidad al P. de Mazenod y al P. Tempier y al sacerdote Coulin. "Un panfleto asqueroso lanzado contra nuestro alcalde" Rostand provocó la justa indignación de los nacionales, aseguraba el "El Mensajero". Los tres vicarios para librarse de los efectos del panfleto, salieron rápidamente de Marsella para Friburgo. El panfleto se atribuye a los tres vicarios.

Al enterarse de la interpretación que los liberales daban a su salida y que arreciaban las acusaciones contra ellos, el P. de Mazenod y el P. Tempier regresaron a toda prisa y se justificaron sin dificultad. Tanto el prefecto como el alcalde se convencen de ello : "Es notorio, escribe Thomas al ministro, que esos dos sacerdotes son completamente ajenos a la composición y a la emisión del libelo.... Deseo que tomen nuevamente el camino de Friburgo porque, aunque no hayan escrito libelos electorales, los tengo por unos sacerdotes que cuanto más lejos estén, mejor"

Todos esos incidentes graves le permiten a Thomas alegar razones de tranquilidad pública y le permiten suponer que el prelado, por temor a las camorras, evitará las procesiones que pueden provocar violencias y desórdenes. Una circular del ministro de Cultos que invita a los Ordinarios a suprimir las ceremonias externas relativas al voto de Luis XIII, en la fiesta máxima de la Asunción, le ofrece un argumento más.

En lo que se refiere a las procesiones del voto de Luis XIII, Mons. de Mazenod se aviene a los deseos del gobierno, pero quiere mantener las del 15 de agosto "en las parroquias en que la fiesta de la Asunción es titular". Estas no tienen nada que ver con el caso previsto por el ministro y, además no son más que cuatro parroquias : La Mayor, Ciotat, Roquevire y Roquefort. Sobre la de La Mayor el prefecto dice que los jóvenes liberales la tienen por minifestación

molesta. Ante ese chantaje del desorden, Mons. Fortunato se niega a ceder. Escribe a Thomas : "Me molesta que unos jóvenes imprudentes interpreten mal las intenciones del clero, con ocasión de la procesión que vamos a tener el lunes próximo. Comprenderá que eso no puede ser motivo suficiente para suprimirla. Basta que la autoridad conozca los proyectos culpables de los alborotadores para que tome las medidas de represión que tiene en sus manos, y con ellas le será fácil evitar todo desorden". El prefecto tuvo que rendirse.

Para asegurar la normalidad, se le encomendó al abate Sabatier "que viera a los hombres en torno a los cuales se iban a juntar los habitantes de Marsella". Se pusieron en marcha con el entusiasmo previsto, y aún no había sonado la hora de vísperas, cuando notifican al obispo que puede salir la procesión, y que será protegida enérgicamente, si fuera necesario.

El apoyo era necesario, porque un centenar de manifestantes se presentaron y en lugar de atacar a la masa compacta de 800 marselleses que rodeaba a la Virgen, atacaron "valientemente" a las Hijas de Maria que abrían marcha. Las jóvenes se defienden a golpes de cirio, los Penitentes, quitándose sus capiruchos, van en su ayuda, blandiendo las sillas "que por miedo habían abandonado en las calles los que las ocupaban para ver pasar la procesión". Los asaltantes se batieron en retirada, bastante mal parados.

Cuando hizo su aparición, a hombros de los vigorosos mozos de cuerda y de los marineros "La Buena Madre" en La Mayor fue un explosión de júbilo. Se celebró el triunfo.

Los alborotadores desaparecieron. Pero la noche rehizo su valor y al día siguiente "para testimoniar su descontento por haberse hecho la procesión manifestaron la intención de destruir las cruces de misión. La experiencia de la víspera hizo desconfiara a los católicos : piensan que tienen que defender ellos mismos el memorial de los Acoules y se pasan el día vigilando.

Por la tarde hacía las 8, al saberse que está en marcha un grupo para atacar a la cruz de la misión, se colocan junto a ella 1.500 hombres, esperando a los agresores. Un batallón de infantería, llegado para mantener el orden, intentó dispersarlos y en ese momento llegaban los asaltantes por dos calles diferentes. La tropa cierra la principal vía de acceso. Los católicos se lanzan sobre la segunda oleada, la dispersan a bastonazos y la persiguen de noche. La camorra se prolongó hasta la una de la madrugada, y luego todo quedó en calma.

"La Cruz quedó en pie", concluye el abate Sabatier. En adelante ya no se atreverán a tocarla porque el prefecto, de acuerdo con el teniente general y el alcalde se dispone a protegerla.

Thomas, sin embargo, de acuerdo con su modo de actuar, no cesa de acusar al obispo y a los sacerdotes de meter, en ese tema, la política.

Mons. Fortunato protesta enérgicamente, en una carta dirigida al alcalde, contra un artículo del "Semáforo" que confundía un motín sedicioso con el entusiasmo puramente religioso, hablando de la procesión de la Santísima Virgen.

Los incidentes de los días 15 y 16 de agosto sirvieron, por lo menos, para recordar la prudencia y la moderación. La experiencia había demostrado al prefecto, al general y al alcalde que no podían dejar campo libre a los jóvenes liberales, y menos, animar bajo cuerda, sus manifestaciones intempestivas.

A petición de Thomas, el obispo que había salido ganador, renuncia a la procesión de S. Lázaro para quitar la ocasión de nuevas manifestaciones.

Adelantándose al deseo de las autoridades, el prelado complacido, suprime por iniciativa propia las misas de media noche de Navidad.

Un "Ordo" oficial "fijado en todas las parroquias y en los dos seminarios" ordena a todo el clero "que abandone totalmente las cosas políticas porque

tienden a desviar a los sacerdotes de unas obligaciones que contrajeron al aceptar las órdenes"... Por último declara "que esta entrega a los asuntos políticos, por ser extraña al sagrado ministerio, puede enardecer las pasiones de los obreros del Evangelio y causar un gran daño a la religión que deben propagar más con el ejemplo que con la palabra".

El 3 de febrero siguiente, el ministro de Cultos escribía al prefecto : "Se debe aplaudir la prohibición de leer periódicos y agradecerse al Obispo de Marsella. Aproveche, Sr. Prefecto, todas las ocasiones para animar ese progreso en el bien"

Pero en lugar de animar ese progreso hacia el bien, fruto de seis meses de mutuas concesiones, Thomas aprovechó la ocasión que le ofreció, en abril de 1832, el desembarco de la duquesa de Berry, para intentar mezclar a Mons. Fortunato y más todavía a su sobrino, con los instigadores de esa aventura carlista.

7.- El desembarco de la duquesa de Berry en abril de 1832.

El día 29 de abril, los monárquicos juzgaron oportuno "comunicar al Sr. de Mazenod, sobrino y vicario general del obispo, su proyecto de alzamiento que se llevaría a cabo al día siguiente. "Esto fue, por lo menos en sustancia, lo que el Sr. de Mazenod nos contestó : "animaré, como quereis, al Sr. Obispo a que salga hoy de Marsella. Pero dudo que él consienta, sin saber el motivo de mi ruego; muy probablemente, en el momento en que él lo conozca, se negará a marchar". Y así fue. Monseñor, sabedor de los acontecimientos, no quiso abandonar su puesto. Pero él y su sobrino sostendrán que no tomaron parte alguna en la conjura, a la que el Superior de los Oblatos calificará de "alzamiento extrañísimo. Sigo todavía preguntándome si los que concibieron ese proyecto tan ridículo no merecen más bien el manicomio que la cárcel en la que están".

De hecho fue un fracaso total. El 30, en el encuentro fijado para las 4 en la explanada de la Tourrette, sólo había unas 60 personas de las 2.000 que se esperaban. Como la reunión no aumentaba, los conjurados, en total unos 200, decidieron entrar en la iglesia cercana de San Lorenzo e izar en el campanario una gran bandera blanca, y tocar a rebato.

Un grupo se dirigió a la alcaldía, donde a pesar de su resistencia, fueron desarmados y detenidos. A las 11 de la mañana, todo estaba en orden.

El prefecto Thomas metió la pata al querer desenmascarar a Mons de Mazenod y a su sobrino como los jefes carlistas del movimiento marsellés.

Por eso Mons. Fortunato, que no desconoce el espionaje a que está sometido el obispado, podrá, con tanta energía como ironía, reducir a la nada las injustas acusaciones de Thomas : "Si el Sr. de Mazenod hubiera sido un conspirador, un jefe de carlistas, dirá de su sobrino, el 5 de noviembre de 1833 al ministro de Asuntos exteriores, sin duda hubiera cumplido ese papel en lo sucedido el 30 de abril. La ocasión no podía ser mejor para un hombre que tuviera el cometido de conspirador. Estaba en el escenario de los hechos. Y sin embargo consta que de los 700 testigos que han declarado en este asunto no ha habido ni uno que haya pronunciado el nombre del Sr. de Mazenod.

"Se han hecho las investigaciones más escrupulosas y más severas por los dos magistrados de la Corte real de Aix; ni la sombra de una sospecha ha recaído sobre ese prelado. Varios sacerdotes de Marsella fueron primero sospechosos o acusados de alguna culpa; pero no ha cundido ninguna duda

sobre mi sobrino ni sobre alguno de los que me rodean. Y eso, a pesar de que un comisario de policía, que vivió hasta ahora frente a frente a la puerta de mi palacio, pudo ver constantemente, de día y de noche, a todos los que entraban o salían de mi casa. Por eso no hemos sido agraciados, en el obispado, con ninguna visita domiciliaria, entre tantas como se han hecho en Marsella, en diversos momentos. Y no creo, por otra parte, que se pueda acusar a la policía de falta de celo para cumplir con su deber".

El P. de Mazenod, hecho por voluntad de Gregorio XVI obispo de Icosia "in partibus", en una carta íntima a Tempier, rechaza, con arrogancia y desprecios, las falsas acusaciones lanzadas contra su persona en los medios gubernamentales : "Han presentado a este pacífico obispo como un jefe de carlistas con los que ha mantenido reuniones políticas en el obispado, etc... ¡Me conocen muy poco esos embajadores y esos ministros clarividentes! Si, como piensan tan erroneamente, yo, el obispo hubiera sido jefe de carlistas y hubiera tenido reuniones políticas en el obispado, tal vez el asunto del 30 de abril les hubiera causado mayores inquietudes... En mi vida he participado en un complot. Realmente esas gentes, que tienen miedo de su propia sombra, casi le obligan a uno a arrepentirse de haberles hecho mayor bien del que se merecen".

A pesar de todos los desmentidos, a pesar del fracaso de todas las investigaciones policiales, a pesar de todas las pruebas de buena voluntad, tan meritorias, el prefecto Thomas nunca rectificó y, hasta el final se empeñó en impedir la reconciliación de Mons. Fortunato y de Mons. Eugenio de Mazenod con el rey Luis Felipe y con el régimen de julio.

Capítulo X

EL P. DE MAZENOD Y FELICIDAD DE LA MENNAIS

1.- Coincidencia inicial de objetivos y de esfuerzos.

Mientras el clero francés, en su mayoría, sostenía una lucha defensiva contra la política antireligiosa del gobierno de julio y miraba con pena hacia el pasado, La Mennais y su escuela predicaban una vigorosa ofensiva que terminara con los métodos absolutos del pasado y se dedicara a cristianizar, en nombre de sus propios principios, la nueva sociedad, invocando los derechos de la libertad.

Así, en lugar de unirse la suerte de su religión a la de un régimen político, condenado a desaparecer, los católicos entrarían en el movimiento general que lleva a los pueblos hacia la democracia. Para asegurar el triunfo de su causa, en adelante ya no contarán con la protección real, que costaba un ojo de la cara, sino con su esfuerzo católico y con la gracia de Dios.

A través de sucesivas etapas, logró Felicidad de La Mennais definir su programa, magníficamente orquestado por el periódico que lanza el 16 de octubre de 1830 y cuyo título suena como un llamamiento a la renovación, "L'Avenir"

(El Futuro). La evolución de Felicidad explica que el P. de Mazenod, después de caminar con él y de defender con entusiasmo su acción inicial, se haya opuesto progresivamente a sus ideas que se desviaban; sin embargo siempre trató a su persona con respeto, con una caridad agradecida, admirativa, pero preocupada.

A lo largo de 15 años, la Restauración mantendrá unidos en el mismo trabajo a los que habían luchado juntos, bajo el Usurpador, para defender la libertad del Papa y de la Iglesia. Sus ideas coinciden; con unos medios y un estilo muy diferentes, convergen en el mismo objetivo: recristianizar a Francia. Los acentos de La Mennais le emocionan; su valor desafiante, le encanta.

El ultramontanismo de Eugenio de Mazenod apoya enérgicamente a La Mennais cuando el 1826, su obra "De la Religión considerada en sus relaciones con el orden político y civil" levanta contra él al gobierno y al episcopado. Mons. Fortunato, inspirado por el P. de Mazenod, se niega a firmar la declaración suscrita por 68 Ordinarios contra las "injuriosas calificaciones con las que se ha intentado mancillar los principios y la memoria" de sus predecesores.

Por desgracia, y sintiéndolo el P. de Mazenod, el ultramontanismo de La Mennais se fue desviando poco a poco y al defender, contra los 68 firmantes de la declaración episcopal, los derechos del Sumo Pontífice su ardor polémico y su falta de moderación, lo llevaron a atacar, con el episcopalismo, al mismo episcopado. Se ganó con ello a los sacerdotes jóvenes. Por eso se produjo en el

clero y en los seminarios una ebullición que preocupaba a los preladados. Decían que se ensalzaba al Papa para introducir la anarquía en las diócesis.

Su preocupación de reorganización social, inspirada en el deseo muy sincero de encaminar hacia el catolicismo a la humanidad de su tiempo, acabó por dejar en segundo plano la idea religiosa, "puesta al servicio de unos ideales temporales".

Mientras el Fundador de los Oblatos, preocupado por el bien espiritual de las almas y del servicio de Dios se entrega, sobre todo, a las obras, a la acción apostólica y a la renovación de la piedad, Felicidad se dedicó, cada vez más, a la sociología, deslizándose hacia el liberalismo temporal.

Debe comprenderse que los amigos de la primera hora, como el P. de Mazenod, hayan tardado en ver claro y que, aún descubriendo las segundas lagunas, se hayan negado a desesperar de él.

Hasta 1829, el Fundador de los Oblatos le es enteramente favorable y lo aprueba sin restricción alguna. ¡830 señala el comienzo de una oposición doctrinal que se acentuará cada vez más, pero quedará atenuada por la estima y la caridad del Superior General.

2.- Aumentan las divergencias.

A juzgar por los documentos que nos quedan, parece que el P. de Mazenod esperó hasta septiembre de 1830 para declararse contra la orientación que tomaba Felicidad. También parece que le costaba aceptar que algunos artículos indignantes reflejaran el pensamiento de Felicidad; deseaba poder atribuir esos errores al entusiasmo comprometedor de jóvenes admiradores que deformarían e irían más allá de la doctrina de su maestro, como ocurre tantas veces. Escribe al P. Tempier el 13 de septiembre de 1830: "Si las teorías del Sr. de La Mennais son las mismas que profesan sus alumnos, me aparto por completo. Me asquea la marcha del "Memorial" y de la "Revista". ¿A qué principios quiere llevar a los católicos? Cuando termine la suscripción no la renueve". Sin embargo, el P. de Mazenod respeta a Felicidad como persona y dedica sus duros reproches al colectivo indefinido de excitados que le aconsejan.

En el "Ensayo sobre la indiferencia" La Mennais coloca al clero y a los fieles ante la opción que se imponía a los pueblos: entre "la inexplicable infamia de la servidumbre y la noble y santa libertad que les ofrece el catolicismo", la duda no era posible; había que librarse de la primera rompiendo "el pacto secular que parecía unir la causa de la Iglesia a la de la monarquía", sin esperar de ésta el acontecimiento de un orden nuevo.

Después de la revolución de julio, cuando el "Memorial" inició la campaña para arrastrar al clero y a los fieles por el camino de un liberalismo no sólo táctico, sino doctrinal, el Fundador piensa que hay que ponerse en guardia. La aparición del "Avenir" le mueve a pronunciarse más categóricamente y a acusar, esta vez, a los discípulos y también al maestro, perdonado anteriormente.

Escribe a Tempier el 26 de octubre de 1830: "Por lo que respecta a "L'Avenir", cuando nuestra suscripción al "Memorial" termine, no quiero que se renueve. Dílo en Ntra. Sra. de Laus y en Aix. No estoy dispuesto a pagar tan caras las extravagancias de la escuela del Sr. de La Mennais, y me dolería que alguno de los nuestros cayera en estas pamplinas".

En septiembre de 1831, el P. de Mazenod aprovecha el Capítulo General para llegar a una prohibición radical. "Una vez llegado al consenso contra las doctrinas políticas del periódico "L'Avenir", a propuesta del muy Rev. P. General

de prohibir ese periódico en nuestra Sociedad, dicho Capítulo decreta : "Queda prohibido en la Sociedad recibir periódicos que no sean aprobados por el Superior General y, en particular "L'Avenir" a causa de sus doctrinas políticas".

Por haber exteriorizado con sus lágrimas la pena que sentía por la determinación tomada, el pobre Courtés recibió una severa reprimenda : "¡Maldita sea la obra que pudo inspirar unos sentimientos tan detestables en hombres que deben estar a prueba de otros sacrificios diferentes!".

También por razones esencialmente doctrinales, el vicario general de Marsella, en octubre de 1831, se muestra desfavorable a la campaña que hacía en Provenza, Montalembert a favor de la "Agencia General para la defensa de la libertad religiosa".

Esta Agencia, fundada por el director del "Avenir" se proponía agrupar a los católicos de Francia en una gran federación que hiciera respetar las libertades que garantizaba la Constitución : la libertad de enseñanza en todos los grados y libertad de asociación en el estado religioso. Toda la organización se basaba en unas asociaciones diocesanas o regionales que conservarían su vida propia, recibirían sus consignas de la Agencia general, funcionarían sin dependencia de la jerarquía.

Esta ingerencia en la dirección de los asuntos religiosos alarmó a los Ordinarios y al P. de Mazenod, que escribe a su tío : "Comienzo a creerlos peligrosos, a pesar de sus palabras llenas de miel".

3.- Oposición a los principios, pero miramientos para la persona.

El Superior General adopta en ésta ocasión, la actitud que va a mantener hasta la rebelión oficial de La Mennais : separar la doctrina que reprueba de las personas a las que ama y hasta las ayuda. En eso seguirá la línea de conducta que trazaba S. Agustín y que adoptó Pio VII cuando el Terror blanco y rojo de la revolución italiana : "Abbate pure in odio l'iniquità, ma separate la persona del delitto".

En virtud de esta distinción entre los principios y los hombres el P. de Mazenod no duda en dar la cara. En abril de 1831 presta su apoyo a Felicidad contra el que se propalan en Provenza "unas horribles calumnias : una carta de Felicidad invitando a un sacerdote a unirse a él para "aplantar al episcopado". Era una falsedad y con el apoyo del P. de Mazenod fue posible identificar al autor de las calumnias.

Cuando La Mennais pasó por Marsella camino de Roma fue bien acogido. al P. Courtés, superior de la casa de Aix, tan duramente sacudido unas semanas antes por sus lágrimas cuando el Capítulo de 1831 prohibió la lectura del periódico, le escribía : "Esperamos al Sr. de La Mennais, que va a Roma. No creo que tenga la intención de ir a verte al pasar por Aix. Si lo hiciera, no necesito recordarte que seas muy cortés con él; merece toda clase de atenciones".

El P. de Mazenod no se contentó con esas atenciones que impresionaron profundamente a los peregrinos de la libertad, entregó a La Mennais una carta de recomendación para el cardenal Pacca, en la que le dice entre otras cosas : "...Va a postrarse ante Nuestro Santo Padre... este gesto es digno de un sacerdote que no en vano ha hecho una profunda profesión de catolicismo.... No comparto todas

sus opiniones; pero conozco sus virtudes... por eso no temo responder de su sumisión a la voluntad del Jefe de la Iglesia..."

La recomendación del P. de Mazenod era la única que llevaba. No obtuvo el resultado que su autor esperaba.

4 .- El veredicto de Tolosa.

Era de esperar que, una vez llevado a Roma todo el lío del "Avenir", el episcopado francés dejara la palabra a la Santa Sede. Pues ni fue así, porque el futuro cardenal de Astros mibilizó a sus colegas en busca de una condena colectiva del mennesianismo.

Confeccionó, teniendo como punto de partida una documentación preparada en 1824, una lista de 56 proposiciones censuradas "extractadas de diversos escritos del Sr. de La Mennais y de sus discípulos, que envió, el 15 de julio al penitenciario mayor, y el 17 a los obispos de Francia.

De Astros esperaba la unanimidad moral del episcopado francés contra los errores censurados. Mons. Fortunato en carta del 4 de agosto de 1832 le dice entre otras cosas :

"Me pide que me dahiera a la censura, o que envíe al Santo Padre el juicio que me merecen las obras condenadas por Vd. No podré adherirme a la censura en tanto no examine detenidamente las obras.... ¿Cuanto tiempo haría falta para eso? Por eso renuncio a ese trabajo que no sería muy útil, ya que por una parte, ya está denunciado el peligro que Vd, ha visto y, por otra la Santa Sede ya está informada y en situación de pronunciarse".

El mismo día en que Astros enviaba a De Gregorio la lista de las adhesiones episcopales al veredicto de Tolosa, aparecía en Roma, el 15 de agosto de 1832, la encíclica "Mirari vos" que condenaba los errores del "Avenir". Al pronunciarse la Santa Sede, dicha censura resultaba tan inútil como inoportuna.

Se esperaba que La Mennais no se retractara de las seguridades dadas anteriormente por él. Pero de hecho, la declaración publicada el 10 de septiembre por los redactores del "Avenir" sólo es una satisfacción parcial a la Santa Sede, se limitan a una actitud práctica : el "Avenir no volverá a salir, la Agencia general quedará disuelta, nada sobre la doctrina, objeto de la condena pontificia. Ni una sólo palabra.

La Santa Sede esperó esa sumisión total. ¿Por qué, en lugar de seguir el ejemplo del Sumo Pontífice y del Superior General en lugar de intentar curar la heridas con caridad evangélica, unos adversarios partidistas metieron más el hierro en la herida?

Se desencadenó una violenta campaña contra Felicidad, poniendo en duda su buena fe, y utilizando contra él unas armas desleales. Que la declaración de Felicidad y de sus amigos no era plenamente satisfactoria, de acuerdo; y Roma lo sabía mejor que nadie. Pero un sentido más eclesial pudo evitar que se apagara la mecha aún humeante y que se consumara la ruptura de la caña medio rota.

Para clarificar la situación cada vez más confusa, Mons, de Astros reanudó sus proyectos de censura. En su arrebató no contaba la contemporización de Roma, que nunca tiene prisa.

Pedía un Breve de Su Santidad aprobando las proposiciones censuradas por los obispos y exigiendo una retractación positiva. De Gregorio le dirige una negativa categórica: la respuesta de La Mannais es "un buen fruto de la encíclica"

y da lugar a "esperar otras pruebas máas claras de sumisión; quita todo temor a la obstinación que, ordinariamente lleva a los grandes talentos a sostener los errores que han propagado; ese temor puede renacer, si se le pusiera en el disparadero con una propaganda humillante".

El 18 de enero siguiente, el prelado reincidente, envía un nuevo estado de los arzobispos y obispos que se han adherido al veredicto. Al aducir el testimonio del Obispo de Marsella falsea el pensamiento de Mons. Fortunato.

Mons. Eugenio de Mazenod no estaba ya en Roma para rehacer en todo su contenido, el texto de su tío. Consagrado obispo "in partibus" de Icosia el 14 de octubre anterior, había salido para Marsella el 4 de noviembre. Pero por lo que escribe el Fundador a los escolásticos de Billens el 11 de septiembre de 1832, sabemos que, durante su estancia tuvo ocasión de manifestar su reprobación a "los horribles principios del "Avenir" y de precisar la postura de su tío, el obispo de Marsella. Escribe : Ignoro si la Santa Sede condenará todas las proposiciones censuradas por los obispos, éro puedo asegurar que la censura, en general, ha gustado al Santo Padre. Tanto que el cardenal penitenciario, al darle cuenta de la adhesión de varios obispos, y al decirle que el obispo de Marsella había contestado a Su Santidad que se abstenía de juzgar las proposiciones ya condfenadas, puesto que el dictamen ya se había enviado a la Santa Sede, el Papa le dijo : "¡Bueno! Lo sé por su sobrino que es de la misma opinión". El Superior General ratificaba la distinción hecha ya por Mons. Fortunato entre la doctrina que merecía rechazo y la oportunidad de una nueva condena.

En febrero de 1833, ante la insistencia de Astros, la Santa Sede creyó que debía zanjar el asunto del veredicto de Tolosa, y Gregorio XVI se decidió por un examen maduro y encomendó el caso a la Congregación de Asuntos extraordinarios, que se reunió el 28 de febrero en presencia del Sumo Pontífice.

Cuando se lee atentamente el informe muy importante , muy estudiado y muy matizado de Mons. Frezza, sorprende la coincidencia con los puntos de vista de Mons. Eugenio de Mazenod.

Todo el informe de Mons. Frezza intentaba orientar el voto del Santo Padre y de los cardenales sobre la dedcisión a tomar. Esos votos se centrarian, sobre todo, en dos preguntas : 1) ¿Conviene que el Santo Padre apruebe el veredicto de Tolosa, y en qué forma? 2) ¿Conviene enviar un Breve al arzobispo de Tolosa, y en qué forma? A la primera pregunta, Gregorio XVI y los cardenales respondieron unánimemente con un "pro nunc, negative"; y a la segunda con un affirmative, perro precisando que se enviaría a de Astros una respuesta "in forma privata".

La Congregación era más partidaria de la mansedumbre y de la moderación, porque "Roma no quería dejarse llevar de las denuncias que recibía".

Pero el "negative" dado a la aprobación de la censura estaba matizado con un "pro nunc" : en las circunstancias actuales.

Desgraciadamente, para pesar en la balanza de la severidad se incluyó una falsificación cometida por el liberal De Potter : una frase anterior a la encíclica arreglada y presentada como si fuera posterior a la condena pontificia. Gregorio XVI, vilmente engañado por las falsificaciones de Potter, decía : "Nos ha llenado de aflicción, ya que muestra claramente que todavía conserva y sostiene enteramente los mismos principios que sostenia antes y que confiábamos que condenara".

La Mennais protestó, con razón, contra la calumnia de la que era víctima. Pero insensible alas verdadesras razones que justificaban la condena de sus

principios, se atrinchera en pormenores lamentables, para decir y, tal vez para convencerse, que sus enemigos, por oposición política, querían perderlo por cualquier medio y a cualquier precio, y que Roma se ensañaba contra su persona.

En realidad, aunque los primeros merecen, a veces, ese reproche, los hechos relatados prueban que la Santa Sede derrochó miramientos para con él. Hasta el final, Gregorio XVI reacciona contra los excesos de celo, juzgados por él inoportunos y nocivos.

Hasta el final, el Sumo Pontífice quiso evitar lo irreparable. Pero no le fue posible llevar el debate al punto inicial, el de la doctrina, multiplicando, en los términos más paternales, el testimonio de su confianza en una sumisión plenamente filial.

Mons. Eugenio de Mazenod quedó sumamente apenado ante la ruptura que tanto había tratado de evitar. Hasta el final esperó, contra viento y marea, una conversión. Desgraciadamente esa esperanza quedó truncada. Cuando en 1854 se enteró de la triste muerte del pobre Felicidad, sabemos que lloró.

Impedir la separación, hacerla irreparable, no dependía de él. Por lo menos es justo reconocer que, durante toda esta crisis, este hombre tan poco liberal, tan puntilloso en la doctrina y que pasa por ser absoluto, intransigente y tajante, en contraste con tantos, se libró del espíritu de partido, y se mostró comprensivo, fraternal y conciliador. De haberse seguido su ejemplo, Felicidad, superando los aspectos demasiado humanos de su dramática prueba ¿hubiera seguido fiel a su sacerdocio, para poner al servicio de la fe su genio innegable?

Es legítimo hacerse esta interrogación final para honrar a Mons. de Mazenod que sobresalió por el modo de mantener la caridad y la verdad.

Capítulo XI

MONS. DE MAZENOD, OBISPO DE ICOSIA Y EL GOBIERNO DE JULIO

1.- Mons. Fortunato propone a su sobrino para un Obispado "in partibus".

Ya hacía tiempo que Mons. Fortunato deseaba que el P. de Mazenod fuera elevado al episcopado. Había razones personales para esa promoción tan honrosa. Brotaban del agradecimiento y de la justicia, porque a su querido Eugenio le debía, en gran parte, su acceso a la sede de Marsella. Gracias a la ayuda prometida por él pudo aceptar una carga abrumadora a sus 73 años cumplidos.

Y ¿quién podía olvidar que, para prestarle su indispensable asistencia, el Fundador de los Oblatos rehusó por dos veces las diócesis que el Capellán Mayor le había ofrecido? El prelado, que se sentía envejecer, quería pagar su deuda de gratitud y premiar el sacrificio generosamente prestado, con una compensación equitativa.

A estos motivos se añadían otros de carácter superior : el bien probado valor humano de su vicario general. En su espíritu y en su conciencia, Mons. Fortunato siente la garantía de que su experiencia, su celo, su valor, sus virtudes, incluida la prudencia, hacían de Eugenio el hombre más apto para asumir el gobierno de una diócesis.

Que Mons. Fortunato soñara con tener como coadjutor a su queridísimo Eugenio, está fuera de duda. La solución le parece ideal para él y para Marsella porque, personalmente, precisa "su alter ego" para el gobierno de la diócesis, y su "extrema sensibilidad se retrae ante una separación demasiado dolorosa para su corazón". Además el interés de su iglesia exige que retenga a su lado al único hombre capaz de "consolidar el bien iniciado". Pero como Su Majestad no quiere nombrarle coadjutor, el prelado cedería gustoso su sede vacante. En el supuesto de que el rey no juzgara conveniente aceptarle la renuncia en favor del sobrino, Mons. de Mazenod rogaba insistentemente a Mons. Feutrier que le reservara alguna sede vacante.

Mons. de Beauvais no se dió ninguna prisa a contestar y la revolución de julio estalló antes que la monarquía legítima adjudicara una diócesis al P. de Mazenod.

Lo que no había concedido el régimen desaparecido, no se podía esperar del rey de las barricadas. A pesar de ello, Mons. Fortunato no renuncia a su proyecto, ya que del gobierno sólo puede esperar oposición y malevolencia. Prevenido como estaba contra el Superior de los Oblatos y hostil a la Iglesia, el

obispo recurrirá directamente a Roma, para arreglarlo todo sin el gobierno y contra él.

La campaña iniciada por los liberales para suprimir la sede de Marsella con las otras 29, establecidas en 1822, le sugiere una intervención positiva para salvar su diócesis y asegurar la promoción episcopal de su sobrino.

Su diócesis era una de las más expuestas a desaparecer en breve. Todo hace prever que su iglesia quedará afectada por esa medida. Cuando se discuta el presupuesto, con el pretexto de economías presupuestarias suprimirán la sede de Marsella. En esas condiciones hay que aprovechar el plazo para mantener en Marsella, en caso de vacante, una administración episcopal efectiva que permita esperar el nombramiento de un titular por el gobierno.

Este modo de proponer el problema defendía, no sólo los intereses particulares de la diócesis, impidiendo la extinción de la sede de San Lázaro, sino también los intereses generales del catolicismo, amenazados por la política antireligiosa de los hombres de julio. Todo se arreglaría a espaldas del Ministro de Cultos y de la Nunciatura de París. Mons. Fortunato afila su mejor pluma, y el 11 de marzo de 1832, redacta para Gregorio XVI, una carta bien concebida y muy sentida. Ni la amistad, ni los lazos de sangre entran para nada en su propuesta, inspirada toda ella en la justicia y en la caridad.

Se trataba de un hombre "sumamente apto para soportar el peso del episcopado y para mantener su dignidad en los tiempos más difíciles"; pero su reconocido apego "a la Santa Sede y a la pureza de los principios le alejan para siempre del episcopado en un régimen en el que se precian de elegir a los más indignos y a las nulidades".

Mons. de Mazenod no podía ofrecer "una garantía más segura de mi amor a la Iglesia y a mi diócesis en particular, que logrando de su solicitud paternal un prelado tan apto para servirlos bien".

La carta del Obispo de Marsella fue llevada a Roma por el P. Tempier, no sólo para evitar indiscreciones, sino que para que la apoyara y disipara las objeciones. Tempier llegó a Roma el 3 de mayo y habló con el cardenal Pacca que le prometió solicitar audiencia. El 20 de mayo Gregorio XVI, recibió por primera vez, "con mucha bondad" al primer asistente de los Oblatos; pero la llegada del embajador de Austria, interrumpió la conversación en el momento en que el Santo Padre acababa de leer en voz alta la petición presentada por Mons. Fortunato.. Tempier sólo tuvo tiempo para dejar caer algún comentario; aquel día no se quedó en nada.

El 19 de junio hubo una nueva audiencia que facilitó la discusión del problema. Gregorio XVI se muestra favorable, pero reconoce que, en la situación en que se encuentra la Santa Sede con Francia, el gobierno rechazará, con toda seguridad, la promoción episcopal del P. de Mazenod. Tempier alega que el gobierno no puede presentar razones financieras, barajadas en la Cámara de diputados, porque no se reclamaría ningún emolumento para el nuevo prelado. El

Santo Padre añadió : "A pesar de eso, se molestará y tendrá pretexto para hostigarme cada vez más".

El vicario general de Marsella echó mano nuevamente a los argumentos de Mons. Fortunato y parece que la argumentación impresionó al Papa porque después de reflexionar, Gregorio XVI señaló a su visitante el camino que debía seguir para iniciar el asunto : "Vaya a ver al Secretario de la Congregación de Asuntos Extraordinarios, Mons. Frezza. Estudien juntos este tema; ya le envié la carta de Mons. de Mazenod".

Lejos de rechazar el proyecto, Gregorio XVI va buscando el modo de vencer las dificultades que son de esperar.

2.- El P. de Mazenod nombrado obispo "in partibus" de Icosia.

Bien sabía la perspicacia de la Santa Sede que el nombramiento del P. de Mazenod para una sede "in partibus" disgustaría a Luis Felipe y a sus ministros. En lugar de ocultar que éstos no tienen a su sobrino por "persona grata", Mons. Fortunato se vale de eso para reparar una injusticia, porque atribuye ese rechazo a causas muy honrosas y capaces de conmover a la Curia : "ser adicto ferviente de la Santa Sede y mantener la pureza de sus principios".

Roma que desconfía del gobierno de Luis Felipe, a pesar de los informes más optimistas de su encargado de negocios en París, que tienen como contrapartida los de los Ordinarios y de los que viajan, piensa aprovechar la ocasión para conceder a Mons. de Mazenod la sede "in partibus" que significaría un "basta" decisivo. La ocasión parece pintiparada para afirmar los derechos de la Santa Sede a nombrar unos obispos "in partibus", sin intervención del gobierno francés. Hay que aprovechar la ocasión a toda prisa.

En una larga nota redactada por la Congregación de Asuntos Extraordinarios, dice : Roma no puede aceptar el decreto de 1808 por el que Napoleón pretende someter a la aprobación del Emperador ese acto de orden esencialmente espiritual. Acceder a la petición del Obispo de Marsella permitiría declarar sin valor semejante ingerencia en el ejercicio de la autoridad pontificia.... Es importante que el Santo Padre mantenga su derecho y cubra con su pretección al obispo de Icosia, en caso de que el gobierno francés, quejoso, quisiera perseguir al prelado"

Todas estas razones, y más que ninguna, la última arrastran la decisión de Gregorio XVI. El 10 de julio, el Papa en persona notifica a Mons. Frezza que acepte, en principio, la propuesta de Mons. de Mazenod. La iniciativa de Su Santidad tendrá en cuenta el momento oportuno para llevarla a cabo. Mons. Frezza decía al P. Tempier; "El Sumo Pontífice piensa que es el modo de conservar la sede de esa grande y religiosa ciudad".

Para impedir cualquier intervención previa del gobierno y colocarlo ante un hecho consumado, había que proceder con el mayor secreto; todo se haría en Roma, en la ciudad eterna : encuesta, procedimiento y la misma consagración. Para mayor cautela, el P. de Mazenod no iría directamente a Italia; sacará pasaporte "para cualquier otro lugar cuando hayan pasado los calores"; así se evitará cualquier sospecha.

El P. de Mazenod no esperó a que pasaran los calores para ponerse en camino. En contra de lo convenido, el P. Tempier tenía que prolongar su estancia en Roma, porque le habían encomendado los informes canónicos. El P. de Mazenod quería reunirse con él cuanto antes. Por eso adelanta la salida. De acuerdo con las consignas recibidas, elige el camino más largo. Con el pretexto de visitar a sus comunidades oblatas, pasa por los Altos Alpes y Suiza. Llega a la Ciudad Eterna después del 15 de agosto y su asistente confirma inmediatamente la voluntad formal de Gregorio XVI, ratificada en una tercera audiencia concedida al embajador de Mons. Fortunato. Durante la audiencia, Tempier advirtió al Sumo Pontífice que, en virtud de las Reglas de la Congregación, el P. de Mazenod no podía aceptar ninguna dignidad sin permiso del Capítulo General o por una orden expresa del Papa. Como las circunstancias no permitían reunir al Capítulo, había que acogerse a la segunda fórmula. El Santo Padre lo hizo sin dudar, probando,

una vez más, que hacía de esa promoción un asunto propio y, para quitar todos los obstáculos, se valía del "motu proprio".

Recibido en audiencia con unas atenciones y consideraciones manifiestas, el 27 de agosto escribe al P. Courtés, el único Oblato con Tempier que está al tanto del asunto : "Antes de ver al Santo Padre, ya sabía sus intenciones. Las mismas que te había dicho. Es su modo de pensar y es su voluntad. Me lo confirmó de viva voz en la audiencia que me concedió antes de ayer y que duró cerca de tres cuartos de hora. Por una distinción especialísima, me llamó él mismo, diciendo a su maestro de cámara que me hiciera pasar. Y así se hizo con gran sorpresa de los que habían venido antes que yo y que no habían podido pasar antes por la mañana.

"El Santo Padre se adelantó a tomar la palabra y me manifestó sus intenciones. Me dijo, con toda claridad, que se encargaba él de buscar los medios más convenientes para llegar al fin propuesto. Tuvo en su discurso, palabras halagadoras que, en boca del Jefe de la Iglesia, gustan cuando, quien las recibe tiene espíritu de fe y ve a Jesucristo en su Vicario. Te darás cuenta de que no tenía nada que decir, aunque comprendía que haría falta mucha paciencia en este asunto, como en todos los que se tratan aquí".

No haría falta tanta paciencia porque, a pesar de las vacaciones, bastaron seis semanas para solucionarlo todo. El 26 de agosto se abre el proceso informativo ante Mons. Frezza, con un testigo único, el P. Tempier. El 1 de octubre, la Propaganda nombra a Eugenio de Mazenod Visitador Apostólico de las misiones de Túnez y de Tripolitania, legitimando su elección en sus virtudes, su doctrina y porque su residencia en Marsella facilita al representante de la Santa Sede el contacto con el norte de Africa. Ese mismo día, un Breve de Gregorio XVI eleva al episcopado al nuevo Visitador Apostólico, con el título de Icosia, "in partibus".

Para evitar indiscreciones que provocaran la intervención de París, se adelantó la consagración del obispo de Icosia. El 14 de octubre, el cardenal Odescalchi, prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares, con Mons. Falconeri, arzobispo de Ravena y Mons. Frezza, arzobispo de Calcedonia, secretario de la Congregación de Asuntos Extraordinarios, le confirieron la plenitud del sacerdocio, en la iglesia de San Silvestre, en la que descansaba su querido maestro de Venecia, Don Bartolo.

3.- Caso de conciencia para el P. de Mazenod.

Los apuntes de retiro y multitud de cartas, nos ilustran y edifican, al exponernos las disposiciones y sentimientos del nuevo prelado. Hasta ese momento, a pesar de los ofrecimientos repetidos insistentemente durante la Restauración, siempre había rehusado el episcopado, para mantenerse fiel a su vocación de San Sulpicio, dedicándose a evangelizar al pueblo pobre, "evangelizare pauperibus misit me".

A las exigencias de ese ideal que perseguía desde su tiempo de seminario, se sumaban las del estado religioso. Así lo reconocía Tempier cuando Mons. Fortunato quiso nombrarle vicario general de Marsella : el espíritu de humildad y de pobreza, ¿no constituyen el espíritu propio de la Congregación?

¿Se pueden aceptar las dignidades y los honores, sin abrir brecha "en el santo rigor de la Regla", sin crear un peligroso precedente en la Sociedad?

La voluntad formal de Gregorio XVI resolvería ese caso de conciencia y Mons. de Icosia no cesará de repetirlo de mil maneras : El Santo Padre me ha ordenado que acepte el episcopado; he obedecido. Realmente, la decisión no fue el punto final, sino el punto de partida para el P. de Mazenod, porque el obispo de Marsella no le puso ante el hecho consumado, sino que le comunicó sus intenciones y le consultó sobre su proyecto. Aunque en un principio, y por los motivos ya expuestos, el Superior General de los Oblatos había dado a su tío un no categórico y definitivo, esta vez pensó que no podía rehusar una promoción exigida por unas razones excepcionales y graves.

Está atrapado por una situación complicada y movediza que le empuja, a su pesar, a salvar del mismo modo los intereses generales de la iglesia de Francia, los de la diócesis de Marsella y los de su Congregación. El P. de Mazenod no podía llevar al fracaso, con su negativa, una combinación acertada en la que Marsella tendría la iniciativa, la primacía y el beneficio; la suerte de la Congregación estaba unida a la de la diócesis. Y si no, ¿por qué hizo tantas gestiones para restaurar la sede de S. Lázaro y para que el canónigo Fortunato fuera su titular? : para salvar la obra de los Misioneros, discutida, combatida, frágil, asegurando una base de acción segura y un obispo protector. En compensación, había ofrecido a su tío su asistencia, que condicionaba la aceptación del elegido, y debía quedar a su lado como vicario general.

Esta primera brecha en el rigor de la Regla se legitimaba entonces por la situación, realmente crítica, de su pequeña Sociedad religiosa. El Capítulo General terminó por ponerse de acuerdo, después de la crisis que produjo la elevación a las dignidades de su Superior... De esta situación inicial arrancaba para el Fundador una especie de compromiso moral para con el prelado, sin el cual hubiese corrido serio peligro una institución tan querida para su corazón.

Y finalmente, ¡qué seguridad para los Oblatos si, a la muerte del anciano obispo, el P. de Mazenod, elevado a la dignidad del episcopado y vicario capitular, podía suceder a su tío, evitando la extinción de la sede vacante!

Todas estas razones que se apoyaban mutuamente, uniendo el pasado al presente, en una convergencia de intereses comunes, eran suficientes para vencer los escrúpulos del Fundador.

Además las Constituciones de los Oblatos no formulaban un "veto" absoluto. Incluso preveían algunas derogaciones por motivos graves; pero su prudencia no dejaba a los interesados la facultad de ser jueces en su propia causa. El Capítulo General o el Papa tenían la última palabra.

El Santo Padre, por una orden positiva, cumpliría una de las condiciones requeridas para liberar la conciencia del Superior. Así se comprende que el P. de Mazenod se convenciera de que no podía oponerse al proyecto de su tío. Por eso permitió que el Obispo escribiera al Santo Padre. Por eso permitió que su asistente fuera a Roma, y se puso en manos de la divina Providencia, con la única preocupación de hacer la voluntad de Dios.

Por eso, después de la decisión de Gregorio XVI, que le señala y le impone un deber, su alma goza de una dulce y profunda paz. El mismo, cuando se preparaba para recibir la imposición de manos, distingue entre las gracias espirituales, los medios acumulados para hacer el bien, mediante la plenitud del sacerdocio, y la dignidad y peso que éste comporta.

Su título de obispo "in partibus" ofrece la "doble ventaja" de librarse de la ostentación y de beneficiarse, para su propia santificación y su apostolado de todo cuanto confiere el "sagrado carácter" del que va a ser revestido, servirá a la

Iglesia con más posibilidades. El Superior de los Oblatos concluye que, aceptando una sede "in partibus", después de haber rehusado siempre una diócesis, se mantiene "consecuente".

El prelado sabía, sin embargo, que su promoción lo dejaba en una situación falsa, porque, con el pretexto de inspeccionar las misiones de Tunez y de Tripolitania, de hecho, era auxiliar de Marsella. Y además, todo se había arreglado a espaldas del gobierno francés que hubiera puesto el "veto".

Roma lo tenía previsto; Mons. Frezza, muy lealmente, advirtió al interesado, dándole a conocer una nota de la Congregación de Asuntos Extraordinarios, explícita a más no poder. Pero la importancia del asunto exigía que se intentara la aventura; si se torcía, la Curia protegería al valiente prelado, comprometido en la defensa de la Iglesia.

El obispo de Icosia no es de los que se escabullen ante una misión de confianza porque la ven peligrosa. La lucha, más que asustarle, le atrae, además confiesa a su tío que, a los consuelos de la consagración, Dios quiso añadir "otros más íntimos para darme fuerza, sin duda, en los sufrimientos que me aguardan".

Estas amarguras "ni las desafío ni las temo. El Señor durante el retiro, me ha concedido la gracia de tomar la firme resolución de no querer más que su voluntad, tanto en la bonanza como en las adversidades... Me he comprometido, con la ayuda de la gracia, a cumplir siempre el servicio del prójimo y mi propia santificación. Cuando uno está armado de este modo, es fuerte, sobre todo, cuando se espera de Dios y nada de uno mismo, porque se ha reconocido la nulidad y la impotencia, más patentes que nunca".

Esta armadura, enteramente espiritual y sobrenatural, le será muy necesaria para hacer frente a las torturas y a las pruebas que le acechan.

Serán precisos 4 años para que, después de una serie de escaramuzas muy encarnizadas, marchas y contramarchas diplomáticas, la operación de vanguardia, iniciada con su nombramiento de Obispo de Icosia, llegue a una pacífica y definitiva conclusión.

4.- Conflicto de principios. Cuestión de persona.

Antes de salir de Roma, el Obispo de Icosia ya pudo presentir las dificultades que le esperaban a su regreso. La actitud del embajador de Francia siempre había sido poco alentadora, cuando no descortés. Por cuatro veces, el P. de Mazenod había querido presentar sus respetos al Sr. Sainte-Aulaire, se le negó audiencia con unas fórmulas diplomáticas que ni siquiera se molestaron en variar. La quinta vez, después de su consagración, lo recibe. Entrevista breve y vulgar. El prelado se siente muy herido por una falta de tanta consideración a su dignidad pontifical.

"Me marchó, escribe a Tempier, con el pesar de no haberle echado en cara su grosería. Por un esfuerzo de virtud, me abstuve, porque no tolero que falte tan descaradamente a mi carácter. ¡Paso por alto las 4 visitas que le hice siendo sacerdote, sin encontrarlo! Pero en la última ya vió lo que era".

La Propaganda le da otro aviso. Muy afanosa por liquidar el asunto de Icosia, ahora rechaza la propuesta de aceptar a los Oblatos en América y en África.

La audiencia de despedida de Gregorio XVI puso un poco de bálsamo en el corazón del prelado.

Embarcó en el "Enrique IV", que aguantó una fuerte tempestad; pero la acogida del anciano Mons. Fortunato, de los Oblatos, de los amigos, de la

población, disiparon pronto, en Marsella, los recuerdos de la travesía penosa, del mareo, de las últimas impresiones romanas.

Mons. de Mazenod se reincorpora a su trabajo con nuevo ardor. Ve pasar tres meses muy tranquilos, sin otras dificultades que las molestias habituales de su doble administración. Podía creerse que el gobierno de Luis Felipe daba por resuelto el asunto de Icosia y que se quedaría pasivo, aparentando ignorar el episcopado "in partibus" del vicario general de Marsella. En realidad esa calma engañosa era presagio de una tormenta.

Fue el prefecto de las Bocas del Ródano quien desató el estallido del rayo, revelando al ministro de Cultos la promoción de Mons. Eugenio de Mazenod que el embajador de Francia no había comunicado.

Mons. de Icosia se lanza a una visita pastoral en la que le rinden los mismos honores que al Ordinario, y en la que, dice Thomas, "hace todo lo que el obispo de la diócesis puede hacer por sí mismo... Dejo a su buen entender, añade el prefecto, examinar si un obispo "in partibus", no reconocido por el gobierno, puede desempeñar las funciones episcopales en Francia con la autorización o, la delegación del obispo diocesano".

El prefecto de las Bocas del Ródano no pierde ocasión para proseguir en su política habitual. Intenta envernenarlo todo, explotando contra Mons. de Mazenod una serie de incidentes locales que llegan muy oportunos para confirmar sus acusaciones de carlismo.

Primero entra en escena el alcalde de La Ciotat, jacobino convencido. dice en un bando : "Ciudadanos : unos hombres que deberían enseñaros vuestros deberes y vuestras verdaderas necesidades, abusan de su elocuencia y de un carácter que se impone a las masas, lanzando palabras que sorprenden hasta en la clase menos instruida del pueblo. Desearían envolveros en las nubes de la ignorancia y del fanatismo, de lo que os ha librado una revolución gloriosa y necesaria. Desearían obligaros a usar esos idiomas que hacen a los ayuntamientos extraños unos a otros. Franceses : sois miembros de la gran familia. Sus principios y sus leyes deben regiros en todas partes; debéis seguir sus progresos hacia la civilización y hablar la lengua nacional para entenderos todos, si vuestras libertades o vuestra independencia fueran amenazadas".

Al día siguiente de esa "hazaña", Reynier, más indignado todavía, redacta un informe oficial contra "ese ex-misionero que se da el título de obispo de Cesarea (sic) y que, con una ostentación poco evangélica, vino estos últimos días a sorprender a los habitantes con sus modales altivos y sus maneras desusadas en la confirmación". La prensa liberal agranda la cosa y el prefecto sin hacer caso de la verdad de los hechos los denuncia al ministro de los Cultos como un conflicto "muy enojoso".

No contento con eso Thomas, en sus informes, insinúa que unos comités de carlistas se reúnen unas veces en casa de Tempier, otras en la de Caihol, que pasan por ser los agentes del sobrino del Obispo, a los que dirige e inspira. Esos dos sacerdotes pronuncian discursos más propios para animar a los fanáticos al desorden y al asesinato. "Es difícil creer en tanta perversidad", pero esa inocente y prudente confesión da mayor valor a la categórica afirmación que la precede : "Conozco lo que pasa en el seminario y en la reunión Caihol, llamada del obispado". Lo verdadero, a veces, puede parecer inverosímil; pero Thomas posee unos informes muy seguros.

Este informe agrava especialmente en las esferas gubernamentales, el efecto producido por el incidente de La Ciotat. El ministro de Cultos, comunica el contenido a su colega de Asuntos Exteriores, y ambos deciden llevar por un

nuevo camino las negociaciones emprendidas con la Santa Sede, sobre el caso de Icosia. De una cuestión de principio se deriva a una cuestión personal.

Es mejor no embarcarse en el decreto de Napoleón, que ya no se aplica, es preferible lograr que la Corte de Roma, antes de nombrar a un obispo francés "in partibus", se ponga de acuerdo con el gobierno de Su Majestad sobre la conveniencia de la elección de los sujetos y del destino que hay que darles. opinan los dos ministros.

El embajador, recibe la orden de redactar para Bernetti una nota en ese sentido. Una carta del ministro de los Cultos le proporcionaría todos los datos necesarios para informar a la Curia sobre la situación "en que se encuentra Mons. de Mazend enfrentado al gobierno del rey".

De este modo el Secretario de Estado podría examinar mejor los delitos "de los que es culpable, y cuánto ha contribuido el título que le confirió la Santa Sede, sin saberlo nosotros, a favorecer una conducta totalmente reprensible que pudiera dar lugar a iniciar diligencias judiciales contra él".

Para resolver amistosamente ese lamentable caso pediría que "el gobierno de Su Santidad llame a Roma a Mons. de Mazenod, aunque sólo fuera para librarle de la aplicación rigurosa de las medidas que, sin eso, tendríamos que tomar con él".

El encargado de negocios, Tallenay, cumple esa misión delicada. Transmite al sustituto Capaccini "la sustancia de las órdenes" recibidas de París. Para clarificar mejor las "desviaciones políticas" de Mons. de Icosia, se entrega una memoria detallada a la Secretaría de Estado. Se constata que ese memorandum recoge pura y simplemente todas las acusaciones de Thomas. Resumiéndolas son :

- 1) .- "El Sr. de Mazenod es vicario general de Marsella, donde influye, desde 1830, en un sentido único, hostil al gobierno del rey.
- 2) .- La oposición alentada por esta influencia, es tal que no ha sido posible establecer comunicación alguna entre el obispado y las autoridades constituidas.
- 3) .- El obispo se ha abstenido de visitar a S.A.R. el príncipe de Joinville, a su paso por Marsella.
- 4) .- En ninguna iglesia de la diócesis se hizo oración alguna en la fiesta del rey.
- 5) .- En una visita reciente, el Sr. Vicario general provocó, por parte de las autoridades locales unas quejas fundadas, por la forma y la tendencia de sus predicaciones.
- 6) .- Pesa sobre él una acusación más grave : dirige un club religioso, legítimamente conocido en Marsella con el nombre de "Reunión del Obispado", cuya finalidad y espíritu se caracterizan bien por la suscripción abierta últimamente en favor de los sicarios que asesinaron al comisario de policía del centro. Los hechos presentados contra este eclesiástico serían bastante numerosos y graves para motivar contra él un proceso criminal".

El memorandum de Tallenay, que repite exactamente las acusaciones de Thomas, impresionó a la Santa Sede.

El despacho enviado el 3 de julio por Mons. Garibaldi a la Secretaría de Estado no disipaba enteramente la fuerte impresión producida por el memorandum. Al final del despacho añade : "por lo demás sin constarme nada, no me sorprendería que Mons. de Icosia haya dado algún pretexto para esas quejas".

Más que las acusaciones del gobierno francés, el despacho de Garibaldi decidió a Gregorio XVI a ceder. El Sumo Pontífice encargó a Mons. Frezza que llamara a Mons. de Mazenod a Roma, a través de la Propaganda. Lo hace el cardenal Pediccini, el día 20. El Papa ordena al obispo de Icosia que venga lo antes posible para recibir de sus labios "una comunicación importante".

Mon. Capaccini escribe a Tallenay : "Me place poder anunciarle la decisión de la Santa sede. Me congratulo de haber podido evitar que se hiciera de Mons. de Mazenod objeto de proceso".

No sería menor la congratulación de De Broglie por una solución que también creía definitiva. Escribía a Tallenay el 10 de agosto : "La llamada a Roma del Sr. de Mazenod pone punto final al asunto que se refería a él personalmente".

Ni de una parte ni de otra se había contado con el prelado que sabía defenderse y volver la pelota.

5.- La Santa Sede da por buenas las exculpaciones de Mons. de Icosia.

Una orden tan terminante, que emanaba directamente del Papa, exigía darse prisa, porque estaba de por medio una comunicación importante del mismo Papa, quien hacía una llamada a la abnegación bien conocida del Obispo de Icosia "para el bien de nuestra santa religión". Mons. de Mazenod no sospechaba en absoluto de qué se trataba y sintió preocupación y sorpresa. Pero no dudó ni un minuto en salir, a pesar de que el Papa le somete a "una gran prueba" de obediencia. El 1 de agosto, responde a Mons. Frezza : "He reservado pasaje para el primer vapor que salga. No quisiera que Su Señoría Ilustrísima diera a conocer a Su Santidad cuánto le cuesta a mi naturaleza este acto de obediencia. Ante Dios, basta con que me supere mi repugnancia y obedezca con la misma prontitud que si no me costara nada".

El 16 de agosto corriendo más que esa carta echada al correo el 2, Mons. de Mazenod llegaba a Roma hacia las 4 de la tarde. Inmediatamente fue a ver a Mons. Frezza, esperando que la amistad con él le diera algunas luces sobre el motivo de un "veniat" tan urgente y tan misterioso. Pero el arzobispo de Calcedonia, escurre el bulto. No estaba encargado de comunicar a su visitante lo que el Santo Padre tenía que decirle, y se limitó a decir a Mons. de Icosia que pasara a ver al Secretario de Estado. "Comprendí bastante bien, escribe el prelado a Tempier, sin riesgo de equivocarme, de qué iba la cosa".

El asunto no dependía de la Propaganda, aunque la orden de venir a Roma partiera de ésta. Se trataba de dificultades presentadas por el régimen de julio. Una conversación con el cardenal Prefecto y con el Secretario de la Propaganda, confirmó la suposición. "Todo se basa en una intriga del gobierno francés que quería suprimir la diócesis de Marsella, y teme mi influencia en el país... Se ha quejado al Papa,; ha amenazado con llevarme a los tribunales por haber sido hecho obispo, sin que él lo pidiera".

El Caballero Tallenay, que en ausencia de Latour-Maubourg, recibe "muy honestamente" al obispo de Icosia, no le oculta "lo que comprendía que ya sabría", escribe el prelado.

Pasan ocho días interminables y solitarios. Llamado urgentemente y llegado lo antes posible, Mons. de Mazenod no comprende y se preocupa de no haber sido llamado al Vaticano, donde está Gregorio XVI. Escribe a Tempier : "Tu conoces el texto de la carta de la Propaganda. Daba la impresión de que la religión iba a sufrir un daño enorme con el más pequeño retraso, Su Santidad tenía que hacerme una comunicación íntima y muy interesante, de viva voz. Se recurrió a mi conocida abnegación por nuestra santa religión. Salgo contra viento y marea, con la prontitud del servicio militar en tiempos de Napoleón. Al no estar despejado el mar, tomo la vía terrestre, a pesar del intenso calor y de lo mal que

me sienten los coches. Al llegar a Génova y parecerme la vía terrestre demasiado larga, me embarco. Desafío el mal tiempo. Hago el mayor sacrificio de mi vida en este género : no digo misa el día de la Santísima Virgen, aunque guardé ayuno durante 30 horas, con la esperanza de no verme privado de esa dicha. Llego a Civita-Vecchia y me acuesto; al día siguiente, salgo temprano. Nada más llegar a Roma me presento a Mons. Frezza, radiante, maravillado de verme, sin haber recibido mi carta; aquella misma tarde, aviso de mi llegada al Secretario de Estado, puesto que, por la mañana había manifestado su inquietud por no saber nada de mí. ¿No era normal que, al día siguiente me llamara el cardenal, tan absorto en su despacho que, dicho sea entre nosotros, ha embrollado las cosas más sencillas? Pues no. Ni siquiera habla al Papa de mi llegada tan esperada. Menos mal que el domingo por la tarde el Papa habla de mi respuesta con el Secretario de la Propaganda, que ignoraba, lo mismo que el Santo Padre, que yo estaba en Roma desde la antevíspera".

Para refrescar la memoria del cardenal Bernetti, el Obispo de Icosia solicita, inutilmente, una audiencia para el 24. "Su Eminencia mandó a decirme que si tenía algo que comunicarle, podía pasar, pero que él no tenía nada de particular que decirme".

En la respuesta, por cierto nada diplomática, no había nada especialmente estimulante. Pero mucho más que esa denegación, impresiona el silencio absoluto del Sumo Pontífice, El prelado queda afectado y se pierde entre explicaciones y conjeturas. Escribe a Tempier : "Nadie tiene la culpa. Menos que nadie el Papa; pero es un hecho que aún no le he visto, de modo que necesito más tiempo para esperar su audiencia que para venir a Roma... Mons. Maï y Mons. Frezza están muy apenados por este contratiempo inexplicable. Mons. Frezza hablará esta tarde con el Papa de este divertido incidente... Me aburro soberanamente".

En efecto la intervención del arzobispo de Calcedonia fue inmediata. El 28 de agosto, Gregorio XVI, que aquel día reservaba las audiencias para los ministros, recibe, excepcionalmente al prelado de Icosia que llevaba cerca de dos semanas de aburrimento.

La conversación duró "largo rato". El comunicado importante anunciaba que el "veniat" versaba sobre dos puntos : la hostilidad al gobierno, según aseguraban las quejas de la embajada, y la decisión tomada por el Papa de sacar al prelado de Marsella y enviarle a Túnez para cumplir su misión de Visitador apostólico. Mons. de Mazenod se dió cuenta de que el Santo Padre había dado cierto crédito a los informes del ministro y que deseaba darle satisfacción. Los informes diplomáticos que completan las reseñas del Fundador a Tempier, lo garantizan.

El golpe era fuerte. El Obispo de Icosia, que se defiende con calor, intenta detenerlo. En primer lugar justifica su actitud afirmando : "Mi principio es que el clero tiene bastante que hacer con defender su fe, sin meterse en política", y probaba la débil consistencia de los crímenes de que le acusaban. Luego demuestra que su presencia en Marsella es una exigencia de la edad de su tío, de los intereses de la diócesis, de su Congregación y hasta de la misma religión. Gregorio XVI vacilante, accede a reconsiderar el problema con Mons. Frezza y Mons Maï. Esta revisión ya era un éxito. Había que completarlo logrando que el Santo Padre rectificara definitivamente sus primeras impresiones y su primera decisión. Mons. de Mazenod trabajará por eso con perseverancia y energía.

Sin embargo, necesitó varios días para "tomar aliento" después del choque y de las emociones de la audiencia pontificia. Pero pronto se rehace, reflexiona y pone en orden y a punto los argumentos en que va a apoyar su quite y su

contraofensiva. Cuando el 5 de septiembre, el Secretario de estado se digna recibirle, el Obispo de Icosia está dispuesto.

Bernetti se había desentendido del asunto. Pero mira por dónde, unos datos nuevos obligan a revisar las decisiones de la Santa Sede. Va a estallar, irremisiblemente, un conflicto con la monarquía de julio, si la corte romana rectifica sus anteriores conclusiones y revoca la medida, ya tomada y anunciada al embajador del rey Luis Felipe. Corresponde al jefe de la diplomacia pontificia ver el modo de salir de ese "mal paso" en el que una promoción de la Propaganda, ha comprometido a la Curia con la que no había contado. Por eso la Eminencia sale de su reserva y llama a Mons. de Mazenod que se justifica durante una hora. El Obispo de Icosia presenta el alegato que seguirá exhibiendo, sin cansarse, durante dos años. Vale la pena resumirlo :

Su respuesta consiste en colocarse en el terreno de los principios religiosos, lo que no hizo De Broglie, para concentrar su esfuerzo en ello. Se trataba de defender los derechos del Papa a nombrar a unos obispos "in partibus", sin aprobación previa del gobierno, del derecho del obispo de Marsella a nombrar su vicario general, del derecho de un obispo, elevado por la Santa Sede a la plenitud del sacerdocio, a administrar los sacramentos sin permiso del poder civil; todo eso depende exclusivamente de lo espiritual. El proceso intentado contra la persona de Mons. de Mazenod, encubre una trama del galicanismo doctrinal. Además ese proceso carece de fundamento real; Mons. de Mazenod se abstiene de toda política; si, a veces, tiene que hacer frente al régimen de julio, es porque procede como hostil a la Iglesia.

Después de hacer añicos las imputaciones que le han hecho, se extiende en otras pruebas irrefutables, que son una letanía de medidas anticristianas, adoptadas por el régimen. El acusado se convierte en acusador e identifica su causa con la causa misma de la religión a la que únicamente quiso servir.

Bernetti quedó convencido de que se intentaba envolver a su visitante en una querrela sin fundamento. En el curso de la audiencia siguiente, hasta tuvo la confianza de pasarle una copia del informe de Tallenay. Con estos datos, el Obispo de Icosia puede contestar mejor punto por punto. Lo hace, primero, en una carta al Secretario de Estado, completando sus justificaciones anteriores, sobre todo en lo referente a las reuniones en el obispado y a la pretendida suscripción en favor de los asesinos del comisario. Después la emprende con la embajada, con el ministro del Interior. Monseñor juega tan fuerte ante las autoridades de su patria, que el Papa desestima oficialmente a éstas.

El 26 de noviembre, el Secretario de Estado notifica a Tallenay que, en vista del mentís dado por el obispo de Icosia a los supuestos delitos aducidos contra él y las garantías recibidas sobre su conducta política, dadas las razones "muy graves que le impiden ir a Túnez, el Santo Padre no tiene razón alguna para retenerlo más tiempo en Roma ni impedirle que vuelva a Marsella", donde está decidido a "justificar su conducta ante el gobierno".

Una vez ganada la partida, Mons. de Mazenod quiso ponerse en camino inmediatamente e irse a París a colocar al ministerio entre la espada y la pared, para dejar liquidado el asunto. Lejos de evitar el debate, quiere provocarlo, seguro de terminarlo con éxito por su parte : "Todo lo que pido al ministro del Interior, escribe, es poder justificarme, primero ante ese mismo gobierno que puede hacer las investigaciones que ofrecerán la prueba de mi inocencia, y luego, si hace falta, justificarme ante los tribunales, cuyas investigaciones tampoco temo... Iré a esperar las órdenes de Su Excelencia en mi familia, desde donde iré a París o a la cárcel, si el gobierno lo exige".

Pero el ministro, temiendo un escándalo, juzga que las acusaciones no tienen pruebas sólidas y no quiere una confrontación y, menos aún, un proceso que puede acabar mal. Por eso la embajada ante la Santa Sede se dedica a detener al prelado, que pide el visado con exigencia, porque ya sacó pasaje para el primer barco que salía el 11 de octubre, Pretextos y más pretextos.

El conflicto se recrudece nuevamente. Mons. Fortunato solicita para su vicario general una prolongación de la licencia. El ministro Argout le contesta : Mons. de Mazonod, que aceptó la colación de un obispado "in partibus", sin solicitar ni recibir la autorización del gobierno, está legalmente incapacitado para ejercer funciones eclesiásticas en el reino y para continuar en sus funciones de vicario general que debieron cesar en el momento de su institución canónica como obispo de Icosia.

Al enterarse de esto, Mons. Eugenio de Mazonod, con la decisión ministerial en mano, pone en guardia inmediatamente a la Secretaría de Estado, dirigiendo a Capaccini una nota extensa. Denuncia la deslealtad del gobierno francés que "negocia en Roma amistosamente y pega el portazo en Marsella". Prueba que las persecuciones de las que es víctima el obispo de Icosia, están motivadas en esto : "Lo persiguen porque el Papa lo hizo obispo, sin pedir permiso al gobierno francés".

El 25 de noviembre, el Secretario de Estado informó al representante de Luis Felipe que Su Santidad no tenía razón alguna "para retener al obispo de Icosia, porque estaba muy satisfecho de que hubiera justificado su conducta ante el gobierno". Esta réplica era una decisión contra la sanción decretada por el ministro Argout, sacando a relucir el decreto napoleónico.

El embajador intentó, en balde, retener a Mons. de Mazonod. Este se mostró tan decidido que tuvo que darle el visado. El 3 de diciembre salía de Roma y el 11 llegaba a Marsella.

6 .- Mons. de Icosia privado de sus derechos de ciudadano y amenazado con la expulsión.

La Santa Sede se negó a ceder en la cuestión de principios y en la cuestión de persona. Elude todo compromiso sobre el nombramiento de obispos "in partibus", que depende de su autoridad espiritual; y declara sin fundamento los delitos criminales imputados a Mons. de Mazonod, y lo autoriza a volver a Francia.

Pero no queda zanjado el asunto. Lejos de poner punto final el representante de Luis Felipe intenta alargarlo para ocultar su doble fracaso.

El 6 de diciembre, Latour-Maubourg presenta una extensa nota a Bernetti, denunciando las malas disposiciones de unos sacerdotes que en algunos departamentos secundan las tentativas de los enemigos del Estado, unos con sus palabras y sus actos, otros porque se alejan de los hombres depositarios de la autoridad. Era evidente que aludía a los delitos atribuidos a Mons. de Mazonod.

Así pues la situación exigía una declaración precisa y sería conveniente que el Santo Padre dijera una palabra sobre el particular.

Pues bien Roma en lugar de acceder a esta petición, aprovecha la ocasión para hacer a Latour-Maubourg unas reclamaciones sobre la política religiosa del régimen de julio. La respuesta preparada por la Secretaria de Estado se formula en el estilo del Obispo de Icosia :

"Es cierto que, aunque el clero, en general, obedece al gobierno, no le tiene simpatía. Pero ¿de quién es la culpa? ¿Del clero envilecido, despojado, perseguido y oprimido? ¿O más bien del modo severo con que se le pisotea y ultraja desde hace tres años? Que el gobierno deje de actuar con tanta dureza contra el clero, que lo respeten sus prefectos, y sus alcaldes, que lo traten con justicia y equidad, castiguen a los impíos que le ofenden constantemente, lo ayude y reciba con bondad sus justas quejas. Entonces el clero confiará en el gobierno y estará de su parte. Por lo tanto, el modo de ganar la estima y el afecto del mismo está más en manos del gobierno que en las del Papa".

La nota presentada al embajador suaviza la forma, pero no modifica el fondo. "Si el clero de Francia no hubiera aceptado la doctrina de la Encíclica, el Santo Padre podría intervenir de nuevo para recordársela, si fuera necesario. Pero el Papa no tiene actualmente motivos para insistir más. Si se presenta el caso, lo hará..."

Mientras Latour-Maubourg intentaba envolver entre todos los sacerdotes reaccionarios del reino a Mons. de Mazenod, el gobierno, por su parte, intenta otro camino para lograr sus fines : amenaza con privar al obispo de Icosia de su condición de francés.

Bernetti, alarmado, ordena a Mons. de Mazenod que se quede en Aix. Pero la orden llega demasiado tarde : Mons. Fortunato, había ordenado a su sobrino que fuera con él inmediatamente. Por otra parte el arzobispo de Aix estima que no conviene esté en Aix, y Mons. de Mazenod, dispuesto siempre a obedecer cree que se consideraría "como un destierro más extraordinario y más inconcebible, puesto que le sería impuesto por el Jefe de la Iglesia".

Ante estas buenas razones expuestas por Capaccini a Latour-Maubourg, éste no insiste más "para que se renueve inmediatamente la orden de cambio de residencia". Se limita a pedir que "Mons. de Mazenod se esfuerce por mantener una actitud que no llame la atención del rey".

Argout pide al prefecto Thomas que le informe inmediatamente si el obispo de Icosia reanudaba el ejercicio de sus funciones eclesiásticas.

Este, el 24 de febrero, por primera vez desde su regreso, bendice pontificalmente, "con gran pompa" una iglesia rural. Aunque el prefecto manda inmediatamente un informe al ministro de Cultos, aunque el embajador hace unas advertencias a Bernetti, el gobierno hace la vista gorda porque de Broglie vacila ante un proceso que juzga muy arriesgado.

La tormenta va a estallar en agosto, sin que Mons. de Mazenod pueda sospechar. El está, aconsejado por Papassian, en Laus. El 5 de mayo, Persil, que es ahora ministro de Cultos, presiona a Thiers, amigo de Thomas, nuevo ministro del Interior, para que aplique al obispo de Icosia las disposiciones de la ley napoleónica de 7 de enero de 1808 "a propósito de los actos que ha realizado por delegación de su tío", el 24 de febrero.

Thomas, buen jurista, contesta que perder la condición de Francés, no implica perder el ejercicio del ministerio y concluye que sólo es posible borrar al obispo de la lista electoral por estar privado de la nacionalidad francesa.

De momento, pues, se debe excluir al obispo de Icosia de la lista electoral, en la que sólo deben figurar los franceses.

Grande fue la sorpresa de Mons. de Mazenod cuando al regresar a Marsella, encuentra la carta de Thomas que le notifica el decreto dado contra él.

El prelado reacciona inmediatamente y con viveza. Su espíritu de sumisión filial a la voluntad de la Santa Sede, le había obligado, hasta entonces a transigir; y por obediencia se había resignado a no entablar una acción judicial. Esta odiosa decisión lo libera de sus compromisos con el Papa. Prometió no atacar; y no ha

atacado. Pero ya que es el gobierno quien ataca, nadie le puede prohibir defenderse.

Aconsejado por el gran abogado legitimista Berryer y por el abogado provenzal de la Boulie, el obispo de Icosia se dispone a interponer apelación porque "los plazos son muy cortos y no hay que dejarse sorprender por una prescripción".

Como era de prever el Consejo de la prefectura rechazó la "reclamación" en primera instancia. Acto seguido, Mons. de Mazenod apeló ante la Corte de Aix, donde piensa encontrar jueces bastante más independientes y más favorables.

Finalmente, Mons. Fortunato para apoyar la causa de su sobrino, dirige a todos sus colegas de Francia una larga circular, después de exponerles todo el asunto, denunciaba el decreto imperial como anticatólico, atentatorio contra la libertad religiosa. Pedía a los prelados "una simple y formal adhesión a dos proposiciones.

La Corte pontificia se sintió ofendida por la medida contra el Obispo de Icosia, porque haciendo caso omiso de la autoridad espiritual del Papa, ponía en vigor una legislación especialmente galicana.

El nuncio Garibaldi, reivindica los derechos de Papa, pero lamenta que Mons. de Mazenod haya interpuesto apelación, desea que los obispos no se adhieran a las proposiciones de Mons. Fortunato, aunque sean verdaderas.

El Papa juzga prudentes las manifestaciones de su embajador y el 11 de noviembre, Mons. Capaccini, envía a Mons. de Mazenod una censura formal: Gregorio XVI se enteró "con disgusto de que llevaba a los tribunales franceses una causa que no era sólo personal, sino que afectaba, sobre todo, a los derechos del Sumo Pontífice".

En resumen se invitaba al Obispo de Icosia a no hacer uso de las declaraciones episcopales que pudiera recoger, y a retirar su apelación ante la Corte de Aix.

Mons. de Mazenod obedeció sin titubeos, dando al Papa largas explicaciones. Tres días después, el 22 de noviembre, el prelado notificaba al ministro que "por el bien de la paz" y ante el deseo del Papa, desistía de la apelación interpuesta por él aunque, en la opinión unánime de los juristas su causa tenía que triunfar ante los tribunales del rey.

Cuánto tuvo que costar al obispo de Icosia esta sumisión filial, se adivina sin dificultad. Sabe que en la Secretaria de Estado han actuado contra él unas influencias desfavorables, sabe que le acusan de haber violado el secreto de la "forma". El Papa ha sido mal servido y él "sacrificado".

Pero el Papa, aunque mal servido siempre es el Papa. Mons. de Mazenod tiene demasiado sentido de Iglesia para no acatar sus órdenes y hasta para adelantarse a sus deseos discretamente expresados, pasando por alto las mediaciones humanas que podrían orientar las decisiones del Sumo Pontífice o forzar la expresión de su voluntad.

Tiene también demasiado espíritu sobrenatural para no elevarse hacia el despojo total, que no espera ninguna gratitud terrestre y se entrega únicamente al Señor.

En esta prueba, tal vez la más dura de su vida, para no permitir que los grandes principios de la fe se obnubilen en su espíritu, el prelado se esfuerza por dominar ese dolor que le perturba y le entristece. Esto no le impide sufrir el desgarrón en lo más íntimo de su ser. Hasta llega a arrepentirse de un sufrimiento agrandado por su temperamento tan impresionable, tan vibrante; esto acrece su mérito y su virtud : "Quisiera tener un corazón menos sensible. ¡Amaría menos,

me ocuparía menos de muchas cosas que me llegan hasta el fondo del alma, y sería feliz!".

Era de esperar que la renuncia del Obispo de Icosia trajera algún respiro; pero el ministro de Asuntos Exteriores prefiere no abandonar la partida cuando se debilita la resistencia romana. Al contrario, habla de recurrir a un "medio violento" para impedir al prelado el ejercicio de las funciones eclesiásticas porque, aunque la ley del 18 germinal no lleva sanción penal, "las leyes sobre extranjeros me darían derecho a expulsarlo del territorio francés". Esta prohibición de ejercer las funciones sacerdotales, so pena de verse conducido a la frontera "manu militari", le fue comunicada al obispo de Icosia por el ministro el 23 de diciembre, del modo más brutal.

Mons. de Mazenod prefirió no contestar a esas ofensas y a esas amenazas" porque hubiera tenido que emplear unas expresiones demasiado "fuertes", pero remite al Papa la carta de Persil, pidiendo "la protección soberana" del Santo Padre. Después de reconocer que la "condescendencia" de la Santa Sede no había impedido al gobierno "llevar hasta sus últimas consecuencias el atentado" contra los derechos del Sumo Pontífice, añade : "Con esto están todavía más envalentonados en su obra anticatólica que comenzó persiguiendo a la Iglesia en mi persona".

El obispo de Marsella no recibió ni siquiera un acuse de recibo. Habrá que explicar ese silencio con un despacho en el que Garibaldi deja entender que, dado el temperamento del prelado, todo acuerdo le parece, de momento, imposible.

Efectivamente Luis Felipe se había quejado ante el representante de la Santa Sede : "En Marsella, el mal no proviene del obispo, sino de su sobrino, que se porta muy mal; todas las autoridades se quejan mucho... Habrá que animarle a que cambie de conducta".

Garibaldi, no contento con asentir a las palabras del monarca, las ratifica : "Se lo repito : no tengo gran confianza en la prudencia de Mons. de Mazenod... De todos modos, este asunto tal vez pueda arreglarse con el tiempo.." Todo ese informe equivalía a decir : renunciamos de momento a proponer una solución que no tiene cabida en la situación actual, y dejemos que el tiempo trabaje.

Parece que la Secretaria de Estado estaba de acuerdo con su encargado de negocios, porque en lo sucesivo, se abstuvo de hacer nuevas propuestas ni de formular reclamación alguna.

Bernetti se contentó con rechazar la petición del gobierno francés que solicitaba que Mons. de Mazenod se fuera a Africa a cumplir su misión.

Por su parte, Rigny desiste de la expulsión "manu militari", que produciría escándalo y a la que, según se supo más tarde, se hubieran opuesto formalmente el rey y la reina. Todo quedaba bloqueado por ambas partes.

Pero en contra de lo que pensaba Garibaldi, no habría que esperar a la muerte del anciano Mons. Fortunato para que este doloroso asunto se solucionase.

Cuando Roma y París, muy confusos, renuncian a toda iniciativa, el P. Guibert, futuro cardenal arzobispo de París, arremete con el problema y termina resolviéndolo felizmente, gracias a la ayuda de Luis Felipe y de María Amelia. Logró que entraran por el aro los ministros, el prefecto Thomas y su mismo Superior General, con una destreza, una decisión y un resultado que dejaron atónitos a Bernetti y al encargado de negocios, que se habían desentendido del caso.

7.- El P. Guibert negocia en París la reconciliación con Luis Felipe.

Hay que reconocer que Guibert era hombre habilidoso, pero con todo y con eso, no hubiera podido culminar su obra sin un conjunto de circunstancias que cambian la situación en París y en Marsella y mueven al gobierno, e incluso al prefecto, a reconsiderar su actitud.

La burguesía volteriana, aliada del régimen orleanista, comienza a inquietarse por los desórdenes sociales y las agitaciones populares. Hasta entonces habían creído que el mayor peligro provenía de la extrema derecha y del clero, acusados de trabajar por la monarquía legítima. Pero el desorden social, la terrible revolución de Lyon en abril de 1834, el trágico atentado de Fieschi contra Luis Felipe, les descubren que hay otro peligro más fuerte que amenaza sus intereses y su predominio: el movimiento republicano.

El despertar del catolicismo que, a pesar de la hostilidad oficial, recobra un impulso, un estilo, una nueva vida, demuestra que la Iglesia sigue siendo una fuerza y siempre sabe rejuvenecerse. La prensa cambia de tono y suprime sus campañas contra el partido-sacerdote.

En Marsella, la situación política ve el recrudecimiento de la oposición. Los republicanos ahora se sitúan como adversarios y poseen su periódico, "El Pueblo Soberano" que lanza una violenta campaña contra el amigo y protector del prefecto, Thiers, denunciado como apóstata y traidor a la causa del pueblo.

El prefecto Thomas, que no piensa suavizar su política religiosa, urde una campaña subterránea contra los republicanos, excluyendo cualquier acercamiento con los católicos. Pero la terrible epidemia del cólera que, en 1835, asola a la ciudad y produce un despertar de piedad popular, le obliga, muy a su pesar, a suavizar las relaciones entre la prefectura y el obispado. Bajo la presión de la opinión pública, tiene que invitar a Mons. Fortunato a que organice unas ceremonias religiosas, incluso tiene que autorizar procesiones. Mons. de Icosia oficia en esta circunstancia. ¿Quién le impide ahora que se incorpore a sus funciones eclesiásticas, cuando está exponiendo su vida, asistiendo a los moribundos en los hospitales?

El anciano obispo, en persona, celebra, el 31 de julio, una misa en la Avenida, y se ofrece como víctima para que cese la plaga. Al final de la ceremonia, el "andamiaje que sostiene el altar, se viene abajo. Mons. de Mazenod y sus asistentes, desaparecen entre los restos. Afortunadamente, todos salen indemnes. La gente entusiasmada despide al prelado en triunfo.

Dos semanas después, Mons. Fortunato, invitado por el gobierno celebra un acto por las víctimas del atentado de Fieschi y un "Te Deum" por la conservación "milagrosa del rey y de la familia real". El prefecto Thomas informa al ministro de Cultos, del extraordinario comportamiento del Obispo y va a felicitarle, así como el teniente general, etc.

Todas estas impresiones contrarrestan oportunamente el efecto producido por la campaña desencadenada contra Mons. de Icosia. Este, en junio, había presentado su dimisión de vicario general, y salió de Marsella para hacer ordenaciones y confirmaciones en las diócesis de Aix y de Avignon.

Durante su ausencia, unos sacerdotes, castigados justamente con medidas disciplinarias, le atacan en la prensa: el abate Jonjon en el anticlerical "Semáforo",

el párroco de Aygales, moviliza los periódicos y recurre al rey y al Papa, se inventa una carta del cardenal Pacca, etc, etc.

Durante la epidemia Mons. de Icosia estaba ausente, hizo falta una orden formal de Mons. Fortunato para que permaneciera en la comunidad de L'Osier. Allí fue a consultarle el P. Guibert, antes de ir a París. Este viaje tiene como objetivo pedir subsidios al gobierno para el seminario mayor de Ajaccio que van a fundar los Oblatos. Guibert, superior de la casa, tiene graves dificultades financieras : tiene que crearlo todo y no hay recursos. Cree que la presencia en París del embajador de Francia ante la Santa Sede puede facilitar sus gestiones, porque Latour-Maubourg es muy amigo del obispo de Ajaccio, Mons. Casanelli d'Istria. Y así fue. Logró mucho más de lo esperado. El seminario de Ajaccio pasó a segundo plano y cobra protagonismo el tema de Icosia que va a ser el divo.

Mons. de Mazenod insistió al P. Guibert para que evitara cualquier mención de su persona, si no quería echar a rodar sus peticiones en materia financiera : "ante todo, no pronuncies mi nombre, porque eso sólo bastará para quedarte en la calle". Pero, al pasar por Marsella, Mons. Fortunato le recomendó que "solicitará la benevolencia del gobierno" para acabar con la situación de su sobrino.

Las primeras visitas del superior de Ajaccio al ministro de Cultos no fueron alentadoras. El director, Sr. Schmit, presentó dificultades, y todo quedó en unas promesas; es el ministro a quien corresponde conceder, reducir o negar las subvenciones solicitadas para el seminario. Hasta el 11 de agosto, Persil no recibirá al mandatario de Mons. Casanelli d'Istria. Puesto que se le hace poco caso, el P. Guibert se decide a prescindir de las oficinas y dirigirse directamente a Luis Felipe. El 9 solicita una audiencia y, con gran sorpresa, se la dan inmediatamente. El 11 de agosto, en una larga carta, anuncia a Tempier el resultado de esta entrevista decisiva. Lo de los subsidios queda resuelto inmediatamente.

"El rey me recibió con bondad; me escuchó con atención e interés; me dijo que, probablemente, vería hoy al ministro y que, si había fondos, se destinarían a ese objetivo; y que en todo caso, podía contar con su bolsillo para una parte de lo que pedía".

Quedaba por abordar el otro asunto, infinitamente más delicado. Luis Felipe, según su costumbre, le mantuvo de pie en el hueco de la ventana. Guibert le pide permiso para hablar del caso. "¡Encantado!", me contestó. "Le dije que, al pasar por Marsella, había visto al venerable obispo que me había impuesto las manos y que, enterado de que venía a la capital, me expresó el dolor que sentía, cuando estaba a punto de bajar a la tumba, a causa de la situación de su sobrino y de las calumnias de que era objeto.. Ante el informe de Guibert, Luis Felipe respondió "que estaba muy contento de lo que decía y que ojalá hubiera sido engañado, y que, en todo caso estaba dispuesto a olvidarlo todo".

Solucionado ese primer punto, Guibert va más lejos y recuerda la fatal ordenanza que privaba de la condición de francés a un hombre como el obispo de Icosia que es francés hasta los tuétanos. Entonces el rey me dice :

- ¿Sabe Vd. que aceptó un obispado "in partibus" sin mi permiso?"

- Lo sé, Majestad; pero aseguro a Su Majestad que la actuación fue de buena fe, por ignorancia del decreto, y no por otro motivo.

- Está bien. Creo lo que me dice. Me gustaría revocar esa ordenanza, pero el asunto tiene que ir a través de las fórmulas ordinarias. Luis Felipe concluye

declarando que "vería con agrado unas gestiones llevadas en buena armonía. Interesa a la religión".

Encantado de haber roto el hielo, el superior de Ajaccio se esfuerza por abrir caminos. Se presenta inmediatamente ante el ministro de Cultos, el embajador ante la Santa Sede y la reina. Mons. de Mazenod, escribe a Luis Felipe "para felicitarle porque Dios protegió la vida del rey... y para agradecerle el que hubiera escuchado con bondad, lo que había encargado que le dijera de su sobrino". También el obispo de Icosia enviará una carta a Su Majestad "sobre los acontecimientos del 28 y sólo una palabrita sobre su situación".

Distribuidos así los papeles, Guibert se entrega a la tarea que se ha asignado. El 12 de agosto visita al Sr. Latour-Maubourg para "encomendarle el caso de nuestro amigo". El embajador le aconseja que hable con Persil y, sobre todo, que se dirija al director de Cultos, Sr. Schmit porque "ahí nacerán las dificultades". Aquel mismo día, audiencia con el ministro al que el rey, fiel a su palabra, ya había hablado de mi asunto".

Persil manifiesta "el mayor respeto para el obispo de Marsella", pero, a pesar de las explicaciones recibidas, no se convence de que Mons. de Icosia "esté ajeno a todo espíritu de partido". Reconoce, sin embargo "que sus sentimientos eran idénticos a los manifestados por el rey y que vería con alegría una reconciliación".

Guibert no dice nada de todo esto a Garibaldi y se limita a sonsacar las disposiciones de la Santa Sede y del gobierno. La respuesta es tranquilizadora : "En cuanto a Roma, estáte tranquilo : todos esos ladridos de malos sacerdotes no lograrán nada. Hablé con el ministro del Interior y le advertí que algunos de esos malos sacerdotes habían jurado hundir al obispo de Icosia. Me dijo que estuviera tranquilo por ese lado".

El 17, la reina, a la que "el rey había hablado de mis dos asuntos", recibe al superior de Ajaccio. María Amelia prometió "ocuparse de nuestra capilla" y pasó inmediatamente a lo de Mons. de Icosia. Guibert repite sus justificaciones : pone de relieve el valor del prelado, "hombre de gran capacidad", y pide la mediación de la soberana, que se muestra más buena y conciliadora de lo que uno puede imaginarse". (Carta de Guibert a Tempier, 13 de agosto de 1835).

Ya se podía contar con la intervención de Luis Felipe y de su "santa mujer" y con la ayuda del embajador. El rey puede dar consejos y apoyos muy valiosos, pero la decisión no le corresponde. Ya lo había dicho varias veces : el rey reina pero no gobierna. Todo depende, en última instancia, del ministro que está lleno de prevenciones y sigue reticente. Y ya le habían dicho a Guibert que el ministro, a su vez, dependía de los agentes. "Son los jefes de negociado los que le van a parar. Exigirán condiciones".

Era imprescindible disipar los prejuicios del alto funcionario de Cultos, Schmit, que poseía todos los informes del prefecto de Marsella y daba bastante crédito a sus acusaciones. Pero Schmit era un hombre recto y Guibert le inspiró tanta confianza que le pasó todo el expediente. Así pudo dar la explicación completa y ofrecer al Superior una ocasión inesperada para liquidar el conflicto, desenmascarando la deslealtad y la mala fe de Thomas.

El director de Cultos disimuló su indignación, pero, ya que todas las acusaciones venían de la prefectura, animó a Guibert para que se entrevistara con Thomas durante su primera estancia en Marsella. Comenta irónicamente Guibert : "Me creen capaz de reconciliar el cielo con el infierno".

El Superior de Ajaccio dice al jefe de negociado de Cultos "que el gobierno disponía de un medio seguro para poner fin a la prueba de Mons. de Mazenod :

Nómbrelo obispo sufragáneo o coadjutor. Se verá obligado a prestar juramento. Así estará seguro de sus disposiciones". La respuesta de Schmit fue : "¡Sería una recompensa!... ¿Qué efecto producirá en la opinión pública semejante nombramiento?". Esto obliga al Padre a separar los problemas y a proceder por etapas. Primero se ocupará del primer punto, que es el reconocimiento de su título de obispo francés. Será la base para todo lo demás. "Después les pondré en la alternativa de nombrar a Mons. de Icosia coadjutor o a nombrar otro. Yo creo que no podrán dejar solo a un obispo de 87 años en un lugar donde, dada la piedad práctica de los habitantes, las funciones del episcopado son tantas y tan duras".

Hay que lograr primero que, mediante un juramento de fidelidad al rey, Mons. de Mazenod sea reconocido por el gobierno como obispo de Icosia. El superior de Ajaccio llega a un acuerdo con Schmit para que no se le impongan al prelado "unas pruebas que un hombre de honor no pueda aceptar". Schmit asegura : "Cuando se quiere ganar a alguien, no hay que empezar degradándolo".

Ambos acuerdan las condiciones : el Obispo de Marsella y Mons. de Icosia escribirán al rey unas cartas en las que desaparezca todo rastro de hostilidad. Además, Mons. de Icosia hará constar al rey que "cuando se le presentó como enemigo del rey y del gobierno, se le calumnió; que cuando aceptó el obispado "in partibus", si hubiera sabido que molestaba a Su Majestad, se hubiera negado a la propuesta que se le hizo; que en todo caso, si hubo algo irregular, ruega a Su Majestad que tenga a bien remediarlo con su voluntad soberana".

Mons. Fortunato no puso dificultad alguna para dirigir al gobierno y monarca la carta requerida. Aprovechó el atentado de Fieschi, tres semanas antes, para disimular el objetivo verdadero de su gestión, iniciando con Luis Felipe una correspondencia que antes siempre había rehusado. Su avanzada edad, "la cruel enfermedad que afectaba a su diócesis", explica su retraso en la expresión de sus sentimientos. "Le comunico muy sinceramente que estoy de acuerdo con su sentir, rezando al frente del clero de mi catedral por las pobres víctimas de un atentado infernal, y dando solemnes gracias a Dios que hizo abortar el proyecto de los asesinos. Dígnese aceptar mi felicitación por esa protección visible de la Providencia, y permítame, Señor, recordarle la bondad con que en Sicilia, en otros tiempos, consoló mi destierro y el de mis hermanos".

Después de ese prelude prometedor, el obispo añadía : "bastaría ese recuerdo para hacerme esperar de Su Majestad otro consuelo que necesita mi vejez. Me atrevería a suplicarle que suspenda la medida rigurosa que pesa sobre el obispo de Icosia, mi sobrino. Es francés de corazón y de nacimiento y, con mi palabra de obispo, aseguro a Su Majestad que nunca tuvo acción alguna de influencia política hostil a nuestro gobierno. Hace varios meses que está ausente de Provenza y, si estuviera aquí, se uniría a mí para ofrecerle el homenaje de su felicitación y del profundo respeto con el que soy el muy humilde y muy obediente servidor de Su Majestad".

El 25 de agosto, en nombre del rey Luis Felipe, el barón Faus, contestaba de modo muy alentador. "Su Majestad se ha emocionado con la felicitación que le dirigió personalmente. El rey no ha olvidado, Monseñor, las circunstancias de su estancia en Sicilia que le ha recordado. Su benevolencia sigue siendo la misma. Su Majestad desea darle una prueba devolviendo al obispo de Nicosia (sic) los derechos de francés que pide para él".

De momento, el plan concertado entre Schmit y Guibert iba de maravilla. Muy distinto iba a ser cuando se tratara de convencer a Mons. de Icosia de la gestión que le corresponde. El prelado se niega, y acumula objeciones. La carta pedida le parece inoportuna, "porque será difícil no tacharla de bajeza". ¡Que le hagan justicia, primero! No pide nada., Sólo aspira a vivir retirado en una casa oblata. La insistencia de Tempier le endurece más : "¿Qué has hecho, amigo mío?, dice el 23 de agosto. ¿En qué abismo quieres precipitarme? Se diría que la Providencia se equivocó de siglo, al hacerme nacer en éste, con las disposiciones y, si quieres, las cualidades necesarias para hacer cosas grandes hace 200 años. Yo no sé pactar con el error, la mentira y la impiedad. Soy hombre sacrificado, pero la franqueza de mi carácter y mi rectitud en todo cuanto emprendo, no me dejan andar con engaños, como hay que hacer, necesariamente, para triunfar cuando hay que tratar con gentes que no quieren sinceramente el bien, y que sólo se prestan a ello por política. Evidentemente tu amistad te ciega, al querer solucionarlo todo con un medio desastroso para mí".

Por último, al día siguiente en el que su primer asistente, desconsolado, le envía una verdadera filílica, Mons. de Icosia se resigna y redacta una carta en la que protesta contra sus calumniadores, en la misma medida en que expresa sus propios sentimientos a Su Majestad.

El superior de Ajaccio encontró la carta muy seca y se lo dijo a su autor. Afortunadamente, otra carta, menos tensa, dirigida a Latour-Maubourg y comunicada por éste a Luis Felipe, suavizó el efecto. Pero el prelado disiente con Guibert en dos puntos. Primero, se presta de mala gana a escribir al ministro de Cultos para preguntarle "si hay que cumplir alguna formalidad para obtener la adhesión del rey" a su título episcopal y normalizar ante el gobierno lo que fue efecto de una omisión inocente, cuando aceptó el título de obispo de Icosia. ¿Cómo compaginar semejante carta con la dignidad de su carácter? Una primera redacción, el 30 de agosto, con el asesoramiento de Jeancard, lejos de satisfacer a Persil, le irritó, porque la encontró seca y altiva. El ministro, muy descocertado, iba a replicar de modo cortante, cuando llegó, muy oportuno, Guibert y logró que no se le enviara a Mons. de Icosia la respuesta ya preparada para salir. Una segunda carta arrancada al prelado a duras penas, el 15 de septiembre, al fin fue aceptada.

Resuelta la dificultad, el P. Guibert puede vanagloriarse de haber llegado al primer objetivo que se había propuesto. Mons. de Mazenod será admitido a prestar juramento de fidelidad al gobierno, como obispo de Icosia, y habrá reconocimiento oficial de su título.

Entonces, el superior de Ajaccio emprende la otra parte de la negociación que debe lograr, "ni más ni menos", que el sobrino de Mons. de Mazenod obtenga la coadjutoría de Marsella.

Antes de comenzar los trabajos de acercamiento tiene que asegurarse de que Mons. de Icosia acepta la sucesión de su tío. Pues bien se opone categóricamente. A las razones constantemente alegadas para librarse de la carga de una diócesis, se suma el temor de que se atribuya a un regateo, indigno de él, su reconciliación con el gobierno de Luis Felipe : "Si no obrara con cierta cautela en mis gestiones, pronto quedaría marcado como un ambicioso que vende su honor por un puesto, cuando, precisamente, temo a ese puesto más que a la muerte".

Tendrán que insistir dura y tercamente Tempier y Guibert para vencer su resistencia obstinada. Será Guibert quien encuentre los argumentos decisivos : "¿Por qué sacar al obispo de Icosia "de una posición equívoca", si él está dispuesto a repetir los mismos ensayos? Si vuelve a Marsella sin el título de coadjutor, ya está nuevamente en una situación falsa. Presentó la dimisión de

vicario general, no tiene ya oficialmente ninguna jurisdicción canónica. En esas condiciones, ¿cómo va a ayudar a su tío en la administración de la diócesis? Su papel quedaría relegado al de una eminencia gris o, tal vez mejor dicho, al de una sustancia gris.

Puesto que el gobierno le reconoce como obispo francés, ¿por qué admitir que, en realidad, se encuentra despojado de los poderes que antes tenía como simple arcediano? Por eso Guibert se muestra categórico y casi imperioso: "No puede poner los pies en Marsella mientras no esté revestido de una autoridad real".

El superior de Ajaccio, que no menciona los intereses de la diócesis, pulsa otra cuerda, especialmente sensible, poniendo de relieve los intereses de la Congregación de los Oblatos: "Le haría muchos razonamientos más, si no fuera por el miedo a tener que hacerlos por carta. Si Vd. no es obispo de Marsella, probablemente lo será uno de sus amigos (Forbin-Janson) y estarán con él todos los Misioneros de Francia. Tenga por seguro que él aspira a esto y que lo logrará. No ha hecho frente a las exigencias del gobierno respecto a nosotros, para imponer él, a su vez, sus propias exigencias. Durante el cólera quiso ir a Aix y ahora proyecta un viaje a Argel. Anda con triquiñuelas. Se verá muy apoyado por los deseos, poco claros, de la población marseleses; se producirá una reacción: ¿Qué pasará con su seminario, etc? Además si Vd. estuviera definitivamente instalado en Marsella, se podría alargar, por un título cualquiera, su jurisdicción sobre Argel, colonia que siempre ha apetecido. Digo más: si eso entrara en sus cálculos, una ordenanza real podría reconocer nuestra casa noviciado, por la condición y con el pretexto de enviar uno o dos misioneros a los puestos de Levante". (Guibert a Mons. de Icosia, 4 de sep. de 1835).

Por fin, Mons. de Mazonod se deja convencer y aparece, según su propia expresión "más tratable". Para no privar a Mons. de Mazonod de una ayuda tan necesaria y salir personalmente de una situación equívoca, ya no rehúsa la coadjutoría de Marsella. Pero una cosa es administrar la diócesis con un título legal, en vida de su tío, y otra recoger la situación y sucesión del mismo. A la muerte del titular actual, el prelado pretende retirarse a la soledad, "antes de tomar posesión", es decir, antes de contraer el compromiso definitivo "que a mi entender, según el espíritu de fe, fija la existencia del primer pastor en el seno de su pueblo hasta la muerte". Por otra parte como "su honor exige no haber hecho las paces a costa de una diócesis", aceptaré con tal de que la gracia "se le conceda al Obispo de Marsella, que lo pide porque lo necesita. El título de coadjutor sería la regularización en lo temporal del puesto que el Obispo de Icosia ocupaba ya antes. Así el acercamiento presentaría un modo honroso".

Poco a poco la situación se va calmando y aclarando. A mediados de septiembre el superior de Ajaccio vuelve a Provenza. El 27, Mons. Fortunato envía a Persil la bula del Obispo de Icosia para que quede registrada en el Consejo de Estado. El 11 de octubre, Guibert tiene una explicación con Thomas. Sabe a qué atenerse sobre la rectitud del personaje y sobre sus sentimientos íntimos hacia el obispo de Icosia; pero, buen perdedor, escucha sin pestañear las aclaraciones apaciguadoras de su interlocutor, y escribe muy finamente a Schmit: "Sólo puedo constatar el espíritu de paz y de moderación que anima al prefecto. Me ha dado la impresión de que desea vivamente un acercamiento al que da mucho valor. Pero sorpréndase, señor caballero, si añado que no he encontrado en la prefectura de Marsella las mismas convicciones, al menos en el mismo grado, que encontré en el ministerio contra el obispo de Icosia. El Sr. Thomas no ha tomado en serio algunos agravios que le cité, p.e.: la predicación política y

añadió que no creía que Mons. de Icosia hubiese subido al púlpito desde que forma parte de la administración diocesana. Me habló de ese hombre como un prelado responsable, piadoso, de costumbres puras, capacitado, hecho no para un obispado de segunda, sino para ocupar, por caminos regulares, una de las primeras sedes de Francia.

"Según él, la desgracia de ese obispo ha sido la de tener el falso convencimiento de que el gobierno era enemigo de la religión. A esta causa atribuye su rechazo anterior del orden actual de cosas...

"Esta es, señor caballero, la opinión del prefecto sobre el obispo de Icosia. Elogió no sólo al venerable obispo de Marsella, sino también a varias personas de su entorno. Cuando yo llegué, se disponía a ir a visitar al obispo, con el que estaba en deuda, según me dijo. La armonía se ha recuperado plenamente".

A pesar de todo, Thomas exigía unas garantías : que Mons. de Mazenod se ofreciera a prestar al rey "el juramento al que están obligados los obispos franceses, y que se introduzcan en el "Domine, salvum fac" las preces por el rey "tal como se hacía en las diócesis antes de la Revolución de 1830, es decir : que el nombre del rey concluya, como antes el "Domine, salvum fac regem".

Sobre el segundo punto el prefecto obtuvo satisfacción inmediatamente. A petición de su sobrino, Fortunato prescribió a su clero que, a partir del domingo siguiente, introdujera en la antifona, "Ludovicum Philippum".

El 16 de noviembre, escribe a Schmit : "Por una coincidencia singular, ocurrió que aquel día estaban invitadas las autoridades a asistir a un "Te Deum" solemne que se cantó en la catedral por el cese del cólera, en presencia de una gran muchedumbre. El "Domine, salvum fac regem Ludovicum Philippum" resonó bajo la antigua bóveda en los oídos de toda esa gente que quedó muy impresionada. Y como el Obispo de Marsella tuvo que quedarse en su habitación a causa de un catarro, fue el Obispo de Icosia el que ofició, presidiendo al clero de Marsella. El Sr. Thomas, que estaba allí, pudo recibir ese testimonio público de buena armonía entre la Iglesia y el Estado. El mérito de este testimonio debe atribuirse al hombre al que se ha presentado incesantemente como enemigo del orden actual de cosas".

Así concluía la querrela del "Domine salvum me fac", que había enfrentado al prefecto y al obispo durante cinco años.

Luis Felipe logró imponer sus puntos de vista. El 17 de diciembre de 1835, una ordenanza real declaraba recibida y prescribía que se publicara en el reino "el Breve dado en Roma, en Santa María la Mayor, el 1 de octubre de 1832 por S.S. el Papa Gregorio XVI que confiere al sacerdote Mazenod, Carlos José Eugenio el título "in partibus" de Obispo de Icosia".

Faltaba una sola formalidad : la prestación del juramento de fidelidad a Luis Felipe.

El 11 de enero, acompañado por Guibert, Mons. de Mazenod emprende viaje a la capital. Llega el 16. El barómetro señala para todo buen tiempo. Viaje ideal, a pesar de la estación : "Mi equipaje de Siberia metió tanto miedo al mal tiempo que huyó de nosotros : ni nieve, ni frío. Un sol, casi diría de Provenza nos acompañó hasta París, y todavía hoy ha querido recrearnos con su hermosa presencia".

Acogida de "gran cordialidad" en el Seminario de Misiones Extranjeras, donde se aloja el prelado en una hermosa habitación del primer piso que da al jardín. Excelente recepción de Mons. Quelen, el 17 "en su pequeño escondrijo en casa de las Damas de S. Miguel. El mismo día, después de la comida, pasea andando "com mi fiel compañero", y siempre con sol, sin que nadie les falte al

respeto, para ir a la residencia del Sr. Janson "que nos dió la impresión de estar muy enterado de las cosas que pasan en Marsella". Se portó bien y acompañó a sus visitantes a la casa de las Damas del Sagrado Corazón, para la bendición del Santísimo.

Y de golpe todo se ensombrece. "Yo no me esperaba el encuentro que tuve en ese santo lugar. Llegó el Sr. Arzobispo y, de acuerdo con Mons. Forbin-Janson, me expresaron su sorpresa cuando les comuniqué el verdadero objetivo de mi venida a París. El Sr. Arzobispo no me había dicho nada esta mañana porque daba por hecho que yo debía ser su coadjutor. Al saber que de eso no había nada, me dió su opinión, que comparte todo el episcopado, y es que no puedo ni debo prestar juramento en mi calidad de obispo "in partibus"; que eso nunca se ha hecho en Francia; que yo no era quién para introducir una práctica opuesta a la disciplina de la Iglesia y a todos los precedentes reconocidos por el gobierno. No faltaron ejemplos, incluyendo el suyo.

"Todo esto se discutió largo y tendido, en presencia de mi compañero, quedando él tan convencido como yo de que no podía por mi honor ni en conciencia pasar por alto tan grave dificultad".

El Superior de Ajaccio, lejos de ver las cosas tan negras y de llevar la situación por lo trágico, hace un hábil replanteamiento que permite valerse de ese obstáculo inesperado para lograr "el éxito final de nuestro asunto" : la coadjutoría de Marsella. En la misma carta de Mons. de Icosia a su tío, añade esta posdata : "La dificultad que Mons. de Icosia le expone, debe favorecer la realización de sus deseos más justos. Se le ha llamado para prestar un juramento prescrito por la ley o el uso. Llega de buena fe, fiado en la palabra del ministro; ahora bien, ni la ley ni el uso prescriben ese juramento. Lo que hace falta es motivar esa exigencia en otro título. Es la Providencia la que lleva, evidentemente, este asunto".

Esa coadjutoría la había pedido varias veces Mons. Fortunato para su sobrino. Pero había oposiciones : la de Persil y la de Thomas y la del gobierno que las niega por principio y no quiere hacer ninguna excepción a la regla general.

El 23 de enero, Guibert reconoce que todas esas razones hacen inviable, de momento, ese principal asunto.

En vez de quemar etapas, Guibert mantiene la táctica del paso a paso : primero el juramento. El prelado expone formalmente al rey y al ministro que se trata de un caso personal y excepcional, y que su juramento no debe de crear ningún precedente.

Durante la audiencia, Luis Felipe, "Informado exactamente del problema que había surgido y de los avances de la discusión final que yo adoptaba", se sintió muy complacido. Durante tres cuartos de hora, el rey reiteró al obispo de Icosia la oferta de paz. "Me dijo que se sentía encantado de que hubiese vuelto ante él, y de ahí siguió contando, en muy buenos términos, la historia de los acontecimientos que lo habían forzado, a pesar suyo, a tomar el cetro para salvar a Francia de la anarquía en la que iba a caer... Se extendió mucho sobre sus buenas intenciones para favorecer en todo a la religión; no siempre hizo lo que hubiera querido hacer, pero los obstáculos eran grandes. Quiere aumentar la paga de los obispos, porque reconoce que es insuficiente".

Al final, Luis Felipe, acompañó a su visitante hasta las habitaciones de la reina, que le invitó a sentarse a su lado. "Hablamos de mi tío, de la reina de Nápoles, de la acogida que el rey acababa de hacerme, de varias cosas más, y me retiré." (carta a Tempier, enero 1836)

El 25 de enero, Mons. de Mazenod fue a las Tullerías para prestar ante el rey el juramento que debía sellar su reconciliación con el régimen de julio. Luis Felipe lo recibió "con las mismas muestras de alegría y de afecto. Apretó las manos del prelado durante diez minutos y sólo le expresó palabras de mucha bondad y de sincera felicitación".

En esta ocasión también Persil quiso expresar al obispo de Icosia el testimonio de su confianza. Mons. le rogaba que, en adelante "no hiciera caso de lo que algunos maliciosos pudieran decir de él"; el ministro contestó que "no tenía por qué temer, que hoy sabía a qué atenerse y que, si alguna vez surgía alguna dificultad, le rogaba que le escribiera directamente y sin intermediarios".

8.- Mons. Eugenio de Mazenod nombrado obispo de Marsella.

Gracias a Guibert, que supo aprovechar el clima político y disipar prevenciones personales, quedó solucionado, en unos meses, el conflicto doloroso que Roma y París no habían logrado resolver en dos años de diplomacia oficial.

Logrado ese éxito, Mons. de Mazenod deseaba regresar inmediatamente a Provenza. Pero aunque sus asuntos han terminado, el P. Guibert acaba de comenzar los suyos. En efecto no piensa detenerse en un camino tan hermoso. El resultado logrado, le invita a explotar su ventaja y acometer lo más rápidamente posible, la segunda parte de su plan. Por eso retiene en la capital al prelado, porque no quiere que vuelva a Marsella sin el título y la autoridad de coadjutor.

Llevando la carta en la que Mons. Fortunato solicitaba de nuevo para él y para su sobrino ese nombramiento en términos apremiantes, Guibert se dirige nuevamente a Luis Felipe que se muestra muy dispuesto a satisfacer la petición del anciano obispo. Pero la caída del ministerio Broglie y el acceso al poder de Thiers, muy sensible a la situación política de las Bocas del Ródano, su feudo, amigo de Thomas y muy desconfiado de los Mazenod, obliga al rey a dar largas.

Pasaban las semanas sin que la petición de Mons. Fortunato tubiera respuesta. La crisis gubernamental, la formación del nuevo ministerio, dejan en suspenso el asunto de Marsella.

Por fin el 15 o 16 de marzo Luis Felipe concede a Mons. de Mazenod la audiencia solicitada un mes antes.

El rey le envía una tarjeta de audiencia y al mismo tiempo le manda una invitación para comer juntos. Colocado a la derecha de la reina, el obispo de Icosia se vió colmado de las atenciones más delicadas.

A la salida de la mesa, el rey atenúa con su cordialidad y su confianza la explicación que da, durante una hora, de las dificultades con que topa su buena voluntad. Encuentra en el presidente una fuerte oposición. La cosa no podía sorprender a su interlocutor que conocía la hostilidad de Thiers. El rey comprendía la situación precaria en la que se encontraría en Marsella, pero había que esperar otro momento más favorable.

Guibert que también había recibido del ministro de Cultos una respuesta dilatoria, se resigna a dejar que el obispo de Icosia vuelva a Marsella, sin esperar el nombramiento que pudiera tardar varios meses.

De hecho como lo esperaba Luis Felipe, el tiempo se encargó de facilitar todo. En vez de ganar crédito con la llegada de Thiers al poder, el prefecto de las Bocas del Ródano pierde la confianza de su protector y amigo.

Con un "promoveatur ut amoveatur": Thomas se entera el 30 de junio que lo van a destinar al Consejo de Estado.

Se supone que su salida no entristeció ni al obispo de Marsella ni al obispo de Icosia. Hasta se sospecha que su remoción tuviera algo que ver con la entrada en gracia del segundo, al que constantemente y sin lealtad había denunciado, incluso en el asunto de la coadjutoría, contra la que estaba categóricamente.

Quedaba el obstáculo de Thiers. Pero la caída de su ministerio abrió camino. El nuevo gabinete se caracteriza por su moderación. Las circunstancias vuelven a ser propicias y Mons. Fortunato las aprovecha para llegar al desenlace.

El nuevo prefecto facilita la tarea con el informe que dió al ministro del Interior con ocasión de los funerales que se intentaron por Carlos X y que prohibía el gobierno : "La conducta del obispo de Marsella, o más bien del obispo de Icosia, que es el verdadero administrador de la diócesis, ha sido admirable en esta ocasión".

Unos días después de este informe tan favorable, Mons. Fortunato recibía una respuesta del ministro de Justicia y de Cultos, en la que le decía que el gobierno no quería crear precedentes dando un coadjutor, pero que en caso semejante el obispo de Verdún había renunciado a las tareas del episcopado, al no obtener un coadjutor.

El prelado leyó entre líneas y, después de reflexionar mucho, se lanzó por el camino que le abría el ministro de Justicia, El 28 de diciembre le dirigió la siguiente carta : "Por iniciativa propia y después de madura reflexión, decido dar la dimisión de mi sede, si el Obispo de Icosia, mi sobrino, es nombrado en mi lugar. La presente carta puede ser tenida como mi acto de dimisión, pero su Excelencia comprenderá que debe ser considerada como no recibida si, contra mi esperanza, el Obispo de Icosia no pudiera dárseme, sin demora, como sucesor. En ese caso la desautorizo de antemano, con el deseo de retener mi jurisdicción hasta la muerte o hasta el momento en que mi sobrino, y no otro, sea preconizado obispo de Marsella".

Esta decisión había sido tomada a espaldas del primer interesado, para que se encontrara ante un hecho consumado.

El secreto fue bien observado por el rey, el ministro, las oficinas y el prefecto de Marsella, al que se comunicó "para Vd, sólo", la dimisión de Fortunato. Este escribió al ministro de Cultos : "...Me parece que el gobierno debe acoger la medida solicitada por Mons. de Mazenod en favor de su sobrino, porque hay un fondo de valor que hay que aprovechar en favor nuestro".

En este asunto, esencialmente religioso, el prefecto no tiene en cuenta más que razones políticas. Pero eran, precisamente las que contaban para el gobierno. En efecto en una nota de Persil al Sr. Schmit, le dice : "El Consejo ha resuelto nombrar a Mons. de Icosia en sustitución del Sr. de Mazenod; pero no ha decidido el momento en que se deberá tomar esa medida.. Habría que saber si conviene hacer la sustitución antes de las elecciones municipales".

Se supone que las razones locales invitaron a esperar, porque la decisión se tomó a primeros de febrero y no se hará oficial hasta dos meses después.

El 9 de abril, Mons. Fortunato recibió notificación en forma de una promoción que colmaba todos sus deseos. Inmediatamente se presenta en la habitación de su sobrino que no sospecha nada. Lo relata en su "Diario" : "El 9 de abril visita de mi tío en mi cuarto, llevando en mano, en un estado de júbilo extraordinario, la ordenanza real que me nombra obispo de Marsella, por dimisión de ese venerable anciano a su sede. Mi consternación debió contrastar sorprendentemente con los sentimientos que expresaba mi tío".

Al felicitarle el Dr. Astros, recibe esta respuesta : "Algún día le contaré cómo me hizo la jugada mi bueno y venerable tío. No cabe de gozo desde que la hizo; rie, canta tiene ganas de vanagloriarse. Sólo yo me siento avergonzado de este asunto con el que me han engañado".

Hay que reconocer que el buen obispo de Marsella llegó muy hábilmente al objetivo que se había propuesto : asegurar la continuidad de su diócesis, asegurar su propia sucesión por Mons. de Icosia.

El Sr. Persil le sugirió la maniobra final que completaría el gobierno; pero fue él quien halló el medio de obligar a su sobrino a aceptar la carga pastoral que no quería. Sólo quedaba resignarse : "¡Bendito sea Dios! No por eso voy a perder mi independendencia y mi libertad; humanamente hablando, es para entristecerse, pero hay que ver las cosas bajo otro aspecto". "La fuerte voluntad" de su venerable tío le parece "como expresión de la de Dios".

Así se resolvía esa interminable crisis que, en la larga existencia del prelado, fue la cumbre de sus pruebas.

El choque había sido duro y doloroso, pero a la larga resultó beneficioso para la transformación que se produce en sus ideas, en su modo de ser, en su misma alma. La fecha en que el obispo de Icosia presta juramento de fidelidad a Luis Felipe coincide con aquella en que se consolida la nueva política de la monarquía de julio.

CAPITULO XII

LA ADMINISTRACION DE LA DIOCESIS DE MARSELLA

LA CONGREGACION DE LOS OBLATOS DE MARIA INMACULADA

1.- El Obispo y su clero.

La obra pastoral realizada por el tío y el sobrino en la diócesis de Marsella, lleva el sello de su personalidad, de su época y de su medio. Se les ve a ambos animados por el mismo celo y los mismos principios, a ambos convencidos de estar por encima de los intereses humanos, de los prejuicios y de los partidos, y de buscar únicamente el bien espiritual de las almas y de la Iglesia. Asimismo, se les ve intransigentes y firmes; la diplomacia les parece compromiso; el oportunismo debilidad; el que esquivo pierde terreno. Por eso hay que ser rígidos y categóricos en palabras y en hechos. Así se explica que en el gobierno de la diócesis, con las mejores intenciones, no siempre procedieran del modo más adecuado.

Su temperamento influye, sin duda, en hacerlos absolutos y de una pieza. Por algo se es Mazenod. En contra de lo que en general, se piensa, sucede que en las venas del septuagenario hierve la sangre de su raza con más fuerza que en las del preboste, su auxiliar e inspirador. Más de una vez el joven tendrá que detener al anciano. Hay que reconocer que la situación general de Marsella los invitaba a una reacción enérgica, demasiado afín con sus disposiciones naturales y con la mentalidad del tiempo.

Mons. Fortunato es un obispo de la Restauración, le horroriza la Revolución, es antiliberal y ultramonárquico Obispo por derecho divino, el prelado actuará en clave de jefe de su diócesis. Ni críticas ni clamores "nos harán cambiar de sistema, el único que puede tener validez ante Dios que nos juzgará a todos", declaraba el Fundador antes de la entronización de su tío. Del Imperio conserva el poder absoluto para dominar al clero, los cabildos quedan reducidos a la nada, no hay párrocos inamovibles, los párrocos son revocables "ad nutum".

Por supuesto la diócesis de Marsella exigía una seria llamada al orden. En primer lugar, se imponía una depuración del clero, y el obispo se siente "obligado" en conciencia a realizarla, ya que por razones de orden político o por simple interés, cierto número de sacerdotes corsos, italianos y españoles vinieron a buscar en la ciudad y en las afueras, refugio o empleo. Estos sacerdotes emigrados vagabundean por la ciudad "de la mañana a la tarde", profesan unos principios políticos intolerables. El prefecto decía de ellos: "La Iglesia no tiene

suficientes censuras para castigar a semejantes monstruos, y el gobierno haría muy bien en librarnos de ellos, mandándolos a su país".

El conjunto del cuerpo eclesiástico originario del país, valía infinitamente más que esos emigrados que aflúan de todas las partes revolucionadas del mundo. Pero hacía falta en Marsella en 1823, un jefe, una cabeza para asegurar con vigor y con inteligencia, la cohesión, y organizar la marcha de un cuerpo acéfalo desde hacía tiempo.

A Mons. Fortunato y a sus vicarios no les faltaban, esas cualidades, era su característica : de 1824 a 1827, publicaron una enorme cantidad de "decreta". Sus 212 artículos llenan 220 páginas.

En materia litúrgica, en conjunto, había una falta patente de uniformidad, y para restablecer la disciplina había que sancionar los desórdenes, desobediencias, enfrentamientos; para eso Mons. de Mazenod y sus vicarios generales manejan el entredicho con una liberalidad que atestiguan los "monita". Por ejemplo seis en un solo día.

Sin embargo en esos "monita" no sólo se corrige sino que se aconseja y se toman medidas para mejorar hasta las condiciones materiales del clero. El interés meticuloso de la administración diocesana por sus sacerdotes fué eficaz en el aspecto material. Fueron constantes la tenacidad y perseverancia del obispo y vicarios para mejorar las condiciones de vida, con frecuencia agobiantes, en párrocos y coadjutores.

Especialmente hay que destacar en Mons. de Mazenod y sus consejeros una medida loable de justicia y de caridad que intenta distribuir más equitativamente los derechos de estola, porque, en las parroquias de Marsella, unas ricas y otras pobres, los recursos en unos casos son abundantes y en otras muy pobres. Para eso se prescribe el 22 de diciembre de 1831, una especie de distribución equitativa, creando una caja común en la que el último día de cada mes se depositarían todos los beneficios de altar. Una comisión de párrocos y coadjutores, presidida por un vicario general repartiría el producto el primer día del mes siguiente

Aunque esta decisión episcopal fué muy bien acogida, también fue ocasión para duros ataques. En el "Semáforo" se publicó un artículo, muy violento, en el que se intentó enfrentar a párrocos y coadjutores. Una de las iniciativas más felices y legítimas se interpretó al revés contra el Fundador de los Oblatos.

El público no pudo saber hasta donde llegó la magnanimidad y la misericordia del Fundador de los Oblatos. Sin embargo su actitud tan paternal y sacerdotal para con el autor del artículo del "Semáforo" hubiera cambiado radicalmente la opinión en favor suyo.

En vez de castigar y condenar al sacerdote Martin, del que era confesor y que acabó reconociendo su falta, le habló con el corazón y en términos sumamente conmovedores :

"Mi querido amigo : Mi primera reacción, después de leer tu carta fue irme a tu casa para tranquilizarte, consolarte y darte el beso de paz. Hubiera sido más expresivo y sincero, ¡pobre de mí!, que el que me diste hace pocos días. Me he decidido a escribirte por temor a que mi presencia en tu casa levantara sospechas.

"Mi querido amigo, cometiste una falta grande; no quiero excusarte, ya que el golpe viene de tí... Pero me he dicho que no tenga en cuenta más que tu arrepentimiento, porque tengo la confianza de que te atraerá el perdón de Dios. Con esto me doy por satisfecho y también, sin duda, nuestro santo obispo. Me siento obligado a guardar tanta reserva en este asunto, que no he querido decir a Monseñor que recibí una carta que me da a conocer al hombre obcecado que fue tan poco justo con nosotros. Y no le nombraré hasta que no me lo permitas

expresamente. La misma discreción he tenido con mis colegas. Es que quisiera enterrar hasta el recuerdo de una falta tan grave, y que el nombre del culpable se ignorara para siempre.

"Sin embargo, no debo ocultarte que, en la agitación inevitable que tuvo que causar este desafortunado escrito, varios labios han pronunciado tu nombre. Tal vez no debiera decirte, para no aumentar tu pena que yo, acusado personalmente, me he levantado siempre contra esa suposición, como demasiado injuriosa y atroz contra un hombre al que tantas veces di el nombre de amigo y hasta alguna vez, de hijo. Si te recuerdo esta circunstancia es para que sepas las disposiciones de mi corazón y para no reprenderte, porque te repito que nunca lo haré. Que Dios te perdone y, con eso, quedaré contento; mucho más contento que de todas las reparaciones que quisieras hacerme. Sólo te ruego, que elijas un buen guía, un hombre lleno del espíritu de Dios, que te ayude a medir la magnitud de la falta cometida y te dé unos saludables consejos para expiarla.

"¡Adiós, querido amigo mio! Siento, que por varios trastornos, mi carta no te llegue tan pronto como quisiera. Te abrazo. Sí, te abrazo de todo corazón; y como prueba de esta caridad verdadera, mañana ofreceré el Santo Sacrificio por tí".

Esta magnífica carta basta para probar que el Obispo de Marsella sabía emplear otros métodos que los entredichos y el rigor. A la larga, los resultados fueron felices. Desaparecieron los sacerdotes sin empleo, los indeseables y los vagabundos. Se recuperó el clero que, controlado, apoyado, ganó en regularidad y en celo; y se reanimó la vida cristiana.

Escribe un testigo ocular, el abate Coulin : "El gobierno episcopal, del que hablamos, realizó un bien incalculable, sobre todo en las parroquias rurales de la diócesis. La mayoría de esas parroquias estaban en estado lamentable; en pocos años, las afueras de Marsella tuvieron unos párrocos excelentes".

2.- Los Seminarios.

Mientras utilizaba lo mejor que podía lo que había utilizable en el clero, Mons. Fortunato y, sobre todo su sobrino, esperaban que, con un refuerzo en número y en juventud, la nueva generación sacerdotal respondiera mejor a su espíritu y a sus proyectos.

Los anteriores tenían formados sus hábitos y no era fácil cambiar su ritmo. Algunos coadjutores y párrocos se cerraban en banda; otros se dejaban arrastrar de la inercia; la buena voluntad se venía abajo por menos de nada. Muchos estaban cansados y aviejados, Sólo un relevo sólidamente formado podía dar a la acción de la diócesis el empuje necesario.

Por eso la administración episcopal tomó a pecho la organización y dirección de los seminarios, con vistas al futuro. Las dificultades iban a ser muy serias.

No dependían tanto de los alumnos como de los maestros. Como posible superior del seminario mayor, el obispo se fijó en el Sr, Maurel. El ensayo fue catastrófico. Al cabo de un año, en 1824, Maurel, incapaz para el cargo, fue nombrado párroco de Aubagne, pero no aceptó y se retiró a Angulema.

Monseñor Fortunato recurre entonces a los sacerdotes del Sagrado Corazón, que no aceptan las condiciones exigidas.

Llegó el comienzo del curso sin haber encontrado a nadie para reemplazar al Sr. Maurel. El P. de Mazenod acudió entonces al Sr. Duclaux, que no pudo aceptar.

Como la situación anormal se estaba prolongando demasiado, después de tres años de espera, se decidieron a nombrar un superior para el seminario mayor. Como último recurso, Mons. Fortunato acudió a los Padres Oblatos. Aún disponiendo de pocos efectivos, y aunque sus religiosos no estuvieran preparados especialmente para ese ministerio de enseñanza y de educación eclesiástica, el P. de Mazenod juzgó que no podía negarse. El P. Tempier se hizo cargo del seminario mayor, compaginando esas funciones con las de vicario general. Varios de sus compañeros se unieron a él para llevar la dirección espiritual y los cursos. Mons. de Mazenod no se había equivocado al acudir a ellos, porque si, su seminario mayor que tanto le costó poner en marcha, no pasaba de un nivel de estudios más bien modesto, bastante general entonces en Francia, al menos proporcionará a la diócesis de Marsella aspirantes animados de espíritu sacerdotal.

Desgraciadamente, el número no respondía a las necesidades pastorales. Bajo la Restauración, favorable a la Iglesia, la estadística de los efectivos constata una estabilidad relativa ante la clara progresión registrada en Francia.

El total de teólogos y filósofos es de 60 en 1825; 70 en 1826; 75 en 1827; 70 en 1828; 64 en 1829; 65 en 1830 y 68 en 1831. En 1832 la caída fue brusca. En Marsella como en otros lugares, la revolución de julio produce una baja brutal en los aspirantes. En 1832 el número de seminaristas mayores cae de golpe a 35, con sólo 5 filósofos. Ese número no variará mucho hasta 1838.

En todo el período que va de 1824 a 1837, las ordenaciones fueron 144; superaron en 28 al número de defunciones.

Cuando Eugenio de Mazenod sucede a su tío en 1837 la crisis sacerdotal no había terminado. Y el crecimiento y desarrollo de Marsella exigían la creación de nuevos puestos. El problema no se solucionará hasta que llegue el "hermoso tiempo" del Segundo Imperio.

En Marsella, no se puede achacar esa disminución, al mal estado del seminario mayor. El seminario está bien llevado y funciona. El silencio que guardan los archivos, en otras ocasiones tan pródigos, autoriza a pensar que todo ocurría sin historia. La administración diocesana no tuvo problemas con esta casa.

En cambio, el seminario menor creó serias dificultades que, en vez de quedar dentro de casa, explotarán el mejor día.

Confiado a los Sacerdotes del Sagrado Corazón, sigue en parte las vicisitudes de esa congregación y la historia de sus desavenencias con la administración episcopal, hasta su disolución el 25 de agosto de 1831. Todo coincidía con la fase aguda del asunto de Icosia, y los enemigos del P. de Mazenod aprovechaban cualquier incidente para imputar al prevoste un despotismo intolerable.

3.- Los comienzos del caso Jonjon y la camorra de Jonquier.

Sería interminable el relato de las trifulcas de estos dos sacerdotes con la administración diocesana: su ardor muy provenzal, sus exageraciones tan originales como pintorescas no aburren, pero para su propio daño se dejaron

explotar inconcientemente por el partido liberal y antirreligioso y dieron muchos disgustos a la administraci3n diocesana.

En octubre de 1833 Polidoro Jonjon fue nombrado profesor de literatura en el seminario menor de Marsella.

De temperamento emprendedor, car3cter entero, nunca se pudo dudar de la rectitud de su vida sacerdotal, de su indiscutible competencia profesional, como tampoco de su facundia inagotable.

Sus 3xitos ante los alumnos y sus compa1eros le hacen que se subleve contra Bicheron, el superior, y se formen clanes en el seminario. Era normal que se intentara librarse de ese honesto y brillante agitador.

El Obispo le ofrece una parroquia, que rechaza furioso, y entonces le ordenan que abandone el seminario. Su reacci3n es de extrema violencia, va a ver a Mons. de Icosia que no le recibe. Indignado va a casa del Sr. Martin, donde escribe un art3culo agresivo contra el Obispo de Icosia para el "Sem3foro". Surge una pol3mica de prensa, que provoca otros art3culos de Martin. Despiden del seminario menor a los Srs. Vidal y Blanc y los tres despedidos abren un pensionado rival, el colegio Menpenti, que, durante muchos a1os, dar3 mucho que hablar en la ciudad y entre el clero de Marsella.

Por este mismo tiempo surge otro conflicto que va a complicarlo m3s y es el de la inamovilidad de los p3rrocos.

Se trata de Jonquier, de3n de Aygalades. Este lo mismo que Jonjon, era un sacerdote tan honorable como inaguantable y combativo. Mons. de Mazenod lo nombr3 p3rroco de Aygalades y fue poco afortunado el nombramiento : no hay quien lo aguante; van sucedi3ndose los coadjutores.

Ante las quejas que le llegan de todas partes y la persecuci3n a la que somete a sus vicarios, el obispo tiene que cambiarlo. Lo exigia el bien de las almas. Exhorta a Jonquier para que presente voluntariamente su dimisi3n.

Este, furioso, exige que se le oiga en presencia de dos abogados, Michel y el abate Martin. Entonces el prelado le suspende de todas sus funciones parroquiales, designa un pro- p3rroco y ordena una investigaci3n en la parroquia. El "Sem3foro", inspirado por el abate Martin, entra en liza para defender a la v3ctima del despotismo episcopal, y el 12 de abril publica un art3culo furioso : "Nuevo auto de fe inquisitorial".

La destituci3n de Jonquier, necesaria de todo punto, alcanza unas proporciones que van m3s all3 del personaje, golpeado con toda justicia, y se saca partido lanzando una camp3na contra el obispo de Icosia, al que los liberales acusan de "arbitrariedades inhumanas y de ilegalidades flagrantes".

Adem3s, ese caso individual plantea el problema can3nico de la deposici3n de p3rrocos inamovibles.

Se acude a la oficialidad de Aix que se desentendi3 lo mejor que pudo para concluir el debate sin disgustar al obispo de Marsella.

El obispo anuncia una visita pastoral confiada al Sr, Flayol, con orden formal de quedarse en la parroquia.

Convocado Jonquier, este no se presenta. Nueva suspensi3n de Jonquier que acude al nuncio Garibaldi. Por su parte, Martin repite los recursos ante el ministro de Cultos, ante el rey y ante el Papa.

A pesar de la tempestad, el obispo no se ablanda. Roma guarda silencio, pero el gobierno de Luis Felipe le ayuda, reconociendo al nuevo pro-p3rroco de Aygalades, y concedi3ndole una paga. Pensil se muestra tan categorico que los

amigos de Jonquier ven que es inútil resistir más, e inician conversaciones para llegar a un arreglo. Mons. de Mazenod se prestó gustoso.

A la larga vuelve la calma a la parroquia y, en 1843, Jonquier termina en la paz del Señor su agitada carrera.

4.- La trama del pensionado Menpenti.

Cuando desapareció de escena el incordiante párroco de Aysalades, hizo su reaparición el no menos incordiante Jonjon que, con Vidal y Blanc, abre un colegio independiente de la autoridad diocesana. Mons. Fortunato intentó disuadirlo por todos los medios, durante las vacaciones. Reconocía sin embargo, el obispo que el centro podría ser el complemento del equipo escolar de Marsella porque cubriría la formación de los jóvenes destinados a la marina

También reconoce la honradez de Jonjon, sacerdote digno y piadoso al que sólo se le puede afeor su carácter difícil. Pero la elección desastrosa e inadmisibles de dos colaboradores que no compartían su rectitud moral, obligaba en conciencia al prelado a prohibirle formalmente que confiara a Vidal y a Blanc la responsabilidad de almas jóvenes. La administración de la diócesis los había puesto en el seminario menor para tenerlos bajo vigilancia y ofrecerles oportunidad de rectificar. No podía permitir que en el colegio Menpenti se reprodujeran experiencias desgraciadas y menos todavía que Jonjon les confiara toda la formación intelectual, moral y religiosa de sus alumnos.

Jonjon no tiene en cuenta la carta que el 12 de agosto le dirige el obispo. Tampoco surte efecto un entredicho de octubre que afecta Blanc. El obispo no puede exponer en público las razones delicadas que motivaron la suspensión de Blanc, y el 28 de septiembre en una circular al clero les invita a disuadir a las familias de confiar los hijos al nuevo pensionado.

Ni la carta del 12 de agosto, ni la nota oficial del obispado ni la circular al clero impidieron que el ardiente Jonjon abriera su colegio en octubre. La prensa liberal se encarga de defender su causa.

En esta lucha contra el obispado, Jonjon aconsejado por el sacerdote Martín, el mismo que aconsejó a Jonquier, adoptará la misma táctica, llevando el debate al terreno que le era más propicio. En lugar de discutir las razones alegadas por Mons. de Mazenod para reservar a sus vicarios generales la confesión de los alumnos de Menpenti, porque esas razones eran demasiado legítimas, atacará el valor de la reserva, recurriendo a los tribunales eclesiásticos y a Roma.

Jonjon acude a Roma para que "la Sagrada Penitenciaría condene expresamente" la decisión ilegal tomada contra ellos por el obispado de Marsella.

Enviada la súplica, Jonjon sale para París para defender su causa.

Al pobre director no le salió nada bien. El ministerio de Broglie acababa de presentar su dimisión, y no le resolvieron nada.

"El Nuncio, me recibió con mucha indiferencia; se quedó a pie firme durante los diez minutos de la audiencia, sin ofrecerme asiento y no me dió ni una palabra de aliento".

El Superior General de San Sulpicio : "No compartía mi opinión, pero, sin embargo, no se atrevió a condenarme formalmente".

Jonjon aprovechó su viaje para visitar a Mons. de Icosia que, entonces, estaba en París para prestar juramento ante el rey. Jonjon propuso un arreglo; también Mons. de Icosia era partidario del arreglo, pero una cosa eran las faltas de Jonjon, perdonables de suyo con una reparación adecuada, y otra "la infamia

de sus colegas que era irreparable para siempre". El obispo le pide que se presente directamente al Sr. Obispo de Marsella.

Mons. de Icosia se preguntaba : "¿Cómo recuperar la libertad? No hay duda de que si un niño ha hecho cuanto ha podido para salir de la casa que ha sido calificada como peligrosa por el Obispo, y que está bien dispuesto, no se le puede negar la absolución, ¿No podría buscarse esa salida doctrinal, encomendando a un determinado sacerdote la confesión de los niños? A él le tocaría luego juzgar si se había cumplido la condición".

Por fin se llegó a esa solución que sugería Mons. Eugenio de Mazenod. El 18 de abril de 1836, tres semanas después del regreso del obispo de Icosia a Marsella, el vicario general informó a Jonjon que no exigiría ya a sus penitentes el compromiso de dejar la casa de Menpenti. Con negarles la absolución mientras estuvieran en el colegio, había creído interpretar el parecer de Mons. Fortunato.

Jonjon sacó la conclusión de que la administración diocesana empezaba a ceder. Pero ese sistema de moderación lejos de contentar al ardoroso luchador, lo lanza a sacar partido de su victoria. Iniciado el curso en octubre, vuelven los truenos contra Tempier, Flayol y Chaix. A continuación Jonjon lanza contra el obispo de Marsella 4 cartas públicas.

En Navidad Jonjon quiere hablar con Mons. de Icosia que enfermo no le puede recibir, pero le manda unas líneas que escribe con dificultad. Le responde con una carta amenazadora en la que le dice entre otras cosas : "He dejado en París una semilla que sólo de mí depende que se desarrolle. Para librar a la diócesis de Marsella de la administración inicua que pesa sobre ella, estoy dispuesto a todo. Si me dirijo especialmente a Vd. es porque, al ser en el obispado el personaje más poderoso, es para mí, el más culpable".

No salió la quinta carta porque el "Semáforo" se negó a publicarla, dado el tono "poco parlamentario de su forma".

Pero Jonjon, atormentado por el demonio de la pluma, inicia la redacción de una "Memoria", todavía más virulenta y más tajante que todas las demás, para acorralar a Mons. de Mazenod y obligarle a ceder.. El "Semáforo" fijaba carteles en las paredes del obispado y de las principales iglesias con el anuncio de la "Memoria".

El historiador del Menpenti escribe : "La aparición de este anuncio produjo una gran emoción... Se adivinaba que el final no estaba lejos... Pero ¿cual de los beligerantes perdería terreno confesándose vencido, cuál triunfaría derribando a su adversario?".

De hecho ambas partes deseaban acabar con un acuerdo honroso. Como ni el obispo, ni el colegio tomaban la iniciativa de las negociaciones, el P. Guyon, llegado a Marsella para predicar la cuaresma, se encargó de los trabajos de zapa.

Después de tantear el terreno ante los directores del pensionado, el Padre Jesuita se presentó en casa de Mons. Eugenio de Mazenod para sondear las disposiciones del prelado.

El Consejo, en reunión del día siguiente, ratificó la solución ya presentada a Jonjon un año antes en París, por el obispo de Icosia : que Jonjon se retracte, que se separe de sus colaboradores y haga unos Ejercicios; así se le autorizaría a seguir en la dirección de su centro. El caso de Vidal y de Blanc era distinto y no podían beneficiarse de la misma misericordia.

Jonjon acepta parte de las condiciones y rechaza categóricamente la de abandonar a sus asociados, porque "sería faltar al honor", se le acusaría de traición.

¿Se llegaría al fracaso sin remedio? Mons. de Mazenod no podía omitir esa cláusula, considerada esencial. Pero hará la vista gorda.

Cuando el 15 de febrero, Jonjon llega al palacio episcopal, le recibieron Mons. Fortunato, Jeancard y Tempier. Se decide conceder libertad de conciencia a los padres y a los alumnos y que Jonjon no quede obligado a desprenderse de sus colegas... Vidal y Blanc, igual que Jonjon, para dar testimonio de su arrepentimiento, harán unos Ejercicios en el seminario mayor. El de estos durará un mes entero; en cambio, el director los hará de 15 días. Una vez terminados, se le autorizará a celebrar la misa. Los otros dos esperarán su "celebret" hasta que sean efectivas las pruebas de su conversión. Además de esto, Jonjon acepta destruir la "Memoria" anunciada en los carteles del "Semáforo" y firmar un acto de reparación que se leerá en todos los púlpitos de la ciudad. Jonjon, encantado, saluda con respeto a Mons. de Mazonod que le estrecha la mano "afectuosamente" y luego, acompañado de Jeancard, va a la imprenta del "Semáforo", recogen los 500 ejemplares de la "Memoria" y van a la panadería de Garnier donde se realiza el auto de fe.

Una vez firmada y publicada la retractación, Jonjon hizo los ejercicios y recibió su "celebret". Vidal y Blanc siguieron en el seminario y, como tenían más bien el aspecto de unos condenados que cumplen su castigo a regañadientes, que de sacerdotes escandalosos que quieren convertirse, no se les levantó el entredicho.

Más tarde Jonjon tiene que expulsar a Blanc por conducta escandalosa; y en 1840, tiene que cerrar su casa abrumado de deudas. Al final todo fueron mieles. En 1850 Jonjon abre un nuevo colegio en perfecto acuerdo con Mons. Eugenio de Mazonod, Obispo de Marsella.

Cuando éste murió, Jonjon, luchador infatigable, extravagante pero honesto, volvió a utilizar su pluma para defender la memoria del prelado, contra la odiosa reacción que se desencadenaba. Este homenaje póstumo y valiente, excepcional en el momento aquel, debe apuntarse en la cuenta de los dos. Tan distantes, para juntarse al final...

5.- Parroquias y vida religiosa.

La crisis de promoción sacerdotal planteaba a la autoridad diocesana un problema muy grave. La población de Marsella pasó de 109.483 habitantes en 1821 a 146.239 en 1836. A ellos hay que añadir una población flotante que se calcula entre 15.000 y 20.000 almas. Aunque ese crecimiento se limita a la ciudad, sin extenderse todavía a los arrabales, y aunque, incluso, desciende sensiblemente entre 1831 y 1836 a causa del cólera, la desproporción sigue aumentando entre los efectivos eclesiásticos, que no progresan mucho y el número de almas a evangelizar que va subiendo.

El equipamiento pastoral de Marsella data de 1803. Se estableció teniendo en cuenta el número de la población, entonces unos 100.000 habitantes, y, por lo tanto no responde a las necesidades actuales.

Aunque el centro ha aumentado casi en 10.000 habitantes, en su término sólo hay tres iglesias. La situación no es menos crítica en algunos barrios "extra muros"

Pero el prelado está atrapado por las normas concordatarias de 1802 que no puede modificar sin acuerdo con el gobierno y con el ayuntamiento, y como siempre en estos casos, tropieza con la resistencia de los párrocos.

Ni habilitación de capillas, ni binaciones resuelven el problema; se impone crear nuevas parroquias. Desde 1824, Mons. de Mazonod se dedica a esa tarea: "los habitantes de Ntra. Sra. del Monte, en el espacio de unos meses se

construyen, costeándola ellos, una iglesia amplia y adecuada sobre el emplazamiento de la antigua"; los burgueses del sur abren una suscripción y construyen la iglesia de San Lázaro garantizando el obispo de Icosia un préstamo. Es el principio de lo que será la gloria de su episcopado.

Lo esencial en una diócesis es infundir vida religiosa. Pocas notas hay sobre la práctica religiosa hasta 1837.

Una encuesta realizada por el abate Charpin sobre los plazos del bautismo, nos dice que en las parroquias de la ciudad la media de menos de tres días después del nacimiento, es el 73% en 1831, y baja al 70% en 1841. Nadie rechaza el funeral religioso. Mons. de Mazenod apunta que en ciertos lugares, todos los moribundos reciben los sacramentos. La catequesis no está a la altura.

La estadística de los que cumplen con Pascua informa que en el barrio de Roquevaire, La Ciotat la práctica se sitúa alrededor del 20%; en Aubagne sube al 40%; en el término de Marsella, algunas parroquias sobrepasan ese porcentaje. Paypin va en cabeza con 67%.

Un segundo elemento señalado por Mons. de Mazenod : el de las comuniones en las grandes fiestas y el de las comuniones frecuentes : Aubagne tiene 48% de comuniones en las fiestas solemnes, y un 28% de comuniones frecuentes. San Antonio, 20% de comuniones en días solemnes y 10% cada domingo.

En algunas parroquias el baile causa estragos en la recepción de los sacramentos. Es el caballo de batalla. ¡Cuántas tormentas en la congregación de las Hijas de María, donde los mejores propósitos se disipan en cuanto los músicos rompen a tocar! La negativa de absolución a todo penitente que no renunciara al baile dañó mucho a la práctica de los sacramentos y al éxito del jubileo de 1826.

Todo sube de tono a consecuencia o propósito de una teología que discrepa, porque entre curas y coadjutores de las grandes parroquias, entre arciprestes y rectores de los barrios, se enfrentan la antigua escuela rigorista y la nueva escuela más tolerante. La lucha generacional que se constata en todas las épocas, entonces es más aguda porque la Revolución creó una ruptura, a causa de los años vacíos, con muy pocas ordenaciones. Entre los antiguos y los jóvenes falta la generación intermedia. Los primeros conservan el estilo del Antiguo Régimen, los segundos se muestran más comprensivos ante la nueva situación.

Surgen desacuerdos y bastantes fricciones, críticas y denuncias de laxismo. Esas divisiones doctrinales agravadas por la situación de personas y caracteres, a veces llegan a crear grupos en las parroquias en las que párrocos y coadjutores tienen sus partidarios.

Repetidas veces en sus visitas pastorales, el obispo de Icosia trató de poner paz. Sabemos que reunía en coloquio al clero de las grandes parroquias y a los rectores vecinos para acercar los espíritus y los corazones. Al parecer, no siempre tuvo éxito.

En el sector rural de la diócesis los documentos nos dan algunos datos más precisos sobre la práctica y vida religiosa. Económica y socialmente no había evolucionado desde comienzos de siglo. La población se mantenía estable.

En cambio en Marsella se habían producido unos cambios profundos y se había estancado la organización religiosa. Se mantienen las mismas estructuras económicas, las mismas organizaciones de los estibadores, de los gremios obreros y de las sociedades mutualistas. La cuestión obrera y social, en el sentido moderno de la palabra, no se plantea.

Se explica que, en estas condiciones, las obras católicas mantengan su carácter de caridad y de asistencia. Las asociaciones de jóvenes y de mujeres mantienen la estructura de las agrupaciones parroquiales con efectivos más o menos importantes, según los lugares.

Los Penitentes, a los que Mons. de Mazenod tiene a raya, oponiéndose a su proliferación y a las rivalidades de las diversas fraternidades, conservan sus demostraciones llamativas y sus actividades.

Algo se ha hecho para combatir a las nuevas ideas : se trabaja en la difusión de buenos libros, en crear bibliotecas y centros de lectura. A partir de 1831 la "Gazeta del Mediodía" hace campaña contra "El Semáforo".

Sólo existe una creación nueva : la del abate Gaire, una obra de juventud para la clase obrera. Pero como no supo darle bases sólidas, no prosperó.

Timon-David en 1847, recogió la idea, en sí justa y fecunda, para fundar con el mismo título, pero sobre bases sólidas, su "Obra de juventud para la clase obrera que presagiaba un brillante porvenir".

Otros grupos y ayudas están en manos de Congregaciones religiosas : contemplativas, de enseñanza, hospitalarias, etc.

Las ordenes de mujeres se desarrollaron poco y las de hombres no hicieron el menor progreso. Los jesuitas que Mons. Fortunato quiso traer, tuvieron que retrasar su llegada.

6.- La Congregación de los Oblatos.

El número de efectivos crece con dificultad, En diciembre de 1837, después de 21 años de existencia, el Instituto sólo cuenta con 42 profesos, o sea, incluyendo las 8 defunciones, dos profesos al año. por término medio.

Sin embargo hubo entre el 2 de octubre de 1815 y el 31 de diciembre de 1836, 205 ingresos en el noviciado, o sea, nueve por año, por término medio. Revela un abandono del 75%. El abandono más elevado del 47,30% se produce, como es natural, en el noviciado. De los 205 ingresos, sólo 97 llegan a la oblación, temporal para los Hermanos coadjutores y perpetua para los que se encaminan al sacerdocio. 28 profesos perpetuos, de los 95, han abandonado la Sociedad. o sea el 29,47%. Esta proporción más bien elevada, explica la indignación de Mons. de Mazenod contra aquellos que llama apóstatas.

En 1837 hay en el noviciado 29 aspirantes y la situación aparece sensiblemente mejorada.

La escasez de personal no permitía multiplicar mucho las fundaciones. En 1830 la Congregación sólo tiene cinco casas : Aix. Ntra. Sra, de Laus, el Calvario, el seminario mayor de Marsella y Nimes. Esta última se cierra después de la revolución de 1830. En su lugar se abre Billens, en Suiza, donde se refugian los escolásticos y novicios a causa de la persecución que se temía con la caída de la monarquía legítima. A partir de 1833 se aprecia un progreso : dos fundaciones en 1834 : Ntra. Sra. de l'Osier y el seminario mayor de Ajaccio; una en 1836 : la de Vico, en Córcega; otra en 1837 : Ntra. Sra. de Lumieres.

A pesar de los pocos súbditos que tiene, el P. de Mazenod aprovecha todas las ocasiones que se le presentan. El va adelante para extender su obra, reducida a Provenza en su proyecto primitivo. Pero sus reiteradas tentativas para llevar a sus hijos a Niza, a Saboya y al Piamonte, tropiezan con la negativa del Rey de Cerdeña. Sus proyectos de misiones en Argelia y en América del Norte

fracasaron también, esta vez, por la oposición del encargado de negocios, Garibaldi, y de la Propaganda romana.

Por lo menos, estos últimos intentos prueban que, a pesar de la falta de medios, las perspectivas del Superior General se extienden ya a las misiones extranjeras. Hora llegará en que, por haber concebido lo imposible con una intuición muy segura, Mons. de Mazenod, con su natural audacia y su respuesta enteramente sobrenatural a las indicaciones de la Providencia, acabará lanzando a los Oblatos allende los mares.

Durante mucho tiempo la cantidad fue escasa y, por otra parte, la calidad no iba más allá de la medianía. Los primeros compañeros del Fundador eran, desde luego, buenas personas, excelentes sacerdotes, ardorosos predicadores que brillaban en el tono atronador, entonces de moda en los misioneros rurales. Pero la talla, la cultura, la finura no iban más allá. Algunos iban como arrastrados a un estado religioso austero de verdad, y se sentían un tanto agotados al intentar seguir el ritmo espiritual de su jefe de fila.

Acostumbrados, en el ministerio parroquial, a cierta independencia, se sentían sometidos a una obediencia estricta por las Constituciones y por su Superior que reglamentaba hasta los detalles. Dos de los primeros compañeros se desanimaron; de los otros que siguieron fieles, sólo contaba Tempier, sin asumir un papel de primer plano.

Los postulantes de la primera ola desaparecen en la mediocridad; pero pronto aparecen algunas personalidades, entre otras, la de Courtés, sonriente y abierto, en un ambiente bastante tenso por la ascesis y la reacción contra el espíritu de la época. Domina en él la bondad radiante y comprensiva, porque su espíritu, a la vez audaz y vacilante, se plantea demasiados problemas y quiere resolverlos todos; pero eso no le lleva a adoptar actitudes tajantes ni a encerrarse en una postura partidaria. Ya vimos, anteriormente, la llamada al orden que recibió por sus simpatías por el menesianismo.

Como superior de la comunidad de Aix, supo fomentar tan buenas relaciones con el clero local, la administración diocesana y los vicarios generales más opuestos al P. de Mazenod, que Rey, hecho obispo de Dijon, quiso llevárselo para vicario general. El, por su parte, tendrá la prudencia de negarse, siguiendo las órdenes de sus superiores; durante 40 años realizará en la capital de Provenza un ministerio acogedor y pacificador.

Entre esos primeros aspirantes, fue Suzanne el que dió al P. de Mazenod las mejores esperanzas. La vocación religiosa del joven seminarista se despertó cuando ofrecía su colaboración para la catequesis, los cantos, el adorno de la iglesia y las ceremonias, durante la misión de Fubeau, zona minera, predicada por los Misioneros de Provenza.

Sin duda actúa la gracia en esa colaboración apostólica, pero también intervino una simpatía mutua para que el Superior General ganara a esa alma candorosa y suavemente ardiente; ninguno de sus discípulos le amó tanto, y ninguno fue tan amado por él. Lo formó personalmente con una mezcla de aspereza y de ternura que se inspiraba en el texto bíblico : "qui bene amat, bene castigat".

Un paño de una riqueza tan delicada permitía y hasta pedía que se le exigiera mucho, para ennoblecer su tejido y aumentar su calidad. Nuevo por completo, sin haber conocido la menor arruga, aparecía lo más apto para realizar el ideal misionero según el corazón del P. de Mazenod. Los otros compañeros de

la primera hora estaban llenos de buena voluntad, pero, a pesar de todo, marcados por sus experiencias anteriores y, por lo tanto, infinitamente menos dóciles. Suzanne era el hombre de ese futuro hacia el que caminaba siempre instintivamente, superando el presente, la mirada perspicaz del Fundador. Reservaba desde entonces a su querido novicio para dirigir más tarde en el escolasticado, a las futuras generaciones de los Misioneros de Provenza. Por eso le dedicó todos sus cuidados paternos con una predilección destacada.

Por otra parte, nada revela mejor la profunda personalidad del Obispo de Marsella como sus cartas a ese hijo muy amado, y más todavía los sorprendentes contrastes que manifestaron, en la práctica, su profundo afecto.

A las señales de confianza que colocan prematuramente en cargos a ese benjamín muy mimado, siguió el más espectacular revés.

Suzanne sólo cuenta 24 años cuando, encantado con los éxitos que obtiene la elocuencia de ese orador insinuante, el P. de Mazenod, una vez vicario general de Marsella, le confió la dirección de las misiones más importantes. A los 27 años le nombra superior del Calvario de Marsella. Allí en la iglesia que logró construir, junto a la casa, en honor de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, con su predicación, su celo, su acogida afectuosa y su precoz prudencia, Suzanne atrae a gran número de fieles "de todos los lugares de la ciudad".

Pues bien, de repente, sin que nada hiciera presagiar la tormenta, cae el rayo sobre él. ¿Se había perdido la observancia a causa de sus crecientes ocupaciones? ¿Quiso el P. de Mazenod poner a prueba su humildad con un "contrapeso" que juzgaba necesario? El caso es que, en una culpa, a la que acudió sin previo aviso para presidirla en persona, el Fundador lanzó las acusaciones más pormenorizadas, más fuertes y más amargas sobre el superior aterrado. Lo depuso en el acto, añadiendo que, en lo sucesivo, él mismo cumpliría las funciones de superior local para terminar con el desorden. Esa ejecución tan inesperada como brutal, hirió tanto y "en lo más hondo de su ser" a un religioso tan excelente, que creyó que había perdido el afecto de su General. Durante meses no se atrevió a romper el hielo, dejando "hablar a su corazón". De ahí "un estado de malestar que sobrevino, al verse ante una actitud fría y reservada por parte de su Superior".

El hielo sólo era aparente. Se vió cuando se debilitó la salud del joven oblato, agotado por las misiones que volvió a emprender con un celo renovado. Los vómitos de sangre alarmaron al P. de Mazenod más que al mismo enfermo. Las cartas del Superior se vuelven casi maternas para recomendarle cuidados y miramientos: "Tal vez te rías de mis preocupaciones, le escribe el 28 de marzo de 1827, pero sin duda me agradecerás el motivo que mueve mis temores; tal vez sea menos el estado de tu salud que la sensibilidad de mi excesiva ternura".

Para medir la inquietud que causó al P. de Mazenod el avance de un mal inexorable, hay que leer las páginas desgarradoras de su correspondencia. La larga y dolorosa agonía de Suzanne, al que cuidó hasta el final, agota sus fuerzas. Quince días después de la muerte de su hijo tan amado se siente todavía incapaz de recapacitar, "como un hidrófobo ante el agua". "Tal es el estado en que me ha dejado la pérdida que he tenido y que siento hoy más que el primer día. No creo que sea falta de resignación; no me niego a los consuelos que la muerte santa de ese hijo tan querido ofrece a un padre cristiano; pero la llaga, siempre sangrante, nunca podrá curarse, ni siquiera con ese bálsamo sobrenatural. Siempre tengo presente a mi hijo, tal como la gracia lo había moldeado en su última enfermedad. Repaso en mi mente todas las circunstancias de su vida; recuerdo todos los sentimientos que no cesaba de expresarme; la dicha que yo sentía después de que se disiparon ciertas nubes, y cómo se esforzaba por consolarme de las penas que estaba bien arrepentido de haberme

causado. Las esperanzas que yo abrigaba para el futuro, tanto para mi descanso personal, como para el bien de la Sociedad, siguen gravadas tan al vivo, tan profundamente, tan constantemente, que es un prodigio que lo pueda aguantar. Mi complexión fuerte debe tranquilizarte en cuanto a lo físico; pero la moral está afectada de un verdadero malestar. No soy capaz de concentrarme. Mi mente se va irremediamente hacia el objeto de mi amor y de mis eternos pesares". (Carta al P. Courtés del 19 de febrero de 1829. El P. Suzanne murió en Marsella el 31 de enero).

Otro que desapareció también demasiado pronto, a los 49 años, fue el P. Albini. Pudo en esos años dar su talla, y esa talla fue la de la santidad que la Iglesia se prepara a reconocer oficialmente con el proceso de beatificación que está en marcha. Tenía Albini 34 años cuando ingresó en los Misioneros de Provenza. Su ciencia, su profunda piedad, su elevada virtud le merecieron la total confianza de su obispo que le nombró director del seminario mayor de Niza. Un retiro para hombres, predicado en esa ciudad por el P. de Mazenod, despertó su vocación misionera.

A costa de un gran sacrificio, Mons. Colonna d'Istria, le otorga el "exeat". Para formarse en la vida religiosa, el maestro vuelve a ser alumno. Según testimonio de Jeancard, su austeridad y su recogimiento hicieron más para la buena marcha de la casa y el fervor del noviciado que los ejemplos y lecciones del buen P. Courtés, encargado de guiar a los futuros Oblatos por los caminos de la perfección.

El P. Albini podía esperar que se iba a utilizar su competencia y su experiencia en el ministerio para enseñar teología, porque en la Congregación naciente, eran pocos los profesores cualificados. Por eso se le confiaron los cursos de moral en el escolasticado, después en el seminario mayor de Marsella, y más tarde, en el seminario mayor de Ajaccio. Gracias a él, la doctrina de S. Alfonso de Liguori y el ultramontanismo penetraron no solo en la Congregación, sino también en el clero de las dos diócesis.

Pero el P. Albini tenía sus preferencias por el apostolado de las misiones. Aunque sumiso a las decisiones de su Superior General, no cesó de suplicarle varias veces que le librara de las tareas escolares. Para responder a ese deseo tan legítimo, el P. de Mazenod le autorizó a ir alternando las actividades; y de su cátedra doctoral, pasaba, de vez en cuando a los púlpitos de las ciudades y del campo, para evangelizar al buen pueblo cristiano. Donde predicaba este hombre de Dios, dejaba una impresión profunda. En lugar de llamarle por su nombre, le decían simplemente "el santo", porque su alma se transparentaba en sus actitudes y sus palabras y, a fuerza de oración y de penitencia, logra maravillas hasta en los pueblos más irreligiosos.

Sin embargo, fue Córcega donde dejó huellas, porque, después de haberle enviado como profesor de teología al seminario mayor de la diócesis, el P. de Mazenod le llevó a Vico y allí el P. Albini se dedica a las misiones. En todo el país sigue aún hoy día muy viva su memoria. Se comentan sus virtudes y se espera con impaciencia que la Iglesia lo beatifique y consagre la "vox populi" que ya en vida lo canonizaba.

Se le atribuyen cantidad de milagros que el P. Guibert tenía por auténticos. Así lo confirman las pruebas recogidas por él después de la muerte del siervo de Dios. Citaremos uno solo que, por el color local, cuenta con fruición el futuro arzobispo de París. A pesar de que ese milagro es de orden puramente moral, el Superior del seminario mayor de Ajaccio, con conocimiento de causa, lo consideraba el más sorprendente de todos.

En Linguizetta campaban los odios más terribles y el P. Albini logró una reconciliación general. "Quedaron superadas todas las resistencias. Los enemigos se reconciliaron y renunciaron al salvaje honor de la "vendetta". Los que habían jurado apuñalarse o matarse a tiros, se abrazaron públicamente; los mismos gendarmes recibieron unos testimonios de afecto a los que no estaban acostumbrados. Hay que decir que esas bravas gentes habían dado un buen ejemplo y que todos, con el brigadier a la cabeza, se habían acercado a los sacramentos". (Vida del cardenal Guibert, de Paguelle de Follenay)

"Guibert, aunque austero y virtuoso, no igualaba la santidad de su compañero, pero introducía en la Congregación un valor muy nuevo : la diplomacia. Sus disposiciones para practicar ese arte, tan poco familiar al P. de Mazenod, fueron un contraste tan complementario, que ambos terminaron por fundirse en un recíproco afecto.

"Eugenio era hijo de la nobleza, el otro un chico de barrio...; en uno brotaba la espontaneidad de una naturaleza ardiente; el otro procedía con una reflexión lenta y recogida. Sin embargo, en esos dos temperamentos había algo común que estableció el contacto. No se podría explicar de otro modo una unión tan completa e indestructible. Por nacimiento ambos eran muy sensibles; por eso se amaron. En Mons. Guibert esa sensibilidad se ocultaba bajo la capa de la prudencia y la reserva; en su padre espiritual explotaba hacia fuera. Esa era la diferencia. Pero el afecto del primero no fue menor que el del segundo". (Paguelle de Follenay, Vida del cardenal Guibert).

Este afecto fue para Guibert "el principio de salvación", porque ese joven meditabundo y silencioso más de una vez sintió la tentación de abandonar la Congregación porque no veía bastante fundamento en ella.

Ingresa en el noviciado en 1823 cuando "no había nada acabado, nada definitivo en la fundación de Mons. de Mazenod" A otros, las ilusiones de la juventud, las alegrías del afecto sensible, el dinamismo ardiente del Fundador, les encubrían la fragilidad de la obra y su falta de puesta a punto. El ve las debilidades de la Sociedad naciente : "Las Reglas recién establecidas, no habían sido plenamente experimentadas, sigue escribiendo Paguelle de Follenay; la Iglesia todavía no las había protegido contra la crítica de buenas inteligencias, cubriéndolas con el manto de su autoridad, de modo que el reproche de los rigurosos no tuviera el carácter odioso de la rebelión. Los que debían imponerlas y velar por su ejecución, a penas eran profesos, y, en todo caso, les faltaba un arte que ni el talento ni la misma santidad dan siempre; un arte que no se adquiere más que con el tiempo con la práctica prolongada del ascetismo : el arte de iniciar con bondad, paciencia y firmeza a unas almas todavía frágiles e imperfectas para las virtudes del estado religioso.

"Para colmo de desdicha, quien podía, con sus dones extraordinarios de naturaleza y gracia y por su misma vocación de Fundador, suplir tantas insuficiencias, estaba constantemente ausente.

"En esas circunstancias el novicio, privado de todo apoyo humano y sensible, estaba obligado a ir hacia Dios por una visión de fe muy simple y muy pura".

El noviciado de Guibert coincide, además, con la promoción de Mons. Fortunato a la sede de S. Lázaro y con la crisis tan grave que provoca en la Congregación la larga estancia del P. de Mazenod en París, y a continuación su nombramiento de vicario general de Marsella. Todo ese conjunto explica "las pruebas que dieron a este año de formación un carácter de austeridad dolorosa y atormentada".

Varias veces, completamente desorientado por lo que conservaba todavía de improvisación y de inestabilidad la Sociedad de los Misioneros de Provenza, el joven novicio pensó en recuperar su libertad. Pero su afecto al P. General, como testimonia su correspondencia, "engendró en él una confianza filial de la que Dios se sirvió como lazo de amor para retenerlo en la horas bajas... "estamos convencidos, escribe su biógrafo, de que , desanimado y privado de luz interior, el novicio lo hubiera abandonado todo, si su corazón ne le hubiera prohibido desobedecer a su Superior y causarle pena. Se quedó. No lo hizo por Dios sólo, pero Dios se sirvió de ello. Su Providencia tenía previstas las cosas de este modo".

Guibert terminó en paz un noviciado que se pudo llamar el "noviciado de la turbación, de las dudas, de las luchas y de las tempestades". Dura escuela de santidad, pero ¡qué provechosa!; porque facilitó al futuro cardenal "una madurez que sorprendía, una fuerza a la que no asustaba ningún obstáculo y ese estado de firmeza que asegura al hombre el buen gobierno de sus semejantes".

Por otra parte, los cargos confiados al joven oblato le enfrentaron con situaciones particularmente delicadas : Nimes país susceptible y ardiente, donde las viejas querellas entre católicos y protestantes se recrudecieron cuando la Revolución de julio; Ntra. Sra. de Laus, donde Mons. Arbaud, galicano decidido, le puso mil dificultades, tachándole de laxista y menesiano; y finalmente en Ajaccio, donde la fundación del seminario tropezaba con obstáculos de orden material, psicológico y moral.

En todas partes Guibert maniobró con energía y con destreza y, aunque en Córcega, no logró, como Albini, el milagro de la reconciliación entre gendarmes y bandidos, buscó tiempo para preparar el golpe maestro que le consagró diplomático : la feliz terminación del desdichado asunto de Icosia.

Finalmente, otros Oblatos que aún no habían dado pruebas de su valía se van preparando, sin saberlo, para realizar el gran proyecto del P. de Mazenod : las misiones extranjeras. Honorat, Telmon y Guigues que fundarán las del Canadá; Allard las de Africa del Sur, la "Cafrería" como se decía entonces; Semeria, las de Ceilán, (hoy Sry Lanka). Será para la Congregación una etapa decisiva que asegurará simultáneamente su extensión y su futuro.

El sexto Capítulo reunido en agosto de 1837, comprueba que la estabilización definitiva de la Congregación está asegurada. Ese Capítulo es reconocido como "el más importante que se haya reunido jamás, tanto por los puntos de importancia que se decretaron, como por la unión tan admirable y tan firme de todos los miembros en el proyecto de ayudar a nuestro M.R.P. General para reanimar el espíritu del Instituto y para apretar los lazos de todos los miembros entre sí".

Se llega, sobre todo, a la unanimidad cuando, después de haber expuesto en qué condiciones y por qué razones se creía obligado a aceptar el obispado de Marsella, Mons. de Mazenod rogó a la asamblea que manifestara su parecer sobre el asunto. Anteriormente habían surgido dificultades contra el ingreso en la administración a título de vicario general; esta vez, por aclamación, todos los Oblatos presentes lo aprueban con entusiasmo. Hasta deciden "ir a testimoniar su agradecimiento a Mons. Fortunato porque, con su dimisión voluntaria, acaba de colmar todos los beneficios que ha prestado a la Congregación. Con ellos contribuía todo cuanto podía a elevar a nuestro Rev. Superior a un puesto eminente, y a nuestra Congregación al honor y a la protección que redundará sobre ella por la elevación de su jefe".



La alegría de sus hijos se comprende y se legitima por las garantías que daba a la Sociedad la entronización del Superior General en la sede de S. Lázaro.

Después de unos comienzos tan combatidos, tan inseguros, tan penosos, ya era hora de que el Instituto recibiera, por fin, alguna seguridad, con un apoyo tan firme y duradero. Que esos intereses hayan pesado fuertemente en la balanza para acelerar las gestiones de Guibert y la propia decisión del Fundador, no se puede negar. Los hechos se encargarán de probar que, en este caso, tanto uno como otro vieron más justo y más allá de lo que, tal vez, pensaban, porque sólo después de 1837, la Congregación encontrará su temple y emprenderá su vuelo.

Aunque el conjunto del clero marsellés no compartía la satisfacción de los Padres Oblatos, la diócesis misma saldrá ganando con un nombramiento que daría a su organización la continuidad necesaria. Es verdad que desde 1823 se había realizado un gran esfuerzo, bajo la administración de Mons. Fortunato; pero se trataba sólo de unos comienzos, difíciles por la coyuntura política y, además desbordados por la rápida evolución demográfica y económica de la ciudad.

Por las razones expuestas anteriormente, el equipamiento pastoral no respondía a la situación movедiza. La crisis de los efectivos eclesiásticos no había concluido, ni mucho menos.

Pero todos los historiadores están de acuerdo en ello : la diócesis deberá a Mons. Eugenio de Mazenod sus estructuras y, hasta pasados los años 1920, seguirá viviendo de sus creaciones juiciosas y sagaces.

Eugenio, mientras conserva su ardor, su mordiente, su estilo decidido y emprendedor, será, en lo sucesivo, el hombre maduro por sus experiencias y sus pruebas.

Durante aquel segundo periodo, esencialmente batallador de su vida, entre 1815 a 1837, en la lucha y en la contradicción, hizo su aprendizaje duro, pero providencial. De esa escuela dolorosa, pero muy necesaria, Mons. de Mazenod, lanzado demasiado pronto a su propia iniciativa y promocionado prematuramente, sin pasar por soldado raso, con una autoridad que su temperamento no le ayudaba a ser ecuánime, supo sacar enorme provecho. Aprendió que el dinamismo no les basta a los jefes y que la sabiduría romana tenía toda la razón para preferir al título de Superior, el de Moderador.

Su virtud siempre austera y muy sobrenatural, va a revestir una forma más humana. Su mente se desprende, no sin mérito y sin dificultades, del sistema político que creía unido a su existencia y a la de la misma Iglesia. Se le verá más flexible, menos intransigente, más abierto a las realidades de la nueva sociedad. Colabora, indistintamente con todos los regímenes sucesivos sin que se le pueda tachar de oposición ni de preferencias partidistas.

Los mismos que no le admiran sin pensárselo bien, inscriben en su activo esta segunda manera que caracterizará, cada vez más, la última parte de su larga existencia : "Lo que había sido de vicario general, lo fue, pero a la inversa, de obispo", escribe lealmente el historiador de los Sacerdotes del Sagrado Corazón, Brassevin.

Gracias a este segundo modo de ser, Mons. de Mazenod, podrá dar, en adelante, su talla completa; y entre los prelados de su época aparecerá no sólo

como uno de los más santos, sino también como uno de los hombres más grandes.

I N D I C E

CAPITULO I .- LA PRIMERA Y SEGUNDA RESTAURACION EN PROVENZA.	101
CAPITULO II .- FUNDACION DE LOS MISIONEROS DE PROVENZA. OPOSICION LOCAL.	106
CAPITULO III .- LA SOCIEDAD DE LOS MISIONEROS DE PROVENZA. ESTANCIA Y GESTIONES DEL P. DE MAZENOD EN PARIS.	115
CAPITULO IV .- LAS MISIONES DE PROVENZA.	122
CAPITULO V .- ETAPAS DECISIVAS PARA LA EXPANSION Y AFIANZAMIENTO DE LOS MISIONEROS DE PROVENZA.	133
CAPITULO VI .- UNA TAREA COMPLEJA Y DIFICIL: LA RESTAURACION DE LA DIOCESIS DE MARSELLA.	143
CAPITULO VII .- LA APROBACION ROMANA.	150
CAPITULO VIII .- LA CRISIS LIBERAL. FIN DE LA MONARQUIA LEGITIMA.	161
CAPITULO IX .- CONSECUENCIAS RELIGIOSAS DE LA REVOLUCION DE 1830 EN MARSELLA	163
CAPITULO X .- EL P. DE MAZENOD Y FELICIDAD DE LA MENNAIS.	173
CAPITULO XI .- MONS. DE MAZENOD OBISPO DE ICOSIA Y EL GOBIERNO DE JULIO.	179
CAPÍTULO XII .- LA ADMINISTRACION DE LA DIOCESIS DE MARSELLA LA CONGREGACION DE LOS OBLATOS DE MARIA INMACULADA.	205

JEAN LEFLON

SAN EUGENIO DE MAZENOD

OBISPO DE MARSELLA

FUNDADOR DE LOS MISIONEROS OBLATOS DE MARIA
INMACULADA

(1782 - 1861)

TOMO III

LA OBRA PASTORAL Y MISIONERA

ADAPTACION Y EXTENSION

1838 - 1861

Capítulo I

INSTALACION DEL NUEVO OBISPO DE MARSELLA

1.- El nombramiento del Obispo y la opinión pública.

Si aplicáramos al caso los criterios de nuestro tiempo en el que las agencias y prensa andan a la porfía por dar la primacía de una información, podría extrañarnos la sabia lentitud con la que fueron informados los marseleses del nombramiento de Mons. Eugenio de Mazenod para la sede de San Lázaro.

Mons. Fortunato, que no cabía de gozo, esperó 24 horas para comunicar al prefecto y al alcalde la feliz noticia. Hasta el miércoles siguiente esperó para comunicarlo a los venerables canónigos.

Hasta el día 15, no vino el clero de la ciudad a cumplimentar a su nuevo obispo. Aún así, no compareció el clero de dos parroquias, San Martín y San José, lo cual suscitó, en sentido contrario, comentarios más o menos benignos.

En contrapartida, a partir del 24, afluyen felicitaciones y cartas y más cartas, visitas y más visitas.

Algunas bastante inesperadas como la del Sr. Thomas.

La afluencia de cartas y de cumplidos abruma a Mons. de Mazenod, pero no se deja engañar, no hay notas discordantes, pero manifiestan una gran desafinación y hay silencios demasiado llamativos.

Todo cuanto se refería exclusivamente a su persona, Mons. de Mazenod lo pasaba siempre por alto y lo perdonaba. Y era liberal y misericordioso en el perdón. Pero cuando se trataba de hacer respetar el carácter que se le había conferido por la plenitud del sacerdocio y la autoridad espiritual inherente a su cargo pastoral, era intransigente por principio. Por eso actuará contra los párrocos y los dos canónigos honorarios, Bonnafous y Caire.

El Obispo de Marsella que, para estar satisfecho, necesitaba sentirse rodeado de simpatía y confianza, experimentaba cierta tristeza al constatar que su promoción no lograba la aprobación unánime de sus sacerdotes y de sus ovejas.

Su estado de salud seriamente afectado por las duras pruebas de los años anteriores y por el trabajo excesivo, le hacía más sensible a las protestas. Espustos de sangre y una fiebre que le quemaba disminuían su resistencia moral. Se imponía que el nuevo obispo de Marsella, antes de asumir su pesada carga, recobrase fuerzas y recobrase bríos.

Con el fin de ayudarle el encargado de negocios, Mons. Garibaldi, lo dispensó de ir a París para la profesión de fe y las informaciones, que se hicieron en Marsella ante Mons. Fortunato y tres sacerdotes, residentes en París.

Terminados esos trámites va al magnífico pensionado de las Madres del Sagrado Corazón, donde descansa y aprovecha la soledad y el silencio para prepararse, por medio de un retiro a la misión que le espera.

Bajo el impulso del Espíritu Santo y a la luz de su misma experiencia, traza todo un programa que marcará una etapa de su vida espiritual y apostólica. Se modifican sus ideas sobre el modo de entender el episcopado, su mística se vuelve más realista, teniendo en cuenta la carga pastoral que va a asumir en adelante.

"Ya era obispo, escribe en sus apuntes de retiro, pero en cierto modo lo era para mí mismo....Aquí estoy convertido en pastor y en primer pastor de una diócesis que, por más que se diga no está poblada de santos. Me queda el consuelo de que yo no lo escogí. Así que tengo que resignarme y sacar el mayor partido de mi nueva y, a mi parecer, triste situación".

Mons. de Mazenod cae en la cuenta de que debe ser obispo para los demás, porque su carácter episcopal no le ha sido conferido para su santificación personal solamente ni para el consuelo de un ministerio más amplio y profundo. Las gracias inapreciables que lleva consigo le facilitan, sin duda, una mayor intimidad con Dios y un contacto más emotivo con las almas, pero estas gracias no le pertenecen en propiedad : son para evangelizar, cristianizar, edificar espiritualmente al rebaño confiado a su cuidado. Son para que, en el ejercicio de su cargo, y no al margen del mismo, se santifique, santificando a los demás, sacerdotes y fieles.

"El episcopado se me presenta hoy, en el aspecto pastoral, como está concebido en la Iglesia. En cierto modo, yo era obispo para mí solo". Esta frase con la que termina las reflexiones resumidas anteriormente, basta para medir la transformación operada en su espíritu.

Las resoluciones prácticas que toma, acto seguido, Mons. de Mazenod corresponden exacta y lógicamente a lo que ha comprendido su alma, tan leal y generosa, iluminada por la gracia y la luz de Dios.

"Tengo que encariñarme con este pueblo, como un padre con sus hijos; tengo que entregarle mi existencia, mi vida y todo mi ser; que yo no piense más que en su bien; que no tema otra cosa que el no hacer bastante por su felicidad y su santificación; no otra preocupación que la de procurar todo el bien espiritual y de algún modo el bienestar temporal. En una palabra : tengo que agotarme por él, estar dispuesto a sacrificar mi comodidad, mis gustos, el descanso y la vida misma".

El sacrificio más duro y más meritorio será el aceptar que sus miras desinteresadas y elevadas no gusten del todo a su clero y a sus ovejas a los que quiere consagrarse por entero. A pesar de lo que se piense y se diga, Mons. de Mazenod no se apartará del camino que Dios le ha trazado.

Mons. de Mazenod acepta las contrariedades e incomprendiones que nunca faltan a los animadores y reformadores. Su dinamismo no decaerá en absoluto. Se despoja de lo que ha sido efecto de su temperamento para ser siempre sobrenatural en su actividad. Los bríos vendrán de su voluntad de servir y sacrificarse. Sabrá sobreponerse a cansancios físicos y morales y hasta "a sus disgustos", para realizar su programa.

Inspirado por la fe en la gracia episcopal, mantendrá con valentía constante, un esfuerzo que, cada vez, le pesa mucho más.

2.- Viaje a Suiza

A los quince días, Mons. de Mazenod se encuentra suficientemente restablecido. Sus pulmones están fuertes; ya no hay dolores en el costado, ni tos, ni fiebre. Pero se siente tan cómodo en San José, en casa de las Madres del Sagrado Corazón, que desearía continuar allí.

Pero había sido requerido varias veces para asuntos administrativos y ceremonias religiosas y Tempier y sus asistentes Oblatos juzgan que conviene alejarlo para los cuidados que exigía su convalecencia. Las formalidades requeridas para que Roma le otorgue la jurisdicción sobre Marsella, pueden prolongar el "statu quo". De hecho así se lo dice Mons. Lambruschini. Convenía pues aprovechar ese tiempo para emprender el viaje a Suiza.

Salió de San José el 29 de mayo e hizo una primera escala en Aix para acercarse al convento de Lumieres que acababa de comprar a los trapenses. Esta soledad le gustó mucho. "Si no me hubieran comprometido con la diócesis de Marsella, dice en su "Diario", hubiera escogido este santo lugar para retirarme en él". La casa tan venerable como vetusta, exigía reparaciones. Pero la iglesia "es amplia y de buen gusto". Sería un centro de peregrinaciones a la Virgen que la Providencia "encomendaba a los Oblatos fomentar y atender para cultivar allí, con todo esmero, el culto a nuestra santa Madre y propagar su devoción".

En esta nueva fundación pasó un mal momento : un fuerte viento mistral había desparramado todas las hojas sueltas de la pastoral "emborrionada" en San José e imprudentemente dejadas sobre la mesa ante la ventana abierta. Después de ese viaje aéreo lograron encontrarlas en el jardín y cerca del fuego de la cocina. "Es un mal augurio para mi pobre pastoral que, en realidad, no vale gran cosa... ¿Qué necesidad tenía de pergeñarla tan pronto?... Cuando llegue el momento de imprimirla estará rancia porque todo indica que no va a haber consistorio tan pronto".

Se detiene dos días en Avignon y dos en Lyon, donde observa detalles que le pueden servir para Ntra. Sra, de la Guardia y las obras de caridad.

El 15 de junio llega a Suiza y permanece allí casi un mes. Desde Ginebra, en barco llega a Vevey, desde allí en coche a Billens, pasa cinco días en esa encantadora propiedad, mientras rumia cómo deshacerse de ella.

Mons. de Friburgo le ofrece hospitalidad del 19 al 25 de junio. Visita iglesias y conventos. Oficia de pontifical para la fiesta de San Luis Gonzaga en el pensionado de los PP. Jesuitas, el 26 regresa a Billens para descansar antes de regresar a Francia.

Allí, el 2 de julio recibe carta de Luis de Boisgelin que le cuenta la determinación tomada por su sobrino de hacerse jesuita. El prelado no oculta que esa determinación le causa pena, pero anima a Luis y defiende esa vocación ante su madre, la Sra. de Mazenod.

El 6 de julio, sale para Marsella, pero con un gran desvío : pasando por Lausana, Chambery y Grenoble, llega a la ciudad de Gap, donde le habían pedido que hiciera una ordenación en ausencia del obispo. La petición se retira porque la Santa Sede deniega el "extra tempora" necesario.

Este desvío de 60 leguas no será inútil porque, aunque Mons. de Mazenod no puede conferir el sacerdocio, un condenado a muerte al que los rigoristas del lugar habían negado la comunión, gracias a su intervención recibe la Eucaristía antes de su ejecución. El obispo en persona celebra la misa en la cárcel y dirige al

culpable arrepentido una exhortación tan emotiva, antes de darle el Cuerpo de Cristo, que "este pobre cristiano" se deshace en lágrimas.

Desde Gap, donde tuvo "el honor" de ofrecer a un criminal los auxilios religiosos y "sancionar con un ejemplo la doctrina que enseñó", el prelado se dirigió a Laus y después al castillo de los Boisgelin, donde descansó de nuevo "ocho o diez días" y no "sin necesidad".

El 2 de agosto está en Marsella para asistir al Capítulo General de la Congregación de los Oblatos. A pesar del gozo que experimenta un padre al encontrarse con sus hijos, por desgracia, el Capítulo tiene que acelerar su trabajo. En efecto, "el cólera que serpenteaba en la ciudad desde hacía algún tiempo, se declara con mayor intensidad".

Al Fundador "no le quedó más remedio que enviar a su casa a todos los Padres, permaneciendo sólo los de las dos casas que deben hacer frente valientemente al peligro, ya que están en su puesto".

3.- El cólera en Marsella.

El obispo se enfrentará al peligro con valentía. Sin embargo, la crisis de su salud, recién recuperada, exigía mucha prudencia. Como todavía no era más que obispo de Icosia, se podía alegar que, en estricto derecho, no tenía por qué intervenir. Pero, a falta de un derecho estricto, actuaba el honor y la solidaridad que tío y sobrino habían mantenido en el gobierno de la diócesis.

En lugar de huir del contagio, como tantos ricos marseleses que se retiraron al campo, Mons. de Mazenod estuvo al lado de los que no tenían posibilidad de ponerse a salvo. Y en lugar de enclaustrarse en su oficina, actuó incansablemente.

Como hombre de Iglesia, recurre, en primer lugar, a los medios sobrenaturales para que Dios libre a su pueblo del azote y le dé confianza y coraje. El cólera hace "estratos atroces... Yo creo que puede decirse, sin exageración, que, de 100 enfermos perecen más de 90".

Razón de más para no deslucir la solemnidad de la Asunción. El obispo de Icosia oficia pontificalmente mañana y tarde, asiste a la procesión general, el domingo de la octava va en peregrinación a Ntra. Sra. de la Guardia, durante 9 días preces a San Lázaro.

No se contenta con presidir ceremonias religiosas para pedir el cese del azote y predicar valor y confianza, siente el deber personal de dar ejemplo y lo da. Los Padres Oblatos, los sacerdotes de la diócesis, todos se prestan día y noche a llevar a los enfermos los socorros de la religión.

A nadie presta mayores cuidados el prelado que a su antiguo bueno y fiel criado Dauphin, que cuida con la ayuda del P. Tempier.

Tomó la iniciativa de crear dos centros de socorro, confiados a las comunidades religiosas.

A partir del 7 de septiembre el cólera disminuyó considerablemente. Pero al problema de los enfermos sucede el de la miseria que se propaga por todas partes. En el obispado tuvieron que vender su vagilla para ayudar a los pobres.

5.- Monseñor de Mazenod en París

El 29 de noviembre Mons. Fortunato ponía en manos del Cabildo sus poderes. El 14 había salido su sobrino para París, que ahora se siente feliz recorriendo la ciudad de incógnito.

Las audiencias con el rey, con su crédito personal en aumento, fueron para el prelado agradables y provechosas; pudo exponer las necesidades de su diócesis y acometer el gran problema de Argelia, etc.

Aprovechó también su estancia en París para disipar el malestar enojoso que existía entre los Misioneros de Francia y el Superior de los Oblatos.

El Sr Rauzan fue a visitarle, iniciativa que agradeció mucho el Superior de los Oblatos, se rompió el hielo y volvió la cordialidad. Es más, Mons. de Mazenod no podía olvidar la difícil situación de su amigo, el Obispo de Nancy, "persona ingratisima" en los medios gubernamentales, clero y fieles de Nancy. La actitud de Janson no le ayudó a lograr un desenlace aceptable por mucho que lo intentara.

6.- Toma de posesión del nuevo obispo.

La toma de posesión de Mons. de Mazenod, llegado a Marsella la víspera, fue el 24 de diciembre, con la mayor solemnidad.

La víspera de Navidad, desde el palacio episcopal (por voluntad del prelado se suprimió la recepción tradicional a la entrada de la ciudad), precedido por el clero de las parroquias y del venerable Cabildo "con cruz alzada", Mons. de Mazenod llegó a La Mayor donde el preboste le recibió con todos los honores previstos en el Pontifical.

Autoridades civiles, militares, cuerpos oficiales y fieles se apretujaban en la vieja catedral para recibir a su obispo.

A La famosa pastoral que voló en Lumieres, sin duda retocada, no le falta buen tono, testimonia un empeño de dedicarse a una administración pastoral, muy pastoral.

A nadie olvidó en sus cumplidos, repartidos con habilidad, aunque con algunos matices, en ciertos casos, un tanto molestos. Naturalmente, Mons. Fortunato aparece en primer lugar en elogios prolongados.

Después de ese homenaje a Mons. Fortunato de Mazenod, se dirigió a su clero y a sus fieles, asegurándoles que le daría consuelo y ánimo "el poder decir como el Buen Pastor, por excelencia : "conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí"; por haber participado durante largos años en los trabajos de su venerado y querido predecesor. Partiendo de este conocimiento mutuo, que no permitía ilusiones ni desilusiones, y que había producido una comprensión mutua, el Obispo de Marsella insiste en lo que le autoriza a creer "y esperar la colaboración unánime de todas las voluntades para ayudarle" en sus propósitos y hacerle fácil el ejercicio de su temible cargo.

Después de haber agradecido a sus colaboradores eclesiásticos "el afecto, estima y confianza" que le han reiterado "en las relaciones diarias de una administración", calificada de "paternal", el prelado concluye : "Todos los sacerdotes de nuestra diócesis, cualquiera que sea su rango en jerarquía, encontrarán siempre en mí los sentimientos que ellos han estado buscando durante mucho tiempo. Mi corazón estará siempre abierto para ellos. Compartiré sus penas y sus consuelos, llorando con ellos por las almas que se pierden y alegrándome por las ovejas que estaban perdidas y han sido recuperadas. Me

será imposible no estar como San Pablo, con los que sufren, y me será siempre muy grato poder disminuir, si no allanar totalmente las dificultades de su duro ministerio".

A los fieles de la diócesis les recuerda las pruebas elocuentes "que han dado de una dedicación sin límites y de un afecto a toda prueba", contribuyendo con su celo "a la perfección del orden eclesiástico y a la belleza espiritual de la casa de Dios con sacrificios por encima de sus fuerzas (a la espera del éxito de las gestiones que acabamos de hacer para lograr la construcción de una catedral digna de nuestra gran ciudad)".

De sus fieles, como de sus sacerdotes, el obispo de Marsella esperaba una estrecha unión a su persona "sintiendo una misma fe, una misma esperanza y una misma caridad", y un afecto religioso hacia el que Dios había puesto "para conducirnos al cielo y lograr el éxito evangélico que mi amor ambiciona".

Para terminar, el prelado saludó a las autoridades civiles "con las que estoy en contacto necesario", y pidió colaboración "tan útil y, en ciertas ocasiones, necesaria para cosas que afectan a los intereses religiosos", ya que "no podemos querer a la Iglesia, privándola de esa ayuda, sin perjudicarla y sin apartarnos de la línea trazada por el Padre común de los fieles".

Este recuerdo de principios se completaba en forma de una declaración transparente y discreta que, alabando lo presente, liquidaba todo un contencioso del pasado : "Los jefes militares... los magistrados que presiden la administración de la ciudad, y los que están encargados de que reine la justicia, son suficientemente perspicaces; se dan cuenta perfecta de que no reclamo más que lo que pertenece a mi misión enteramente espiritual; saben muy bien que esta misión divina que tiene por objeto la gloria de Dios y la salvación de las almas, asegura la benéfica influencia de la religión sobre la sociedad. Por eso espero que den todas las facilidades que mi ministerio pueda necesitar y que, desde hace muchos años, nunca les he pedido sin fruto".

El tono y el espíritu de esta carta pastoral sacudió a los oyentes, sorprendidos y a la vez ganados por lo que apreciaban de nuevo.

Para responder a las esperanzas de armonía que auguraba la pastoral del obispo, la ceremonia de toma de posesión de Mons. Eugenio de Mazenod se clausuró con el canto del "Te Deum".

7 .- El retiro y la muerte de Mons. Fortunato.

Seguro que nadie cantó más de corazón su reconocimiento a Dios que el venerable Fortunato, a pesar de que su voz envejecida no tenía la solemnidad y brillo de aquella del antiguo canónigo de Aix, ya que en él, al menos, el gozo era pleno.

Liberado de toda responsabilidad y cargo, terminará en paz su larga existencia en el palacio episcopal, cerca de su querido Eugenio, con la satisfacción de verse no como un estorbo en la antigua diócesis, sino rodeado de un respetuoso afecto, provisto de réditos cuantiosos, gracias a Luis Felipe que le había nombrado canónigo de San Dionisio, creado por Napoleón para recoger a los obispos dimisionarios o dimitidos.

"No creo que exista un hombre más feliz en la tierra que este santo anciano", escribía Mons. de Mazenod. Esta es la recompensa que Dios reservaba en este mundo a nuestro santo patriarca, sin detrimento de la que se le concederá en el cielo 100 años después, así lo espero, de una dulce y santa vida".

A pesar de su excelente salud, el prelado nonagenario no alcanzaría los 100 años que le deseaba su sobrino. El 21 de marzo de 1839, un primer aviso puso en guardia al sobrino que estaba recibiendo golpe tras golpe : la muerte del joven vicario de Aubagne, muy querido de él y el estado desesperado de salud del santo y querido P. Albini. "Mi tío me preocupa mucho, escribía. "Había caído en un agotamiento extraordinario. Sus ideas no coordinaban". Pero al día siguiente, con gran extrañeza y gran alegría de Mons. de Mazenod, todo había vuelto a la normalidad.

El anciano obispo había recuperado todos sus bríos habituales. Pero en la primavera de 1840, un desgraciado enfriamiento le produjo, en poco tiempo, una grave enfermedad cuyos síntomas alarmantes anulaban toda esperanza. Mons. de Mazenod advirtió al prelado que había llegado el momento de hacer el sacrificio de su vida y recibir los últimos sacramentos. El mismo se los administró al prelado que se alegraba de no poder vivir por más tiempo. Después de pedirle a él y a sus familiares que le acompañasen con sus oraciones, pidió una última absolución. Mons. Fortunato se dormía plácidamente en el Señor el 22 de febrero de 1840.

Su sobrino quedó tan afectado que, durante varios meses, suspendió la redacción de su "Diario".

Tuvo valor para presidir las exequias y para celebrar de pontifical la misa de funeral, a pesar de su emoción y de su tristeza.

En medio de su dolor tuvo el consuelo de constatar hasta qué punto el difunto prelado era apreciado y amado, porque, a los homenajes oficiales, el buen pueblo de Marsella, espontáneamente y a su manera añadió otros honores "que sólo se tributan a los santos", escribía Mons. de Mazenod a su madre.

Hasta Luis Felipe envió una carta de condolencia en la que lamentaba la pérdida dolorosa del venerable anciano cuyas eminentes virtudes yo había sabido apreciar desde hace mucho tiempo".

Cuando desapareció Mons. Fortunato, su sobrino, después de pagar cara su experiencia, poseía, para el futuro, la madurez requerida para terminar la gran obra, comenzada en condiciones tan difíciles por el obispo nonagenario al que, el Cabildo de La Mayor había otorgado, con todo derecho, el título de "Segundo Fundador" de la diócesis de Marsella.

Capítulo II

CALMA POLITICA Y FORTALECIMIENTO DE LAS ESTRUCTURAS

PARROQUIALES (1838 - 1848)

1.- El asunto Veze

Después de las luchas incesantes durante el Imperio, la Restauración y la primera parte del reinado de Luis Felipe, de golpe cesan las contiendas. En su misma diócesis, a pesar de la sorda oposición, los Jonjon y los Jonquier no tienen sucesores. El trabajo muy metódico y muy realista que se hace, es lo cotidiano. Las controversias con el gobierno no comienzan hasta 1843 a propósito de la libertad de enseñanza. Por lo mismo, los archivos, hasta entonces tan abundantes y coloridos, se empobrecen; los documentos aparecen borrosos y apagados. Pierde un cierto interés una biografía anteriormente tan dramática. Pero cuando la historia pierde su relieve es, generalmente, en beneficio de la paz.

Durante la calma feliz que siguió al acuerdo del obispo de Marsella con la monarquía orleanista, surge un doloroso incidente, aunque de carácter personal. algunos meses después de su toma de posesión. Se trata de una grave acusación lanzada y aireada de modo injurioso y escandaloso por su antiguo ayuda de cámara, Francisco Veze, contra la moralidad de su patrón.

Mons. de Mazenod siempre tuvo dificultades en la contratación de fámulos para él y para su tío, de modo que dieran satisfacción. Nada más curioso, a este respecto que las cartas a su madre o a su hermana, la señora de Boisgelin, que de tiempo en tiempo venían a poner orden en el palacio episcopal.

Van desfilando un tal Pablo que tiene "caprichos" como el de "no querer bajar a servir a la mesa o bien el de plantar a Monseñor a medio camino"; un Dauphin, víctima del cólera, "buen chico y prudente", ciertamente dispuesto a hacerse pedazos por Mons. de Mazenod, pero que no entiende nada "en cuestión de servicio" y que no traga a la ayuda de cámara, Suzón, a la que acusa de propalar chismes contra él; un San- Martín que "no es bueno para nada". Se olvida de limpiar los carruajes. Se le había contratado a pesar de su vejez.

El obispo creyó tener más suerte con Francisco Veze, que le recomendó Guibert, esta vez desafortunadamente; porque Francisco arrogante y violento, se pelea con el cochero Cayras y, en cambio, se muestra muy amable con Madelón, la ayuda de cámara de la Sra. de Boisgelin, traída por ella misma para ayudar.. Madelón que tiene poco sentido común, se hace caso de muchas habladurías y le gustan los requiebros. Hay que despedir a Veze. "¡Qué felicidad, verse libre de tal sujeto!", escribe la Sra. de Boisgelin.

Estos cambios continuos que cansan a Mons. de Mazenod, explican, tal vez, que se decidiera y resignara a contratar de nuevo a Veze, a pesar de los prudentes consejos de Tempier y de su hermana que ve a su hermano con una paciencia infinita y bueno hasta rayar en la debilidad.

Francisco aparecía de nuevo en el obispado con gran disgusto de esta última, después de haber tomado sus vacaciones. Su entrada de nuevo en gracia le deja tan poco curado de su insolencia que fue necesario ponerle de nuevo en la calle. Pues bien, después de haber gastado "la cantidad suficiente para comprar una tienda de comestibles y casarse honestamente", gracias al anticipo en dinero que el prelado le concedió, el malvado acosa con peticiones a su antiguo patrón. Al no recibir respuesta a dos cartas bastante diferentes, expedidas en París el 2 y el 7 de octubre de 1837, ensayó llegar hasta el obispo para obligarle. Rechazado varias veces por los vicarios generales a los que había insultado y calumniado "de una manera atroz", Veze meditó su venganza y "tomó un partido desesperado".

El 31 de marzo de 1838, Mons. de Mazenod fue a Roquevaire para reconciliar a la iglesia, profanada por un crimen y puesta en entredicho.

Francisco tomó también el camino de Roquevaire, del todo resuelto a producir un escándalo. Apenas llegado a la parroquia, se presenta en la casa del cura para hablar con el obispo y reclamarle el dinero que decía debérsele, con la amenaza de armar un escándalo público durante la ceremonia, si no se le hacía caso. El párroco le negó la entrada y, muy preocupado por su irritación, llamó en seguida al cochero Gautier, que estaba allí, diciéndole que avisase al comisario de policía. Este se encargó de vigilar a Veze con la ayuda del antedicho cochero, de Vernis, el encargado de impuestos y del peletero del ayuntamiento, Guigou, para que controlasen al indeseable en la iglesia e impedir cualquier incidente. Veze se limitó a "muecas y risas sardónicas cuando el obispo rezaba o cantaba". Pero cuando el obispo pasó cerca de él para asperjar los muros interiores, logró deshacerse de la vigilancia de sus guardianes y, por encima del hombro del comisario, lanzó al acetre una llave extraña, sacada de su bolsillo, gritando : "Fue Francisco quien la tiró". Como el comisario le recomendase calma y le afease su conducta, respondió, elevando la voz : "¡Es suya! ¡Es un bandido, un degenerado, un ladrón, un sodomítico!". La concurrencia indignada, se echó sobre el infame calumniador y "200 hombres" le arrastraron fuera de la iglesia y lo metieron en prisión.

El prelado, muy dueño de sí, continuó la ceremonia, celebró la misa y, por dos veces, dirigió la palabra a la numerosa concurrencia, sin que apareciese en sus facciones "la menor alteración". "Sin duda la gracia de Dios me acompañaba en este momento. No noté en mi alma ni un sentimiento de odio ni un deseo de venganza, aunque pareciera justa. Sentí que podía rezar sinceramente por este hombre malvado. Mi impasibilidad es algo prodigioso para mí. Ruego al Señor que me ayude a soportar con resignación esta nueva clase de humillación". ("Diario", 1 de abril).

La reacción del pueblo de Roquevaire y el dolor que todo el mundo, alcalde y concejales a la cabeza, le testimoniaron, sirvió al prelado de bálsamo benéfico que le consoló mucho.

Faltaba saber qué eco iba a tener este incidente en Marsella y en la diócesis. El rumor público no tardó en divulgar dramas. Por temor a que el "ruido del pretendido pistoletazo lanzado contra mí en Roquevaire" llegara a Aix, Mons. de Mazenod se encarga él mismo de calmar a su madre.

En compensación, la prensa, sobria y muy digna en sus breves comentarios, se abstuvo de publicar literalmente las acusaciones positivas de Veze. Jonjon en sus "Memorias" dice : "Nadie se hizo caso de las acusaciones obcenas" que Veze cargó sobre el obispo de Marsella. "Ese miserable llegó a ofrecirme sus servicios. Le miré con una mirada de desprecio y le señalé el camino de la puerta, para darle a entender que no quería saber nada de un sacrilego y de un traidor".

Sin embargo, por un momento, se temió la publicación "de un infame libelo calcado sobre las torpezas del indigno Veze". Advertido el rey, impidió la aparición de un panfleto

tan odioso. Era la mañana del Jueves Santo cuando "el Señor se había dignado concederme grandes consuelos interiores, como para fortalecerme contra el golpe que iba a recibir...

Ya tengo bastante cruz para mi Viernes Santo. Puedo decir que he sido crucificado. ¡Que lo sea en la cruz de mi Salvador! Ella dulcificará todas las amarguras".

El asunto Veze, llevado al juzgado, amenazaba con dar una temible publicidad a las acusaciones proferidas contra Mons. de Mazenod. Veze precisamente pensaba aprovechar la audiencia para difundirlas, con nuevo escándalo.

Se convino entre el procurador de Marsella y el obispo, primero que la inculpación se hiciera solamente sobre el delito de tumulto y desórdenes causados durante un acto de culto, luego aconsejado por personajes prudentes se decidió atacar también los ultrajes inferidos a su persona.

Para deshacer las afirmaciones de su antiguo fámulo, Mons. de Mazenod añadió al expediente las dos cartas del 2 y del 7 de octubre de 1837, en las cuales, el implicado ensalzaba sus virtudes y solamente apelaba a su caridad.

El tribunal de primera instancia de Marsella condenó el culpable a la pena máxima de prisión fijada por la ley.

En vano presentó Veze apelación contra esta sentencia. El tribunal de Aix confirmó el arresto y el condenado fue enviado a la casa central de Embrun donde pasó una vida extraña, en un estado mental que confinaba con la locura y la posesión diabólica.

Antes de morir en prisión, con sólo 39 años de edad, Veze envió a Mons. de Mazenod, el 26 de abril de 1843, una carta que expresaba su arrepentimiento y testificaba en contra de las "falsedades" y de las "calumnias" proferidas contra el prelado y solicitaba, por fin, el perdón y las oraciones del mismo.

Así terminó este triste asunto. Aunque no mancilló lo más mínimo la alta reputación de virtud que merecía el obispo de Marsella, no concluyó sin causar un tremendo dolor al prelado.

"Cuando se pegaron carteles infamantes en las paredes de la ciudad de Aix, escribe, y en las puertas del palacio episcopal contra el arzobispo, lamenté este desorden y se me escapó decir que al menos yo tenía el consuelo, en medio de tantas tribulaciones, contradicciones y persecuciones a las que me expuse ejerciendo el ministerio, de que nunca jamás había quedado empañada mi vida privada. Se me había acusado de ambición, de avaricia, de altanería, de orgullo, de odio, ¿qué sé yo?, de todo lo contrario a mis disposiciones reales y a mi carácter, pero nadie había dicho una palabra que pudiera manchar mi honestidad. No tengo por qué envanecerme de nada, pero así era. Y mira por donde, a los 56 años, un hombre lo ha hecho a conciencia. En lo sucesivo no podré envidiar a nadie. San Atanasio y san Francisco de Sales no se atreverían a lamentarse más después de lo que me ha ocurrido". ("Diario", 7 de abril de 1838).

No contento de aceptar con el mayor espíritu sobrenatural esta humillación, la más dura e injusta que pudo golpearle, Mons. de Mazenod llega a agradecer a Dios el habérsela proporcionado.

El pensamiento de Cristo cargado con la cruz, le ayuda a encontrar menos pesada la suya. Como su Maestro, reza por aquel que le asestó el golpe más sensible de todos. Y también como su Maestro, y de todo corazón, le perdona.

Esta experiencia tan dolorosa le ayuda a rectificar sus miras, confesando que no eran bastante justas, y a purificar sus propias intenciones: "¡Oh!, si tuviera la tentación de hacer bien a los hombres por compasión, o por el placer de verles felices, que en seguida acuda a mi mente el recuerdo de Francisco Veze para disuadirme de dar, aunque sea un céntimo a cualquiera que sea, si no es únicamente por cumplir un estricto deber de caridad cristiana. La ingratitud de los monstruos humanos es común, pero la de éste me prueba que uno puede valerse de un beneficio para asesinar al bienhechor.

"Por lo tanto, que el corazón flote sobre las miserias de la humanidad, que no se detenga jamás en la felicidad que puede encontrar un alma sensible, pensando en las desgracias que puede aliviar; que no se cuente nunca con el agradecimiento de aquellos a los que se les favorece, a los que les pone el pan en la mano y le dejan desesperanzado.

"Cuando la ingratitud revienta y aparece en toda su desnudez, el corazón tiene que sufrir mucho. Pero si se ha hecho bien a la humanidad sólo por Dios, eliminando todo influjo humano, entonces es cuando no se siente ninguna pena y cuando se encontrará a los hombres tal como los ha dejado el pecado.

"Yo no había pensado así hasta ahora; al contrario, mantenía la tesis opuesta, creyendo encontrar en la vida de Nuestro Señor y divino Maestro, ejemplos que apoyaran mis sentimientos. Me equivoqué". ("Diario", 7 de abril).

2.- El Obispo, el Gobierno y las Autoridades.

¿Se equivocó también al juzgar al régimen de julio incompatible con la libertad y los derechos de la Iglesia?

Aunque su corazón se inclinaba por la monarquía legítima, Mons. de Mazenod adoptó la actitud política aconsejada en 1830 por la Santa Sede, y contribuyó con su ejemplo y sus consejos discretos a cambiar, en cierta medida, la de sus sacerdotes y diocesanos.

El prefecto La Coste favoreció con su buena voluntad evidente lo que los legitimistas llamaban "su apostasía" y lo que nosotros llamamos "su conversión", porque todos los esfuerzos de ese magistrado se encaminan a mantener entre el poder temporal y el espiritual, unas relaciones no sólo correctas, sino amistosas. ¿Que el pragmatismo y el oportunismo son sus miras únicas? No se puede negar. Pero era conveniente la vuelta a mejores relaciones, principalmente en Marsella para dar satisfacción al sentir común.

El prefecto, consciente de la oposición de los legitimistas, reconoce las dificultades que encuentra Mons. de Mazenod para arrastrar a sus sacerdotes y a sus ovejas a imitar su ejemplo. Razón de más para aparecer conciliador para no complicar su trabajo. Por eso La Coste se interesa por evitar incidentes locales y roces con el gobierno del rey. Cada vez que llega la fiesta del rey o el aniversario de las jornadas de julio, el prefecto informa al ministro rindiendo cuentas muy breves, pero todo lo satisfactorias que puede. Concluía el prefecto: "En sus

relaciones con las autoridades, el obispado se muestra, desde hace tres años, muy conciliador y mesurado".

La cruz de Mons. de Mazenod fueron las comidas de gala que se celebraban los viernes o sábados, días de abstinencia. Ocurrió especialmente cuando la visita del duque de Orleans.

Este lo había invitado. No podía sustraerse, pero no probó ningún plato. Lejos de ofender edificó al heredero de la corona, que en carta a Luis Felipe se siente muy satisfecho de Mons. de Mazenod.

En todas las luchas políticas Mons. de Mazenod, consciente de su misión esencialmente espiritual y cuidadoso de su dignidad, mantendrá siempre su independencia, sin salirse de su campo religioso. Como su maestro, el Sr. Emery cree que no debe hacer de la religión un medio, sino un fin. Aunque le cueste, él se mantiene en el fin, cumpliendo con su deber, aunque pierda el favor de sus antiguos amigos.

"Esta neutralidad, escribe, que me impone un deber imperioso de delicadeza me parece también, prescindiendo de las personas, impuesta rigurosamente a un obispo por su misma carga pastoral. No conviene que él se comprometa en la lucha de partidos y que se mezcle en influencias ejercidas fuera de su ministerio, que es de unión y de paz. Una unión hostil con una porción de sus ovejas haría que, en lugar de ver en él un pastor animado por una igual solicitud y caridad para cada miembro de su rebaño, no vieran más que un adversario político que utiliza contra varios de sus hijos un poder moral que le da la religión en favor de toda su familia espiritual. Eso, convendréis conmigo, no sería nada paternal ni episcopal"

A pesar de la vuelta a los fogonazos, que eran de esperar, la situación había mejorado de una manera muy notable. El prefecto La Coste, el alcalde de Marsella alaban al prelado, y también el rey. El gobierno mejor dispuesto que sus departamentos, se muestra favorable y, en materia de culto, toma una serie de medidas que manifiestan su buena voluntad.

Mons. de Mazenod aprovecha esa tregua para perfeccionar la organización de su diócesis y el equipamiento pastoral de la misma.

3.- Creación de parroquias.

El equipamiento de 1837 era oficialmente el mismo de 1802. Evidentemente no correspondía a la evolución demográfica de la diócesis. Mons. de Mazenod no había podido obtener ni de la Restauración ni de la Monarquía de julio la autorización requerida para crear nuevas parroquias que hubieran supuesto para el Estado y para los municipios un plus de cargas financieras.

Bajo su régimen episcopal, el gobierno orleanista modifica su política y creará durante los últimos años de su reinado 2.325 parroquias.

La tarea del prelado se encontraba facilitada. Pero necesitó paciencia y perseverancia para realizar parte de su programa. Las normas administrativas complican o retrasan la solución de las propuestas que tiene que hacer. Hay que luchar con el Consejo de fábrica, el Consejo municipal y a veces con el cura, la fábrica y el Consejo municipal que forman bloque.

No es raro que el Obispo tenga que intervenir para calmar a la gente de ciertas aldeas que reclaman a coro y a grito pelado su autonomía, su sacerdote residente, y quieren forzar su causa negando todo subsidio al clero del municipio del que dependen.

En Marsella, ciudad, el Obispo choca con la administración municipal. En su informe al rey del 20 de noviembre de 1839, el duque de Orleans le decía claramente : "Las iglesias son muy pocas, sucias e insuficientes para una población que sube rápidamente y que todavía es más devota que piadosa. El Consejo municipal, aunque reconoce la necesidad, destina exclusivamente los fondos a operaciones que contribuyan a la prosperidad comercial de Marsella y se preocupa muy poco de las necesidades espirituales o del sentir de sus administrados".

El equipamiento pastoral de la diócesis de Marsella se estrellaba contra el mismo sistema que el arreglo de los problemas de conjunto. El gobierno, el prefecto y el Obispo se enfrentaban con la misma resistencia del alto negocio, instalado en la alcaldía.

El Obispo presenta sus solicitudes, de ordinario 4 o 5, después del parecer de los consejeros de fábrica y consejeros municipales, el prefecto acepta los expedientes en regla, pero la decisión final depende del ministerio de Cultos.

El Obispo se dirige con frecuencia al ministro y a veces lo hizo con cierta viveza, con réplica también viva del ministro Martin du Nord, pero va consiguiendo pasen sus expedientes.

Desde 1833, Mons. de Mazenod se había dedicado a solucionar el problema y, sin esperar la autorización gubernamental, había tomado la iniciativa de darles su existencia autónoma, de proveerlas de clero, y hasta de construir las una iglesia. Después vendría la legalización civil. Pero sin la insistencia de Monseñor todo hubiese ido mucho más lento, con espíritu, esencialmente sobrenatural, pasaba sobre las mezquindades y pequeñeces que tenía que vencer y ¡qué obstáculos que remontar!, llevado del celo exclusivo del bien de las almas y de lo espiritual.

El crecimiento continuo y rápido de la población no exigía sólo la multiplicación de centros de culto. En las grandes parroquias de Marsella se necesitaba, además, reforzar los efectivos del clero. La dificultad era obtener el consentimiento del consejo municipal, para el sostenimiento de los vicarios nombrados por el Obispo, la administración no se daba ninguna prisa en aumentar el presupuesto para el culto.

A falta de la ayuda del ayuntamiento, el prelado se decide a echar mano de los fondos comunes ocasionales, repartidos a partes iguales entre párrocos y los coadjutores de todas las parroquias. Este sistema equitativo era beneficioso, a pesar de las críticas violentas de la prensa, de sus sacerdotes y hasta de una parte de las parroquias ricas.

De esta equiparación, que satisfacía a Mons. de Mazenod, obtendrá en 1840 una ventaja complementaria : la de resolver el problema financiero de los coadjutores no retribuidos por la ciudad. Tuvo la idea de hacer participar a estos últimos en el reparto, sin reducir la cuota de cada uno y sin recargar las tarifas, gracias a un aumento del eventual que pesaría, sobre todo, sobre los ricos.

Escribía el Obispo : "¿No es justo que los ricos nos den los medios para proveer a las necesidades de todos?".

El total anual, aumentado en 15.000 francos "sin ruido", permitía al Obispo "aumentar el número de coparticipantes", y le daba oportunidad "para situar algunos coadjutores más", prescindiendo de las asignaciones que el ayuntamiento siempre tardaba en conceder. Aunque esta operación le parecía muy feliz, Mons. de Mazenod se guarda de decretarla con su autoridad. Una vez madurado su plan, lo somete a la comisión de lo ocasional; luego convoca una

asamblea de párrocos de la ciudad, recoge, durante cinco horas y media, sus observaciones y no influye en la deliberación.

La conclusión del informe presentado por la comisión, se aceptó como él deseaba, sin la menor oposición.

4.- Hacia la introducción de la vida común en el clero.

El mejoramiento de las estructuras no podía asegurar automáticamente la eficacia de la acción apostólica, aunque prestara mucha ayuda. La calidad de los párrocos y coadjutores importaba mucho más que el número, ya que el "ponderantur" y el "numerantur", la célebre distinción establecida por Cicerón, refiriéndose a los argumentos oratorios, vale también para las obras apostólicas.

Mons. de Mazenod estaba tan convencido de ello, que la vida espiritual de sus sacerdotes fue siempre su mayor empeño, porque ella condicionaba el entusiasmo y la fecundidad de su celo, respondiendo a la eminente dignidad de su estado sacerdotal. Ahora bien, nada le parecía más favorable para la regularidad y el fervor que la formación de comunidades parroquiales, en las que el párroco y sus auxiliares compartiesen el mismo techo, la misma mesa y participasen de los mismos ejercicios de piedad. Así evitaban un aislamiento deprimente, se ayudarían unos a otros, concertarían mejor sus esfuerzos pastorales y los fieles, de día y de noche, estarían seguros de encontrar, para los sacramentos, algún miembro del presbiterio.

Pero la vida comunitaria, tradicional en algunas diócesis, en Marsella iba en contra de lo acostumbrado. Esta decisión iba a ser mal aceptada, porque el individualismo era característica del temperamento de la región, y los intereses personales no encontrarían su compensación. Con mucha frecuencia, igual que en muchas regiones meridionales, la parentela del servidor de la iglesia se instalaba en la casa parroquial, y así existía el peligro de que se convirtiera en un beneficio y en un feudo familiar. Las parroquias más importantes, justamente aquellas que contaban con coadjutores, ejercían sobre los ascendientes o coetáneos del titular una particular atracción.

Se trataba de reaccionar contra una mentalidad y convencer a los que usaban, o mejor dicho, abusaban del sistema. Mons. de Mazenod se da cuenta de los obstáculos que va a encontrar y de los disgustos que traerá la reconversión que proyecta. Pero él la juzga como exigencia del bien de las almas y de la vida espiritual y apostólica de su clero. Por eso, la pasividad, los cálculos, la rutina que se afferraban a mantener las cosas como estaban y que, ciertamente iban a aunar sus fuerzas para resistir, lo que hacen es aumentar su resolución y hacerla más absoluta, porque nada le saca más fuera de sí que la inercia, la mezquindad y lo que él llama, con desprecio indignado "el tran tran".

Sus medidas en esta materia estaban arraigadas desde hacía tiempo. Desde la época de su tío eran optativas, ahora él las va a convertir en una orden formal. Consciente de las precauciones que se imponían se va comprometiendo poco a poco. Sin exigir esa vida por decisión oficial, la impone individualmente a los rectores que él nombra para una parroquia importante. Tendrá que pasar tiempo antes de atreverse a atacar a los rectores ya instalados en las parroquias de Marsella que se cuidan muy mucho de no aceptar el proyecto.

En noviembre de 1838 se decide a proceder con rigor inmediatamente, contra el de S. Carlos, a causa de las dificultades particulares que encuentra la creación de su parroquia. El gobierno exige que esté dispuesta de casa

parroquial, y el párroco construyó una sobre el terreno destinado a ese menester, pero la ha convertido en su propiedad personal. A pesar de los avisos reiterados de Mons. Fortunato y de su sucesor, se había negado a cederla a la fábrica. Fue depuesto el párroco lisa y llanamente.

Las circunstancias obligaban a arreglar este caso sin demora, en los otros, durante 7 años Mons. de Mazenod creyó que debía tener paciencia con los párrocos importantes de Marsella. En 1846 se decide a emprender otro asunto con los curas de S. Lázaro, de los Cartujos, de San Enrique de Seon.

En la realización de su proyecto, el Obispo nunca procede en bloque y no fuerza el paso. Comienza por los sacerdotes más comprensivos. Le parece más prudente cuidar las posiciones ya adquiridas que atacarlo todo de frente y al mismo tiempo. Con ellos espera poder abordar las resistencias fuertes y que avance la idea, y guarda sus rigores para los irreductibles

¿Que esta contemporización chocaba con el ardor de su temperamento? De acuerdo. Pero él se resigna a este sacrificio como también se resigna a perder su popularidad, a pesar de las precauciones que toma. Contentarse con ser un obispo bendecidor y dejar que todo dormite, tal vez le hubiera procurado más aceptación de parte de algunos de sus sacerdotes. Pero tenía mucha grandeza de alma y demasiado espíritu sobrenatural para tener esto con métodos demasiado fáciles y echándose atrás ante un deber cuyo cumplimiento podía traerle descontentos y críticas.

¿Que sufrió mucho al no ser comprendido por aquellos a los que quería hacer tanto bien y amaba sinceramente? Las notas íntimas de su "Diario" lo testifican.

Muchos "murmuradores" había en la diócesis, y a pesar de todos los desagrazos que le ofreció su clero, Monseñor de Mazenod no se hacía ilusiones, y aunque encontrara siempre el modo de atraer a sus colaboradores, era imposible que un obispo tan dinámico reuniera la unanimidad de sufragios.

En efecto, la oposición juntaba no sólo a los que se encerraban en su espíritu local y pretendían seguir la rutina, calificada de traición, sino también a los supervivientes del jansenismo marsellés.

Además, Marsella no se libró del contagio del cisma concordatario. Pero, a juzgar por los rastros fugaces que deja en los documentos de los archivos, parece que la "Pequeña Iglesia" no se propagó mucho.

Capítulo III

LA PASTORAL Y LAS OBRAS (1838 - 1848)

1 .- Marsella durante los últimos años de la monarquía de julio.

Mons. de Mazenod no retrocedía ante las innovaciones cuando le parecían exigidas por los intereses espirituales de su diócesis, convencido de que el crecimiento de la población exigía una nueva circunscripción de parroquias y de que el rendimiento apostólico de su clero invitaba a establecer la vida común, no dudó nunca en aparecer como revolucionario para alcanzar ese doble objetivo.

Como en Marsella la evolución económica y social no corresponde a la demográfica sus métodos pastorales son más bien conservadores.

Marsella, la segunda ciudad del Reino , primer puerto de Francia, en donde las rentas de aduana alcanzaban el 19% del total nacional, goza de una prosperidad creciente. El gran negocio no es el único beneficiado. La importante corporación de mozos de cuerda, coaligada con la de sus patronos y muy entregada a la causa, también obtiene un gran beneficio.

La industria se desarrolla, pero inicialmente se reduce a la producción de bienes de consumo, no se ha implantado todavía la gran industria, la mayor parte de las fabricas no tienen más que 30 o 50 obreros; en conjunto, lo mismo que en el pasado, la producción sigue siendo artesana. Hay que añadir, además, que en Marsella los salarios de los hombres son elevados. Los obreros empleados en el comercio del puerto, los mozos de cuerda, los calefates y carpinteros están mejor retribuidos porque el trabajo es abundante a causa del intenso tráfico.

También quedan beneficiados los trabajadores mucho mejor que en el resto de Francia, tanto en lo material como en lo moral. Por eso no hay, como en otros lugares, levantamientos obreros, propiamente dichos. Las teorías socialistas apenas han penetrado. No se plantea, pues , el problema social, como en otros lugares.

En conjunto no se da el pauperismo entre los obreros, sin embargo afecta a una buena parte de la población, sobre todo en ciertos barrios en los que se concentra la miseria.

Es revelador el informe enviado a Mons. de Mazenod, en 1839, por el párroco de los carmelitas.

2.- Acción pastoral de Mons. de Mazenod.

En su acción pastoral, el Obispo de Marsella mantiene su carácter tradicional. Aunque centre su pastoral en la parroquia, que ha dado tantas pruebas de solidez y de eficacia, los mismos historiadores reconocen hoy que, durante la Revolución, gracias a ella se sostuvo la religión, mediante el ministerio tan especial de la palabra.

Por eso insiste en la gran importancia de este ministerio. Se trata de remediar la ignorancia religiosa y la indiferencia, los dos grandes males de su tiempo. Había que sustituir a la indiferencia por la fe y despertar las convicciones adormecidas. Se trata de exhortar a los tímidos que se detienen ante el respeto humano. Se trata de sacudir a los pecadores para acercarlos a la conversión, recordándoles las verdades eternas.

En sus sermones y pastorales, el prelado no se cansaba de insistir en estos grandes temas que tenía muy madurados.

Pero el Obispo no se deja arrastrar al tipo de acción apostólica que había practicado, con preferencia, en su juventud. Mons. de Mazenod, gracias a su sentido tan despierto de la adaptación que caracteriza a este improvisador, no es exclusivista. Sin descuidar los temas que le son familiares, sus mismas cartas pastorales revelan el constante cuidado de permanecer siempre pastoral, poniéndose al alcance de todos. Su estilo es reflejo de la época en la que no contaban mucho las formas literarias. Arrastra por su movimiento y su claridad y se hace accesible a todos.

No se preocupa en absoluto de cultivar el estilo. Para él cuenta una sola cosa : llegar a las gentes de su buen pueblo; para él es para quien escribe. Para él habla también y quiere que se hable. ¡Fuera los grandes sermones en los que se complacen en los púlpitos de las grandes iglesias los predicadores famosos!

El Obispo de Marsella los detesta y en sus notas íntimas ridiculiza a los autores con una ironía que roza la burla.

Escribe en la tarde de Navidad de 1838 : "Nuestras vísperas han estado bien, pero el predicador nos ha martirizado"... Describe todo el tejemaneje de la pérdida de memoria, la vela que necesita para buscar la palabra, etc. Y Concluye : "Cuando se tiene la manía de no predicar más que para ganar 9 francos, no se inspiran otros sentimientos y pensamientos en aquellos a los se apalea durante tres cuartos de hora con un insípido discurso, despachado de la manera más tonta del mundo. Después podrá decir que se es predicador ordinario ¡y tan ordinario! del rey. No pasa de ser un pobre orador".

Por su cuenta, Mons. de Mazenod daba ejemplo no solamente de celo por anunciar la palabra de Dios y evangelizar a su pueblo, sino también con el modo que empleaba para convencer y emocionar. Con todo, a veces, violaba la regla que él mismo había dado a sus misioneros : ¡No seáis demasiado largos! El podía permitirse esta excepción porque siempre tenía a su auditorio sin respirar. El prelado sobresalía, sobre todo, con el auditorio más interesante pero más difícil de todos : los niños.

Con motivo de las visitas de confirmación, se hacía escuchar durante una hora, sin que nadie se moviera. Atribuye el mérito a la lengua provenzal que empleaba porque era más familiar a esta inquieta asistencia y abundaba en maravillosas imágenes y ejemplos. El éxito se repetía en la población rural.

En Caillols, los paisanos no podían callar su admiración : "Es un placer ver a nuestro obispo hablando nuestra lengua", decían. Y como ellos creían que

"hacia un gran esfuerzo", añadían con énfasis, expresando su admiración : "Para que hombres así, hablen provenzal, hace falta genio".

"Sería feliz, añade el Obispo, si tuviera el genio de poder llegar a sus corazones para hacer que amen al divino Maestro que yo les predico con toda la sencillez que puedo. Es para mí un verdadero consuelo instruir y catequizar a estas buenas gentes del campo".

Por esencial que fuera el papel que Mons. de Mazenod reservaba a la predicación en la acción pastoral del Obispo y del párroco, sigue cultivando las misiones como "medio tal vez único" de recristianización. Para él son el complemento indispensable del ministerio parroquial. En repetidas ocasiones, sus pastorales tratan el tema tan querido por él.

La pastoral de 1839 dedica un largo pasaje a recoger "el aserto anticatólico" del ministro de Cultos que se atrevió a decir "en plena Cámara de diputados que las misiones no eran cosa buena".

La pastoral de 1844, reservada totalmente a sus queridas misiones, es una de las más vibrantes y más calurosas. En ella, el Obispo agradece al Señor el haber honrado, hace tiempo, su carrera sacerdotal, llamándole a ese ministerio que ha desempeñado con gusto, y por "darle una familia santa, una posteridad espiritual de obreros evangélicos... su corona y su alegría".

A esta forma de apostolado que llena su juventud, y por la que tiene predilección, quiere permanecer fiel el prelado.

Por eso quiso que su escudo episcopal anunciara, como quien dice, lo que él seguía siendo : miembro fiel y feliz y padre del instituto religioso, fundado por él y dedicado a las almas más abandonadas.

Escribe al P. Courtés el 7 de enero de 1838 : "Habrás visto que no he renunciado a mi condición de fundador y Superior de nuestra querida Congregación. Aunque la prudencia quiso que, para tranquilidad del futuro, yo no tomara ostentosamente un título que hubiera tenido inconvenientes, yo quise juntar sus armas con las de mi familia, y verás la cruz de misionero brillar mucho más que mi escudo y el lema tan precioso que distingue a nuestra Congregación, dominar por encima de todo. Explicáselo a quien quiera saberlo. ¡Nada de tergiversaciones en este asunto! ¡Son armas que hablan!".

Más aún que el simbolismo del escudo de armas tan elocuente, su empeño por acudir a las misiones aclara la parte que él destinaba a éstas en su pastoral. No se da ninguna en su diócesis sin que él presida, por lo menos, la clausura y la procesión final, para izar la cruz. A veces se desplaza hasta las diócesis vecinas, animando con su presencia a sus querido Oblatos. Nada le detiene en esos casos : ni sus ocupaciones absorbentes, ni el estado de su salud, ni las intemperies. A pesar de la irritación de sus pulmones, que le hace escupir sangre, el prelado entrega su persona, y con su elocuencia y con todo su corazón proclama al aire libre las conclusiones de estos santos ejercicios.

En la diócesis de Marsella las misiones tienen el mismo éxito que en los hermosos tiempos de la Restauración.

En cambio, en los Alpes Bajos, los Oblatos tropiezan con la indiferencia y se desaniman.

En la diócesis de Aix, Mons. de Mazenod lamenta un debilitamiento general, comparando los resultados con los obtenidos en otros lugares, en la misma época y en la misma región en tiempos de su juventud sacerdotal. Puede que esos fracasos relativos respondieran más bien a una evolución religiosa, que a las adaptaciones intentadas por los Oblatos.

Aunque favoreció a sus religiosos con una preferencia paternal, no les concedió el monopolio de las misiones parroquiales.

Tiene una preferencia un tanto original por el P. Loewenbruck, espiritano.

El Obispo apreciaba tanto el modo de predicar del espiritano que, para retenerlo, procede, si hace falta, con autoridad y de modo expeditivo, e incluso poco caballeroso. La anécdota siguiente que lo pinta al vivo, merece ser citada íntegramente.

Cuenta Loewenbruck : "Tenía que trasladarme de Marsella a Grasse, cerca de Niza, donde había prometido predicar la cuaresma. Pero Mons. de Mazenod, viendo el mucho bien que había hecho en su diócesis con las dos misiones consecutivas que acababa de dar en diciembre, enero y febrero de 1844, quiso, a toda costa, retenerme tres meses más para acabar de explotar la buena vena en que me encontraba. Le expuse mi compromiso con Grasse. "Yo me encargo de arreglarlo", me dice. En seguida, con su celo grande y ardiente fue a ver al cura de S. Martin y le dice :

- Es necesario que comprometas a Loewenbruck para que te predique una misión durante la cuaresma.

- Pero él me ha prometido la cuaresma de 1847.

- Lo necesitas ahora, le dice. Conviene aprovechar este momento favorable. El atrae a las multitudes y llega a interesar, cautivar e impresionar muy favorablemente.

- Pero, Monseñor, yo he contratado a un Padre jesuita de los más distinguidos para esta cuaresma y llegará mañana de París. No puedo hacer el desprecio o la tontería de rechazarle.

- Yo me encargo de solucionar el asunto. Ven conmigo, en mi coche.

Llegados ante la casa de los jesuitas, el Obispo, sin bajarse, mandó llamar y subir a su carruaje al P. Superior y allí, en presencia del Sr. Cura, le dice :

-Padre, tengo que pedirle un favor. Vd. prometió al señor cura, aquí presente, al P. Marquet para predicar la cuaresma en su iglesia. ¿No se prestaría Vd. a hacer un cambio, es decir, enviar a dicho Padre a predicar la cuaresma en la antigua catedral de Grasse, para que yo pueda retener en Marsella al misionero Loewenbruck, para que dé una misión en S. Martín, desde ahora hasta Pascua?

El Superior hubiera querido decir que no, pero, viendo al Obispo tan decidido, se vió obligado a decir que sí, poniendo buena cara, pero contrariado, puesto que, en vez de enviar a Grasse al célebre P. Marquet sólo envió a una persona insignificante, lo cual disgustó mucho al cura de Grasse, como me dijo más tarde, cuando me ví con él en su casa".

3.- Manifestaciones de devoción en Marsella.

Fiel a los métodos tradicionales a los que, en las misiones, atribuía una eficacia casi "ex opere operato", Mons. de Mazenod desconfía de la fuerza de las procesiones espectaculares y triunfalistas, tal como se desarrollaban en Provenza.. Temía que su aparato, demasiado externo, perjudicara a su carácter exclusivamente espiritual.

Algunas, desde luego, daban plena satisfacción, como la de S. Cannat, a la que el Sr. párroco le invitó para la fiesta del Rosario.

Escribe : "Acepté gustoso y no quedé descontento, porque era un bello espectáculo, a los ojos de la fe, ver al primer pastor, con mitra en la cabeza, recorrer las calles de la ciudad, siguiendo a un gran número de fieles de ambos

sexos, rodeado de sus sacerdotes, rezando en voz alta y recitando el rosario con el clero y el pueblo, sin sentir apocamiento por llevar el rosario en la mano. Yo me sentía padre de esta multitud y me encontraba completamente en mi lugar".

Lo pintoresco de otros cortejos infinitamente más pomposos le satisface suficientemente. Es el caso de la procesión que, desde El Calvario a La Mayor, el 26 de marzo de 1838, acompaña a una nueva estatua de la Virgen que sustituía a la horrible escultura que había mandado hacer el bueno de Sr. Bernard.

Sin despojar demasiado a las procesiones de todo lo que era atractivo para sus fieles marseleses, Mons. de Mazenod prohibió en la del Corpus, ciertos elementos demasiado profanos que tenían más de folklore que de auténtica liturgia.

Sin embargo tuvo que aguantar durante mucho tiempo todavía al buey que, lleno de lazos o cintas, engalanaba el cortejo, desde tiempo inmemorial, en el día del Corpus.

Como buen provenzal, aunque desearía más piedad y oración, Mons. de Mazenod comprendía, mejor que cualquier otro obispo venido del norte o del este, lo que había, en el fondo, de emotivo en la cordial familiaridad de esta buena gente para con el padre espiritual de sus almas, para con su querida Madre y para su Dios.

Aunque por su propia autoridad Mons. de Mazenod amputaba de las procesiones marselesas ciertos aditamentos de color local y verdaderamente condenables, bajo ningún pretexto intentaba combatir al galicanismo mediante la liturgia romana, ni suprimir lo propio de la diócesis, eliminando los actos consagrados por una devoción secular.

Su reacción fue muy viva cuando aparecieron en 1840 y 41 las "Instituciones Litúrgicas" de Dom Gueranger. Aunque el prelado no se declara directamente contra el autor, al menos se le ve firmemente resuelto a defender las tradiciones de su Iglesia "en lo que respecta a su fundación y al comienzo de su episcopado".

Contra las alegaciones de su colega de Orleans, que coloca entre las "leyendas la venida de S. Lázaro con sus hermanas y S. Maximino y su apostolado en Marsella", Mons. de Mazenod arguye con lo que al respecto dice el "Oficio Romano", que es una herencia histórica.

Mons. de Mazenod pisa terreno más seguro, sacando del olvido a uno de sus predecesores, S. Sereno que atribuyendo la fundación de su diócesis a Lázaro de Betania, al que Jesús amaba.

Para traer su recuerdo a la memoria y para que reciba honores, el prelado pide a su colega de Verceil, que guardaba los restos de este santo, que le ceda algunos fragmentos para reemplazar a los que ya poseía La Mayor antes de la Revolución. El, en persona, viaja al Piamonte, a Briandate, los obtiene y los lleva consigo.

Su "Diario" hace un relato extenso de este viaje y de las fiestas habidas con ocasión de la apertura de la caja. Las de Marsella que comenzaron el 8 de agosto, continuaron el 9 con el oficio pontifical y una suntuosa procesión.

3 .- Obras de caridad y de preservación.

Todo es tradicional en el modo de llevar estas obras pastorales. Aún siendo fecundas y diríamos indispensables en su conjunto, Mons. de Mazenod se da perfecta cuenta de que son insuficientes.

Su preocupación mayor se centraba en el pobre pueblo, más aún que las miserias morales, mal común de las grandes ciudades, le preocupaba y angustiaba el alejamiento de la religión. "La impotencia para llegar a tanto número de almas como encontraba, el dolor de verlas perderse sin poder sacarlas del vicio ni ayudarlas a salvarse, me producía una gran pena, un disgusto de ser pastor de un rebaño en el que hay tantas ovejas ajenas a su pastor".

Por otro lado, aún en las parroquias más miserables, como la de los carmelitas, el pobre pueblo ¡tiene tan buen corazón! Muchas veces lo destaca Mons. de Mazenod con emoción, después de haber estado confirmando a domicilio a niños en peligro. Y más que sus demostraciones de piedad, emocionan profundamente al prelado las ayudas de toda la vecindad a las familias que sufren. Apunta : "Por tercera vez en esta semana fui a confirmar a nuestros peores barrios. Siempre salgo edificado de estas pobres viviendas en las que reina la miseria, atenuada por la caridad más solícita. Es cosa verdaderamente admirable ver tantas gentes buenas que van al lado del enfermo de su barrio para atenderle".

De entre las obras caritativas, el prelado da una importancia primordial a las obras de caridad propiamente dichas. Para él es especialmente obra de la Iglesia. Quiere reaccionar contra la laicización de lo asistencial. Quiere que los católicos intervengan en las obras de caridad y las mantengan dentro de su carácter confesional. De ahí su esfuerzo por sostenerlas y acrecentar su eficacia. Cuenta con el clero que, sobre este punto, está en perfecta comunión de ideas con su obispo, y con la incansable generosidad de sus diocesanos a los que no cesa de alentar.

Existen dos instituciones una oficial y otra privada para aliviar la miseria marselesa : el Centro de Beneficencia y la Sociedad de Beneficencia y Caridad. El centro de Beneficencia dependía del ayuntamiento, repartía sus socorros entre dos categorías principales, de acuerdo con las tradiciones locales : los llamados de la Misericordia Mayor, destinados a socorrer a los pobres vergonzantes, visitados a domicilio, y los de la llamada Misericordia Menor, que atendía a los miserables que exponían públicamente su necesidad.

Ambas prestaban a los sacerdotes, cada año, dones en dinero o en especie, cuya distribución quedaba a la libre disposición de los mismos. En 1842, la administración de la Misericordia Mayor, alegando la falta de fondos, suprimió los socorros anteriormente acordados a los titulares de las parroquias.

Mons. de Mazenod insiste en que las parroquias aseguren la continuidad de los beneficios que prestan a la clase indigente y quiere fundar un centro de religiosas que visitarían a los enfermos pobres, les distribuirían los socorros a domicilio, y estarían encargadas de dar gratuitamente remedios a los que no pudiesen comprárselos en otra parte, y que no tienen otro recurso que acudir a su párroco para obtenerlos.

Esta fundación molestó a los administradores de la Misericordia Mayor, el Obispo les contestó que no pretende destituirles de su "benéfica administración" sino simplemente crear un complemento.

El prelado sigue adelante con su plan y el 24 de enero de 1843 instala solemnemente a las primeras Hermanas de S. Vicente de Paúl. Se supone que la Misericordia Mayor superó sus prevenciones porque, pronto dichas Hermanas quedaron encargadas oficialmente por el Centro de Beneficencia municipal del reparto de socorros. Lo mismo ocurrió con la Sociedad privada de Beneficencia y de Caridad.

En 1845, la creación de una nueva congregación, la de las Trinitarias de Santa Marta, fundadas por Margalhan-Ferrat, se dedicará en la ciudad, al mismo ministerio, fin esencial de su congregación.

A estas obras de caridad pueden añadirse orfelinatos, la Obra de la Providencia y la de los huérfanos que continuará, recogiendo muchachos y muchachas.

Una cuarta obra, la del Angel de la Guarda, se suma a las precedentes en 1830 y se reserva para ella a los descendientes de familias burguesas arruinadas que, hasta entonces, nadie se había ocupado de socorrer.

Mons. de Mazenod se siente particularmente satisfecho de la tercera. "Hay motivos para hablar de milagro", escribe el 4 de junio de 1839, después de presidir la asamblea de 475 señoras patrocinadoras y de haber oído el informe del abate Fissiaux.

El prelado estuvo muy inspirado al confiar las hijas pobres a un hombre tan sacrificado, tan lleno de iniciativas y también de equilibrio y organización. Con Timon-David, al que él llamaba "el excelente Fissiaux", será el mejor y más apreciado presidente de la Obra. "Reune las más felices iniciativas para obras buenas de cualquier género y una actividad poco común para llevarlas todas de frente. Pero lo que nunca alabaré demasiado es el olvido de sí mismo, que le aleja de hacerse valer, y la deferencia que le lleva a no emprender nada sin consultarme y de acuerdo conmigo".

Como prueba de confianza el prelado le nombró canónigo honorario de la catedral en 1839.

El celo arrastra a Fissiaux a intentar nuevas creaciones y sobre todo se le debe todo La Penitenciaría industrial y agrícola de Marsella. Sin duda se necesitaba mucho valor para lanzarse a esta última empresa a la que se decide por orden formal de Mons. de Mazenod, con el fin de rescatar a los jóvenes detenidos, de la contaminación de la cárcel.

¿En qué estado le llegarían los primeros muchachos, que los instaló en un local provisional? El mismo nos lo dice: "Trajos deteriorados cubrían malamente los miembros esqueléticos de estos desgraciados detenidos. Sus brazos tan jóvenes y frágiles todavía, tenían las señales de las cadenas con que habían estado cargados; los pies ensangrentados y el pelo en desorden. Insectos asquerosos los roían. Todos habían contraído una enfermedad vergonzosa, triste fruto de hábitos deplorables y de comunicaciones infames con monstruos... No había en el alma de estos degradados ningún sentimiento de religión ni de probidad". Todos estaban "decididos a rechazar los medios que queríamos emplear para atraerlos al bien y para iniciarlos en métodos de orden, de trabajo y de honestidad".

Los principios fueron muy penosos. Durante más de un año se daba una rebelión por semana. Poco a poco Fissiaux fue clarificando su método y perfeccionando su organización. Pronto se vieron los progresos, gracias a una sabia distribución del trabajo, teniendo en cuenta las condenas que pesaban sobre ellos y las aptitudes de cada uno.

El 10 de abril de 1845, después de una visita a la Penitenciaría, en la que celebró la misa, distribuyó la comunión y confirmó, Mons. de Mazenod resumía en

una frase su impresión : "En resumen, la mañana ha sido muy consoladora y completa". Para dar seguridad a la obra, había autorizado a su querido Fissiaux a fundar la Congregación de S. Pedro ad Vincula, para dirigir esta empresa tan delicada. El mismo se ofrece a imponer personalmente el hábito a los primeros novicios de esta comunidad naciente.

La casa de Acogida, abierta nuevamente en 1820 y destinada a mujeres de mala vida, proseguía su tarea de saneamiento. Las visitas episcopales y los documentos no señalan otras intervenciones notables, durante el episcopado de Mons. de Mazenod, que el cambio, en 1838, de las Hermanas de Sto. Tomás de Villanueva, que la dirigían entonces, por las religiosas del Buen Pastor.

Unida a las obras de caridad y de preservación, está la Obra de los Pequeños Saboyanos, venidos a Marsella, para deshollinar las chimeneas.

Además de la miseria material, esos pequeños sufrían por el aislamiento de su vida errante. Mons. de Mazenod se interesó por ellos hasta meterlos en su palacio.

El sacerdote Caire quedó encargado de agruparlos en una obra que sería la suya propia.

El prelado califica de "gran día de consuelo" aquel en que la capilla de la Misión de Francia le recibe para presidir la primera comunión de estos pobres muchachos y conferirles la confirmación. La Obra de los Pequeños Saboyanos sobresale en su época.

La Obra de las criadas, está más próxima a nuestras preocupaciones modernas.

Desde hacía mucho tiempo, Mons. de Mazenod estaba preocupado por arrancar de los peligros de la calle a las jovencitas que llegaban desde sus montañas, inconcientes del peligro que iban a correr en el asfalto, al ser despedidas por sus amos. Por fin, en 1841, logra crear el centro que anhelaba.

Las religiosas de la Esperanza, venidas de Burdeos, comparten la dirección juntamente con el cuidado de los enfermos a domicilio. La casa no se limita a recoger a las sin trabajo, sino que se preocupa también de procurarles empleo en condiciones dignas en lo moral y material.

Se juzgó conveniente separar la obra de las empleadas y la del cuidado de los enfermos. La comunidad de la Esperanza se retira, por lo tanto, para establecerse en otro lugar y dedicarse únicamente a los enfermos. Las Hermanas de la Compasión, dirigidas por el jesuita P. Barthés, toman a cargo la primera en 1845. "Para esto, esencialmente adopté esta nueva Orden, o mejor dicho, la dejé formarse bajo mis auspicios y mi autoridad", anota en su "Diario" el Obispo de Marsella.

5 .- Hacia la especialización de las Obras.

La Congregación fundada por los Padres jesuitas bajo el patronazgo de Sta. Ana se especializa en la recristianización de una profesión y un medio esencialmente populares y típicamente marselleses. Todo contribuye a manifestar su originalidad : lo pintoresco de las pescadoras que agrupa, y la personalidad atrayente y curiosa de Isabel Pecout, alias Babeau, de quien parte la iniciativa de la fundación.

En 1843 surge una noticia que revoluciona todo el mercado. Babeau, la reina de la Halle, acaba de convertirse, oyendo en la Trinidad al P. Barrelle que predica sobre el hijo pródigo. Acto seguido, se separó de su hombre, el cochero José y pone fin a una situación irregular.

Ella misma se encarga de confirmar lo que se dice, explicando a sus clientes y compañeras cómo el Padre la había conquistado, sobre todo por su mímica, sus grandes gestos y su vocabulario habitual al que la gracia no había arrebatado su lozanía.

¿Cómo no creerla cuando, en reparación de su vida anterior, la nueva penitente pide perdón a sus compañeras, no solamente de sus malos ejemplos sino también de sus pasadas violencias?

Esta terrible mujer, dotada de una fuerza atlética, se había ganado el título de reina por la energía de sus métodos a los que recurría para poner fin a los altercados tan frecuentes en el mercado. Sus puños descargaban sobre el más agresivo, amén de las injurias que rompían la más elemental honestidad. "Hacer entrar en razón a una mujer, decía ella, para mí no significa nada; pero aplastar a un hombre con mis golpes y cuando él esté derrumbado, golpearle a mi placer, eso es cuenta mía". Conviene añadir que Babeau no debía su prestigio sólo a su fuerza golpeadora; se la conocía también como justa y de gran corazón.

La reina de la Halle, convertida, va a continuar reinando en el mercado pero, en adelante, sin necesidad de intervenir con los argumentos anteriores. Sus ejemplos y exhortaciones son apostolado; sus arbitrajes bastan para apaciguar las querellas. Babeau hace, al principio un proselitismo individual llevando gente y más gente al confesionario del P. Barrelle. Ante la afluencia de penitentes, este último se convence de que, para asegurar la perseverancia y suplir la falta de instrucción religiosa, hacía falta encuadrarlas en una asociación. Así nació la Congregación de Sta. Ana que agrupaba a 900 mujeres de la Halle en 1845 y en donde la reina de la casa asumía las funciones de directora con su ardor acostumbrado y un sentido muy justo de la psicología, bastante especial en este ambiente tan marsellés.

Hasta qué punto era necesaria la Obra, lo constata Monseñor en su "Diario" : "Nunca me hubiera imaginado que existían tantas mujeres del pueblo viviendo lejos de los sacramentos", escribe en marzo de 1845, después de haber confirmado a varias de ellas.

Algunos meses más tarde, el prelado anota con satisfacción los resultados obtenidos : "Misa en la Misión de Francia para la congregación de mujeres del pueblo, vendedoras de comestibles, pescaderas, etc... Di la comunión durante más de una hora a estas buenas mujeres que, hoy día, son motivo de edificación para la ciudad.

"Han movido más de cien cajas durante el día. A las 5 volví para bendecir la bella estatua de Sta. Ana que ellas habían encargado. Por la mañana y por la tarde les hablé en provenzal con gran satisfacción suya. Por la tarde, tuve que contener el entusiasmo de esa multitud de mujeres que se pusieron a gritar cuando terminé de hablarles : "¡Viva Monseñor!". Les di la bendición con el Santísimo".

El cochero José, abandonado por Babeau, también se convirtió y poco después su reina y él se casaron. José que, desde luego, no llavaba la dirección de la casa, se dejó convencer por su legítima esposa, inspirada por el P. Barrelle, para formar también él, una asociación paralela a la de Sta. Ana : la Conferencia de S. José que agrupaba en 1847 a un millar de obreros. Los miembros de la asociación se reunían todos los domingos "en la iglesia de la Misión para orar juntos, cantar alabanzas al Señor y escuchar una charla religiosa" que les ponía

al tanto de sus deberes. "El primer domingo de cada mes, una comunión general reunía a un gran número ante el comulgatorio".

El P.Barrelle dirigió también un Círculo de hombres, destinado a señores de la alta sociedad, que pretendía hacer "un núcleo de católicos generosos, empapados de Evangelio, dispuestos a tomar parte activa en la lucha por el bien y contra el mal, y luchó mucho para que no se desviara de su objetivo, hacia una actividad demasiado profana.

Creó también una Congregación del Niño Jesús, para inspirar a los niños una tierna devoción al "Bambino" de la cuna.

6.- Acción en favor de los obreros.

Queda una última categoría : las obras destinadas a la formación cristiana de la juventud.

El Obispo de Marsella no era partidario de las organizaciones ruidosas, prefería obras como la del abate Allemand o del abate Caire, que dieron paso a obras que abarcaban campos más amplios.

El abate Caire fundó bajo el patronazgo de San Rafael una obra para niños y adolescentes de la clase obrera, añadiendo progresivamente talleres para la formación técnica de aprendices. Hombre de iniciativas, pero poco organizador la obra fracasó.

Otros, los abates Isnard y Julien, tomándola como base fundaron "una asociación de cien señores" que con donativos y préstamos, permitiera una instalación decente. Pidieron una subvención al ayuntamiento, que fue denegada, con argumentos que ponían en entredicho las intenciones y el celo del clero. El Obispo, en ausencia del prefecto acude al ministro de Justicia, para defender la obra y al clero.

No se desanimó el abate Julien : compra el inmenso espacio de La Loubiere, para el desarrollo de su obra, tiene la idea feliz de realizar el género tan provenzal de las pastorales de Navidad, curiosa mezcla de lo cómico y sagrado, y funda en Marsella el 17 de enero de 1847 la Obra de San Francisco Javier, movimiento apostólico para la clase obrera; en diciembre de 1847 hay 800 obreros inscritos.

El abate Timon-David que cooperaba en la obra veía que descuidaban demasiado la disciplina más elemental y anteponía, a la formación cristiana las demostraciones externas, se separó para fundar su propia obra para la juventud obrera, que tendrá una organización más seria y con la protección de Mons. de Mazonod, logrará abundantes frutos.

La plaga de los concubinatos, sobre todo en los barrios pobres, preocupaba al Obispo y al clero de la ciudad; se introdujo la obra de San Francisco Regis.

Las estadísticas hechas sobre los resultados obtenidos del 1 de mayo de 1838 al 31 de mayo de 1848 hablan de 2.633 expedientes abiertos, 2.053 matrimonios realizados, 247 en curso, 363 imposibles, y 658 niños legitimados.

Se introdujo también en Marsella la obra de las Conferencias de San Vicente de Paúl, a las que prestaron cobijo los Oblatos en el Calvario

7.- Las Congregaciones religiosas.

Al desarrollo de esas obras, se unen las Congregaciones Religiosas. Diez se establecen en la diócesis en este período. Ocho se dedican al apostolado : Damas de Nazaret (1837), Hermanas del Buen Pastor (1838), Padres Jesuitas (1839), Hermanos de S. Pedro ad Vincula (1839), Hermanas de la Esperanza (1841), de San Vicente de Paúl (1843), de la Compasión (1844), Trinitarias de Sta. Marta (1844).

Otras dos, dedicadas a la contemplación : las Hermanas Víctimas del Sdo. Corazón (1841-42) y las Minimesas (1842), se suman a las carmelitas, las salesianas, las capuchinas, para dar fecundidad al trabajo apostólico con la penitencia y la oración.

Como fundador de una Congregación, Mons. de Mazenod no compartía para nada las prevenciones de los seculares. No contento con dar una buena acogida a los institutos religiosos que, espontáneamente, le ofrecían su colaboración, con mucha frecuencia, se adelanta él a llamarlos. En lugar de ver una diversidad excesiva, el prelado estimaba que su fin y su espíritu respondía todavía insuficientemente a tantas necesidades.

De ahí que, por principio, secunde las iniciativas de aquellos que querían crear otras nuevas o restablecer en Francia las Ordenes suprimidas por la Revolución. Leemos en su "Diario" : "Mi sistema es favorecer el celo de todos aquellos que quieren consagrarse a una vida de perfección... Esas diversas asociaciones, aunque no tuvieran más duración que la vida de aquellos que se consagran a Dios, harían siempre un gran servicio. ¿Y por qué no se puede esperar que ese bien perdure?".

Es un hecho que durante la época de 1837-1848 en la diócesis de Marsella hubo una recuperación de vitalidad. El mérito era sin duda de la oración, sin la cual la acción es estéril, al ejemplo dado por unos apóstoles seculares, al celo de unos sacerdotes emprendedores y valientes, pero también al dinamismo sobrenatural del Obispo que arrastraba a los fieles y al clero.

8.- Una obra misionera : la Propagación de la fe.

La tarea ya cumplida era suficiente para llenar la actividad devoradora del prelado. Una diócesis tan difícil, tan compleja era campo bastante extenso como para contentarse con él. Su alma que "desborda de catolicismo", como escribirá más tarde, aspira, ya desde el seminario, a servir con su entrega y con su celo no sólo a los desheredados de su diócesis, sino también a los pueblos lejanos que aún no han recibido la buena noticia del Evangelio. Su caridad episcopal no debe quedar ajena a las preocupaciones apostólicas de su obispo. Por eso, en lugar de encerrarse en sí mismo ensancha sus horizontes y su irradiación, su caridad le lleva a colaborar activamente a la Propagación de la Fe.

Escribe : "La Obra de la Propagación de la Fe es hoy por hoy el único recurso de las misiones extranjeras. Y sin embargo hay que remontarse bastantes siglos atrás... para encontrar de nuevo una parecida expansión del reino espiritual de Jesucristo... El universo está invadido por hombres de Dios que van a llevar a todas las playas la Buena Nueva... y Francia ocupa la primera y la parte mayor".

Estas llamadas encontraron eco. Una organización más perfeccionada permitió aumentar progresivamente el número de colaboradores. Ya en 1837, por la proporción de las suscripciones, Marsella, entre las diócesis de Francia, ocupaba el tercer lugar : 1 por cada 34 habitantes. En 1838 pasa al primer puesto, con 1 entre 24.

En 1839 el total recaudado es de 21.164 francos en la ciudad, y 4.980 en el resto de la diócesis. En 1842 son 27.219 francos en la ciudad y 7.442 en el resto de la diócesis. En 1846 hay un aumento general, con 28.546 y 10.478 respectivamente.

Estos datos de estadística prueban que la generosidad marselesna traspasaba el marco local para ayudar a la evangelización de los países infieles. Prueba también que Mons. de Mazenod, cuyo corazón desbordaba de "catolicismo", había comunicado a su clero y a sus fieles su ardiente preocupación por la difusión de la fe.

Capítulo IV

LAS FUNDACIONES MISIONERAS EN AMERICA DEL NORTE

1.- Una larga espera.

El celo ardiente y la actividad incansable de Mons. de Mazenod no se contentan con animar, regir y organizar la diócesis. Simultáneamente se entrega a dirigir y desarrollar la Congregación de los Oblatos. Tanto interesa al prelado lo segundo como lo primero. ¿No se había comprometido a administrar la Iglesia de Marsella como vicario general de su tío, para salvar a la pequeña sociedad de Misioneros, proporcionándola un apoyo episcopal y un punto de partida? ¿No había aceptado el episcopado y, luego, la sucesión de Mons. Fortunato para continuar consolidando su obra a la que quería de corazón? Con sentido de responsabilidad llevará pues "pari passu", esa doble tarea, sin inclinarse ni por una ni por otra.

Pero, si bien la intención respeta el "pari passu", el orden de las realizaciones sufre un desfase hasta el año 1841.

Mientras la diócesis de Marsella se consolida y desarrolla sus estructuras, la Congregación de los Oblatos no progresa mucho. El dinamismo del Fundador que adivina para ella un campo de acción cada vez más amplio, tropieza con unos obstáculos y unos fracasos que impiden la expansión. Bastante hizo con lograr que sobreviviera cuando desaparecían la mayor parte de las comunidades locales de misioneros, agrupados bajo la Restauración para un apostolado muy parecido.

Desde 1834 se crearon cuatro nuevas casas : dos en Córcega (el seminario mayor de Ajaccio y Vico), Ntra. Sra. de l'Osier, y Ntra. Sra. de Lumieres; y se mantenían las 4 anteriores : Aix, Ntra. Sra. de Laus, el seminario y el Calvario de Marsella. El desarrollo queda reducido al sureste. Por eso mismo, el reclutamiento, que en esa región no tenía condiciones muy favorables no atrae candidatos y da bastantes preocupaciones. En 1840, después de 24 años, los efectivos no pasan de 41 sacerdotes y 4 hermanos conversos.

Por eso, Mons. de Mazenod no cesaba de buscar salidas que evitaran el peligro de un ahogo fatal. En 1845 escribe todavía a Courtés que es absolutamente indispensable extenderse "para no morir de nuestra hermosa muerte". El Fundador podía aprovechar todas las ocasiones e, incluso, provocarlas, pero ningún país de Europa se abría. Algunos como el Piamonte y Suiza, se cerraban. En Francia quedaban 78 diócesis en las que sus religiosos no podían entrar.

Esta situación de bloqueo decide poco a poco a Mons. de Mazenod a mirar fuera de Europa, volviéndose, cada vez con más fuerza, a sus objetivos primitivos.

Igual que su amigo Janson, en el seminario de S. Sulpicio, había pensado, en un momento, dedicarse a las misiones en países paganos. Pero quieto en su propio país por obediencia a Pío VII, el joven sacerdote se había decidido, en 1815, a evangelizar allí mismo a sus compatriotas, "domesticos fidei". Su objetivo, reducido a las misiones populares, se limitaba, además, a Provenza cuya recristianización exigía predicación en provenzal. Eso le llevó a crear una sociedad local de misioneros, en lugar de agregarse a los Misioneros de Francia.

Así lo habían querido las circunstancias, que el P. de Mazenod sabía interpretar siempre como indicaciones de la Providencia. Con el cambio de circunstancias, ¿no habría llegado el momento para él de romper el círculo demasiado estrecho en el que había tenido que encerrarse y seguir su inspiración inicial, dejada a media luz, hasta que sonara la hora de Dios?

La primera redacción de las Reglas ya nos revela, después del fin inmediato asignado provisionalmente

a la Sociedad de Misioneros de Provenza, un segundo plano lejano que presagia un futuro, abierto a la inmensidad del mundo: "Dado su pequeño número actual y las necesidades apremiantes de los pueblos que los rodean, los Misioneros de Provenza deben, de momento, limitar su celo a los pobres de nuestros campos", pero "su ambición debe abarcar, en sus santos deseos, la inmensidad de la tierra entera".

El Superior podía haber confesado que no sólo le faltaban los cooperadores necesarios; había otra carencia que le obligaba a no abarcar más que con "sus santos deseos" la inmensidad de la tierra entera. El P. de Mazenod sabía perfectamente, pero prefería callarlo, que sus primeros compañeros no pensaban lanzarse a misiones extranjeras, ni abrazar la vida religiosa. Para que su celo rebasara las fronteras de Provenza y hasta las de Francia, se imponía toda una preparación, como confirma la redacción de las reglas sucesivas y las conclusiones de los Capítulos Generales.

El Superior perseguía tan de cerca su idea, que la conquista de Argelia en 1830 y su nombramiento de obispo de Icosia en 1832, le movieron a ofrecer a sus hijos para África y para América del Norte. La Congregación romana de la Propaganda descartó esa proposición generosa. Sin dejarse engañar por los pretextos alegados, el Fundador se rindió. Aunque se sentía acosado por la idea de enviar a los Oblatos a tierra pagana, hizo suya la frase de Mons. Vincent (San Vicente de Paúl): "no atropellar a la Providencia". Y lo repetirá de diversas maneras y varias veces durante varios años: "Esperemos la hora de Dios".

Esa hora se acercaba a medida que en la Congregación se perfilaba y tomaba cuerpo un fuerte movimiento a favor de las misiones extranjeras.

El P. Albini se había ofrecido, en 1826, para "ir a países extranjeros". El P. de Mazenod le contestó entonces que "no había llegado el momento".

Cuando en 1830 se le ofrecieron unos voluntarios, a pesar de su gran deseo de lanzar a sus hijos a Argelia, escribía a Tempier: "El Señor nos manifestará su voluntad cuando El quiera; tratemos de cumplir sus designios; estoy asustado de nuestro pequeño número cuando pienso en una colonia".

Ahora bien, ese pequeño número que parecía un obstáculo insuperable en 1830, llega a ser, algunos años más tarde, un argumento decisivo. Aquí interviene el P. Guibert. El superior de Laus, "dispuesto a salir hacia países más lejanos", se convence de que los Oblatos tendrían en los Alpes un reclutamiento mucho más abundante, ampliando su campo de acción. "Si nuestra misión en África no prospera, le pido, mi reverendísimo Padre, que piense en las de Asia o América.

Es una auténtica necesidad de los tiempos. A una Congregación naciente le hace falta un elemento de estímulo; el reposo sería mortal.

"La mayor parte de los jóvenes que están aquí vinieron porque oyeron algo de nuestra fundación en países extranjeros. Luego cambian sus sentimientos y yo pongo toda mi alma en inspirarles una absoluta indiferencia. Pero permanece el sentimiento de las misiones extranjeras y es el que da ese impulso extraordinario que se acabaría en el momento en que esa perspectiva desapareciera. Al decirle esto prescindo, totalmente, de mis propios deseos".

Guibert insistirá sobre el tema con una perseverancia que encanta al P. de Mazenod, y trabajará para que, Laus se transforme en un semillero de misioneros. Decía a Courtés el 21 de noviembre : "No se desanima; es admirable su constancia en seguir adelante en su empeño".

Sin embargo, "la casa de ultramar" cuya fundación le parecía tan urgente para atraer candidatos "en abundancia", seguía sin fundarse. Todos los proyectos se venían abajo uno tras otro.

En 1835 el superior de Laus tuvo que salir del noviciado para hacerse cargo de la dirección del seminario de Ajaccio. ¡Enorme sacrificio! Necesitó mucha gracia y una "santa indiferencia" para obedecer la orden que lo mandaba a Córcega, cuando la de "salir para el otro hemisferio", la hubiese recibido "con toda alegría".

Aunque Guibert, por su valor, su espíritu de iniciativa, destacaba sobre todos los Oblatos, su celo por las misiones extranjeras coincidía ya entonces con el de toda la Congregación. "Todos los Padres de la Sociedad estarían dispuestos a seguirle", aseguraba en 1831 a su Superior General. "Basta que dé la señal y todos se presentarán para formar parte de esa santa expedición".

Diez años después, la disponibilidad de todos para ofrecerse para ir a Canadá, haría buena esa predicción.

2.- La aceptación de fundaciones en Canadá.

De Canadá, y de modo totalmente insospechado para quien la hizo y para quienes la recibieron, vino en 1841, la llamada que tanto tiempo habían esperado Mons. de Mazenod y sus hijos.

El 1 de junio de 1841 desembarca en el Havre el obispo de Montreal, Mons. Ignacio Bourget que iba a tener un papel muy importante en la historia religiosa de su país. Es un hombre joven, de 41 años lleno de actividad, lleno de ideas y sobresale por su valor y por su santidad. Su dinamismo contrasta con el "estado apático" que lamentaba todavía en 1844 Mons. de Mazenod en su colega de Quebec, Mons. Signay. Su espíritu, muy abierto, se enfrenta con situaciones sumamente complejas por la variedad de las razas, de las regiones, de las lenguas, de las condiciones políticas y económicas, de los antagonismos y trasiego de población. El prelado deseaba robustecer las estructuras eclesíásticas y, sobre todo, coordinar los esfuerzos de los obispos, demasiado aislados en sus diócesis inmensas y distantes.

Como sucesor de Mons. Lartigue en 1840, Mons. Bourget se había dado cuenta de las enormes dificultades de su "tarea agotadora" con tanta profundidad que se le acusó de pesimista. El comienzo de su episcopado coincide con una crisis muy seria que marca una etapa nueva en la política de anglicanización, fomentaba tenazmente por sus Majestades británicas.

Se trataba de un intento de unión entre el Bajo Canadá francés y el Alto Canadá inglés, y de aplastar al primero en una Cámara única con mayoría de

diputados obtenidos por el segundo. Peligraban las libertades, el respeto a su lengua y a su religión. Además se intensificaba una campaña protestante, se iniciaba por medio de la escuela una obra de segregación religiosa nacional.

Amenazaba otro peligro que dependía de la demografía. La población aumenta con la afluencia de elementos ingleses, protestantes escoceses y católicos irlandeses, favorecidos por el apoyo del gobierno. La población se dispersa por el campo, y por el aislamiento y la falta de ayuda religiosa se producía una desintegración más temible aún que la fomentada por la escuela.

El clero de Montreal bastante tenía con atender a las parroquias franco-canadienses. Faltaban sacerdotes para atender a la diáspora y sacerdotes de habla inglesa para los católicos irlandeses, muy numerosos en la región. Y había que reanudar las misiones entre los indios. La mayoría de las tribus quedaba abandonada en el paganismo y podría pasar al protestantismo si se dejaban ganar en velocidad por los pastores. ¿Cómo responder a tantas necesidades urgentes con tan escasos medios?

Se comprende que la tarea le pareciera abrumadora al joven Mons. Bourget. Sabía además, el trabajo que había que realizar en Montreal y aún en los pueblos, más protegidos contra influencias nocivas.

En la ciudad, el mayor peligro eran las ideas, ante las cuales el clero, que había hecho estudios precipitados, estaba en inferioridad. En el campo, donde la fe quedaba intacta y viva, la mayor libertad de costumbres, y sobre todo la borrachera, la mayor plaga, debilitaban la práctica cristiana. Sin embargo, a pesar de esas deficiencias, el fondo religioso seguía muy firme. El éxito prodigioso de las misiones predicadas en 1840 por Mons. Forbin-Jamson en las parroquias franco-canadienses, bastaba para demostrar cuánto se podía esperar de una campaña apostólica en ese ambiente tan apegado a su fe y a sus tradiciones. Había que continuar y agrandar esa experiencia que daba resultados tan fecundos.

Ahora bien, para ese ministerio indispensable, pero muy especial, el obispo buscaba inútilmente los sacerdotes necesarios en su diócesis. Para los "townships", los leñadores, los irlandeses, los colonos "squatters" y los indios se planteaba un problema insoluble en el lugar.

Después de haber reflexionado mucho sobre la situación general de Canadá, sobre la situación particular de su diócesis, bastante parecida a las demás, después de haber rezado y mandado rezar, se decidió a salir para Europa en busca de los obreros a los que esperaba una abundante cosecha.

El Obispo de Montreal, antes de salir maduró y fijó su programa, que afectaba a la Iglesia del Canadá y a su diócesis.

Llega a París, durante 10 días visita los centros religiosos de los que podía esperar alguna ayuda. Le reciben bien, pero sólo le prometen oraciones. Para una ayuda firme todos son desengaños.

Su programa incluye ir a Roma por mar y, para ello, se dirige a Marsella "desde donde sólo pensaba embarcarse para Civita-Vecchia". Llega el 20 de junio de 1841. Después de la misa celebrada en el seminario mayor, al querer saludar al Obispo de la diócesis, se entera por el P. Tempier de que Mons. de Mazenod es, a la vez, fundador y Superior general de una Congregación de misioneros, aprobada hace quince años por la Santa Sede. Tiene como fin trabajar por la salvación de los pobres y dar retiros y misiones, sin excluir las misiones lejanas.

Mons. Bourget, que ignoraba la existencia de los Oblatos, se pone en acción; comenta con Tempier que uno de los fines de su visita era justamente encontrar religiosos para misionar en la región de Montreal. Este le escucha

sonriente sin decir nada y lo acompaña inmediatamente a ver a Mons. de Mazenod.

Impresionado, en un principio, por el aspecto imponente del prelado, Mons. Bourget quedó conquistado rápidamente por su gran corazón. y por su bondad que le llenaron de confianza.

Por otra parte, todo coincidía para que se creara una corriente de simpatía entre los dos obispos que, en adelante, quedaron unidos por una amistad afectuosa y fraterna : idéntico espíritu sobrenatural, idéntico dinamismo apostólico para acometer las tareas más difíciles.

La petición de "cuatro misioneros" que evangelizaran al pueblo canadiense y, dado el caso, "llevaran su celo hasta los salvajes", sedujo a Mons. de Mazenod.

Pero aunque le distinguía siempre una intuición muy segura para discernir las ocasiones providenciales, el Obispo de Marsella pensaba y hasta dudaba, antes de decidirse.

Ya sucedió esto cuando se trató de fundar a los Misioneros de Provenza, de aceptar o rechazar la fusión con los Misioneros de Francia, de ir a Roma para solicitar la aprobación de las Reglas que había redactado para su Congregación.

En este caso, aunque su pronto era decir sí, el prelado prefirió dar tiempo, madurar el proyecto y consultar. Un asunto que afectaba tan seriamente al futuro de su Congregación y abría a ésta una orientación nueva, pero superaba abiertamente sus medios, no podía rematarse a la ligera.

Escribe en su "Diario" : "No me atrevía a responder al obispo de un modo positivo, pero le prometí que tomaría en serio su petición y que, a su regreso, le daría cuenta de los trámites que iba a hacer para apoyar su proyecto".

Mons. Bourget adivinó, sin dificultad, que su colega deseaba tanto como él, llegar a un acuerdo. Salió de Marsella sin certeza positiva, pero con algo más que una esperanza.

Mons. de Mazenod no perdió tiempo en decidirse. Le parecía necesario consultar a todos los miembros de su Congregación para tener su asentimiento. Escribe : "Se trataba de una misión lejana; hacía falta abnegación para emprenderla. Tenía que estar seguro de su adhesión".

Sin embargo, el Fundador no esperó el resultado de ese referendum general. Los superiores más próximos, convocados inmediatamente y los Padres presentes en Marsella, no contentos con exponer su propia adhesión, garantizaban "que no habría más que una palabra para acoger tan hermosa propuesta".

El 16 de julio escribe el Obispo de Marsella : "Respaldado en esa opinión y sin haber recibido la respuesta de todas las casas a las que consulté por medio de sus superiores locales, temiendo que, ante la incertidumbre de mi asentimiento, el obispo de Montreal se dirigiera a otra Congregación, para no dejar escapar la ocasión de formar, bajo tales auspicios, una fundación tan interesante, escribí inmediatamente a Mons. Bourget diciéndole que su propuesta estaba aprobada en principio".

Al regreso del prelado, se formalizarían los acuerdos definitivos. La garantía que Mons. de Mazenod esperaba, la recibió el 24 de julio, cuando le llegaron todas las cartas de los Oblatos, con una ratificación unánime y entusiasta.

El 5 de agosto, Mons. Bourget volvía a pasar por Marsella, tan contento con la buena noticia que, al comunicársela a su vicario general, había ordenado a éste cantar un "Te Deum" por el favor "que Dios ha querido hacernos". Los dos días que pasó con Mons. de Mazenod fueron para decidir, de común acuerdo, las

últimas disposiciones para el envío a Canadá de los cuatro religiosos prometidos. Estos convencieron más aún al Fundador de que su colega de Montreal iba a ser para ellos un padre, y a Mons. Bourget de que "el dignísimo obispo de Marsella era, de verdad, un hombre de grandes obras".

Sin embargo, quedaba algo sin precisar, Mons. Bourget, que había obtenido en Roma del General de los jesuitas las personas que no pudo darle el Provincial de París, adjudicaba a los Padres de la Compañía la dirección de la juventud y las misiones entre indios. A los Oblatos les adjudicaba únicamente las misiones entre los franco-canadienses en las parroquias, los "townshipd" y los leñadores, para continuar el fecundo trabajo de Mons. Janson.

Por supuesto el prelado les dejaba la posibilidad de avanzar con su celo hasta los indígenas cuyos terrenos de caza lindaban con su campo de acción; pero se trataba de una extensión provisional de su apostolado.

Para Mons. de Mazenod y para sus hijos. llevados por su ardor conquistador, la evangelización de los infieles era el fin principal de la nueva fundación allende los mares. Los primeros Padres tuvieron más tarde la decepción de trabajar sólo con católicos blancos. Escribía el P. Honorat : "Se dijo que íbamos a Canadá para convertir salvajes; y después de un año, ¿qué estamos haciendo?".

Los "frutos maravillosos" que producía su ministerio en los poblados eminentemente católicos, no borraron su decepción. Querían dedicarse ante todo a los indios. El Fundador, que compartía sus preferencias, tenía la conciencia clara de que había que proceder por etapas. Escribía a sus religiosos, antes de salir del Havre : "Se os encomienda que asentéis la Congregación en esas extensas regiones, porque Montreal no puede ser más que la puerta que lleve a la familia a la conquista de las almas de varios países. Cuando estéis en el puesto tanteareis el terreno. Primero hay que asentarse bien donde nos llaman. Si Dios nos bendice, ya veremos más tarde".

Eso no le impedía tener planes futuros para todo el Canadá y especialmente para la diócesis de Quebec, que sería fuente de candidatos Oblatos para lanzarse sobre los inmensos territorios en los que todavía no se había predicado el Evangelio. Añadía : "Corro más que el tiempo con el pensamiento. No soy profeta; siempre he sido hombre de deseos, y algunos de mis anhelos han sido escuchados y se han cumplido".

De momento, el número tan reducido de Misioneros que podía sacar de los efectivos de la Congregación, obligaba a poner límites a las ambiciones apostólicas. Ciertamente los voluntarios eran muchos y eso encantaba a su Superior. Pero desnudar a un santo para vestir a otro significaba un riesgo para la solidez de las casas francesas.

Todo el problema consistía en escoger, entre los aspirantes más aptos, cuatro Padres y dos Hermanos que salieran en vanguardia. Para guiarlos, Mons. de Mazenod había pensado en Guibert. El nombramiento de éste para la sede de Viviers le privó de este subdito de lujo. Optó, entonces, por el P. Honorat, Superior de Lumieres, que tenía peso y experiencia. Irían con él los Padres Telmon, Baudrand, Lagier y dos Hermanos conversos, Roux y Fastrey.

El 25 de noviembre, después de una difícil travesía de 36 días, los seis oblatos desembarcaban en Nueva York y el 2 de diciembre llegaban a Montreal.

Eran los primeros misioneros franceses que llegaban a Canadá después de la conquista inglesa.

3.- Los tanteos iniciales.

Las primeras noticias que recibió Mons. de Mazenod fueron una carta del P. Honorat, de Nueva York que le informaba sobre la travesía agitada que estuvo a punto del naufragio, y otra de Mons. Bourget que le contaba la excelente acogida del clero y anunciaba que los Oblatos habían tomado posesión el 7 de diciembre de su casa.

Una segunda carta del P. Honorat le decía que el Obispo les dió la parroquia de San Hilario al pie de la grandiosa cruz levantada por Mons. Janson, pero la rectoral no tiene más que las cuatro paredes, hay que arreglarla y amueblarla, mientras tanto tienen que acampar.

Toda obra que comienza lleva consigo necesariamente la inestabilidad, la incertidumbre, los tanteos y los fallos. El Obispo de Marsella lo tenía previsto. Por eso, en su respuesta del 26 de marzo insiste en los puntos siguientes : mantener la regularidad en la vida religiosa y la unión más completa, actuar "con el mismo espíritu", vivir en la obediencia y en la caridad, dedicarse a las obras de celo "siguiendo esa obediencia y no de otra forma", no dejarse absorber, saber reservar tiempo "para el estudio y para vuestra santificación personal en el interior de vuestra casa". Las relaciones con el clero secular deben estar impregnadas de amistad y de consideración. Respecto a los Padres jesuitas, que no se hable de ellos "más que con elogio", sin repetir "ni en broma", los chismes puestos en boga por "instituciones envidiosas de sus méritos". Consejos muy prudentes que demuestran con qué perspicacia, a pesar de la distancia, discernía el Fundador las desviaciones y errores a que estaban expuestos sus hijos.

Mons. Bourget consideraba provisionales esa instalación precaria y la dispersión de actividades difícilmente conciliables. Pero el plan trazado no podía realizarse más que por etapas. El P. Honorat y sus compañeros quedaron, a veces, algo desconcertados por sus vacilaciones, su lentitud.

Por otra parte, estos al principio, también cometieron algunos errores de sicología, por no conocer la mentalidad local.

Con el tiempo y la experiencia, llegaron los miramientos, desaparecieron los prejuicios y se atenuaron los complejos recíprocos. Las cartas del P. Honorat, de sus compañeros y de Mons. Bourget coincidían en que, entre el clero, la gente y los Oblatos, existía una simpatía confiada.

Las misiones predicadas por los Oblatos lograron un éxito manifiesto en esos medios cristianos en los que la fe sigue viva; prolongan su predicación durante tres semanas y llegan a crear unas organizaciones que aseguran el fruto.

Los principales objetivos son corregir los desórdenes más perjudiciales para la vida cristiana : la libertad excesiva de las relaciones y la borrachera. Para ello agrupan a los jóvenes en congregaciones y a los hombres en sociedades de templanza. Aunque los congregantes y miembros de la liga no perseveran todos en sus compromisos, queda, sin embargo, el haber logrado una mejoría.

En todas partes el pueblo les profesa "la mayor veneración". Por la fama que van ganando y el bien que hacen, les van llegando algunos novicios. Varios ya son sacerdotes y aportan al ministerio una ayuda muy valiosa, por ser de origen canadiense y hablar inglés. Uno de ellos conoce el algonquino, y ello le permite iniciar a sus compañeros en esa lengua para el día, pacientemente esperado, en que los Oblatos emprendan la evangelización de los indios. Al cabo de unos meses, Mons. de Mazenod puede convencerse de que sus hijos han cuajado y, según su propia expresión, arraigan.

El Obispo de Toronto les invita a fundar en su diócesis, también en el lago Champlain, pero son parroquias lo que les ofrecen y no concuerda con el fin asignado a la Congregación.

El P. Honorat y sus compañeros querían constituirse en comunidad independiente, para dedicarse exclusivamente a las misiones. Un novicio Leonard Baveux, antiguo sulpiciano, tenía en Longueuil, buenas relaciones y supo valerse de ellas para lograr una casa, mobiliario y contribución financiera. Hubo la mala suerte de que un secretario del obispado se adelantó a publicar esa buena noticia antes de que Mons. Bourget estuviera al corriente o fuera consultado. Esa falsa maniobra amenazaba con enfriar las relaciones de los Padres con su tan abnegado protector. El prelado siempre benévolo, tuvo la bondad y la habilidad de hacer, en el caso, de buen jugador, felicitando al P. Honorat por una adquisición tan providencial.

El mantener la parroquia de S. Hilario puede ser nocivo para la persona que la lleva, porque la priva de la vida común. Por eso quieren renunciar a esa parroquia. A su petición expresa Mons. Bourget da su consentimiento.

Pero siguen las incompatibilidades, primero en el noviciado, y luego entre ellos.

Un noviciado exige vida regular y la presencia permanente del maestro encargado de formar a los futuros profesos. Ahora bien, menos en algunos períodos del verano los Padres, están acaparados por las misiones y los novicios, van pasando de mano en mano. Todo eso exige arreglo.

Además en Longueuil la dispersión y las desavenencias aumentan. Aflojan los lazos de obediencia entre el Superior y sus colaboradores. El P. Honorat pide medidas radicales, que le quiten al independiente Telmon y al crítico Baudrand. Mons. de Mazenod se niega en redondo, sería anular al primero, y por otra parte Mons. Bourget suplica a su colega mantenga provisionalmente a Baudrand.

El Fundador trata de encuazar una situación perjudicial para la paz de las almas, para la reputación de los Oblatos, les dice : "Unos religiosos no deben sorprenderse ni escandalizarse de las divergencias que son la prueba inevitable de la vida común; menos aún deben tolerar que se vean desde fuera, por algunas indiscreciones que tanto daño nos han hecho desde que entraron nuestros Padres en Canadá".

Mons. de Mazenod se lanzó con su habitual espíritu de decisión : los Padres están agobiados de trabajo, aunque cuente con pocas personas, reforzará sus efectivos enviándoles gente. Tres Oblatos, un sacerdote y dos diáconos acompañarán al P. Telmon al regreso del Capítulo General de 1843. Allard, recién llegado, firme y enérgico, quedará encargado del noviciado y del economato. Con su presencia se restablece la disciplina y la regularidad. Poco a poco todo se arregla, mejora la situación para cuando van a abrirse grandes campos de acción que responderían mejor a las aspiraciones misioneras de los Oblatos.

4.- La Misión de Bytown.

En la mente de Mons. de Mazenod, de Mons. Bourget y del P. Honorat, S. Hilario y también Longueuil eran sólo una base de partida. Los dos prelados y el superior estaban de acuerdo en que abarcar mucho a la vez era comprometerlo

todo y que había que escalonar los esfuerzos. Pero sobre el fin inmediato que debían proponerse de ensanchar la irradiación y la predicación de los Padres, no coincidían sus ideas.

Impresionado por la situación lamentable de los "townships" (barrios obreros nuevos) y los éxitos obtenidos por Baudrand, Telmon y Lagier en las misiones dadas a los canadienses, Mons. Bourget deseaba dar prioridad a ese ministerio; ningún otro le parecía más atrayente ni más urgente.

El Fundador está ansioso por meter a sus religiosos en Montreal y en Quebec, por temor a que llegaran antes otras congregaciones y porque espera hallar en esas ciudades tan cristianas muchas vocaciones que no se pueden esperar ni de los "townships" ni de los leñadores. El 4 de enero de 1844 escribe a Honorat : "En cuanto al bien que se puede realizar, creo ciertamente que es preferible Bytown a Quebec, pero ese país nuevo no nos ofrecerá candidatos hasta que pase bastante tiempo". La magnitud de la obra que se proyectaba, exigía, ante todo, obreros.

En cambio, Mons. Bourget quiere llevar cuanto antes a los Oblatos a Bytown, la futura Ottawa. Y tiene sus razones : en Montreal y Quebec el clero es suficiente y no ve la fundación con buenos ojos. En Quebec, además, Mons. Signay teme las iniciativas; que un puñado de misioneros venidos de Marsella, pretenda traer ayudas y lecciones le parece pretencioso y superfluo. El prudente Bourget cree oportuno esperar que se disipen esas prevenciones muy comprensibles. Sus protegidos lograrán imponerse poco a poco a través de su trabajo apostólico.

En Bytown, entonces simple centro de explotación forestal, previó la futura Ottawa. Con todo, la situación era muy delicada, porque Bytown no dependía de Montreal, sino de Kingston y se necesitará toda la diplomacia del gran prelado para convencer al coadjutor de que adopte lo que llamaríamos hoy día una pastoral de conjunto para el mayor bien espiritual de las diócesis vecinas. Pero Mons. Phelan ve la dificultad de la lengua : la mayor parte de los feligreses son irlandeses, haría falta "un Oblato irlandés".

Mons Bourget no se detiene ante esas objeciones y propone el asunto a Mons. de Mazenod. El P. Telmon enviado al lugar experimenta las dificultades previstas por el Coadjutor y habla de un repliegue. Mons. de Mazenod excluye un repliegue que sería confesar un fracaso y empuja a Honorat. El 1 de mayo de 1844 le dice : "Evidentemente, hay que ser emprendedor cuando se está llamado a la conquista de las almas. Yo pateaba al verme a dos mil leguas de ti, sabiendo que mis palabras tardarían dos meses en llegarte. No era un ensayo lo que había que hacer. Había que ir con el firme propósito de vencer todos los obstáculos, de quedarse allí y afincarse allí. ¿Qué duda cabe? ¡Qué cosecha tan hermosa! : ofrecer ayuda a los leñadores, misiones a los salvajes y situarse en una ciudad llena de futuro. Es realizar un ideal precioso. ¡Y lo ibas a dejar escapar! ¡Sólo pensarlo, me hace temblar! Recobra tu ánimo y que la fundación se haga en regla".

El 20 de abril, el obispo de Marsella volvía sobre el mismo tema y con la misma insistencia : "No sólo acepté esa misión, sino que doy mil gracias a Dios por habernos elegido para atenderla. Tanto interés tengo en que sea nuestra, que estoy dispuesto a pasar por encima de todas las dificultades. Si alguien se opone, que no se le haga caso. Si los comienzos son duros, no achicarse por ello y ofrecer a Dios las privaciones o las penas que haya que sufrir. Lo importante es fundar en Bytown".

Telmon obedecerá; Honorat enviará en mayo a Dandurand como refuerzo y, finalmente, Mons. Phelan se decidirá el 20 de junio de 1844 a erigir canónicamente la casa de los Oblatos en la diócesis de Kingston. Más tarde les entrega la parroquia de Bytown con cuyas rentas podrán vivir. Pero tanto el Obispo como el P. Telmon insisten en la petición de un Padre que sepa inglés.

Em mayo de 1844 llegan casi juntas al P. Honorat dos ofertas que venían respectivamente de Mons. Signay, obispo de Quebec y de Mons. Provencher, Vicario Apostólico del oeste canadiense. Ambos piden Oblatos. El primero para los indios de S. Mauricio y del Saguenay. El segundo, para los del Rio Rojo.

El P. Honorat comunica inmediatamente a Mons. de Mazenod esas buenas noticias. Este aprovecha esa doble ocasión. La perspectiva de entrar en la diócesis de Quebec le sonríe especialmente.

Pero esos progresos piden soluciones rápidas que no son posibles por las comunicaciones con Francia. Además hay que coordinar los esfuerzos y mantener entre los Oblatos, que van a estar separados por miles de kilómetros, el espíritu comunitario y la regularidad. Esa tarea delicada y compleja supera la capacidad del buen padre Honorat.

El Fundador hace un gran sacrificio privándose del P. Guigues, superior de l'Osier y hombre de gran valor.

Saldrá para Canadá con el título de Visitador extraordinario, provisto de todos sus poderes para ejercer, en su nombre el gobierno de las comunidades y de sus miembros y para tratar con los obispos, el clero y los seculares.

Llegado al Canadá comienza su misión con la visita canónica de la casa de Longueuil. Va luego a Bytown; con la llegada del P. Molloy, irlandés, la situación va mejorando, se calma la atmósfera de la feligresía. Se construye la iglesia, que el Obispo quiere grande, se convertirá, en efecto en catedral en 1847 por la erección de la sede de Bytown, de la que Pio IX nombra primer titular al P. Guigues.

Aunque la historia de su fecundo apostolado pertenece a la de la diócesis de Ottawa, Mons. de Mazenod tiene el mérito de haber puesto, con sus decisiones lúcidas, maduras y enérgicas los cimientos de la joven Iglesia, llamada a un futuro tan brillante.

5 .- La Misión de Saguenay.

En Saguenay, Mons. de Mazenod no intervino más que para aceptar la misión y para cortar una experiencia que causó bastantes sinsabores y encontró una fuerte oposición.

El P. Guigues, dirigió la fundación, confiada al P. Honorat y condenada al fracaso.

El obispo de Quebec, Mons. Signay encomendaba a los Oblatos la doble tarea de evangelizar a los leñadores franco-canadienses de los tajos y a los indios de las tribus vecinas.

Los Padres se instalarían en la Gran Bahía, en la parroquia de S. Alejo. Desde ese centro atenderían a los otros centros que se han formado o van a formarse a orillas del Saguenay y partirían, como desde una base "para atender a todos los salvajes fieles e infieles", que habitan al norte de la diócesis, "más allá de las parroquias que se han creado allí".

Llegados a S. Alejo el 15 de octubre de 1844, el P. Honorat y los tres canadienses, que lo acompañaban, se reparten el trabajo. El nivel moral y religioso de los colonos mejora. Pero la llegada de emigrantes, que buscan trabajo y tierras, modifica, poco a poco, la situación. La primera reacción es intensificar por todos los medios el apostolado con las gentes. Como consecuencia, se abandona a los indios, echados por los invasores. La gran complicación son las comunicaciones. S. Alejo está mal emplazado para el ministerio con los canadienses y, sobre todo, para llegar a los indios de la rivera norte de S. Lorenzo.

Hay que leer los informes de Honorat para darse cuenta de las dificultades increíbles que encuentran y los peligros que corren los Oblatos en sus correrías apostólicas

Llegan a la conclusión de que, utilizando el correo que baja por el río, Quebec sería mucho más céntrico para ir a evangelizar las tribus indígenas y cumplir así el fin esencial de la fundación.

En cuanto a la región cada vez más poblada de los blancos, el superior comenta, y el argumento hace mella en el Superior General, que los Padres deben preparar allí "parroquias formadas" que cederán inmediatamente a los sacerdotes seculares, porque sus compañeros y él han entrado en la Congregación para ser misioneros y no párrocos.

Por los abusos odiosos y por la fuerte oposición que encuentra la transformación deseada, el sistema económico coloca a los Oblatos en situación crítica.

Primero tienen que someterse a la Compañía de la Bahía de Hudson que había acaparado el comercio de las pieles con los indios, luego con la Sociedad Price que rige a su antojo el mercado del trabajo, del salario y de los precios. Todo el comercio está en sus manos.

Honorat tuvo el valor de querer defender a sus feligreses canadienses contra lo que calificaba de esclavitud, y se lanzó con toda energía dado que Price favorecía, además, la campaña protestante.

Para impedir que Price acapare las tierras, el P. Honorat, interviene ante el gobierno. Finalmente él mismo adquiere un dominio en el Gran Quemado donde se instalan 50 familias, y se hace colono.. Para que sus gentes no dependan ya más de Price, el superior construye un aserradero y un molino para harina. Naturalmente, una empresa de esa envergadura, exigía fondos. Con la autorización de su Provincial, Honorat los busca, seguro de que el beneficio de sus instalaciones permitirán, a la larga, reembolsar la deuda.

Price se quejó al obispo de Quebec. Mons. Signay no sabe defender al P. Honorat y, al fin, pide su revocación, lamentando que se meta en asuntos temporales. Después de su salida, se tuvo que liquidar el Gran Quemado y su molino, con grandes pérdidas.

Honorat tenía toda la razón cuando quería liberar a sus feligreses. Su empresa, además, era rentable, pero con el tiempo. Las prevenciones le perjudicaron dentro de su Congregación

Honorat, en desgracia, aceptó muy humildemente la medida y las acusaciones. Su humillación personal no cuenta. Escribe : "Haciendo todo lo que podía para proteger a quien correspondía, con los medios que el obispo mismo me había indicado, procuré proteger al débil contra el fuerte. Antes de lograrlo totalmente... la debilidad de la autoridad que temía el choque, juzgó más conveniente apartarme, con el riesgo, a fin de cuentas, de que nada llegue a feliz término para el pobre pueblo".

Aunque Price había dicho la última palabra, Honorat salió, con su fracaso, y salió por la puerta grande. Sus iniciativas generosas y desafortunadas, su admirable sumisión a las órdenes que impidieron el éxito de su obra, parándola antes de que la viera rentable, compensan con mucho las insuficiencias del superior de Longueuil.

Todos los historiadores de Canadá reconocen que tuvo una visión clara y todos le rinden homenaje.

Escribe Claudiot Jannet : "En Saguenay su recuerdo es bendecido como el de un iniciador de la colonización. Dejó la reputación de un santo y el recuerdo de una fuerte personalidad".

6 .- Las Misiones Indias.

A pesar de su celo por reanimar la vida cristiana y mejorar las costumbres de los canadienses aislados en los tajos, en los "townships", la evangelización de las tribus nómadas tenía sus preferencias. Lo sabía bien Mons. Bourget.

En su plan primitivo, Mons. Bourget contaba, ante todo, con los jesuitas. Por razones que no conocemos, los jesuitas no se ocuparon ni de los indios ni de los colegios, solo regentaron algunas parroquias. A falta de ellos, y sin perder tiempo, el prelado recurrió a los Oblatos para un ministerio que les había anunciado como una posibilidad remota.

En el este canadiense, los Oblatos van a avanzar en tres direcciones : la orilla norte del S. Lorenzo, el lago S. Juan y S. Mauricio y la Bahía James.

En todas partes sus métodos son los mismos durante este primer período. Se trata de misiones ambulantes. De tiempo en tiempo pasan algunas semanas en los diferentes puestos de la honorable Compañía de la Bahía de Hudson, donde se reúnen los indios para negociar. Así se ahorran las carreras agotadoras y peligrosas en busca de las tribus, esencialmente nómadas, pero no se llega más que a una parte de la población. Sólo más tarde, será posible penetrar en el interior del país. La ayuda preciosa de la Compañía de la Bahía de Hudson, que pone a disposición de los misioneros sus instalaciones, su servicio de transporte, y cuyos fuertes tienen a veces al frente a unos "burgueses" benévolos, lleva consigo algunas servidumbres.

Mons. de Mazenod, que pide constantemente noticias e informes detallados, sigue con admiración, pero también con inquietud esas expediciones apostólicas de sus hijos que exigen un constante heroísmo.

Tienen que recorrer miles de kilómetros en unas inmensidades sin carreteras y con un clima muy duro. El invierno tiene sus nieves y el verano sus calores y mosquitos. Los viajes por los ríos cortados por rabiones, imponen transportes agotadores y suponen peligros de todas clases. En medio de los bosques pueden perderse, atascarse y morir de hambre.

Al Obispo de Marsella le gustará leer los relatos de esa verdadera epopeya que seguirá siendo una de las glorias de la Congregación, "especialista en las misiones difíciles", según expresión de Pío XI. Y sobre todo, le gustará recibir las pruebas de afecto que profesan a los misioneros los indios del norte y los resultados obtenidos en la evangelización de los mismos.

¿Cómo no iba a llorar de emoción el anciano obispo, al recibir esta llamada, firmada por el jefe y cinco principales cazadores de los Montañeses : "Gran orante : Te escribimos sin conocerte; sabemos, sin embargo, que nos

quieres y nosotros también te queremos, porque eres tú quien nos envías a los ropas negras que nos enseñan la oración. Nuestros corazones te lo agradecen. Tu recuerdo no se borrará jamás. Tú que tienes un corazón bueno, acuérdate también de nuestros hermanos de los bosques. ¡Son muy desgraciados aquellos que no saben todavía la oración! Nuestro Padre nos ha dicho, con frecuencia, que junto a ti hay un gran número de misioneros y que desean vivamente venir a nuestras tierras, ¡Por favor! Déjalos marchar. Los recibiremos con alegría. No les faltará nada. Serán dueños de nuestras chozas. Les obedeceremos siempre. Tú que tienes el corazón bueno, escúchanos. Que nuestra palabra quede grabada en tu corazón. ¡Que el ropa negra esté pronto entre nosotros! ¡Gran orante : te saludamos!"

Mons. de Mazenod sufría ante las condiciones tan duras en las que misionaban sus religiosos, el aislamiento moral le preocupaba mucho. Varias veces propone una organización que permita, con una vida común más regular, más estabilidad y continuidad. Desea que se formen misiones permanentes. Hará falta más tiempo y más medios para que se realicen los prudentes proyectos del Fundador.

Era más arriesgado todavía lo que proponía Mons. Provencher para el noroeste canadiense, y sin embargo Mons. de Mazenod lo aceptó. El Vicariato se extendía desde las Montañas Rocosas a las provincias del Alto y Bajo Canadá, de los Estados Unidos al océano Glacial Artico, y sólo disponía de cinco sacerdotes.

Las órdenes del Superior General son categóricas : "Juzgando la importancia de la misión ofrecida por el obispo de Juliopolis... decido que debes aceptarla con los medios que están a tu alcance... En lugar de tres personas, le ofrecerás sólo dos durante un tiempo del año, si no puedes hacer otra cosa. Pero no debes exponerte a que te quiten esa misión. Se te iría la ocasión de evangelizar todo el norte de América... En todas partes hemos comenzado a fundar con elementos frágiles. Todavía no ha llegado el tiempo de proceder de otro modo. Por eso te repito sin vacilación : acepta la oferta del señor Obispo de Juliopolis y comienza la obra aunque sólo sea con dos personas, esperando las demás de la voluntad de Dios".

El P. Guigues tan entusiasta por esa misión, vacila ahora y escribe : "Yo considero esta fundación como imprudente y. por tanto, contraria a la voluntad de Dios. Estamos a 800 leguas del Río Rojo... Las comunicaciones son sumamente difíciles. Las personas llevarán una vida de aislamiento y de peligros de toda clase".

Llegó de Marsella la respuesta inmediata, reprendiendo la vacilación de Guigues y su pretensión de ejercer sobre las decisiones de su Superior General un control que éste no puede admitir en absoluto. La conclusión es terminante : "Para terminar con este asunto, te mando que escribas al Sr. Obispo de Juliopolis aceptando la petición que nos había hecho para su vicariato apostólico, y que, por eso, tiene dos misioneros a su disposición" (Carta del 24 de marzo de 1845).

El Visitador enviará al Río Rojo al P. Aubert y, para economizar personal, en lugar de un sacerdote, le acompañará el Hermano Taché, simple subdiácono.

Los misioneros embarcan en Lachine el 25 de junio de 1845, en una canoa de corteza, con seis hombres y dos Hermanas Grises de Montreal para un viaje de 1.800 millas por la ruta de los lagos y de los ríos. El 25 de agosto llegan a destino, después de haber realizado durante el trayecto, 144 transportes por tierra y de haber saltado unos 50 rabiones.

Mons. Provencher, bajado a la orilla para recibirlos, no pudo ocultar su decepción. En lugar del grupo de religiosos esperado, no ponían a su disposición

más que un Padre y un subdiácono de 22 años que, además, aparecía más joven de lo que era. "Había pedido hombres, exclamó desconsolado, y mira por donde me envían a un niño". El obispo no tardó en reconocer que en la persona del Hermano Taché, al que ordenó inmediatamente de diácono y sacerdote, la Congregación le concedía, no un niño sino, en todo el sentido de la palabra, a todo un hombre de gran categoría.

El mérito de tal elección fue del Obispo de Marsella : el Ho. Taché era canadiense, lo cual halagaría a la pequeña comunidad de sacerdotes seculares que colaboraban con el Vicario Apostólico; uno de sus antepasados fue uno de los exploradores del país que iba a evangelizar; los informes sobre el novicio, atraído por las misiones desde su infancia e ingresado en los Oblatos casi a la llegada de estos a Canadá, garantizaban la solidez y la fuerza de su vocación apostólica.

Taché supero pronto todas las esperanzas puestas en él. Tiene celo, iniciativa, sentido de la organización, una indomable energía y no hay en él nada hiriente, nada forzado. Su modestia disipa las prevenciones e inseguridades de la juventud. Su amable alegría disimula, con un aspecto sumamente jovial, los sacrificios a veces heroicos que aceptaba con una sonrisa.

Mientras otros se recrearían dramatizando los relatos pintorescos de lo realizado por Taché en sus expediciones, lo que se nos dice es que, lejos de sufrir por el frío, por la pobreza, por el cansancio, por el hambre; lejos de ponderar los grandes peligros de la pradera, en el desierto, en los ríos tan traidores como maravillosos, ese alegre viajero experimenta la alegría de un turista. "En este país de locomoción sin locomotora, escribe, se acostumbra uno a considerar los viajes como el curso ordinario de las cosas". Todo le parece natural y forma parte de lo cotidiano.

Pero su buen humor encantador, en el fondo, es virtud sobrenatural y su valentía tan sencilla se apoya en una fe y en una mística profundas. Si confiesa por casualidad "que las delicias del paseo, le llevaron en marzo de 1848 por unos caminos "horrorosos" en los que nunca jamás se había visto tanta nieve y que necesitó catorce días en lugar de diez, para cubrir la distancia entre Isla de la Crosse y el lago Caribú, añade a renglón seguido : "Señalo la dificultad anterior para poner de relieve un hecho que se repite casi siempre en nuestras correrías apostólicas. Las que nos cuestan más fatigas, privaciones, sufrimientos físicos, son, de ordinario aquellas en las que el corazón experimenta las alegrías más sensibles y los consuelos más abundantes. Se ve siempre esa mano tan liberal y tan misericordiosa del Padre celestial que, aún aquí abajo, devuelve el céntuplo por lo poco que se le da".

Aubert, siempre serio y digno, no tenía la jovialidad de su compañero. Siendo diferentes por temperamento y por edad, ambos se entendían de maravilla, rivalizando en valentía y celo.

Por otra parte, Mons. de Mazonod no se cansa de insistir para que, a pesar de la convivencia con Mons. Provencger y los sacerdotes seculares del Vicariato, salven, por encima de todo, su vida de comunidad.

Escribe a Aubert el 21 de febrero de 1846 : "Hasta ahora sois una comunidad pequeñita. ¿Qué importa? Sed todo lo fieles que podáis a la Regla. Aunque no seáis más que dos, nada impide que hagáis bastantes cosas en común : la meditación de mañana y tarde, el oficio, los exámenes. Cumpliréis vuestro deber y los que habitan en la casa del obispo quedarán edificados. Recordad que dondequiera que estéis debéis ser siempre lo que sois. Aunque estéis viviendo en casa de Monseñor, os suplico que viváis conforme al espíritu y a la letra de nuestras Constituciones. No puedo por menos de cargar sobre tu

conciencia el cumplimiento de estas normas. Nada deberá apartaros, cuando estéis en vuestra residencia, de hacer en común la oración, el oficio divino, el examen, la oración de la tarde, la lectura espiritual, etc. No debéis descuidar la reunión de la culpa ni la reunión de comunidad, cada 15 días, para algún asunto relacionado con las virtudes religiosas, o la práctica de la perfección o la observancia de la santa Regla".

A pesar de todo, aunque la comunidad aumentó en miembros y aunque se estableció aparte, las condiciones excepcionales en las que ejerce el apostolado no la permitían reunirse muy a menudo. Dadas las distancias que tenían que recorrer y las dificultades de los viajes, dada la inmensidad de su campo de acción, los Oblatos tenían que salir por separado y dispersarse a lo largo de los ríos.

En la colonia del Río Rojo, compuesta de blancos ingleses y canadienses de mestizos y de grises, había que atender primero a las misiones organizadas en parroquias : San Bonifacio, San Francisco Javier. S. Pablo, Santa Ana Aunque era campo más que suficiente tanto Mons. Provencher como los Padres deseaban lanzarse a nuevas conquistas.

Se comienza por el este, donde el P. Aubert inicia una ofensiva apostólica. Su predicación logra pocos resultados. Ese fracaso obliga a dirigirse a otras tribus más favorables. El P. Taché y el abate Lafleche, se van a la isla de La Crosse, donde pueden crear un centro permanente.

Luego llegó el turno al lago Caribú, al lago de Athabaska y se consolidaban las misiones del lago de Santa Ana y del lago Labiche.

Escueta enumeración que habla de unos esfuerzos inauditos y sufrimientos de toda clase.

7.- Misiones del Oregón en Estados Unidos.

En la mente de Mons. de Mazonod las misiones canadienses sólo serán un punto de partida. Está convencido de que sus hijos, siguiendo su impulso, debían seguir adelante. Ya había escrito, con cierto espíritu profético a Honorat, cuando salía para la Nueva Francia : "Montreal no puede ser, tal vez, más que la puerta que lleve a la familia a la conquista de las almas de varios países".

Esa puerta se abrió primero en Oregón, en la costa oeste de los Estados Unidos. Se trata de una cristiandad en ciernes que se extiende desde las Montañas Rocosas al Océano Pacífico, sobre un inmenso territorio.

Como Mons. Provencher no podía regir desde tan lejos ese inmenso territorio, logró en 1843 que la Propaganda lo erigiera en Vicariato Apostólico, bajo la dirección de Mons. Blanchet, nombrado obispo "in partibus" de Filadelfia.

La primera preocupación de Mons. Blanchet fue la de reclutar, en el clero secular y regular, los auxiliares tan necesarios y urgentes para su cristiandad naciente.

En Marsella se entrevistó con Mons. de Mazonod del que recibió una negativa. Mons. de Mazonod escribía, el 20 de enero de 1847, a su amigo Mons. Bourget : "No tuve valor para acceder a sus deseos. La Providencia sabía que habría otros recursos. Por eso no inclinó mi voluntad a complacerle".

En Roma la Propaganda había aceptado, en parte, el plan concebido y propuesto por Mons. Blanchet, para repartir entre cinco circunscripciones la inmensidad de su Vicariato : creó un arzobispado en Oregón City y dos obispados

en Walla Walla y Vancouver, y promovió a Mons. Blanchet y a los candidatos de éste : su hermano Magloire Blanchet y Mons. Demers.

Como su hermano Norberto, Mons. Magloire, emprende negociaciones para obtener la ayuda de los Oblatos.

El 23 de enero de 1847 el obispo de Walla Walla obtuvo de Mons. de Mazenod los misioneros negados en junio de 1845 al arzobispo. Lo hizo al ver la situación crítica de esa misión y para hacer honor al compromiso que había asumido su representante en América, el P. Guigues, de enviar misioneros al obispo de Walla Walla.

Había que elegir un superior para desbrozar esa misión. Era imprescindible un "alter ego" en quien el Fundador pudiera confiar. "Se precisaba virtud, sentido común, amor a la regularidad, verdadero apego a la Congregación y coincidencia de puntos de vista y de pensamiento con el jefe de la familia del que tendría que estar separado por una distancia de 3.000 leguas; un hombre sacrificado y experimentado, lleno de espíritu de Dios, empapado de mi espíritu que actúe en solitario como hubiese actuado yo".

Sólo había un Padre que diera la impresión de reunir todas esas garantías, el P. Ricard. Faltaba saber si él podría aceptar, porque 18 años de trabajos apostólicos le habían agotado, se hallaba postrado y presidía la comunidad de Ntra. Sra. de Lumieres en un honroso retiro y un relativo descanso. Al recibir la propuesta de Mons. de Mazenod, el P. Ricard no dudó un momento. Los tres escolásticos designados para salir con Ricard : Blanchet, Chirouse y Pandosy, manifestaron el mismo ánimo y la misma alegría, para edificación de todos.

La misión de Oregón no comenzó bien. Desembarcados en Nueva York, después de 51 días de travesía dura a causa de las tempestades, el P. Ricard y sus cuatro compañeros, al principio, se sintieron desconcertados por la acogida "más que fría" de Mons. Magloire Blanchet con quien se vieron el 16 de abril de 1847 en S. Luis.

A lo largo del viaje su campamento fue atacado por una banda de Pies Negros, el grito del guía : "Son Ropas Negras enviados por el Gran Espíritu", los salvó.

Unas semanas después de llegar a su destino, otra alerta. Se declara una epidemia, los indios acusan a los blancos de haber provocado la epidemia, amenaza contra Walla Walla. Sólo fue un susto.

A comienzos de 1848 se reanudan las hostilidades entre indígenas y americanos. Los Oblatos se retiran al fuerte Vancouver. Las guerras crean una situación delicada y peligrosa para los misioneros. ¡Si los resultados respondieran a los sacrificios! Se registran conversiones y bautismos pero, para asegurar la perseverancia de los neófitos se precisaba la presencia permanente de los Ropas Negras y eran demasiado pocos para estar continuamente a su lado.

Mons. de Mazenod se entusiasma con las hazañas realizadas por sus hijos, pero llegará pronto a preguntarse si ni estaría mejor emplear tanta abnegación y esfuerzos en un territorio más propicio que el ingrato Oregón.

La situación del lugar se envenena a causa de la tensión que provoca la mentalidad de los obispos Blanchet sobre el apostolado misionero y su desconocimiento de los derechos inherentes al estado religioso.

Al final de este primer período se puede constatar que, a pesar de los engaños de Saguenay, los Oblatos se han establecido sólidamente en Canadá. Byttown, la futura capital, en la que el P. Guigues inaugura la sede

episcopal, pasa a ser el centro de acción. Fundan en Montreal y esperan hacerlo en Quebec.

Su primer ministerio entre los franco-canadienses se fue extendiendo progresivamente a los indios, primero en el valle de Ottawa, luego por el Rio Rojo y finalmente, por el nordeste. Llegaron más allá de las Montañas Rocosas, hasta la costa del Pacífico. Todo eso en seis años, con unos efectivos muy reducidos, a pesar de los miles de kilómetros de recorrido, en unas condiciones precarias y peligrosas.

Los hijos, contra todo pronóstico, habían respondido a lo que esperaba de su celo Mons. de Mazonod.

Capítulo V

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

1.- Escaramuzas preliminares y el primer proyecto Villemain.

En Francia las relaciones entre la Iglesia y el gobierno vuelven a empeorar. A partir de 1840 la cuestión escolar, despierta las discusiones y obliga a pasar a la oposición a los católicos que no aceptan la renuncia a sus derechos. Reclaman las libertades religiosas y la libertad de enseñanza. quieren que se garantice a los niños bautizados una educación cristiana.

Mons. de Mazenod intenta aunar los esfuerzos de los católicos, pero con ideas propias sobre la táctica y el método. Ataca el monopolio sin atacar ni al régimen orleanista, ni a la Universidad, ni a los hombres. Se mantiene en el terreno de los principios y de la doctrina.

Escribe muchas cartas a los ministros sobre puntos particulares de las ordenanzas.

Cuando salió el proyecto de Villemain, que concedía a la autoridad municipal el derecho a dar el certificado de moralidad y exigía a los profesores diploma universitario y a los directores un certificado de capacitación, otorgado por un jurado mixto, Mons. de Mazenod se negó a admitir esas normas. Y lo hizo recurriendo a la prensa.

Esa actitud no era la de otros obispos que reclaman la libertad de la enseñanza media, pero admiten que debe tener ciertas garantías sobre la capacidad y la moralidad del profesor, pero añaden que, en lugar de dejar a la Universidad como único juez, sería más justo y más racional confiar el examen de los profesores de colegios libres a un jurado mixto justo. En cuanto a la moralidad cuando se trata de sacerdotes, deberá dar el certificado su superior natural, el obispo.

Mons. de Mazenod critica esa posición. Su oposición radical se funda esencialmente en el proyecto que impone a los seminarios menores el régimen común de los colegios y que la ley Villemain no concedía a los colegios la seguridad de la educación de los seglares, que era a lo que llamaba Mons. de Mazenod "una verdadera libertad".

Para forzar el rechazo de la ley y lograr otra mejor no se logró la unanimidad del episcopado. Sólo 56 se comprometieron, los demás juzgaron preferible guardar silencio.

Villemain retiró su proyecto para reflexionar y mejorarlo.

2 .- Campaña contra la Universidad.

El tiempo de reflexión se prolonga demasiado, los católicos se impacientan y reanudan e incrementan su campaña para que el gobierno se decida a regular el problema de modo satisfactorio.

Mons. de Mazenod sólo realiza unas gestiones personales ante el gobierno y unas sugerencias presentadas a los obispos, y no interviene públicamente en la polémica contra el monopolio y la enseñanza de la Universidad.

El ministro de Cultos, Martin du Nord, había dirigido, el 5 de abril una circular confidencial a los preladados invitándoles a evitar los ataques contra las personas y contra la Universidad. Y una advertencia complementaria a Mons. de Mazenod a propósito de su última carta pastoral que incriminaba "las cátedras de pestilencia". El ministro pedía un ejemplar de esa carta pastoral que no le había sido comunicada, para "comprobar los hechos" y, en caso de falta grave, presentar las reclamaciones necesarias.

A esta segunda carta, el obispo de Marsella contestó inmediatamente y en tono concluyente. Se negaba categóricamente a enviar el ejemplar pedido : "Nunca podré someter a una censura que no sea la de la Iglesia, las palabras que dirijo a mis fieles en el ejercicio de mis funciones pastorales". En cuanto a las "recriminaciones dirigidas en un tono y en un lenguaje que ni un subordinado podría aceptar en silencio", le habían causado "una pena mezclada de extrañeza, porque un Obispo no es un subordinado de la administración de Cultos. Como ministro de Dios y pastor de la Iglesia, depende de más arriba y no puede olvidarlo nunca". Que se le lleve, si procede, ante los tribunales y se verá "si es ese el modo de hacer callar a los que deben hablar, y de rehabilitar a la Universidad ante el sentir de los católicos".

A la Circular confidencial del 5 de abril, contestó a finales de mayo. Su comentario era : ¿se puede prohibir a los obispos levantar su voz, cuando "desde las cátedras de la enseñanza pública" se ataca a la fe de la que son guardianes? ¿Se les puede prohibir que acudan a la prensa cuando los periódicos publican "con audacia unos artículos impíos para defender a la Universidad?".

El ministerio no respondió a ninguna de esas dos cartas.

El Obispo de Chartres, Mons. Montals le animaba a publicar en los periódicos "una especie de protesta contra la enseñanza de los profesores de la Universidad". No juzgó oportuna una reclamación particular, hay que esperar algún tiempo y un nuevo incidente que le llame al combate, o el momento en que el proyecto de ley, prometido por Villemain, llegue a las Cámaras.

3 .- El segundo proyecto de Villemain.

El 2 de febrero de 1844, el ministro presentaba a la Cámara de los Pares el proyecto de ley mejorado y prometido en 1841.

Sobre ese proyecto Mons. de Mazenod es categórico : los obispos deben intervenir para que el gobierno retire ese proyecto inaceptable y rechazarlo en bloque porque, dada la "diversidad" de sus sentimientos, meterse en concesiones, sería dividirlos y no irían "como un solo hombre".

Las reclamaciones hay que dirigir las directamente al rey o al ministro de Cultos, y de momento "por correspondencia cerrada".

Los Obispos de la provincia de París han hecho una reclamación común, Mons. de Mazenod intenta hagan otro tanto los de la provincia de Aix. El arzobispo viejo y achacoso no se atreve, y entonces como los periódicos han publicado la memoria de los obispos de la provincia de París, publica la memoria preparada para ser sometida a su metropolitano. En ella dice : el proyecto subordina todo a la Universidad, ella es la distribuidora arbitraria de la facultad de enseñar, habilitada para regular, suspender, prohibir a su antojo esa facultad en aquellos que estuvieran investidos. Con esas disposiciones la Universidad se hace la dueña absoluta de la enseñanza en Francia. Expresaba La esperanza de que Su Majestad y las Cámaras, vieran lo justo de las reclamaciones del Episcopado y en vez de rechazarlas, las recogieran enteramente.

5.- Misión de Rossi en Roma.

Ante las cartas de los obispos y la campaña de la prensa, la universidad quiere defenderse y con el apoyo de los partidos de izquierda, desencadena un contraataque violento. El gobierno aprovecha esto para animar a las autoridades eclesiásticas a buscar un arreglo y, con esa finalidad, negocia con la Santa Sede, esperando que el Papa aconseje silencio y moderación.

El Obispo de Marsella que desconfía de los diplomáticos, recurre a sus relaciones con Mons. Capaccini para aconsejar a Roma, en diciembre de 1844, la firmeza y la intransigencia.

El 8 de julio de 1845, se cree obligado a dirigir a Gregorio XVI "un informe fiel y exacto de la situación de la Iglesia de Francia en lo que respecta a los ataques dirigidos, en el momento presente, contra las corporaciones religiosas. Se trata de una venganza. Se quiere castigar a la Iglesia por haber reclamado contra la enseñanza universitaria...".

Igual que en 1828, los ataques de la universidad, de los liberales, de los anticlericales, se concentraron en los jesuitas. En las Cámaras Thiers gana el voto : "La Cámara confía al gobierno el cuidado de hacer que se cumplan las leyes del Estado".

La prensa anuncia la expulsión inminente de los jesuitas. El gobierno se cuidó de actuar "manu militari", intentará presionar a la Santa Sede para que ordene a las comunidades que se disuelvan. Su enviado Sr. Rossi intentará que el Papa imponga esa feliz medida al General de la Compañía que se había resignado a sacrificar a sus tropas para no comprometer al Sumo Pontífice. Rossi lo da por hecho, y el gobierno da crédito a las afirmaciones de su embajador y anuncia oficialmente el 6 de julio, en una nota del "Monitor", que todo estaba solucionado conforme a sus deseos. En realidad se trataba de "una mentira desvergonzada".

Mons. de Mazenod estaba en Roma e intervino personalmente en el arreglo final. En su "Diario", con fecha de julio de 1845, cuenta todas las incidencias desde la audiencia con el Santo Padre que duró hora y media, hasta todos los detalles de las negociaciones entre la Secretaría de Estado y el Sr. Rossi y la nota final que redactó personalmente.

5.- El proyecto Salvandy.

El ministro Salvandy, que había sucedido a Villemain, atacado de locura, practicaba una política dilatoria, difería la presentación ante las Cámaras del proyecto elaborado por su predecesor.

No parece que Mons. de Mazonod se opusiera a este, como había hecho con los anteriores. Algunas cartas prueban únicamente que estaba dispuesto a compartir las ideas de Mons. Affre, y que había logrado aunar a sus colegas de la provincia de Aix para aceptar el plan del arzobispo de París.

A juzgar por lo que escribía el 21 de marzo de 1847 a Pio IX, recién elegido, el Obispo de Marsella no abandona su intransigencia. Escribe : "Temo que los jesuitas sufran nuevas persecuciones, y me atreveré a suplicar a Su Santidad que se digne protegerlos contra inminentes ataques. Cuanto más se manifieste la protección de la Santa Sede con una firmeza inflexible, mayor alegría sentirán los católicos de Francia y cobrarán fuerza para una lucha inevitable".

"Si me permite expresar aquí todo mi pensamiento. diré que las concesiones de 1845, favorables como escapatoria, fueron desastrosas por su efecto moral. Suplico perdón a Su Santidad por mi lenguaje. Ciertamente no procede de ningún espíritu crítico. Estoy lleno de respeto y agradecimiento al Pontífice difunto, de adhesión y sumisión a la Santa Sede; su honor, que es el de la Iglesia, me es más querido que la vida. Por eso sufro cuando veo que se da ocasión a la gente para ser injustos con ella. Razón de más para mí, para cumplir mi deber de obispo, al denunciarle hechos que afectan a los intereses de la Iglesia de Francia, rogándole que considere que, en nuestros asuntos religiosos, nadie puede conocer ni apreciar mejor los hechos relacionados con la legislación del país y el estado de los espíritus, que los obispos franceses".

Se impone la firmeza porque las perspectivas, según el prelado, son más bien oscuras. Se trata de nada más y nada menos que de preparar "el avasallamiento de la Iglesia".

Da la impresión de que el obispo de Marsella cae en un cierto pesimismo. Sus disposiciones con el régimen de julio han cambiado manifiestamente. Aunque el prelado sigue practicando la lealtad y no realiza ninguna oposición política de acción antidinástica, es cierto que el gobierno de Luis Felipe le ha decepcionado. Nada se arregla; ni la cuestión de la libertad de enseñanza, ni la construcción de la catedral, sobre la que escribe cartas y más cartas al ministro, al prefecto, a los miembros de la Cámara de los Pares y de los Diputados. La administración de cultos también se muestra recelosa.

Después de siete años de coexistencia pacífica, sus intervenciones valientes en materia escolar, los procedimientos dilatorios de los ministros, sus proyectos, juzgados por él inaceptables, el despertar del anticlericalismo que tanto ayudó a la universidad, enfriaron mucho sus relaciones con Luis Felipe.

En 1844, por una tonta coincidencia, sus reclamaciones ante el rey se habían publicado al mismo tiempo que Marsella sometía al régimen a un fracaso humillante con la elección del abogado Berryer.

En efecto, a pesar de todos los esfuerzos de los amigos del gobierno, Berryer fue elegido por amplia mayoría. Naturalmente se acusó al Obispo de haberle apoyado fuertemente y esta imputación halló eco en las Tullerías.

Mons. de Mazonod creyó oportuno escribir al rey una carta "firme y digna" para rechazar todas las falsas imputaciones. El rey no se digno contestarle.

Un mes después, Mons. de Mazenod anota en su "Diario" la escena violenta que tuvo el monarca con el nuncio Fornari, y que le contó el P. Maillard, Visitador de los Padres jesuitas.

Luis Felipe en quien el Obispo de Marsella veía, en 1837, moderación y benevolencia para con la Iglesia, cuando se reconcilió con él, aparece enteramente distinto en 1845; como para poner en duda su moderación e, incluso, su lealtad. Coincide este juicio con la evolución hacia el autoritarismo que, desde 1840, caracteriza el reinado del rey, bajo el ministerio de Guizot.

Luis Felipe se mantiene cada vez más personal y se hace el sordo ante las advertencias que recibe. De este modo estropea la situación que se había ido creando pacientemente.

Bajo el punto de vista religioso y bajo el punto de vista político se aísla. La nación se aparta de él, incluidos los católicos.

Capítulo VI

LA REPUBLICA DE 1848 EN MARSELLA

1.- Una revolución que sorprende sin preocupar.

Mientras en París, la oposición aireaba contra el régimen una crisis económica de la que le hace responsable, el primer puerto de Francia califica de excelente a un gobierno, bajo el cual prospera su negocio. Los medios burgueses, especialmente favorecidos, valoran muy alto los beneficios, y los obreros no se sienten maltratados. Las relaciones entre empresarios y empleados son, en conjunto, confiadas y de una cordialidad familiar muy meridional.

Políticamente, la situación local daba la impresión de estabilidad y de seguridad.

Nadie pensaba en Marsella en una nueva caída del trono y en la llegada de una nueva república. El partido republicano, "débil y desunido", quedó sorprendido por los acontecimientos de febrero de 1848.

Mons. de Mazonod, al que aconsejaron buscara refugio fuera de su palacio, no lo hizo, y el 25 y el 27 salió del obispado para visitar a los enfermos y administrar la confirmación. En todas partes le prodigaron pruebas de respeto y de afecto.

Desde el 25 están sin ninguna noticia de la capital, por fin el 29, apoyado en un telegrama del prefecto, Reynart, el alcalde, se decide a convocar la Guardia Nacional para el 1 de mayo, a las 10, en la Canebiere.

Un estudiante de 22 años, Emilio Olliver era el comisario extraordinario, delegado de la república para los departamentos de la Bocas del Ródano y del Var. Venía a predicar la concordia, la conciliación, la fraternidad; uno de sus primeros cuidados fue ganar la confianza de las autoridades religiosas. Causó una excelente impresión en el Obispo, que como sus colegas contribuye con la religión a las solemnidades patrióticas que se multiplican entonces; asiste con agrado a ceremonias y banquetes, muy bien recibido por todos.

2.- Las elecciones para la Constituyente.

Aunque impera el orden y la concordia en Marsella, se teme la reacción de los viejos republicanos, pero el comisario extraordinario se mantuvo firme en sus principios para realizar "la alianza indiscutible del orden y de la libertad".

Quedaba por saber si las próximas elecciones para la Constituyente confirmarían la orientación dada de esa manera a la revolución de 1848 en Marsella.

En cuanto a las elecciones, Mons. de Mazenod anima a su clero a votar, juzga oportuno que los sacerdotes se valgan de su ascendiente para hacer votar a toda la gente honrada. ¿Encauzando los votos? Sobre este punto se limita a las normas generales : favorecer cuanto puedan a los candidatos favorables a la Iglesia, pero sin rehusar entenderse con todos ellos y transigir, si hiciera falta. En cuanto a las candidaturas eclesiásticas, las defiende, a condición de presentarse con una superioridad notable.

Para favorecer "ese gran acto" de su vida social el prelado manda que se pongan las misas a las horas más favorables y, aunque fuera el domingo de Pascua, dispensa de la obligación de oír misa " a los que les fuera imposible por la gran importancia de su deber electoral".

A pesar de algún que otro incidente, las elecciones se desarrollaron en completa calma. Mons. de Mazenod que, hasta entonces nunca había tomado parte en ellas, dió ejemplo a sus fieles y a su clero cumpliendo con su deber.

Como el resultado de las elecciones fue favorable a los conservadores se temieron disturbios, que se evitaron.

3 .- La crisis económica y social.

Con la revolución de febrero de 1848 llegó a Marsella la crisis económica que afectaba a Francia desde 1846.

Primero hubo pánico financiero; la crisis de crédito y la falta de dinero provocan una cascada de quiebras que aumentan el pánico. El paro aumenta cada vez más. Mons. de Mazenod, que constataba y lamentaba el aumento de la miseria, ¿se daba cuenta de que se planteaba con ello un problema social cuya solución rebasaba la caridad para depender de la justicia? Algunos obispos situados en regiones industrializadas lo habían vislumbrado con más o menos claridad. En la atmósfera de Marsella era difícil para el Obispo ser tan perspicaz. La revolución industrial apenas había afectado el puerto. En general se mantenía la economía antigua, y la mentalidad común alimentaba fuertes prevenciones contra lo novedoso.

Para respetar el principio del derecho al trabajo, proclamado por el gobierno, y también, por temor a los disturbios, el ayuntamiento organizó unos talleres nacionales, mantuvo las obras del canal de Durance y del puerto.

Las dificultades vinieron con la llegada de obreros extranjeros del Piamonte y de las montañas de los Alpes, los marsellese exigen la exclusión de esos competidores. Hay motines de protesta y manifestaciones por la ciudad, los extremistas actúan con violencia, levantan barricadas, hay muertos y heridos, en los días sangrientos del 22 y 23 de junio.

El gobierno consideró responsable a Emilio Ollivier y lo desplazó y degradó con gran sentimiento de Mons. de Mazenod.

4 .- Repercusiones religiosas de las jornadas de junio.

Pocos obispos supieron discernir la naturaleza profunda de la crisis, no así Mons. de Mazenod. Para él todo el mal proviene de una falsa ideología que

favorecía una educación sin bases religiosas. No cree que la represión militar haya descartado todo peligro. Para garantizar el orden restablecido, hace falta poner otra base, ésta tiene que montarse, ante todo, sobre la fe y la moral religiosa.

La Asamblea constituyente piensa modificar el estatuto legal de la Iglesia de Francia, para adaptarlo al régimen de libertad que corresponde a la nueva forma del estado :

aplicación del sufragio universal al nombramiento de obispos y párrocos; inamovilidad de los párrocos; anulación de los artículos orgánicos inspirados en el espíritu de absolutismo napoleónico; supresión de los sueldos eclesiásticos; reforma de los tribunales eclesiásticos. Sólo las dos últimas proposiciones provocaron la intervención de Mons. de Mazenod.

Sobre esos puntos, de acuerdo con Mons. Affre, mandó una circular a los obispos. Unos lo aprueban y otros se oponen dando "miserables razones". Otros toman la cosa con tanta calma que el tema queda solucionado con la retirada del proyecto antes de presentar la maldad de la reforma.

Pronto se presenta otra amenaza que Mons. de Mazenod juzga más terrible todavía, porque se refiere a la educación de la juventud : la 2a República promueve el laicismo escolar. Por iniciativa del ministro Carnot, se publica una circular que reduce al derecho común a las congregaciones docentes y exige títulos.

Mucho más grave todavía que esa medida contra las congregaciones de enseñanza, le parece a Mons. de Mazenod la protección que presta el ministro Carnot al "Manual Republicano del hombre y del ciudadano", de Renouvier, introducido en las escuelas : debe ser aprendido de memoria y en los exámenes se harán preguntas sobre su contenido. Se quiere poner la doctrina republicana, tal como la entienden, en lugar de la doctrina católica y, con el pretexto de no enseñar más que los elementos de la política, el autor tiende a separar al hombre de cualquier religión positiva o puramente natural.

El episcopado no tuvo necesidad de intervenir abiertamente. Los conservadores de la constituyente se encargaron de liquidar cuanto antes al ministro de Instrucción pública, volviendo contra él la obra de Renouvier.

5.- La Revolución Romana.

Ya hacía meses que el Obispo estaba preocupado por la difícilísima situación creada a Pio IX por la Revolución de 1848. Roma y los patriotas romanos reclamaban que el Papa diera una constitución a los Estados de la Iglesia y tomara parte contra Austria en la guerra de la independencia, e incluso patrocinara la unificación política de la península.

Hay motines constantes y los atentados políticos se multiplican. Roma vive en plena anarquía.

Mons. de Mazenod recibe noticias de esa alarmante crisis a través de los Padres jesuitas que vienen a buscar refugio a Francia, el P. Roothaan, Superior General es uno de ellos.

El 3 de julio, el prelado de Marsella sintió la necesidad de manifestar personalmente a Pio IX, las angustias que sentía su alma ante la situación del Santo Padre y se atrevió a "recordarle que Francia fue, a veces, asilo de los Sumos Pontífices perseguidos" y que "en Marsella sobre todo, los pueblos darían

al Vicario de Jesucristo los más enternecedores testimonios de veneración y de amor..."

A esta carta emotiva el Papa respondió en términos conmovedores, pero tan velados y tan generales que la invitación recibida se difuminaba prudentemente.

Dicen que el Papa ha salido de Roma y circulan por Marsella los rumores más variados, hasta se pretende que ha desembarcado en Tolón... Mons. de Mazenod vive esos acontecimientos intensamente porque pasan por Marsella los enviados del Gobierno francés. Recibe y trata especialmente el Sr. Corcelles, encargado de invitar a Pio IX en nombre del Gobierno de Cavaignac a refugiarse en Francia mientras exista un peligro para él en Italia.

Pero hay pendiente una elección : el Papa teme triunfe la candidatura de Luis Bonaparte, cuya familia ha sido nociva para los Estados Pontificios. Será más prudente esperar el resultado, para ir a Francia. Esta es la información estrictamente confidencial que le manda desde Gaeta el enviado especial Sr. Corcelles.

El 10 de diciembre, el conjunto del cuerpo electoral se pronunció, con una aplastante mayoría, por Luis Napoleón.

6.- Pio IX en Gaeta.

A raíz de una conversación de dos horas con el Sr. de Corcelles, que volvía de Gaeta, Mons. de Mazenod se convence de que, de momento, el insistir para que venga el Papa a Francia, sería no sólo inútil, sino perjudicial.

La carta autógrafa del Papa, recibida el 27 de diciembre le confirmó en su idea y se propuso no hacer nada de momento para hacer venir al Papa. Cuando el 11 de enero de 1849 el cardenal Giraud pasa por Marsella, camino de Gaeta para convencer al Papa de que venga a Francia en nombre del presidente de la República y de los obispos, el prelado invitado por su eminencia a acompañarle y ayudarle en su misión, niega categóricamente su colaboración. Es más la carta que manda al Papa con el cardenal, es más para disuadir que para convencer.

El gobierno se contentaba con ofrecer hospitalidad al Santo Padre. Algunos católicos franceses se preocupaban por asegurarle los recursos financieros que necesitaba urgentemente. Se dibujaba un movimiento para organizar colectas en su favor y sustituir, con el dinero de san Pedro y las ofrendas del clero y de los fieles, las rentas del dominio pontificio que la revolución romana confiscaba. Aunque a disgusto Mons. de Mazenod se adhirió al movimiento y cuando supo que podría ser buena ayuda para la Santa Sede se lanzó a fondo, dando el ejemplo. En Marsella el total de los fondos recogidos fue 94.000 francos. Resultado que superó todas las previsiones, incluso las más optimistas.

Si bien la aportación financiera ayudaba algo al Papa, no solucionaba el problema de fondo planteado por la rebelión de sus súbditos : la exclusión de sus dominios.

Los partidarios de Pio IX son la inmensa mayoría, pero falta valentía para organizar un levantamiento con el riesgo de hacer poco o nada.

Es de fuera, de los estados católicos, de donde debe venir la liberación. Pero ¿quién? y ¿cómo?

El presidente de la República francesa hubiera deseado que todo se arreglara diplomáticamente, con una conferencia de las potencias europeas.. Pero no se ponen de acuerdo y es de temer que la corte de Viena se decida a restaurar por su cuenta la autoridad temporal del Papa en Roma.

Esta amenaza pone fin a las vacilaciones de Luis Napoleón : en abril se decidió a enviar a Civitta-Vecchia el cuerpo expedicionario del Mediterráneo, al mando del general Oudinot.

7 .- La expedición a Roma y las elecciones legislativas.

Mons. de Mazenod se alegra de una decisión que , a sus ojos, se imponía de modo urgente. Pero se preocupa porque las tropas van sin capellanes. Entrar en los Estados Pontificios sin ministros de la religión es como una impiedad. Ofrece su ayuda a Oudinot que cree no puede complacer al Obispo. Este acude al gobierno, que decide escribir a los agentes consulares para que llamen a sacerdotes franceses disponibles en el mismo lugar.

Esta primera decepción fue seguida de otra bastante más grave. Oudinot pensaba en un paseo triunfal y fracasó ante la resistencia de Garibaldi.

Ese fracaso fue explotado políticamente por Luis Napoleón para la elección de la nación. Se reforzaron las tropas y se tomó Roma. Pero una carta del presidente a Edgar Ney, proyectaba sombras sobre el futuro. Escribía el presidente : "La República francesa no envió un ejército a Roma para ahogar la libertad italiana, sino al contrario, para encauzarla, guardándola de sus propios excesos y para darle una base sólida, devolviendo al trono pontificio al príncipe que es el primero que se ha puesto audazmente a la cabeza de todas las reformas útiles. Me entero con dolor de que las magníficas intenciones del Santo Padre, igual que nuestra propia acción, han quedado estériles a causa de presiones e influencias hostiles. Lo deseable es que el regreso del Papa acabe con la proscripción y la tiranía... Así entiendo la restauración del poder temporal del papa : amnistía general, secularización de la administración, código de Napoleón y gobierno liberal".

Mons. de Mazenod quedó muy apenado "ante esta manifestación" que le pareció "un atentado gravísimo contra la libertad y la independencia del Sumo Pontífice" y un estímulo para las reivindicaciones de los revolucionarios italianos. El prelado deseaba que el Papa fuera señor de su casa. Poco favorable, por convicción y por temperamento, al liberalismo, aprobaba además que el Santo Padre mantuviera en sus Estados un régimen autoritario.

De momento, Luis Napoleón tenía en su activo la restauración del poder temporal del papa y el aplastamiento de los Mazzinistas; y como el enérgico Pio IX se sentía muy defendido tanto por la firmeza de los católicos franceses, como por Austria, España y Nápoles, nada hacía suponer que las conminaciones del príncipe se llevaran a cabo.

Capítulo VII

ADHESION DE MONS. DE MAZENOD AL PRINCIPE NAPOLEON.

1.- Llegada del régimen personal.

"Para consolidar la República, amenazada por tantos lados por la anarquía, para mantener en el exterior el nombre de Francia a la altura de su fama"... el príncipe presidente quiere colocar a unos hombres "que animados por un afán patriótico, comprendan la necesidad de una dirección única y firme y de una política claramente formulada que no ponga en peligro al poder con ningún titubeo; que se preocupen tanto de mi propia responsabilidad como de la suya, y de la acción tanto como de la palabra".

Ese golpe de autoridad, por su naturaleza, no entristecía a Mons. de Mazenod. Por eso se adelantó a felicitar al general Hautpoul que figuraba a la cabeza del gabinete con el título de ministro de la Guerra. Por sus cualidades de hombre de guerra y de hombre de la Iglesia, le reitera "su vieja y siempre afectuosa adhesión".

Mons. de Mazenod felicita a un miembro del ministerio y al mismo tiempo hace saber a Pío IX hasta qué punto desapruaba la carta conminatoria del príncipe Napoleón al cónsul Edgar Ney. "Espera ver restaurada su autoridad en sus estados". Al año siguiente, en un viaje a Roma, Mons. de Mazenod recibió de Pío IX un testimonio solemne de agradecimiento por su entrega a la causa pontificia durante la revolución reciente. En efecto, el 1 de abril, para honrar al obispo y a la sede de Marsella, el Papa le concedió a él y a sus sucesores la "condecoración del Pallium".

Los motivos conmovieron hondamente al pastor y al rebaño : "Cuando estalló recientemente sobre Italia y hasta en nuestra ciudad una tormenta y tempestad tan horrorosa, los marselleses acogieron con todas las muestras de hospitalidad a los sacerdotes expulsados y fugitivos. Y si la divina Providencia, cuyos designios desconoce el espíritu humano, no lo hubiera dispuesto de otro modo, Nos mismo, desterrado también de nuestra sede, hubiéramos buscado, con gusto, refugio en la ciudad de Marsella.

"En estos tiempos de disturbios y revoluciones, los marselleses han rivalizado en pruebas de adhesión y de piedad hacia nuestra persona, como las demás poblaciones de Francia.

"Si la conducta elogiada del rebaño es la gloria del pastor, nuestro venerable Hermano, Carlos José Eugenio de Mazenod, actual Obispo de

Marsella, bien merece ese elogio, él que, junto al rebaño confiado a sus cuidados, cumple todos los deberes de su cargo pastoral y que, Fundador y Superior de la Congregación de los Oblatos de la Bienaventurada Virgen María, concebida sin pecado, puede alegrarse con Nos de ver a sus hijos trabajar activamente en la viña del Señor con gran provecho de sus almas".

Esta señal de confianza, fue muy apreciada por el clero, los fieles y hasta las mismas autoridades civiles. Hubo reuniones del Cabildo, del Ayuntamiento, con cartas de agradecimiento a Pío IX.

Las relaciones entre Mons. de Mazenod y las autoridades municipales, tan tensas entre 1830 y 1837, eran cordiales y confiadas. Otro tanto ocurría con el vizconde de Suleau, nombrado prefecto de las Bocas del Ródano en septiembre de 1849. Tanto a título personal como por su delicadeza para con la Iglesia, Mons. de Mazenod estaba encantado.

2.- El plebiscito del 20-21 de diciembre de 1851.

En Aix, ya hacía unas semanas que su madre, de 92 años, se estaba apagando. Un catarro agrava la situación y el 16 de diciembre se convierte en estado alarmante. Llamado con urgencia, el Obispo llega el 17. Después de haber recibido una última absolución del canónigo Dupuy, la señora de Mazenod moría a medianoche. Su hijo pasó junto a ella toda la noche rezando; luego por la mañana, sobreponiéndose al dolor, y después de celebrar en la sala mortuoria una misa, durante la cual las lágrimas y sollozos entrecortaban la oración, marchó en seguida a Marsella, sin asistir a los funerales.

Tenía que juzgar muy grave la situación para que su piedad, tan afectuosa y tan cálida, aceptara tamaño sacrificio.

En efecto, el golpe de Estado del 2 de diciembre, anunciaba un régimen, bajo un nuevo Napoleón, y aunque el orden no se había alterado, la población, siempre tan impresionable y tan apasionada cuando se trata de política, fermenta y se agita cada vez más a medida que se va acercando el plebiscito del 20 que debía consagrar el golpe de Estado. Se enfrentan los pros y los contras.

En esas circunstancias difíciles, a pesar de su dolor, el Obispo quiere asegurar a su clero y a sus fieles con el ánimo de su presencia, una orientación.

Orientar el voto de sus sacerdotes y de sus diocesanos en un sentido favorable al príncipe Bonaparte, era para Mons. de Mazenod muy delicado.

En Marsella los bonapartistas eran una minoría ínfima; la burguesía liberal y orleanista se mostraba hostil al presidente. La tarea del Obispo, tremendamente delicada, se simplificó a consecuencia del choque psicológico producido en todo el Mediodía por el levantamiento de los rojos. El temor a la revolución juntaba a los adversarios al lado del que garantizaba el orden, la seguridad y la propiedad. Era el argumento del peligro social muy eficaz para mover a las masas inquietas.

Mons. de Mazenod se escuda en él para señalar a sus fieles una línea de conducta en términos suficientemente claros. Fue obedecido en parte. El distrito de Marsella se pronunció por Luis Bonaparte por 23.557 síes, contra 8.412 noes. El gobierno, se sintió muy satisfecho y el ministro de Cultos felicitó al prelado por su intervención tan eficaz.

El Obispo de Marsella juzgaba que estaba en su papel espiritual apoyando al poder temporal, para que éste protegiese la causa de la Iglesia. Unido a Luis

Napoleón con ese fin, lo apoyará sin cesar, igual que los obispos y los católicos, hasta el día en que, con la guerra de Italia, la cuestión romana ponga en litigio la alianza, renovada en diciembre de 1851, entre el trono y el altar.

3.- Relaciones más cordiales entre Mons. de Mazenod y el Príncipe.

La colaboración de las dos potencias, temporal y espiritual, supone una constante reciprocidad en los servicios y en los buenos oficios.

Las elecciones legislativas de febrero de 1852 acarrearón disgustos al prelado por sus intervenciones políticas. Había tres candidatos oficiales en el departamento de las Bocas del Ródano : un conservador y dos legitimistas.

El Sr. Chanterac, candidato oficial era alcalde de Marsella, El Obispo, al que se pedía "por lo menos neutralidad", había dado a entender "que la neutralidad no era posible". Alegaba la decisión de sus canónigos y párrocos, reunidos bajo su presidencia y dispuestos unánimemente a pronunciarse por el Sr. Chanterac. Los adversarios aseguraban que el prelado comprometió al candidato legitimista a "entrar en las listas". Lo que creó confusión. Mons. de Mazenod se decidió a hablar fuerte y claro : publicó en los principales periódicos de Marsella una carta explícita para animar a todos sus diocesanos a votar al candidato oficial, el Sr. Chanterac. Esa carta impresionó mucho, asegura el ministro del Interior, y decidió la victoria.

De este modo comenzó en Marsella la colaboración del Obispo y de los canónigos y de los párrocos con el régimen electoral de las candidaturas oficiales.

Mons. de Mazenod sirvió tan cumplidamente en su diócesis a la causa de Luis Napoleón, que el ministro de Cultos, Fortoul, se dirigió a él algunas semanas más tarde para que hiciera valer todo su crédito ante el Papa en favor del príncipe Canino, expulsado de los Estados Pontificios, pero que deseaba permanecer algún tiempo en Roma.

Mons. de Mazenod adivinaba que su intervención sería inútil, sin embargo no dudó en cumplir la misión ingrata que le había confiado Fortoul en nombre del presidente de la República, y el 20 de marzo escribió al Santo Padre una carta. Su intervención, como la del gobierno fueron un fracaso rotundo.

El Príncipe que proyecta un viaje a Marsella, para preparar la restauración del Imperio, sabe del sentir del pueblo y se esmeró en reservar para Marsella atenciones especiales.

El primer premiado fue Mons. de Mazenod que, al presentar a su clero al presidente, recibió la feliz sorpresa de enterarse de que éste aprovecharía su estancia para colocar la primera piedra de la futura catedral; y de que, un crédito de 2.500.000 francos, abierto por orden suya, permitiría comenzar inmediatamente los trabajos. Era tocar al corazón del prelado, que hasta entonces, no había podido realizar su deseo más querido.

Por eso expresó con calor su gratitud y la de la diócesis, al recibir al Jefe del Estado que iba a la vieja iglesia Mayor para asistir, el 26 de septiembre, a la misa dominical.

Después de la misa, el príncipe procedió a colocar la primera piedra. El discurso que pronunció le pareció a Mons. de Mazenod "bastante importante como expresión de su política para con la religión, y digno de ser transmitido al Jefe de la Iglesia".

El presidente quedó tan satisfecho del recibimiento que le hizo Mons. de Mazenod que, antes de abandonar la ciudad, le nombró caballero de la Legión de Honor.

4 .- El plebiscito para restaurar el Imperio.

El plebiscito de los días 21 y 22 de noviembre, debía aprobar la restauración del Imperio, y los informes oficiales, no permitían esperar un resultado brillante.

Por eso estimaban que hacia falta "pedir una colaboración activa y, sobre todo, pública por parte del clero" y lograr que el Sr. Obispo "cuyas disposiciones favorables conocemos" nos ayude decididamente "en esta ocasión, como lo hizo en las elecciones anteriores".

Pues bien, a pesar de las invitaciones que le hicieron las autoridades locales, Mons. de Mazenod no juzgó necesario comprometerse oficialmente, enviando una circular a sus sacerdotes. Ya conocían de sobra su modo de pensar. La colocación de la primera piedra de la catedral no había modificado su actitud. Además, se sabía que el prelado había felicitado a Napoleón III por el voto de consulta senatorial, asegurándole que depositaría "públicamente un voto afirmativo en la urna popular" en el próximo plebiscito.

El resultado del plebiscito fue de : 2.457 noes, frente a 51.905 síes.

El domingo 5 de diciembre, debía hacerse en todas las comunas la proclamación solemne del Imperio. El gobierno no solicitó la presencia oficial del clero. Se limitó a dar a conocer que estaría "encantado de su presencia espontánea".

Esa discreta invitación bastó a Mons. de Mazenod para adelantarse. "El Sr. Obispo de Marsella, de acuerdo conmigo, escribe Suleau al ministro del Interior, ha reconocido que sería de buen efecto para el pueblo que, como consecuencia de la proclamación del Imperio, todas las autoridades convocadas para la ceremonia, vayan a la catedral para asistir a un "Te Deum" de acción de gracias. No he dudado en aceptar esa propuesta en la que he visto una nueva prueba del celo que anima a Monseñor en favor de Su Majestad Imperial".

El prelado publicó, a este respecto, una carta pastoral que el gobierno no le había pedido y que llevaba una fecha simbólica en los fastos imperiales, la del 2 de diciembre.

Aunque Mons. de Mazenod estaba de acuerdo con todos sus colegas del episcopado, al menos evitaba, en esa época, los ditirambos demasiado frecuentes en las pastorales de los demás.

A pesar de su preocupación por excluir lo que era pura política y de ceñirse al campo religioso, el prelado, sin embargo, terminaba celebrando una nueva alianza entre el trono y el altar, con riesgo de comprometer a la Iglesia de Francia con el régimen que se instauraba.

El mismo acabará reconociendo que se equivocó, como los católicos de su tiempo, después de una calma pasajera que mantenía sus ilusiones y parecía cumplir sus esperanzas.

Capítulo VIII

LOS PROBLEMAS INTERNOS DE LA IGLESIA DE FRANCIA

1.- La ley Falloux sobre la libertad de enseñanza media.

Es evidente que con la nueva situación se experimentó un alivio manifiesto; pero lejos de dormirse los obispos y sacerdotes se muestran activos y vigilantes; dos problemas acucian a la Iglesia de Francia : el problema de la descristianización y el problema social.

La descristianización comienza en el campo y se hace más aguda en las ciudades que se industrializan. Aunque la clase aristocrática volvió a la fe a través de las pruebas, la clase burguesa, liberal y volteriana, solamente amaga una vuelta al catolicismo. La clase intelectual está casi completamente perdida porque, a falta de estudios superiores y de alta cultura, el clero no ejerce sobre ella ninguna influencia. Todo el pensamiento y toda la ciencia se desarrollan fuera de la Iglesia y contra ella. Y finalmente, las clases obreras, favorables todavía en 1848, se dejan arrastrar por el socialismo que monopoliza su defensa contra los abusos del liberalismo económico.

Era lógico que los obispos, guardianes de la fe reaccionasen contra esa "rebelión de las inteligencias" tan real y tan peligrosa.

Mons. de Mazenod estuvo metido en todas las luchas internas que, durante una calma engañosa, coincidieron entre 1848 y 1854 con la toma de poder de Luis Napoleón. Antiliberal y antigalicano como era, tenía que tomar parte en la batalla. Su actitud, sus relaciones íntimas con algunos de sus colegas y con la Santa Sede, nos ayudan a discutir algunos aspectos que contribuyen al esclarecimiento de la historia general.

Cuando se estudian sus controversias, pronto se descubre que la mayoría de ellas se debieron a las libertades que el nuevo gobierno otorgaba a la Iglesia, en compensación al apoyo que le daba el clero

Con la aprobación de la ley de enseñanza de Falloux, en 1850, se inicia el desacuerdo en el campo católico. Después de haberla reclamado tan unánime y enérgicamente, no se ponen de acuerdo sobre el proyecto presentado; unos se sitúan en el plano absoluto, en nombre de los principios, alegando lo que se llamará la tesis; otros consienten en tener en cuenta la hipótesis, es decir, las situaciones de hecho y se prestan a ciertas concesiones para llegar a un acuerdo.

Como los católicos no tienen mayoría en las Cámaras, tienen que resignarse a un compromiso. Pretender lograrlo todo, sería ir fatalmente a un fracaso.

Ahora bien, Veuillot no quiso ni oír hablar de ese compromiso. ¿Cómo se podía admitir que el Estado otorgara a la Iglesia el derecho de vigilar la enseñanza pública y el de enseñar, cuando ambos le pertenecen en virtud de su

misión divina? Por otra parte, la apertura de los colegios está sometida a unas condiciones de títulos, de cursillos y de inspecciones. ¿Cómo calificarlas de libres, cuando se les niega la completa independencia de la Universidad?

En este debate, se divide el Episcopado : parte de los prelados están de acuerdo con Veuillot. En cambio los demás, adoptan la postura de Falloux, Montalembert y Dupanloup. En el caso, Mons. de Mazenod se coloca al lado de estos últimos.

Se pronuncia categóricamente a favor del proyecto que Veuillot considera inaceptable. Aprueba y anima la actitud de Mons. Parisis en la Cámara, en el curso de los debates.

Firma la carta dirigida a Pío IX por 23 cardenales, arzobispos y obispos que se adhieren al proyecto. Se trata, en efecto, de informar al Sumo Pontífice ante el cual "unos seculares han tomado... la iniciativa de hacer advertencias tan temerarias en sí mismas como injuriosas para el Episcopado francés". Los informes "más autorizados" que los prelados se permiten ofrecer al Santo Padre, tienen como objetivo evitar el rechazo de una ley que "sin ser perfecta, nos parece preferible, con mucho, al deplorable "statu quo" bajo el que gemimos hace tanto tiempo y en el que nos dejaría, tal vez indefinidamente, el rechazo de la ley proyectada.

Reconocía las imperfecciones, esperaba que Mons. Parisis consiguiera unas "mejoras de detalle" por las que tenía particular interés. Se referían esos detalles a la concesión de los títulos, a la enseñanza de la filosofía, y a los seminarios menores que no deben ser asimilados a los colegios libres y privados.

Gracias a la insistencia del Nuncio, favorable a la ley, Roma aprobó su actitud y la de los prelados firmantes de la Memoria. Aunque trataba con delicadeza a Veuillot y formulaba ciertas reservas a la ley Falloux, Pío IX prescribía al clero de Francia que la utilizara lo mejor posible para la educación religiosa de la juventud.

"Me siento muy feliz por esta decisión, porque soy del número de los obispos que la han pedido", escribía Mons. de Mazenod al Nuncio, el 21 de mayo de 1850. Y rogaba a Mons. Fornari : "Ponga a los pies del Jefe de la Iglesia la expresión de mi agradecimiento por su intervención soberana en este asunto".

2.- El Concilio de Aix de 1850.

El gobierno del príncipe Napoleón permitió la reunión de los concilios provinciales, vetados por Napoleón y Luis Felipe que tenían interés en mantener a los prelados en un aislamiento que los hiciera más manejables.

Ahora bien, esos concilios provinciales que alentaba la Santa Sede y cuyos decretos revisaban las Congregaciones romanas enfrentaron a ultramontanos y galicanos.

Mons. de Mazenod, dada la experiencia ya realizada en otros, se mostraba abiertamente desfavorable a esas reuniones solemnes que podían encender nuevamente el galicanismo, con perjuicio de los derechos de la Santa Sede, y no resultaban prácticos; en una carta a Mons. Guibert los calificaba hasta de inoperantes.

Decía que los metropolitanos los utilizan "para acapararse una autoridad que la doctrina general de la Iglesia no les atribuye ya", para situarse "como una orden aparte, por encima de los obispos", y cosa más grave es que preparen ellos mismos "las materias de las deliberaciones e intenten dar a conocer formalmente sus pretensiones".

Esos concilios que tienden a reforzar la autoridad de los metropolitanos cometen además, el error de consagrar las tradiciones galicanas respecto a la autoridad del párroco, transformándolo "en verdadero superior eclesiástico". Pueden reavivar resabios de jansenismo y de galicanismo y en esas condiciones más vale renunciar a reunirlos.

Así pues, los concilios son, hoy día, "menos necesarios que nunca. ¿No hay en Roma un concilio permanente de toda la Iglesia para resolver, sin ruido y sin tirantez ni división, todas las dificultades que puedan surgir?"

A pesar de todas estas razones alegadas contra los concilios provinciales, Mons. de Mazenod participó en el que se reunió del 8 al 23 de septiembre de 1850 en Aix.

Abrió el concilio el Sr. Arzobispo, Mons. Darcimoles, expresando en su sermón que esperaba de "esta solemne asamblea tres beneficios : estrechar "los lazos de amor y de obediencia que unen a los diversos miembros del clero y que forman una misma gran familia"; imprimir "un nuevo impulso al celo ya tan vivo de los pastores"; contribuir "ardorosamente a reanimar la fe de las poblaciones".

Las celebraciones se hicieron con toda pompa, no se redujo el papel de los sufragáneos al de unos simples acólitos, que no hubiera tolerado el Obispo de Marsella.

El programa era amplísimo para 15 días de trabajo : la fe, las costumbres, la sociedad familiar y civil, las relaciones entre el sacerdocio y el imperio, los errores que había que condenar, los deberes de justicia y de caridad, la disciplina eclesiástica, las escuelas, las monjas, los sacramentos, etc, etc.

No se podían tratar con profundidad tantas cosas tan diversas en tan poco tiempo.

Así se comprende que Mons. de Mazenod, encargado del sermón de clausura, no se mostrara tan optimista sobre el resultado como había sido el Arzobispo en su sermón de apertura.

Tuvo la habilidad de salirse del caso particular del concilio de Aix para tratar de los concilios en general con un elogio vibrante de la obra realizada en Trento, que prescribió entonces la celebración de los concilios provinciales cada tres años, ¿existe hoy la misma necesidad? Yo afirmo, dice el orador, todo lo contrario", porque privada de sus concilios, la Iglesia de Francia se ha vuelto hacia "esa Roma santa", tan cerca de nosotros y "concilio permanente de toda la Iglesia"

Elogia a los participantes, elogia a la ciudad de Aix con tales acentos que el auditorio se siente arrebatado y sobrecogido. El sermón termina con un grito de confianza en la misericordia del Corazón Inmaculado de María y en la intercesión de todos los santos de Provenza.

"Pienso haber dicho todo cuanto tenía que decir y dado a entender, sin decirlo, lo que no quería decir", escribía San Francisco de Sales. Mons. de Mazenod había logrado proceder del mismo modo. Sus reticencias sobre la eficacia del concilio de Aix se habían deslizado con habilidad entre la generalidad de una tesis inicial y el particularismo de un final brillante. Suficientemente probadas, se difuminaban en el brillo del conjunto. Sin traicionar en absoluto su pensamiento íntimo, había cumplido admirablemente un papel sumamente difícil. Al decir de sus contemporáneos, rara vez estuvo tan elocuente. Por eso Mons. Guibert, después de haber leído el texto de ese memorable sermón, escribía con un asomo de fina ironía, a su amado padre : "Los concilios pueden ser útiles, aunque sólo sea para presentar hermosos discursos".

Mons. de Mazenod no necesitó repetir esa proeza, expresión de su maestría, porque el concilio metropolitano, convocado en virtud del título VIII de las Actas de 1850, para 1853, fue suspendido.

3 .- El asunto de los clásicos. "La correspondencia de Roma y "El Universo".

Mons. de Mazenod intervino en las polémicas que produjo la cuestión de los clásicos, los derechos y deberes de los periodistas católicos y la vuelta a la liturgia romana.

En 1851 el canónigo Gaume publicó su obra "El Gusano roedor de las Sociedades Modernas", sobre el uso de los clásicos griegos y latinos para la educación cristiana de la juventud.

La obra, según el P. Roothaan, General de los jesuitas, pecaba de exagerada y contenía inexactitudes históricas, pero avalada por un prefacio de Mons. Gousset, suscitó una viva polémica que pronto degeneró en un conflicto agudo entre prelados y periodistas católicos sobre el derecho que se atribuían los laicos particularmente Veuillot, a criticar los actos episcopales en la prensa. Mons. Dupanloup salió en defensa de la enseñanza clásica contra Gaume; Veuillot en un artículo irónico atacó a Mons. Dupanloup y se movió toda la prensa.

Mons. de Mazenod no se había metido abiertamente en el conflicto creado por la desdichada publicación de Gaume. Su carta del 15 de junio a Dupanloup solamente era privada. Hasta entonces sus críticas a Veuillot se suavizaban con atenuantes pacificadores. "La Correspondencia de Roma" que le afecta tan personalmente le obliga a intervenir de modo oficial. La polémica se vuelve tan viva que llueven golpes contra los periodistas. El 14 de julio de 1851 "La Correspondencia de Roma", sin nombrarlo, había atacado a Mons. de Mazenod, planteando sobre la legitimidad de sus actos episcopales siete preguntas que no permitían dudar de la identificación del prelado acusado.

Los párrocos y rectores de Marsella en corporación, protestaron en una carta a Pio IX contra las calumnias "de las que eran víctima no sólo Mons. de Mazenod sino también el mismo clero de Marsella al que se presentaba como presa de desavenencias lamentables o en lucha con su Obispo. Y ponían en su sitio la verdad y probaban la unión que existía y el afecto que profesaban a su obispo.

Por su cuenta, Mons. de Mazenod escribió al Papa lo que pensaba de la "hoja" titulada "La Correspondencia de Roma" y de los "jóvenes sacerdotes franceses", sus redactores. Preparado siempre para recibir con sumisión las órdenes del Santo Padre y probar su adhesión indefectible a la Santa Sede, Mons. de Mazenod tratará "con indignación y desprecio" esas decisiones "de doctores sin misión que, provocados por asuntos de sacerdotes malos", interpretaban "las normas de la Iglesia en sentido contrario a la jerarquía por el medio revolucionario de la publicidad periodística. ¡No! No será de abajo hacia arriba y a través de los periódicos como habrá de llegarme la acción a la que obedeceré".

A través de una Memoria dirigida al Episcopado y publicada en abril de 1852 por "El Periodismo de la Iglesia", conocieron los prelados las acusaciones formuladas en 7 puntos contra su colega. Esa memoria las citaba textualmente para refutar a "La Correspondencia de Roma".

Mons. de Mazenod se sintió contrariado de que esa contraofensiva difundiera mejor que "La Correspondencia de Roma" las críticas acumuladas contra él; y más contrariado todavía de que pudiera atribuirse una Memoria en su defensa, porque personalmente, de conformidad con las indicaciones del Nuncio, se había negado a lanzar al público la menor protesta y se había limitado a recurrir directamente al Papa.

El prelado tomó la decisión de descargar enteramente ante sus colegas su responsabilidad respecto al "Periodismo de la Iglesia", cuyo autor le es "completamente desconocido". Para ello, les dirige una circular. Ya que se encuentra "puesto en evidencia", cree además, como prueba del espíritu "de calumnia que ha planteado las preguntas sobre su diócesis", remitirles los documentos que pueden informarles : las dos cartas enviadas a Pio IX por los párrocos de Marsella y por él mismo. Esta circular provocó, respecto a "La Correspondencia de Roma" entre el cardenal Gousset y Mons. de Mazenod un doloroso conflicto.

La carta pastoral de Mons. Dupanloup prohibía a sus profesores la suscripción al "Universo". Contra esta declaración el cardenal redactó una larga carta para defender a Gaume y a Veillot y al final atacaba a un "alguien" indefinido que hace la guerra a "La Correspondencia de Roma". Se quiere provocar la caída de esos periódicos religiosos, defensores de la doctrina cristiana, que trabajan por unir más los lazos entre las Iglesias de Francia y la Iglesia de Roma, la madre y maestra de todas las Iglesias". Eso equivalía a acusar de galicanismo a cualquiera, incluido ese "alguién" que osaba atacar al "Universo" y a "La Correspondencia de Roma".

Ese "alguien" se personificaba tan a las claras en el pensamiento de Mons. Gousset, que no envió su circular litografiada a Mons. de Mazenod y a su "alter ego", Mons. Guibert, únicos exceptuados entre los obispos de Francia.

Pero el prelado tuvo conocimiento de ella a través de su metropolitano de Aix. Le preguntaba éste el 7 de julio : "¿Cómo ve la circular del cardenal Gousset? Habrá quedado sorprendido de encontrar bajo su pluma, un cierto elogio de "La Correspondencia de Roma".

El obispo de Marsella se quedó aún más sorprendido de no haber recibido ese documento que del "cierto elogio de "La Correspondencia de Roma", juzgado extraño por Mons. Darcimoles. Así pues, pide que se le envíe la carta, más ansioso de conocerla que de la reflexión del arzobispo. Lo que despertó su curiosidad fue "por qué tenía que meter ahí al galicanismo y al ultramontanismo.

Cuando leyó el pasaje del cardenal referente a "La Correspondencia de Roma", Mons. de Mazenod no dudó ni un instante de que se refería a él, colocándolo entre el número de los galicanos hostiles a los que quieren "estrechar cada vez más los lazos entre las Iglesias de Francia y la Iglesia romana, madre y maestra de todas las Iglesias".

Su indignación y su dolor estallan en una carta de ocho páginas : "Me entero por la carta de Su Eminencia de que no he tenido razón al quejarme y comunicar mi queja a los obispos, aunque haya guardado silencio ante el público. Con ello he hecho la guerra a "La Correspondencia de Roma" y, para defenderla en esa guerra se ha creído autorizado a atribuirme intenciones secretas. Arguye contra mí sin temor a ser "temerario" y dice que he obedecido a un espíritu hostil a la Santa Sede..."

"Es la primera vez en mi larga vida que he sido acusado de esto para que desconfíen mis colegas. Sin los testimonios que han querido darme la mayoría de ellos y la bondad con que se dignan honrarme, en reciprocidad a mi profunda

veneración y a mi inalterable afecto, me parecería que el honor de mis canas ha quedado mancillado".

"Esta susceptibilidad, monseñor, es legítima. Si un escritorzuelo me ataca, sólo siento indignación y desprecio, con una mezcla de compasión que se inclina inmediatamente al perdón; pero que una mano de obispo, destinada a escribir los pensamientos de Dios y de su Iglesia, tome la pluma para defender a ese escritorzuelo, interpretando arbitrariamente mis intenciones secretas, es tan alta la idea que tengo del Episcopado que, entonces, mi dolor estalla y quiere salir porque me siento herido en el corazón"

Está en juego su honor personal, el honor de su Congregación y el honor de la Iglesia de Francia : "Diré con la misma franqueza que no he comprendido nunca que el celo por la autoridad de la Santa Sede se vuelva contra su propia gloria... Siempre me he levantado contra los juicios de quienes, en estos últimos tiempos, han creado un sistema para desacreditarla..."

"Acusado de estar animado de un espíritu opuesto a la doctrina de Roma, tengo derecho a defenderme", escribía el prelado como conclusión. Pero añadía a las 8 páginas de su carta, tres páginas de cartas pontificias de León XII, Pio VIII y Gregorio XVI "con las que he sido honrado siendo simple sacerdote... sin que mencione las que me ha dirigido la misma Santa Sede, con un carácter no menos honroso para mí, desde hace 20 años que soy obispo".

En lo sucesivo el debate se centraba en los periodistas católicos y hasta se transformaba en un conflicto entre galicanos y ultramontanos. La Curia se sintió afectada porque los obispos de Orleans y de Autun le enviaron una Memoria contra "La Correspondencia de Roma".

Una comisión cardenalicia examinó sus "animadversiones".

Se inclinó por la utilidad del periódico incriminado, reconociendo el fundamento de algunas críticas y proponiendo algunas condiciones para su salida.

Pero el Nuncio de París, que tenía interés en impedir toda provocación que pudiera mantener la polémica, proponía una solución más rigurosa : la prohibición de "La Correspondencia de Roma" e insistía en ese sentido. El Papa aceptó su opinión. Una medida a medias se limitó a suspender la salida del periódico.

Mons. de Mazenod obtenía con ello una satisfacción, y como Dupanloup, por su parte, renunciaba a publicar las adhesiones de los obispos a su declaración del 21 de junio, pudo darse por terminada la controversia.

Pero el cardenal Gousset no pensaba amainar. El cardenal Antonelli, Secretario de Estado, intentó disuadirlo. Desafortunadamente su preocupación de diplomático le llevó a preparar la conclusión de su respuesta, que preveía desagradable para el arzobispo de Reims, con unas felicitaciones. Y terminaba diciendo : "Pero gracias a la actitud prudente que ha tomado el personaje que tenía el papel principal en esa discusión (Mons. Dupanloup) parece que se puede creer que está completamente detenida y que, por consiguiente, la intervención de la autoridad que deseaba Su Eminencia al final de la carta que ha querido enviarme, ya no es necesaria".

De esta carta, Mons. Gousset recogió sólo lo que servía a su causa y al no poder lograr la intervención romana creyó oportuno comunicar una reproducción de la carta de Antonelli, a los obispos de Francia y a otros destinatarios. Esa divulgación descontentó mucho al Nuncio.

Guibert también quedó muy desconsolado. La carta de Antonelli, lejos de apaciguar la disputa, la reavivaba.

Para él, en lugar de ayudar al ultramontanismo, produciría "una reacción lamentable hacia el galicanismo, tomando esa palabra en su sentido malo". El arzobispo de París, en otro tiempo "de los más entusiastas por Roma", aparecía no sólo enfriado, sino dispuesto a dejarse llevar por un ánimo y camino completamente opuesto. "Me he permitido, añadía Guibert en su carta a Mons. de Mazenod, hacerle ver el peligro de ese proceder y decirle que el único medio para paralizar los esfuerzos de ese partido exaltado era el de ser más romano que él, pero de otro modo".

El obispo de Viviers proyectaba, para cuando volviera la calma, dar orientaciones a su clero. De momento juzgaba inoportuno "aumentar el ruido y la confusión".

Acusado por la circular que escribió Gousset y aprobó Antonelli, Mons de Mazenod, el 20 de septiembre creyó que debía justificarse ante sus colegas, comunicándoles la extensa carta dirigida por él el 21 de julio al arzobispo de Reims, y que no había tenido respuesta.

De ese silencio deducía claramente que "realmente la había tenido en cuenta", ya que era muy fácil "decir lo contrario" y que, a pesar de las explicaciones dadas no se había retractado del juicio contra su colega. Aunque reconociera "infinitamente las virtudes y la ciencia de Mons. Gousset", el obispo de Marsella tenía razones "muy graves y muy particulares" para oponerse a ese juicio "que va en contradicción con toda mi vida, escribe, y que llegaría hasta acusar un defecto de rectitud y de sinceridad en todas mis relaciones de celo y dedicación a la Santa Sede, tal como están expresados en mi lenguaje habitual. También me mueve un sentimiento de amor filial a la Iglesia romana, porque pienso que se sirve mal a esta Iglesia Madre colocando, entre los adversarios de su doctrina, a los que se oponen a una opinión comprometedor sobre los clásicos y desaprueban a "La Correspondencia de Roma". Hay que destruir la suposición".

El prelado insistía en que su comunicación era personal, estrictamente privada, y pedía "por favor" a sus colegas que "tomaran todas las precauciones" para que su carta al cardenal Gousset no cayera en el dominio de la publicidad.

Fiel a la línea de conducta que se había impuesto, lo mismo que Guibert, el obispo de Marsella se negará durante dos años a participar oficialmente en el debate y no actuará más que con intervenciones personales.

Sólo en febrero de 1853, por primera y única vez, saldrá de su reserva. Además sólo lo hará en el ámbito de su diócesis, para solidarizarse con su querido hijo de Viviers y defender a un sacerdote, el abate Gaume, originario de Marsella, ordenado por él, que había "ridiculizado escandalosamente el "Universo".

Mons. Guibert que pensaba publicar, sobre los debates, una puntualización juzgada por él indispensable, creyó que debía romper el silencio que, en bien de la paz, había guardado y recomendado hasta entonces. Dirigió a su clero una circular sobre el periódico "El Universo". Mons. de Mazenod apreció tanto la calma y la moderación de ésta que tuvo interés en comunicar a sus sacerdotes "la adhesión enviada a su muy amado colega".

En realidad se trataba de una larga carta de 7 páginas en las que volvía sobre los temas ya expuestos en su correspondencia privada y constataba su conformidad con la circular de Guibert.

Mons. de Mazenod estaba convencido hasta tal punto de haber servido con su adhesión a la causa romana, que comunicó su carta al obispo de Viviers y su respuesta al cardenal Gousset, al cardenal Antonelli.

Ahora bien cuando llegaron las cartas de Mons. de Mazenod a Roma, las circunstancias no se prestaban en absoluto a que se les diera una acogida favorable. En efecto, Mons. Sibour, arzobispo de París, acababa de publicar, el 17 de febrero contra el diario de Veuillot, una Ordenanza que prohibía a las comunidades religiosas y a los sacerdotes leer "El Universo", colaborar con él, y prohibía a los redactores emplear los términos de galicanismo y de ultramontanismo como calificativos injuriosos; y amenazaba, por último, con excomulgar a los redactores del periódico que se permitieran discutir la decisión episcopal. Medidas sumamente excesivas y tomadas en mal momento.

Esa desafortunada condena de Sibour coloca en alza las acciones del "Universo" que estaban en baja.

En otras circunstancias, viendo las pruebas de ultramontanismo dadas por él, el obispo de Marsella hubiera tenido la suerte de ser escuchado. Pero ahora no tenía audiencia favorable. El silencio de Antonelli, que no se dignó contestarle, ya lo daba a entender.

Un comentario de Pio IX, referido al prelado por uno de sus sacerdotes que viajó a Roma, no permite dudarlo. El prelado quedó muy entristecido ante esa desaprobación.

Mons. de Mazenod escribió una conmovedora carta al Santo Padre, justificando su modo de proceder y renovando el afecto de siempre y su profunda devoción a la Sede Apostólica.

La prueba tan dolorosa que padeció entonces el Obispo de Marsella le indujo a formular claramente su pensamiento sobre las controversias en curso. Ese pensamiento, y no teme afirmarlo ante el Papa, coincide con el de 70 obispos de Francia, por lo menos.

En el fondo, la moderación de Mons. de Mazenod y de Mons. Guibert, coincidía más de lo que se ha pretendido con los puntos de vista de la autoridad suprema.

En las polémicas entre galicanos y ultramontanos la Santa Sede, reconoce el fundamento de los reproches formulados contra Veuillot, "El Universo" y sus amigos y el peligro que suponía su excesivo celo y sus exageraciones; valoraba el vigor de los combates sostenido por la causa romana, y por consiguiente dudaba en condenarlos.

También dudaba si escuchar a sus detractores, porque no todos guardaban la medida de Mons. de Mazenod y de Guibert y, a veces, como Sibour, causaban estallidos y hasta se olfateaba el galicanismo.

La Encíclica "Inter multiplices" del 21 de marzo de 1853, se dedicaba, por lo tanto, con una diplomática dosificación, a pacificar los espíritus, sin desempatar a los adversarios.

Sobre los derechos y deberes de la prensa católica, objeto esencial del debate, el mismo equilibrio en la moderación. Los obispos deberían animar "el fuego de los escritores católicos, animados de buen espíritu para que sigan defendiendo la causa de la verdad católica con un cuidado atento y con prudencia". Pero si en sus escritos llegasen a "faltar en algo, había que dirigirles unas advertencias prudentes y paternales".

A esta Encíclica se refirió Pio IX el 5 de mayo de 1853, en su respuesta a Mons. de Mazenod, asegurándole que nunca había dudado de sus sentimientos, pero que le era agradable recibir un nuevo testimonio. Que su "Venerable Hermano" se conformara "con el mayor cuidado y el mejor celo" a todo lo que el Jefe de la Iglesia prescribía a los obispos de Francia en ese acto oficial y el Santo Padre se daría por convencido".

El prelado agradeció al Papa que le tratara como se merecían sus sentimientos "con sus palabras afables". "Siento mayor consuelo en mi pena porque mi obediencia a todo cuanto prescribe la Santa Sede ha brotado siempre de un afecto de corazón y también de un principio de fe y de deber. Su Santidad puede estar seguro de que esta obediencia no sucumbirá ni siquiera ante una prueba cuyo rigor no se suavizaría ni compensaría con nada. Espero no ser nunca de los tentados a disminuir el afecto ante la contradicción que les hiere desde arriba, imponiéndoles silencio".

La publicación de la Encíclica pontificia acababa de pacificarlo todo.

4.- La vuelta a la Liturgia romana.

Se trataba de poner fin a una mezcolanza de ritos, introducida por los obispos del siglo XVIII que había dotado a la Iglesia de una liturgia particular, cada cual por su cuenta y a la moda del día, diversidad muy molesta, porque había diócesis que según las regiones utilizaban, hasta cinco y seis misales, breviarios y rituales diferentes.

Más grave que los inconvenientes de ese disparate era la desviación de la piedad cristiana, individualizada o empobrecida por la tendencia a separar la vida espiritual de la vida litúrgica.

Dom Gueranger tuvo el indiscutible mérito de volver a abrir a la primera las fuentes insustituibles de la segunda. Sin embargo, parece que la reforma deseable se hubiera logrado con menos batallas y ruido si el abad de Solesmes hubiera partido de unas fuentes históricas indiscutibles, y sobre todo si se hubiera mantenido en su propio terreno. Además su campaña a favor de la liturgia romana tomó un carácter tan agresivo contra los antiguos usos de la Iglesia de Francia que pareció dirigida ante todo contra las simpatías galicanas del alto clero. Coincidió, además, con la de Veillot y la de los liberales, contribuyendo a hacerlas más agresivas.

Mons. de Mazenod juzgó abusivo el radicalismo de Dom Gueranger "que se atrevía a regañar a los obispos en un tono del todo inconveniente,.. que los acusaba de haber adoptado o conservado una liturgia manchada de herejía". Una mayor moderación, equidad y prudencia hubieran sido más eficaces para ir introduciendo la reforma de un modo progresivo, respetando las fiestas, los ritos, las costumbres locales, consagrados por una tradición secular. El mismo había procedido de ese modo en Marsella, con la ventaja de haber conservado en el siglo XVIII la liturgia romana. Suprimió algunos abusos que se habían introducido, mezclando con ella algunos elementos extraños y dudosos.

Entronizado en la sede de Marsella, en una ordenanza de 1839 prohíbe unos rituales publicados en Francia, se debe adoptar exclusivamente el ritual romano; para el canto hay que volver a unos cantos sencillos, al unísono, con unos estribillos repetidos por toda la asamblea.

En la carta pastoral de 1846, una de las más importantes y de las más modernas que haya escrito, protesta contra la pasividad de los asistentes que se quedan "durante la misa como simples oyentes"; denuncia, además, el contrasentido de una piedad "que prefería a esa solemne cooperación en el sacrificio, un recogimiento solitario". Ofreciendo el sacrificio con el sacerdote, el pueblo "por esa cooperación excelsa en la inmolación mística del Hombre Dios,

ejerce el sacerdocio real del que están revestidas todas las almas cristianas en unión con Jesucristo el Sumo Sacerdote".

Mons. de Mazenod se acercaba a Dom Gueranger, pero la moderación que empleaba para introducir las reformas indispensables estaba más en consonancia con el pensar de Pio IX que con la intransigencia del abad de Solesmes. Es más, no sólo lamenta esa intransigencia, sino también "el celo desconsiderado "de nuestros jóvenes obispos", que abruman a Roma con consultas inútiles.

Por último, el prelado no quería que se confundiera unidad y uniformidad. Por eso quiere conservar cierto número de oficios tradicionales en su Iglesia y gratos a su piedad. Se comprende que quisiera mantener los de S. Lázaro, Santa María Magdalena y el de las Santas Marías del mar, porque no admitía que se dudara de su venida a Provenza.

Por último, su devoción a S. José le impulsó a pedir que se añadiera la oración de ese santo en todas las fiestas de la Santísima Virgen. Roma le concedió ese indulto.

Aunque Mons. de Mazenod no logró conservar en su Propio diocesano, sometido a la Santa Sede, todos los particularismos que deseaba, pudo consolarse al saber que Dom Gueranger también había quedado afectado por el movimiento de unificación litúrgica lanzado por él. El abad de Solesmes no pudo obtener el Propio que había preparado para su Congregación.

5.- La definición de la Inmaculada Concepción.

El Santo Padre, antes de pronunciarse, había consultado con su Encíclica "Ubi primum" el 2 de febrero de 1849 al cuerpo entero de todos los pastores. El concilio ecuménico, imposible de reunir en una situación política tan perturbada, había sido sustituido por un concilio escrito.

El Sumo Pontífice, no actuaría, pues, en virtud de su autoridad papal, sino en nombre de la Iglesia docente. No se plantearía el problema de su infalibilidad personal, evitando que se reanudaran las polémicas entre partidarios y adversarios del ultramontanismo.

Mons. de Mazenod se mostró categórico y entusiasta en su respuesta a Pio IX. Después de haber agradecido al Papa el haber querido admitir a los obispos del mundo entero a tomar parte en el juicio que definiría como dogma católico la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, añadía : "Me alegro en el Señor de la parte que me ha sido reservada personalmente en la decisión que se prepara. Con sumo gusto daré testimonio de la tradición de mi Iglesia y expondré mi propia opinión sobre la pregunta que me ha formulado Su Santidad".

Esa tradición de la Iglesia de Marsella, "recibida de nuestros padres" desde siglos, coincidía con la de la "provincia de Arlés a la que perteneció Marsella en otro tiempo". Abundan las pruebas que fue unánime. Y cita unas cuantas.

Llamado a pronunciarse como obispo sobre la definición de ese dogma, Mons. de Mazenod no dudó en hacerlo : "Basado en la tradición de mi Iglesia, en la opinión de los teólogos más respetables", en las razones teológicas invocadas por estos, "opino que hay motivo para decidir y definir que María ha sido concebida exenta del pecado original". Que ese sentimiento fuese definido era "su ardiente deseo", el de su diócesis y, por último, el de la Congregación de los

Oblatos que había recibido del Papa León XII el nombre glorioso de Congregación de los Oblatos de la Santísima Virgen concebida sin pecado.

Una carta pastoral del 8 de julio de 1849 comunicaba a su clero y a sus fieles la respuesta al Santo Padre, pidiendo oraciones públicas para que el "Padre misericordioso de los hombres se digne iluminar (al Sumo Pontífice) con la claridad superior de su divino Espíritu e inspirarle con el soplo de lo Alto".

Como fundador de una Congregación dedicada a la Inmaculada Concepción, Mons. de Mazenod pensaba que tendría algún título para recibir alguna invitación de la Santa Sede para las fiestas que celebrarían en Roma la definición de un dogma tan querido para su corazón. Quedó muy decepcionado el 1 de octubre de 1854 al saber que se había concedido ese honor a Mons. Bouvier, obispo de Mans, olvidándose de él. Su amigo el cardenal Barnabo le consuela entonces, distinguiéndole con una de las invitaciones oficiales y con las "invitaciones de buena voluntad", y asegurándole que sería bien recibido. No le hizo falta más para marchar decidido y sin demora.

También la Curia trató de reparar la omisión cometida, porque al día siguiente de su llegada a Roma, el sábado 28 de octubre, el prelado vió llegar uno tras otro al "Hotel de la Minerva", donde se había alojado, a diversos mensajeros que le enviaba el Secretario de Estado para rogarle que aceptara un alojamiento en el Quirinal. Más tarde, un soldado de caballería le traía, de parte del Maestro de Cámara, una tarjeta de audiencia papal que no había solicitado en absoluto. Sin duda su amigo Barnabo había intervenido para probar que su distinción entre invitación oficial e invitación de buena voluntad no era una escapatoria diplomática. Pio IX le recibió con una "amabilidad extrema" y desde el comienzo le anunció su intención de nombrarle asistente al solio pontificio.

Su estancia en Roma se prolongó desde el 27 de octubre al 30 de diciembre. Mons. de Mazenod, en su "Diario", recoge cuidadosamente todos los detalles. Aunque interesante y hasta pintoresco, ese relato sólo interesa para la historia en lo que se refiere a la definición de la Inmaculada Concepción, en cuya defensa intervino varias veces ante teólogos, cardenales y ante el Papa en persona. Los opuestos eran una pequeña minoría, pero trabajaban para que se aceptaran sus reparos. Los más de ellos no querían herir a los liberales, como el primado de Bélgica o a los protestantes, como los obispos de Inglaterra, Alemania e Irlanda; y alegaban la inoportunidad de una decisión que acentuaría los antagonismos. Otros, entrando en el fondo de la cuestión, pretendían que no se podía proclamar de fe una doctrina que, para ellos, era próxima a la fe. Entre estos, uno de los más comprometidos era el cardenal Gousset.

A primeros de noviembre Mons. de Mazenod constataba, con una sorpresa bastante indignada, que el arzobispo de Reims había radicalizado su postura. Ahora bien, éste no era hombre que cambiara fácilmente de idea.

Sus anteriores enfrentamientos no animaban para nada al prelado a complimentarle, pero precisamente, escribe, "para probar a Su Eminencia que no guardo rencor, no he dudado en ir a verle".

"No hubo en esa entrevista ni explicación ni recriminación ni de una parte ni de otra", escribe Jeancard que acompañaba a su obispo.

En la discusión sobre la definición, el primado de Galia-Bélgica se atrincheró en la distinción entre el "proximum fidei" y el "de fide", resuelto a utilizarlo para que se limiten a declarar la doctrina de la Inmaculada próxima a la fe, sin definirla.

Mons. de Mazenod no esperaba que un prelado tan romano adoptara, y de modo tan categórico, una postura tan contraria a las ideas del Papa. Más sorprendido quedó todavía al escuchar que un teólogo tan intransigente en materia de galicanismo y de liberalismo alegara, en apoyo de su opinión, como "razones de prudencia y de sabiduría las dificultades que podría originar una definición dogmática más explícita, por parte de los gobiernos y, sobre todo, de los magistrados".

¿Cómo reconocer "en ese lenguaje al hombre que había asumido la tarea de censurar sin miramientos unas ideas que se habían convertido de pronto para él en un espantajo suficientemente poderoso para encadenar la palabra en los labios del Sumo Pontífice?".

El Obispo de Marsella intentó demostrar al cardenal que "si las cosas ocurrían como pensaba Su Eminencia, saldría perdiendo la Santísima Virgen en la opinión de los católicos sobre todo, añadió, después de haber hecho tanto para ofrecerle un homenaje esperado universalmente y ... negado en el momento decisivo".

La argumentación del prelado y "la gran pena" que reflejó no lograron impresionar al cardenal que se limitó a contestar : "Después de todo, acataremos lo que se decida".

"Era síntoma triste el que un hombre como él diera la impresión de desertar de una causa tan querida por la Iglesia", escribe Jeancard, confidente de los temores que sentía entonces Mons. de Mazenod. Pero éste, lejos de desanimarse ante los obstáculos que prevee, se siente empujado a comprometerse en defensa de la definición dogmática que juzgaba comprometida.

Para enriquecer la argumentación de la Bula sobre la Inmaculada Concepción, que Gousset deseaba azucarar, va repetidamente a casa del redactor de ésta y proporciona a Mons. Pacifici unos documentos complementarios que testimoniarían más todavía la concordancia ya establecida entre su contenido dogmático y las enseñanzas pontificias anteriores. "Se trataba de las cartas apostólicas de León XII instituyendo y aprobando la Congregación de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada", es decir, como dice este documento : "sine labe originali concepta", unas cartas apostólicas de Gregorio XVI y del mismo Pío IX, cuando aprobaban a este Instituto.

Mons. Pacifici agradeció vivamente al prelado el haber llenado esa laguna. De hecho, no mencionará especialmente a los Oblatos en el pasaje complementario que introdujo en el texto definitivo. Se limitó a invocar de modo general la aprobación dada a las familias religiosas fundadas en honor de la Inmaculada Concepción como uno de los medios más elocuentes a los que acude la Iglesia romana para "afirmar, defender, promover el culto y la doctrina" de la Virgen sin mancha.

Esa prueba de relleno no tenía garra para conmovir al arzobispo de Reims. Su colega de Marsella conocía de sobra a éste para hacerse ilusiones. No le sorprendió, pues, que removiera Roma con Santiago y que propusiera el 23 de noviembre ante los cardenales y prelados reunidos para examinar el proyecto de la Bula, que había que "rehacerla enteramente y simplificarla".

"Para tranquilidad de mi conciencia, escribe Mons. de Mazenod, y para presentar una proposición contraria a la expresada por el cardenal Gousset, me he creído obligado a decírselo al Santo Padre". Para ello redactó una larga carta a Pío IX : "Como ayer en nuestra asamblea se levantó una voz para pedir que el proyecto de Bula que nos ha sido presentado y ordenado por Vos, sea rehecho enteramente, y esa proposición, escrita por uno de nuestros colegas ha debido

ser entregada a Su Santidad, me siento interiormente impelido a rechazar por lo que a mí se refiere, esa proposición.... Si no me equivoco es una consecuencia de la idea del pequeño número que, desde un principio, parece que deseaban ver restringida vuestra decisión".

El cardenal Gousset no se detuvo ante esta resistencia. Los teólogos de la comisión que "no se preocupan nada de esa aberración", tranquilizaron al Obispo de Marsella sobre la suerte reservada a tan extraña pretensión del arzobispo.

Pero Mons. de Mazenod que conoce la tenacidad del personaje, sigue convencido de que persistirá defendiendo su postura paso a paso. Este "decía a los que querían escucharle que trabajaba mucho".

A su primera carta, el Obispo de Marsella añadió una segunda, más apremiante todavía, al enterarse de que algunos prelados "y entre otros un cardenal amigo mío al que yo mismo había llamado a Roma, y que con gran sorpresa para mí, no quería que el Papa se pronunciara directamente sobre esa cuestión, (se trata del cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon) han visto mal que el cardenal Vicario se haya adelantado tanto en la "Notificación" que acaba de publicar para el día 8, la fiesta de la Inmaculada Concepción. "He quedado consternado, dice al Santo Padre, al enterarme de que unos obispos que no querían una definición completa, mantenían la esperanza de que se impusieran sus ideas. Sería una tremenda desgracia que pudiera prevalecer su opinión. La potestad de definir un dogma de fe sería de hecho problemático para muchas gentes que creerían que la Iglesia, por decirlo de algún modo, ha dudado de sí misma y ya no se atreve a ejercer la plenitud de su autoridad en materia de creencia". Sería ponerse "en contradicción con la espera universal y la opinión de la casi totalidad" de los obispos.

Por último, "la gloria de la Santísima Virgen María sufriría un grave quebranto, si en las circunstancias presentes y en el punto en que está la cuestión, no se definiera que la doctrina de la Inmaculada Concepción, contenida en el sagrado depósito, debe ser considerada en adelante como un dogma de fe que hay que creer de corazón y confesar con los labios, al mismo tiempo que no se la puede contradecir sin librarse de los anatemas de la Iglesia".

En conclusión, el prelado suplicaba "de rodillas" al Santo Padre que fuera "tan explícito" como el proyecto de Bula en lo que definiera: "Solamente siguiendo sus propias inspiraciones, que son las del Espíritu Santo, impedirá que la Santísima Virgen pierda en la opinión de los fieles, como sucedería hoy día con una decisión indirecta o incompleta".

Pio IX no contestó al Obispo de Marsella, pero por Mons. Pacifici se enteró con alegría, de que esa iniciativa había sido bien acogida y que había gustado al Papa. Más feliz se sintió todavía al constatar el 8 de diciembre, cuando la imponente ceremonia de S. Pedro que describe minuciosamente en su "Diario", que el Sumo Pontífice se había pronunciado tan explícitamente como él deseaba, definiendo el dogma de la Inmaculada Concepción como "Summus Pontifex, afflante Spiritu Sancto".

¿Tenía la ilusión de haber ejercido una influencia eficaz y determinante en esa decisión final?

En todo caso es evidente, su "Diario" lo atestigua, que lejos de querer tomar una revancha sobre el cardenal Gousset, sólo siguió la inspiración de su conciencia, su convicción profunda, su devoción a la Virgen sin mancha y su fe en la autoridad doctrinal infalible del Vicario de Jesucristo.

Capítulo IX

EL SEGUNDO IMPERIO Y LA CUESTION ROMANA

1.- El Obispo de Marsella nombrado senador del Imperio.

Era la época dorada de la alianza entre el Imperio y la Iglesia y Mons. de Mazenod expresó repetidas veces en sus pastorales el elogio de Napoleón III, con ocasión de la guerra de Crimea (13 de abril de 1854), de la toma de Sebastopol (12 de septiembre de 1855), del embarazo de Su Majestad la Emperatriz (15 de octubre de 1855); bendijo solemnemente una medalla de oro, grabada expresamente para ofrecerla al heredero del trono el día de su bautizo, delicada atención que le agradeció personalmente el Emperador.

Para el bautizo del Príncipe Sus Majestades y los católicos franceses deseaban que Pio IX aceptara ser el padrino del heredero del trono. El Papa aceptó el padrinzago, pero a través de un representante, el cardenal Patrizi.

El legado a su paso por Marsella fue huésped de Mons. de Mazenod, que quiso recibirlo dignamente en su palacio episcopal. "Como tengo interés, escribe en su "Diario", en que se sepa que es la persona del Sumo Pontífice, Jefe de la Iglesia, al que pretendo honrar, dirigiré mi pequeña alocución en la puerta de la iglesia al legado "a latere", considerado como la persona del Papa".

Con ocasión del bautizo imperial fueron invitados los obispos franceses, Mons. de Mazenod, fue a París, y procuró desaparecer en el rango que le asignaba el protocolo y, lejos de ponerse en evidencia para atraer la atención del emperador y de los medios oficiales, se escondió cuanto pudo.

En las fiestas o en las recepciones se hacían pronósticos sobre los honores y dignidades que Su Majestad tributaría en tan memorable circunstancia, nunca se hablaba de él. En una comida en casa del nuncio en la que se aseguraba que un prelado sería promovido a senador, "en los rumores ridículos que corrían, cada uno hacía su nombramiento según su fantasía y nadie pensaba en mí", escribe Mons. de Mazenod.

Sin embargo pudo quedar sorprendido cuando el 24 de junio, una carta ministerial le informó de su elevación "a la dignidad de senador, por decreto de ese día". Confía a su "Diario" el 25 de junio: "Ya estoy metido, me parece que por voluntad de Dios, en una carrera que ciertamente no buscaba... No demostraré en Saint Cloud ninguna prisa por hacerme notar; al contrario, me mantendré retirado".

El favor que le concedía Napoleón III le obligaba a salir inmediatamente de la reserva que se había impuesto, para dar gracias al Emperador.

Mons. de Mazenod fue introducido el 27 de junio en el senado con el ceremonial requerido, que describe en su "Diario". Felicitaciones de senadores, ministros, nuncio, obispos, cabildo de Marsella. El P. Tempier, aunque se sentía feliz, estaba preocupado por los cambios que la senaduría de Mons. de Mazenod tendría que introducir en la casa episcopal. El prelado se encargó de tranquilizarle : "No estoy de acuerdo con el boato de la casa que desearías que comprara en Marsella; mi nueva dignidad no cambiará nada mis modestas costumbres; así que nada de uniformes y, sobre todo nada de grandes comidas; en cuanto a las limosnas no haré ninguna llamativa. No me parece conveniente, con ocasión de una dignidad puramente política. En resumidas cuentas : estaré en Marsella hacia el 20 de julio".

Vuelve a Marsella el 17 de julio. Asustado del trabajo acumulado en su ausencia, el valiente prelado se puso inmediatamente a trabajar. "Con la ayuda de Dios lo resolveremos todo".

2.- El Obispo senador.

Mons. de Mazenod se impuso la obligación de participar en la sesión del Senado que se reunía cada año de enero a junio. Pero aunque siempre llegaba para la apertura de la sesión, volvía a Marsella para la Semana Santa y realizar las visitas pastorales. Volvía normalmente para la clausura. Las actas oficiales no permiten determinar su papel y su actuación en los debates.

En la sesión de 1856 se discutió el decreto sobre la regencia.

En 1857 se inicia un giro: en la sesión de apertura el discurso de Napoleón III critica al reino de Nápoles para el que guarda Mons. de Mazenod un profundo agradecimiento por la protección prestada durante el exilio y hace un elogio de Thiers, del que guarda un mal recuerdo. Ambas cosas le disgustan y se pregunta que hay detrás de todo eso. No comprendía que por un par de casos aislados se desconfiara de la actitud de la Iglesia de Francia.

Sintió vivamente la muerte de Fortoul, ministro de Cultos, le satisfizo la entrevista que tubo con su sucesor Sr. Rouland, sin que se disiparan sus temores sobre el nuevo giro de los asuntos religiosos.

Fue recibido por el Emperador y la Emperatriz "con bondad"; sus atenciones le emocionaron vivamente.

El Sr. Troplong, presidente de la Asamblea vino a Marsella a pasar las vacaciones de las fiestas pascales. Eso facilitó al prelado unas relaciones más íntimas con él que terminaron en una profunda amistad.

En 1858, el 14 de enero el atentado de Orsini contra el Emperador conmueve a Francia. A su llegada a París escribe al Emperador dando gracias a Dios por haberlo preservado.

Se temía la acción subversiva revolucionaria de los mazzinistas protegidos por el gobierno sardo que codiciaba el dominio temporal de la Santa Sede.

El Emperador el 18 de enero, en la reapertura de las Cámaras pronunció un discurso del que se declaró "muy satisfecho" Mons. de Mazenod: "Algunos pasajes me han conmovido profundamente. Independientemente de lo que afectaba a la circunstancia del atentado, valía más que el del año pasado en el que habíamos oído aquel final en honor de Thiers".

Votó varias leyes y por una atención que le conmovió, fue nombrado ponente de una ley que autorizaba un crédito de 499.450 francos para ayudar a la construcción de la nueva catedral de Marsella. El senado votó el crédito solicitado.

Tuvo otra satisfacción : a propuesta del ministro de Cultos, el Emperador accedía a nombrar a Jeancard auxiliar de Marsella.

No tuvo el mismo éxito al intentar que la diócesis de Marsella fuese elevada al rango de arzobispado, como exigencia de la importancia de esa ciudad.

Los resultados obtenidos durante esas sesiones, tanto para la situación religiosa general como para la propia diócesis eran satisfactorios. Dio por bien empleadas las gestiones emprendidas y hasta el pesado trabajo de las recepciones oficiales a las que el prelado senador tenía que asistir de puro compromiso. Confesaba a Tempier : "Por lo demás, cuando no tengo más remedio que asistir, siento la futilidad y el vacío, mejor de lo que pudiera sentirlo en la meditación. Allí está en su auténtica salsa ese gran mundo. Todo se reduce a esto, me digo. ¡Y qué poca cosa es! Un momento pasado al pie del altar vale mil veces más que todo ese alarde, por resplandeciente que sea".

3 .- La guerra de Italia.

El año 1859 que iba a ser tan decisivo para las posesiones temporales de la Santa Sede, se abrió en Roma con manifestaciones de optimismo. Se contaba con las buenas relaciones entre el emperador y el Papa.

En París se deterioran las relaciones con Viena y se teme la guerra. El discurso en la apertura de las Cámaras deja satisfecho a medias a Mons. de Mazenod, inquieto ante las reticencias y vacilaciones.

Durante su estancia en París el Obispo visitó a ministros y frecuentó los medios políticos, fue recibido atentamente en las Tullerías por el emperador y la emperatriz. El 13 de abril regresaba a Marsella, sin sospechar que quince días más tarde iba a estallar la guerra.

Estalló a consecuencia de un ultimatum de la Corte de Viena al Piamonte para que desmovilizase sus tropas en un plazo de tres días. Ante la negativa de este último, los ejércitos de Francisco José cruzaron el Tessino el 27 de abril.

Con eso Austria hizo el juego a Cavour y a los proyectos secretos de Napoleón III. El primero en virtud del tratado de alianza defensiva, se beneficiaba de la colaboración militar del emperador. Este tenía en bandeja la ocasión de intervenir, al defender al débil contra el fuerte, haría el papel de bueno.

Los obispos veían con mucha desconfianza esta guerra porque no era difícil prever las consecuencias que eso podía tener para el dominio temporal del Papa.

En una carta del 4 de mayo el ministro de Cultos, invitaba a los prelados a prescribir oraciones por el éxito de los ejércitos imperiales, el emperador, asegura Roland, deseaba resolver "pacíficamente" la cuestión italiana y quiere "fundar sobre bases sólidas el orden público y el respeto a la soberanía de los Estados italianos", quiere que el Jefe de la Iglesia sea respetado en sus derechos de soberano temporal.

Mons. de Mazenod no se dio ninguna prisa en redactar y publicar la carta pastoral solicitada por el Gobierno. "Estoy tan molesto como Vd por la situación

en que nos han dejado", escribe el 13 de mayo a Mons. Guibert. Al relatar en su "Diario" el paso de Napoleón III por Marsella al embarcarse para Génova, dice : "No podía desprenderme de un dolor secreto, yo que rechazo todo pensamiento de guerra y, sobre todo, esta desgraciada guerra que se va a emprender".

El Obispo de Marsella se decidió, por fin, porque todos sus colegas respondieron a la invitación de Rouland, pero subrayando lo que decía el Emperador en su proclama del 3 de mayo : "Francia ha demostrado su odio a la anarquía... No vamos a Italia a fomentar el desorden, ni socavar el poder de la Santa Sede a la que hemos devuelto su trono, sino a liberarlo de esa presión extranjera que pesa sobre toda la península". Mons. de Mazenod que conocía los sentimientos de la Santa Sede expresados en la Encíclica de Pio IX del 27 de abril, que pedía oraciones por la paz, intentó armonizar lo mejor posible esas disonancias, manteniéndose en unos términos moderados. Lo logró con tanta maestría como tacto, sin permitirse la menor palabra que contradijera sus íntimos sentimientos.

Después de recoger las promesas del emperador y salir fiador de ellas, para comprometer más a Napoleón a cumplirlas, Mons. de Mazenod formula la esperanza de que estas atraigan sobre Su Majestad y sobre Francia "una protección que el Sr. Ministro de Cultos nos invita a pedir al cielo".

Ante la primera noticia de la victoria de Magenta el Sr. Bosq le urgía para que organizara un "Te Deum". "Me negué a hacerlo por mi cuenta, escribe. Bastante haré con prestarme a ello cuando el ministro se lo pida a todos los obispos de Francia". Para él, esa guerra de Italia era una guerra injusta; que no podía alegrarse de la victoria; que, al contrario, se sentía triste, muy triste, por la suerte de los soldados muertos en el campo de batalla sin sacramentos, sacrificados para el tiempo y para la eternidad por una causa que el cielo no podía bendecir; que no era un "Te Deum" lo que desearía cantar, sino un "De profundis"...

Cuando recibió el telegrama ministerial que ordenaba un "Te Deum" por la victoria de Magenta, Mons. de Mazenod cedió, "basado en el principio reflejo de que hay obligación cierta de obedecer al soberano cuando no se tiene la certeza absoluta de la injusticia de sus determinaciones". En esta ocasión, él mismo ofició pontificalmente el 13 de junio, fiesta de Pentecostés. Escribe : "Al terminar la misa mayor fue cuando cantamos tristemente el "Te Deum" pedido. ¿Quién podía alegrarse de los montones de cadáveres, de tanta sangre vertida con ocasión de una mala causa? Por eso añadí al "Te Deum" las oraciones por la paz y dije en voz alta el "Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace". Ya había tenido intención de aplicar por las pobres almas de los franceses y de los austríacos sacrificados en el campo de batalla, la indulgencia plenaria de la misa que acababa de celebrar".

La sublevación de las Legaciones al retirarse las tropas austriacas después de su derrota de Magenta, preocupó mucho a Mons. de Mazenod. En efecto la junta de la Romaña no sólo pretendía separarse de los Estados de la Santa Sede, sino que manifestaba la voluntad de unirse al Piamonte.

Por eso cuando llegó la Encíclica de Pio IX del 18 de junio protestando contra la invasión por el Piamonte de esos territorios, Mons. de Mazenod se dispuso a asegurar al Santo Padre que compartía sus dolores.

El armisticio de Villafranca y los preliminares de la paz, firmados el 11 de julio tranquilizaron a Mons. de Mazenod. Por eso, él que no había felicitado a

Napoleón por las victorias de Magenta y de Solferino, lo hace ahora con entusiasmo : "Disfrutad, señor, de vuestra gloria. El reconocimiento de la patria y de la Iglesia os queda asegurada para siempre, y la historia dirá qué inmenso servicio habéis prestado".

4 :- Mons. de Mazenod propuesto para el cardenalato.

El 15 de agosto, por carta del 13, el ministro de Cultos anunciaba al Obispo de Marsella que el emperador le proponía a la Santa Sede "para el capelo de cardenal, vacante en el orden de las designaciones de Francia" por la muerte de Mons. Dupont, arzobispo de Bourges y senador desde 1852. La decisión databa del 23 de julio, pero "esa buena noticia, escribía Rouland, llega algo retrasada porque deseaba que le llegara el día mismo de la fiesta de Su Majestad".

Esa buena noticia no podía sorprender a Mons. de Mazenod, porque ya hacía tiempo que querían darle la púrpura. León XII que le apreció mucho cuando fue a solicitar la aprobación de su Congregación misionera, quiso retenerlo en Roma para encaminarle hacia el cardenalato. Se supo eso más tarde, por una confidencia del cardenal Orioli a Jeancard.

En 1851 Guibert vio unas circunstancias favorables para que el príncipe presidente concediera un favor que legitimaban la edad avanzada del prelado, decano del Episcopado, su acción pastoral y misionera, la importancia de la sede de Marsella, la segunda ciudad de Francia y los servicios prestados al nuevo gobierno.

El prefecto Suleau intervino y tomó a pecho las negociaciones necesarias ante el ministro de Cultos. Pero las designaciones ya estaban hechas y habría que esperar.

Después de la visita de Luis Napoleón a Marsella, Suleau, gracias a una gestión de Jeancard, refrescó la memoria del jefe del Estado, bien impresionado por la acogida de la población, recomendándole su nombramiento de senador, sin excluir la candidatura del prelado al cardenalato.

Nombrado senador "a falta de algo mejor", el prelado no hace nada por favorecer su candidatura.

Sus amigos sí se mueven y en mayo de 1859, después de la muerte del cardenal Dupont, Guibert y Jeancard simultáneamente reiteran su gestión.

El primero se dirige al ministro de Cultos. El segundo acude al presidente del senado, el Sr. Troplong, amigo íntimo de Mons. de Mazenod. A los títulos aducidos que eran los mismos que antes, Jeancard añade otro de primera línea que parece haber sido determinante : "Como jefe del senado no dudo que hará prevalecer al único candidato que existe en el cuerpo que preside. Pensará que, aunque su posición sea elevada, es preciso que no quede más tiempo en inferioridad a los demás senadores eclesiásticos".

El 3 de junio Troplong transmitió a Rouland la carta de Jeancard, apoyando la candidatura.

El emperador, de regreso a París para el 17 de julio, decidió presentar a Mons. de Mazenod para el cardenalato al Sumo Pontífice. El ministro de Asuntos exteriores quedaba invitado a "emprender cuanto antes las negociaciones necesarias para dar cumplimiento a las intenciones de Su Majestad".

De hecho el embajador sólo comunicó la propuesta oficial a Antonelli el 26 de agosto. Decía : "El gobierno de Su Majestad, después de haber puesto de

relieve los méritos del obispo, piensa que la elevación al cardenalato de un prelado tan recomendable bajo tantos puntos de vista no ofrecía objeción alguna por parte de Su Santidad".

Esa esperanza no se realizaría. Casi inmediatamente, surge una dificultad. Para el nombramiento de cardenales, Roma desea que se guarde secreto hasta la publicación oficial hecha por la Santa Sede. La presentación de los candidatos por las Cortes, lanzada al público, coloca al Papa ante una alternativa desagradable : desoir a las personas interesadas, dando una negativa o dar la impresión de ceder ante un medio de presión inadmisibles.

Ahora bien, la prensa de Marsella y de París se adelanta, en septiembre, a anunciar que el próximo capelo le será otorgado al obispo de Marsella.

Mons. de Mazenod que conocía los usos romanos, quedó tan molesto como contrariado con esas poco afortunadas indiscreciones que podían molestar a la Curia y crearle en su diócesis una situación falsa.

Por eso escribió a su amigo el cardenal Barnabo para disipar los equívocos y saber a qué atenerse; pide al cardenal que le adelante antes de la celebración del consistorio, si el Santo Padre aceptaría la presentación hecha por el emperador.

El cardenal Barnabo contestó al Obispo de Marsella que, lejos de existir algún rechazo hacia él, el Papa le mantenía en preferencia. Era lo equivalente a decir que Pio IX aceptaba la presentación, y el cardenal, que lo entendía así, se sentía feliz de poder tranquilizar a su corresponsal y "calmare qualunque sua ansietà". El obispo agradeció inmediatamente al cardenal el haber aceptado "la comisión delicada, confiada a su amistad". Tranquilizado sobre los sentimientos del Santo Padre esperaba "pacientemente el resultado".

El prelado, que por sus relaciones con Roma y por los medios gubernamentales informados por el embajador Gramont, sabía postergada su promoción a la púrpura para fecha posterior, no quedó sorprendido ni decepcionado cuando se enteró el 27 de septiembre, de que Pio IX no le había otorgado el capelo. Pero tuvo mucha pena por el efecto que esa noticia causaba en sus sacerdotes. Escribe a su amigo el cardenal Barnabo : "No podían convencerse de que el Papa hubiera querido hacer un gesto que molestara al emperador... buscaban si no habría alguna intriga contra mí... Hice lo que pude para disuadirles de su error, asegurándoles que el Santo Padre siempre es muy bueno conmigo; y que ese retraso había que atribuirlo a otro motivo que no nos pertenecía examinar".

"Yo acepto con resignación la inmensa humillación que me ha sido impuesta frente al mundo entero, por una mano muy querida... La ofrezco al Señor como contrapeso por los testimonios demasiado favorables y desproporcionados a mis méritos, recibidos en esta circunstancia. ¿Qué será cuando llegue al senado con esta brusca vergüenza? Si el Santo Padre hubiera sabido en qué situación tan penosa me coloca esa demora, tal vez hubiese tenido la clemencia de pensar lo poco que le importa al emperador la lección que le quiere dar; que toda la amargura recaerá sobre el obispo más adicto a la Santa Sede y que, desde hace más de 50 años no ha cesado de dar pruebas de ello a costa suya. No lo digo en son de queja. ¡Libreme Dios! Pero es un alivio para mí depositar mi pena en su corazón..."

"Repito a todos que las cosas deben suceder así en las actuales circunstancias, y que hay que rezar con más fervor todavía por el Santo Padre al que le están asediando disgustos por diversos frentes".

Comprendiendo que la Santa Sede quería manifestar su descontento a Napoleón III, Mons. de Mazenod, que pagaba los platos rotos de esa demostración, se preguntaba para qué podía servir tal enfado.

Escribía a Guibert el 5 de octubre: "De acuerdo con que tengan quejas contra nosotros, pero sería más conveniente quejarse de otro modo que con una provocación". Esa misma era la idea del arzobispo de Tours, que contestaba el 9 de octubre: "Se concibe que en el estado actual de cosas el Sumo Pontífice no crea conveniente nombrar un cardenal "francés", puesto que esas promociones siempre tienen una cierta proyección política. Para mí creo que en Roma hubieran hecho mejor si pasan por alto esas consideraciones rastreras, porque se hubiera apuntalado en Francia al partido afecto al Papa, y porque esa manera noble, generosa y confiada, descartando toda idea de rencor, hubiese dado buenos frutos. Pero ya se sabe que en Roma se sale poco del carril común de la política habitual. Tal vez por haberse cerrado demasiado durante diez años, hemos llegado a estas crisis tremendas en las que estamos".

El dolor que experimentó Mons. de Mazenod - lo repetirá hasta la muerte - se explica, ante todo por la postura desairada y un poco ridícula en que queda. Su tristeza y su preocupación se debían a las indiscreciones cometidas que se prestaban a interpretaciones molestas. Se decía y se le creía en desgracia ante el Papa. Sus amigos sufrían por ello y hasta en su diócesis, los espíritus malévolos explotaban contra el candidato del emperador, las demoras de la corte romana.

La vigorosa alocución de Pio IX en el último consistorio en que, contra lo esperado por todos, no fue proclamado cardenal el Obispo de Marsella, era, sin embargo de tal naturaleza que confirmaba la opinión sobre los verdaderos motivos que impedían al Santo Padre elevar a la púrpura a un obispo francés.

Hablando sobre la sublevación de las legaciones el Santo Padre insistía en los "consejos" y las "insinuaciones", las "ayudas de toda clase que llegadas de fuera", habían azuzado la audacia de los insurrectos.

Es claro que el caso particular de Mons. de Mazenod dependía de una situación general y de la tensión provodada entre el Papa y el Emperador en el Congreso de Bolonia.

5.- Mons. de Mazenod, la cuestión romana y sus consecuencias.

El Obispo de Marsella, aunque salvaba hasta cierto modo la falsa posición originada por el retraso de su promoción a la púrpura romana, se veía envuelto en enredos peores. Guibert le había anunciado el 9 de octubre un movimiento general de los obispos que se disponían a hablar para apoyar con sus protestas las protestas del Papa. ¿Podía echarse atrás?, se preguntaba el arzobispo de Tours. En vez de llevar al gobierno a unos "sentimientos más justos y más delicados", ¿no se corría el peligro de herirlo y, en ese caso, temer que dejara que las cosas siguieran "su curso natural"?

Mons. de Mazenod pensaba como el arzobispo de Tours en que el resultado más seguro sería ofender al emperador con esa campaña y, en lugar de inclinarle a ser favorable a la Santa Sede, se le daría pie a quedar pasivo ante los asuntos del Piamonte. También había que evitar a la Iglesia la acusación de hostilidad contra el gobierno.

Mons. de Mazenod se decidió a no unirse a sus colegas. Convencido de prestar mejor servicio a la causa, renuncia de momento a publicar una pastoral y

prefirió una gestión personal : escribió una carta al emperador el 22 de octubre de 1859, pidiéndole siguiera protegiendo al Papa.

Le contestó el emperador el 14 de noviembre, en términos muy corteses, pero eludiendo la cuestión de fondo. Ese fracaso le dejó triste.

Por una carta del cardenal Barnabo y por el obispo de Bellay, se entera de que la Curia y el Santo Padre se extrañan del silencio guardado por él sobre el asunto de la Romaña.

Se defendió ante el cardenal : no había tal silencio, el 7 de julio había dirigido a su clero una circular muy explícita "sobre la traición de los súbditos infieles a Su Santidad", sobre la violación del principio jurídico de la soberanía temporal de la Santa Sede, pero esperaba que una gestión personal sería más oportuna y más eficaz que una pastoral en regla. Y para darle satisfacción redactó urgentemente una pastoral que mandó a Roma. En ella pide que los miembros del Congreso europeo "se inspiren por encima de todo en el espíritu de justicia que no podrá permitir que la rebelión prospere aunque no fuese más que para quitar al patrimonio de S. Pedro la más pequeña parcela de su territorio".

Mons. Guibert le felicitó calurosamente : "Su pastoral es perfecta. Es muy explícita sobre los derechos del Papa con los miramientos convenientes para el emperador".

Desgraciadamente parece cada vez más evidente que Su Majestad renuncia a mantener la integridad de los Estados de la Santa Sede. El folleto "El Papa y el Congreso" que publica La Gueronniere el 22 de diciembre de 1859, conmueve profundamente a los católicos porque se atribuye al mismo emperador la tesis defendida por su testafierro. En la primera parte prueba que la posesión de un dominio temporal condiciona la libertad espiritual del Jefe de la Iglesia. En la segunda se dedica a demostrar que los principios teológicos no determinan su extensión, sólo lo hacen las circunstancias históricas, que pueden modificarlas. El Jefe de la Iglesia saldría ganando con la reducción de sus territorios. "Cuanto más pequeño sea el Estado, más grande será el Papa".

Mons. de Mazxenod juzga con severidad "ese indigno folleto, pero se niega a pensar que sea expresión "de un alto pensamiento". Rehusa unirse a la campaña episcopal contra el folleto, cuando va a reunirse el Congreso en el que predominará la influencia del emperador, no es el momento de ponerlo tibio.

Pero ¿qué éxito podía esperarse de la diplomacia secreta que estimaba preferible y que tan poco fruto le había dado? y ¿cómo quedarse pasivo en un momento tan grave? El prelado, angustiado, se pregunta qué hacer.

Fue cuando recibió una petición apremiante del cardenal Morlot "para que escribiera al emperador personal y directamente sobre la situación y sobre nuestras tristes preocupaciones, nuestras inquietudes y alarmas del Episcopado y de los fieles".

Ya ha escrito una primera vez y expone sus dudas y por fin se decide y escribe la carta al emperador en terminos apremiantes. Esta vez Napoleón no se dignó contestarle. Pero con ocasión del año nuevo, aconsejaba a Pio IX "que hiciera el sacrificio de las provincias sublevadas" para lograr que Europa garantizara las demás posesiones temporales".

Se terminan las dudas para Mons. de Mazenod, pero queriendo evitar todo estrépito, como también evitar una actitud pasiva, se pronuncia indirectamente con la aprobación de un libro del abate Magnan que aparece en su diócesis y que condena la tesis de La Gueronniere, alcanzando a la vez a Napoleón al que cita. Magnan defiende no sólo el poder temporal de los Papas, sino también la integridad de los Estados de la Santa Sede.

El Obispo de Marsella en lugar de contentarse con un simple "imprimatur", lo justifica con una serie de consideraciones para garantizar la doctrina del autor y le felicita "por haber sabido poner en evidencia el error" y por defender la verdad. De este modo, el panfleto de La Gueronniere y la carta de Napoleón III a Pío IX, que profesaban el mismo error y desconocían la misma verdad, quedaban al descubierto, sin que ese texto hábil y calculado tuviera visos de ponerles a ambos en tela de juicio.

En cambio, Mons. de Mazenod se compromete directa y personalmente a propósito de la Encíclica del 19 de enero en la que Pío IX rechaza la propuesta de Napoleón y reivindica enérgicamente la posesión de la Romaña. Unos prelados comunican la Encíclica a su clero, "pero con el texto latino y con orden de no leerlo desde el púlpito"; otros lo mandan leer, pero prohíben comentarla. Mons. de Mazenod envía el texto latino con una traducción francesa que será leída desde el púlpito en todas las iglesias de la diócesis y redacta el 7 de febrero una carta pidiendo oraciones para que la divina Providencia remedie tantos males.

Los párrocos o por lo menos algunos, comentaron la carta y la Encíclica, porque el prefecto Besson, que ya hacía algunos meses había ordenado vigilar a los predicadores, denuncia unos cuantos al ministro de Cultos. Mons. de Mazenod los defiende y protesta enérgicamente contra esa vigilancia policial.

Sigue la campaña en favor de los Estados pontificios, se ponen a la venta cantidad de folletos, se recoguen firmas, juntando en Marsella 4.517, cuando las del resto de Francia solo suman unas 1.800.

Por otra parte una serie de circulares oficiales descubre "una mala voluntad" de los ministros hacia el clero y los católicos.

El 24 de marzo se abrió ante el Senado el asunto de las peticiones por las que los católicos reclamaban la intervención de la Asamblea Alta, ante los ministros de Asuntos exteriores y de Cultos, para asegurar la integridad del dominio del Papa.

Al final del debate, Mons. de Mazenod pidió hacer algunas observaciones. Maestro en improvisaciones, logró hacerse escuchar, le felicitaron "por haber dicho en pocas palabras más que otros en largos discursos".

Mons. de Mazenod regresó a Marsella para la Semana Santa sin haber solicitado audiencia para presentar sus respetos al emperador. Se iba enfriando cada vez más el afecto y la confianza en Napoleón, su actitud para con la Santa Sede lo distanciaba cada vez más. El "Te Deum" por la anexión de Saboya fue otro obstáculo: "Declaramos sin rodeos, escribía Mons. Guibert, que si existiera una correlación real entre la adquisición de los nuevos territorios cedidos a Francia y la usurpación de una parte del dominio de la Santa Sede y tuviéramos la prueba cierta, ninguna potencia del mundo sería capaz de lograr de nosotros unas oraciones por un acontecimiento que se vincularía a una sacrílega injusticia". El Obispo de Marsella mandó una larga carta al ministro Rouland en el mismo sentido.

El 18 de septiembre el ejército piemontés, que invadía Las Marcas, aplastó, en Castelfidardo, al pequeño ejército pontificio. Con esta ocasión publicó el Obispo su última circular para mantener en su integridad el dominio temporal de la Santa Sede.

La situación cada vez más agravada, tuvo para Mons. de Mazenod, como consecuencia, el aplazamiento "sine die" de su cardenalato. Insistió París, pero en vano, el Papa con diversos pretextos retrasa el nombramiento. En agosto de 1850 escribía a Mons. Guibert: "Por lo que me toca, no se puede esperar nada. El Papa ha puesto como principio que cuando la Iglesia está dolorida, no conviene

alegrarse. Me parece que lo más fácil sería suprimir, en este tiempo de duelo, las iluminaciones, las orquestas y, dicho sea, la promoción de cardenales italianos. Para mí comprendo que hay otra razón insuperable, que es la de no conceder un favor al soberano que se tiene como autor de todos esos males, - así se lo dice el Papa a cuantos le visitan -, al que, además, tendría que enviar el birrete con un obligado discurso que tendría que hacer. ¿Qué le podía decir, tal como están las cosas? Sé que en el caso de una promoción general, podría ser incluido sin preámbulos, y ya que no hay nada personal, (el Papa podría) preconizarme como cosa suya; pero no lo hará. Te aseguro que no me causa la menor pena. Por eso nunca he recordado mi situación ni al ministro ni al emperador, para evitar que empeoren unas relaciones ya bastante tensas".

Se enteró Mons. de Mazenod, que su promoción estaba comprometida, además, por razones personales, porque se intentaba desacreditarle ante el Papa. El prelado escribió para justificarse al cardenal Barnabo una carta y otra para el Papa. Pio IX mismo, con un Breve del 27, tranquilizó completamente al Obispo de Marsella. La nueva prueba de su notable piedad hacia el Jefe de la Iglesia y hacia la Santa Sede, había sido agradable a Su Santidad que le expresaba su profundo agradecimiento y le aseguraba su afecto.

El año 1850 terminó, como el anterior, sin que el Papa creara nuevos cardenales. Las relaciones entre la Santa Sede y el emperador, lejos de mejorar, empeoraban.

Mons. de Mazenod, que se debilitaba, morirá sin recibir la más alta recompensa que le había prometido el Santo Padre y que hubiera sido para él, no una coronación de su carrera, porque jamás consideró al sacerdocio como una carrera, sino la justa consagración de su obra evangélica al servicio de su diócesis y de las misiones extranjeras. No ocultó que le causaba pena a causa de la situación falsa en la que se encontraba y de las interpretaciones malintencionadas que buscaban su descrédito.

Esa "situación penosa" que le perjudica ante su clero y sus fieles, en realidad no detiene al prelado en los esfuerzos desarrollados para adaptar lo mejor posible su acción pastoral a la situación compleja y oscilante de una diócesis en continua evolución.

Capítulo X

PARROQUIAS, SEMINARIOS y CLERO

1.- Equipamiento parroquial.

El problema pastoral que planteaba el crecimiento de la población marselesa se había hecho más agudo cada vez desde 1836.

De 146.239 habitantes por esa fecha, pasa a 260.910 en 1861. Marsella se clasifica en segundo rango entre las ciudades de Francia.

Esta evolución demográfica en el campo diocesano era más grave porque no era resultado de un crecimiento de la población marselesa, sino de la emigración. Ahora bien, esa afluencia de elementos de fuera, bajo el punto de vista religioso, modificaba poco a poco la situación y la mentalidad de la ciudad.

El encuadramiento parroquial, en sus anteriores ayuntamientos, había mantenido hasta entonces su práctica cultural, pero helos aquí aislados y casi reducidos al anonimato en esta inmensa ciudad en la que los párrocos no los conocen ni son conocidos por ellos y que tienen a su cargo miles de almas.

Esa afluencia no sólo contribuyó a transformar la fisionomía de las parroquias de la vieja ciudad. Si estas crecen a consecuencia de esos aportes, también es verdad que pierden una parte de sus fieles tradicionales. La media y sobre todo la alta burguesía abandonan los barrios residenciales. A pesar de los problemas financieros que plantea la salida de las familias más afortunadas, hay que aumentar los efectivos de los párrocos y lograr que estos acepten nuevas cargas. Sobre todo hay que hacerles comprender que la pastoral debe adaptarse a un medio en plena evolución.

El esfuerzo iniciado ya por Mons. de Mazenod para reforzar el equipo pastoral de su diócesis durante la primera época de su episcopado en la que fundó 13 parroquias, se detuvo por la revolución de 1848 y la crisis política que la siguió. Estabilizada la situación en 1850 y consolidadas la economía y las finanzas, el régimen del príncipe presidente, favorable a la Iglesia, incluyó en el presupuesto una asignación de fondos para 100 filiales suplementarias. El prelado aprovechó la ocasión y presentó varias proposiciones. Sólo se aceptó una: la que se refiere a San Miguel. Serán creadas otras dos más en la ciudad y cinco por el territorio.

Otro problema es el de las iglesias que no se plantea solo en las nuevas filiales, sino también en cierto número de antiguas parroquias que se han hecho viejas e insuficientes.

Se reconstruirán 11 entre 1848 y 1861, entre ellas la catedral. El prestigio de Marsella exige algo mejor que la vetusta e histórica La Mayor. El prelado no

logra obtener que se elija, para la construcción un emplazamiento más céntrico y más favorable. Sin embargo era él quien acertaba proponiendo construirla en el Cabildo, encrucijada actual de la ciudad.

La expansión demográfica de Marsella no sólo exigía la erección de filiales y la construcción de iglesias. Pedía, además, un reforzamiento de los cuadros eclesiásticos a tono con el incremento de la población.

Asegurar el reclutamiento del clero y darle una formación sólida para ejercer el ministerio, era una cuestión vital para la diócesis. Se precisaba no sólo cantidad, sino calidad. Lo que nos dicen las estadísticas sobre la cantidad, más que tranquilizador, es inquietante. Entre 1837 y 1846, hay déficit. El número de defunciones, 63, supera al de ordenaciones, 61. En 1846, con 12 ordenaciones, se inicia un progreso muy sensible; pero disminuye pronto, ya que de 1846 al 1860 el excedente de las ordenaciones sobre las defunciones se reduce a 24.

Dada la pobreza del reclutamiento local, Mons. de Mazenod, como anteriormente su tío, tuvo que apelar a personas de fuera. Así se explica que en 1860 tenga 378 sacerdotes, a pesar de que durante su episcopado, su propio seminario no le proporcionó más que un superavit de 22.

Esa ayuda externa a la que el prelado se resigna, no afectará a los cuadros parroquiales. Fuera de muy raras excepciones, los párrocos y coadjutores se eligen entre el clero local. Los sacerdotes venidos de otras diócesis quedan como capellanes, profesores o vigilantes de colegios, sacerdotes adscritos o encargados de confesiones. Así se obtienen los efectivos necesarios para crear filiales y reforzar algunas coadjutorías.

El porcentaje entre el número total de sacerdotes y el de la población ha mejorado ligeramente. En 1823, con 171 sacerdotes, había un sacerdote por 832 habitantes. La diócesis superaba ligeramente la media de Francia que se estimaba en 814 habitantes. En 1836 la proporción será un sacerdote para 938 habitantes. En 1861 era de un sacerdote para 791, cifra un poco inferior a la media general, que era un sacerdote por cada 700 habitantes.

Para no tener que recurrir a elementos de fuera y para intensificar el reclutamiento de su clero, Mons. de Mazenod dedicó sus esfuerzos a desarrollar sus seminarios, con la esperanza de que éstos le aseguraran el refuerzo que tanto necesitaba.

2.- Los seminarios.

El seminario menor le produjo muchos dolores de cabeza. El reclutamiento era insuficiente y el rendimiento muy pobre; en 1836 Mons. Fortunato se quejaba "de que de 10 jóvenes alumnos, apenas haya uno que llegue a las órdenes"; en 1843, su sobrino, estimaba que de 20 alumnos ingresados cada año, sólo 7 u 8 siguen la carrera eclesiástica. De 1854 en adelante se registran más ingresos en el seminario mayor.

Sobre la formación espiritual y moral de los seminaristas menores, nos falta información. Si juzgamos por los jóvenes del 59 y 60, cuyos datos tenemos, el nivel es más bien bajo.

Mons. de Mazenod, como todos sus colegas, tropezaba con la dificultad de encontrar, para sus seminarios menores, directores que estuvieran a la altura de su tarea. En vez de remediar ese fallo, los cambios, demasiado frecuentes, lo agravaban. En realidad, una mayor estabilidad hubiese permitido, a los que eran

capaces, suplir, en cierto modo con sus tanteos, la ciencia y pedagogía que no tenían.

El expediente del seminario mayor es más abundante, pero también tiene sus lagunas; no existen estadísticas precisas, los estadillos son imprecisos. Sin embargo se adivina el movimiento general.

Después de un bajón que siguió a la revolución de 1830, el total se mantiene en unos 30 hasta 1840. De 1842 al 1854 oscila entre 30 y 40.

El seminario de Marsella estaba confiado a los Oblatos y hasta 1854 se abrió a los escolásticos de esa Congregación, con las ventajas e inconvenientes a causa del contraste o de la excesiva asimilación.

El reglamento de la casa se armonizaba con el de la Congregación, porque ambos tenían por modelo el de San Sulpicio. Es indiscutible que la regularidad y el fervor de los jóvenes Hermanos, edificando a sus condiscípulos marseleses favorecía la regularidad y el fervor de estos. Todos los testimonios coinciden en reconocerlo.

En lo intelectual, como todos los seminarios mayores de aquella época: enseñanza algo deficiente por falta de personas competentes, la improvisación de los maestros

Sin embargo la emulación entre seminaristas y escolásticos produjo buenos efectos : las obras publicadas, los altos cargos ejercidos en las Universidades, el lugar ocupado en las academias y sociedades sabias locales por bastantes sacerdotes marseleses, bastan para juzgar el provecho que habían sacado de la enseñanza recibida durante su formación eclesiástica.

Los esfuerzos del Obispo y de los maestros preocupados por formar hombres de estudio al mismo tiempo que hombres de vida interior y de celo, no fueron vanos. Los defectos apuntados se debían a la situación histórica, a la época y se daban en los demás seminarios mayores de Francia. Lo que se hizo y lo que relativamente se mejoró, hay que anotar en el activo del Obispo de Marsella y de sus colaboradores Oblatos.

3 .- Mons. de Mazenod y sus sacerdotes.

Mons. de Mazenod se daba cuenta de que la escasa promoción sacerdotal de debía, en parte, a la situación material en que se hallaban los sacerdotes. "A mi modo de ver, escribe a Mons. Parisis el 23 de septiembre de 1846, interesaría a la religión que las familias honorables no sintieran repugnancia en dejar ingresar a sus hijos en esta santa carrera. Para eso sería necesario que, "sin tentar la codicia", ofreciera por lo menos a los que han llegado a los rangos más elevados del clero secundario una existencia conveniente, y no como hoy día el ruin salario de los infimos empleados de la administración... Lo contrario puede indicar el poco aprecio que se tiene al ministerio eclesiástico y supone una cierta falta de consideración para el sacerdocio mismo".

Lo que existe en Francia desde el Concordato es, a su modo de ver, "lo contrario al buen orden". El sistema perjudica a "los colaboradores más altos", situados "al nivel de los últimos subalternos". Vicarios generales y canónigos están en una condición muy inferior a los párrocos en cuanto al sueldo. Su paga es sólo de 1.500 francos, completada con un pequeño plus que añade el departamento.

En Marsella es una realidad "que el peón o el obrero esté con frecuencia mejor alojado y en todo se sienta más cómodo que el canónigo, colocado, bajo ese aspecto en una condición verdaderamente miserable y soberanamente indecente". Por eso, "llamar a un párroco para elevarlo de rango, es arruinarle y poco menos que castigarle".

Por esa razón algunos han rehusado el honor de ingresar en el cabildo. En esas condiciones el obispo se encuentra en una situación muy molesta para llenar "algunas vacantes". El Obispo no cesará de hablar de ello al ministro de Cultos, al prefecto y al Consejo municipal de Marsella a los que advertirá en 1852 que comparados con Lyon, Burdeos, Toulouse, pronto no habrá nadie "tratado más pobremente" que los canónigos de Marsella.

Aunque los párrocos salen mejor parados que los arcedianos y los canónigos, "el sistema de igualdad de sueldo entre los sacerdotes que cumplen las mismas funciones" es muy desigual. Como se hizo para los magistrados y los prefectos, habría que calcular el sueldo de los párrocos "teniendo en cuenta la importancia del lugar de residencia". El mismo principio debería aplicarse al sueldo de los obispos para dar satisfacción "a las exigencias imperiosas" de situaciones muy diferentes. Se hizo eso en el presupuesto del arzobispado de París. ¿Por qué no extenderlo a los arzobispados u obispados que cuentan sus habitantes por centenares de miles?

Aunque el gobierno ha ido subiendo las anualidades de los simples "servidores", los que peor lo pasan de todos, no admite la distribución equitativa que propone Mons. de Mazenod. Por eso reglamenta para la ciudad de Marsella el reparto de derechos de estola que depende de su autoridad. Ya se dijo qué medidas fueron tomadas en 1831, bajo su inspiración, para crear una caja común a la que cada parroquia de la ciudad debería abonar mensualmente ese fondo.

Durante su episcopado no cesó de mejorar y controlar personalmente el funcionamiento de un sistema que establecía la paridad entre las iglesias ricas y las pobres, y mejoraba especialmente a los coadjutores que recibían entonces un sueldo de 500 francos al año. Para que la paridad fuese más completa, Mons. de Mazenod fijó detalladamente lo que cada clase de boda aportaría como "tributo obligatorio" y como "tributo suplementario", de tal suerte que la uniformidad existiera en la solemnidad y en la recaudación.

En los distritos extra urbanos parece que el prelado se preocupó menos de ese problema financiero.

Faltaba asegurar una asistencia pecuniaria a los enfermos, a los ancianos, a los sacerdotes pobres. Para ello, el Obispo de Marsella crea una caja de ayuda, sostenida por donativos, colectas, subvenciones del gobierno, del departamento y de los ayuntamientos. El mismo distribuye los fondos de que dispone y, si hace falta, lo pone de su propia bolsa. Pero no existe estadillo que nos informe sobre esa

caja de ayuda, sobre su funcionamiento y sus recursos.

La preocupación de Mons. de Mazenod no se reducía a garantizar el sustento honesto de su clero, lo mismo intenta que los párrocos sigan cultivando las ciencias eclesiásticas. Los exámenes anuales que exige a los nuevos ordenados responden a ese objetivo. Intentó organizar para todos unas conferencias eclesiásticas con trabajos personales e intercambios de opinión

Mucho emprendió el prelado para garantizar el rendimiento apostólico y la santificación de su clero.

Mons. de Mazenod no cesa de repetir que ama mucho a su clero. Más allá de los hombres y por encima de sus defectos, veía en ellos a Cristo perpetuando el valor infinito del sacerdocio divino. El mismo sentía que el suyo se desbordaba totalmente sobre los ministros del Señor a los que había transmitido personalmente esa dignidad y ese carácter. Esa paternidad espiritual les hacía más queridos todavía. Por eso era intransigente y se reservaba la ordenación de todos los candidatos de su diócesis. Hablando de las relaciones que se establecen entre el alma del obispo y la del sacerdote, escribía : "Por lo que a mi respecta, me parece que en cada ordenación que hago puedo decir como Nuestro Señor que una fuerza ha salido de mi. Aunque sea pecador e indigno, siento en mi alma lo que nunca podré expresar. Y si Dios permite que el sacerdote que sale de mis manos sienta al menos la misma impresión, o por lo menos un sentimiento en ese orden de cosas, proporcionado a lo que la operación de la gracia me hace sentir, pienso que se mantendría inseparablemente unido a mí y que no tendría más remedio que quererme a mí más que un hijo quiere a su padre, que desearía, de algún modo, vivir mi vida como desearía yo vivir la vida de Jesucristo que es el principio de esta generación espiritual que produce el sacramento mediante el obispo".

¿ Encontró siempre, aún en las nuevas generaciones que habían recibido de él el sacerdocio, la reciprocidad de afecto tan íntima que esperaba ?

Ciertamente todos reconocían su eminente virtud, su piedad, su austeridad, su celo, nadie le negaba una estima justamente merecida. Pero muchos le temían demasiado para amarle. El modo como administraba su Iglesia y trataba a sus párrocos y coadjutores, provocaba unas críticas muy duras y una oposición que, aunque a veces fuera más pasiva que abierta, contaba con mucha fuerza.

¿ Cómo se explica que a pesar de su bondad fundamental se hayan creado tan molestos malentendidos?

La manifiesta predilección por lo miembros de su familia religiosa y la parte grande que les reservó en Marsella: administración diocesana, seminario mayor, misiones parroquiales, Ntra. Sra. de la Guardia, suscitaba envidias.

El clero tenía difícil acceso a su Obispo: excesivas barreras lo impedían y eso irritaba.

No sólo desconcertaba la acogida difícil sino también el modo de tratar los asuntos, porque era recto, leal, directo, sincero, sobre todo tratando temas religiosos, el prelado iba derecho al toro, sin andarse con rodeos y sin esquivar los problemas. Evidentemente una actitud convencional, unas fórmulas triviales, hubiesen sido mejor recibidos.

Le faltó a Mons. de Mazenod el aprendizaje : practicando la obediencia antes de ejercer la autoridad. Su estado religioso contribuía a hacer mayor la distancia. Llamado a dirigir la Iglesia de Marsella sin haber compartido la vida, los trabajos, las dificultades de sus inferiores, le faltaba la experiencia adquirida en la misma escuela. Su modo de tratar a los miembros de su clero adolecía de eso.

El efecto producido sobre ellos cuando los recibía no correspondía en absoluto a lo que deseaba, y con mucha frecuencia era totalmente lo contrario. Lejos de acercar a su corazón, cerraba el paso. Muchos salieron de su despacho doloridos y no perdonaron.

Nadie puede extrañarse de que el prelado no haya logrado contentar a todo el mundo. Como sus colegas de episcopado, no pretendía tener la aprobación general cuando elegía a los titulares de parroquias, de las sillas del coro del cabildo o coadjutores de parroquias. Lejos de hacerse ilusiones sobre ese particular, el "santo prelado", cuenta Timon-David, llegaba a decir: "Cuando

nombro para un cargo gano 99 descontentos y un ingrato". Por eso hacía caso únicamente a la voz de su conciencia al tomar determinaciones buscando el mayor interés de su Iglesia que era lo que contaba para él.

En el gobierno de su diócesis y en su actividad primaban las miras de fe. Si lo exigía el bien, poco importaba que las medidas indispensables fuesen populares. Mons. de Mazenod las tomaba sin vacilar y no cedía ante resistencias o críticas; estas lejos de detenerle, le volvían más enérgico y más intrépido para seguir adelante con el objetivo que se había propuesto, aunque tuviera que indisponer contra él a parte de sus sacerdotes; "los buenos lo llamaban vigor, los demás hablaban de rigor". En realidad, si el Obispo de Marsella se muestra intransigente, no hay que "atribuirlo más que a su firmeza, intentando la mejoría progresiva del clero y la organización de la diócesis".

Mons. de Mazenod preocupado por unir las fuerzas para una acción de conjunto y organizada, tuvo que reaccionar contra el individualismo del clero que no deseaba el menor cambio de régimen y no aspiraba más que a actuar cada uno a su aire.

En una ciudad en ebullición, la administración episcopal no podía contentarse con mantener el "statu quo"; hacía falta innovar, completar las estructuras y adaptar los métodos. Por último, el prelado quería ser un obispo misionero. No admitía que se contentaran con asegurar la perseverancia de los cristianos fieles, ni con hacer a estos más fervorosos; deseaba que volvieran al redil las ovejas extraviadas de su rebaño. Sus exigencias, tenidas por algunos como excesivas, respondían a un programa nacido del espíritu de fe que inspiraba sus apostólicas ambiciones.

Esa diócesis, continuamente en obras y en movimiento constante, desconcertaba y hasta exasperaba a las gentes instaladas y a las mediocridades satisfechas. Porque Mons. de Mazenod empujaba "al bien como el mistral", y como el mistral forzaba las puertas mejor cerradas, algunos suspiraban por la calma de los buenos tiempos de antes; su descontento contagiaba a los más jóvenes que sudaban para seguir el ritmo de su infatigable Obispo porque en Marsella, que no da pruebas de originalidad, la oposición venía de arriba, como en otras muchas diócesis.

Los párrocos de la ciudad formaban cuerpo. Algunos se echaban atrás y hasta fomentaban, más o menos abiertamente, el mal espíritu.

En cambio, las nuevas generaciones respondían, en conjunto, mejor de lo que esperaba Mons. de Mazenod.

Hay que felicitar a Mons. de Mazenod por haber querido "un clero excepcional".

Así lo hizo el canónigo Brassevin: "Lleno de la idea de la excelencia del sacerdocio, sentía la pena más cruel y la indignación más viva cuando se enteraba de alguna miseria; y en el ardor de su celo alejaba del santuario, sin contemplaciones, a los que comprometían su honor".

A propósito del seminario mayor, dirigido por los Oblatos tan criticados, sin embargo, el canónigo Brassevin rinde este justo homenaje: "Por la tenacidad con que quiso formar a sus auxiliares, educándolos bajo su mirada, alimentándolos con sanas doctrinas, no imponiéndoles las manos más que después de haberles conocido personalmente y de haberse asegurado de que compartían sus sentimientos, en especial sobre la infalibilidad del Sumo Pontífice y sobre la doctrina del probabilismo, tal como la enseñó San Ligorio y que Mons. de Mazenod propagó en Francia, terminó la depuración de la milicia sacerdotal y

preparó para las parroquias que había multiplicado, unos pastores poderosos en obras y en palabras".

El anciano Obispo no sólo había suavizado sus modos cuando se imponía a su conciencia el deber de obrar con severidad. Con el clero marsellés cada vez se daba menos la triste ocasión de acudir a las penas canónicas; éstas afectaban casi sólo a los sacerdotes de paso por la ciudad o refugiados en la diócesis.

Siempre distinguía los casos de indisciplina y los de inmoralidad. Para los primeros buscará siempre un arreglo y algunas veces extremará su bondad. Pero cuando se trata de miserias que pueden causar escándalo, entonces nunca abandona su intransigencia.

Y no le bastaba un "clero impecable", quería arrastrar a sus sacerdotes a su propio ideal espiritual y apostólico.

Y nada le parecía más apostólico y eficaz para lograr ese objetivo que introducir la vida de comunidad entre los presbíteros. Pero una reforma tan extraña a la mentalidad, a las tradiciones locales, con el marsellés tan independiente e individualista, tropezó con una oposición, a veces abierta y otras veces solapada.

A uno que protestaba, el prelado le exponía su decisión y definía el método que quería seguir para llegar a su objetivo : "Sabes cuáles son los motivos que me obligan a ejecutar una medida que no halla dificultad más que en unos pensamientos de un orden muy diferente al que me preocupa. Es la naturaleza la que se opone a la gracia. Tu verás si mis convicciones pueden ceder ante ese obstáculo". En el sínodo celebrado en septiembre de 1856 decía: "Aprovechamos contentos la ocasión solemne de nuestro sínodo diocesano para renovar nuestra intención formal de establecer paulatinamente la vida común en todas las parroquias donde la insuficiencia de la casa parroquial u otras dificultades materiales no obliguen a demorar su institución. Ya hace mucho tiempo que en varias parroquias de nuestra ciudad episcopal y de la diócesis, viven los sacerdotes en común. El número de estas comunidades irá aumentando con cada nombramiento de un nuevo titular y no estaremos en paz con nuestra conciencia hasta que se realice en todas las parroquias de nuestra diócesis".

El Obispo de Marsella creyó que podía gloriarse de una aprobación unánime. Así lo expresa en su "Diario", en el acta oficial del sínodo y en la carta pastoral.

Profundamente emocionado, había clausurado la sesión con una improvisación que, por su sencillez, su tono directo, su cordialidad, figura entre sus mejores discursos.

Pero si se tiene en cuenta lo que pasó inmediatamente después de la muerte de Mons. de Mazenod, aparece claro que el acuerdo unánime fue simple pasividad y no adhesión convencida.. Nadie, entre los miembros del sínodo se atrevió a cambiar los artículos sinodales prefabricados por Guiol.

Cinco años después, hay otra unanimidad en sentido inverso, porque en cuanto hubo fallecido Mons. de Mazenod, párrocos y coadjutores recobraron la libertad. En Marsella no daban abasto los empresarios de mudanzas para transportar mobiliarios eclesiásticos.

El esfuerzo de Mons. de Mazenod, muy loable en sí, para establecer la vida común, se saldaba con un fracaso y esa innovación le hizo muy impopular en los medios eclesiásticos. No midió suficientemente el riesgo personal que corría al romper hasta ese punto con unas costumbres individualistas y de independencia inveterada.

Cuando estaba en juego el interés general, poco le importaba, bien lo sabemos, lo que se pudiera decir y pensar de él. Su desinterés enteramente sobrenatural, le colocaba por encima de los remolinos demasiado humanos que

podieran provocar unas iniciativas que eran exigencia sobrenatural de la salvación y santificación de las almas.

Ninguna de las decisiones tomadas hasta entonces atrajo al prelado más contradicciones, enemistades y rencores. Pero en su modo de pensar, la vida común era la clave de toda su obra : la coronaba desde el vértice, asegurando la solidez de toda la reconstrucción religiosa a la que había consagrado su vida.

Mons. de Mazenod quería a todo precio colocar esa clave, tenida como esencial, antes de morir.

Capítulo XI

LA PASTORAL Y LAS OBRAS

1.- La evolución económica de Marsella.

La reforma que quería realizar Mons. de Mazenod con la creación de comunidades sacerdotales, no sólo tenía como objetivo favorecer la santificación del clero; también se proponía coordinar en un mismo espíritu su acción para resolver mejor los problemas religiosos planteados por la evolución económica y social de Marsella.

No se trataba sólo de responder a las exigencias de una demografía creciente; además, había que completar y adaptar el ministerio clásico a una situación cambiante. Para entonces el cuadro parroquial que durante la Revolución había sido la fortaleza de la Iglesia de Francia, ya no bastaba para mantener la práctica religiosa e impedir la descristianización. Se le escapaban demasiados elementos a consecuencia de la emigración, o se apartaban por la influencia de una mentalidad diferente.

Aunque el movimiento que iba a transformar las grandes ciudades modernas era menos rápido en la ciudad y diócesis de Marsella, donde se mantenían muy fuertes muchas estructuras tradicionales, no por eso dejaba de comenzar a notarse. Se debía buscar el modo de renovar la pastoral extendiendo su acción.

Algunos sectores se mueven poco. Es el caso del sector agrícola que sigue siendo muy importante.

En el comercio y la industria se perfila una evolución. La guerra de Crimea y la de Italia aumentan el tránsito. Pero lo más significativo de la evolución es la salida rápida de la industria pesada, con muchos obreros extranjeros, que se descristianiza de modo alarmante.

Obispo y sacerdotes se dan cuenta del gran empeoramiento y tienen conciencia de que se impone un trabajo de recristianización. Pero ¿qué medios emplear para remontar la corriente?

El seminario preparaba sacerdotes para una Iglesia establecida y militante, y no para una Iglesia misionera que inicia continuamente su obra evangelizando las civilizaciones diversas. Así se explica que la pastoral no renovará sus métodos.

2.- La pastoral tradicional: obras de asistencia, de caridad y de enseñanza.

Las misiones siempre le fueron queridas al Obispo de Marsella, en los estatutos diocesanos de 1856, prescribía a todos los párrocos "que no dejaran pasar nunca un intervalo de diez años sin dar una misión a los fieles de sus parroquias".

La Asociación para la defensa de la religión que él patrocina y anima sigue también los métodos del pasado : para oponer a los estragos cada vez mayores de la impiedad y del escándalo, una especie de liga piadosa en la que la fe aglutinaría a los fieles ya fervorosos y en la que el sentimiento del honor cristiano acabaría por llamar a los indiferentes.

En esta Asociación se apoyó el prelado en la campaña que promovió para respetar el descanso dominical. Esa campaña, en Marsella, puerto de mar, tropezó con unas dificultades especiales y tuvo, por lo tanto, un carácter original. La descarga de los barcos en el día del Señor y en las fiestas de obligación fue lo que motivó la ofensiva del prelado.

En 1853, una mala cosecha trae gran cantidad de barcos cargados de trigo. Para asegurar el abastecimiento de la nación, dada la urgencia, el último domingo de octubre se desembarcó y se distribuyó por ferrocarril la carga de tres barcos. El día de Todos los Santos 43 navíos fueron aligerados de su mercancía.

El obispo protestó inmediatamente ante el alcalde, y el director de la aduana : si ellos hubiesen respetado la regla en uso para el domingo y días festivos, la descarga no se hubiera hecho, los obreros no hubiesen estado obligados a trabajar ni el prelado obligado a tranquilizar su conciencia y a dar una dispensa forzada.

Como no le hacen caso, dirige una circular a su clero para recordar la ley divina y precisar el deber de cada uno. El Obispo no tiene nada que decir sobre la medida del gobierno, pero su ministerio le obliga a examinar las disposiciones excepcionales que debe tomar para unas circunstancias extraordinarias y transitorias por su naturaleza. La ley que prohíbe las obras serviles el día del Señor y que la Iglesia nunca ha entendido en un sentido inflexible y judaico, no sufre derogación alguna lícita si no es en caso de urgencia especial y muy grave.

Por lo tanto, se debe considerar "como una infracción de ese precepto el desembarco y la medición y el transporte de granos en nuestros muelles a no ser que ese trabajo sea necesario por la imposibilidad de un aplazamiento en razón de un deterioro inmediato y considerable de la carga del navío".

"Había que hacer una distinción entre los obreros y los marineros mandados para trabajar en nuestros muelles y los negociantes u otras personas que ordenan esos trabajos". Los primeros "considerando una situación que me inspira un vivo interés, declaro que esos obreros, colocados en una situación que lamento, podrán obedecer los días de fiesta y el domingo a la invitación a trabajar en su oficio, en tanto dure la crisis actual que, sin embargo no puede crear una costumbre definitiva y constante". Siguen, con todo, obligados a oír misa.

Muy diferente es el caso de "los jefes de las casas comerciales y otras que tienen que hacer el desembarco del trigo". Como no están bajo la presión de ninguna mano extranjera, pueden retrasar sus operaciones; obtener una ganancia no es razón para saltarse el precepto. El aplazamiento hasta el día siguiente del

domingo o de la fiesta ha entrado, hasta el presente, en las previsiones del comercio, y no por eso ha dejado de cumplir su objetivo y de obtener beneficios".

Sin embargo, accedía el Obispo "cuando el negociante apreciaba en toda su verdad una necesidad urgente y creía que había lugar para una excepción; tiene el camino abierto para presentar su caso particular a la autoridad espiritual...pedirá una decisión al Obispo, intérprete legítimo de las prescripciones sagradas impuestas a los fieles de la diócesis".

Esta circular causó malestar en los medios oficiales. El prefecto la denunció al ministro de Cultos, que no se dignó contestar. En una nota marginal el propio Fortoul escribió: "La pastoral, o más exactamente, la circular, es muy moderada y no hace más que exponer la doctrina de la Iglesia".

Las obras de caridad se desarrollan y prosperan. El celo que desarrolla el prelado en favor de esas obras caritativas no estaba inspirado únicamente en la preocupación evangélica de aliviar miserias. Al patrocinarlas, intentaba también que mantuvieran su carácter confesional para que su acción de beneficencia comprendiera la acción apostólica de su clero.

Las Sociedades de ayuda mutua que, en caso de enfermedad, proporcionaban asistencia financiera a los trabajadores, responden al movimiento general que se extiende por toda Francia. En Marsella esas sociedades se multiplicaron; el número de las mutuas pasa de 34 en 1820 a 183 en 1860. Pero aunque todas o casi todas llevaban el nombre de santos, sin embargo, no eran confesionales.

Las obras católicas, hospitalarias y docentes se van completando en la diócesis.

El número de religiosos dedicados al cuidado de los enfermos se eleva en la ciudad a 471 en 1861. A las Congregaciones anteriores se añaden en 1852 las Hermanitas de los pobres, que protegió especialmente Mons. de Mazenod. Intervino también en la fundación de las Oblatas del Sr. Vitagliano, en la restauración de los Hermanos de San Juan de Dios, intervino en la fundación de las Hermanas de Ntra. Sra de la Compasión para atender las "pobres sirvientas que están en la calle"; autorizó el P. Dassy para que se ocupara de la obra de los ciegos jóvenes y fundara una Congregación religiosa.

Pregresaron también las obras de enseñanza. En 1861 el número de religiosas de las 13 Congregaciones que se dedican a la enseñanza es de 610. Había 562 en Marsella y 48 fuera de ese ayuntamiento.

Entre las Congregaciones de hombres, el número de Padres o Hermanos de 6 Congregaciones que tienen escuelas públicas o privadas se eleva a 236, Están 223 en Marsella y 13 en otros lugares.

3.- Las obras sociales.

Todas estas obras católicas de mutuas, de asistencia, de enseñanza que se desarrollan con tanta generosidad. no suponen ninguna innovación. Seguían la línea del pasado. Otro tanto pasaba con las asociaciones diversas que, dentro de las parroquias o de las cofradías, procuraban mantener la perseverancia de sus miembros y completar su formación religiosa : penitentes de todos los colores, congregaciones de señoras, de jóvenes, de hombres.

Empiezan sin embargo a darse cuenta de que, aunque dichas asociaciones seguían siendo eficaces en medios todavía cristianos, los ambientes descristianizados se les iban de la mano casi completamente.

Las de los hombres y jóvenes, según la encuesta parroquial de 1862, habían caído en la rutina, y en algunas parroquias ya no existían. Surgía la idea de que había que buscar otros métodos mejor adaptados a una situación en cambio. Aunque esos métodos no se encontraban así como así, por lo menos, se dibujaba una orientación. Surge un apostolado que se orienta a lo social, bajo la forma de patronato y que busca la clase popular más apartada de la Iglesia.

Entre las obras que de algún modo presentan ese carácter social hay que señalar, en primer lugar, a las guarderías. Se instalaron en la ciudad en 1844 siguiendo el modelo de la obra parisiense, fundada ese mismo año por Francisco Marbeau. Su objetivo es doble : cuidar al niño pobre mediante la vigilancia de damas inspectoras y dejar tiempo libre a la madre para que pueda dedicarse a un trabajo remunerado.

En 1860 existían tres en la ciudad y a ellas asistían anualmente unos 500 niños. Aunque la diócesis no tenía ninguna colonia agrícola destinada a niños, hay que resaltar la originalísima obra creada por el abate Fissiaux en el distrito de Aix, como filial de su penal, porque esa colonia, a la vez agrícola e industrial, ofrecía a los obreros del campo y de la industria una formación profesional. No se la podrá calificar de escuela técnica en el sentido moderno, pero por lo menos preparaba a los jóvenes delincuentes a ejercer un oficio que facilitaba su rehabilitación y les daba un medio de sustento.

Las Conferencias de S. Vicente de Paúl tienen también en Marsella una actividad social. Su actividad no se reduce a visitar a los pobres y llevarles bonos de pan o de carne; se ocupan de la colocación de los parados, de proporcionar medios a los que quieren montar un pequeño taller, sacar a los mal alojados de sus tugurios; prestan ayuda a las demás obras : Círculos religiosos, Asociación para la defensa de la religión, catecismo de adultos; y por fin dirigen dos obras muy especiales : la de los militares, facilitando a los soldados la misa dominical, retiros y cursos por la tarde; y la asociación de aprendices, fundada por un cofrade, el comandante Alion, que juntaba en 1860 a 251 adolescentes.

Como se trata de señores de alta sociedad, acaparados por sus negocios, su trabajo, sus obligaciones familiares y sociales, hay que contar con la abnegación que hacía falta y el espíritu de sacrificio que suponía su trabajo suplementario.

Por eso, después de haber manifestado al principio alguna desconfianza sobre las Conferencias de S. Vicente de Paúl, sospechosas de laicismo, Mons. de Mazenod les ofreció su confianza plena. Celebrando la misa del Consejo regional que se reunió en Marsella y presidiendo la comida que se ofreció a los miembros de fuera, en la casa de campo de uno de ellos.

Después de París, Marsella era la ciudad de Francia que entonces contaba con mayor número de Conferencias de S. Vicente de Paúl. El total de ellas se elevaba en 1860 a 23 con 407 miembros activos, 139 honorarios y 52 aspirantes. Habían visitado ese año 1.001 familias, regularizado 23 matrimonios, legitimado 14 niños, apadrinado a 251 aprendices, instruido a 269 niños pobres, 25 obreros y 500 militares.

El Círculo religioso contaba en 1852 500 miembros. La Conferencia de S. José, creada en 1846 para obreros, bajo el impulso del P. Tissier reunió a 2.000 obreros. Estaban encuadrados rígidamente en decurias y centurias. Las ventajas

que les ofrecía la mutualidad aumentaban en proporción a la jerarquía de grados establecidos por el P. Tissier, para mantener una santa emulación en el cumplimiento del reglamento.

"Con la vida moral, la Asociación quería garantizar el bienestar material; por eso tenían cuidados especiales y abnegados durante la enfermedad, medicamentos de primera calidad, asistencia pecuniaria, visita de cofrades y bienhechores...; en una palabra, todo se ponía a disposición del admirable sistema, organizado para la moralización de la clase obrera y el asentamiento del equilibrio social".

Las obras iniciadas por el P. Barrelle iban bien, había homogeneidad entre los miembros, en cambio las otras obras que dirigían los jesuitas les plantearon problemas para la dirección, compuestas de elementos socialmente tan diversos no era fácil coordinarlos. El hecho es que tuvieron una influencia muy beneficiosa en la ciudad.

4.- La obra de la juventud obrera.

Aunque Mons. de Mazenod puso empeño en dar ánimos a las asociaciones dirigidas por los Padres jesuitas y en presidir sus ceremonias y fiestas, no intervino tan directa y activamente en su creación y en su vida como con la Archicofradía de la juventud obrera, fundada y animada por su querido Timon-David. Por otra parte, éste le miraba, "después de Dios, como el verdadero fundador de su obra".

Escribe : "En lugar de seguir sencillamente formas de la prudencia humana más vulgar y de acoger con desconfianza las novedades, ese santo prelado veía las cosas desde más arriba. Se había pasado toda la vida realizando cosas buenas. Tenía un perfecto conocimiento de ellas... Pero su lema era que había que dejar hacer. "Si Dios las quiere, nada impedirá que se establezcan. No quisiera cargar con la responsabilidad de su destrucción. Y si Dios no las quiere, caerán por sí mismas sin mi intervención". Con esos principios, cuando fui ordenado sacerdote, no quiso oponerse a mis deseos, aunque la diócesis estaba sumamente necesitada, porque en dos meses acababan de morir de muerte repentina cuatro sacerdotes". Y con la autorización de su Obispo Timon-David emprendió su camino.

Descubre perfectamente la necesidad de un apostolado para la juventud de la clase popular, sin discernir los remedios de orden social que reclama. Su acción se centra en el campo religioso porque para él, como para los católicos de su tiempo, todo se explica por las malas doctrinas que pervierten al obrero y le crean "una necesidad insaciable de diversión" que les lleva a exigir de la sociedad "más de lo que podía darles".

El espíritu de fe, el espíritu católico, eran "el espíritu especial de nuestra casa y de todos los miembros. Así en su pequeña esfera, nuestra Obra cumplía su misión verdaderamente social", escribía Timon-David.

Quiso librarse del sistema de patronazgo, para ser dueño de su casa. "Los ricos venían a ayudarnos con sus donativos y yo les pedía lo menos posible".

Su obra conservaba un carácter esencialmente local y tenía su propio método de dirección, redactado y editado por el fundador en persona, teniendo como fin esencial la formación de los hijos de los obreros.

Toda la jornada del domingo y durante la semana tenían a su disposición un local al que acudían los escolares después de las clases y los obreros a la salida de sus talleres.

La formación se daba en serio centrándola en los grandes misterios y en la liturgia, cultivando el espíritu de fe, aprendiendo a sacrificarse en los servicios prestados, animando en los juegos, cuidando las tareas encomendadas y el apostolado de camaradería fraternal. No se trataba solo de asegurar la perseverancia de la masa; se buscaba, sobre todo, preparar una élite en medio del trabajo.

Escribía Timón-David : "Si nuestras obras logran ese objetivo, producirán un bien verdaderamente social, no con la renovación de la clase obrera entera, que no es probable que eso llegue a ocurrir jamás, sino formando en todas las ciudades de nuestra Francia un núcleo de verdaderos cristianos que lleven alto y firme la bandera de nuestra fe".

Así se comprende que Mons. de Mazonod haya tenido especial preferencia por esa juventud y por su director. Por otra parte, en lo natural y lo sobrenatural había entre éste y su Obispo bastantes puntos comunes para que se entendiesen de maravilla, aunque se enfrentaran de vez en cuando. Su personalidad los acercaba y oponía.

Ambos pertenecen a la región del mistral; sabían que éste barría las nubes; ambos quieren dedicarse, ante todo, a los pobres y asegurar la solidez de la base; ambos, por último, practicaban la autoridad y querían mantener la jerarquía.

El prelado podría haber hecho suyo lo que escribía Timon-David sobre el modo de llevar los asuntos : "Necesito ayudantes, no iguales". Este último destacaba por el modo directo con que sabía desarmar a su Obispo para obtener sus fines.

El mismo nos contó con un sabor muy hogareño cómo se las arregló para que Mons. de Mazonod accediera a consagrar la capilla construida con mucho gasto para la Obra de la Juventud obrera. "Echándole valor al asunto voy al obispado. Como de costumbre, espero largo rato en el vestíbulo para ser recibido. Pasa el secretario general, el canónigo Sr. Carbonnel :

- ¿Qué desea Vd?
- Ver a Monseñor.
- Está muy ocupado. (Era la respuesta ordinaria) ¿Puedo pasarle su recado?
- Quería que viniera a consagrar nuestra nueva iglesia
- Bendecir, querrá Vd decir.
- No, consagrar.
- ¡Ah! Es imposible. Monseñor es muy anciano; sería para él demasiado cansado. No le pida eso.

"Me quedo completamente desconcertado. Por fortuna se abre la puerta en ese momento y me encuentro ante el Obispo. Conocía su pequeña debilidad de viejo y la exploté. Con sus 75 años, Mons. de Mazonod tenía excelente salud. Era grande, fuerte, bien formado, todo un hombre bajo todos los aspectos, y estaba más arrogante que en sus años mozos.

- Momseñor, le dije, estaba discutiendo con el Sr. Carbonnel.
- Y ¿por qué?
- Le hablaba de una invitación que venía a hacerle. Me dijo que era muy anciano y que eso le cansaría mucho. Yo afirmaba que no temía ningún tipo de fatiga.
- Es él el que se fatiga, me contestó el Obispo. Como me acompaña, saca ese pretexto para evitarla. Soy el sacerdote más fuerte de mi diócesis. ¿Qué deseas?

- Monseñor, venía en mi nombre y en el de toda la Obra a pedirle que consagrara nuestra iglesia.

Esta fue su respuesta tal como consta en el "Diario de la Obra" escrito en el mismo momento, sin duda : "No es la riqueza ni la elegancia de su capilla lo que me mueve a consagrarla; es un testimonio de afecto que quiero dar a la Obra del Sagrado Corazón".

La Obra de la juventud no era sólo una archicofradía agregada a la cofradía "primaria" del Sagrado Corazón el 17 de julio de 1852. Además había dado a luz a una comunidad religiosa que había erigido, bajo "su inmediata superioridad". Mons. de Mazenod el 20 de noviembre del mismo año para asegurar su dirección y su continuidad.

La iniciativa de esta fundación partía del prelado. Timon-David lo expone en un relato que merece citarse íntegramente porque nos pinta a lo vivo a los dos hombres que tan bien se entendían :

"Una tarde del mes de noviembre estaba en el modesto despacho de Mons. de Mazenod. Dios permitió que estuviera menos ocupado que de ordinario y me dedicara mucho tiempo y me escuchara con la mayor atención. Era un viernes. Permanecí allí hasta la hora de la cena : ¡pero qué cena!. No interrumpió nuestra conversación. Su criado le trajo en una bandeja un vaso de agua y un trozo de pan; era su colación de todos los viernes del año. Al expresarle mi extrañeza, sobre todo a su edad avanzada, - tenía entonces setenta años - , me dijo:

- Dios me ha dado una salud robusta; debo hacer penitencia por mis fieles.

"Era fácil hablar de cosas sobrenaturales con un prelado tan duro para sí mismo, Le expuse todo cuanto le dije anteriormente : las dificultades de mi situación actual, los temores del futuro; que no había comenzado la Obra más que con las garantías más expresas del instituto del Sr. Allemand. Todo me había fallado. Había que decidirse por algo; el maravilloso éxito de la obra lo pedía a gritos; no se la podía dejar a las vicisitudes de una sola existencia. El ardor y las peripecias de la lucha, hasta entonces habían impedido que me desanimara, pero eso podía ocurrir. Una obra tan bella reclamaba más futuro; que me diera permiso para confiarla a alguna sociedad religiosa".

El Sr. Obispo, como he dicho, me escuchó con la mayor atención sin interrumpirme. Reflexionó un momento en silencio y ésta fue su respuesta casi palabra por palabra porque lo escribí al día siguiente:

- Quieres entregar tu obra a una sociedad religiosa; te lo permito, es decir, que no me opongo a ello. Comprendo que no puedes seguir solo con tanto trabajo. Pero no apruebo ese proyecto. Te vas a dirigir a una Orden que aceptará con gusto tu casa para poner pie en el Mediterráneo, cara a Roma y a las misiones, pero no querrá saber nada de la dirección de tu obra; se hará lo accesorio y tendrás que lamentarte de verla perecer, incluso en vida, cuando lo que quieres es perpetuarla hasta después de tu muerte.

- Pero, Monseñor, me quedaré en la Obra; seguiré al frente de ella.

- No lo creas. Soy fundador y superior general de una Orden; conozco a los religiosos mejor que tú. No podrás entenderte con ellos; o los despiden o te despiden.

- Pero, entonces, Monseñor, necesariamente debe perecer.

- No; hay otro medio mucho más prudente : reunir a algunos de tus jóvenes, los más piadosos y abnegados. No es imposible encontrarlos entre tanto número. Los formarás tú mismo poco a poco. Eso será mejor que meter a unos extraños en nuestro país. Tendrán nuestras costumbres y nuestro lenguaje.

"Como yo alegaba mil objeciones, añadió:

- Después de todo no te prohíbo ensayar. Vete a otro lugar, pero no saldrás adelante porque ese proyecto no tiene la bendición de tu Obispo.

"Le pedí su bendición al despedirme.

- Te bendigo a tí con todo mi corazón, pero no a tu proyecto".

Tuvo que pasar algún tiempo para que Timon-David admitiera las ideas de Mons. de Mazenod que, con todo, le parecían tan prudentes y tan justas, porque desconfiaba de sus fuerzas personales y no veía más que dificultades por todas partes.

Sorprendido por la Ordenanza episcopal del 20 de noviembre de 1852, "pensé tan poco en aprovecharla, escribe, que la reemplacé por unos puntos relacionados con nuestra sociedad, no imprimiendo más que la erección canónica de la Obra".

Sin embargo, al final, después de un primer ensayo, Timon-David, en 1856, optó por otro "más serio" que recogió "a grandes rasgos las líneas principales de su futura comunidad, sin determinar si ésta iba a ser regular o secular".

Con sus tres primeros candidatos se comprometió con voto "a continuar la ejecución" de ese proyecto que dejaba "bastante margen para futuros cambios, porque no era todavía una sociedad religiosa la que fundábamos, sino una especie de asociación piadosa entre gentes destinadas a consagrarse toda su vida en esta Obra al servicio de los jóvenes obreros"

En 1859 un tercer ensayo culminó con la creación definitiva de la sociedad del Sagrado Corazón. A partir de 1855 la Obra de la juventud obrera, comenzada primero en la parroquia de S. Vicente de Paúl, enjambró sucesivamente en otras cuatro.

De todas las obras que trabajaban entonces por la restauración religiosa de la diócesis, ninguna, al parecer, se abría más hacia el futuro a pesar de quedar reducida a los obreros jóvenes de la vieja población marsellesa. Y ninguna colaboró de modo tan cordial con Mons. de Mazenod y fue tan fiel a su memoria.

El mismo Timon-David ha reconocido cuánto debía a la iniciativa y a la protección afectuosa del prelado. Aunque en los recuerdos de ese sacerdote admirable, "el obispado" figura entre los dolores que fecundaron su apostolado con la cruz, las páginas dedicadas "al santo obispo", como contraste, le honran.

Pocos contemporáneos nos han dejado sobre Mons. de Mazenod unos testimonios tan conmovedores y tan vivos; honran al que los mereció pero también al que los da con total independencia, con una familiaridad filial y un estilo específicamente marsellés.

5.- Estado religioso de la diócesis a la muerte de Mons. de Mazenod.

Se trata ahora de la vida religiosa y de hacer el balance de los resultados obtenidos.

No hizo encuestas Mons. de Mazenod, pero se preocupaba por tener datos precisos sobre cada parroquia, sobre todo las parroquias de las afueras de Marsella, que conocía menos que las de la ciudad.

Los apuntes que tenemos, tomados por Mons. de Mazenod sobre 13 parroquias rurales ofrecen unos datos demasiado fraccionarios. En sus notas

Mons. de Mazenod tiene en cuenta, sobre todo, los que cumplen con pascua, porque para él esto es muy significativo del estado religioso de una parroquia. Aunque interesantes y a veces reveladores, esos informes no nos ofrecen más que de modo muy incompleto lo que sabía personalmente sobre la situación religiosa de su diócesis.

Las encuestas hechas en 1861 y 1862 por su sucesor Mons. Cruice, nos permiten llenar esa laguna con un conjunto de datos que señala bastante exactamente el "terminus ad quem" de 25 años de pastoral.

De los datos recogidos se puede concluir, que los católicos de Marsella no fueron arrasados por la evolución económica y demográfica de su ciudad. Aunque el episcopado de Mons. de Mazenod no logró la ascensión espiritual continua de su Iglesia, aunque la curva registrada coincide demasiado con la que se puede establecer en Francia para el conjunto de las demás diócesis, no por eso deja de tener en su activo una obra magnífica.

Cuando se compara el estado más bien anárquico en que encuentra a su diócesis en 1823, con la cohesión que la dio, cuando se suman las parroquias creadas, las obras inspiradas o sostenidas por su celo, cuando se constata que su diócesis vivió durante más de cincuenta años con la organización y estructuras recibidas de él, lo que escribió del Obispo Timon-David no parece abusar de la exageración marsellesa: "Había que rehacerlo todo y lo rehizo todo... En su administración de treinta y siete años había reconstruido la obra de quince siglos".

Capítulo XII

LAS MISIONES OBLATAS EN EL CANADA Y EN ESTADOS

UNIDOS (1848 - 1861)

1.- Avance en el Oeste Canadiense y abandono del Oregón.

La actividad pastoral desarrollada por Mons. de Mazenod no aflojó en ningún momento el empuje imprimido por él a la expansión misionera de los Oblatos. Hasta sucede que, a partir de 1848, ésta registra el mayor desarrollo. No sólo se afirman de modo definitivo y se desarrollan las primeras fundaciones consideradas viables, sino que se añaden otras en los Estados Unidos, en Ceilan (Sri Lanka) y en Natal. La obra de evangelización iniciada bajo el impulso y la dirección del prelado, se extiende por América y empieza en Asia y en Africa. Ya tiene su Congregación establecida, en adelante, fuera de Europa en tres continentes.

Sin embargo, esta expansión no siempre es rectilínea. Los obstáculos que salen a su paso, juzgados de momento infranqueables, determinan al Superior General a replegarse, a veces, a terrenos más favorables, para utilizar lo mejor posible unos efectivos demasiado reducidos todavía.

Este sistema de traslados lo practicaron sus hijos en el nordeste canadiense abierto a su celo, renunciando provisionalmente a evangelizar a los indios de las praderas, demasiado reacios, para centrar sus esfuerzos en tribus más acogedoras. Si el caso lo requería, él lo aplicaba en mayor escala.

Poco faltó para que no se inaugurara en la misión del río Colorado al hacer caso de unos informes pesimistas que le deciden a retirar de allí a sus religiosos, ¿De quién procedían esas "apreciaciones" que Mons. Taché califica de "lamentables"?

El Obispo de Arath (Taché) no quiso saber nada. Pero puso de manifiesto la nefasta influencia que ejercen sobre las decisiones del Consejo generalicio de los Oblatos. Sin embargo, su caridad disculpa al autor, tal vez más torpe que malicioso. Escribe : "A veces es uno tan poco y tan mal interpretado, sobre todo a la distancia en que vivimos, que es casi imposible calcular el alcance de nuestras afirmaciones". Por eso, él apenas escribe y quitaba importancia a las pruebas soportadas, gracias a su modo tan amable y tan espiritual de alegrar el cuadro. Pero otros se encargaban de ennegrecerlo, como si fuera poca la realidad misma.

Así se explica que Mons. de Mazenod se decidiera a abandonar el oeste canadiense por motivos que expone a Guigues el 8 de octubre de 1852: "La dificultad de correspondencia con esa misión, el sistema totalmente contrario a nuestras Reglas de enviar misioneros solos o aislados a esas regiones salvajes, hasta el punto de dejar a uno más de un año sin poder encontrar a un sacerdote para confesarse, el pobre resultado que esos misioneros recogen de su trabajo y de sus sacrificios diarios, eran motivos más que suficientes para retirar a nuestros Padres y dedicarlos a otro ministerio más frutífero y menos peligroso".

Afortunadamente, antes de que les llegara la resolución de abandonar esa misión, los Obispos canadienses, que no tenían la menor sospecha de una medida tan radical, habían tomado la iniciativa que obligó a Mons. de Mazenod a reconsiderar la situación.

Proponen una nueva distribución de las diócesis; Roma acepta erigir en diócesis el Vicariato apostólico de Mons. Provencher. Pero este necesita un coadjutor. Su primera intención fue proponer al abate Lafleche, pero cuando llegan las Bulas, el elegido, aquejado de fuerte reumatismo se declara imposibilitado para aceptar. Entonces Mons. Provencher de acuerdo con sus colegas pide a Roma se sustituya el nombre de Lafleche por el de Taché. Roma no pone ninguna dificultad y el 24 de junio de 1850, Pio IX nombraba al P. Taché obispo de Arath "in partibus infidelium" y coadjutor de Mons. Provencher con futura sucesión. "Creo que di en el clavo al pedirlo, escribió al arzobispo de Quebec. Deseo que Dios esté contento conmigo".

En realidad, no sólo había dado en el clavo, sino que lo había remachado porque aseguraba a su diócesis un pastor de mucha categoría e impedía al mismo tiempo, sin saberlo, la retirada de los Oblatos a los que Mons. de Mazenod juzgaba metidos en una aventura inútil.

Cuando decidió el repliegue de sus religiosos, el Superior General no sospechaba en absoluto que Mons. Provencher pensara pedir un coadjutor y menos todavía que la elección del prelado pudiera recaer en el P. Taché, dada la juventud de éste. El Sr. Obispo de San Bonifacio había tenido la precaución de comunicarle sus intenciones para obtener, no sólo su consentimiento, sino también su apoyo en la corte de Roma para acelerar las gestiones. Pero su carta, muy expresiva, que un lamentable malentendido retuvo en Quebec, no llegó a tiempo a Marsella. El prelado se enteró por los periódicos de la promoción del P. Taché.

En un primer impulso se sintió molesto de que Mons. Provencher hubiese como adivinado su propósito de retirar a los Oblatos y se las arreglara para ponerle ante el hecho consumado para cortar de raíz la salida de sus colaboradores. Pero esa reacción espontánea y muy natural dio lugar muy pronto, por un segundo impulso, a un replanteamiento inspirado en sentimientos de fe. Reconociendo en ese "golpe", que le dejó asombrado, la voluntad del Señor, el Fundador no duda en modificar su juicio y confiesa que por poco comete un grave error. Por eso toma su pluma y escribe inmediatamente a Mons. Provencher que acepta sus planteamientos; comunica luego a Mons. Taché que debe aceptar, sin que se le pase la observación de que su aprobación es superflua, ya que se han arreglado sin ella.

Pero aunque el obispo de S. Bonifacio y Roma han gestionado la promoción del nuevo obispo sin saberlo él, Mons. de Mazenod quiere, que por lo menos, se respeten sus derechos a consagrarle. Así se crearán "entre un hijo de mi familia y el Padre de la misma unos lazos y una unión sagrados que nada podrá debilitar jamás", escribe a Mons. Taché. "Y aprovecharás esta circunstancia para identificarte con los hermanos que no conoces".

Los intereses mismos de la fundación en juego exigen, por otra parte, que el coadjutor del noroeste venga a informar al Superior General sobre ella. "No conozco suficientemente la misión del Rio Colorado. No debo ocultarte que me la han presentado con unos colores tan poco favorables que me he preguntado si no habría que retirar a nuestros sujetos... ¡Ventel! No te exijo demasiado como a hijo al que se ama y a punto de confiarle los intereses más queridos de la Congregación : quiero decir la dirección de sus miembros en una de las misiones más difíciles".

Mons. Taché obedeció resignadamente, pero él mismo confesará más tarde cuáles fueron sus angustias de conciencia cuando recibió como "un rayo" la noticia de su promoción a la sede de Arath.

"El nuevo elegido, escribe, tenía desgraciadamente la suficiente vanidad para sentirse halagado con la elección. Pero a pesar de esta vanidad y a pesar de una cierta y noble complacencia", debida a "la señal inequívoca" de la estima y confianza de mis superiores, tenía el nuevo elegido la cabeza suficientemente fresca para darse cuenta de que el peso del episcopado, tan agobiante por naturaleza, es verdaderamente una carga abrumadora para unas espaldas y una cabeza de veintisiete años".

"Había trabajado bastante concienzudamente para saber que los deberes son una carga y que aceptar una responsabilidad mayor es someterse a una tortura. Pero el obispo de la diócesis con la bula del Sumo Pontífice en la mano, mandaba a su coadjutor que fuera a verle y el Superior regular escribía en el mismo sentido". No cabía más que acatar.

Al llegar a Marsella renacieron sus dudas, y Mons. de Mazenod tuvo que intervenir de nuevo para arrancarle una aceptación definitiva. ¿En qué condiciones y de qué modo?

Nos lo cuenta magníficamente Mons. Taché en sus "Recuerdos". Escribe a su Superior General de entonces : "No es necesario que le diga a Vd., Rvdmo. Padre, que tuvo la dicha de vivir junto a nuestro llorado Fundador, cuánta ternura había en ese gran corazón hasta para el último de sus hijos, ni el placer que saboreaban los que tenían la suerte de poder contemplar de cerca los dones excelentes que el Señor le había prodigado. Así pues, no le hablaré de las emociones de mi alma cuando me presenté ante nuestro Superior General. Pero déjeme contar a la Congregación una de las conversaciones con que me honró:

- Tú, serás obispo.
- Pero, Monseñor, mi edad, mis defectos...
- El Sumo Pontífice te ha nombrado, y cuando el Papa habla, es Dios quien habla.
- Monseñor, quiero seguir Oblato.
- Por supuesto; así es en realidad y así lo entiendo yo.
- Pero la dignidad episcopal parece incompatible con la vida religiosa.
- ¿Cómo? La plenitud del sacerdocio ¿va a excluir la perfección a la que debe tender un religioso?

"Luego poniéndose de pie con la noble arrogancia y la religiosa dignidad que le caracterizaban, añadió :

- Nadie es más obispo que yo; y seguro que nadie es más Oblato tampoco. ¿Es que no conozco el espíritu que quise inculcar a mi Congregación? Tú, serás obispo; es mi voluntad. No me obligues a escribir al Papa sobre este asunto. Y serás más Oblato por todo eso, ya que desde hoy, te nombro superior regular de todos los nuestros que están en las misiones del Rio Colorado.

"Saltaban lagrimones de mis ojos; los latidos del corazón querían romper el pecho.

- Consuélate, hijo mío, me dijo también ese buen padre, abrazándome con ternura. Tu elección es un hecho; se ha realizado sin saberlo yo, pero me parece muy providencial y salva las misiones en las que has trabajado tanto. Algunas cartas me habían presentado esas misiones con un cariz tan desfavorable que estaba decidido a abandonarlas y a llamaros a todos. Acabábamos de tomar la decisión en Consejo cuando me enteré de tu nombramiento de obispo. Quiero que obedezcas al Papa, y yo también quiero obedecerle. Ya que el Vicario de Jesucristo ha elegido a uno de los nuestros para gobernar más tarde a esa Iglesia naciente, no la vamos a abandonar. Tendré el consuelo de consagrarte yo mismo, y Mons. Guibert, que también es Oblato, compartirá mi dicha".

El 23 de noviembre de 1851, el P. Taché recibía en la catedral de Viviers la consagración episcopal de manos de su ilustrísimo y amadísimo Fundador y Padre.

El coadjutor de San Bonifacio, al que no le falta habilidad, aprovecha la impresión causada por él al Fundador para obtener unos refuerzos sumamente necesarios, "Ha sido tan persuasivo, escribe el Fundador a Mons Provencher, que le concedo cuatro compañeros para ayudarle en su difícil misión. Formarán su corona, Monseñor, ya que es en realidad el fundador de la misión. Bendiga a estos queridos hijos que pongo bajo su báculo, mejor aún, en su corazón. Haga las veces de padre en la lejanía inmensa en que van a encontrarse de aquel que los adoptó el día de su profesión religiosa".

La misión del Rio Colorado no sólo estaba salvada : bajo la dirección del joven obispo, animador y realizador nato, que dos años después asumirá la sucesión de Mons. Provencher, fallecido el 7 de junio de 1853, con un personal en constante aumento, no parará de crecer y de enraizarse en las inmensidades del noroeste canadiense.

Los puestos de misión fueron multiplicándose a lo largo de los lagos y de los ríos : Fond du Lac en 1853; lago Labiche, misión permanente en 1854; Lago Mayor de los Esclavos y Fuerte Resolución en 1856, con cuatro filiales : Isla Mayor, Fuerte Simpson, Fuerte Raë en 1859 y Fuerte de Liards en 1860. El intrépido P. Grollier llega al círculo polar en 1859 con la fundación de Good Hope, ampliada con dos anejos : Fuerte Normam y Fuerte MacPherson en 1860.

Sin embargo, hasta entonces sólo los indios de los bosques se habían ido ganando para Cristo.

Para evangelizar a las tribus rudas y belicosas de la Gran Pradera habrá que esperar largos años, después de la fundación de S. Alberto en 1861. Será la obra admirable de Mons. Grandin, nombrado coadjutor de Mons. Taché en 1857, y del famoso P. Lacombe, tan buen diplomático como ardoroso misionero. La santidad radiante del primero y el prestigio de que goza ante los Pielos Rojas el segundo, que sabe comprenderlos perfectamente y entenderse con ellos, hará posible que ellos acepten, en 1883, el paso a través de sus reservas del "caballo de hierro" que espanta y aleja la caza.

Mucho antes de que las ruidosas locomotoras simplificasen tanto los viajes en la Gran Pradera, se habrá ido infundiendo en las almas, ávidas de oración, la vida y la gracia de Jesucristo Redentor y Santificador.

El viejo patriarca ya no estará allí para bendecir la culminación de un apostolado, comenzado con tan escasos medios. Pero le quedará el mérito de haber puesto, con gran esfuerzo, las bases con la lucidez sobrenatural, el secreto de la oportunidad y de las posibilidades y la perseverancia tenaz y animosa que son característica de los grandes fundadores de misiones y de los verdaderos hombres de Dios.

Aunque Mons. de Mazenod revocó su decisión y mantuvo a sus religiosos en el Río Colorado, no ocurrió lo mismo con Oregón, abandonado definitivamente en 1858.

Después de un principio poco prometedor y luego dramático, esa misión había dado grandes esperanzas al prelado. Pero pronto tuvo que desengañarse. En contra de lo que pudo creerse, las dificultades mayores no vinieron de los indios, que recibieron a los Oblatos de uñas, sino de los prelados que habían reclamado tan insistentemente la ayuda de los Padres.

El Obispo de Marsella había dado su plena confianza a los prelados del noroeste americano, convencido de que seguirían el ejemplo de Mons. Bourget y se portarían con sus hijos igual que él. Desgraciadamente la realidad fue totalmente distinta.

Mons. Norberto Blanchet sobresale por su espíritu apostólico, en Oregón había derrochado un celo y una valentía admirables, pero es un "hombre inflexible", rígido en sus ideas, que a falta de medios financieros y de personal, quiere concentrarlo todo en sus manos, llega a pedir a Roma cuando es nombrado arzobispo "unos poderes especiales" sobre los prelados elegidos por él. Reitera sus protestas de adhesión a la Santa Sede, pero de buena fe creía que no podía servirla mejor que sustituyéndola por él mismo. Categórico en sus ideas, autoritario en sus procedimientos, creía que afirmar y afirmarse era el secreto para resolver todos los problemas.

Mons. Blanchet estimaba necesaria, en su circunscripción metropolitana, "la uniformidad de la administración interior y una dirección de conjunto para el apostolado católico". Pero para lograr ese doble objetivo estima, que siendo el clero indígena el único medio para asegurar al obispo la ayuda necesaria para regir su Iglesia, se suspenda temporalmente la formación de novicios religiosos, allí donde ese núcleo no existe; además propone se dé a los obispos una autoridad uniforme sobre todos los misioneros indistintamente de modo que los regulares, igual que los seculares, dependan por completo y directamente del Ordinario para todo lo que se refiere al ejercicio del ministerio exterior y a la administración de los bienes temporales de la misión, que los regulares obedezcan primero al obispo, en lugar de suspender su obediencia hasta después de una respuesta de su Superior General en Europa.

La Propaganda desaprobó los principios y medidas que Mons. Blanchet le había sometido. Pero el arzobispo no renunció a su sistema y obligó a que lo aplicaran su hermano y Mons. Demers.

Surgieron fricciones con los Oblatos y los Jesuitas. Mons. de Mazenod no estaba dispuesto a ceder en los derechos de los regulares, pero quiso suavizar las relaciones, aconsejando en ese sentido al P. Ricard y en 1857 al P. Bermond; intentó además que la Santa Sede nombrara al P. Ricard, obispo o vicario apostólico de Nesqually, para librarlos de la jurisdicción de esos Obispos, pero Roma se limitó a trasladar allí a Mons. Magloire.

Se agudizó la tensión ordenando al P. Jayol que ha hecho votos perpetuos en los Oblatos, que abandone la sociedad, bajo pena de suspensión. Mons. de Mazenod lleva el asunto ante la Propaganda. Esta pide explicaciones al Obispo, este contesta que por haber pasado bajo la jurisdicción de su hermano la suspensión queda sin efecto. Pero sin abandonar sus principios la emprende con otro sacerdote que ha tomado el hábito y es novicio. Mons. de Mazenod protestó de nuevo pero más enérgicamente.

A la Propaganda aflúan quejas de los sacerdotes seculares, preparados todos para abandonar el Oregón, de los Jesuitas que miraban hacia California; de

los Oblatos que querían retirarse, y no lo hicieron en aquel momento para evitar una desbandada general.

El incendio de las misiones de S. José y de Santa Ana por lo americanos y los indios, cuando el levantamiento de los cayouses en 1855-1856, acabó por hacer insostenible la situación de los Oblatos. En 1858 Mons. de Mazenod se decidió a replegarlos progresivamente hacia Vancouver, donde el obispo aparecía más comprensivo y pedía su ayuda para las misiones de Colombia Británica.

La dolorosa experiencia de Oregón sirvió para abrir a los Oblatos un extenso campo de acción entre las tribus indias infinitamente mejor dispuestas a recibir el mensaje evangélico, más sanas que en el Oregón.

En este caso, los resultados respondieron a lo que esperaban el Obispo de Marsella y el superior de las misiones del Oregón, el P. d'Herbomez. Los Oblatos fundaron primero en Esquimalt, en la isla de Vancouver; luego se lanzaron a la evangelización de los indios de Colombia Británica, que les encomendó Mons. Demers por un convenio firmado el 1 de septiembre de 1860, avanzando hacia el norte del país a cientos de kilómetros, a costa de fatigas y sufrimientos compensados sobradamente con la fecundidad de su ministerio. Por último, con ideas de futuro, tan inteligentemente apostólicas como humanamente perspicaces, se instalaron, en 1860, frente a la isla Vancouver donde unos emigrantes pretendían desbrozar la selva virgen, de árboles gigantescos, en el mismo emplazamiento de la futura Nueva Westminster donde construirán dos iglesias el mismo año de la muerte del Fundador.

La triste experiencia del Oregón convenció a Mons. de Mazenod de que el mejor modo de evitar a sus hijos el inconveniente de jurisdicciones compartidas, era el organizar sus misiones en Vicariatos o diócesis que dependieran de un obispo miembro de la sociedad, a la vez Ordinario y Superior religioso.

Un derecho con fronteras indefinidas se presta a intromisiones mutuas que, a falta de buena voluntad recíproca, de flexibilidad, de ponderación, de todo, provocan incesantes malentendidos y hasta lamentables conflictos. De tal modo se comprobó en Quebec, en Montreal, en Kingston, en San Bonifacio, que espontáneamente, los titulares de esas sedes confieren a obispos Oblatos el Vicariato del Rio Colorado y la nueva diócesis de Bytown. Mons. de Mazenod quedó muy agradecido a los prelados canadienses por haber practicado tan atinadamente el primer sistema.

Las dificultades encontradas en Oregón le convencieron de que habían sido prudentes inaugurando el segundo. Este presentaba la indiscutible ventaja de suprimir los problemas originados por la conjunción de una doble autoridad episcopal y regular en unas cristiandades todavía inorgánicas donde los derechos de ambas no estaban nétamente delimitados.

Por eso, en adelante, el Superior General de los Oblatos esgrimirá ese argumento ante la Propaganda para lograr que las misiones confiadas a sus religiosos dependan de un miembro de su Congregación, a la vez obispo y superior regular. Reunir en la misma mano todos los poderes, observaba, imprimiría a "todas las obras más solidez, más unidad, daría a nuestras misiones un poco de estabilidad y preservaría a los misioneros de bastantes molestias que les cansan y desaniman".

Las gestiones emprendidas por Mons. de Mazenod ante el cardenal Barnabo, entre 1858 y 1860 para que la Propaganda separara a Colombia Británica de Vancouver y creara un Vicariato apostólico confiado a los Oblatos, casi los únicos que la evangelizaban, y pusiera al frente a un Padre de la

Sociedad, no culminaron durante su vida. Su deseo se realizará a fines de 1863 con el nombramiento de Mons. d'Herbomez como Vicario apostólico.

2.- Tentativas infructuosas en el nordeste de Estados Unidos.

A pesar del mal comienzo en Oregón, cuyos Padres tuvieron que refugiarse en la Colombia Británica, regresando a Canadá, las misiones de los Oblatos en los Estados Unidos, con suerte alterna, fueron aumentando hasta la muerte de Mons. de Mazenod.

Muy carentes entonces de clero y de recursos, los obispos americanos insisten hasta obtener ayuda.

Las llamadas son numerosas : se cuentan por lo menos hasta una veintena, y sería absolutamente imposible dar a todos una respuesta favorable. Y algunas que se dieron, por diversas razones, resultaron ensayos negativos.

En un cierto número de casos no es la falta de misioneros lo que obliga al Fundador a decir no. Generalmente había otras situaciones que respondían a las preocupaciones de no enviar a cualquiera para cualquier cosa o de colocar a los hombres disponibles en las condiciones más razonables para su apostolado.

Por ejemplo, ¿para qué aceptar en Bardstown un colegio, cuando en las cercanías tienen otro los Padres jesuitas? En Sandusky, donde residen emigrantes alemanes, hacían falta Padres que conocieran su lengua. En Saint Albans, además de que la parroquia ofrecida está cargada de deudas, tienen que saber inglés, etc, etc.

Algunas fundaciones duraron poco. Es el caso de Detroit. Cuando, a una orden positiva del P. Tempier se presentaron allí los Padres Lagier y Grenier se dieron cuenta de que las perspectivas seductoras que les había pintado el prelado eran poco objetivas y no respondían a la realidad decepcionante. A los 15 días hicieron sus maletas.

Telmon no se dió tanta prisa en abandonar el seminario de Pittsburg. Su superiorato duró cinco meses. Abandonó ante la pasividad del obispo que no hacía nada para remediar las necesidades imprescindibles de su seminario. Su decisión, por su cuenta contrarió mucho a Mons. de Mazenod que insistía para que se quedara.

En 1844, el coadjutor de Boston, Mons. Fitzpatrick, pide que se establezca una comunidad de la Congregación en Burlington. Interviene Mons. Bourget para apoyar la petición. Mons. de Mazenod se muestra favorable, pero pone como condición : "si puede arreglarse con el personal que tiene en Canadá". El P. Guigues que ha visitado el lugar, insiste para que el tema pendiente no se duerma en las carpetas.

Por fin, después de 10 años, el nombramiento de Mons. Goesbriand para la sede episcopal creada en Burlington lo deja todo a punto definitivamente. El nuevo obispo comienza por encargar a los Oblatos una misión en la ciudad, luego pide oficialmente al P. Santoni que los deje fijos allí.

El 4 de agosto, aceptación unánime del Consejo provincial y el 22 de octubre el P. Gaudet queda nombrado párroco de San José y director de la comunidad con el P. Cauvin como asesor.

Trabajan con ardor y con unos éxitos inesperados en la ciudad y en 10 puestos en Vermont, sumamente alejados, lo que impide hacer la vida común. Eso alarmó a las autoridades provinciales y viendo esos inconvenientes, el

consejo provincial decide abandonar Burlington donde los Padres no podían continuar esas misiones que les obligaban a estar solos "la mayor parte del año y colocarse, por eso mismo en contra del espíritu y de la letra de nuestras Reglas".

Se adivina la desolación del pobre obispo. Mucho insistió para obtener una demora. Pero todo fue inútil.

Los Oblatos salieron de Burlington el 12 de enero de 1857; habían estado allí tres años solamente.

3.- Fundaciones en Plattsburgh y en Bufalo.

La iniciativa de llamarlos a Plattsburgh partió de la misma población. Una misión recién predicada por los Padres, había puesto de manifiesto la necesidad de las almas y lo que cabía esperar de un ambiente tan bien dispuesto. "En quince días los tres Oblatos oyeron más de 1.600 confesiones y distribuyeron el pan eucarístico a otros tantos canadienses, hambrientos de las cosas santas. Hubo cerca de 40 matrimonios bendecidos o convalidados. Los bautizos llegaron por lo menos a 450".

Los canadienses apreciaron tanto a los Padres como fueron apreciados por ellos. No tardaron en enviar a Montreal una delegación de 29 miembros para pedir su regreso de modo estable a lo que llamaban "el pueblo americano". Al mismo tiempo se dirigían a Mons McCloskey, obispo de Albany, que apoyó con firmeza su decisión.

El Consejo provincial dio una opinión favorable. Había que construir iglesia y casa parroquial. Mediante un convenio hecho con los Oblatos y ratificado por el ayuntamiento de la comunidad local, el obispo dio todas las garantías deseables sobre ese punto.

Llegado el 26 de agosto de 1853 "con un plano de la iglesia en la mano y cuatro monedas en el bolsillo", el P. Bernard, que había predicado la misión unos meses antes, recibió una acogida entusiasta.

Toma posesión del terreno y comienza la construcción. Surgen dificultades de orden financiero, que logra arreglar Mons. Guigues. Gracias a los sacrificios de la Congregación, y a las generosas aportaciones de la Propagación de la Fe de Lyon, se pudo terminar la iglesia y construir un convento para las Hermanas Grises que se encargaban de la educación de las chicas y de los enfermos.

Poco a poco se va afianzando la comunidad de los Padres que construyen otras iglesias y fundan en la periferia otras parroquias, hoy florecientes.

La fundación de Buffalo, en el extremo oeste del estado de Nueva York, había sido decidida, en principio, tres años antes de que surgiese lo de Plattsburgh, por decisión de Mons. de Mazenod que había visto en Marsella a Mons. Timon, de paso para Roma.

Cuando a fines de julio de 1850, los Padres Amisse, Pourret y Molony llegaban de Francia para dirigir el colegio y la parroquia que les había confiado el obispo de la diócesis.

Una vez en el lugar, los Oblatos se dieron cuenta de que había existido una equivocación, y al cabo de quince días regresaron a Canadá : no se podía contar con el colegio ni con la parroquia.

El P. Tempier, en su viaje al Canadá como Visitador General, arregló el asunto : los Oblatos se encargaron de la dirección del colegio católico de Buffalo "que hace al mismo tiempo de seminario mayor" y atienden "a la pequeña capilla de madera, poco distante".

El superior, P. Chevalier y sus compañeros. en un local pobremente habilitado comenzaron las clases con 11 seminaristas, 7 pensionistas y 10 externos. El obispo transfirió los títulos de propiedad de todo al P. Chevalier por 12.000 dólares, cedió además a los Oblatos un terreno de 10 acres en Blackrock gravado con hipotecas de 15.762 dólares que tuvieron que pagar. La operación colocaba a la comunidad, a la administración provincial y general frente a graves dificultades financieras.

La obra iba bien en abril de 1852, pero apenas crecía y hacía más agudo el problema del sobrevivir. Por eso, en 1855 el Consejo provincial incluye varias veces en el orden del día el abandono del colegio. El Consejo general se pronuncia por el "statu quo". Mons. de Mazenod ordena mantenerse cueste lo que cueste: "En cuanto al desánimo de los Padres que componen la casa de Buffalo, es una cobardía que desearía ignorar. Preguntad qué se hace y piensa de los soldados que huyen ante el enemigo. Se muere en el puesto. Así son las leyes del honor. ¿Nos van a obligar a menos las de la religión?".

El Fundador manda a Santoni vaya a Buffalo a animar a los Padres y poner orden en los asuntos temporales, de modo que material y moralmente se pueda llegar a las próximas vacaciones, "De aquí a entonces, ordena, tendremos tiempo para examinar lo que haya que hacer más tarde y tomar una decisión final sobre nuestro Centro".

De estas últimas instrucciones, Santoni se quedó con la última : llegar hasta las vacaciones. Escribe al P. Chevalier que diga a los alumnos que no se puede fijar la fecha del comienzo del curso, ya que no se sabe si los Oblatos podrán seguir dirigiendo el colegio. Y el 27 de julio, el provincial notifica al obispo que los Padres se ven en la dura necesidad de renunciar a una obra que no se podía mantener en unas condiciones tan precarias y en un local tan incómodo. Habría que construir, pero ¿cómo soñar tal cosa "agotados como estamos por unos gastos enormes que hemos tenido que hacer para pagar parte del Centro?".

Esa despedida súbita se dio sin consultar previamente a Mons. de Mazenod que, a pesar de todo, se reservaba la decisión final. Y sin embargo el Consejo provincial, reunido el 23 de septiembre aprobó como urgente esa medida. ¿Qué razones muy serias le obligaban?

Una carta del P. Chevalier acusa al Obispo de Buffalo con unas precisiones y unos detalles que justifican la reacción de los Oblatos. El P. Chevalier "que se hallaba en una necesidad extrema", recordaba a Mons. Timon que, por un contrato firmado por él mismo, se había comprometido a pagar cierta suma por el terreno del obispo comprado por la Congregación. El prelado lo trató de "insolente" y, no contento con faltar a su palabra, utilizó unos procedimientos que, diciendo lo menos posible, faltaban a la más elemental elegancia. Una simple confesión de su irremediable carencia de recursos hubiera bastado para arreglar las cosas, moviendo a la piedad, en lugar del estilo adoptado tan hirientemente. "Fue principalmente por la negativa que acabo de mencionar, asegura el P. Chevalier, por lo que nuestro provincial se decidió a suprimir el colegio".

Aunque se sintiera contrariado, Mons. de Mazenod pensó que no era posible volver sobre la decisión de Santoni, le escribe : "Habeis tenido que ver unas dificultades muy graves y la solución muy apremiante para rematar así el asunto. Ahora, tal como están las cosas, y después de que el obispo de Bytown, consultado por vosotros, se ha pronunciado a favor de la decisión del Consejo provincial, ¿qué decisión podemos tomar aquí? Evidentemente la de aceptar los hechos consumados".

Una vez salidos del colegio, los Oblatos perdieron el seminario mayor, pero la comunidad siguió en el lugar. Descargada de la enseñanza, amplió e intensificó su ministerio no sólo en la parroquia sino también en el este americano donde los Padres multiplicaron las misiones.

Para la construcción de la iglesia tropezaron con muchas dificultades financieras. Fueron reuniendo recursos y con la aportación generosa de La Propagación de la Fe de Lyon y un préstamo de la Compañía de la Bahía de Hudson terminaron la nave central en 1859. El crucero y el ábside se completaron en 1874.

La parroquia de los Santos Angeles era una parroquia misionera en el verdadero sentido de la palabra, por eso el P. Chevalier y sus colegas no limitaban su celo a la evangelización de ésta.

En conformidad con su vocación y con el espíritu del Instituto, emprendieron en cinco años (1856-1861) en la diócesis y en las diócesis vecinas, 83 misiones propiamente dichas que duraban de una a tres semanas. Más de una vez tropezaron con la oposición violenta de los protestantes opuestos a los papistas. Los indiscutibles y muy apreciados éxitos del P. Chevalier y sus compañeros se circunscribían a una población católica en la que se reaviva el fervor y la práctica religiosa y en la que se observa un peligroso acercamiento al protestantismo.

4.- La mision de Texas.

La fundación de Texas ofrece ciertas analogías con las anteriores. Como en Plattsburg, la decide Telmon, sin autorización de Mons. de Mazenod; como en Buffalo, no tuvo éxito hasta el segundo ensayo, después de una salida en falso; como en Plattsburg respondía a una llamada de los emigrantes, y después de haber implicado la dirección de un colegio seminario al mismo tiempo que el ministerio activo en una parroquia y las misiones, se redujo finalmente a esto último. Como en Oregón, se hace sobre un terreno unido recientemente a los Estados Unidos. Como en todas partes, tropieza con problemas financieros.

Pero el enorme empuje demográfico del país, las guerras de Méjico, la inseguridad debida a la vecindad de esa república anticlerical y en revolución permanente, la ley de la jungla que impera en algunos ambientes, el orgullo y la oposición de razas, las fiebres y las epidemias de un clima agotador, la guerra de secesión, exigieron de los Oblatos más valentía y esfuerzo que en otros lugares, y hasta el mismo sacrificio de la vida. "Misión cruel", podrá escribir Mons. de Mazenod.

Antes de anexionarse Texas en diciembre de 1845, los Estados Unidos la habían invadido pacíficamente con una inmigración organizada sistemáticamente. La afluencia de americanos protestantes degradó una situación religiosa que nunca había sido brillante.

El Padre paúl Timon, enviado en 1838 para enterarse sobre el terreno y buscar soluciones, no encontró en ese inmenso país más que dos sacerdotes. La fundación de la diócesis de Galveston, confiada a los sacerdotes de la Misión en 1847, señala una primera etapa en la organización de esa Iglesia. Pero el primer obispo, Mons. Odin sólo tiene tres paúles y seis sacerdotes diocesanos. Con el tratado de Guadalupe Hidalgo se extiende la frontera de Texas hasta el Rio Grande, y pasaron a la jurisdicción de Mons. Odin los párrocos que prestaban

servicio en 30 parroquias a los 6.000 católicos mejicanos que pasaron a ser ciudadanos americanos.

Muy preocupado por tener quien le ayude, Mons. Odin va al Concilio de Baltimore y se encuentra en Montreal con el P. Telmon. Conmovido por la angustia del prelado y empujado, sobre todo, por las peticiones de la población, ofrece su ayuda que le es aceptada inmediatamente. Se compromete sin la aprobación del Superior General y lleva consigo al P. Gaudet y al P. Soulerin, a un escolástico y a un hermano coadjutor.

Inmediatamente se pone en camino y, dejando en Galveston al P. Gaudet y al Hermano Gelot, se instaló en Brownsville, ciudad fronteriza sobre el Rio Grande.

Esa fundación improvisada desconcierta y hasta irrita al obispo de Marsella : "¡Es una monstruosidad que no tiene nombre!". Pero Mons. de Mazenod se sosiega y concluye que sus Padres merecen confianza : "Al oírlos me preocupó sin razón. Todos están perfectamente en su deber".

Telmon y sus compañeros recibieron en Brownsville una acogida tan calurosa como poco alentadora: no los llamaban para la mejora moral de hombres incorregibles, sino para mejorar a sus hijos, se trataba de recuperar en el mercado un crédito muy deteriorado.

Se pusieron con entusiasmo al trabajo. Instalados miserablemente, los Oblatos compraron un terreno y en dos meses construyeron una iglesia de madera y una casa rectoral.

Las predicaciones del P. Telmon atrajeron hasta a los descreídos. Poco a poco fue surgiendo un movimiento y hubo conversiones. Mons. Odin se sentía muy satisfecho, como se lo escribía a Mons. de Mazenod.

Por desgracia los Oblatos no pudieron resistir los calores tropicales que se volvían más deprimentes para ellos a causa del régimen alimenticio y la insalubridad del país.

Mons. de Mazenod decidió entonces repatriar al Canadá a los Padres Soulerin y Gaudet que estaban agotados. Pero no se trataba de una retirada general. El P. Telmon quedaba libre "para quedarse con el Hermano Gelot, tomando sobre sí solo la responsabilidad de su obra". Telmon intentó inútilmente resistir. Tres meses después de sus compañeros volvía a Canadá, y el 22 de enero de 1851 embarcaba para Francia con la salud arruinada por el terrible clima de Texas.

La salida de Telmon la sintió el obispo de Galveston porque era una pérdida más entre otras 23. De los 35 sacerdotes con los que contaba, "diez han sucumbido ante las dificultades y privaciones; otros 11 Paúles y Oblatos, fueron retirados por sus superiores mayores; dos han vuelto a sus diócesis". Sólo quedaban 12 colaboradores para una población de 40.000 católicos.

Para rehacer sus efectivos va a Europa y de paso por Marsella logra que Mons. de Mazenod consienta en enviarle un nuevo equipo, más numeroso, que bajo la dirección del P. Verdet llegaron a Gálveston el 14 de mayo de 1852. Se formarían dos comunidades. La primera para atender al seminario religioso; la segunda para Brownsville.

Pero Mons. Odin piensa que es indispensable formar cristianamente a las nuevas generaciones y transforma su seminario en un seminario-colegio. Y como los Oblatos no han sido fundados para "luchar en un colegio", el Fundador recuerda al Obispo los términos del contrato : se comprometió a fundar únicamente el seminario. Lo que decidió al Obispo a mandar a Brownsville a los tres Padres que retenía con él.

El seminario-colegio va progresando, la instalación se completa y es tal el valor de la enseñanza que el 26 de julio de 1856 otorgan a la casa el título de Universidad de Santa María.

Ese título en lugar de animar, alarma a los Oblatos porque pone de manifiesto la desviación de la Institución.

Mons. de Mazenod estima llegado en momento de ceder a una Institución especializada en la enseñanza, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ese seminario-colegio, más colegio que seminario. Y así se hizo.

El abandono de Gálveston va a permitir concentrar todo el esfuerzo de los Oblatos de Texas sobre Brownsville, donde se establecieron en octubre de 1852 los Padres Olivier, Keralum y Gaye.

En ese inmenso territorio de 100 millas por 150 reina el desorden y la apatía de los católicos que paraliza el ministerio de los misioneros; además la evangelización tropezaba con la gran dispersión de la población. Exceptuando a Brownsville y algunos centros más o menos importantes en la orilla del Rio Grande el conjunto de la población vivía en los "ranchos". Esas misiones exteriores las dividen en tres distritos : el de arriba del río comprende unos 30 ranchos en una distancia de 35 leguas, es asignado al P. Olivier; el del centro, que comprende unos 15 ranchos con una distancia de 20 a 30 leguas, al P. Keralum; el distrito de abajo, hasta el golfo, que comprende una docena de ranchoas con una distancia de 12 leguas al P. Parisot.

En Brownsville hay movimiento : aumenta el número de practicantes, la capilla del P. Telmon resulta insuficiente, hay que construir una iglesia. Hacen venir al P. Keralum, arquitecto de oficio antes de entrar en la Congregación, para trazar los planos y dirigir los trabajos. La nueva iglesia fue bendecida solemnemente el 12 de junio de 1859.

El P. Gaudet se sentía muy satisfecho con su iglesia y más todavía por la mejoría constante de la misión. Pero esos éxitos apostólicos costaron grandes sacrificios : en cinco años, la comunidad de Texas perdió a cinco religiosos, cuatro muertos de la fiebre amarilla y el superior, el P. Verdet, ahogado en el naufragio del "Nautilus" cuando iba a Nueva Orleans a retirar los fondos enviados por la Propagación de la Fe.

Esas pérdidas repetidas arrancaron a Mons. de Mazenod, según su propia expresión, "un grito de dolor"; y además pronto se entera de que la misión de Texas, diezmada por tantas pérdidas está en una situación crítica : la guerra civil, las incursiones de Cortina y sus bandas, la guerra de secesión provocan una grave crisis.

A pesar de todo, Mons. de Mazenod no se desanima. Lejos de renunciar a esa misión tan ingrata y peligrosa, aumenta sus efectivos, enviando dos Padres en 1859 y tres en 1861. Y quiere que pasen a Méjico, a pesar de los desordenes políticos y la persecución religiosa.

5.- Apostolado en Méjico.

En Mejioco después de la conquista de la independencia, las guerras civiles se suceden unas a otras y una revolución a otra. La Iglesia está implicada en todas.

En 1857 cuando llegan a Brownsville los Oblatos de Gálveston y comienza el reinado de Juárez, los liberales que practican un anticlericalismo agresivo, promulgan y ponen en vigor una serie de leyes, las famosas "leyes de la

Reforma" que ordenan la supresión de las órdenes religiosas, quitaban a las iglesias todas las obras de educación y de enseñanza y hasta el derecho de propiedad.

A pesar de todo, los Oblatos no dudan en meterse en ese terreno candente y piden ayuda para esa campaña difícil. Escribe el P. Gaudet a Mons. de Mazenod : "...Que el abandono de las almas le conmueva y le haga ir en su ayuda, a pesar de lo pequeño que es su querido rebaño. Ahora que he pasado por la prueba del clima, siento doble afecto y valentía para nuestra misión del Río Grande y estoy decidido a llevar, si hay medios para ello, toda la ayuda posible a nuestros vecinos de Méjico, tan dignos de compasión, ¡Secunde nuestros deseos!".

Los Oblatos comenzaron por unas escapadas que facilitaba su posición en Brownsville, al lado de la frontera. El Río Grande les proporcionaba a la vez un paso y, en caso de necesidad, un refugio, para escapar de los liberales. Los resultados obtenidos en Matamoros, donde disfrutaban de relativa seguridad, animaron a los misioneros a asentarse al otro lado del río, porque en 1858 dos de ellos trabajaban de modo permanente en esa ciudad mejicana.

Mons. de Mazenod aprobó con calor la iniciativa del P. Gaudet. Y el Sr. Musquiz, párroco y nombrado Vicario general los acogió muy amistosamente y les dejó campo libre en su parroquia y a falta de iglesia les confió Ntra. Sra. del Refugio de Agualeguas, donde fijan su residencia. Ese santuario tenía la doble ventaja de no entrar en los cuadros oficiales y de atraer infinitamente más a los fieles, porque los mejicanos de las cercanías, muy devotos de la Virgen, la preferían a sus iglesias parroquiales. De este modo, los misioneros llegaban a un número mayor de almas y corrían menos peligro de despertar la atención de un gobierno que les concedía una tolerancia muy limitada.

En noviembre de 1859 el Sr. Musquiz ofreció a los Oblatos una parroquia de parte de su obispo, la de la Victoria, capital del estado de Tamaulipas. Esa propuesta fue del agrado del P. Gaudet porque "nos abre las puertas de Méjico" y sabe que los Padres hallarán más aceptación en esa región que a orillas del Río Grande, donde las disposiciones del pueblo son muchísimo menos favorables. Se lanza, pues, a este nuevo ensayo.

Las primeras impresiones de los misioneros son excelentes. El P. Sivy describe con entusiasmo las procesiones de Semana Santa. Y cuando una semana después se celebra la comunión solemne, al estilo francés, cunde el entusiasmo. "Sobre todo los padres estaban enternecidos, y envidiosos de la felicidad de sus hijos fueron a arrodillarse ante el Padre para poner en orden una conciencia enmohecida desde hacía muchos años". En Semana Santa los confesionarios, fueron asediados, por los habitantes de los ranchos, venidos de muy lejos.

Desgraciadamente, el 21 de diciembre de 1860, a pesar de las manifestaciones del pueblo, los Oblatos, que tenían demasiados éxitos, fueron expulsados "manu militari" por el gobernador liberal. Aunque apenado a causa del atropello, el P. Gaudet no pierde el ánimo.

La acción permanente de los Oblatos en Ntra. Sra. del Refugio, en Victoria, se completó con otra que les dejó más satisfechos aún porque respondía a su vocación mejor que el ministerio parroquial. Se trataba de misiones propiamente dichas. Texas tenía pocas agrupaciones importantes. La población vivía dispersa por los ranchos y no se prestaba a ese tipo de apostolado.

Méjico era completamente distinto. Los Padres pueden dedicarse en las ciudades más populosas a la obra preferida de su Congregación y poner en práctica los métodos tradicionales. Por otra parte, el Sr Musquiz los invitó en

nombre de su obispo a extender su ministerio en todo el estado de Tamaulipas porque le parece lo más adecuado para despertar la fe y reanimar la vida cristiana.

Los informes detallados que poseemos sobre dos de esas misiones más importantes, las de Cruillas y de Burgos, a 135 millas al sudoeste de Matamoros, prueban que los Padres no se habían engañado al contar con las buenas disposiciones de las poblaciones del interior. Escribe el P. Parisot: "Las misiones, sobre todo las dos últimas... han sido un éxito. El entusiasmo era desbordante, y las poblaciones vecinas, en un radio de más de 40 leguas, ansiaban la gracia de la misión. Las maravillas que Dios ha hecho por medio de dos pobres misioneros que hablan imperfectamente la lengua, son una prueba de que hay mucho bien por hacer, un bien fácil y un bien duradero entre los mejicanos".

Se asiste en masa a los sermones porque para esos católicos tan ignorantes "oir la palabra de Dios era una cosa nueva". El "catecismo puro" al que se atienen los Padres, es para "esas gentes sencillas", una verdadera revelación. "Los misioneros nos ensañan muchas cosas que jamás habíamos oído", nos dicen.

El Padre constata que "en esas misiones la mayor parte de los hombres se confesaban, mientras que, tanto en Brownsville como en Matamoros, de una población de 20.000 almas, apenas si hacían la comunión pascual 50 hombres.

Sin embargo, en la zona menos favorable de la frontera, el pueblo iba respondiendo a las previsiones de Mons. de Mazenod. Sobre todo en Matamoros, donde sólo comulgaban por Pascua unas 15 o 20 personas, el número se elevó a 4.000 en 1866. Durante este período los Oblatos registraron más de 7.000 bautizos y 2.000 matrimonios.

El Obispo de Marsella morirá sin haber conocido esos progresos. Al final de su vida, y a consecuencia de la crisis política, la situación de los Oblatos se iba haciendo inaguantable en Méjico y en Texas.

Los Padres de Victoria tuvieron que alejarse ante "la tormenta revolucionaria". Los de Matamoros "tuvieron el tiempo justo para escapar".

Brownsville estaba bajo la amenaza de un ataque por mar porque "la flota del Norte invadía el golfo". Las tribus indias "podían aprovechar la situación para vengarse de tantas injusticias y crueldades cometidas contra ellas".

Escribía el P. Gaudet : "No sé hacia donde vamos... ¿Qué nos reserva el futuro? Dios sabe. Rezad por nosotros para que pasemos esta crisis sin sufrir demasiado".

La crisis será larga y terrible. Pero el futuro iba a demostrar que la audacia con la que el Fundador había lanzado a los Oblatos a ese terreno movidizo y volcánico era, en el fondo, perspicacia sobrenatural y confiada. Las alarmas que le habían producido esas fundaciones dramáticas y los gritos de dolor que le habían arrancado la muerte de cinco de sus hijos, mediante el sufrimiento y la fe, preparaban las futuras cosechas.

Capítulo XIII

LAS MISIONES DE CEILAN Y DE AFRICA DEL SUR

1.- Mons. de Mazonod acepta con entusiasmo una fundación en Jaffna.

Con entusiasmo aceptó Mons. de Mazonod. en 1847, una fundación en Jaffna a petición de Mons. Bettachini, coadjutor del Vicario apostólico de Colombo.

Escribía el 12 de agosto al P. Vincens : "¡Magnífica misión la que se nos ofrece!. El coadjutor del Vicariato apostólico de la isla de Ceilán acaba de pasar dos días conmigo. Nuestra conversación se prolongaba hasta las 11 de la noche. ¡Qué campo se abre ante nosotros! Un millón quinientos mil gentiles que convertir en el país más hermoso del mundo. Ciento cincuenta mil cristianos que instruir".

"Toda esta inmensa población dispuesta por la bondad de su carácter y por cierto fondo de religiosidad a escuchar con docilidad la voz de los enviados de Dios que les anunciarán la buena nueva. Además, hay que adelantarse a la herejía que quisiera hacer ahora mismo, en esas bellas regiones, el centro de sus operaciones. ¿Cómo negarnos ante tan poderosos motivos a responder con agradecimiento a la petición de cooperar poderosamente en un bien tan grande? Sí, he aceptado esa nueva misión. una de las más hermosas que existen en la tierra; y preveo que esta gran isla será un día patrimonio de nuestra Congregación que la santificará por completo".

No cabe duda que el Obispo de Marsella, una vez más y con una visión muy segura, superó las dificultades del presente para asumir las realizaciones del futuro.

Pero el informador no era ni muy objetivo ni muy enterado, estaba demasiado comprometido con las divisiones y rivalidades locales para no orientar, más o menos conscientemente, el esclarecimiento de la situación conforme a su propia visión.. Así resultaba falso el juego de luces y sombras y se difuminaba o se agrandaba el relieve. Sus puntos de vista, demasiado unilaterales y un tanto partidistas, deformaban evidentemente el cuadro.

A los dos argumentos : masa de gentiles y propaganda protestante, Mons. Bettachini, añadió el peligro de cisma que amenazaba a la población católica, porque la constitución de unos Vicariatos como el de Ceilán, los separaba de la jurisdicción del arzobispo de Goa y se temía la reacción de los sacerdotes oriundos de Goa.

Las bulas encargaban a Mons. Bettachini de Jaffna bajo la dependencia de Colombo. La Congregación de la Propaganda había decidido la división de la isla en dos Vicariatos : en el norte unos misioneros europeos bajo la autoridad de un

prelado del mismo origen; en el sur, los oratorianos goaneses; pero ante las objeciones del Vicario apostólico de Colombo, lo dejó en suspenso y de momento optó por la dependencia de Colombo. El viaje de Mons. Bettachini "ad limina" tenía como objetivo lograr la independencia de Colombo, que logró de Pio IX en 1847.

Logrado eso, tenía que buscar la ayuda de misioneros; no encontró nada en Italia, por eso a su paso por Marsella se dirigió a Mons. de Mazenod.

Los Oblatos quedaban bajo la dirección exclusiva del Obispo de Toron y no dependerían del "capricho de los goaneses". Para superar las dificultades y ayudar a la armonía el Fundador eligió al piemontés Semeria, al nizardo Ciamin y el Hermano Stefanis, genovés; el cuarto, el irlandés Keating, crearía otras conexiones, gracias a su conocimiento del inglés. Todos los Oblatos designados aceptaron con alegría la misión que les confiaba el Superior General y se mostraron preparados a sacrificar su vida para santificar a los cristianos y convertir a los paganos de Ceilán.

Pero ¿quién pagaría el viaje? Las gestiones de Mons. de Mazenod ante el gobierno francés y ante la Congregación de la Propaganda fueron infructuosas; a última hora con gran esfuerzo la Propagación de la Fe de Lyon solucionó el problema y los misioneros pudieron embarcarse el 21 de octubre de 1847.

2.- Dificultades iniciales bajo el episcopado de Mons. Bettachini.

Mons. de Mazenod estaba convencido de que Mons. Bettachini reservaría a sus religiosos la provincia de Kandy, donde podrían trabajar todos juntos. Pero cuando llegaron, la Propaganda había puesto a Kandy bajo la autoridad directa de Mons. Gaetano, Vicario apostólico de Colombo. El P. Semeria se ve obligado a modificar sus planes.

El terreno se le presenta sembrado de trampas. No se puede fiar ni de los consejeros caritativos, como Reinaud, antiguo miembro de la Congregación, que quería atraerlo a Kandy. Sería caer bajo la jurisdicción de Mons. Gaetano y la consigna de Marsella era quedar exclusivamente bajo la jurisdicción de Mons. Bettachini.

Los misioneros, bien recibidos, no pueden emprender ningún ministerio sin haber aprendido antes la lengua difícil del país, el tamul. El superior aprovecha bien su tiempo para iniciarse en las complejidades del país, porque Mons. Bettachini lo utiliza como secretario, lo lleva consigo en las jiras y le encomienda hasta la redacción de una carta pastoral.

Expone al prelado su deseo de fundar una casa en Jaffna en la que vivan en comunidad los Oblatos, sin encargarse de ningún puesto fijo, pero siempre a disposición del obispo, predicando misiones propiamente dichas, como en Francia, y retiros a las distintas cristiandades; para ir eliminando la ignorancia religiosa y reanimar la práctica cristiana mediante la fe; había que abrir en Jaffna un seminario para preparar catequistas y formar un clero indígena.

Semeria sabe, sin embargo que dado el temperamento local, blando, lento, taimado, habría que probar a los futuros sacerdotes, encargándoles primero de catequesis para asegurar su perseverancia permitiéndoles que se agreguen a los Oblatos. En estas condiciones estarían dispuestos a encargarse del seminario. Sin embargo, todo se iría al garete si el Vicario apostólico llamaba a los Padres jesuitas para crear un colegio.

El prelado aprueba todas sus sugerencias y declara que no piensa en absoluto encargar a la Compañía de un centro de educación. Incluso ruega al

superior que pida al Obispo de Marsella otros dos religiosos para el seminario. Mons. de Mazenod los concede inmediatamente.

El plan quedó letra muerta porque Mons. Bettachini, incapaz de dominar la situación, se paró ante las dificultades del presente. Sólo le quedaban dos benedictinos españoles, más o menos secularizados y tres lombardos, que recibieron friamente a los Oblatos, presagiando que la Congregación no se iba a contentar con una avanzadilla, sino que reforzarían sus efectivos con la intención de adueñarse de toda la isla. Se armó toda una intriga para que el obispo llamara a los jesuitas, como medio más seguro para dejar en la sombra a los indeseables enviados de Marsella, acabar con su influencia y hasta obligarles a dejar el país.

Mons. Bettachini trabajaba hacia tiempo para lograr la colaboración de los jesuitas. Un jesuita inglés, el P. Strickland, que asistió al P. Semeria enfermo, de acuerdo con el benedictino Garcia, hostil a los Oblatos desde el principio, tramaron una intriga contra estos. El P. Strickland quiere fundar en Jaffna un colegio y para eliminar a Semeria que se agarra a su seminario, invita al Vicario apostólico a que envíe a ese indeseable a una misión del centro de la isla.

Informado Mons. de Mazenod de todo eso logra cortarlo denunciando al P. Roothaan las intrigas de su subdito.

Llegan los refuerzos de Marsella y en lugar de agruparlos según lo convenido, Mons. Bettachini los dispersa en los diferentes puestos.

El P. Semeria contemporiza, aguanta pacientemente: los misioneros europeos deben tener muy en cuenta la mentalidad, la psicología local y aguantar sus costumbres.

Mons. de Mazenod, él, se impacienta, no se podía admitir que la evangelización de los católicos absorbiera la actividad de los misioneros: "¿Cuándo vais a comenzar a convertir infieles? ¿Os contentáis con ser en vuestra isla párrocos de cristianos viejos?". Y pone el acento en las obras que se realizan por medio de catequesis, las escuelas y sobre la casa que prepara a los catequistas, maestros y clero indígena, y el seminario para el que había enviado dos Oblatos dedicados a las misiones por el obispo de Toron.

Y Mons. de Mazenod se queja: cada vez que el Fundador le concede Oblatos empieza toda una controversia a propósito del traslado: Mons. Bettachini nunca tiene dinero para pagar la travesía de los misioneros, mientras se paga el lujo de comprar candelabros suntuosos en París, ornamentos en Lyon y contrata músicos en Italia y les paga los gastos de una travesía confortable.

El obispo de Marsella está convencido de que es absolutamente necesario situar a sus hijos en condiciones para trabajar más eficazmente, con más iniciativa y otros métodos. Las dificultades creadas por la oposición de los misioneros europeos y las intrigas del P. Garcia le llevan primero a proponer que se les reserve un Vicariato distinto para evitar una colaboración difícil y dejarles campo libre. Pero esa solución inicial le parece insuficiente; es el Vicariato entero de Jaffna el que desea que se les confíe, bajo la dirección de un obispo Oblato.

Expone a su amigo, Barnabo, Secretario de la Propaganda, la urgente necesidad de nombrar a Semeria coadjutor de Bettachini; entonces concedería abundantes misioneros aun a costa de renunciar a otras fundaciones que le ofrece la Propaganda.

Finalmente la Propaganda accedió a las razones alegadas por el obispo de Marsella, y en 1851. sugiere a Bettachini que pida como coadjutor a Semeria. La respuesta es terminante: "Si hoy día se juzgan necesarias dos mitras para bien del Vicariato, apenas haya dos, se empezará a ver (por bien de esta misma diócesis), la necesidad de una sola; la más antigua empezará a ser inútil y luego

una carga". No había modo de realizar un proyecto tan prematuro como inoportuno.

Mons. de Mazenod sigue insistiendo ante Mons. Bettachini, que no quiere dejarse suplantar y denuncia a Roma la pretensión de los Oblatos de querer acaparar toda la isla.

En 1855 escribía a la Propaganda : "Su Eminencia está de hecho decidido a darme a toda costa un coadjutor, si no puede dispensarme de ello ante el obispo de Marsella, "fiat voluntas tua". Sólo le ruego que no alegue mi incapacidad o que me convenza con mejores razones de que soy un bobo y un imbécil, porque me es muy duro pasar por tal".

En 1856, unos motivos más honrosos le obligaron a aceptar que otra mitra se uniera a la suya porque su salud flojeaba, gastada prematuramente por el clima y los trabajos apostólicos.

Una vez obtenida su conformidad, Pio IX nombraba el 25 de mayo al P. Semeria obispo de Olimpia "in partibus infidelium" y coadjutor del Vicario apostólico de Jaffna, con futura sucesión.

El superior de los Oblatos no tardó en recoger ésta porque Battachini murió el 26 de julio de 1857 a la edad de 47 años, cinco meses después del regreso de su coadjutor al que Mons. de Mazenod había llamado al Capítulo General y consagrado él mismo en Marsella el 17 de agosto de 1856, asistido por Mons. Guibert, obispo de Viviers y Mons. Guigues, obispo de Ottawa.

3.- El Vicariato apostólico bajo la dirección de Mons. Semeria.

Mons. Semeria podía organizar el Vicariato conforme a sus ideas y aplicar metódicamente su plan. Reconocía que durante esos diez años de acción dispersa, el bien se realizaba "de modo muy lento y casi insensible". Progresaba la práctica religiosa; existe también progreso en la recepción de los sacramentos.

Semeria no sólo da catecismo a los niños los domingos y jueves, sino que los reúne a éstos tres veces a la semana, y sus padres que los acompañan con frecuencia, sacan provecho de esa enseñanza. Se regularizan situaciones de familia, se purifican las costumbres, baja la embriaguez en cierta medida.

Pero hacía falta un apostolado de choque, se requería una acción conjunta que lanzara un movimiento general, porque la apatía es muy grande. Se trata, a la vez, de cambiar toda una mentalidad, de combatir el cisma, la propaganda protestante y las prácticas supersticiosas que llegan con frecuencia hasta la brujería.

La población, desconcertada en algunas partes por los occidentales, se muestra, a pesar de todo, simpática y atrayente. El problema consiste en moverla.

El nuevo Vicario apostólico tiene ahora la autoridad necesaria para coordinar los esfuerzos y centrarlos sobre los puntos que en 1847 le parecieron esenciales. Semeria va a lanzarse por la senda que Bettachini no supo tomar y seguirá avanzando con toda decisión y prudencia. Su obra, sin pretensiones, consistirá, sobre todo, en colocar unas bases sólidas sobre las que, después de él, otros podrán seguir y perfeccionar el edificio espiritual de Ceilán.

Ese edificio "hay que levantarlo en Jaffna", le había escrito ya Mons. de Mazenod el 2 de julio de 1853. Al superior que estimaba en 25 el número de sacerdotes necesarios para ese Vicariato, el Obispo de Marsella respondía en

esa fecha : "Sin duda es mucho, pero si el Vicariato fuera nuestro intentaríamos cubrir esa necesidad aunque tuviéramos que dejar a la espera otras Misiones".

Realizada esa condición, el Fundador no regatea más los sacrificios. Otros 10 Oblatos irán al norte de la isla para reforzar los efectivos o cubrir los vacíos, porque cinco religiosos morirán en diez años (1851-1861) a consecuencia de epidemias o de agotamiento.

Mientras va cubriendo los puestos de los diversos sectores. Semeria reserva un equipo de predicadores para emprender con él unas misiones "propiamente dichas" al estilo de su familia religiosa.

¿Tendría éxito la tentativa? Algunos dudaban. Semeria decidió "que había que empezar pronto... aunque sólo fuese para ensayar". Los hechos le dieron la razón.

El obispo comienza por la isla de Kayts, muy perturbada por el cisma. Los métodos tradicionales se revelaron allí tan fructuosos como en Francia. El éxito fue espectacular.

Después de Valigamme, Trincomali y Batticaloa, llegó por fin su turno a Jaffna. También allí la misión tuvo éxito clamoroso. El Vicario apostólico apreció más, y con razón, sus efectos duraderos que su brillo. Dice : "Como escribo estas líneas varios meses después de la clausura de esa misión, puedo dar fe de los grandes cambios realizados en Jaffna : la frecuentación mucho más asidua de los sacramentos, la observancia más exacta de los domingos y fiestas, la diligencia de muchos para oír la palabra de Dios, la conducta edificante de muchos, sobre todo de los miembros de las cofradías en honor de la Inmaculada Concepción y de S. Juan Bautista, las visitas bastante frecuentes al Santísimo y a la cruz de la misión, etc... son otras tantas pruebas que hablan muy alto de los felices frutos de la misión".

Estas buenas noticias llenaban de gozo a Mons. de Mazenod. Los informes de Mons. Semeria no sólo le hacían revivir con emoción sus misiones provenzales; le probaban que la forma de apostolado asignada como fin esencial a su Congregación naciente mantenía toda su fuerza y que su eficacia no se reducía a una época ni a un país.

Mons. Semeria estaba convencido de que, para dar todos sus frutos, este ministerio tenía que enmarcarse en una acción continua; había que trabajar el terreno para garantizar la fecundidad.

Esa acción continua exigía evidentemente un aumento en los efectivos eclesiásticos. Mons. de Mazenod concede generosamente refuerzos, pero no bastan. Hay que reclutar sacerdotes en el lugar. Pero la formación del clero indígena supone un esfuerzo de tan larga duración que, para lograr ese objetivo lejano, el prelado se decide a proceder por etapas.

Todo el programa escolar que quiere realizar tiene un objetivo real : preparar primero laicos cristianos que funden hogares cristianos, luego laicos apóstoles, auxiliares de los misioneros y, por fin, más tarde aspirantes al sacerdocio.

Quiere organizar un pensionado en el que los cristianos puedan recibir una educación sólidamente cristiana.

Ese pensionado de Jaffna que señala el comienzo de una gran obra, plantea al obispo dos dificultades : una material y otra de personal.

Primero hay que asegurar los terrenos y luego buscar los recursos necesarios. El obispo de Marsella le aconseja se dirija a la Santa Infancia.

En cuanto al personal pide al Fundador le envíen "algunos Hermanos a los que los Hermanos de las Escuelas Cristianas hayan iniciado en el método

apto para las escuelas primarias". Respecto a las jóvenes se preocupa de construir una escuela a la que se añadiría una casa para las religiosas encargadas de su educación. Había que encontrar una Congregación que ofreciera las personas indispensables. La afiliación a los Oblatos de las Hermanas de la Sagrada Familia en 1858, orientó hacia ellas la elección del Vicario apostólico.

Mons. Semeria prosigue con su suave tenacidad en la realización de su programa.

Para mejor lograrlo se dedica, en 1860, a conmover a la opinión pública y lanza una pastoral y después una circular a los misioneros para que el clero y los fieles se unan al obispo en su esfuerzo.

Por su parte, el P. Bonjean utiliza los medios modernos de propaganda y aboga en la prensa, con folletos, por la causa de la enseñanza católica. Su éxito es tan grande que un periódico protestante de Colombo, "The Examiner", le abre sus columnas y le propone que sus diferentes escritos, reunidos en un volumen, conozcan varias ediciones.

Mons. de Mazenod comunica al cardenal Barnabo los fecundos resultados de esa campaña tan hábilmente llevada y enzalza la labor de Mons. Semeria y del P. Bonjean.

Cuando ensalzaba justamente los méritos de Semeria y de su mejor misionero, esa carta, tenía como objetivo lograr de la Santa Sede lo que se proponía desde hacía tiempo.

Convencido de que una dirección armoniosa permitiría armonizar y vitalizar la evangelización de Ceilán, pedía que la isla entera fuese confiada a los miembros de su Congregación, porque el Vicariato de Colombo, para él, iba atrasado a consecuencia de ese sistema "de pachorra" que dejaba "sumido a cada uno en su ignorancia y sus miserias" y de los principios equivocados que se obstinaba en seguir Mons. Bravi.

4.- Laboriosos comienzos en Colombo.

Desde el principio conocía Mons. de Mazenod las graves dificultades que iban a encontrar sus religiosos en el sur de Ceilán, donde era demasiado evidente que los consideraban indeseables. El Vicario apostólico, Mons. Gaetano Musulce y su coadjutor, Mons. Bravi, que se entendían muy mal y se denunciaban mutuamente a Roma, por una vez estaban totalmente de acuerdo en este punto.

Mons. Gaetano había dado a Bravi, su futuro sucesor, carta libre para excluir a los Oblatos, reclutando donde pudiera los misioneros indispensables dados sus reducidos efectivos. Ambos temían que, si no podían solucionar el asunto por sí mismos, serían substituidos por los Padres situados ya en el norte.

Desde la división de la isla en dos vicariatos, una rivalidad bastante fuerte enfrentaba a Colombo con Jaffna, declarada independiente; introducir en su Iglesia a los religiosos situados en la de Mons. Bettachini los expondría a tener que soportar la dependencia de una filial.

Evidentemente, Mons. Bravi temía que la llegada de los Padres significara una ingerencia abusiva de Jaffna e introdujera en Colombo los métodos del norte, juzgados por él dañosos para la paz en una situación completamente distinta y sumamente delicada. Por otra parte ¿se adaptarían a las directivas del Vicario apostólico y del coadjutor, puesto que, como religiosos dependen de su superior que tiene una visión diferente y no conoce el terreno?

Había que buscar urgentemente. Al no poder contar con religiosos de su Orden, los Silvestrinos, se dirigió a las congregaciones y al clero de su país para llevar la ayuda de compatriotas. Nuevo fracaso. El prelado tenía que resignarse, a la fuerza, a buscar otros europeos, con tal de que no fueran franceses. Sus gestiones y peticiones no lograron más que negativas. Como último recurso se vió obligado a recurrir a los Oblatos. Pero exigía que los religiosos puestos a su disposición no fueran franceses sino de origen italiano.

La Propaganda le dió a entender que semejante pretensión podía destruirlo todo, no obstante transmitió la petición a Mons. de Mazenod. Este podía haberse molestado, pero como se trataba de "la gloria de Dios y de la salvación de las almas no se detiene en "etiquetas", ni siquiera en la falta de tacto tan evidente. Pero pensando en el futuro juzgaba indispensable introducir a sus hijos en el sur de Ceilán para realizar más tarde, con toda la isla bajo su dirección, la unidad de acción deseable y acabar con las rivalidades y discordancias molestas que enfrentaban a los Vicariatos apostólicos en detrimento de la obra de Dios.

Decidió, pues, enviar cuanto antes cuatro Padres a Colombo, precisando sin embargo a Semeria que sería su superior, como lo era de los de Jaffna.

Contrariamente a lo que preveía Mons. de Mazenod, Mons. Bravi recibió efusivamente a los cuatro misioneros Oblatos, llegados el 25 de julio de 1851 y les aseguró que sería para ellos como un padre.

Pero éstos se dieron cuenta de que el prelado pretendía ejercer su enternecedora paternidad a su modo, separándoles de su familia religiosa para actuar como superior regular e imponerles sus propias ideas. Actuaba en eso, de acuerdo con el viejo Gaetano que veía muy mal la autoridad que ejercía en Jaffna sobre los misioneros el P. Semeria.

Este se disponía a visitar a los recién llegados para darles instrucciones, pero una carta del coadjutor le informó crudamente de que estaba ya "todo combinado con los suyos" y que su llegada iba a ser "un paso en falso"; que había declarado a los Padres : "Nos y Semeria iremos secretamente de acuerdo, pero es preciso que por nada del mundo se llegue a creer que existe una unión con los del norte porque se provocaría un incendio".

Al no poder ir personalmente a Colombo, Semeria quería enviar de Jaffna al P. Mouchel, como superior, sustituyendo a uno de los cuatro que vendría a reemplazarle. Bravi se opuso a ello.

Una "combinazione" de Bravi permitió al P. Mouchel, excluido como superior, ir al sur para restablecer una salud supuestamente delicada, lo que evitaba a este último aparecer cumpliendo una misión oficial.

Una vez en el lugar, el P. Mouchel constata que en Colombo, la situación de los Oblatos no le parecía "tan mala". Había que tener en cuenta los miramientos a que estaba obligado el Vicario apostólico para con los sacerdotes goaneses. Que nada impedía que nuestros Padres vivan según nuestras santas Reglas.

¿Se había dejado convencer Mouchel por Bravi, muy conocido como "furbo" (astuto)? Era lo que temía Semeria. El superior de Jaffna sólo quedó tranquilo cuando recibió de Mons. de Mazenod unas consignas que coincidían perfectamente con la moderación preconizada por su enviado a Colombo.

Pero las posiciones adoptadas por los obispos Gaetano y Bravi y por los Oblatos del sur son diferentes.

Los primeros intentan, sobre todo, evitar los incidentes a los que tanto se prestan la mentalidad y las prevenciones locales. Aquellos cristianos recelosos siguen con frecuencia más apegados a sus tradiciones, ritos y privilegios que a

los principios auténticos del catolicismo. Los sacerdotes goaneses que están muy a gusto allí, explotan la fobia del cisma que paraliza a sus superiores. A base de maniobras logran mantener la paz; a eso Bravi lo llama orgullosamente "su política".

Los Padres pronto se dan cuenta de que, bajo el punto de vista religioso llevado al extremo, dicha política totalmente negativa, desemboca en un estancamiento lamentable. Como jóvenes que son, ardientes y celosos, piensan ir adelante, tomar iniciativas y, como prescribe Mons. de Mazenod, renovar a los católicos degenerados, atraer a los protestantes y convertir a los budistas. Pero les falta la experiencia y la adaptación a un ambiente complejo, donde se les escapan bastantes cosas, a veces muy importantes para los autóctonos, aunque a los extranjeros les parezcan fútiles y mezquinas. Hubieran necesitado una prudencia tan grande como la mala voluntad que les acechaba.

Por eso cometían a veces torpezas que utilizaba Bravi para quejarse ante su Superior general y causarles daño no sólo en la isla, sino hasta en Roma donde tiene amigos en las oficinas de la Propaganda.

El antagonismo entre las ideas del coadjutor y las de los Oblatos de Colombo se hace cada vez más patente y Mons. de Mazenod lucha con creciente energía para que prevalezcan las segundas, únicas capaces de extender el reino de Dios. Además los hechos se encargaron de acentuar poco a poco su actitud, endureciendo las consignas. Esas divergencias se manifestaron, sobre todo, en la administración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía. Los Oblatos deseosos de favorecer la piedad admitían a la primera comunión a niños y niñas de 10, 11 años que supieran bien el catecismo, lo que iba contra la costumbre y les fue prohibido bajo pena de suspensión "a divinis". Intervino Semeria, pero como no se volvía atrás, tuvieron que acudir a Roma. La Propaganda apoyó a los Padres y pidió se mandaran más misioneros a Colombo.

5.- Conflictos entre los dos Vicariatos.

Desde la división de la isla, por razones sobre todo financieras, la adjudicación del lugar de peregrinación de Santa Ana de Talavila era objeto de tirantéz entre Mons. Gaetano y Mons. Bettachini. Este alegaba, con razón, su pobreza para hacer ver que los recursos de dicho lugar de peregrinación no le eran indispensables a su colega, que estaba en una región rica y tenía muchos cristianos, mientras su propia misión no podía subsistir porque tenía pocos cristianos en provincias materialmente desfavorecidas. Lo que para uno era sobreabundancia, para el otro era un problema vital.

En 1848, la Propaganda había consentido que el sur se quedara con Santa Ana "provisionalmente". Ese "provisionalmente" hace temer a Bettachini una maniobra de los del sur y no quiere que prescriban sus derechos. Además Gaetano y Bravi intentan aumentar su ventaja y, con el pretexto de proteger a los goaneses del sur, reivindican además, la misión de Chilaw, la mejor de sus misiones, que tenía 12.000 cristianos y era la única saludable y rica.

Para colmo, la Propaganda interviene y se decide a solucionar el asunto: Jaffna se quedaría con Santa Ana, pero en compensación, entregaría la tercera parte de sus ingresos a Colombo y cedería, además, la misión de Chilaw.

Para Jaffna es un "golpe fatal", Bettachini escribe a la Propaganda, hace que Semeria escriba a Mons. de Mazenod, y finalmente se decide a salir para Roma para defender personalmente su causa.

Por el contrario, Gaetano y Bravi aprueban a toda prisa la demarcación, ordenan a todos los sacerdotes de su Vicariato que firmen con ellos la aceptación del plan. Pero dos Oblatos de Colombo se negaron a firmar. Bravi los denuncia por su desobediencia al cardenal Franson. "Por la protesta que los PP. Lallemand y Duffo han unido a su declaración, añade verá Su Eminencia la clase de burros que son, no sólo por su latin, sino por los motivos en que fundan su negativa".

Mons. de Mazenod, pidiendo excusas de parecer meterse en lo que era asunto de la Propaganda, se encarga de justificar a sus religiosos dando al Cardenal Prefecto una versión totalmente distinta. Escribe: "Nuestros pobres misioneros Oblatos comprenden muy bien que la negativa a someterse a la voluntad del Vicario apostólico es de tal importancia que acarreará su desgracia, pero no han podido vencer su repugnancia a lo que les parecía mal. Se han negado a firmar porque su conciencia les prohíbe adherirse a lo que veían no sólo contrario a la verdad y nocivo al bien de la Iglesia, sino además contrario a la justicia". "El Vicario apostólico Bravi, los denunciará ante ustedes, concluía el Obispo de Marsella; pero pienso que Su Eminencia tendrá en cuenta la delicadeza de conciencia de esos misioneros que, por nada del mundo, quieren comprometer su alma, y en eso no se les puede censurar".

Esta carta tuvo como resultado el convencer a la sagrada Congregación de que sólo una indagación en el lugar por un mandatario oficial permitiría zanjar el asunto con conocimiento de causa. Se adhirió, pues, a la propuesta hecha por Bettachini y envió a Ceilán un Visitador apostólico que se informaría allí mismo; oiría a las partes interesadas, y haría un informe. Designó para esa misión delicada al Vicario apostólico de Pondichery, Mons. Bonnand.

Mons. Gaetano y su coadjutor intentaron arrancar una contraorden de la Propaganda y rechazar a Mons. Bonnand. No tuvieron éxito.

Después de una reunión entre las dos partes, en la que no hubo acuerdo. El Delegado apostólico puede informar. Su informe fue muy explícito: Mons. Bonnand se inclinaba por adjudicar Chilaw y Santa Ana a Jaffna y declaraba que no podía alabar la actitud de Bravi para con los Oblatos, y reconocía en estos unos excelentes misioneros.

La Propaganda aceptó sus puntos de vista y el 2 de abril de 1855 decidió que Jaffna se quedara con Chilaw y que se le uniera Santa Ana, pero tendría que ceder al Vicariato del sur la quinta parte de los ingresos anuales de esa peregrinación; por último, al no poder recurrir a los silvestrinos, escasos en número, se aumentarían los efectivos de los misioneros Oblatos en la misión de Colombo "con la idea de dar ese cometido exclusivamente a esa Congregación a la que ya se ha confiado la de Jaffna".

Después de ese grave fracaso Mons. Bravi que recogería en 1857 la sucesión del Vicario apostólico difunto, trabajó sistemáticamente para hacer inaguantable la situación de los Oblatos en Colombo: hace caso de las denuncias malévolas de los sacerdotes goaneses; reserva para Pulicani y sus compañeros las misiones más pobres; dispone a su gusto de los subsidios de la Propagación de la Fe, y no les entrega nada. Reducidos sus ingresos a los estipendios de misas, están en la miseria material y moralmente. Se hace todo lo posible por aburrirlos.

Sobre todos estos puntos y sin cansarse, vuelve continuamente Mons. de Mazenod en sus innumerables cartas a la Propaganda en las que no cesa de

rendir homenaje al valor y al celo desinteresado de sus hijos que, en las condiciones más ingratas, trabajan sin parar por la venida del reino de Dios.

El prelado siente impaciencia porque la Propaganda retrasa durante años la aplicación del plan concertado en 1855. Denuncia la parcialidad de los "monsignori" romanos, secretarios de la Propaganda; "tiene la certeza de que un secretario, empleado en su dicasterio ha dado cuenta a Mons. Bravi de mi correspondencia con Su Eminencia".

Bravi hace gestiones para reclutar misioneros. Informa a la Propaganda: "En el estado actual no puedo de ningún modo aceptar más Oblatos de Marsella". Y pide "que sean exclusivamente italianos". Los busca hasta en Australia. Para él se trata, según sus palabras, de "ganar" la partida.

El Obispo de Marsella conoce estas maniobras. No ignora que Bravi "echa los bofes por encontrar el medio de impedir el envío de más misioneros a Colombo". Pero era necesario que éstos "se fueran introduciendo poco a poco en el Vicariato, mucho más importante que el de Jaffna, de tal suerte que, llegado el momento, toda la isla fuera evangelizada por la misma Congregación".

De este modo acabaría la rivalidad lamentable que enfrentaba a las dos partes de esa desafortunada cristiandad; el ministerio entre los católicos sería más fácil y también "la conversión de tantos paganos que llenan el país".

Hubo razones de salud para que se confiaran nuevos puestos en el sur a sus religiosos. Realmente el norte de la isla es muy insalubre. Habría que proporcionar a la Congregación en el territorio de Colombo, muy sano, dos o tres misiones donde, intercambiando comunidades de los dos Vicariatos, pudieran ir los Padres del norte a reponerse. Si no existe otra solución, el Superior General se vería obligado a reclamar a sus hijos.

En realidad el prelado esgrimía esa amenaza para conmovir a la Propaganda que no podía reemplazarlos. A Semeria, le da la consigna de mantenerse cueste lo que cueste. Dejar la isla sería hacer el juego al Vicario apostólico que había actuado constantemente para lograr ese resultado. Bravi no sería eterno. Cuestión de tiempo. Desaparecido él, un Oblato recogería la sucesión.

Pero lejos de rendirse, el Vicario apostólico de Colombo viaja a Roma para una contraofensiva.

El Obispo de Marsella escribe al cardenal Barnabo para ponerlo en guardia, pero su carta sobre el Vicario apostólico ya era inútil puesto que, durante su viaje a Roma, éste falleció de repente.

Clarificada la situación, el Superior General esperaba con gozo que su plan, conforme al de la Propaganda, iba por fin a poder realizarse. Hasta su muerte siguió insistiendo.

Morirá sin haber tenido la alegría de que sus deseos habían sido colmados. ¿Dudó la Propaganda en quitar a los silvestrinos su única misión de Ceilán?

El caso es que, después de muchas vacilaciones y una vacante de dos años, Colombo quedó confiado al silvestrino Sillani. Hasta 1883 no será adjudicado a los Oblatos. Mons. Bonjean inaugurará entonces en el sur de la isla un episcopado tan brillante como fecundo.

6.- Un ensayo desafortunado en Argelia.

Aunque las graves dificultades encontradas en Ceilán, al fin pudieron superarse, no ocurrió lo mismo en Africa. En vida del Obispo de Marsella dos fundaciones acabaron en fracaso; fue definitivo en Argelia y sólo provisional en Natal, donde se trataba sólo de una salida en falso.

Sin embargo era en ese continente, el más cercano, en el que el prelado había soñado en primer lugar para abrir a las misiones extranjeras a su familia religiosa y realizar su gran proyecto apostólico que había permanecido hasta entonces aplazado por falta de medios.

Con la conquista de Argel, la ocasión de abrirse camino pareció presentarse así por las buenas y en las condiciones más favorables. Ofreció a sus Oblatos para ir al otro lado del Mediterráneo para extender el reino de Dios. Las gestiones emprendidas con esa finalidad ante la Capellanía mayor abrigaban la esperanza de un apoyo oficial. La revolución de 1830 lo hizo fracasar. La llegada de la Ila República, hizo posible la fundación argelina a la que el Obispo de Marsella había tenido que renunciar hasta entonces, sintiéndolo mucho.

Un viaje a Bona para el traslado de las reliquias de S. Agustín, en 1842, había avivado más su deseo de cristianizar a los árabes. Aquel contacto rápido con el país le ilusionó sobre los resultados eventuales.

Con un juicio muy precipitado atribuyó al escaso celo de los sacerdotes, a su falta de confianza en la gracia, a su ignorancia de la lengua, el fracaso de sus iniciativas. Sus Oblatos lograrían triunfar donde otros, para no confesar su insuficiencia, pronosticaban el fracaso total.

En 1848 el obispo de Argel pide la ayuda de sus hijos. Lo concede inmediatamente, a condición de que puedan vivir "en comunidad según su Regla para mantenerse en la regularidad y el fervor y ayudarse mutuamente a cumplir bien todo su deber".

Aunque la conversión de los árabes era para él el objetivo esencial, el prelado dejaba que Mons. Pavy fuera el juez absoluto sobre el momento en que los Oblatos pudieran acometerlo.

Todo comenzó, más bien mal, con un centro en Blida donde estaba convenido por contrato que los Padres quedarían encargados del ministerio parroquial y del hospital. En realidad tuvieron que quedarse a las puertas de la ciudad con orden de cerrar su capilla a los fieles y contentarse con prestar servicio en siete pueblos desprovistos de iglesia a una o dos leguas de distancia. Por eso surgieron serias diferencias entre ellos y el obispo, cuyas regañinas no arreglaron nada.

Mons. de Mazenod recibe cartas injuriosas de Mons. Pavy, pero recomienda a los suyos moderación y paciencia. "¡Dios quiera que sigamos en Blida que es, en realidad, el punto que nos conviene, poco distante de Argel y al alcance del Atlas por donde habrá que penetrar más tarde para trabajar en la conversión de los árabes!".

Con esta perspectiva los misioneros se preocupan de aprender la lengua que condiciona su apostolado ante los indígenas, y mientras tanto, trabajan con la población europea cuyo estado religioso deja tanto que desear.

Cabía esperar que una segunda fundación en Philippeville, a fines de noviembre de 1849, afianzara la situación que se tambaleaba. Pues nada. Ella fue la que provocó el repliegue. Quiso la mala suerte que uno de los religiosos enviados a Philippeville, el P. Bellanger, sombrara la confusión. Se hizo confidente de Mons. Pavy del que era partidario, hasta el punto de comunicarle la correspondencia de sus hermanos con el Obispo de Marsella.

Emprendedor y desordenado, se metió en unas construcciones, unos gastos y unas operaciones financieras que acabaron en quiebra.

Hubo que echar de la Congregación al que Mons. de Mazenod calificaba de Judas y mentiroso. Por su falta de equilibrio y su arte para mentir, nunca debía de haber sido admitido a los votos perpetuos.

Las extravagancias de Bellanger pusieron todavía más difícil la situación a los Oblatos en Argelia. Para colmo de desdichas, el P. Eymere enviado a Argelia para reemplazar a Bellanger fue víctima de un accidente y se hirió mortalmente.

En esas condiciones, ¿debía ponerse fin a una experiencia tan poco afortunada, o continuar esperando un futuro mejor? Dudaba Mons. de Mazenod, cuando una carta de Mons. Barnabo le decidió a llamar a sus religiosos. La Santa Sede quiere crear en el sur de Africa, en Natal, un nuevo Vicariato apostólico y se lo ofrece a los Oblatos. Pronto tiene la intuición de que una propuesta tan inesperada tiene carácter providencial. "Ninguno de nosotros pensaba en ello, anota en su "Diario", y nos llega por la voz que utiliza la Iglesia... Esta llamada viene indudablemente de Dios".

Hay que aceptarlo. Pero de donde sacar las personas precisas? La solución llega inmediatamente a su mente : "¡Ya está! Adivino el modo de responder": en Blida y Philippeville, están los Padres, obligados a no ser "más que simples párrocos de pueblecitos donde no hay nada que hacer", encargados únicamente de los europeos, en lugar de emprender la conversión de los árabes, en Natal, entre los cafres, estarán en su puesto. Además como la Propaganda se va a hacer cargo del Vicariato apostólico, no estarán expuestos a entrar en conflicto con las ideas de un obispo secular.

A pesar de las reclamaciones de Mons. Pavy, la liquidación de la misión de Argelia se hizo sin demora. Llamados el 20 de junio de 1850, los Oblatos de Blida y de Philippeville volvieron a Francia en julio. Su apostolado en Argelia apenas había durado dos años.

7.- La misión de Natal en Africa del Sur,

Mons. de Mazenod eligió al P. Allard, como Vicario apostólico y lo presentó a la Propaganda "como la Regla viviente de la perfección eclesiástica y religiosa"; asegurando que "cumplirá muy bien el ministerio que le confie la Santa Sede".

El Superior General le manifestó claramente que no podía negarse. Pues se negó alegando "razones legítimas" : se veía incapacitado para esa carga. Era también el sentir de los Oblatos del Canadá que estimaban desafortunada la elección a causa de la excesiva rigidez de su virtud demasiado fría.

Como el P. Allard, en vez de someterse, seguía sus alegatos el prelado lo llevó a la Propaganda y luego recurrió directamente a Pio IX. Este, después de haber contestado como la Sagrada Congregación "que tenía autoridad para prescribir", se pronunció a favor.. Ante la orden del Santo Padre, Mons. Allard tuvo que rendirse. Fue consagrado el 13 de julio de 1851 por su Superior General.

Mons. Allard que llegó el 15 de marzo de 1852 a Durban con dos sacerdotes, un escolástico y un Hermano, no encontraría las rivalidades locales que paralizaban en Ceilán la obra de los Oblatos. Sus relaciones con los dos Vicarios apostólicos de Africa del Sur fueron, desde el comienzo, confiadas y cordiales; no hubo litigios sobre límites y en cuanto a la acción apostólica el acuerdo fue perfecto.

La población los acogió con simpatía. Durban tenía entonces cerca de 2.000 habitantes, doce a quince construcciones, el resto vivía en chozas o tiendas, todavía en aquella época la visitaban los leones, leopardos y serpientes. Alquilaron una vivienda de las más elementales y transformaron una pieza en capilla. Los católicos no pasaban de un centenar. No quedó mucho tiempo en Durban; el 1 de abril se estableció en Pietermaritzburgo, la localidad más importante y céntrica del país, sede del gobierno colonial.

En Pietermaritzburgo, que contaba también con 2.000 habitantes, se instalaron en una casa que sirvió a la vez de albergue a los misioneros y de lugar de culto. Más tarde se pusieron a construir una capilla. A esos trabajos materiales se añadían salidas apostólicas para visitar a los católicos dispersos en un inmenso país. Se trata de viajes de quince leguas y de salidas a pie porque no se disponía de coches, ni siquiera había medios para alquilar caballos.

Al regresar de esas correrías apostólicas, los pobres misioneros se ven sometidos a un régimen severísimo por su Vicario apostólico que no tiene la menor ocurrencia de ofrecerles un descanso. La pobreza es extrema, por principio sin duda, pero también hay que reconocerlo, por necesidad.

Si Mons. Allard puso a sus misioneros a régimen, es que también él sufre una grave escasez de dinero. Pensando que los católicos estarían dispuestos a mantener a los misioneros, la Propagación de la Fe se había abstenido de generosidades supérfluas. Mejor informada empezó a mandar ayudas.

El prelado, personalmente muy austero, que no se movía de su residencia, se adapta muy bien a un régimen tan mortificante que no convenía a las agotadoras fatigas de sus Padres itinerantes. Maestro de novicios durante mucho tiempo, conservaba de sus funciones unas costumbres y unos métodos que creía bueno conservar para santificar a sus auxiliares. El trato con este santo varón, siempre serio y severo, no era nada divertido. De ahí una tensión tal que, muy pronto sus misioneros se hartaron, y dos de sus compañeros, el P. Dunne y el Hermano Compin, se fueron de su lado.

El Obispo, que perdía la mitad de sus efectivos oblatos, le quedaba sólo un sacerdote, ya que el Hermano Logegaray sólo era diácono. Mons. de Mazonod le enviará urgentemente el refuerzo de un Padre, de un escolástico diácono, el Hermano Gerard y otro Hno converso. Pero estos no llegarán a Natal hasta el 21 de enero de 1854 después de un viaje de seis meses.

Mientras tanto Mons. Allard reparte lo mejor que puede a su personal para atender a las tres agrupaciones de católicos, Pietermaritzburgo, Durban y Bloenfontein.

En Pietermaritzburgo los Oblatos reemprenden la construcción de la capilla, que con la ayuda de una suscripción terminan a trancas y barrancas. Hay que reunir a los católicos dispersos, grupo ínfimo, abandonado hasta entonces y así la acción apostólica se reduce a los europeos, militares y colonos. Pero Mons. de Mazonod había enviado a los Oblatos para los zulúes, sobre todo, y no dejaba de recordárselo al Vicario apostólico : que se dedique más a evangelizar a los paganos.

Este realiza el primer ensayo en 1855. Tropezaban con las dificultades de las lenguas; había que aprender primero el inglés, luego las lenguas indígenas tan difíciles para los europeos.

Pero ¿por donde empezar? Mons. Allard se decidió por fin "por un puesto en el que la herejía no se había implantado todavía" y que era un valle fértil que dependía del jefe Dumisa, a 30 leguas de Pietermaritzburgo. Los Padres Barret y

Gerard se pusieron en camino el 27 de febrero de 1855, bajo la dirección de un guía indígena.

"El jefe salvaje recibió amablemente a nuestros enviados, refiere en su informe el Vicario apostólico, y les permitió elegir en sus tierras el lugar que mejor les conveniera para levantar un centro. Ese lugar adoptado definitivamente como primer asiento de nuestras misiones entre los cafres, fue colocado bajo el patrocinio de San Miguel".

Los dos Oblatos comenzaron a construir una pequeña rotonda de ocho pies de diámetro que les sirviera de alojamiento y de oratorio. La pudieron abrir al culto el 2 de septiembre de 1855. Dicho oratorio que no tenía nada de obra de arte, impresionó mucho a los indígenas que llegaban atraídos por la curiosidad.

Escribe a sus padres el P. Gerard : "Es difícil presentaros el efecto que producía esa reunión de figuras negras. Miraban con avidez los ornamentos sacerdotales y las estampas que colgaban de las vigas. Todo les encantaba. Para ellos nuestra pobre capilla era una catedral".

Por desgracia, los misioneros comprobaron pronto que los zulúes no pasaban de la simple admiración. Aunque venían a escuchar sus palabras y cantaban con ellos, nada podía sacarlos de su pasividad. A pesar de los años de predicación y los medios financieros de que disponían los pastores protestantes, no habían convertido ni uno solo. Los Oblatos tropezaban con las mismas dificultades. Estas eran la poligamia y su orgullo natural, de ningún modo quieren adoptar los usos y costumbres de los blancos; y lo más grave es que carecen por completo de disposiciones religiosas. Se necesitarían largos años y pacientes esfuerzos para abrir a esas pobres almas a las misteriosas realidades de la fe.

Pero 15 meses después de la llegada de los Oblatos, los cafres de San Miguel tuvieron que huir ante el ejército del jefe Dumisa que había acogido a los Padres y reclamaba ahora la posesión de ese valle. El 23 de julio de 1856 el Vicario apostólico decidió abandonar la misión.

Mons. de Mazenod quedó sumamente decepcionado ante el fracaso de San Miguel. Escribe : "Es para entristecerse, viendo el fracaso de su misión entre los cafres. Pocos ejemplos hay de semejante esterilidad. ¡Pero bueno, ni uno solo de esos pobres infieles a los que fuisteis enviados ha abierto ya los ojos a la luz que les llevabais! Me cuesta consolarme, porque no fuisteis enviados a unos herejes que viven en vuestras aldeas habitadas. Fuisteis enviados a los cafres. Lo que la Iglesia espera del santo ministerio que os ha confiado es su conversión. Hacia los cafres deben apuntar todos vuestros pensamientos; para ellos debeis hacer todos vuestros programas. Es preciso que todos vuestros misioneros lo sepan y se empapen de ello".

Así pues, el Vicario apostólico no debía detenerse ante el fracaso de ese primer intento.

Pero antes de pasar al segundo en otro lugar, el Obispo de Marsella le da a entender que estaría bien que procediera de otro modo. Primero que dé la cara personalmente y que, en lugar de confiar a "padres jóvenes" la inspección del terreno, que vaya él mismo previamente al lugar : "Me gustaría verle recorrer un poco su Vicariato. Los obispos misioneros no permanecen fijos en una residencia sin salir de ella. Le conviene entrar en relación con sus cafres a los que fundamentalmente fue enviado".

Seguía una segunda advertencia respecto a su comportamiento con los religiosos. Mons. de Mazenod quedó muy afectado por la defección de algunos de los religiosos y da una lección de comprensión a Mons. Allard y añade : "Nunca le recomendaré suficientemente, mi querido Monseñor, el que sea como un buen

padre con todos y siempre y que se dé cuenta de que esos queridos hijos sólo le tienen a Vd. para consolarse en sus penas".

Aunque a Mons. Allard le faltaba iniciativa y vista, seguía siendo, en el ejercicio de su cargo episcopal, el religioso humildemente sumiso no sólo a las órdenes, sino también a las simples indicaciones de su Superior General. Encerrado hasta entonces en su residencia en la que llevaba, con una puntualidad escrupulosa, una existencia claustral, el prelado decidió recorrer su diócesis y en marzo de 1858 se une a los Padres Gerard y Bompert que intentan una segunda misión entre los zulúes.

El gobierno inglés ofreció a los Oblatos un terreno de 522 acres en la reserva de Intanjana River, a 100 kilómetros de Durban, en una región que está bajo la protección de Su Majestad británica. El viaje lo hicieron a pie, por falta de recursos y por espíritu de pobreza. Dos meses después hacían el mismo recorrido Monseñor y el Ho Bernard y refiere el P. Gerard de su santo obispo: "había hecho casi todo el viaje a pie y bajo un sol ardiente, llegó tan cansado que apenas se podía tener en pie. Me parece que Monseñor tendrá que cuidarse algo más. Esos viajes son demasiado largos y demasiado duros para personas de edad, sobre todo cuando se hacen a pie".

El Vicario apostólico pudo descansar en la choza que habían levantado los dos Padres sin tener más instrumentos que dos hachas pequeñas y dos hoces. Quedaba por edificar la capilla. Mons. Allard tomó parte en esos trabajos con la sencillez y humildad de un novicio. Por fin en el mes de julio de 1859 se pudo inaugurar la nueva capilla con un oficio pontifical. Primera decepción porque, aunque los Padres habían recorrido los pueblos a la redonda para visitar y convidar a los zulúes a la ceremonia, sólo unas 80 a 100 personas respondieron a la invitación.

A partir de entonces se reúnen todos los domingos los cafres que quieren venir. Durante la semana el obispo y los Padres visitan a los de los contornos haciendo lo imposible por convencerlos. Se contentaban con escucharles amablemente, pero nadie se convertía. Sólo se podía bautizar a los niños moribundos, con el pretexto de administrarles unos remedios, lavándolos de pies a cabeza.

Van pasando los meses. El pobre Vicario apostólico tiene que repetir siempre lo mismo en sus informes. La moral de los misioneros baja cada vez más, y el P. Gerard llega a concluir que "todo parece perdido para siempre en este lugar. Los cafres están cada vez más empedernidos".

Mons. de Mazenod no quiere ni oírlo. Las comparaciones que hace entre los resultados negativos de las misiones cafres y los éxitos apostólicos obtenidos en otros sitios por sus hijos, le impiden admitir la situación tal como se presenta.

Por eso envía una nueva regañina más severa aún que las demás: "Hay que confesar, mi querido Monseñor, que sus cartas siempre causan mucha congoja. Hasta el presente, su misión es una misión fracasada. Francamente no se envía a un Vicario apostólico y a un número bastante grande de misioneros para atender a unas cuantas casas desparramadas de viejos católicos... Es evidente que si se ha creado un Vicariato en esas regiones ha sido para evangelizar a los cafres. Ahora bien, llevamos varios años en ese puesto y Vd. se dedica a otras cosas distintas... Lo que más me apena es que se queje tanto de sus colaboradores. Examine un poco ante Dios si no habrá que cambiar algo en sus relaciones con ellos y en el modo de dirigir. Hasta ahora nunca se había llegado a tanto desafecto. Todos admiran sus virtudes, pero algo le falta para que

a ese sentimiento se sume el afecto que facilita la obediencia y la docilidad. Es alarmante el número de frustraciones en su vicariato..."

"Ya que me he puesto a contar hechos tristes, permítame añadir que creo que actúa demasiado al estilo de un obispo europeo, es decir se aleja tal vez demasiado de la acción para quedarse en la administración. Veo que en otros lugares los Vicarios apostólicos se lanzan a las obras como un misionero cualquiera... Para ejercer el ministerio propio de su mandato, aprenden las lenguas del país, aunque su estudio sea difícil. Total : que están al frente de todo cuanto pueda inspirar el celo por la salvación de las almas. Me parece que Vd, no actúa así, y tal vez haya que atribuir al sistema que emplea lo que hasta ahora es fracaso de su misión entre los infieles..."

"En cuanto a la dificultad que retrasa tantos años el éxito, no es mayor que en otros lugares donde se han puesto inmediatamente al trabajo. Seis meses bastan a nuestros misioneros de Ceilán para aprender una lengua tan difícil como el cingalés. Otro tanto ocurre en el Oregón. ¿Por qué se requiere un año para dominar el café?... Pero para eso hace falta que estimule y ayude a superar las dificultades el sentimiento del deber. Puede decirse a nuestros Padres... Pero, lo repito : debe dar ejemplo porque ha sido enviado a los cafres para llevarlos al conocimiento de la verdad".

"Le suplico insistentemente, mi querido obispo, que no se ofenda por mis observaciones. Las hago solamente teniendo en cuenta el bien, y para cumplir un deber de conciencia. No ponga en duda mi reconocimiento de su buena intención... Nadie sabe mejor que yo lo difícil que es gobernar a los hombres. Por eso mi vieja experiencia me inspira que le sugiera que no quiera meter a todos en el mismo molde, y que intente sacar de cada cual lo que se puede, con suavidad y con gracejo... Adiós, mi querido obispo; le abrazo de todo corazón".

Aunque Mons. de Mazenod no acertaba a comprender hasta qué punto las dificultades encontradas en la cafrería podían diferenciarse de las que encontraban los Oblatos en otras partes, por lo menos se daba cuenta de que, a pesar de sus virtudes, el Vicario apostólico elegido por él, no sabía adaptarse a la situación ni tratar a sus religiosos, desanimados por su rigor.

Mons. Allard era de aquellos que saben aceptar las quejas y que en lugar de molestarse, prosiguen humildemente su tarea, a pesar de los fracasos. En él, el estímulo sobrenatural suplía a los de la naturaleza.

El pobre prelado lejos de darse por fracasado, va a buscar lugar en otro terreno que pudiera ser más propicio, en la vertiente oriental de Drakensberg, e intenta en país zulú un tercer ensayo en 1860. Se comprende que pusiera esa misión bajo la advocación de Ntra. Sra. de los Dolores.

Lo que refiere el P. Gerard al Obispo de Marsella no es más alentador que los informes del Vicario apostólico sobre las fundaciones anteriores: "Venerado Padre: ¡Qué triste es todo esto! Comprendo que su corazón tan grande, tan celoso por los intereses de Nuestro Señor, quede apenado al oír siempre tan entristecedoras noticias. ¡Y qué triste es para nosotros un espectáculo continuo de obstinación y de rechazo! ¿Cómo no nos van a saltar las lágrimas de los ojos cuando pensamos en el abismo eterno en el que nuestros infieles se están lanzando mientras bailan y se entregan diariamente a los placeres? Todos los días están de fiesta. A lo largo de dos meses han matado más de 30 vacas o bueyes para divertirse y honrar a los espíritus de sus antepasados y atraerse su protección. De este modo no puedo ver cada kraal más que como una villa de los antiguos romanos. Se dan tantos placeres, menos refinados, sin duda, pero placeres siempre, que los apartan del reino de Dios".

Mons. de Mazenod murió sin tener el consuelo de enterarse de que, después de tantos disgustos, Africa del Sur comenzaba a dar alguna esperanza. El 16 de octubre de 1861, Mons. Allard y sus colaboradores abandonaban la misión de Ntra. Sra. de los Dolores donde, confiesa el Vicario apostólico, "los cafres han rechazado la semilla divina que queríamos sembrar en sus corazones".

Entonces cruzaron el Drakensberg para evangelizar Basutolandia y encontrar allí abundante cosecha : la recompensa de los trabajos provisionalmente estériles y continuados durante siete años.

Había escrito el obispo de Marsella antes de morir: "Llegará el momento en que la gracia misericordiosa de Dios producirá una especie de explosión y tu Iglesia cafre se formará. Para eso, tal vez haga falta penetrar más adentro en esas tribus salvajes. Si das con los que no han sido adoctrinados por los herejes y no han tenido relación con los blancos, probablemente sacarás mejor partido". (Mons. de Mazenod al P. Gerard, 8 de septiembre de 1860).

Capítulo XIV

LA CONGREGACION DE LOS OBLATOS (1838 - 1861)

1 .- Crecimiento de los Oblatos en Francia.

A medida que se multiplicaban estas misiones extranjeras, La Congregación de los Oblatos se iba desarrollando. Hasta entonces su reclutamiento había sido pobre. Ni siquiera la promoción de Mons. de Mazenod a la sede de Marsella había producido mejoras apreciables. Solamente hay 5 oblacones perpetuas en 1837; 4 en 1838; 4 en 1839; 6 en 1840 y 4 en 1841. En este año, el total de los profesos con votos perpetuos se reducía a 59.

Pero a partir de esta fecha llegan vocaciones en abundancia al ampliar el Fundador su acción enviando a Canadá a sus primeros religiosos, Era el premio a la apostólica audacia y al espíritu sobrenatural que, a pesar de la escasez de personal, le decidió a ir en ayuda de Mons. Bourget. Tenía el convencimiento de que toda obra querida por Dios recibía de la Providencia los medios indispensables. De hecho a la muerte del Fundador la Congregación contará con 6 Obispos, 267 Padres, 53 escolásticos, 89 Hermanos coadjutores. En total, 415 profesos. Así pues, en veinte años había multiplicado por siete sus efectivos, El número de casas pasaba de 8 en 1837 a 54 en 1861.

Evidentemente esta rápida progresión tuvo a su favor el entusiasmo misionero que caracterizó el siglo XIX y que imprimió a la Iglesia el Papa Gregorio XVI; pero también se debe a la apertura de la Congregación que dejó de ser regional y del Mediodía, se extiende por toda Francia y luego empieza a ser internacional.

En 1861 cuenta con 20 Padres, 19 Hermanos y 13 escolásticos profesos de origen angloirlandés; 15 Padres y 4 Hermanos italianos; 9 Padres, 3 Hermanos y 2 escolásticos profesos canadienses; 4 Padres y 1 escolástico belgas; 2 Padres y 2 Hermanos suizos; 1 Padre español; 1 alemán; 1 luxemburgués; y finalmente 1 Hermano de la diócesis de Nueva York.

Es bastante curioso observar que la iniciativa de lanzar el reclutamiento más allá de las provincias meridionales partió de Canadá. En realidad fue iniciativa del P. Leonard Baveux que primero fue sulpiciano, luego párroco de Montreal y encontró en los Oblatos un ideal conforme a sus aspiraciones. Pronunció sus votos en 1843.

Ahora bien, el P. Leonard, habituado a llevar rápidamente los negocios, no podía resignarse a que su familia religiosa fuera enviando con cuentagotas los refuerzos que exigía la inmensidad del Nuevo Mundo.

Desde la entrada en la Congregación estaba con la idea de que si las vocaciones eran escasas entre nosotros era porque no éramos bastante conocidos. Esa idea

que le atormentaba constantemente hizo nacer en él la iniciativa de volver a Francia y reclutar las personas que eran necesarias, sobre todo en América. Lanzó su proyecto. Le pusieron muchos reparos... Terminaron por hacerle ver que otros más hábiles que él habían fracasado en semejante intento... A eso contestó con simpática alegría que, precisamente por no tener él mucho de listo, triunfaría donde otros inteligentes habían fracasado". (Noticia necrológica)

Por fin, el P. Guigues accedió ante su insistencia y, en octubre de 1846, embarcaba para emprender su campaña. La primera conquista que hizo fue la de Mons. de Mazonod. Bastante esceptico al principio sobre el resultado esperado, el prelado se dejó ganar por el ardor, el entusiasmo, la alegría del reclutador que no había elegido y que se imponía por sí mismo. Lejos de reducir el campo de acción que éste último pretende abrirse, el Superior General decide que visite todos los seminarios y todos los colegios, no sólo en Francia sino en Saboya y en Bélgica. Animado de este modo, el misioneros se lanza a rienda suelta y logra más de cuanto podría esperarse. En cuatro meses se registran 24 ingresos en el noviciado.

Le escribe el Superior General: "Querido P. Leonard: ¿Qué clase de hombre eres tú? Fuerzas todas las puertas y todas las plazas por asalto. Nada se te resiste y, si tropiezas con un obispo que quiere conservar su gente, tiene que prohibirte hablar, como hizo ese buen arzobispo de Chambery al que creía más generoso. En compensación el de Annecy pagó por los dos. ¿Se puede ser más amable, más celoso, más desinteresado, más católico y con un clero tan digno de él y que sigue sus pasos? ¡Pero, bueno, si hasta los misioneros te presentaban candidatos! Casi no se puede creer... Ya ves como llevo razón al querer que no excluyas ninguna diócesis. El P. Burfin te ha aconsejado mal al disuadirte de hacer en Grenoble lo que has hecho en todas partes. Cumple tu misión sin ocuparte de los demás. Tenme siempre al corriente de tus andaduras para saber donde tengo que escribirte. Tenme también al corriente de tus éxitos o de los contratiempos, si los tienes".

En lugar de frenar el celo del misionero, unos meses después, el prelado le animaba a seguir: "Ya te lo dije: aunque tenga el correo a mi disposición, no logro seguirte. Corres de conquista en conquista y en todas partes hay que agrandar las casas para recibir a tus candidatos. Confieso que el trastorno que nos produce el éxito de tu misión no me hace llorar. Me consuela la preocupación de nuestro buen P. Tempier que no cesa de decirme: "¡Detenga a ese fierabrás que nos acorrala y va a ser nuestra ruina!". Comprenderás que me rio ante sus barbas viendo cómo se devana los sesos; luego, él mismo termina riendo al ver cómo le has ganado por la palabra".

Tempier no era el único que se devanaba los sesos. El P. Vincens, superior del noviciado, que ya no sabía donde meter a los que llegaban, también se inquieta y desearía que se cortara esa afluencia. Pero Mons. de Mazonod se niega: "No, no estoy asustado de tu pesca milagrosa. Continúa echando las redes. Acuérdate de la viuda de los tiempos de Eliseo... "Stetitque oleum". Temo a ese "stetitque oleum". Por eso quiero siempre "afferre vasa" y nunca diré: ¡basta! Es el momento de la gracia y hay que aprovecharlo".

Entonces se abre un segundo noviciado en Nancy. La manutención de 67 postulantes crea problemas financieros que parecen sin solución. Entonces el Superior general decide que se interrumpa la campaña de reclutamiento. "No hay sitio para recibir más gente. No hay dinero para alimentarlos. Evidentemente, tengo que dar el brazo a torcer, aunque el ánimo esté alto. Por lo tanto, suspende

tu hermosa misión. "¡Flens dico!". Confieso que nunca un sacrificio me costó tanto: verme obligado a rechazar las ayudas de Dios, desviar la fuente fecunda que había alimentado tan generosamente todas nuestras misiones, es duro, es desgarrador y precisamente en el momento en que el campo del Padre de familia crece ante nosotros. ¡Ya está bien de lamentaciones! No se pueden traspasar los límites de lo posible. Esperemos con resignación. Tal vez Dios lo solucione más tarde. De momento, suspende tu viaje, ya que Dios así lo ha dispuesto".

Sin embargo pronto cambia de opinión y pide al P. Leonard reanude su pesca milagrosa.

En Francia el movimiento estaba en marcha, 43 diócesis enviaron candidatos. No se mantendría el mismo ritmo, porque el número de profesiones que se eleva a 58 en 1848, señala un límite que no volverá a alcanzarse bajo el superiorato de Mons. de Mazenod. Pero desde 1848 al 1861, con 325 oblaciones, o sea 267 Padres y 59 Hermanos coadjutores, se mantiene una media de 25 por año.

Esa extensión del reclutamiento corresponde al de la Congregación misma en su país de origen. Hasta 1840 no hubo más que 8 comunidades. Entre 1841 y 1860 se fundaron otras 15.

2.- Los seminarios mayores de Quimper y de Romans.

Mons. de Mazenod quedó muy afectado y hasta herido por el doble fracaso de los seminarios mayores de Quimper y de Romans que su Congregación tuvo que abandonar casi simultáneamente.

Cuando en 1856 Mons. Sergent propuso al Obispo de Marsella entregar la dirección de su seminario mayor a los Oblatos, éste aceptó de entrada porque cada vez deseaba más extender la acción de sus hijos a una obra tan esencial como la formación del clero. Por falta de personal de momento sólo enviaba a los Padres Lagier y Bellon y completaría, cuando pudiera, el cuerpo de profesores y entonces se procedería a la firma del contrato en forma.

Recibidos con afecto por todos, la casa de Quimper "va de maravilla" y Mons. de Mazenod expresa al prelado "su agradecimiento por la amabilidad con que colma a sus queridos Padres Lagier y Bellon"

En febrero los dos Obispos se ven en París y se ponen de acuerdo para la firma del contrato.

El Obispo de Marsella quedó dolorosamente sorprendido cuando, el 1 de agosto siguiente, Mons. Sergent le notifica en Escocia, donde está de visita, mediante una carta, su decisión de no firmar el contrato y devolver la dirección del seminario mayor a los sacerdotes de su diócesis.

La razón que daba el obispo de Quimper para legitimar una decisión tan inesperada y tan súbita, hirió en lo más vivo al Obispo de Marsella que la juzgó fútil y poco leal.

Le escribe Mons. Sergent: "Ya sabe que nosotros comenzamos con la intención de ensayar, sin sentirnos como atados en nada".

Ese "nosotros" que atribuía gratuitamente al Superior general de los Oblatos la intención de la que no estaba convencido, ni convenida para nada y que formulaba claramente su colega para determinar su negativa formal, indignó literalmente a Mons. de Mazenod. Para él se trataba de un verdadero abuso de confianza, disimulado bajo la falsa apariencia de un malentendido inicial.

Su indignación estalló en la viveza de su respuesta: "¿De qué color se puede vestir a esa inexplicable medida : era un ensayo que no tenía éxito? En primer lugar no se trataba de ensayo. Era una decisión firme y tomada en regla por ambas partes. ¿Quién podría haberse metido en un ensayo que iba a tener consecuencias desastrosas?".

El prelado apelaba a "la justicia" de su colega "sobre una medida que considero desastrosa e infamante para la Congregación a cuya cabeza me ha colocado la Iglesia... Nadie se dejará engañar y pronto se sabrá en toda Francia y en Roma que la Congregación de los Oblatos, a la que había confiado el seminario de Quimper, como todo el mundo sabe, ha sido expulsada ignominiosamente". Y suplicaba al Obispo de Quimper volviera sobre su decisión,

Como a pesar de sus argumentos y sus súplicas, Mons. Sergent mantiene "su fatal decisión", el Obispo de Marsella le contestó con una protesta a la que le obligaba el deber de su cargo.

Añadía : "Pero esta protesta, exigida por el deber, se hará sin ruido y sin escándalo, porque se dirige al mismo tribunal que había invocado primero con tanta confianza, el de su conciencia. ¡Pues bien, Monseñor! : ante ese tribunal y en presencia de Dios, sin rencor, sin animosidad, sin perder por ello la estima, para la tranquilidad de mi propia conciencia y con esa santa libertad que conlleva nuestro carácter sagrado, no dudo en decirle que se ha dejado llevar de una preocupación que le ha hecho cometer una injusticia".

¿Qué razones podía tener el Obispo de Quimper para una decisión tan súbita? Señala al Obispo de Nantes una : el espíritu de invasión del Obispo de Marsella y de sus hijos. De hecho, 5 seminaristas de Quimper habían ingresado en el noviciado de los Oblatos, desde septiembre de 1856 a mayo de 1857. Se sumaban a los otros 9 ya anteriormente conquistados por la campaña del P. Leonard. ¿Temía Mons. Sergent que ese éxodo continuara y aumentara?

El hecho es que después de haber alimentado las ilusiones de su colega de Marsella con las alabanzas oficiales que prodigaba a los Padres Lagier y Bellon, los trató como a unos "lacayos a los que se ha puesto en la calle".

Ese desgraciado suceso se agravó casi inmediatamente con otro que fue más doloroso todavía para Mons. de Mazonod : la salida de los Oblatos del seminario mayor de Romans y su sustitución por los Padres Jesuitas.

No todo iba bien en el seminario, y el P. Lancenay relevó al P. Bellon. En la diócesis había mucho descontento y todos esparaban la venida del nuevo obispo, Mons. Lyonnet.

Al P. Lancenay fue a verlo en Lyon y fue recibido muy afectuosamente por el Obispo, el 22 de septiembre. Por eso su sorpresa fue mayúscula al enterarse, a primeros de octubre, por unos sacerdotes de Valence que lo sabían por los jesuitas, que estos últimos esperaban sustituir a los Oblatos en la dirección del seminario. Fue inmediatamente a entrevistarse de nuevo, con el Obispo, que le refirió sus conversaciones con los jesuitas, de las que informó inmediatamente a Mons. de Mazonod.

Este, lleno de indignación dirigió la siguiente carta a Mons. Lyonnet: "El R.P. Lancenay acaba de comunicarme la conversación que tuvo con Vd., de la cual resulta para mí que ha adquirido unos compromisos con los Rvdos. Padres Jesuitas para entregarles su seminario mayor de Romans. Esta decisión implica el despido más o menos próximo de los Padres Oblatos que fueron llamados por su predecesor para dirigir ese seminario. En consecuencia he decidido tomar la decisión de retirar a esos Padres que no podrían presentarse dignamente ante

una comunidad sabedora de su próxima expulsión y sobre la que hubiese sido imposible ejercer la mínima autoridad. Tengo el honor de comunicar a Su Ilustrísima esa medida para que lo sepa. Los Rvdos. Padres jesuitas son bastante numerosos y no tendrán dificultad en enviar las personas capaces con las que cuenta, según los primeros pasos que ha dado el P. Provincial".

Dos días después el obispo de Marsella se dirigía al General de la Compañía para informarle del modo "como procedían sus Padres en esta región".

El Provincial de Lyon fue personalmente a Marsella para convencer a Mons. de Mazonod que los jesuitas no tuvieron parte alguna en la determinación tomada por el obispo. Esto no coincidía con lo que el prelado había declarado tan categóricamente al P. Lancenay cuando le rogó que desmintiera los rumores que corrían sobre la sustitución de los Oblatos por los jesuitas en el seminario de Romans. ¿A quién creer?

Mons. de Mazonod, al que exasperaban todas las evasivas, escribe al Provincial de Lyon para notificarle que sale de su error y le da las razones en términos poco favorables para Mons. Lyonnet : "Ya le hice, mi Rvdo. Padre, el relato exacto de la conversación del Sr. Obispo de Valence con el P. Lancenay. Este estaría dispuesto a afirmar con juramento lo que ha contado. Lo que el obispo dijo no va de acuerdo con lo que Vd. asegura. En la alternativa no dudo en creer que Vd. dice la verdad. Un prelado que tiene unos principios tan poco seguros sobre la justicia y la equidad, también puede tenerlos muy elásticos sobre la franqueza y la sinceridad. Retiro, pues, la condena y le descargo de buena gana de esa indigna iniciativa que le haría el más miserable de los hombres a juicio de todos los que han conservado el sentido de la delicadeza y del honor".

No obstante añade : "No por eso le eximo de culpa. Esa facilidad con que aceptó los proyectos de un obispo que juzgaba y condenaba a una Congregación religiosa antes de haberla oído le da una verdadera complicidad en esa injusticia... ¿Por qué no se echó atrás ante semejante propuesta? ¿No era para Vd, suplantar a una Congregación que sin duda, no es más que un átomo, comparada con su Sociedad, pero que tiene, sin embargo, algún derecho a que no se la perjudique seriamente en una reputación que necesita para hacer el bien en la Iglesia de Dios, ese bien que se le exige?

"... Respecto a mí, tuve que hacer lo que hice nada más que me enteré de la táctica insidiosa del Sr. Obispo de Valence. Preferí retirar a los Oblatos antes de que se los echara descortésmente. Pongo siempre las cartas boca arriba. La franqueza y el honor constituyen mi carácter distintivo. Tengo horror a la doblez allí donde la encuentro, pero más todavía allí donde menos se la debía encontrar. Una vez que he hecho lo que debía, ¡pase lo que pase!, me someto a lo que Dios permite y ruego por aquellos que actúan mal conmigo".

Además, el Obispo de Marsella tuvo interés en que el General de la Compañía conociera su opinión "respecto a los procedimientos poco delicados de su Sociedad para con la Congregación de los Oblatos de María Inmaculada, cuyo superior soy. Para ello nada mejor que enviarle copia de la carta que dirigí al R.P. Provincial, en respuesta a la que él me escribió para explicarme su conducta".

Hay que añadir que, aunque en adelante Mons. de Mazonod tuvo por válidos los alegatos del General y del Provincial de los jesuitas, el conjunto de los Oblatos siguió creyendo que los Padres de Lyon se habían ofrecido a Mons. Lyonnet durante el retiro que éste hizo en su residencia antes de tomar posesión.

3.- Peregrinaciones y Misiones.

Dejando de lado ese doble fracaso en los seminarios de Romans y de Quimper, las fundaciones hechas en Francia entre 1842 y 1860, lejos de encontrar oposición en los obispos, gozaron todas del favor de éstos que pedían o aceptaban con gusto los ofrecimientos del Superior General.

Esta biografía no se presta a describir la historia y el desarrollo de cada casa. Podemos hacer mención del escolasticado abierto en 1854 en Montolivet para los filósofos y teólogos que, en lo sucesivo, dejan de hacer sus estudios en el seminario mayor de Marsella; el seminario de Frejus cuya dirección mantuvo la Congregación desde 1851 hasta la expulsión en 1903; el juniorado de Ntra. Sra. de Lumieres que sirvió de modelo al P. Foresta para sus Escuelas Apostólicas. Pero interesa más destacar algunas características de las diversas comunidades que ensancharon la actividad apostólica de los Oblatos. Se pueden distinguir dos clases : unas que se hacen cargo de un centro de peregrinación, tales como Ntra. Sra. de la Guardia, Bon Secours, Sion, Talence y Clery; y otras que se fundan en las ciudades y se dedican a la predicación : Limoges, Nancy, Autun y Angers.

Las primeras mantienen el culto de un santuario de la Virgen, siguiendo la tradición inaugurada en Ntra. Sra. de Laus en 1818 y continuada luego en Ntra. Sra. de l'Osier en 1834 y en Ntra. Sra. de Lumieres en 1837.

Aunque esta clase de ministerio no parecía el adecuado al fin esencial de la Congregación naciente, Mons. de Mazenod lo había aceptado para sus hijos porque veía en una peregrinación "como una misión local" que daba facilidad para evangelizar a los fieles, atraídos por su devoción a la Madre de Cristo y por las fiestas solemnes organizadas en honor de ella. Además el prelado preveía que merced a unas relaciones de confianza con los sacerdotes, acogidos fraternalmente, sus Padres podrían ofrecer consuelo y medios de santificación al clero local. La importancia dada a ese medio de apostolado explica que, a pesar de sus principios, accediera a que en Clery y en Talence el superior fuese al mismo tiempo párroco.

Aunque en esas dos últimas residencias los Oblatos encontraron por eso mismo, casa parroquial e iglesia en buen estado, no fue lo mismo en Bon Secours, donde Mons. Guibert había encomendado a los miembros de su Congregación que "dieran un nuevo impulso" a la peregrinación que estaba un poco apagada para su gusto. Los Oblatos tuvieron que construir una nueva casa, adquirir el antiguo colegio en el que se instalaron las Hermanas de S. José "para recibir a las personas de su sexo e iniciar así la obra de los retiros", reconstruir la iglesia, demasiado estrecha y en mal estado y adornarla con "bellos altares y estatuas monumentales".

La afluencia creciente de fieles y su generosidad resolvieron los problemas materiales, porque en 1862 "cerca de 100.000 almas" frecuentan el santuario. Los resultados espirituales están en esa proporción : "500 comuniones por semana y de 5 a 6.000" el día de la fiesta patronal, "una quinta parte de las cuales son de hombres y jóvenes".

Aunque en Ntra. Sra. de la Guardia no era necesario atizar el fervor de los Marselleses, tan amantes de su Buena Madre, por lo menos había que darles el medio y el espacio que les faltaba. Primero había que asegurar de modo permanente el culto de la capilla, servicio llevado hasta entonces por un solo capellán que cerraba, una vez celebrada la misa.

Mons. Fortunato de Mazonod, hacia 1833, sustituyó a dicho capellán por los Oblatos del Calvario que mantenían un servicio permanente todo el día. El P. Semeria, futuro Vicario apostólico de Jaffna, inauguró ese ministerio ; los PP. Martin y Bernard, que fueron sus sucesores, "contribuyeron mucho a que aumentara la afluencia de fieles y a que el culto en el santo lugar fuera más floreciente".

El Fundador decidió dejar fijos a sus religiosos en el lugar, en una casa comprada por la Congregación. El Obispo deseaba levantar en la cima de la colina que domina la ciudad y el puerto, un monumento digno de la Buena Madre y de Marsella. Pero se trataba de terrenos militares y se necesitaron largas y laboriosas negociaciones para lograr el espacio necesario, porque el grupo militar de ingenieros no admitía que se desguarneciera un fuerte. Todo se arregló gracias a la intervención del mariscal Niel y, en 1853 comenzaron los trabajos.

Mons. de Mazonod no tuvo la alegría de ver realizado el plano ideado por el arquitecto Esperandieu. El nuevo santuario se inauguró en 1864.

En Sion, otra "colina inspirada", no se trataba de construir, porque el lugar de peregrinación tenía una iglesia y un gran convento. Se trataba de acabar con un cisma iniciado por la rebelión de los abades Baillard que se pasaron al falso misticismo del neoprofeta Vintras. Los tres hermanos actuaban como dueños y señores haciendo gastos enormes. Mons, Menjaud, obispo de Nancy les pidió cuentas, y como se negaron a rendirlas, los suspendió y puso en entredicho la capilla. Los tres se sometieron en febrero de 1848.

Pero en 1849, Leopoldo fue a ver a Vintras, que se declaraba investido por Jesucristo mismo de la plenitud del sacerdocio para realizar su misión providencial, y éste lo consagró obispo, igual que a sus hermanos.

El Obispo de Nancy puso en entredicho provisionalmente a los tres hermanos y los citó de oficio ante el juzgado diocesano. Desgraciadamente estos se obstinaron, arrastrando en su obstinación a algunos feligreses de Saxon, la mayoría de los cuales eran chicas y mujeres. Interrumpieron su ministerio público en la iglesia, pero se retiraron a celebrar sus ceremonias a la capilla interior del convento.

Mons, Menjaud recurrió a los Oblatos a los que había autorizado a abrir una casa en su ciudad episcopal. Nombró al P. Dassy administrador de Sion, rogándole que desplazara a uno de sus religiosos para residir en Saxon. El P. Dassy creyó que no podía negar a Mons. Menjaud la ayuda que solicitaba y eligió para esa delicada misión al P. Soullier, futuro superior general, decidiendo relevarlo cada mes por el P. Conrard. Este sistema de alternancia se prolongó hasta el 30 de junio de 1851.

El lugar de peregrinación estaba ya recuperado con la iglesia de Sion, los espíritus se habían tranquilizado, se vió la posibilidad de llamar de nuevo a los Oblatos.

Los Baillard, que seguían en el convento, para apaciguar a sus acreedores tuvieron que vender los edificios, la nueva propietaria les conminó en octubre de 1851 a que los desalojaran. Y entonces la capilla de Sion se convierte en iglesia parroquial y este nuevo servicio es confiado a los Oblatos de Nancy, el P. Conrard toma posesión en septiembre de 1853, y en poco tiempo logra dar a la peregrinación una nueva vida y remozar el santuario en mal estado. El cisma se fue apagando poco a poco, a pesar de la presencia de los Baillard.

Además de las peregrinaciones que fomentaban en el santuario, las comunidades de Bon Secours, Sion, Talence, Clery, se dedicaban también a las

misiones propiamente dichas. Los Oblatos de Angers, Autun, Limoges y de Nancy se dedicaban exclusivamente a ese ministerio especial para el que había sido fundada su Congregación. Lo poco que sabemos sobre el éxito logrado por ellos, confirma las conclusiones que se desprenden sobre la situación religiosa de las regiones evangelizadas. Como en otros sitios, los misioneros cosecharon éxitos en las que todavía sigue habiendo cristianos; fracasaron en las que se hallan ya descristianizadas.

En Ardeche, el P. Martin afirma que en 1861 sus éxitos podían rivalizar con los de los "tiempos pasados".

En Maine-et-Loire hubo "prodigios de gracia y de salvación", escribe el P. Roux en 1862.

En Saone-et-Loire, los éxitos son desiguales, lo mismo que en el Bordelais, y en el centro de Francia, que evangelizan los Padres de Limoges.

4.- Fundación de los Oblatos en las Islas Británicas.

En Occidente, llamado todavía el Viejo Mundo, solo Inglaterra, tan típicamente insular y tan antipapista acogió a la familia religiosa de Mons. de Mazenod. Ellos mismos ponen de relieve lo que representa de inesperado semejante trato de favor. Por su cuenta el Obispo de Marsella califica de providenciales las condiciones en las que pudo abrir en Gran Bretaña un nuevo campo de acción al celo de sus hijos.

En realidad, dos encuentros fortuitos fueron los que le parecieron al Superior General como signo anunciador de una experiencia apostólica a la vista.

El primer encuentro fue en 1837, con un joven irlandés de 22 años, "llegado a nosotros como caído del cielo", declara el Fundador. De paso para Roma para sus estudios eclesiásticos, el viajero se detiene en Marsella un domingo; "se entera de que un sacerdote en el Calvario puede oír su confesión en inglés; va allá y se dirige al P. Aubert que le invita a pasar el día en nuestra casa. Dios dispuso la cosa tan bien, concluye el P. Richard refiriendo el hecho, que nuestro visitante, dotado de "una imaginación que lo coloreaba y embellecía todo", quedó cautivado y decidió comenzar inmediatamente el noviciado... Ese joven era el P. Daly".

Admitido a la profesión solemne el 17 de febrero de 1838, el nuevo oblato continuó con éxito sus estudios de filosofía y de teología en el seminario mayor de Marsella, alimentando "en su alma el fuego de la caridad más ardiente y un celo a toda prueba por la conversión de sus compatriotas, los ingleses herejes, extendidos por Inglaterra y otros lugares".

"Nada más que se le ordenó diácono se ocupó, escribe Mons. de Mazenod, de preparar el camino para alguna fundación que pudiera proporcionar a la Congregación el medio de participar en su gran obra. Me propuso que le permitiera escribir a Irlanda para llamar a las personas aptas para nuestro ministerio. Recibió respuestas que mantenían la esperanza de éxito en la empresa".

El otro encuentro no fue menos inesperado. Anota en su "Diario" el obispo de Marsella: "En esto un joven que reflejaba en su rostro el candor de su alma, se presentó en el Calvario no sé para qué. Tenía billete para salir al día siguiente para Roma. El P. Casimiro Aubert entra de casualidad, en la sacristía en el momento en que preguntaba en latín por lo que buscaba. El P. Aubert comprende

por el acento que es inglés y le dirige la palabra en esa lengua. El joven desconocido, encantado de encontrar a alguien que le comprenda, se explica con el Padre. A lo largo de la conversación le descubre que salió de Irlanda para hacerse misionero. La ocasión era de perlas para cumplir su deseo ya que estaba en una casa de misioneros y que, sin saberlo, acababa de dirigirse al superior. No hizo falta más para decidirse. Pidió ser admitido. Canceló su billete, entró en la comunidad y el Ho. Daly, al que llamaron para que se entendiera mejor con él, vió en esto un nuevo signo de la voluntad de Dios para proseguir su obra".

El P. Naughten tomó el "santo hábito" el 31 de octubre de 1840. Era de Ennis, en la diócesis de Clary, patria del célebre O'Connell.

Continúa el P. de Mazenod : "No acabó ahí todo. Por un encuentro especial, el Hermano Daly que ordinariamente no tiene relaciones con nadie, conoce a un inglés protestante que está a punto de salir con su familia para Inglaterra. En pocos días ese inglés se decide a admitir al Ho. Daly en su carruaje y a pagarle el viaje hasta Liverpool. Estoy todavía aturdido de este rasgo de la Providencia. No lo quería creer, y en realidad no lo creí del todo hasta el día de su salida. Con todo, dejándome llevar de la confianza en ese querido Daly que había resuelto ese asunto en una sola conversación, me apresuré a ordenarle sacerdote. Al día siguiente partió bajo la custodia de Dios que había manifestado su poder y su bondad de modo tan visible en favor del simple abandono y de la confianza de su joven y buen servidor".

Cuando se decidió a enviar al otro lado de La Mancha al joven P. irlandés, el Obispo de Marsella se proponía tres objetivos : colaborar en el despertar religioso que, mediante el trabajo paralelo del movimiento de Oxford en ambiente protestante y de Mons. Wiseman en ambiente católico, acercaba a los anglicanos a la Iglesia romana; atraer a su Congregación personas de lengua inglesa; abrir en las colonias británicas un campo de acción para las misiones extranjeras que anhelaba emprender. El último objetivo quedaba para más tarde; los otros dos podían acometerse de inmediato y en unas condiciones favorables.

Mons. de Mazenod esperaba los informes del P. Daly. Pues bien, estos daban pie a toda esperanza : Mons. Wiseman, coadjutor de Mons. Walsh, Vicario apostólico del Centro y los obispos de Irlanda reunidos se mostraban favorables y alentadores.

El Superior General que no quería basarse en el juicio de un Padre tan joven y sobre todo, no dejar enteramente aislado a un religioso recién salido del escolasticado, en julio de 1842, se decidió a enviar a Inglaterra al P. Aubert, hombre muy seguro y de gran experiencia.

Este comenzó por Irlanda donde esperaba más probabilidades de éxito entre los compatriotas del P. Daly. El apoyo de O'Connell que le recibe cordialmente en su residencia de Merrion Square y del arzobispo de Dublin, ganado a la causa de los Oblatos por el obispo canadiense de Halifax, que ensalzaba la obra tan meritoria comenzada en Montreal, le ofrecían muchas garantías de éxito. Fracasó ante el obispo de Cork y en Tullow en su intento de agregar a su Instituto a los Hermanos de San Patricio.

Ese fracaso, tenido posteriormente como providencial, facilitó su orientación hacia Inglaterra que no pensaba abordar tan pronto.

Un sacerdote irlandés, el Sr. Joung, pide ayuda para Cornouailles, en Penzance donde estaba construyendo una iglesia. Así pues, el P. Aubert va con el P. Daly en el verano de 1843. Su celo, su predicación, acreditan a los Oblatos y pronto aumentan las fundaciones : Grace-Dieu en 1845, Everingham en 1847, Aldenham en 1848, Maryvale y Manchester en 1849, Liverpool en 1850, Leeds en 1851, Sicklinglall en 1852.

También Escocia con la fundación de Galeshiels en 1852, Leith en 1860. En Irlanda, por donde se pensaba empezar, no fundaron los Oblatos hasta 1856 en Inchicore; se acepta en 1859 la penitenciaría de Glenree y se abre un noviciado en Glen-Mary en 1860.

Esta escueta enumeración puede bastar para comprobar el desarrollo de la obra. Esa obra es eminentemente popular y responde al lema de la Congregación "evangelizare pauperibus misit me", porque el pauperismo, consecuencia de la industrialización y del liberalismo de Manchester azota a las Islas Británicas. Los más desafortunados son los emigrantes irlandeses que buscan trabajo con salarios miserables, alojados en tugurios de las grandes ciudades. Esos católicos perdidos en medio de una población protestante están además sin asistencia religiosa, sin lugares de culto, sin sacerdotes y practican poco o nada. Forman la gran mayoría del auditorio que evangelizan los Oblatos en locales improvisados o en iglesias levantadas rápidamente. A falta de estas, los Padres predicán en las calles o en las plazas públicas, y los anglicanos a los que atrae, unas veces la curiosidad y otras un deseo más o menos vivo de luz, se unen a la gente que se apiña, y algunos se convierten. Esas misiones que se multiplican, se dilatan con la ayuda de la prensa y la publicación en Liverpool en 1851, de un periódico, "The Catholic Citizen". Y por fin las residencias de los Padres que tienen su capilla, permiten allí una acción permanente.

Ese inmenso esfuerzo no hubiese sido posible sin protectores muy poderosos. El obispo Mons. Wiseman debe colocarse en primer lugar en el aspecto espiritual y moral. Los demás prelados animan personalmente y apoyan, y por su recomendación entran los Oblatos en contacto con bienhechores que cubren las necesidades materiales.

En los castillos nobles los misioneros de los pobres establecían relaciones con grandes personajes que respaldaban su ministerio. También se encuentran con Newman y otros convertidos de la Universidad de Oxford. Algunos de estos, como el Dr. Crawley, antiguo ministro anglicano, se alistan en la Congregación de los Oblatos. Son candidatos preciosos, dada su cultura específicamente inglesa, que les abría a los medios intelectuales del país. En esas reuniones suntuosas, los Padres tenían ocasión de iniciarse en los problemas religiosos de un país donde se estaba realizando un trabajo de renovación lleno de esperanza.

Así se explica que, en 1845, perfectamente informado por ellos, Mons. de Mazenod, con conocimiento de causa, haya respondido con tanto calor al llamamiento que hizo a los obispos Mons. Wiseman, pidiendo la oración de sus diocesanos en favor de Inglaterra.

En una larga pastoral, el Obispo de Marsella, expone al clero y a los fieles de Marsella las razones que deben animarles a pedir a Dios la vuelta del Reino Unido a la unidad Católica. Comprendió y supo discernir perfectamente las etapas de la conversión de Newman y calar todo su alcance. Siempre hablará con admiración y corazón del ilustre y genial convertido y de todos aquellos que imitaron su ejemplo a costa de trágicos desgarramientos.

Mons. de Mazenod se preocupó mucho de la formación de los numerosos candidatos; había que asegurarles la formación sólida, profunda y tradicional de la Congregación. Primero se llevaron unos cuantos postulantes a Francia para ponerlos en contacto con las fuentes de origen. Pero no aguantaban el calor y tuvieron que desistir.

Deseaba la asimilación más completa del espíritu. Hacía tiempo que andaba preocupado por "el aire inglés" que adoptaban algunos Padres.

Desde 1851 venía censurando al P. Daly por haberse acostumbrado "demasiado a lo que impone la moda".

En 1853, en una larga filípica, vuelve sobre el tema, en términos muy severos, escribe al P. Richard : "No hagas demasiado caso de los que desearían convencerte de que basta contentarse con ser religiosos dentro de casa y que fuera es conveniente no distinguirse del resto de los hombres. Es un sistema fatal que, lejos de atraernos gente, apartaría de nosotros a los hombres llamados a la perfección de la vida religiosa. No digo precisamente que se lleve la sotana allí donde está prohibido llevarla, pero hay que cuidar de que no nos confundan con los seculares yendo a la caza de su vestir elegante. Fíjate cómo hacen los pasionistas, ¿Crees tú que han atraído hacia ellos a tantas personas distinguidas porque van vestidos a la última moda? No temen aparecer como lo que son... Yo pienso que veremos llegar a nosotros a hombres de buena voluntad cuando se sepa que lleváis una vida muy regular, que habéis pisoteado la vanidad y que existe una gran diferencia entre vosotros y los seculares".

Para mantener íntegros el estilo, la regularidad, el espíritu de la Congregación que corre el peligro de anglicanizarse, Mons. de Mazenod juzga necesario reforzar los efectivos franceses, porque para él, estilo, regularidad y espíritu forman un todo.

Las desafortunadas operaciones financieras del P. Daly contribuyeron también a ponerle en guardia contra posibles desviaciones y contra independencias funestas, llevándole a insistir en la práctica rigurosa de la obediencia. Quien se deja llevar de "la moda" llega a consecuencias bastante más graves.

Dos viajes del Obispo de Marsella al otro lado del canal de la Mancha disiparon las sombras que siempre tienen los cuadros más brillantes. El primero en 1850, se redujo a Inglaterra porque los Oblatos todavía no tenían comunidades ni en Escocia ni en Irlanda. El segundo, en 1857, le lleva a Dublin y Edimburgo. Ambos dejaron en su corazón "huellas imborrables".

Le encantan "los ferrocarriles formidables", los transportes londinenses, la acogida que le dispensan los obispos y la aristocracia.

Reconoce que en Inglaterra, la situación religiosa es mucho más favorable de lo que pensaba; confiesa la profunda impresión que le causó un oficio celebrado en la iglesia de los "Católicos Apostólicos", o sea de los irvingianos. Además las conversaciones del prelado con Manning y Newman que, desgraciadamente no relata, contribuyeron a su información.

No se esperaba la acogida simpática a veces entusiasta de una población que creía indiferente y hasta hostil, y siente una gran alegría al reconocer su error.

Se alegraba, sobre todo, de que el apostolado de sus religiosos se realizara principalmente en los ambientes populares y pobres como exigía el espíritu de su Instituto.

5 .- La división en provincias y la afiliación de la Sagrada Familia a los Oblatos.

Esa expansión de la Congregación de los Oblatos, que no era sólo geográfica, exigía la acomodación a unas formas de actividad apostólica que no habían sido consideradas en un principio, y obligó al Capítulo de 1850 a adaptar a

la nueva situación y con miras al futuro, las Constituciones y Reglas redactadas en 1826.

"Puesto que en adelante le iba a ser difícil al Superior General atender a cuanto se refería a las diferentes casas de la Congregación : los superiores, los miembros y los asuntos", la Sociedad quedaría dividida "en Provincias y Vicariatos", adoptando una organización distinta para las misiones de dentro y las misiones de fuera, o extranjeras.

Las primeras deberán tener por lo menos tres casas formadas y disponer de un capital suficiente para su administración.

Las segundas pueden no tener más que residencias con un mínimo restringido de personas y gozan de un régimen especial, teniendo en cuenta las dificultades de distancia y el lugar.

La descentralización, que era necesaria, dejaba intacto el carácter monárquico que el Fundador había querido dar a su familia religiosa y que quería seguir manteniendo, porque es el Superior General, de acuerdo con sus asistentes, quien erige las Provincias, nombra a los Provinciales, puede revocarlos "ad nutum", elige los miembros de su Consejo y también su admonitor. El Provincial no puede abrir o suprimir una casa, ni nombrar o revocar a un superior local sin el asentimiento del Superior General. El Provincial debe dirigir a éste un informe cuatro veces al año. No por ello quedan dispensados los superiores locales de mandar un informe anual sobre la comunidad. Todo miembro de la comunidad es libre, como antes, de dirigirse directamente al Superior general "para abrirle su conciencia, pedir su consejo y su dirección, sea cual sea la distancia a que se encuentra".

El Superior general puede trasladar Oblatos y novicios de una Provincia a otra cuando el bien de la Sociedad o de los individuos lo exija. Se requiere su autorización para que el Provincial se comprometa con un gasto superior a 3.000 francos oro. El ecónomo local debe rendir cuentas al ecónomo general de la Congregación.

Al Vicario de misiones se le deja, desde luego, mayor margen. El Superior general se reserva la facultad de elegir a los dos miembros que forman el Consejo del Vicario y al admonitor de éste. El Vicario de misiones puede administrar las finanzas por sí mismo por "mandato del Superior general" y dos veces al año debe rendir cuentas. No puede enajenar las propiedades de la Sociedad sin expresa autorización del Superior general.

Esa erección de Provincias impone, además, modificaciones del sistema anteriormente en vigor para la constitución del Capítulo general. Cada Provincia o Vicariato estará representado por el Provincial o Vicario y por su delegado; esos delegados serán elegidos por el Capítulo de la Provincia o del Vicariato al que cada comunidad enviará un representante elegido por sus compañeros.

El Capítulo general sigue siendo la instancia suprema de la Congregación y a él está supeditado el Superior general, el Capítulo provincial tiene únicamente como objetivo nombrar a los delegados, sin ningún derecho a deliberar, excepto en los temas que propusiera el Superior general por escrito, "asi se diera el caso".

Sin embargo, los Padres, bien por carta abierta o cerrada o de viva voz, bajo secreto o no, pueden exponer sus puntos de vista al Provincial, al Vicario de misiones o al delegado. Esta última cláusula daba una satisfacción relativa a algunos capitulares de 1850 que reclamaban el derecho de formular deseos y discutirlos en el Capítulo provincial.

El Capítulo general trata también de algunas formas de apostolado que no estaban previstas y que, incluso, habían excluido las Constituciones primitivas, dadas para una Sociedad destinada, ante todo, a las misiones parroquiales y que nada decían sobre ese objetivo. Ahora bien, dado el desarrollo de la Congregación, por razones locales, los Padres habían añadido otros objetivos.

En principio la aceptación de parroquias, de escuelas, de colegios y de seminarios menores no es tolerada más que mediante una derogación especial autorizada por el Superior general. En cambio la de los seminarios mayores queda reconocida como uno de los fines de la Congregación y numerosos artículos, se introducen en las Reglas.

Aunque el Capítulo de 1850 se mostró unánime en todos esos puntos, no lo fue tanto en lo referente a la dirección y fundación de comunidades de religiosas. Uno de los capitulares reclamó que se atuvieran a la prohibición dada por las Constituciones, y para apoyar su propuesta, recordó "las razones por las que la Regla ha apartado, prudentemente, a los Padres de la Sociedad de un ministerio que, aunque loable en sí, podría alejarlos del fin principal de nuestra vocación".

Sobre el artículo que se refiere a la dirección de religiosas, se acordó sin dificultad "que no era necesario que la Congregación volviera a la estricta observancia; que la prohibición que la Regla imponía a este respecto no se había descuidado cuando, por excepción, por razones de utilidad manifiesta y con la debida autorización y, a veces con una misión expresa del Superior general, se había aceptado ese género de ministerio en una de nuestras casas".

"Largos y vivos" debates se tuvieron como réplica a la segunda parte de la proposición referente a la fundación de comunidades de mujeres porque, el demandante, que se atenía al principio general, apuntaba, en realidad, a la iniciativa particular y personal del P. Guigues, ahora obispo de Ottawa.

Como superior de l'Osier, éste había creado una congregación de religiosas para acoger a los peregrinos y para "recibir a las personas piadosas que quisieran renovarse en el fervor" de los retiros al lado del santuario de la Virgen. Guigues había dado a esas religiosas el nombre de Oblatas de María Inmaculada.

Los capitulares, algo molestos, establecieron entonces una distinción entre la prohibición de fundar una comunidad religiosa de mujeres y de fundar alguna que llevara nuestro nombre o que se nos afiliara.

El primer caso no ofrecía dificultades, a condición de lograr el permiso del Superior general; pero el segundo merecía "toda la atención" porque se trataba de un asunto "grave". Las opiniones estaban muy divididas y los argumentos se enfrentaban con calor, sin que se lograra un acuerdo sobre la decisión. El voto parecía incierto, pero "algunos de los miembros más respetables del Capítulo manifestaron entonces la opinión de que convenía dejar las cosas como estaban confiando a la suma prudencia del Rvdmo. Superior las consecuencias de la empresa. Al declarar el Rvdmo. Superior general que no se había hecho nada sin su autorización previa, el Capítulo se adhirió con un consentimiento unánime a que se dejara seguir pacíficamente es obra por el camino que había comenzado". Después de largas discusiones se volvía pura y simplemente al caso particular de l'Osier para dejarlo en manos de Mons. de Mazonod, sin pronunciarse sobre el principio general.

Evidentemente el Capítulo no había querido condenar al obispo de Ottawa. Sorteando el problema de fondo se había decidido a admitir una simple derogación. Pero esa derogación podía dar lugar a otras. Algunos Padres se dan

cuenta perfecta de las perspectivas iniciales que llevaban la señal de una época y respondían no sólo a los medios tan reducidos de que disponía la Congregación principiante, sino también a un modo de entender "la misión" que tenía que dilatarse para responder a unas necesidades nuevas.

Por lo tanto, sin destruirlo que, en la Restauración, era su fin esencial en Provenza, el Instituto no debía prohibir las iniciativas apostólicas de orden diferente que podían exigir los intereses generales o locales.

Con un reclutamiento asegurado podía, además, no concentrar todas sus fuerzas en una forma de apostolado que seguía siendo indispensable, aunque ya no se ejerciera en Francia en las mismas condiciones que en 1818.

Al lanzar a sus Oblatos a todos los caminos que se le abrían, incluidos los lugares de peregrinaciones y los seminarios mayores, Mons. de Mazenod ¿no volvía a interpretar en ese sentido las exclusiones de su Regla? Sobre el tema de las comunidades religiosas femeninas se le daba carta en blanco.

En este caso y sin preverlo, el Capítulo de 1850 hacía posible la afiliación a los Oblatos de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia que se realizaría ocho años después, en 1858.

El P. Noailles, su fundador, la había creado paso a paso, dejándose llevar, como el Obispo de Marsella, hacia otras actividades. La originalidad de su obra consistía en la especificación de las diversas "ramas" que, dedicadas a unos fines particulares, llegaban a ambientes diferentes. Todo había comenzado por poco y, como en Aix, por los pobres, para ocuparse de orfanatos. Pero también era necesario educar a las jóvenes de clase que serían las madres de familia de la clase llamada dirigente. Y, además, ¿por qué dejar sin ayuda material y espiritual a los enfermos? Y ¿por qué desentenderse de las jóvenes del campo, expuestas "a abandonar el trabajo rural para entregarse al lujo y a la corrupción de las ciudades", y de las que en los talleres "no reciben con gran frecuencia más que lecciones y ejemplos propios para apartarse de la virtud?". Y por fin, ¿no cabía preocuparse por garantizar el servicio doméstico de las comunidades sacerdotales, de los colegios y de los seminarios?

Después de las Hermanas de la Concepción, destinadas a los orfanatos y a las escuelas populares, el P. Noailles creó las Damas de Loreto, las Hermanas de la Esperanza, las Hermanas agrícolas, las Hijas de San José y las Hermanas de Santa Marta. Para atraer con la oración y la penitencia las gracias del cielo sobre los trabajos de esas diferentes ramas, añadió unas contemplativas : las Solitarias.

Todas esas ramas que formaban la Sagrada Familia seguían una Regla común; pero cada una de ellas tenía su hábito, una superiora propia y unas constituciones particulares, como exigía su especialidad. Por último fundó una categoría de religiosas, las Hijas de sólo Dios, que se comprometían a una abnegación absoluta, formaban cuerpo y proveían de superioras a las diversas comunidades y, según las necesidades, podían pasar de una rama a otra. El Fundador que había concebido esa organización, era un artista en el manejo de ese conjunto de engranajes que debían garantizar la diversidad en la unidad. Pero, al no haber podido fundar una congregación de hombres paralela que se encargara de la dirección eclesial y espiritual, le preocupaba mucho el futuro de su obra. Cuando él desapareciera, ¿qué iba a ser de ella? Por eso, en 1857 decidió preparar su sucesión. Y ¿en qué manos podría dejar a la Sagrada Familia?

Dada "la gran extensión" que había adquirido la Congregación, confiar su custodia al arzobispo de Burdeos sería "añadir un peso inmenso a una administración diocesana que por sí sola absorbía todas las fuerzas y todo el tiempo de un obispo". Además el cardenal Donnet en el que el P. Noailles tenía plena confianza, no iba a ser eterno. "Los hombres pasan y es raro que aquellos a los que distingue un mérito eminente, tengan sucesores de su talla... Una dirección que pasa de un arzobispo a otro y a diferentes delegados que cada uno de ellos pueda elegir, tendría fallos en su espíritu y en su modo de llevar las cosas, por la diversidad de guías; y esas mutaciones perpetuas, tarde o temprano, provocarían crisis tan funestas para la paz de las almas como para la estabilidad de las obras. La Asociación de la Sagrada Familia necesita, para su gobierno, una perseverancia y una unidad que no se puede encontrar más que en una sociedad regular".

Había que "buscar el apoyo de un cuerpo religioso". Faltaba encontrar uno que diera garantías de perpetuidad, que no tuviera "comunidades de mujeres" que lo impidan "darse en exclusiva a la Sagrada Familia" y que tenga con esta última, en sus fines, su espíritu, etc...una especie de parentesco. Después de haber rezado y reflexionado mucho tiempo, el P. Noailles se decidió por los Oblatos y pidió a Mons. de Mazonod que las afiliara a su propia Congregación.

El Obispo de Marsella fue personalmente a Burdeos con sus dos asistentes, dispuesto a aceptar una propuesta tan honrosa para su Instituto y tan favorable para las dos familias religiosas. La unión supondría un verdadero aumento de fuerza y más facilidad para trabajar en la salvación de las almas.

Pero antes de darlo por hecho era necesario que de una y otra parte se concretaran las condiciones de esa asociación.

Un proyecto de contrato que el P. Noailles había redactado y sometido al Consejo supremo de la Sagrada Familia, fue la base de las negociaciones : no se decidiría nada sin acuerdo y apoyo del cardenal Donnet; la Sagrada Familia no se entregaría al Obispo de Marsella, "sino únicamente a la Sociedad de los Oblatos de María, representada por su Superior general o por el que lo reemplazara legítimamente". El P. Noailles seguiría como director de la Sagrada Familia, fundada por él, hasta su muerte o su retiro; sólo entonces pasaría la dirección al Superior general de los Oblatos; para ejercer esa dirección dicho Superior podría designar un Delegado que gobernaría en su nombre; a este efecto, el P. Noailles iniciaría en su obra a un Oblato de Talence que podría aceptar "la parte que le otorgara el Fundador en la dirección y en los trabajos de la Sagrada Familia. Esta posición le situaría en condiciones de prestar algunos servicios a las obras y de mantener unión con las primeras jefes de la Asociación; las reglas generales o particulares para la organización y la marcha de las obras de la Asociación, así como las normas y las costumbres que determinan el espíritu o la orientación, quedarían igual en el momento de la reunión definitiva, salvo las únicas modificaciones que se creyera necesario introducir de común acuerdo".

Sobre estas modificaciones que ayudaban a armonizar la actividad común, y sobre todo lo demás, el acuerdo se hizo sin dificultad. El contrato de afiliación, de 29 artículos, se firmó entre los días 11 y 14 de enero de 1858.

Conforme a ese contrato, el P. Noailles siguió rigiendo a la Sagrada Familia y dando la última mano con la asistencia de un Oblato, el P. Bellon, delegado por Mons. de Mazonod.

El Fundador falleció el 8 de febrero de 1861. El Obispo de Marsella recogió entonces su sucesión, pero también él estaba enfermo de gravedad para llevar personalmente la dirección de la obra. Sin embargo, la aceptó. Escribía al

cardenal Donnet el 12 de febrero de 1861 : "Si los compromisos que he tomado fuesen exclusivamente personales, tal vez debiera estar completamente restablecido para aceptar la carga que me imponen"

"Pero como es el Superior general de los Oblatos el que se ha comprometido, he contestado hoy mismo al Consejo de la Sagrada Familia que, desde este momento, cargo con las consecuencias de la palabra empeñada. Así pues, según los deseos que me han formulado formalmente esas Damas, he designado al P. Bellon, que ya es conocido de Su Eminencia, para residir en Burdeos y representarme ante la Sagrada Familia. No he dudado, Monseñor, en la adhesión que acabo de dar al Consejo de la Sagrada Familia, recordando que Vos mismo ha patrocinado esta afiliación y que me ha hecho compartir la esperanza de que todo ello redundará en gran bien para la gloria de Dios y la utilidad de las almas... En lo que se refiere a mí, estoy en manos de Dios. Los médicos y los que me rodean me dan esperanza de recuperar la salud. ¡Que se haga la voluntad de Dios!"

Mons. de Mazonod no sobrevivió mucho tiempo al P. Noailles. Falleció unos meses más tarde, dejando a su querida Sociedad definitivamente consolidada y provista, además, de un refuerzo.

No sólo en Francia, donde la Sagrada Familia estaba extendida entonces principalmente, sino en las misiones lejanas, a las que se extenderá su actividad, La Congregación bordelesa aportaría a los Oblatos el arrimo de su prestación apostólica y fraternal.

Al morir el P. Noailles la Sagrada Familia, además de la casa general de Burdeos, tenía en Francia 223 centros, en España 7, en Bélgica 2 y en Argelia 1. Seis de estas casas correspondían a las Hermanas de San José, 9 a las Damas de Loreto, 128 a las Hermanas de la Inmaculada Concepción, 36 a las Hermanas de la Esperanza, 38 a las Hermanas de Santa Marta, 4 a las Hermanas agrícolas y 2 a las Solitarias. La Asociación contaba con unas 2.000 religiosas.

Capítulo XV

NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA DE MONS. DE MAZENOD.

1.- La muerte de Mons. de Mazenod.

A pesar de su avanzada edad, Mons. de Mazenod no reducía para nada su incansable actividad ni la dura austeridad de su régimen ascético. Para todos era una sorpresa que siguiera tan vigoroso de cuerpo y tan lúcido de espíritu. A él mismo le gustaba repetir que sus colaboradores no le igualaban, ni mucho menos, en vigor; y se compadecía de su auxiliar Jeancard, "amenazado de perder la vista" y del P. Tempier "que nos ha preocupado durante varios días".

Esta "pequeña manía" que Timon-David apunta y de la que sacaba partido, era la única señal de vejez que daba el Obispo de Marsella. Todo parecía anunciarle una dichosa y fecunda longevidad.

Pero de pronto, hacia mediados de diciembre de 1860, causa alarma entre sus familiares un mal misterioso cuya causa y naturaleza no saben descubrir los médicos.

¿Había que atribuirlo a dos caídas desdichadas que habrían acumulado "unos humores", como se decía, o una proliferación de células que ningún sufrimiento había acusado hasta ese momento? El caso es que "las fuertes punzadas de dolor" que el prelado siente en su pecho le parecen al P. Fabre bastante inquietantes como para aconsejarle una consulta médica, juzgada supérflua por el anciano recalcitrante, demasiado confiado en su energía y en su resistencia física; el Obispo atribuía su malestar a un exceso de trabajo y pensaba que curaría sin hacerle caso.

Como persistía en rechazar toda ayuda de los llamados en aquella época los hombres de arte, se empleó un subterfugio para llevarle al seminario mayor con el pretexto de un asunto urgente. Allí le esperaba el Dr. Astros.

Este diagnosticó "un tumor encima del seno izquierdo" y declaró que era indispensable una intervención quirúrgica para extirparlo. Pero la cantidad de pus que salió ante la acción del bisturí reveló un mal más profundo y más antiguo de lo que hacía suponer el examen anterior. Sin embargo se esperaba que un drenaje dejado en la herida, permitiría limpiarlo todo poco a poco, mientras el descanso, una buena alimentación y, en breve, la primavera ayudarían a la naturaleza a reaccionar. En cambio, la realidad no respondía en absoluto a esas previsiones optimistas. "Las materias corrompidas persisten y son muy abundantes" a pesar del drenaje y de las curas.

Una segunda operación para ensanchar más la abertura sólo logró provocar "una fiebre continua" y unos espasmos nerviosos, sin cortar la

supuración. Una grave complicación, la pleuresía que se declara, aumenta la inquietud de los médicos.

Entonces, Mons. Jeancard envía una carta alarmante a los párrocos de Marsella y ordena oraciones públicas. Tempier, por su cuenta, avisa a los Oblatos y prescribe en todas las comunidades una novena y la celebración de una misa.

Una tercera operación, más dolorosa todavía que las anteriores, no produce ninguna mejoría. A finales de enero, el estado del enfermo le parece tan desesperado al Dr. Astros que juzga llegado el momento de los últimos sacramentos para el Obispo de Marsella y así se lo anuncia a Mons. Guibert que había venido de Tours.

Pero Mons. de Mazonod, al que se le habían infundido ilusiones, no pensaba en absoluto que su vida estuviera en peligro. A pesar de toda la delicadeza que puso su querido hijo en prestarle el último servicio, su primer movimiento fue de sorpresa, pero se recuperó pronto, abrazó efusivamente al arzobispo de Tours, dio pruebas de su serenidad y de una resignación conmovedora y sólo preguntó si el peligro era inminente y si podría esperar tres días para prepararse a recibir la Santa Unción y el Viático. Ante la respuesta de que no había prisa, decide tomarse ese plazo, pero llama inmediatamente al P. Tempier para hacer confesión general.

Una costumbre hereda del Antiguo Régimen quería que los obispos fueran administrados con solemnidad pontifical. Así pues, el 28 de enero sale de la catedral de S. Martin una larga procesión formada por la cofradía del Santísimo Sacramento, la comunidad de Hermanos de la las Escuelas Cristianas, los Rvdos Padres Capuchinos, seminario mayor, los Oblatos de María Inmaculada, en número de más de 70, y los sacerdotes de todas las parroquias de la ciudad. El cabildo de la catedral y el Sr. Obispo de Cerame precedían inmediatamente Mons. Guibert, asistido por los PP. Tempier y Fabre, vicarios generales de la diócesis".

Mientras el pueblo sencillo llenaba el recorrido con un silencio impresionante que no iba con el estilo habitual de las demostraciones marselesas, el cortejo llega al obispado donde el clero abarrota la habitación del enfermo. La tradición exigía un discurso, pero Mons. Guibert, encargado de expresar los sentimientos de Mons. de Mazonod, estaba tan conmovido que apenas podía contener sus lágrimas.

Después de la Santa Unción y del Viático, los asistentes, a su vez, recibieron la bendición del prelado con una palabra salida del corazón. "Todos prorrumpimos en sollozos, rompimos a llorar, cuenta uno de ellos, "Sólo él permanecía tranquilo, sonriente, dichoso con el amor de sus hijos".

En contra de lo que temían los médicos, el prelado superó la pleuresía que habían diagnosticado. Después de una serie de jornadas muy críticas en las que los escalofríos, las convulsiones y los síncope parecían presagiar el final, se produjo una mejoría; pero se trataba sólo de un compás de espera y nadie se hacía ilusiones sobre lo que tenía de efímero.

"La constitución de hierro del prelado" prolongó el plazo a costa de terribles dolores durante cuatro largos meses. ¿con qué espíritu de fe soportó esa interminable prueba!

Mons. Jeancard lo relata en la pastoral de cuaresma que dirigió al clero y a los fieles de la diócesis : "Aunque su cuerpo sufre, su espíritu no está abatido, y su carácter conserva toda su entereza aún en medio de sufrimientos muy grandes y dolorosísimas operaciones. Lo soporta todo como si fuera insensible al mal más

agudo. Ni una queja, ni un gesto, ni un suspiro revelan en esos crueles momentos su sensibilidad al dolor. Entonces eleva su corazón hacia Dios y agradece los sufrimientos como una gracia que se le envía para su santificación. Se imagina que está en la cruz del divino Salvador y con ese pensamiento se le ocurre decir algunas veces: "Cuando se está en la cruz, hay que saber estar. Es una gracia".

Estando en la cruz, el obispo fundador de la Orden, íntimamente unido a Jesús, ofrece su sacrificio por todas las causas que siguen siendo objeto de su preocupación : en primer lugar la Santa Iglesia "a la que quiere más que a su propia vida". escribe Jeancard; por el Papa, por cuya independencia espiritual luchó tan constantemente. Respecto a la cuestión romana se le ocurre hasta confesar que todas sus ilusiones puestas en Napoleón III están ahora disipadas: "No es un emperador, es un tirano que persigue a la Iglesia, declara al P. Mouchette. Tú eres joven todavía; ya verás cuánto mal hace y cómo él terminará mal también. Pero hará derramar muchas lágrimas".

Mons. Jeancard, de parte suya, encarga varias veces al cardenal Barnabo que transmita a Pío IX la expresión de su afecto filial. Una de sus últimas alegrías será la bendición que le enviaba el Santo Padre "in extremis".

A sus hijos los Oblatos, que le cuidan, les prodiga las más enternecedoras muestras de afecto. Declara al P. Fabre: "Bien sabes que no me ata nada a este mundo. Sin embargo, dejaros a vosotros, a vosotros, hijos míos, ¡ay! eso será un gran sacrificio. Tengo todavía muchas cosas que hacer".

Un día en que el pensamiento de esa separación le arrancaba lágrimas, dice : "No lloro porque voy a morir; ¡Oh, no!. Lloro pensando que tengo que dejar a unos seres tan queridos como vosotros... Tenéis que saber todos que Dios me ha dado un corazón de una capacidad inmensa, y que ese corazón me ha permitido amar inmensamente a mis hijos... Cuando ya no esté yo, tendréis a otro que me reemplace en mi autoridad, que os estime conforme a vuestro mérito, pero uno que os ame como yo os amo, ¡jamás!".

Resultaría algo interminable si se quisiera citar todo cuanto han escrito sus hijos sobre las pruebas de afecto y los ejemplos edificantes que les dió hasta el final.

Son bastante más escasos los testimonios que nos dejó el clero de Marsella porque, con gran pesar del Obispo, los médicos mandaban restringir las visitas.

Pero la fama apostólica y espiritual de dos sacerdotes a los que debemos la independencia bien reconocida de su juicio y la originalidad de ambos en órdenes muy diversos, confieren a lo que relatan un valor que no se puede subestimar.

El primero de esos testimonios viene de Timón-David. Este logra sortear las consignas, con gran alegría del Obispo que "recibía gustoso a los que se acercaban a él". Escribe el fundador de la Obra de la juventud obrera : "Descubrí una escalera oculta... que llegaba hasta su habitación y por ahí sorprendía la vigilancia de sus guardianes. Le veía primero en su sillón, con sus hermosos cabellos blancos atados, cayendo sobre sus hombros; admirablemente cuidado por las Hermanas de la Esperanza. Por fin ya no se levantó más y se le administró solemnemente... Algunos días después yo llegaba hasta su cama y me arrodillaba a su lado sin decir nada. El abrió los ojos; su mano me acercó a él mientras me decía las palabras más enternecedoras. Mons. Guibert quiso hacerme salir porque aquello le cansaba, pero me retenía fuertemente, siempre de rodillas a su lado con mi cabeza sobre su pecho. "Monseñor, le dijo al obispo de Viviers, (sic : lo era de Tours), ha construido una capilla que es una catedral y que yo consagré. Ha fundado una obra admirable. Quiero que vaya a verla".

"El 20 de mayo por la tarde, estaba yo otra vez a su lado, pero estaba sin moverse y, tal vez, sin conocimiento. Salí con el corazón desgarrado y se me saltaron muchas lágrimas. Un asunto me obligó a dormir a La Viste. Al día siguiente, al despertarme, el viento del mediodía me trajo el doblar de la campana grande de Ntra. Sra. de la Guardia. Fue una gran desgracia para nosotros. Perdíamos a nuestro amigo, a nuestro protector, a nuestro padre; no sentíamos su superioridad más que por sus favores".

Respecto al P. Juan, el asceta heroico de las Víctimas del Sagrado Corazón, cuyo corazón se había ganado el corazón del Obispo, afianzándole en su camino, no fue ocultamente y por la falsa escalera como llegó junto al enfermo, porque no era hombre para obrar de ese modo. "El digno P. Tempier", que le patrocinó constantemente, había hecho una excepción en su favor para darle "el consuelo de ver una vez más" a Mons. de Mazenod.

Escribe el P. Juan: "Era tres días antes de su muerte. La víspera había estado mucho tiempo sin conocimiento y se esperaba su fin próximo; pero aquel día estaba con plena conciencia, edificante y amable. Me arrodillé; me dió a besar su mano y me hizo sentar.

- ¿Regresas ahora de tus viajes?, me dijo.

- Sí, Monseñor.

- Tú estás en el tiempo; yo estoy en lo alto de la montaña.

- Monseñor, rezamos mucho por Vd.

- Gracias. Falta me hace. Voy a rendir cuentas. Confío mucho en la misericordia de Dios y muy poco en mis propios méritos.

- Monseñor, va a ser juzgado por el que siempre ha amado.

El rostro del venerable enfermo se iluminó, todo él, con estas palabras:

- Sí, lo he amado, contestó, y he intentado que se le amara. Era una felicidad para mí, cuando oficiaba, ver a los canónigos, a los párrocos, a los coadjutores pasar una y otra vez ante el Santísimo y saludarlo. Sí, era para mí una gran felicidad. Y, sin embargo merecía bastante más.

Mientras decía estas palabras, pronunciadas con ardor, dos lagrimones brotaron de sus ojos y humedecieron sus mejillas venerables.

- Jesús es más hermoso todavía en el cielo, le dije.

- ¡Oh, sí! Pero después de un episcopado tan largo; el trayecto será largo. Yo espero que mis hijos y mis amigos me echen una mano.

- Si, Monseñor. Es precisamente lo que nos hace falta y es el objeto de la misericordia de Dios.

El Obispo contestó con una palabra de amistad. Un espasmo cortó la conversación".

El 21 de mayo, después de haber bendecido una vez más a sus queridos Oblatos y de haberles hecho la última recomendación "de practicar la caridad entre vosotros y fuera el celo por la salvación de las almas", el anciano obispo expiraba mientras los asistentes terminaban la recitación del "Salve Regina... O clemens, o pía, o dulcis Virgo María".

En la página primera de su testamento, Mons. de Mazenod había escrito el 1 de agosto de 1854: "Invoco la intercesión de la Santísima e Inmaculada Virgen María Madre de Dios, atreviéndome a recordarle con toda humildad, pero con consuelo, el afecto filial de toda mi vida y el deseo que siempre he tenido de darla a conocer y hacer que se la ame, y de propagar su culto en todas partes, a través de aquellos que la Iglesia me ha dado por hijos y que se han asociado a mis anhelos".

En coma durante los días anteriores, el prelado agonizante recuperó el conocimiento cuando llegó su última hora? Ese había sido y ésa era su petición: "¡Cómo me gustaría verme morir para aceptar bien la voluntad de Dios!", musitaba en sus momentos de lucidez. Incluso a los que le velaban les había dado insistentemente la consigna: "Si me amodorro, aunque esté peor, despertadme, os lo ruego. Quiero morir sabiendo que muero". El viejo luchador quería cumplir a conciencia su sacrificio supremo. Dios no le privó ni de ese mérito, ni de esa gracia, ni de esa alegría.

En la larga y admirativa narración que nos dejó de los funerales un testigo, el P. Rambert, detalló minuciosamente el interminable cortejo que condujo desde el obispado a S. Martín "el cuerpo del venerable difunto, con su rostro descubierto, llevado por sacerdotes de la diócesis sobre una litera de plata". Un estudiado protocolo había regulado el suntuoso orden de ese desfile fúnebre que abría la gendarmería y la infantería y que cerraba, con un destacamento de húsares, un nutrido piquete de zapadores. Abrían la marcha congregaciones piadosas y penitentes con sus hábitos y banderas; seguía el clero, separado del venerable Cabildo por la banda de música del 42; tres estandartes fúnebres, cuyos 18 cordones llevaban los administradores de la Providencia; los decanos de los párrocos, rectores, canónigos, el prefecto, los oficiales generales, el presidente del tribunal civil y el alcalde de la ciudad precedían el féretro; detrás de él iban los vicarios generales, la familia, las autoridades civiles y los cuerpos constituidos en pleno.

Mucho más emocionante que esos honores oficiales era la afluencia de marseleses que habían acudido a despedir al prelado octogenario al que Dios acababa de llamar. Escribe el P. Rambert: "Más de una hora antes, la población de la gran ciudad, deseosa de dar ese último testimonio público de agradecimiento, de afecto y de dolor a su santo Obispo, se había colocado al paso del cortejo fúnebre. A pesar del fuego de un sol abrasador, una muchedumbre compacta se había colocado en todo lo largo del trayecto del obispado a la iglesia de S. Martín. Las ventanas y los tejados de las casas, todo, hasta las barandillas y los puentes de los barcos estaban llenos de gente que esperaba con una calma respetuosa el desarrollo de esa pompa fúnebre. Fue un verdadero triunfo, un homenaje póstumo rendido por todo un pueblo a quien había sido su gloria y su amor durante 27 años de su episcopado".

Sin quererlo, el relato del P. Rambert, que pretendía dejar constancia de un duelo general, destacaba la diferencia entre lo que era para unos simple acto de compromiso y, en el pueblo, diligencia espontánea. En efecto, los pésames no fueron unánimes. Siempre ocurre así, sobre todo cuando termina un episcopado largo.

Aunque sea verdad que "los hombres buscan el cambio, aspiran a lo desconocido, esperan todo de un régimen nuevo", ¿debemos coincidir con Timon-David, al defender la memoria de Mons. de Mazenod: "el gran error de su reinado fue haber durado demasiado"?

No podría hacerse sin olvidar que, durante toda su vida, los sentimientos y los juicios se compartieron respecto al prelado bastante antes de correr la suerte común de los jefes y de las instituciones, gastadas fatalmente por el tiempo. La presente biografía testimonia que se le discutió durante toda su existencia. Pero sin haber ocultado las sombras para dar paso a las luces, al colocar al Obispo de Marsella en su marco histórico y social, ha querido ofrecer lealmente todos los elementos necesarios para deshacer el juego de unos y de otros.

A fin de cuentas, es el único modo de ayudar a comprender por qué el prelado pudo ser comprendido de modo tan desigual.

2.- El hombre y sus contrastes.

Mons. de Mazenod desconcierta por sus contrastes. En el momento en que se descubren algunos rasgos que coinciden, ya aparecen otros que dan a su fisionomía una expresión totalmente diferente. Y como todos son sumamente marcados, lejos de borrarse mutuamente y de fundirse, adquieren mayor relieve todavía. La contrapartida que acompaña siempre a las cualidades humanas, en el Obispo contribuye a la riqueza de dichas cualidades que Timón-David califica como "excepcionales". Para descubrirlas, no hay que detenerse en lo que constituye una fuerte antítesis. Las cortezas más ásperas encierran, con frecuencia, los frutos más sabrosos.

Complicada de por sí, con la experiencia de la vida y dentro de una sociedad en plena evolución, esa personalidad, tan difícil de captar, se fue modificando progresivamente.

Nada lo revela mejor que tres retratos, tan diferentes como sus fechas.

El primero es un grabado en el que el joven sacerdote se caracteriza por su provocante austeridad : un peinado descuidado, la fisionomía tensa, los ojos de un negro fascinante; el conjunto revela la resolución del misionero de Provenza y de la Restauración que se lanza a la conquista de las almas para regenerar a una sociedad, descentrada religiosamente por la Revolución.

La seguridad es lo dominante en el cuadro que representa al nuevo obispo; un obispo a lo Carlos X : adornado de patillas, poseído de su autoridad, con mirada firmemente decidida. Aunque sea mucho menos desdibujado que el anterior, representa al aristócrata, mantiene la misma rigidez y no gana nada en amabilidad.

Muy diferente es la fotografía del anciano, marcado por las pruebas, que deja una impresión de ahogo y de cansancio un tanto doloroso. Se conserva la fuerza, pero se la ve sin ilusión sobre las posibilidades humanas, impregnada de mansedumbre y de serenidad; en los ojos profundos y medio cerrados, la llama, antes devoradora, se convierte en luz.

A pesar de esos contrastes y de esas mutaciones, que no son simples matices, hay posibilidad de descubrir los rasgos esenciales de una naturaleza compleja y mudable que parece desafiar a todos los cuadros de la caracteriología sistemática.

En primer lugar hay que destacar su grandeza. Hasta en lo físico impresionaba el prelado por su gran estatura, su porte, su dignidad, su distinción; y en las ceremonias litúrgicas, por su majestad pontifical. En lo moral conservaba de la antigua nobleza lo mejor que tenía, elevándolo, por la acción de la gracia, a lo que los teólogos llaman la virtud de la magnanimidad.

La mezquindad y la mediocridad le rebotan en su espíritu y en sus maneras. No comprende que se puedan hacer las cosas a medias, ni en lo humano ni, sobre todo, en el servicio de Dios y de la Iglesia. No admite que se pongan límites ni a su generosidad ni a sus planteamientos; por eso es exigente consigo mismo y con los demás, cuyas posibilidades no siempre tenía en cuenta. Sin embargo, a pesar de las apariencias, no hay nada distante porque, fiel a las

verdaderas tradiciones de su raza, se muestra accesible, sencillo, hasta familiar. La auténtica aristocracia volvía a encontrarse hasta en "la noble campechanía frente a sus inferiores que es, escribe Brassevin, el patrimonio exclusivo de la sociedad de antes".

Su grandeza se refuerza con la rectitud. No le faltaba, sin embargo, habilidad al Obispo de Marsella. Recuérdese cómo sacó de un apuro a la misma Secretaría de Estado de la Santa Sede, cuando la misión de Rossi, redactando una nota que arregló una situación delicada. ¡Cuántas empresas bien llevadas! ¡Cuántas negociaciones resueltas con éxito!

Pero su diplomacia excluía los caminos subterráneos, las evasivas, las sutilezas verbales. Nunca recurrió el Obispo en su administración a las pequeñas triquiñuelas eclesiásticas, en las que era especialista su tío, el buen Fortunato. El prefería ir derecho, de frente, expresar con franqueza su pensamiento y no sustituir el "sí" o el "no" por unos "quizás" tímidos y huidizos. En vez de ocultarse en unas fórmulas tan vagas como falsamente melifluas y piadosas, Mons. de Mazenod llega hasta a dar una forma tajante y brusca a sus argumentos y a sus negativas categóricas.

¡Pobre del que intentara jugarle una mala partida, de engañarle solapadamente, de alterar la verdad, presentando las cosas a su modo, de faltar a la palabra! En esos casos explota su indignación y sus cartas son fulminantes. El prelado, al final, perdona, pero nunca sin haber manifestado claramente que tenía motivos para hacerlo y que había que guardarse de cometer la menor reincidencia.

Esa lealtad exigente y hasta tajante, tenía que traer contradicciones y críticas al Obispo de Marsella. En efecto le produjo muchos sufrimientos. Era sumamente sensible. Sólo han podido dudar de su corazón los que le conocían mal o le juzgaban por su aparente rigidez, sin sospechar que se trataba de una actitud de defensa ante las tendencias profundas de una naturaleza demasiado ardiente y demasiado rápida en enardecerse. El mismo prelado, en sus notas íntimas y sus exámenes confiesa que, sobre este punto, necesita vigilancia y disciplina.

También confiesa que tiene necesidad de sentirse amado para abrirse, darse y permitir que su riqueza interior se comunique sin dificultad. La menor frialdad, hasta la simple reserva, al dolerle, le obliga a perder muchos de sus recursos.

Por eso había que saber pasar por alto el contacto inicial que, a veces, no era nada estimulante, para verse recibido finalmente con una efusión tan repentina como enternecedora. Por no saber romper el hielo aparente o esperar el segundo movimiento, que más o menos tarde seguía al primero, muchos se equivocaban, engañados por unas apariencias que correspondían tan mal a la realidad profunda.

Con mejor acierto, relata Timón-David de modo pintoresco cómo descubrió el modo adecuado de actuar para conocer la afectuosa bondad de Mons. de Mazenod : "Un día estaba descorazonado, porque siempre me ha abrumado la pena en esta obra. Voy al obispado y Monseñor se hallaba en San Luis. Tomo un coche; llego. No hay nadie en la puerta; todo está abierto. Subo a su habitación en el primer piso; ningún criado. La puerta de su habitación estaba abierta y, al oír ruido, me retiro para esperar en el rincón opuesto del pasillo. Pero me había oído.

- ¿Quién anda por ahí?

Ante este grito dado con enfado, me adelanto humildemente:

- Soy yo, Monseñor.

- ¿Quién te ha dicho que yo estaba aquí? ¿Es que un obispo no puede tener un momento de descanso, etc...?

No sabía yo donde esconderme y contesté temblando:

- Perdona, Monseñor, me retiro.

- No; ya que estás ahí, espérame en el vestíbulo.

Al poco tiempo oí un formidable:

- ¡Adelante!

Intenté explicar mi caso con palabras entrecortadas. Según iba hablando, su corazón se abría de un modo evidente. La tempestad pasaba. Volvía a ser bueno, afectuoso, luego entrañable y luego maternal.

- Pero, querido hijo mío, cuando tienes un dolor así, por qué no vienes a contármelo? ¿No soy yo tu padre?

Mientras me decía esto me abrazaba y yo notaba que sus lágrimas corrían por mis mejillas. No he conocido a nadie que tuviera la seducción que él".

Algunos días, asegura Timón-David, no se trataba sólo de formas "un poco abruptas", sino de ráfagas de "mistral", porque el obispo tenía las suyas, igual que sus compatriotas e igual que su misma tierra. Entonces había que resignarse y aguantar impertérrito la borrasca.

Cuenta el director de la Obra de la Juventud Obrera: "Un día yo había herido a Mons. de Mazonod en el punto más sensible. Había ido a Ntra. Sra, de la Guardia. Entonces sólo había tres altares en aquel mal barracón que hacía de capilla provisional, En la sacristía se inscribía uno en una pizarra para el turno de la misa. Yo era el cuarto y, por consiguiente, el primero del segundo turno. Era mi derecho legítimo. Pero cuando fui a revestirme, tres Oblatos me habían tomado la delantera. Era una injusticia. El capellán, P. Aubert, me presentó mil excusas; eran tres misioneros que iban a partir. Volví al santuario. Al "Pater noster" voy a revestirme. Otros tres Oblatos tenían ya los ornamentos. Era un golpe preparado. No pude más y me quejé amargamente de que no fuésemos ya dueños ni de nuestra casa no en nuestra diócesis; que los Oblatos lo eran todo; y terminé con esta peroración : "Inundatio camelorum operiet nos". Esa salida de mal humor no debió de traer consecuencia alguna, pero los Oblatos fueron a repetírsela inmediatamente a Su Ilustrísima.

¡Menudo enfado! Le había herido en la niña de sus ojos".

"Unos días después, fue a confirmar al pensionado de los Hermanos, avenida de Villiers. Después de la ceremonia estábamos todos en corro en un salón grande. Monseñor se paseaba de un lugar a otro con la cabeza hecha un nubarrón, sin hablar con nadie. Se esperaba con ansiedad que estallara la tempestad cuando, viniendo derecho hacia mí, me dijo a media voz:

- El otro día te portaste indignamente en Ntra. Sra, de la Guardia. Trataste a los Oblatos de camellos.

- Monseñor, le contesté, no es el momento de explicar. Pero cuando me haya oído..."

"pero él ya se había dado la vuelta y, aliviado con eso, estuvo de un humor encantador el resto de la sesión. Fue la ráfaga de mistral del marsellés. Ahora estaba aquí el buen corazón".

"Pocos días después, era yo padrino de una toma de hábito en el Refugio. Su Ilustrísima me dijo con amable sonrisa:

- ¿Me ayudarás a misa?

- Monseñor, es imposible. Canto la misa solemne en el Cabildo a las nueve y media.

- Es igual, todavía te queda tiempo.

En el "Sanctus" hice señas al capellán para que viniera a recoger mi estola. Al darse cuenta Monseñor, como no tenía reparos en hablar en la misa, me dijo :

- Te vas, pero vuelve para el desayuno.

- Monseñor, es imposible; está demasiado lejos no llegaré a tiempo.

"El insistió con esa amabilidad seductora que tenía en grado máximo en sus buenos momentos. Evidentemente quería reparar su enfado de la antevíspera".

Porque conocía bien a Mons. de Mazenod, porque lo amaba y era amado por él, Timón-David no daba mucha importancia a esas tormentas que no le impresionaban. Casi las excusaba en un "verdadero provenzal". Muy de color local, el repente y el ímpetu del prelado no creía que dejaran mal al Obispo de Marsella al que el director de la Obra de la Juventud Obrera deberá personalmente, bajo cuatro episcopados, el tercero de sus siete "dolores".

Mejor situado que nadie para aguantar los estampidos, el buen P. Tempier, también tenía su estilo para restablecer la calma. Sin abrir la boca, dejaba que el prelado agotara su indignación; luego, en cuanto se hacía el silencio, se limitaba a preguntar con dos palabras:

- ¿Y después?

Eso bastaba para que todo aflojara inmediatamente.

En el fondo, Mons. de Mazenod estaba agradecido a los que no se dejaban impresionar por sus borrascas, porque no se las tomaban por lo trágico y le aceptaban tal como era , ya que nada del mundo, a sangre fría, hubiera causado una tristeza voluntariamente. Era ya demasiado para él verse obligado, cuando el deber de su cargo se lo imponía, a hacer advertencias y dar sanciones merecidas. Después de haber actuado como jefe, se entregaba enseguida a animar y consolar.

La viveza de carácter de Mons. de Mazenod se correspondía con la viveza de espíritu. Ciertamente su formación intelectual tenía muchas lagunas. Por no haber hecho normalmente sus estudios de gramática y de humanidades durante la emigración, le faltaba la base de la cultura clásica, porque las clases de los Zinelli en Venecia le dieron muy incompletamente lo que proporciona la enseñaza regular de un colegio.

Los estudios eclesiásticos en S. Sulpicio se habían acortado en una época en la que la falta de sacerdotes obligaba a reducir los años de seminario para reforzar cuanto antes los pocos efectivos de las diócesis.

Su celo devorador y su vida recargada no le dieron facilidades después de su ordenación, para ampliar y profundizar sus conocimientos en materia de ciencia religiosa. Otra de tantas deficiencias imputables a las circunstancias, comunes a todo el clero de su tiempo. En cambio, sus disposiciones naturales suplían al método de trabajo que no pudo recibir. Esencialmente intuitivo, va derecho al fondo de los problemas, discierne los elementos, mide su importancia, las dificultades, las consecuencias inmediatas y lejanas y saca, "sin hacerla esperar, una solución clara y precisa". La rapidez de su visión de las cosas desconcertaba a los prudentes, habituados a largas reflexiones.

Toda especulación es ajena a este hombre de acción que quiere ser realizador. A la razón pura, prefiere la práctica. En sus creaciones tan numerosas y tan diversas, igual que en sus discursos, el prelado se supera en las improvisaciones que le sugiere una situación determinada. Sin un plan determinado minuciosamente, explota todo lo que puede provocar o mantener el

arranque que busca. Destaca en cazar al vuelo las ocasiones que se presentan, incluidas las más insospechadas, para comenzar o agrandar sus obras.

Tanta espontaneidad podía hacer pensar que, lejos de vacilar y de dudar, Mons. de Mazenod se lanzaba rápido, igual que un fogoso oficial de caballería ligera que empuja a cuerpo descubierto a los jinetes en punta. En realidad tenía mucha dificultad, sobre todo cuando se trataba de una decisión importante. Se señaló eso a propósito de su vocación sacerdotal, de la fundación de su comunidad de misioneros, de la aprobación por la Santa Sede de las Reglas de sus Oblatos.

Confesaba su irresolución a Janson cuando todavía era joven sacerdote y éste le reprochaba sus demoras. ¿Habría que ver en esto el contrapeso de una perspicacia de espíritu que paralizaba la voluntad a fuerza de descubrir razones en pro y en contra, como se ve, a veces, en los hombres dotados de una inteligencia aguda?

La explicación es diferente. Cuando Janson llamaba a su amigo "culo de plomo", en términos poco decentes, daba en el clavo de la explicación recta. Ponerse en acción, eso era lo que costaba y retenía a Mons. de Mazenod. Para convencerse, basta leer la carta que dirigió al P. Tempier el 25 de agosto de 1835, cuando querían promoverle a la coadjutoría de Marsella: "Los hombres, siempre injustos en sus juicios, han sacado la conclusión de que, por haber hecho en mi vida muchas cosas difíciles en las que otros hubieran fracasado, soy emprendedor por carácter y que necesito la acción y el movimiento. Es todo lo contrario. Si he tenido actividad, si me he movido, si he emprendido cosas difíciles y las he llevado a buen fin, es por deber, es que me era imposible negarme a una especie de evidencia que me demostraba que ésa era la misión que la Providencia me daba. Pero en el fondo de mi carácter, siempre he sentido una gran aversión a toda clase de negocios... Por eso habrás podido apreciar que, en medio de una vida muy agitada, cada vez que he podido esconderme, apartarme de la vista de los hombres, sentarme, en una palabra, en la soledad, yo me he encontrado como en mi elemento, y he tenido que forzarme para arrancarme de ella".

De este modo se refleja una tensión interior más y un nuevo contraste entre lo que aparecía y lo que era en el fondo el Obispo de Marsella.

Pero, aunque el prelado se decidía difícilmente, una vez tomada su determinación, nada podía detenerlo.

"Estoy hasta la coronilla", escribía a Janson después de decidirse a fundar su comunidad de Misioneros de Provenza. No se trataba de palabras vacías. Los comienzos tan dificultosos, los progresos tan lentos de su Congregación, lo demuestran. Lo que pasa con los Oblatos, tan queridos por él, pasa exactamente en el conjunto de su obra. Lejos de desalentarse, los fracasos parece que le estimulan. Su voluntad de hierro desafía a todos los obstáculos para abordarlos de frente, en lugar de buscarles la vuelta. Hasta el tiempo mismo, que a medida que pasa, desgasta, no agota su energía constante.

Claro está, que con la experiencia y los años, y gracias además al esfuerzo realizado generosamente para dominar su naturaleza ardiente, sus modales se vuelven menos agresivos. Pero, aunque mide mejor sus golpes, asestados anteriormente con fuerza, y adopta unas posiciones menos extremas, su resolución no flaquea y, lejos de deponer las armas, el anciano obispo hará frente hasta el final.

Aunque no le faltaron críticas, por lo menos nadie le acusará de no ser consecuente con las ideas, ni de detener su empuje, ni de debilitarse por desánimo o cansancio, una vez puesto en movimiento.

Sobre la constancia con que el Obispo de Marsella mantenía sus resoluciones, refiere el P. Mouchette este recuerdo: "Un día le ayudaba en el campo (es decir en la propiedad de S. Luis) a examinar unos papeles viejos. Encontramos los propósitos que él había hecho durante el retiro para su ordenación. Me dijo que los leyera. El me interrumpía con un candor admirable después de cada artículo para decirme : "Esto lo he observado, esto he tenido que esperar 25 años para llevarlo a cabo, pero en fin, ¡ya está! Ya ves tú, añadía él, que es el Espíritu Santo el que inspira los propósitos, y que, al fin, es él quien saca a flote los proyectos que ha dictado. ¿Quién me hubiera dicho entonces que necesitaría 25 años de trabajo para cumplir este propósito? Sin embargo, no es demasiado". (citado por Rambert, t.II pp. 598-599).

3.- Vida espiritual.

Un temperamento tan vivo y tan desigual, simultáneamente tenía que elevar al orden de la caridad lo que era excesivamente natural en sus mejores espontaneidades y disciplinar sus reacciones fogosas, infinitamente menos favorables para su santificación personal y para la fecundidad de su ministerio.

Consciente del trabajo que se tenía que imponer para lograr su ideal cristiano, sacerdotal, religioso y apostólico, Mons. de Mazenod no aflojará nunca en su esfuerzo. Hay que reconocer que ese esfuerzo forma parte del movimiento general de la Iglesia de Francia en la que se reaviva la vida religiosa, y que se adapta al estilo de la época sin ofrecer nada muy original.

El Obispo de Marsella no se coloca en absoluto como jefe de escuela. Aunque escribió mucho sobre las vías que conducen a la intimidad divina, fue de modo totalmente ocasional : en sus actos episcopales, en las Reglas de su Congregación, en su correspondencia. Jamás soñó con hacer un cuerpo de doctrina de lo que las circunstancias le obligaban a aconsejar en concreto.

Además su doctrina no es ni exclusiva ni sistemática. Ese improvisador no se quedaba en la teoría; como hombre de acción buscaba, ante todo, la práctica. Por eso recoge indiferentemente de las diversas escuelas lo que le parece que responde a los objetivos que persigue, sin ninguna pretensión de algo nuevo.

De su primera formación en Venecia, el Fundador de los Oblatos conserva algunos elementos de los métodos ignacianos, tal como se los presentaban, en su juventud, sus maestros Zinelli.

La influencia del P. Magy, que decidió su vocación, actuó en el mismo sentido.

El seminario de París no podía entorpecer esa orientación primera porque el Sr. Tronson había sucedido al Sr. Olier y el director de Eugenio, el Sr. Duclaux, se había dedicado a poner en forma un método de oración para uso de los sacerdotes. Sin embargo el Sr. Emery le inició más en "la Metafísica de los Santos". Alimentado por los grandes maestros de la escuela francesa este "pequeño sacerdote" al que admiraba y temía Napoleón, dejó marcado en él fuertemente, su sello personal. Por eso no sorprende encontrar en los horarios, en el espíritu y culto de la vida interior "in Christo Jesu", mucho de S. Sulpicio en la Congregación de los Oblatos.

La última aportación, para ceñirnos a lo esencial, la de S. Ligorio. Durante su emigración en Nápoles y Sicilia, el joven Mazenod había visto el trabajo de los redentoristas. El recuerdo de su celo se gravó en él. El ministerio al que se dedicaban exclusivamente, en sus comienzos, los Misioneros de Provenza, les emparentaba con ellos. Mons. de Mazenod compartía el rechazo al galicanismo y al jansenismo con el Doctor italiano. "Orientada en su pensamiento y en su corazón hacia la conversión de los pecadores y a su perseverancia final", la espiritualidad ligoriana cuadraba perfectamente a los miembros de la comunidad de Aix. Predicaba, sobre todo, las verdades eternas y, por el temor, pensaba abrir camino a la caridad perfecta. Lo ascético prevalecía sobre lo místico. Las preferencias del santo eran por la contemplación activa, y cuando trataba de la contemplación pasiva, para descubrir sus etapas, ponía muy en guardia contra los estados extraordinarios que no gustaban nada al Obispo de Marsella. Por último, la experiencia del ministerio le llevaba a cierto "pesimismo" que, tal vez, contribuía a hacerle menos rigorista que los confesores de su tiempo, para no hundir la debilidad de las pobres voluntades humanas.

Así se anunciaba ya el estilo que adoptará la espiritualidad del siglo XIX.

La actividad pastoral y, sobre todo, las famosas misiones de la Restauración, parten de una reacción de defensa contra la sociedad surgida de la Revolución.

Para el clero que sobrevivía a la crisis abierta en 1789 o sufría todavía sus consecuencias, el mundo del que Cristo había hablado de modo general, apuntando a todos los países y a todos los siglos, se concretaba en ella, en contraposición con las buenas épocas de fe que pertenecían al pasado. Por eso no se la podía amar y no había por qué comprenderla. Había que reprobarla, huir de ella, esperando verla restaurada tal como fue y regenerada completamente. De ahí la tensión y la rigidez, como armas de defensa.

Así se explica que Mons. de Mazenod, igual que los fundadores religiosos y los directores de seminarios de entonces, haya insistido en las estructuras y los reglamentos para detener con más seguridad las infiltraciones dañosas del espíritu moderno, controlando muy severamente a las personas.

Y como había que combatir la obra satánica de la Constituyente y de los jacobinos y había que frenar la descristianización y reemplazar a los monasterios dedicados a la penitencia y a la oración, el sacerdote Mazenod, en 1818, quería que su Congregación se propusiera ese doble objetivo.

El equilibrio entre esa síntesis tenía que crear problemas difíciles.

Aquí aparece el hombre. Poco preocupado por resolver teóricamente la excelencia de las Ordenes contemplativas, activas o mixtas, se deja llevar por sus dotes de improvisador y por su sentido práctico. Su generosidad le obligaba a excluir una elección que simplificara su papel y redujera sus sacrificios. Se metía de lleno y quería darse por entero.

Pero, aunque no dudaba de sí mismo, ¿había medido suficientemente su capacidad de hombre? La experiencia y la práctica, sin cambiar su espíritu, tendrían que hacer un ajuste.

Por otra parte, tendrán que pasar varios años antes de que sus Constituciones, puestas a prueba, sean aprobadas por la Santa Sede. Aunque dé la impresión de personal, el caso de Mons. de Mazenod se parece bastante al de los fundadores de la época. Todos llevan el sello de su tiempo, menos las peculiaridades del estilo de Provenza. Estas se irán atenuando a medida que la Congregación de los Oblatos aumente en número y sus obras, manteniendo intacta y viva el alma de sus orígenes, la de la comunidad de Aix.

A esta Congregación, primitivamente, el Fundador quiso llamarla Oblatos de San Carlos. Es importante recordarlo para conocer lo que debió el prelado al modelo de los pastores y reformadores de la época tridentina.

Como a todos los Mazenod, se le había dado como patrono al cardenal Borromeo. Mons. de Mazenod, bautizado Carlos José Eugenio, respeta esta presencia de Carlos, con un espíritu más cristiano que el conjunto de sus antepasados.

No se ve que sintiera un fervor especial por S. Eugenio, pero no fue lo mismo con el cardenal de Milán. Sin que sus padrinos influyeran para nada, el prelado siempre juzgó como una indicación providencial un patronazgo que le proponía una perfección tan alta y le garantizaba una intercesión tan poderosa. Le gustaba recurrir a la intercesión de S. Carlos.

El oratorio del obispado y el del seminario mayor se dedicaron a aquel cuyo nombre llevaba.

Su "Diario" nos revela el consuelo que tuvo "al celebrar los santos misterios en la capilla subterránea donde está depositado el cuerpo del santo arzobispo. Volveré más tarde, prosigue, para examinar atentamente esa capilla, toda incrustada en plata, y ver descubierto el cuerpo del santo que está encerrado en un relicario de plata maciza. Si puedo lograr una reliquia, quedaré muy satisfecho, porque todas las que me han dado en Roma no son más que trozos de su púrpura y no satisfacen gran cosa mi devoción".

Escribe a su tío, designado para la sede de Marsella: "Tomaremos a S. Carlos y a San Francisco de Sales como patronos y como modelos". Aún sintiéndose inferior a ese ideal, intenta realizar en su diócesis lo que el cardenal hubiera hecho en su lugar. Escribe en sus notas de retiro antes de suceder a Mons. Fortunato: "Recuerdo que hubo un tiempo en que sentía en mi alma un vigor tal que, leyendo la vida de S. Carlos me parecía que no estaba por encima de mi voluntad hacer tanto como él en su puesto. Hoy día que tengo la experiencia de mi debilidad y de la poca ayuda que se puede esperar de los demás, cuando hay que meter mano a la obra, soy menos temerario".

También se ampara en la autoridad del arzobispo de Milán para legitimar algunas de sus actitudes y de sus decisiones, como vicario general. ¿Que le reprochan que es más riguroso que otros obispos en el ayuno? El P. de Mazenod escribe: "Yo veo en todas esas concesiones, que no son exigidas en modo alguno por la necesidad, un acto de debilidad, una verdadera concesión a este siglo anticristiano para amansar a la fiera. ¿Os diré todo lo que pienso? Si quisiera pasar por bondadoso y complaciente, ahora que las cosas están en marcha, sería quien concediera más dispensas para no quedarme atrás. San Carlos no hubiera actuado así; ni yo tampoco, que no soy S. Carlos, sino Carlos a secas".

Como el cardenal de Milán, después de la crisis protestante, Mons. de Mazenod, sobre todo al principio de su ministerio y después de la crisis de la Revolución, actuó como reformador. De su patrono recogió menos una espiritualidad que una energía indomable, un programa de acción y un cierto estilo que iba con su temperamento personal. Pero, aunque sobresalía la fuerza en lo externo, igual que en aquel cuyos ejemplos quería imitar, ésta salía de una plenitud interior debida a su unión íntima con Cristo Jesús.

La intensidad y profundidad de la vida espiritual de Mons. de Mazenod no podía quedar escondida a sus diocesanos. Les impresionaba muy especialmente su austeridad.

Nadie ignoraba la intransigencia de que dió pruebas en materia de abstinencia hasta en las recepciones oficiales, incluidas las de Su Majestad Imperial. Si se servía carne en los días prohibidos, el obispo rechazaba todos los platos y ni desdoblaba la servilleta. Era sabido que multiplicaba los ayunos y que los practicaba de un modo tan estricto que su colación de la noche se reducía a un vaso de agua y a unos bocados de pan. Incluso en su vejez, el prelado no disminuía ni el número ni el rigor. A los que le recordaban su edad avanzada para aconsejarle que los espaciara y suavizara, les contestaba: "Mis ochenta años pueden dispensarme de él, pero no me dispensarán de hacer penitencia por mis pecados". Desde los tiempos del seminario nunca dejó de imponerse penitencias corporales.

La solemnidad a la que le obligaba su actuación en las ceremonias públicas, contrastaba con la pobreza de su vida privada. ¿Que tenía que aparecer como obispo? Mons. de Mazenod se adaptaba a las exigencias de la liturgia, y en las recepciones oficiales reivindicaba los derechos que le otorgaba el protocolo. Entonces no se trataba de su persona, sino de hacer respetar y honrar la plenitud del sacerdocio.

En cambio, en la intimidad, nada más sencillo que su vida completamente familiar y casi monástica con los Oblatos que le acompañaban.

Se precisaba, sin duda alguna, algún salón debidamente arreglado para los grandes circunstancias y la recepción de autoridades en el obispado de Marsella; pero el dormitorio del prelado sólo tenía un sobrio mobiliario con una cama tan mísera como incómoda. Muy cuidadoso de su porte cuando tenía que actuar, Mons. de Mazenod se sentía a sus anchas en S. Luis, en su casa de campo, al poder llevar sotanas remendadas, más o menos faltas de botones y de adornos. Repetía : "Soy obispo, pero he hecho voto de pobreza".

Cuenta Avignon: "Se le hubiera tomado por un pobre cura de aldea, de morado".

Solía reirse él mismo de los comentarios que se hacían de su atuendo tan poco protocolario. Se le ocurrió bromear con el P. Juan comparando su ropa con el miserable hábito de este último y dió a entender que el resto de su vestimenta no era más brillante : "¡Si se viera mi ropa interior!". Lo decía riéndose con ganas porque su ascetismo no era en absoluto tieso y triste. Lo quería conforme al Espíritu del Evangelio : liberador y alegre.

La pobreza que practicaba personalmente Mons. de Mazenod le hacía más complaciente y más liberal con los necesitados, abría de par en par su puerta, su corazón y su bolsa a todos cuantos venían a pedir.

"¡Qué día más cansado!, escribe en su "Diario" el 3 de septiembre de 1838. ¡Qué multitud de desgraciados, verdaderamente necesitados a los que con gran pesar y con desgarró del corazón, no puedo aliviar en la desgracia más que a medias, aunque he dado mucho!".

El 5 del mismo mes en el que pasan una viuda "sin un céntimo", un joven belga que sólo tiene "diez francos" para volver a su tierra, una anciana, "hermana de un sacerdote, que no tiene un ochavo", y otros muchos, más de compadecer todavía, el Obispo de Marsella llega a confesar : "Si mañanas como la de hoy y muchas más tuvieran que repetirse con frecuencia, veo que me sería imposible aguantar. Dar dinero es lo de menos; pero verme incapaz, haciendo más de lo que puedo, de remediar sus necesidades, es algo superior a mis fuerzas... ¡Es algo que me agota! ¡Después de todo esto, siéntate a la mesa y come, si puedes!".

El prelado no se contenta con ayudar a los necesitados que le asedian. Le preocupan las desgracias ocultas que, con frecuencia, son las de mayor interés y las más trágicas.

Cuenta el P. Mouchette : "Había una buena mujer, creo que conocida por el nombre de Marionna, que estaba encargada de distribuir secretamente limosnas a los pobres vergonzantes. Esa mujer los buscaba cuidadosamente; luego iba a ver a Monseñor, le comunicaba sus descubrimientos e iba a llevarles la ayuda.

Aunque haya escrito : "Dar dinero es lo de menos", Mons. de Mazenod andaba a veces muy apurado en sus finanzas personales. Después de haber entregado toda su paga de obispo a las obras diocesanas, toda su paga de senador a la Congregación, tenía que encontrar por lo menos 14.000 francos al año para sus limosnas. Escribió al P. Tempier el 10 de mayo de 1859 : "Nunca tengo un céntimo". Por eso se sentía radiante cuando su bolsa estaba, ocasionalmente abastecida, porque podía vaciarla de nuevo.

Cuenta el P. Mouchette, testigo de una escena pintoresca : "Un día se presentaron en su despacho dos Hermanitas de los Pobres.

- Hacemos nuestra visita al barrio, Monseñor, y nuestra Madre nos recomendó mucho que no dejáramos de verle hoy.

- Tiene buen ángel de la guarda vuestra Madre, dijo Monseñor sonriendo, pero debe tener también algunas preocupaciones.

"Al decir eso, abrió el cajón de la derecha; sacó de él un billete de 100 francos que entregó a la Hermana, luego otro, y luego otro más; así hasta diez. A cada uno, las Hermanas se inclinaban agradecidas y se disponían a marchar. Ese juego le agradaba al prelado que se sentía muy contento. Cuando las Hermanas salieron me dijo Monseñor :

- Es curioso. Se diría que adivinaron que mi cajón estaba bien provisto. Debían tener mucha necesidad de esa suma, ya que la tenía tan a propósito".

Otro rasgo que refiere Brandouin, parece sacado de las Florecitas : "Lo sé por un sacerdote digno de toda fe, (contó el caso en mi mesa cuando era párroco de Estaque y delante de otros sacerdotes), que había visto con sus propios ojos a Mons. de Mazenod, vestido de simple sacerdote y despojado de todas las insignias de su dignidad, quitándose sus zapatos en plena calle, en pleno invierno y obligar a un mendigo a ponérselos, y él mismo descalzo, fue a comprar un nuevo par de zapatos a una zapatería vecina".

Aunque menos espectacular, la abnegación que exigía de él un trabajo agotador, realizado diariamente como él sabía hacerlo, suponía una virtud poco común. ¿No es el deber de estado una de las piedras de toque esenciales para conocer el auténtico espíritu de sacrificio?

Mons. de Mazenod nunca era dueño de sí mismo. A la carga ya tan pesada y tan compleja de una diócesis que incluía a la segunda ciudad de Francia, se añade la de su Congregación y, además la de todos los asuntos religiosos de Francia y de Roma que tiene que tratar.

Sobre él pesa no sólo el cuidado de su Iglesia, sino el de la Iglesia de Francia, de la Iglesia romana y de las cristiandades lejanas, campo de acción de sus misioneros. A su mesa de despacho le llegan las cartas, al obispo las visitas. Continuamente solicitado y siempre dispuesto a lo imprevisto, tiene que dedicar la noche para solucionar lo más urgente y escribir su correspondencia.

Lo que los Oblatos han conservado sobre todo esto, lo que se halla en todos los archivos privados y públicos, forma una mole tanto más impresionante cuanto que no se trata de cartas redactadas de prisa; en esa época se escribía extensamente, y el obispo improvisador, que deja correr su pluma, no tiene el don

de concentrar la expresión de su pensamiento ni lo efusivo de su corazón. ¡Sus vacaciones! Las permanencias en S. Luis las dedicaba al correo que le mantenía atado a su escritorio cuatro o cinco horas seguidas. En su casa de campo, el prelado gozaba de calma y tranquilidad.

Al volver a Marsella, de nuevo su vida quedaba repartida entre las múltiples obligaciones que llenaban su escaso tiempo. Además de lo que le retenía en su palacio, tenía que visitar las parroquias, las diversas obras, a los enfermos, hacer gestiones ante las autoridades locales, desplazarse fuera de la diócesis cuando lo exigían los intereses de su Congregación o de la Iglesia, permanecer en París para cumplir su deber de senador.

En vez de ir quitándose carga con los años, al contrario, su tarea se hacía más pesada a medida que aumentaba el crédito y la influencia de un prelado considerado como una de las más fuertes personalidades del episcopado francés. Su vejez fue el período más activo de su larga carrera. Mucho antes de que el P. Chevrier formulara la célebre definición del sacerdote, "Un hombre comido", él ya la había realizado

Pero este hombre comido era fidelísimo en mantener y desarrollar aquello sin lo cual el apostolado más movido se queda vacío irremediablemente de su sustancia. Aunque se dé al máximo a la actividad exterior, Mons. de Mazonod pone en primer plano la vida interior, sin la cual sería, en frase de S. Pablo "un metal que resuena y unos platillos que aturden" nada más. Nada le parecía mucho para salvarla y cultivarla.

Por eso cumple a conciencia la lista de ejercicios espirituales que se fijó en S. Sulpicio y que la Regla de los Oblatos le impone. Para respetarlo, acorta sus noches por las vigiliias que se prolongan y, si es necesario, anticipa el horario fijado para levantarse.

Es inútil que le aconsejen a veces que cuide su salud y, hacia el final de su vida, que cuente con su edad. Hasta se sentía molesto de que no tuvieran en cuenta su vigor físico, respetado por los años, y rechazaba enérgicamente esos consejos que consideraba dictados por una falsa prudencia. ¿No permite la gracia de Dios ser más fuerte cuando uno se siente más débil?

Hombre de acción, sí; pero el Obispo de Marsella quiere ser, ante todo, hombre de oración.

Sin poder preguntarse si se mantenía siempre fiel al método del buen Sr. Duclaux, o si prescindía de él porque alcanzaba las vías místicas, sus diocesanos estaban impresionados por su recogimiento y por la intensidad de su oración. Ignoraban lo que pasaba entre él y Dios cada mañana, cuando el prelado en su palacio se arrodillaba en su reclinatorio o iba y venía en su habitación silenciosa.

En las ceremonias, sobre todo en La Mayor, durante los oficios pontificales, al verle officiar todos sentían una impresión tan profunda que adivinaban sin dificultad a qué se debía una majestad, a la vez tan grande, tan sencilla y tan profundamente religiosa.

Los que asistían en el coro se daban cuenta de que el prelado, a veces, intercalaba en los textos litúrgicos, reflexiones en provenzal, poco conformes con las jaculatorias clásicas, porque no admitía ninguna infracción de las rúbricas. Pero si reprendía la menor falta de los maestros de ceremonias, se atribuía eso a la loable preocupación de honrar al Señor de modo impecable. Además, se concentraba muy pronto para estar en una unión con Dios que se hacía todavía más sensible.

En cuanto al realce, entonces tan al día, de los actos de culto, no lo apreciaba por sí mismo, y menos todavía por el prestigio que pudiera sacar él

personalmente, sino porque tenía que corresponder lo menos imperfectamente posible a la infinita perfección de la Santísima Trinidad.

En la Adoración Perpetua que estableció en su diócesis al final de su vida, el clero y los fieles pudieron verle en oración. Mons. de Mazenod tenía en gran aprecio esta devoción, tan de su época, no sólo porque pretendía reparar los errores y pecados de la sociedad pervertida por la Revolución, sino también porque mantenía un íntimo contacto con la Eucaristía. Por eso ordenó en 1859 que todas las parroquias se turnaran para tener permanentemente y en toda la diócesis esa práctica. Le llena de satisfacción el esplendor que se le da.

Cuanto más rodeada está la custodia de guirnaldas, de flores y de luces y más elevada para atraer mejor a las miradas y a las almas, más edificado y encantado se siente.

Tanto deseaba el obispo acreditar la adoración perpetua, que daba ejemplo, participando en ella personalmente. A pesar de sus numerosas ocupaciones, se comprometió a hacerlo en cada iglesia de Marsella, cuando llegaba el turno. Se quedaba de rodillas durante una hora, tan penetrado de la presencia divina que caía en éxtasis del que no podían sacarle. Los testimonios que acreditan esta realidad no permiten dudar de que Dios le haya gratificado, a veces, públicamente con estados místicos auténticos. Respecto a los que experimentó en sus oraciones matutinas, por humildad y discreción no quiso revelarlos.

Cuando había que mantener durante la noche del jueves al viernes santo la adoración tradicional ante lo que entonces se llamaba, muy impropriamente, el sepulcro, Mons. de Mazenod era intransigente hasta dar una lección mortificante al clero de La Mayor, que quería suprimirla. Obligados a permanecer en la catedral desde las cinco y media de la mañana para el sermón de la Pasión, el párroco y los coadjutores creían que era demasiado agotador para ellos una vigilia tan larga. El obispo se encargó de encender su celo, anunciándoles que él mismo iba a ir a presidirla. Y se vieron obligados a asistir en corporación, después de haber dado contraorden.

De hecho, pasadas las once, el prelado les dejó ir a acostarse. Pero él se quedó hasta la madrugada animando la oración de los fieles con sus exhortaciones y la lectura de Fray Luis de Granada. Sin embargo, al día siguiente tenía que celebrar pontificalmente el oficio, insensible a la fatiga, aumentada por los terribles ayunos de la Semana Santa.

4.- Actividad apostólica.

Esa unión con Dios, tan íntima y tan profunda, inspiraba, animaba y sostenía la actividad de Mons. de Mazenod. Su celo devorador al servicio de la Iglesia y de las almas, era fruto de esa unión.

Para defender a la Iglesia contra los peligros que la amenazaban desde fuera, no cesa de batallar durante toda su vida y bajo todos los regímenes, porque no admite que el gobierno temporal, aunque sea el de un rey legítimo, viole los derechos de lo espiritual. Su intransigencia con ocasión de las Ordenanzas de 1828, lo pone de manifiesto.

Se reconcilia con Luis Felipe, pero el prelado se distancia a causa de la libertad de enseñanza.

Aunque simpatizante de la Revolución de 1848, se levanta contra las leyes culturales en proyecto.

La cuestión romana después de haberle impedido votar al príncipe Bonaparte en la elección presidencial de 1848, le coloca en la oposición a partir de 1849, a pesar de los honores con que le colma el Imperio. Su último discurso en el Senado para salvar los Estados de la Santa Sede, señala el fin de su carrera.

En el plano local se le ve siempre en la brecha cuando se trata de rechazar los ataques solapados o violentos fraguados contra el clero y sus obras, o se trata de hacer que fracasen las medidas administrativas que perjudican a su diócesis.

Para hacer una Iglesia más vigorosa frente a las potencias del mal, el Obispo de Marsella trabaja para que se concentren bajo la dirección de la jerarquía todas las fuerzas de la catolicidad. Porque es a esa jerarquía a la que compete de derecho la autoridad. Es a esa jerarquía a la que ha arruinado la Revolución, tanto en religión como en política y hay que restaurarla necesariamente. De ahí su ultramontanismo militante y su ardor defendiendo al Papa. De ahí también el vigor con que el Obispo de Marsella gobierna a sus sacerdotes y a sus feligreses. De ahí su vigilancia para controlar todas las iniciativas, sobre todo las de los laicos que pretendían que prevalecieran las innovaciones de su propio celo sobre las directivas de su primer pastor.

Hay que reconocer que el estilo del catolicismo francés de su época y sus propias tendencias tienen, más o menos, perspectivas sobrenaturales. Para él la Revolución continúa su obra de destrucción religiosa. La Iglesia, como una plaza asediada, debe defender sus posiciones, mantenidas todavía o reconquistadas parcialmente, contra los ataques masivos o las infiltraciones insidiosas. Su temperamento, su educación, los restos de su espíritu ultra, le acercan al absolutismo.

Aunque obligado a vivir bajo un régimen parlamentario, no admitía que la democracia se introduzca en las instituciones eclesiásticas, a expensas de la disciplina indispensable. Hay que tener bien en cuenta y a su favor, sus principios teológicos, el ardor de sus luchas, el espíritu de su tiempo y sus preferencias personales, para que resalte mejor la conducta que observó siempre, como sacerdote y como obispo, frente a los gobiernos que conoció en Francia.

El Obispo de Marsella era perfectamente fiel a los principios del Sr. Emery que, bajo la Revolución y bajo el reinado de Napoleón, quiso mantenerse exclusivamente en el terreno religioso, ser sólo sacerdote y desvincular del Antiguo Régimen a la Iglesia de Francia, para bien de las almas e independencia de lo espiritual. Para llegar a eso, en primer lugar, el Mazenod de 1815 tuvo que cambiar una mentalidad que le encasillaba en las ideas de un pasado caduco. Fue un sacrificio duro para él.

Guiado por su espíritu sobrenatural sólo piensa en la salvación de las almas a las que, desde su juventud decidió consagrarse. Misionero por vocación, lo seguirá siendo durante toda su vida, entregándose, con preferencia a los más pobres y abandonados. Amaba a los humildes y era amado de ellos, los comprendía y era comprendido por ellos. Cuando iba a la casa de los pobres a confirmar, subía a veces hasta un quinto piso; los vecinos se movilizaban para recibirle, se detenía ante cada puerta para conversar y dar su bendición.

Lo más típicamente marsellés es la preferencia que manifestaba, sin preocupaciones por el protocolo, a las vendedoras de pescado en los barrios del puerto. Su reina, Babeau, paraba el coche del prelado, se acercaban las comadres y se iniciaba el más sabroso de los diálogos, al finalizarlo se arrodillaban para recibir la bendición.

Estas Damas lo apreciaban tanto que cuando en 1848 corrió el rumor que los republicanos iban a atacar el obispado, se presentó un grupo numeroso :

- Monseñor, estamos aquí para guardarle. No tenga miedo.

Cuando iba a pie el pueblo y los pobres le rodeaban, se iniciaba la conversación y muy pronto todos quedan conquistados por su sencillez, su bondad, su chispa.

- ¡Pero qué amable es! ¡Y decían que era orgulloso!

Era la reacción de la gente sencilla, sorprendida y encantada al descubrirle tal como era.

El celo del prelado no se circunscribía sólo a su diócesis en la que trabajaba para ponerla en situación de responder al crecimiento masivo de la población y a la que evangeliza con el esfuerzo del clero, de las congregaciones, de las escuelas y de muchas obras, sacando el máximo partido de los medios que tiene a su alcance.

Desde sus años de seminario sueña con ir a países paganos para llevar la buena noticia a unas almas todavía más abandonadas que las de un viejo país amenazado de decristianización. La perspectiva de salvar a los indios le decidió a sacar de sus escasos efectivos a los primeros Oblatos concedidos a Mons. Bourget, mucho más que el desamparo de los canadienses dispersos como taladores y aserradores

Tan cierto es, que se impacienta algo al ver a sus Oblatos atareados demasiadas veces en el ministerio exclusivo entre católicos. Idéntica comprobación se ve en las demás misiones.

Los consejos que da a los Padres sobre los indios prueban con toda claridad que quiere acelerar el progreso en la fe con otro complemento de orden humano.

Escribe: "Nada de tratar como ajena a su ministerio la formación de los salvajes en los deberes de la vida social. Al contrario, los miembros del Instituto lo mirarán como íntimamente unido al beneficio de la Misión y apto para producir excelentes resultados".

Mons. de Mazenod tenía una conciencia clara de los problemas planteados por la adaptación de los indígenas a unas nuevas condiciones de vida, y patrocinó oficialmente las soluciones que había que dar.

5.- El desprendimiento del hombre apostólico.

El mismo espíritu de fe al que debía Mons. de Mazenod su ímpetu apostólico, le ayuda a lanzarse por el camino austero de un desprendimiento cada vez más profundo a medida que su larga carrera, sembrada de tantas luchas y pruebas, va abundando en contratiempos y alternativas.

Su "Diario" revela cuánto tuvo que sufrir al ser tan mal comprendido y de qué modo reacciona su grandeza de alma en la paz y en la luz de Dios.

El 31 de marzo de 1839, cuando se dispone a salir para la catedral para el oficio pontifical de Pascua, un joven abogado, el Sr. Bourgarel, le comunica que "la vil mujer Arbieu" ha mandado preparar contra él "por algunos abogados sin vergüenzas" una memoria "en la que se acumularían todas las infamias posibles". Quiere vengarse de haber sido denunciada ante el juez por la administración episcopal "como mantenedora de una casa de prostitución bajo la advocación

aparente del Santo Nombre de María y con hábito religioso para engañar mejor a los padres que creían que dejaban a sus hijas en un internado".

Escribe el Obispo : "Yo hubiera preferido que este aviso hubiese llegado dos días antes. Así era un alimento de Semana Santa, una flor del Gólgota, y no un tema de meditación para la solemnidad del día. Pero, después de todo, todos los días son buenos para participar en los ultrajes de la Cruz que debemos llevar cada día, siguiendo al Salvador. Agradezco a este buen Maestro el proceder de su providencia para conmigo. Aunque me siento muy poco inclinado al orgullo, tal vez el demonio hubiera acabado tentándome con ese vicio detestable, presentándome demasiado al vivo lo poco bueno que haya podido hacer y cuya gloria, gracias a Dios, hasta el presente, nunca he tenido el pensamiento de atribuirme".

"¡Está bien! Dios me toma la delantera; permite que los hombres no me agradezcan nada y, al contrario, que desnaturalicen mis intenciones y que las calumnien, cuando no pueden negar la evidencia de los hechos que hablan".

El prelado aprovecha esa prueba providencial para hacer, a los 57 años, una revisión de su vida y hacer el recuento de todo lo que más o menos dolorosamente le ha herido en el punto más sensible y vulnerable de sí mismo, corrigiendo una profunda tendencia de su ser que viciaba la intención personal de su apostolado.

Escribe : "En mi ilusión, me parecía que, a imitación de Dios, hubiera podido amar todos los hombres sin que hubiera ni uno solo que pudiera quejarse de darme más afecto del que yo le diera. Sentía en mí algo parecido a la inmensidad y un fondo de justicia y de equidad que me aseguraba un reparto proporcional al mérito y a la reciprocidad de cada uno de ellos".

El joven sacerdote había pre gustado en su "ilusión", la confianza y la simpatía de que se veía rodeado. ese amor que ardía para darse, creyó durante mucho tiempo que correspondería en la misma medida el de los hombres : S. Sulpicio, ministerio de presos, Obra de la juventud, misiones de Provenza.

"Todo contribuía a convencerme de que era imposible que no se me quisiera. ¡Dulces pero engañosas ilusiones de un corazón demasiado apasionado! No veía el defecto de ese sentimiento demasiado natural".

"Pero llegó el momento en que tuve que reconocer que todos los hombres no se parecen a mí". En Aix "las pequeñas envidias"; en Marsella donde tanto bien se había hecho con la misión, "me acogieron como a un extranjero invasor".

Esta dolorosa experiencia, al disipar las ilusiones del P. de Mazenod, le puso en guardia contra las tendencias demasiado naturales en su actividad apostólica.

Lamenta su fallo con toda humildad y lealtad: "Los hombres no tendrán razón para ser ingratos, para ser injustos al no reconocer el bien que les hace o que se les quisiera hacer. Pero yo no debo quejarme de esta torpeza... Doy gracias a Dios por haberme iluminado sobre este punto con experiencias muy crueles... ¿No he sido desconocido, despreciado, burlado, calumniado, odiado por aquellos que me conocían bien o que, por lo menos debieron conocerme, viviendo conmigo, viéndome actuar, por aquellos a los que había colmado de beneficios?". ("Diario", 31 de marzo de 1839).

Estas páginas de su "Diario" nos permiten ver hasta el fondo el despojo crucificante, gracias al cual se desarrollarán su vida espiritual y su actividad pastoral por un camino exactamente contrario al que, en su juventud inexperta, había creído durante tanto tiempo, que era el único bueno.

Mucho más que su austeridad extraordinaria, ese trabajo interior y escondido, enfrentado con lo cotidiano y con las incomprensiones humanas, testifica su ascensión hacia Dios.

Para progresar en la unión con Cristo es preciso despojarse de sí mismo. Dios lo procura, en los contemplativos, con la noche de los sentidos y del espíritu que los despojan de los consuelos sensibles y, según la frase de Sta. Catalina de Siena, les hace buscar, no el don sino al dador.

En los apóstoles lanzados a la acción, esa purificación se realiza por la misma acción que les tiene reservados tantos desengaños, tanto dolor profundo y fracasos. De ahí que en aquellos que, a pesar de tantos sufrimientos íntimos, saben mantener un esfuerzo, que no se apoyan en unos éxitos aparentes y, con frecuencia, ilusorios, se realiza un desprendimiento que deja paso a la gracia, controlando un activismo demasiado inspirado en el impulso natural.

Aunque Mons. de Mazenod, hombre de acción, haya accedido, a veces a los estados místicos y haya practicado la penitencia en un grado poco común, lo extraordinario no es, evidentemente, lo que más impresiona, lo que revela mejor su elevación espiritual, sino lo ordinario. Bajo ese punto de vista debe mucho más a Marsella que a Aix. Las cruces de su pontificado, el cumplimiento de su deber pastoral, tal como lo concebía, fueron para el prelado una auténtica escuela de santidad.

6.- Un recuerdo en auge continuo.

Viendo las situaciones y las cosas desde la altura en que él las juzgaba, se difuminan en su diócesis y en sí mismo las deficiencias demasiado humanas que se aprecian por ambas partes en la gran obra realizada con el esfuerzo común, aunque desigual, de Mons. de Mazenod y de su clero. Hay que reconocer la grandeza y la solidez de la reconstrucción llevada a cabo en su diócesis. Los historiadores locales, la han ensalzado, destacando que "cuando la ruptura del concordato, medio siglo después de su muerte, toda la diócesis estaba todavía marcada con su sello".

Las críticas que no le faltaron en vida a Mons. de Mazenod y, sobre todo, las que estallaron cuando dio su último suspiro, con una violencia y una indecencia calificadas de "escandalosas", hoy día han perdido mucho de su virulencia que les daba la actualidad de los rencores todavía calientes. La "horrorosa" reacción que caracteriza el episcopado de Mons. Cruice, "inconsciente de sus actos por una horrible enfermedad", y que se dejó arrastrar por el abate Guiol, lo que logró fue realzar pronto y por contraste, al prelado difunto del que, al principio, se decían afortunadamente liberados.

El mismo prefecto constata, en sus informes oficiales, que el modo de actuar de éste era el bueno y que realmente, no se había ganado con el cambio: "Con Mons. de Mazenod el clero estaba controlado; Con Mons. Cruice, controla".

Timón-David veía mucho más lejos que sus compañeros, cuando les decía: "¡Lo lamentaréis!".

El vicepresidente del tribunal civil, en su discurso de recepción en la Academia de Marsella, también dejaba al tiempo el cuidado de dar su verdadera dimensión a esta noble figura: "Su memoria se irá agrandando".

La "vox populi", muy brevemente, se pronunciaba en el mismo sentido: "¡Ay, qué obispo! ¡Nunca tendremos otro igual!".

En realidad, no es por lo que su frondosidad puede tener de espinoso y de pasajero por lo que se juzga al árbol, sino por sus frutos. Pues bien, nadie puede negar que el prelado tiene en su activo unas realizaciones tan magníficas como duraderas. Era importante poner en claro en qué condiciones, de qué modo supo llevarlas a buen puerto, utilizando, con la mayor objetividad, todos los documentos que pudieran variar la iluminación.

Su Santidad Pablo VI, muy al tanto de la nueva orientación de la reciente hagiografía, preguntaba : "¿Qué deseamos conocer de un beato o de un santo?. Si nuestro estado de espíritu no fuese otro que el de una curiosidad externa o cierta devoción medieval ingenua, podríamos tratar de buscar en la vida del hombre exaltado de modo tan extraordinario, los hechos maravillosos, los favores singulares de los que gozan, a veces, algunos siervos de Dios privilegiados, los fenómenos místicos y los milagros. Pero, hoy día estamos menos ávidos de esas manifestaciones excepcionales de la vida cristiana... Por eso nuestra pregunta se contenta con una respuesta más fácil. Desearía conocer la historia del hombre glorificado, su biografía moderna, diremos que nos gusta conocer la figura humana, más que su aspecto místico o ascético. Queremos descubrir en los santos lo que los acerca a nosotros, más que lo que los distingue; queremos colocarlos a nuestro nivel de profanos inmersos en la experiencia no siempre edificante de este mundo. Queremos encontrar en ellos a unos hermanos de nuestro trabajo y, tal vez también, de nuestra miseria, para sentirnos en confianza con ellos y participantes de una común y pesada condición terrena". (Beatificación de Leonardo Murialo).

El autor de esta larga y laboriosa obra no podía desear para la biografía de Mons. de Mazenod una conclusión más apropiada ni menos autorizada.

NOTA : Pablo VI que beatificó el 19 de octubre de 1975 a Mons. de Mazenod, sintetizó su santidad en estos conceptos : Un apasionado de Cristo. Un enamorado de la Iglesia y entregado totalmente a su servicio. Un subyugado por el amor a la Madre Inmaculada que dio nombre a su Congregación"

El 3 de diciembre de 1995, Juan Pablo II en la homilía de la canonización, en la Basílica de San Pedro, dijo ; "Eugenio de Mazenod fue uno de los apóstoles que prepararon los tiempos modernos, nuestros tiempos, fue consciente de que la misión de todo obispo, en unión con la sede de Pedro, tiene un carácter universal. Sabía que Cristo quería unir a su persona a todo el género humano. Por eso, durante toda su vida, consagró una atención especial a la evangelización de los pobres, allí donde estos se encuentran".

INDICE

Capitulo I .- INSTALACION DEL NUEVO OBISPO DE MARSELLA.	225
Capitulo II .- CALMA POLITICA Y FORTALECIMIENTO DE DE LAS ESTRUCTURAS PARROQUIALES (1838-1848).	232
Capitulo III .- LA PASTORAL Y LAS OBRAS (1838-1848).	240
Capitulo IV .- LAS FUNDACIONES MISIONERAS EN AMERICA.	252
Capitulo V .- LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.	269
Capitulo VI .- LA REPUBLICA DE 1848 EN MARSELLA.	274
Capitulo VII .- ADHESION DE MONS. DE MAZENOD AL PRESIDENTE NAPOLEON.	279
Capitulo VIII .- LOS PROBLEMAS INTERNOS DE LA IGLESIA DE FRANCIA.	283
Capitulo IX .- EL SEGUNDO IMPERIO Y LA CUESTION ROMANA.	296
Capitulo X .- PARROQUIAS, SEMINARIOS Y CLERO.	306
Capitulo XI .- LA PASTORAL Y LAS OBRAS.	314
Capitulo XII .- MISIONES OBLATAS EN CANADA Y ESTADOS UNIDOS.	323
Capitulo XIII .- LAS MISIONES DE CEILAN Y DE AFRICA DEL SUR.	337
Capitulo XIV .- LA CONGREGACION DE LOS OBLATOS (1838-1861).	354
Capitulo XV .- NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA DE MONS. DE MAZENOD.	370

ÍNDICE TEMÁTICO

—A—

Afecto de Eugenio para su familia: 39-40; 42; 43; 45- 46; 47; 58; 60; 78; 90; 109; 110; 116; 120; 124; 153; 154; 158; 163; 164; 165; 185; 189; 194; 218

Agradecimiento a Dios: 86; 97-98; 117; 130; 154; 159; 160; 179; 192; 219

Agradecimiento al prójimo: 21; 34; 60; 82; 93; 117; 130; 154; 159; 160; 179; 192; 219; 281

Alegrías: 10; 16; 31; 37; 40; 55; 64; 66; 68; 69; 79; 80; 85; 91; 93; 95; 103; 108; 111; 120; 141; 157-158; 160; 168; 196; 202; 204; 220; 225; 228; 230; 231; 242; 254; 264; 265; 267; 272; 295; 338; 341; 346; 355; 360; 364; 372; 374

Almas, salvación de las, cf. gloria de Dios: 54; 55; 57; 59; 86; 87; 92; 94; 107; 108; 110; 124; 229; 230; 237; 242; 245; 257; 260; 266; 313; 326; 330; 343; 352; 368; 373; 375; 387; 388

Almas, valor: 54; 55

Amabilidades de N.S.: 97; 157-158; 160; 170; 188; 200; 213

Ambición: 24; 56; 107; 116; 134; 150; 167; 234; 253; 308; 350

Amistades: 5; 9; 25; 27; 31-32; 33; 34; 36; 47; 49; 60; 64; 66; 67; 81; 84; 86; 88; 90; 97; 102; 103; 106; 107; 108; 117; 119; 121; 131; 134; 140; 141; 147; 148; 163; 167; 174; 176; 184; 191; 194; 195; 196; 198; 199; 202; 206; 207; 210; 229; 236; 253; 266; 272; 290; 293; 295; 300; 301; 302; 339; 344; 373; 379

Amor de Dios para Eugenio: 16; 51; 52; 57; 68; 85; 86; 123; 206; 211; 219; 245-246; 285; 299; 373

Amor de Dios por parte de Eugenio: 85; 86; 91; 98-99; 391; 391

Amor del prójimo: 15; 40; 46; 71; 82; 86; 91; 97; 107; 113; 132; 136; 138; 155; 164; 173; 174; 176; 178; 180; 206; 207; 214; 227; 230; 234; 235; 236; 245; 246; 247; 250; 258; 275; 285; 289; 315; 316; 323; 361; 373-374; 380; 381; 389

Amor propio: 36; 46; 64; 66; 90; 109

Anticlericalismo: 272; 334

Apologética: 50; 70

Apóstoles: 4; 29; 62; 63; 80; 85; 96; 108; 250; 341; 390; 391

Ateísmo: 57; 61

Ayuno: 16; 63; 126; 152; 163; 188; 382

—B—

Baile: 11; 47; 53; 103; 123; 131; 213

Bautismo: 1; 52; 213; 269; 296; 330; 336; 351; 382

Bien de la Iglesia: 2; 50; 61; 74; 82; 235; 275; 345

Buenas obras: 37; 71; 64; 82; 104; 129; 131; 168; 174; 214; 227; 238; 245 - 247; 249 - 250; 257-258; 301; 311 - 312; 315 - 319; 321 - 322; 328; 335; 339; 342; 352; 368; 373; 379; 381; 385; 388

—C—

Carácter de Eugenio: 1; 3; 4; 5; 7; 12; 26; 36; 51; 53; 54; 59; 60; 63; 64; 67; 108; 126; 134; 139; 162; 178; 185; 192; 193; 204; 205; 209; 214; 220; 234; 241; 242; 243; 265; 337; 358; 371; 378; 379

Carnaval: 14; 159

Castidad: 110; 136; 138

Catecismo: 64; 317; 336; 340; 344

Celo: 15; 37; 72; 74; 81; 88; 90; 91; 93; 95; 103; 110; 112; 115; 127; 129; 130; 131; 141; 159; 161; 166; 168; 170; 172; 173; 174; 178; 179; 185; 205; 207; 208; 216; 219; 220; 230; 237; 238; 239; 241; 243; 246; 248; 249; 250; 252; 253; 254; 256; 257; 258; 263; 265; 268; 282; 285; 288; 289; 290; 292; 300; 308; 310; 311; 316; 320; 322; 323; 327; 329; 332; 333; 335; 336; 337; 346; 347; 352; 354; 355; 361; 362; 373; 378; 381; 386; 387; 388

Cielo: 53; 62; 82; 107; 108; 110; 118; 119; 124; 150; 152; 196; 213; 218; 230; 255; 265; 295; 299; 313; 343; 352; 361; 367; 368; 369; 373; 387

Comedia: 49; 53

Comunión eucarística: 11; 16; 27; 67; 112; 113; 114; 127; 154; 227; 246; 247; 248; 249; 335; 336; 344

Comunión de los Santos: 245

Conciencia: 120; 130; 131; 148; 153; 165; 167; 179; 182; 183; 201; 205; 210; 212; 234; 257; 266; 294; 295; 311; 312; 314; 315; 325; 335; 345; 352; 357; 365; 373; 374; 385; 388

Concilios: 79; 80; 84; 284; 285; 286; 292; 312

Concilio de Trento: 285

Concordato 1802: 40; 60; 70; 95; 115; 118; 120; 390

Conferencias espirituales: 55; 91; 92

Confesiones de Eugenio: 16; 17; 18; 27; 38; 51; 62; 63; 66; 86; 108; 124; 126; 131; 194; 250; 320; 361; 367; 371; 381; 383; 390

Confianza en Dios: 24; 68; 93; 94; 97; 98; 104; 107; 157; 206; 219; 229; 285; 347; 357

Conversión: 17; 50; 52; 53-55; 59; 60; 63; 86; 110; 118; 123; 124; 131; 178; 212; 235; 241; 346; 347; 348; 350; 361; 363; 381

Corazón de Eugenio: 1; 5; 10; 15; 17; 35; 37; 40; 41; 42; 46; 47; 48; 54; 58; 60; 69; 78; 85; 86; 87; 97; 98; 102; 119; 124; 152; 157; 164; 179; 183; 184; 192; 197; 206; 215; 216; 219; 229; 242; 251; 256; 264; 265; 281; 288; 291; 293; 310; 321; 325; 326; 363; 364; 371; 372; 373; 376; 377; 381; 383; 385; 389

Creador: 38; 147; 148; 208; 214; 238; 246; 314; 318; 321

Criados: 8; 60; 63; 91; 92; 391

Cruz: 51; 54; 82; 97; 119; 123; 124; 126; 135; 168; 170; 229; 234; 235; 236; 242; 258; 321; 341; 372

Cuaresma: 16; 63; 91; 92; 93; 126; 144; 211; 243; 371

Culto: 54; 56; 67; 80; 82; 109; 111; 112; 124; 131; 146; 168; 169; 194; 215; 227; 228; 234; 236; 237; 244; 274; 286; 291; 294; 318; 319; 349; 350; 359; 360; 363; 373; 375; 380; 383; 385; 386

—D—

Deberes de estado: 11; 27; 38; 56; 61; 87; 89; 91; 103; 104; 111; 113; 120; 124; 130; 134; 150; 163; 164; 171; 172; 183; 185; 228; 235; 236; 239; 249; 265; 272; 275; 280; 285; 286; 290; 291; 297; 299; 312; 315; 317; 325; 333; 347; 352; 357; 378; 379; 384; 385; 388; 390

Demonio: 51-52; 54; 85; 90; 152; 211; 389

Desprendimiento de los bienes terrestres: 59; 63-64; 67; 89; 110; 111; 126; 136; 137; 157; 182; 265; 307; 344; 349; 351; 383; 388; 390

Diaconado: 15; 69; 76; 77; 78; 80; 81; 82; 83; 84; 149; 265; 349; 361

Dolor de los pecados: 51-52; 54; 85

Dulzura: 5; 36; 85; 94

—E—

Estudio: 2; 3; 7; 9; 11; 12; 15; 16; 18; 19; 27; 33; 34; 35; 50; 64; 65; 67; 69; 70; 73; 81; 83; 87; 88; 89; 90; 91; 94; 97; 102; 109; 110; 118; 122; 124; 131; 148; 149; 164; 202; 208; 210; 218; 238; 248; 249; 255; 258; 283; 307; 308; 316; 317; 318; 319; 327; 341; 352; 356; 359; 361; 363; 378; 380; 388

Eucaristía: 27; 71; 90; 97; 227; 386

Evangelio: 53; 70; 90; 92; 102; 111; 162; 171-249; 250; 257; 383

Exámenes: 131; 144; 147; 185; 186; 265; 276; 294; 301; 309; 315; 331; 376; 380; 382

—F—

Fe: 1; 18; 19; 23; 24; 37; 38; 50; 57; 61; 68; 70; 80; 93; 94; 97; 102; 103; 107; 109; 127; 132; 138; 163; 176; 178; 182; 188; 192; 195; 196; 199; 201; 209; 212; 218; 225; 226; 230; 241; 243; 250; 251; 255; 258; 265; 270; 276; 283; 285; 291; 293; 295; 311; 315; 318; 319; 324; 327; 330; 332; 334; 336; 338; 341; 345; 349; 350; 371; 381; 384; 388

Fervor: 11; 15; 16; 19; 23; 26; 27; 28; 37; 38; 53; 54; 55; 63; 66; 67; 69; 71; 72; 73; 76; 82; 86; 87; 90; 91; 94; 97; 111; 117; 118; 127; 132; 136; 152; 164; 166; 174; 194; 197; 217; 227; 238; 243; 244; 245; 249; 279; 280; 290; 291; 292; 295; 301; 305; 308; 310; 331; 332; 344; 347; 359; 366; 382; 386; 391

Fin del hombre: 85

Franqueza: 24; 47; 59; 119; 140; 198; 242; 288; 289; 312; 351; 358; 376; 388

Fuerza: 1; 3; 6; 12; 30; 33; 34; 35; 37; 46; 50; 55; 57; 59; 61; 68; 72; 76; 78; 79; 80; 81; 86; 92; 93; 98; 103; 105; 124; 126; 129; 134; 143; 164; 171; 184; 188; 192; 194; 205; 206; 217; 219; 239; 243; 248; 252; 262; 265; 272; 290; 310; 311; 314; 334; 341; 343; 344; 365; 368; 370; 375; 379; 382; 385; 387

—G—

Gloria de Dios: 57; 59; 82; 86; 87; 94; 108; 230; 343; 369

Gloria: 57; 59; 82; 86; 87; 94; 107; 108; 124; 213; 230; 279; 288; 295; 300; 343; 369; 374; 389

Gracia, fidelidad a la: 16; 50; 51; 54; 58; 61; 64; 68; 71; 82; 85; 87; 90; 103; 105; 164; 197; 198; 200; 204

Gracias recibidas: 29; 36; 38; 39; 46; 52-54; 58; 64; 66; 68; 69; 71; 90; 96; 97; 103; 108; 113; 115; 121; 123; 128; 130; 133; 144; 152; 157; 158; 169; 183; 193; 197; 226; 227; 230; 233; 237; 241; 246; 260; 282; 288; 296; 297; 300; 323; 338; 360; 367; 379; 389

—H—

Hijo pródigo: 51; 52

Horarios del día: 16; 90; 103; 109; 125; 134; 308; 318; 380; 385

Humildad: 59; 78; 91; 111; 119; 136; 153; 182; 216; 351; 373; 386; 389

—I—

Iglesia: 2; 3; 9; 18; 50; 55; 61; 63; 64; 65; 66; 68; 73; 74; 75; 76; 77; 78; 80; 81; 82; 83; 89; 93; 96; 98; 101; 102; 103; 107; 110; 116; 118; 120; 122; 124; 154; 155; 161; 165; 173; 174; 176; 179; 180; 182; 184; 189; 191; 192; 193; 194; 200; 201; 205; 208; 217; 218; 220; 226; 228; 230; 235; 239; 244; 245; 252; 255; 261; 269; 270; 271; 272; 273; 275; 276; 279; 280; 281; 282; 283; 284; 285; 286; 287; 288; 289; 290; 291; 292; 294; 295; 296; 297; 298; 300; 302; 303; 304; 305; 306; 310; 311; 314; 315; 316; 317; 322; 326; 327; 332; 334; 342; 345; 348; 350; 353; 354; 357; 358; 362; 372; 373; 375; 380; 384; 385; 386; 387; 391

Ignorancia religiosa: 91; 92; 94; 241; 338; 342; 347

Imitación de Jesucristo: 389

Infierno: 51; 86; 124; 196; 197

Inmoralidad: 210; 217; 312

Intereses temporales: 20; 25; 39; 47; 80; 116; 143; 150; 180; 183; 188; 194; 199; 205; 220; 230; 238; 240; 272; 325; 352; 367; 385

—J—

Jansenismo: 18; 50; 53; 70; 130; 131; 239; 285; 381

Jesuítas: 7; 17; 18; 28; 65; 71; 72; 73; 154; 164; 214; 243; 247; 257; 258; 263; 271; 272; 276; 286; 318; 329; 338; 339; 357; 358

Juicio: 124-125

Justicia: 124

Juventud: 3; 4; 7; 9; 12; 18; 26; 27; 28; 31; 36; 47; 50; 59; 65; 68; 72; 78; 87; 94; 95; 97; 101; 103; 104; 109; 112; 123; 131; 134; 136; 139; 170; 214; 218; 241; 242; 246; 249; 254; 257; 265; 276; 284; 286; 292; 307; 308; 311; 316; 317; 318; 319; 320; 321; 324; 342; 344; 350; 359; 367; 372; 380; 387; 389

—L—

Lectura espiritual: 27; 90; 266

Libertad, libertinos: 7; 19; 46; 63; 65; 68; 75; 86; 91; 96; 98; 102; 115; 137; 173; 174; 175; 185; 192; 204; 211; 212; 219; 232; 235; 255; 258; 269; 272; 274; 276; 278; 283; 303; 312; 357; 386

Liturgia: 80; 244; 286; 291; 319; 383

—M—

Madre de familia, santidad: 4; 10; 18; 22; 32; 34; 37; 38; 39; 40; 41; 42; 43; 44; 45; 46; 47; 48; 49; 53; 54; 55; 57; 58; 60; 63; 67; 68; 69; 70; 75; 77; 78; 79; 86; 89; 96; 107; 109; 111; 114; 117; 135; 144; 164; 170; 227; 231; 232; 233; 280; 287; 317; 367

Martirio: 86

Matrimonio: 2; 44; 48; 76; 77; 249; 309; 317; 330; 336

Méritos: 11; 35; 51; 64; 68; 82; 97; 129; 153; 168; 172; 192; 200; 220; 258; 301; 342; 373

Misa: 15; 16; 18; 19; 23; 25; 27; 29; 31; 40; 46; 56; 68; 86; 88; 90; 97; 111; 126; 137; 138; 157; 163; 166; 168; 170; 188; 194; 207; 212; 226; 227; 231; 233; 239; 246; 254; 255; 261; 275; 280; 281; 291; 299; 303; 315; 317; 332; 356; 359; 371; 372; 374; 377; 378; 384; 387

Misa. Primera Misa: 86; 137

Misericordia de Dios: 55; 123; 373

Misericordia de Eugenio para los pecadores: 51-54; 60; 62; 68; 85; 86; 104; 123; 128; 129; 131; 146; 163; 206; 241; 248; 316; 374; 381

Misiones en el campo: 103; 104; 106; 107; 108; 109; 110; 111; 112; 121; 122; 125; 126; 127; 130; 132; 136; 138; 152; 217; 242; 243; 250; 253; 254; 255; 257; 258; 259; 260; 263; 264; 265; 266; 305; 310; 315; 320; 325; 326; 328; 329; 330; 332; 334; 335; 336; 338; 339; 341; 344; 345; 346; 347; 350; 351; 354; 356; 361; 362; 363; 365; 366; 369; 381; 388; 389

Misiones Extranjeras: 17; 71; 143; 182; 184; 200; 214; 215; 219; 250; 253; 254; 305; 347; 354; 362

Mortificación: 16; 51; 62; 63; 64; 71; 112; 123; 126; 127; 153; 163; 210; 217; 250; 320; 367; 381; 383; 390

Muerte: 6; 19; 24; 37; 38; 39; 46; 78; 79; 86; 96; 97; 136; 151; 178; 183; 193; 198; 199; 203; 208; 214; 216; 217; 227; 230; 231; 252; 297; 300; 302; 307; 312; 318; 320; 321; 328; 329; 336; 346; 354; 368; 370; 373; 390

Mujeres: 3; 25; 32; 36; 37; 38; 39; 44; 45; 48; 57; 60; 95; 129; 131; 146; 196; 214; 247; 248; 360; 366; 368; 384; 388

Mundo. Mundanos: 2; 5; 6; 11; 16; 18; 26; 27; 32; 35; 36; 37; 55; 57; 58; 63; 64; 68; 70; 72; 76; 79; 83; 84; 89; 91; 92; 93; 230; 233; 241; 253; 292; 298; 301; 304; 310; 337; 343; 345; 357; 372; 378; 381; 391

—N—

Novenas: 97; 104; 111; 123; 126; 129; 146; 153; 159; 164; 165; 166; 186; 217

—O—

Oración: 16; 27; 39; 53; 62; 66; 67; 68; 89; 90; 98; 104; 111; 123; 126; 129; 146; 153; 159; 164; 165; 166; 186; 217; 244; 250; 264; 266; 280; 292; 326; 363; 367; 380; 381; 385; 386

Órdenes Religiosas: 110; 115; 136; 147; 152; 153; 214

—P—

Palabra de Dios: 70; 90

Papa, papado: 26; 40; 50; 61; 72; 74; 76; 77; 79; 80; 81; 84; 95; 96; 98; 136; 151; 152; 153; 154; 155; 156; 157; 158; 159; 160; 165; 173; 174; 175; 176; 177; 178; 180; 181; 182; 183; 186; 187; 188; 189

190; 191; 192; 193; 195; 200; 209; 247; 250; 271; 276; 277; 278; 279; 281; 286; 287; 288; 290; 291; 292; 293; 294; 295; 296; 298; 301; 302; 303; 304; 305; 325; 326; 354; 372; 387; 391

Pasiones: 104; 119; 123; 127; 128; 169; 171

Patronos, santos: 152; 154; 157; 240; 382

Pecado mortal: 52; 53; 54; 124

Pecado original: 292

Pecadores: 52; 53; 59; 63; 81; 86; 104; 123; 241; 381

Pecados, infidelidades de Eugenio: 52; 53; 54; 60; 62; 68; 81; 85; 86; 87; 235; 280; 292; 383; 386

Penitencia: 51; 62; 63; 71; 108; 112; 123; 124; 127; 152; 217; 250; 320; 367; 381; 383; 390

Perdón de las ofensas: 86; 105; 163; 206; 225; 234; 248; 272; 288

Perfección: 12; 44; 62; 65; 67; 72; 87; 90; 151; 217; 230; 250; 266; 325; 348; 364; 382; 386

Piedad: 11; 15; 16; 19; 26; 27; 28; 37; 66; 71; 72; 73; 83; 87; 90; 91; 94; 97; 117; 118; 132; 136; 164; 166; 174; 194; 197; 217; 238; 244; 245; 279; 280; 291; 292; 305; 310; 331; 344

Poesía: 4; 34

Predicación: 17; 18; 19; 80; 86; 90; 91; 93; 102; 103; 108; 109; 110; 111; 112; 116; 122; 123; 124; 125; 126; 127; 128; 129; 130; 133; 136; 139; 141; 199; 211; 213; 215; 216; 228; 241; 242; 243; 248; 251; 253; 257; 258; 260; 263; 266; 274; 281; 285; 297; 298; 304; 305; 312; 323; 328; 332; 334; 336; 338; 339; 342; 350; 359; 362; 371; 378; 386; 387; 390

Presencia de Dios: 357

Prisioneros: 56; 60; 95; 96; 128; 168; 389

Promesas clericales: 129; 299

Propósitos: 18; 28; 47; 62; 63; 65; 66; 70; 81; 82; 84; 85; 86; 87; 89; 120; 131; 213; 229; 380

Providencia: 6; 23; 24; 32; 55; 83; 88; 96; 104; 107; 110; 118; 120; 134; 139; 140; 157; 164; 183; 197; 198; 201; 215; 219; 227; 246; 253; 266; 279; 304; 354; 362; 374; 379

Purgatorio: 124; 157

—R—

Recogimiento: 86; 90; 91; 97; 112; 113; 129; 136; 137; 217; 291; 385
Recreaciones: 14; 27; 37; 318
Reglamento: 2; 16; 31; 67; 72; 90; 95; 103; 109; 110; 125; 134; 308; 318; 381
Regularidad: 12; 16; 66; 71; 73; 91; 164; 207; 238; 258; 259; 261; 267; 308; 347; 364
Reparación: 63; 113; 124; 129; 210; 212; 248
Respeto humano: 26; 241
Resurrección: 28; 159; 103; 119; 123; 124; 125; 127; 128; 129; 135; 137; 138; 152; 163; 182; 184; 211; 212; 217
Retiros: 50-54; 62; 63; 65; 66; 72; 79; 85; 86-87; 90; 91; 103; 119; 123; 124; 125; 127; 128; 129; 135; 137; 138; 152; 163; 182; 184; 211; 212; 217; 226; 230; 238; 242; 255; 267; 317; 338; 358; 359; 366; 368; 376; 377; 380; 382; 385
Revolución francesa: 112; 147; 162; 163; 164; 166; 174; 175; 179; 185; 194; 208; 214; 274; 275; 277; 279; 280; 306; 308; 332; 334; 347
Riquezas: 1; 2; 3; 7; 14; 18; 20; 22; 23; 24; 25; 28; 31; 34; 39; 42; 43; 44; 48; 49; 51; 52; 57; 58; 64; 67; 70; 75; 76; 77; 78; 92; 94; 95; 106; 112; 114; 130; 132; 135; 137; 141; 154; 195; 200; 202; 233; 240; 245; 267; 274; 275; 277; 303; 319; 320; 327; 335; 337; 339; 349; 355; 365; 375; 376; 383; 384
Rosario: 16; 95; 244

—S—

Sacerdocio: 17; 29; 51; 53; 55; 58; 59; 65; 69; 81; 83; 84; 85; 87; 88; 91; 102; 113; 137; 178; 182; 183; 189; 214; 225; 227; 285; 292; 305; 308; 310; 311; 325; 341; 360; 383
Sacerdotes: 7; 49; 61; 65; 66; 69; 74; 78; 89; 90; 91; 93; 97; 102; 105; 106; 108; 112; 116; 133; 134; 137; 138; 147; 148; 149; 151; 166; 167; 169; 170; 171; 173; 185; 190; 191; 194; 196; 205; 206; 207; 208; 212; 215; 225; 226; 228; 229; 230; 235; 237; 238; 239; 244; 245; 250; 252; 255; 258; 262; 264; 265; 269; 275; 278; 279; 280; 282; 283; 286; 289; 290; 301; 307; 308; 309; 311; 312; 314; 318; 327; 332; 333; 337; 338; 340; 341; 343; 344; 345; 347; 348; 356; 357; 359; 363; 371; 372; 374; 378; 380; 384; 387

Sacramento de los enfermos: 37; 93; 96; 126; 128; 164; 213; 228; 245; 247; 309; 316; 330; 367; 371; 385
Sacramentos, frecuentación: 12; 27; 71; 86; 90; 96; 97; 124; 131; 136; 189; 213; 218; 231; 238; 248; 285; 299; 340; 341; 344; 371
Salvación de las almas: 55; 57; 86; 87; 94; 107; 108; 110; 124; 230; 343; 352; 368; 373; 387
Sangre del Salvador: 57; 225; 242; 299; 378
Santa María: 227; 244; 280; 285; 292-295; 335; 358-359; 366; 368; 373; 389; 391
Santidad: 3; 18; 38; 51; 62; 66; 70; 108; 111; 120; 125; 137; 146; 151; 152; 154; 155; 157; 164; 174; 183; 187; 196; 201; 206; 216; 217; 218; 219; 221; 226; 227; 230; 231; 242; 244; 253; 254; 257; 263; 266; 285; 292; 308; 310; 316; 318; 321; 326; 330; 343; 349; 350; 351; 357; 360; 362; 374; 381; 382; 386; 390; 391
Santísimo, visitas al: 16; 18; 90; 125; 126; 141; 158; 168; 201; 248; 341; 373
Santos: 1; 5; 8; 9; 11; 15; 16; 17; 18; 19; 32; 38; 51; 53; 55; 58; 62; 63; 66; 67; 69; 72; 75; 77; 78; 80; 81; 85; 86; 91; 92; 93; 94; 95; 97; 103; 109; 112; 116; 120; 127; 128; 129; 135; 136; 139; 142; 143; 145; 148; 151-155; 157; 166; 168; 169; 170; 171; 180; 182; 188; 210; 213; 227; 230; 231; 242; 244; 253; 254; 257; 263; 266; 285; 292; 308; 310; 315; 316; 318; 321; 330; 332; 334; 343; 344; 345; 349; 350; 351; 357; 360; 362; 367; 369; 371; 372; 374; 380; 381; 382; 386; 389 391
Semana Santa: 111; 159; 234; 297; 304; 335; 386; 389
Servicio militar: 43; 187
Severidad (rigor) de Eugenio: 63; 66; 126; 134; 168; 182; 184; 198; 205; 209; 225; 226; 238; 239; 289; 294; 303; 310; 311; 312; 313; 348; 352; 375; 376; 380; 381; 382; 383; 386; 387
Soledad: 15; 18; 21; 25; 27; 31; 34; 39; 42; 43; 50; 51; 54; 62; 63; 65; 66; 72; 79; 85; 86; 87; 90; 91; 104; 111; 117; 118; 119; 125; 127; 128; 135; 137; 138; 139; 141; 152; 163; 182; 184; 197; 199; 206; 217; 226; 227; 230; 238; 254; 255; 263; 267; 291; 306; 317; 320; 324; 330; 333; 338; 358; 359; 361; 362; 366; 368; 380; 382; 385
Sotana: 64; 68; 74; 95; 125; 364; 383

Subdiaconado: 58; 68; 69; 78; 81; 264; 265
Sueño: 3
Sulpicianos: 49; 53; 58-59; 61; 64-65; 70; 72-74; 77; 78; 87; 91; 103; 112; 116; 182; 210
Superiores: 8; 11; 65; 67; 71; 74; 75; 77; 78; 79; 104; 109; 110; 111; 112; 113; 134; 148; 149; 175; 179; 195; 196; 197; 198; 199; 207; 208; 209; 215; 216; 242; 243; 253; 254; 255; 256; 257; 259; 260; 261; 262; 263; 267; 269; 283; 285; 293; 320; 325; 328; 331; 333; 334; 338; 339; 340; 342; 343; 344; 355; 358; 359; 360; 362; 365; 366

—T—

Teología: 52; 70; 90; 105; 130; 213; 217; 361
Tibieza: 53; 54; 60; 311, 375
Tonsura: 67; 68; 81
Trinidad: 11; 12; 81; 163; 386
Tristeza: 18; 37; 39; 40; 42; 46; 50; 53; 59; 75; 82; 225; 231; 302; 378

—V—

Vacaciones de Eugenio: 15; 74; 78; 84; 88; 331; 385
Vanidades: 16; 46; 47; 58; 63; 68; 325; 364
Verdad: 45; 46; 48; 50; 55; 60; 66; 72; 81; 85; 108; 110; 116; 117; 119; 124; 141; 145; 167; 177; 178; 185; 215; 217; 220; 241; 257; 286; 290; 304; 345; 352; 358; 374; 376; 381
Viajes: 10; 14; 22; 23; 31; 39; 42; 45; 48; 49; 50; 56; 88; 90; 96; 106; 114; 120; 121; 125; 135; 137; 143; 144; 151; 155; 156; 164; 170; 174; 195; 199; 200; 206; 208; 210; 217; 227; 244; 263; 264; 265; 266; 267; 279; 281; 326; 330; 338; 346; 347; 349; 351; 356; 361; 362; 364; 368; 373; 382
Víctimas: 96; 194; 197
Vida religiosa: 50; 65; 67; 103; 104; 109; 110; 137; 138; 175; 182; 212; 213; 217; 218; 253; 267, 258; 310; 325; 364; 380
Vigilancia: 2; 9; 19; 23; 27; 38; 45; 56; 57; 61; 64; 76; 84; 87; 88; 89; 95; 103; 110; 113; 125; 133; 138; 145; 147; 156; 164; 165; 167; 168; 191; 195; 210; 216; 226; 227; 241; 247; 266; 290; 316; 341; 366; 376; 384; 387; 390; 391

Virtudes: 6; 8; 26; 38; 65; 66; 72; 82; 91; 94; 103; 109; 110; 117; 129; 136; 145; 175; 176; 179; 181; 182; 184; 192; 217; 218; 220; 231; 234; 266; 267; 289; 310; 348; 351; 352; 367; 375; 384
Vivacidad: 1; 5; 26; 35; 357, 378
Vocación de Eugenio: 17; 28; 48; 53; 54; 55; 56; 57; 58; 64; 67; 68; 74; 87; 93; 104; 106; 150; 152; 153; 164; 182; 215; 217; 218; 227; 265; 332; 335; 366; 379; 380; 387
Voluntad de Dios: 55; 58; 104; 118; 134; 183; 264; 296; 362; 369; 374
Votos: 109; 110; 11; 133; 135; 136; 137; 138; 151; 152; 153; 157; 160; 177